LAS ENTREVISTAS DE NÚREMBERG

REALIZADAS POR

LEON GOLDENSOHN

Edición e introducción de **Robert Gellately**

taurus

Leon Goldensohn

Las entrevistas de Núremberg

Edición e introducción de Robert Gellately

taurus

GLOSARIO

Einsatzgruppe: Grupo de Acción, mayor que el *Einsatzkommando*.

Gestapo: *Geheime Staatspolizei*. Policía Secreta del Estado, también llamada *Staatspolizei* o *Stapo*.

Kripo: *Kriminalpolizei*. Policía Criminal, de paisano.

Luftwaffe: Fuerza Aérea.

NSDAP: Partido Nacionalsocialista de los Trabajadores Alemanes, Partido Nazi.

OKW: *Oberkommando der Wehrmacht*, Alto Mando de las Fuerzas Armadas.

RSHA: *Reichssicherheitshauptamt*. Oficina Central de Seguridad del Reich, fundada en 1939. Aglutinaba a la *Gestapo*, la *Kripo*, el SD y otras organizaciones policiales.

SA: *Sturmabteilung*. Sección de Asalto; los «camisas pardas» nazis.

SD: *Sicherheitsdienst*. Servicio de Seguridad del Partido Nazi.

Sipo: *Sicherheitspolizei*. Policía de Seguridad, fundada en 1936. Estaba compuesta por la *Gestapo* y la *Kripo*.

SS: Schutzstaffel. Brigada de Protección; los «camisas negras» de Himmler.

Wehrmacht: Fuerzas Armadas.

WVHA: *Wirtschafts- und Verwaltungshauptamt*. Oficina Central de Administración y Economía; departamento de la SS creado para organizar y administrar los campos de concentración.

Introducción

NÚREMBERG: VOCES DEL PASADO

Por Robert Gellately

Cuando Estados Unidos entró en la II Guerra Mundial, el estadounidense Leon M. Goldensohn trabajaba como médico y psiquiatra. En 1943 ingresó en el Ejército estadounidense. No tardó en ser destinado a Francia y a Alemania, donde intervino en diversas batallas del teatro de operaciones europeo. Al poco de terminar la guerra, fue nombrado psiquiatra de la prisión de Núremberg, ciudad donde se juzgó a los criminales nazis de mayor relevancia. Goldensohn llegó a Núremberg a primeros de enero de 1946, esto es, a las seis semanas de haber comenzado el proceso, y allí permaneció hasta últimos de julio del mismo año. Como psiquiatra, su labor consistía en mantener la buena salud mental de los veintiún dirigentes nazis que, tras sobrevivir a la guerra, se debatían por sus vidas ante el Tribunal Militar Internacional. Además, cumpliendo con sus funciones como médico, visitaba a los prisioneros casi todos los días y mantenía una atenta vigilancia de sus problemas de salud. En los siete meses que pasó en la cárcel de Núremberg, conversó regularmente con muchos de los veintiún encausados que aún vivían cuando él llegó y llevó a cabo numerosas entrevistas oficiales y exhaustivas con la mayoría de ellos. Además, entrevistó a gran número de testigos de la defensa y de la acusación,

algunos de los cuales también habían desempeñado un papel relevante en el régimen nazi.

Esta obra pone por primera vez al alcance del lector una amplia muestra de las entrevistas que Goldensohn realizó durante el tiempo que permaneció en Núremberg. Estas entrevistas suponen una aportación significativa a la historia del proceso y del Tercer Reich y son únicas en la medida en que fueron realizadas de manera sistemática y por un psiquiatra cualificado y porque ofrecen un nuevo testimonio de la idiosincrasia y motivos de los grandes perpetradores de los crímenes nazis.

Trasfondo del proceso de Núremberg

El proceso de Núremberg vio la luz a pesar de un sinnúmero de trabas políticas y judiciales, pero hoy constituye, para muchos, un hito en la historia del derecho internacional. Sin embargo, aquel juicio no era en absoluto inevitable y pudo no llegar a realizarse. Durante la guerra, a medida que los dirigentes aliados iban conociendo la enormidad de las atrocidades nazis, el presidente de Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt, el primer ministro de Gran Bretaña, Winston Churchill, y el secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética, Josif Stalin, consideraron en uno u otro momento que la ejecución sumaria era la respuesta más apropiada a los crímenes nazis.

Al parecer, fue el ministro de Asuntos Exteriores soviético, Viacheslav Mólotov, quien, el 14 de octubre de 1942, sugirió la idea de los juicios. Ese día, Mólotov se dirigió por carta a varios gobiernos de Europa oriental en el exilio, que residían en Londres, para comentarles que Moscú se inclinaba por juzgar a los mandatarios más eminentes del «criminal Gobierno

hitleriano» ante un «Tribunal internacional especial»[1]. Evidentemente, el Gobierno de Moscú estaba molesto con el hecho de que Gran Bretaña no quisiera juzgar a Rudolf Hess, el lugarteniente de Hitler que había aterrizado en Escocia en mayo de 1941, y temía que sus aliados pudieran cerrar algún tipo de trato con Alemania. Por su parte, los Aliados occidentales dedicaban poco tiempo a pensar en un lejano proceso judicial posbélico y continuaban inclinándose por algún tipo de ejecución sumaria. Ganar la guerra era su prioridad inmediata.

Finalmente, el 1 de noviembre de 1943, los tres aliados emitieron un comunicado conjunto sobre el posible destino de los criminales de guerra. El comunicado lleva el nombre de «Declaración de Moscú» y afirmaba varios principios generales. Estipulaba, por ejemplo, que aquellos que hubieran cometido crímenes de guerra serían trasladados a los mismos lugares donde los habían perpetrado, a fin de que fueran «juzgados en el lugar de los hechos». El juicio y la sentencia seguirían las leyes aplicables en cada territorio. Sin embargo, los criminales de guerra de mayor relevancia recibirían un trato distinto, ya que sus crímenes no se circunscribían a una región geográfica determinada. Pero la Declaración de Moscú dejaba en el aire el destino de esos hombres y no precisaba si habría juicios o ejecuciones sumarias[2].

La opinión de Churchill sobre los juicios distaba mucho de ser favorable. El primer ministro británico pensaba, como manifestó en la reunión previa a la Conferencia de Teherán que su gabinete celebró a puerta cerrada el 10 de noviembre de 1943, que lo más pertinente sería elaborar un breve listado de criminales de guerra. Parecía creer que ocuparse de los miembros de ese listado de manera sumarísima podría acortar el conflicto siempre y cuando esos individuos se convirtieran en figuras aisladas dentro de su propio país. Esta estrategia evitaba a los Aliados todo enredo innecesario en un

procedimiento legal. El propio Churchill estaba a favor de reunir en ese listado a un número indeterminado de dirigentes nazis que podría estar entre las cincuenta y las cien personas. En cuanto un comité de juristas de varias nacionalidades revisase ese listado, los hombres que figurasen en él serían declarados «fugitivos» de la justicia y cualquiera que quisiera matarlos quedaría autorizado a hacerlo. Churchill opinaba que, si en verdad era necesario formar un Tribunal para los mayores criminales de guerra nazis, su labor debía limitarse a verificar la identidad de los «forajidos»[3].

Una de las charlas más reseñables sobre el tema de las ejecuciones sumarias tuvo lugar en la Conferencia de Teherán, que Roosevelt, Churchill y Stalin celebraron entre el 28 de noviembre y el 1 de diciembre de 1943. En la cena del día 29, Stalin dejó escapar la sugerencia de que, si hacia el final de la guerra conseguían rodear a cincuenta mil oficiales del Ejército nazi y los aniquilaban, acabarían con el poder militar de Alemania de una vez para siempre[4]. Churchill quedó atónito ante la cifra de las ejecuciones propuesta por Stalin y afirmó, sencillamente, que ni el Parlamento ni el pueblo británicos aceptarían jamás una ejecución en masa de esas dimensiones. Roosevelt, en cambio, recibió mejor la iniciativa de Stalin. Cuando Churchill manifestó su enfado (eso es al menos lo que, más tarde, el propio Churchill recordaría), el presidente estadounidense sugirió que los Aliados deberían ejecutar no a cincuenta mil oficiales, sino tan sólo a «49.000». Elliott Roosevelt, hijo del presidente, que se encontraba presente en la cena, añadió que estaba seguro de que el Ejército estadounidense «apoyaría» esta medida[5].

La deriva que tomaba la conversación le incomodó tanto, que Churchill optó por abandonar la cena. Stalin fue a buscarle y, sin perder el tono jovial de la noche, le aseguró que, por supuesto, su propuesta no era más que una broma. Sin embargo, si consideramos lo que posteriormente se dijo en

algunos círculos y tenemos en cuenta que Stalin ya había instigado la aniquilación de miles de sus conciudadanos e, incluso, de muchos miembros del cuerpo de oficiales soviético, hay motivos para sospechar que, en el caso de que Churchill se hubiera mostrado de acuerdo, aquella noche se habría tomado una decisión definitiva. Que esta decisión hubiera culminado o no con un enorme número de ejecuciones queda abierto a la especulación y al debate. Ciertamente, Churchill nunca supo si, aquel día en Teherán, Stalin y Roosevelt le estaban tomando el pelo o no. Aunque aceptó las disculpas del dirigente soviético y volvió a la mesa, no quedó «completamente convencido de que aquello sólo fuera una broma, de que no hubiera una propuesta seria detrás»[6].

En el seno del Gobierno de Estados Unidos existía una profunda disensión acerca de qué debía hacerse con los crímenes de guerra nazis. Una de las voces más destacadas en favor de las ejecuciones sumarias y en contra de un proceso judicial de cualquier tipo era la de Henry Morgenthau, secretario del Tesoro, que el 5 de septiembre de 1944 propuso un plan que habría neutralizado a Alemania definitivamente. Morgenthau deseaba que, dentro de este plan, los dirigentes nazis fueran ejecutados sumariamente y en un número que estaba más próximo a la cifra mencionada por Stalin en Teherán que a la mucho más «modesta» que Churchill tenía en mente. Por fortuna, Henry L. Stimson, el secretario de Guerra, enarboló la voz de la razón en el bando estadounidense.

Stimson, que contaba a la sazón setenta y seis años, se negaba a apoyar la desindustrialización o destrucción de la economía alemana para, supuestamente, salvar al mundo de una nueva guerra y se oponía al trato que Morgenthau proponía dar a los criminales de guerra. Insistía, por el contrario, en la necesidad de un proceso judicial ortodoxo que tendría que cumplir con «los aspectos más básicos de la Declaración de Derechos». En

un memorando del 9 de septiembre de 1944, advirtió con acierto que el dilema no consistía en saber si había que ser duro o blando con Alemania, sino en encontrar un método adecuado para ocuparse de los criminales nazis. Ese método debía ser consecuencia de «una planificación cuidadosa y de un procedimiento bien definido». En su opinión, Estados Unidos debía participar en algún tipo de tribunal internacional que procesase a los principales dirigentes nazis por violar «las estipulaciones que figuraban en las Normas de la Guerra» y por «haber cometido crueldades gratuitas e innecesarias durante el desarrollo del conflicto». Añadía que esas Normas habían sido refrendadas por el Tribunal Supremo de Estados Unidos y, por tanto, debían constituir «la base de toda acción judicial contra los nazis»[7].

Sin embargo, y para consternación de Stimson, Roosevelt continuaba alineándose con Morgenthau —de quien, por lo demás, era amigo personal — y optaba por las ejecuciones sumarias —que, sin juicio previo, tendría que llevar a cabo el Ejército—. De hecho, y a raíz de la Conferencia de Quebec (11 de agosto de 1944), Roosevelt y Churchill hicieron una declaración pública que calificaba de inapropiado el procesamiento de «archicriminales como Hitler, Himmler, Göring y Göbbels». La declaración decía lo siguiente: «Aparte de las formidables dificultades que supone la constitución del Tribunal, la formulación de los cargos y la recopilación de pruebas, el destino [de los dirigentes nazis] es una cuestión política, no judicial. La decisión final sobre un asunto como éste, que es del mayor y más relevante carácter político y público, no puede residir en unos jueces, por eminentes que sean o por muy capacitados que estén. La resolución debe ser «decisión conjunta de los gobiernos aliados». Esto, en realidad, ya quedó expresado en la Declaración de Moscú»[8].

Roosevelt y Churchill llegaron a la conclusión de que, teniendo todas las circunstancias en cuenta, lo mejor sería ejecutar sin juicio previo a ciertos

dirigentes nazis, punto de vista que, según les parecía, Stalin también compartía. Durante la visita que realizó a Moscú en octubre de 1944, sin embargo, Churchill se quedó muy sorprendido al saber que Stalin había cambiado de opinión. El líder soviético y otros mandatarios de Moscú apoyaban ahora la celebración de un juicio según las directrices marcadas por un tribunal internacional, que era lo que en un principio había sugerido Mólotov. Es también posible que en cuanto Stalin se percató de que Churchill jamás se avendría a la ejecución de decenas de miles de oficiales y mandatarios alemanes, cediera ante la idea de someter a juicio a los criminales de guerra nazis más relevantes, juicio que podría aprovechar a efectos propagandísticos. También es posible, además, que pensara que, si optaba por un proceso judicial, podía sacar brillo a la empañada imagen que de él se tenía en Occidente[9].

Entretanto, los soviéticos tomaban ya iniciativas para saldar cuentas con los invasores. En el verano de 1943, y mientras liberaban su tierra del yugo nazi, llevaron a cabo los primeros juicios, incluidos algunos en que resultaron inculpados, por participación en los crímenes nazis, algunos de sus conciudadanos. En el primero de tales procesos, celebrado en Krasnodar entre el 14 y el 17 de julio de 1943, los soviéticos dieron a conocer ante la opinión pública mundial uno de los primeros casos de asesinato en masa de judíos. Se dictaron ocho sentencias de muerte que se ejecutaron en la plaza mayor de la ciudad y ante una multitud de aproximadamente treinta mil personas[10]. En agosto y septiembre se produjeron nuevos juicios en suelo soviético, si bien fueron de menor calado, pero entre el 15 y el 18 de diciembre tuvo lugar en Járkov otro gran proceso público con un resultado similar: los culpables fueron ahorcados en la plaza del mercado ante unas cincuenta mil personas. El acontecimiento recibió amplia cobertura, con noticieros cinematográficos especiales y menciones y artículos en las radios

y en la prensa. A algunos observadores occidentales, estos procedimientos les recordaban los juicios ejemplares de finales de los años treinta, que constituyeron uno de los rasgos definitorios del Gran Terror soviético. Los soviéticos utilizaron estos primeros juicios de simpatizantes nazis para apelar a la opinión pública mundial y reforzar la moral. Esta práctica, por lo demás, apoyaba más a aquellos que defendían algún tipo de proceso frente a los que optaban por la ejecución sumaria de los criminales nazis. La intención del Gobierno soviético, por supuesto, era aprovechar los procedimientos judiciales para demostrar la culpabilidad de los acusados.

Los gobiernos de Estados Unidos y Gran Bretaña mostraron su preocupación ante estos juicios celebrados a pocos kilómetros del frente. Les inquietaba sobre todo que provocaran las represalias nazis y dieran pie a la ejecución de los prisioneros de guerra británicos y estadounidenses que se encontraban en manos de los alemanes. De hecho, Hitler reaccionó con furia y, como respuesta, ordenó sus propios juicios ejemplares, aunque no de prisioneros de guerra soviéticos, sino de lo que llamó «criminales de guerra angloamericanos» y, más especialmente, «bombarderos terroristas anglosajones»[11]. Las órdenes de Hitler se obedecieron, pero acabaron en nada, como sucedió en el periodo final de la guerra con tantas de sus instrucciones más destructivas.

Alentado por Stimson, el Gobierno estadounidense fue aceptando poco a poco que un proceso judicial era preferible a las ejecuciones sumarias. Pero Stimson no podía limitarse a manifestar su oposición a Morgenthau, quien, al parecer, contaba con el apoyo del presidente Roosevelt, y tenía que presentar una alternativa. En septiembre de 1944, encargó la tarea de buscar esa alternativa al subsecretario John J. McCloy, que a su vez delegó la petición, siguiendo la cadena de mando. Finalmente, el coronel Murray C.

Bernays elaboró lo que habría de ser un documento clave en la evolución de la política estadounidense.

Bernays, que había ejercido como abogado en la vida civil, redactó un documento que llamaba «proceso a los criminales de guerra europeos» y en el que aportaba argumentos muy sólidos a favor de un proceso judicial ortodoxo. Afirmaba que un juicio ofrecía enormes ventajas frente a la solución adoptada al terminar la guerra anterior, es decir, la mera condena política. Sostenía que a los nazis se les podía y se les debía acusar de conjura para cometer actos criminales. Además, argüía que podía acusarse a ciertas organizaciones (como el Partido Nazi, la Gestapo y la SS) y no sólo a unos cuantos dirigentes a título individual. Esas organizaciones también podrían ser acusadas del cargo de conjura criminal. No sería necesario inculpar a todos sus miembros, sino sólo a sus «individuos más representativos». En cuanto una organización fuera juzgada y condenada, podría juzgarse por criminal y participante en la conspiración a cualquiera de sus miembros, que pasaría a ser objeto de un proceso sumario que llevarían a cargo los Aliados. No obstante, es importante señalar que, al contrario de lo que algunos encausados manifestaron en sus entrevistas con Goldensohn, el Artículo 10 de lo que acabarían siendo los Estatutos del Tribunal Militar Internacional no declaraba criminal a ninguna organización nazi. La decisión se dejaba en manos del propio Tribunal. Asimismo, no todos los miembros de aquellas organizaciones declaradas finalmente culpables serían considerados criminales de forma automática. Por el contrario, todos ellos tenían derecho a un juicio[12].

La postura de la administración estadounidense en favor de los procesos, junto a la propuesta de culpar de conjura a diversas organizaciones nazis, fue refrendada, además de por Stimson, por Cordell Hull, secretario de Estado, y por James Forrestal, secretario de la Marina. El 11 de noviembre

de 1944, los tres enviaron un memorando al presidente Roosevelt a fin de proporcionarle alguna orientación sobre la materia antes de que acudiera a la Conferencia de Yalta, que tendría lugar en fechas próximas[13].

Sorprendentemente, Roosevelt tardó en aceptar el cambio de opinión de sus subordinados. Según parece, en Yalta (7-12 de febrero de 1945), el presidente no mencionó la nueva postura de su Administración. Churchill y él seguían prefiriendo las ejecuciones sumarias, aunque no se tomó ninguna decisión al respecto.

Tal vez fueran Stalin y los soviéticos quienes más hicieron por convencer a los demás Aliados de que «había que proseguir con algún tipo de proceso judicial»[14]. Stimson y algunos otros se esforzaron por convencer al presidente en el mismo sentido. Insistieron en la necesidad de que había que evitar la impresión de que los Aliados buscaban venganza, punto de vista que aceptó el nuevo presidente, Harry S. Truman, poco después de su toma de posesión —Roosevelt había muerto de forma inesperada el 12 de abril de 1945[15]—.

Las demandas de ejecuciones sumarias quedaron en nada, porque Truman se sumó a la postura en favor de un proceso judicial que Stimson, Hull y otros altos cargos estadounidenses defendían desde finales de 1944 y principios de 1945[16]. A lo largo de 1945, los estadounidenses consiguieron convencer a los británicos, que seguían reacios. El 3 de mayo, en una reunión que tuvo lugar en San Francisco, los Aliados occidentales, a los que ya se sumaba la Francia recién liberada, y la Unión Soviética confirmaron el acuerdo de organizar un proceso judicial. Finalmente, el día 8 de agosto y tras varios meses de negociaciones en Londres, concluyeron los estatutos en el que se basaría tal proceso. Estos estatutos detallaban la constitución del Tribunal y los derechos de los acusados. Al mismo tiempo, los Aliados determinaron los cuatro cargos de la acusación: conjura,

crímenes contra la paz, crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad[17].

Aunque los Aliados habían acordado ya la celebración del proceso, aún les quedaban por superar los últimos escollos. Parte de la dificultad residía en el hecho de que las potencias liberales y demócratas angloamericanas y la Unión Soviética tenían una concepción muy distinta de los juicios. Los soviéticos habían soportado enormes sufrimientos bajo la dominación de sus invasores germanos. Según cálculos conservadores y sin duda fidedignos, la guerra en el frente oriental costó la vida a unos veinticinco millones de personas, en su mayoría civiles [18]. Los dirigentes soviéticos querían que los juicios fueran espectaculares y ejemplares, diseñados para demostrar la «magnitud de la culpa» de los acusados. Con los procesos, cada criminal tendría «su necesario castigo»[19]. Para Estados Unidos y Gran Bretaña, en cambio, del hecho de celebrar un proceso judicial se derivaba la necesidad de que los encausados tuvieran ciertos derechos. Debía garantizarse a todos ellos, por ejemplo, la presunción de inocencia y la posibilidad de ser declarados no culpables de algunos cargos y quedar libres tras la resolución del proceso.

A los Aliados también les resultó difícil llegar a un acuerdo en cuestiones de forma y procedimiento, porque las tradiciones judiciales de Gran Bretaña y Estados Unidos por un lado y del continente por otro son muy distintas. Los dos primeros países tienen un sistema procesal basado en un mecanismo «de contradicciones»: acuden a los tribunales casos relativamente abiertos, es necesario presentar las pruebas ante el juez, y el fiscal y los abogados de la defensa, que se enfrentan ante el Tribunal y debaten el caso, interrogan a los testigos, y a veces también a los acusados, estando, unos y otros, bajo juramento —este procedimiento de careo se conoce en inglés como «contrainterrogatorio»—. En el continente europeo,

en cambio, el sistema procesal es más «inquisitorial»: es un magistrado quien lleva a cabo la instrucción del proceso, que consiste en investigar el caso y reunir un informe basado en las pruebas. Cuando los cargos están suficientemente sustanciados, el Tribunal y los encausados reciben sendas copias de ese informe. Durante el proceso, son los jueces quienes deciden si escuchar o no nuevos testimonios. Son ellos quienes hacen preguntas a los testigos, pero rara vez preguntan a los acusados, quienes pueden hacer o no una declaración a la conclusión del juicio. En una de las últimas reuniones previas al proceso de Núremberg, el juez soviético —cuya participación en los tristemente famosos juicios ejemplares celebrados en Moscú a finales de los años treinta era bien conocida en Occidente— preguntó con no poca congoja: «¿Qué quieren decir los ingleses con eso de "contrainterrogar"?»[20].

Los estadounidenses y los británicos consiguieron imponer su procedimiento y lograron lo que en alguna ocasión ha sido calificado de compromiso inteligente con los soviéticos y los franceses. Los acusados, por descontado, no tuvieron voz alguna en las conversaciones previas al proceso. También se les privó de muchos de los derechos más importantes consagrados por la Constitución de Estados Unidos. Se les negó, por ejemplo, el derecho a invocar la Quinta Enmienda, que les habría permitido negarse a responder a cualquier pregunta en el caso de que hacerlo pudiera inculparles. Se les podía interrogar por turnos, y así se hizo, y no podían negarse a testificar.

Los cargos

Los inculpados de Núremberg fueron acusados de cuatro cargos. Los dos primeros fueron motivo de particular controversia entre los especialistas en derecho internacional.

El *primer cargo* alegaba que los acusados habían «participado como responsables, organizadores, inductores o cómplices en la formulación o ejecución de un plan conjunto o conjura para cometer, o facilitar la comisión de Crímenes contra la Paz, Crímenes de Guerra y Crímenes contra la Humanidad» tal y como éstos aparecían definidos en los estatutos del Tribunal Militar Internacional[21].

El *segundo cargo* guardaba estrecha relación con el primero e inculpaba a los encausados y a todos aquellos que, a lo largo de los años, habían «intervenido en la planificación, preparación, iniciación y participación en guerras de agresión, guerras que también suponían la violación de diversos tratados, acuerdos y compromisos internacionales». Este cargo, por tanto, condenaba lo que se calificó como «Crímenes contra la Paz» y, evidentemente, debía incluir actos de agresión como la invasión alemana de Polonia del 1 de septiembre de 1939, incluso a pesar de que esta acción de guerra formaba parte, sin ningún género de dudas, de una conspiración llevada a cabo conjuntamente con la Unión Soviética —hecho que nadie mencionó—. El Pacto de No Agresión nazi-soviético del 23 de agosto de 1939 no sólo fue la antesala de la guerra, sino que contenía cláusulas secretas concernientes a la división de Polonia, que la Unión Soviética invadió desde el este poco después de que Alemania lo hiciera desde el oeste.

Los cargos primero y segundo, por tanto, pusieron al Tribunal ante una situación controvertida entre otras cosas porque no se acusaba a la Unión Soviética de «Crímenes contra la Paz» —lo que, en la época, habría sido muy difícil de digerir desde un punto de vista político—. El propio sentido

de lo que significa hacer justicia se veía empañado por el hecho de que los soviéticos actuaran como jueces y fiscales. Visto con perspectiva, habría sido mejor no plantear los dos primeros cargos y centrarse en vez de ello en los crímenes de guerra y en los crímenes contra la humanidad.

El *tercer cargo* acusaba a los encausados de tener «un plan conjunto o conjura para cometer Crímenes de Guerra». La consecución de este plan, se decía, abocaba a la «guerra total», la cual excedía «las leyes y costumbres de la guerra». Más en particular, este cargo se refería a crímenes como el asesinato, la tortura y el maltrato de la población civil, las deportaciones y el uso de mano de obra esclava, el asesinato de rehenes, y el saqueo y la destrucción gratuita de ciudades, pueblos y aldeas.

El *cuarto cargo* afectaba a los «Crímenes contra la Humanidad», entre los que se encontraban «el asesinato, el exterminio, la esclavización, la deportación y otras acciones inhumanas cometidas contra la población civil antes y durante la guerra». El cuarto cargo se centraba en la «persecución por razones políticas, raciales y religiosas llevada a cabo en relación con la conjura mencionada en el cargo primero y en cumplimiento de ésta».

Ninguno de los acusados ante el Tribunal Militar Internacional lo fue por un cargo específico de persecución y asesinato de judíos. Términos como «genocidio» u «Holocausto» sólo se generalizaron tiempo después. El «Genocidio», término acuñado en 1944 por el jurista polaco Raphael Lemkin, fue calificado como crimen específico en 1948, tras una reunión especial de Naciones Unidas[22]. «Holocausto» ya existía —antes de 1939—, pero el término no se empleó durante el proceso[23]. Ahora bien, las atrocidades sin precedentes que se cometieron contra los judíos en toda Europa sí se mencionaron, aunque de pasada, al tratar los cargos tercero y, sobre todo, el cuarto, en el que se decía que el «asesinato en masa» de judíos había supuesto la muerte de «millones de personas».

Los cuatro cargos suponían acusaciones muy graves, pero casi ninguna de ellas tenía precedentes en la jurisprudencia internacional. Los dos primeros resultaban especialmente problemáticos. En realidad, sin su inclusión y sin el continuo y errado empeño por vincular todos los crímenes de la Alemania nazi a una conspiración general, los juicios habrían sido más fructíferos como base para futuros procesos sobre crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad. Además, y en un esfuerzo por dar solidez a los cuatro cargos del caso, y en particular al primero —el de conjura—, la acusación exageró la intencionalidad y coherencia de los nazis en la planificación y ejecución de su política. Los juristas estadounidenses se mostraron especialmente entusiastas con el cargo de conjura, el cual, desde cierto punto de vista, podía juzgarse a la luz de las leyes estadounidenses, aunque hasta entonces sólo se hubiera empleado de un modo mucho más limitado. La idea de incriminar a los acusados en una conjura a gran escala era motivo de preocupación para los británicos, pero desde la perspectiva estadounidense tenía la ventaja de unir los abusos de la ley y de los derechos humanos que se habían producido en Alemania antes de 1939 con los crímenes ciertamente más atroces cometidos en el curso de la guerra.

La idea de conjura —que, en realidad, sirvió para dar forma a los cuatro cargos de la acusación— dejaba una puerta abierta a la defensa. Los abogados defensores aprovecharon en efecto cuantas oportunidades se les brindaron para demostrar, no sin cierta plausibilidad, que en el Tercer Reich existía una enorme confusión de autoridad. Afirmaron que el régimen nazi tenía un sistema administrativo y gubernativo caprichoso, incoherente e ineficaz. Entre los acusados, declarar ignorancia se convirtió en moneda corriente, como también aludir a la gran compartimentación de la Administración nazi. Todos aseguraron que sólo tuvieron un conocimiento

limitado de cuanto sucedía y negaron toda participación en una conjura de largo alcance.

La acusación, por otra parte, tenía que demostrar que existía un plan definido y que los encausados compartían los mismos objetivos ya desde los inicios del régimen. Su propósito, en efecto, era evidenciar que desde el principio existía intención de cometer crímenes concretos, lo que significaba no sólo planear a largo plazo una guerra de agresión, sino también medidas concretas como la matanza de los judíos. En consecuencia, de igual modo que la defensa se esforzó por disminuir la voluntad de delinquir y conjurar de los acusados, los fiscales acabaron por exagerarla. El propósito de los abogados defensores era describir una imagen de caos administrativo, interminables disputas por el poder y un sistema sin un líder real. Para ellos era lógico insistir en que nadie creía en la ideología nazi ni había leído el libro de Hitler y mucho menos los de Alfred Rosenberg.

Hasta la fecha continúa existiendo entre los especialistas una notoria controversia sobre la naturaleza y extensión del papel de Hitler y sobre sus relaciones con los dirigentes nazis. Hoy, muchos historiadores defienden una interpretación compleja que combina elementos de la acusación y de la defensa[24]. Por otro lado, la imagen de Alfred Rosenberg como el principal «teórico» o «filósofo» del nazismo carece de todo crédito.

El Tribunal Militar Internacional, que finalmente sería responsable de juzgar a los principales criminales de guerra, fue resultado de largos debates políticos y judiciales. Tras la sesión preliminar, que tuvo lugar en Berlín el 18 de octubre de 1945, el proceso se trasladó al Palacio de Justicia de Núremberg, donde las sesiones comenzaron el 14 de noviembre. El juicio principal, incluidas las declaraciones y alegaciones de la acusación y de la defensa, se prolongó durante más de nueve meses: desde el 22 de

noviembre de 1945 hasta el 31 de agosto de 1946. El proceso de Núremberg fue una empresa de grandes dimensiones. Había cuatro jueces y cuatro fiscales (con sus respectivos sustitutos) y cada uno de ellos contaba con un equipo propio. Todos ellos pertenecían a las potencias vencedoras: Estados Unidos, Gran Bretaña y la Unión Soviética; y también a Francia. El Tribunal celebró 403 sesiones públicas, escuchó a un total de 166 testigos y se basó, literalmente, en miles de declaraciones escritas y cientos de miles de documentos[25]. El proceso fue lento y pesado porque se llevó a cabo en cuatro idiomas y requería un enorme trabajo de traducción para consignar por escrito los testimonios y los contrainterrogatorios, y traducir las declaraciones escritas y el ingente número de documentos. Para dar una idea de la escala de aquellos juicios, la publicación, también en cuatro lenguas, de las trascripciones de sólo una selección de los documentos aportados como prueba ocupó cuarenta y dos gruesos volúmenes[26].

En un principio, los encausados iban a ser veinticuatro, a quienes se tenía por los mayores criminales de guerra del Gobierno nazi en varios terrenos. Entre ellos se encontraban Robert Ley, principal dirigente del Frente del Trabajo, que se suicidó el 24 de octubre de 1945, es decir, poco antes del comienzo de los juicios, y el industrial Gustav Krupp von Bohlen und Halbach, escogido por los Aliados como «representante» de la gran empresa, quien no se encontraba en unas condiciones de salud mínimas para asistir al proceso. Incluido, *in absentia*, entre las veintidós personas definitivamente imputadas se encontraba Martin Bormann, el secretario personal de Hitler. El Tribunal llevó a cabo sus deliberaciones los días 30 de septiembre y 1 de octubre de 1946. Doce de los acusados fueron condenados a morir en la horca (Bormann, *in absentia*, Hans Frank, Wilhelm Frick, Hermann Göring, Alfred Jodl, Ernst Kaltenbrunner, Wilhelm Keitel, Joachim von Ribbentrop, Alfred Rosenberg, Fritz Sauckel,

Arthur SeyssInquart, y Julius Streicher). De los otros diez, tres fueron declarados no culpables (Hans Fritzsche, Franz von Papen y Hjalmar Schacht), tres fueron condenados a cadena perpetua (Rudolf Hess, Walther Funk y Erich Raeder), dos a veinte años de prisión (Baldur von Schirach y Albert Speer), uno a quince años (Constantin von Neurath) y otro a diez años (Karl Dönitz).

Inmediatamente después de escuchar la sentencia, los abogados de dos de los condenados a la horca (Jodl y Keitel) solicitaron que se concediera a sus clientes la dignidad de una ejecución militar por fusilamiento. El abogado de Raeder también solicitó el fusilamiento en lugar de la condena a cadena perpetua. Las tres peticiones fueron denegadas. El 16 de octubre de 1946, todos los condenados a muerte (con las excepciones de Bormann y Göring) fueron ahorcados. El mariscal del Reich Göring consiguió burlar al Tribunal y se suicidó en su celda poco antes de su ejecución prevista.

Las entrevistas de Leon Goldensohn

Después de que, entre finales de 1944 y comienzos de 1945, el Gobierno de Estados Unidos decidiera que los juicios eran necesarios y preferibles a las ejecuciones sumarias, los estadounidenses adoptaron un papel protagonista. Casi de inmediato, y con el apoyo británico, insistieron en trasladar el lugar del proceso fuera del sector soviético de la Alemania ocupada. La decisión de que ese lugar fuera Núremberg se adoptó a finales de junio de 1945. La ciudad había sido prácticamente arrasada durante la guerra, pero todavía contaba con edificios e instalaciones apropiadas para el juicio[27]. Las potencias ocupantes casi se vieron obligadas a elegir Núremberg. Su nombre estaba asociado a las leyes racistas de septiembre de

1935 y, aparte de esto, la ciudad había sido escenario de las concentraciones anuales del Partido Nazi, en las que cientos de miles de personas se congregaban en la ciudad y la llenaban con su entusiasmo exacerbado por Hitler. Por tanto, que el proceso de los dirigentes nazis derrotados tuviera lugar en Núremberg tenía tanto un valor político como simbólico.

En septiembre de 1945, los fiscales estadounidenses Robert H. Jackson y Thomas J. Dodd eran ya las cabezas visibles de un equipo de doscientas personas. Formaban parte de este equipo funcionarios de justicia y especialistas en campos diversos, así como traductores y taquígrafos. Jackson fue, con mucho, el más activo de los fiscales, seguido del británico sir David Maxwell Fyfe. Los británicos, sin embargo, contaban con un personal no superior a treinta y cuatro personas, y con frecuencia no todas estaban presentes, mientras que los equipos soviético y francés eran aún más reducidos[28]. Los estadounidenses, por tanto, dominaron el proceso en casi todos sus aspectos, y no sólo porque se llevase a cabo en el sector estadounidense de Alemania.

Además del personal médico diverso, en Núremberg, los estadounidenses contaron en casi todo momento con un psicólogo y un psiquiatra. El primer psiquiatra de la prisión de Núremberg fue el mayor Douglas M. Kelley, quien ya había prestado sus servicios en el campo de prisioneros luxemburgués de Mondorf-les-Bains, lugar donde estuvieron internados muchos nazis prominentes y al que los vencedores, no sin ironía, llamaban «Vertedero». Dirigía este campo el estricto coronel Burton C. Andrus, hombre conocido por su férrea disciplina. Otros jerarcas nazis como Albert Speer y Hjalmar Schacht pasaron algún tiempo encarcelados, en condiciones menos rigurosas, en el castillo de Kransberg, cerca de Fráncfort. Este lugar recibía el apodo de «Basurero». Todos los dirigentes nazis fueron interrogados en el Vertedero o en el Basurero, y algunas de las

informaciones que revelaron siguen sin conocerse hoy en día. Una selección de este material, la mayor parte del cual no se empleó en los juicios, se ha publicado recientemente[29]. El coronel Andrus y el mayor Kelley fueron trasladados del Vertedero a Núremberg. Kelley asistió al proceso tan sólo el primer mes. Cuando lo abandonó, fue Goldensohn quien ocupó su lugar.

Durante el periodo de encarcelación de los encausados, primero en Mondorf y luego en Núremberg, los centinelas estadounidenses apenas se comunicaron con los prisioneros y se limitaron a mantener una vigilancia permanente para impedir que se quitasen la vida. En un principio, se asignó un centinela para cada cuatro celdas, pero tras el suicidio de Robert Ley en octubre de 1945, el coronel Andrus situó a un soldado ante cada celda. El cometido de este soldado era vigilar a los prisioneros casi sin interrupción a través de los ventanucos que había en la puerta de cada una de las celdas. Antes de entrar en su celda —se encontraban muy separadas unas de otras —, los prisioneros tenían que quitarse el cinturón, los tirantes, los cordones de los zapatos… en definitiva todo aquello que pudiera valer para un suicidio. Los centinelas recibieron órdenes de obligar a los prisioneros a mantener bien visibles la cabeza y las manos, incluso cuando, llegada la noche, intentaban dormir (tenían que hacerlo boca arriba). Los prisioneros estaban aislados casi por completo del mundo exterior y no se les permitía leer la prensa. Todo el correo que recibían, incluso el de sus familiares, pasaba una censura previa y sólo se les permitía abandonar sus celdas a la hora de la comida, para sus ejercicios diarios o para entrevistarse con sus abogados. En estas ocasiones, y siempre que les era posible, los acusados trataban de planear una estrategia común para hacer frente a los fiscales. Por regla general, los centinelas no se comunicaban con los prisioneros, ni siquiera aunque el coronel Andrus hubiera apostado ante las celdas, sin que los acusados lo supieran, a soldados que hablaban alemán. Estos soldados

debían informarle de todo aquello que les pareciese sospechoso o pudiera resultar útil en los juicios. Virtualmente, los prisioneros se vieron privados de todo contacto con otras personas y sólo se les permitía ver a sus abogados, así que no es de extrañar que estuvieran deseando hablar con los psicólogos y psiquiatras que trabajaban en la unidad médica del 685º Destacamento de Seguridad Interna (ISD), adscrito a la oficina del fiscal jefe de Estados Unidos en Núremberg. Los médicos tenían acceso a las celdas prácticamente a cualquier hora.

Cuando Leon Goldensohn fue destinado a Núremberg tenía treinta y cuatro años. Goldensohn había nacido el 19 de octubre de 1911 en Nueva York, en 1932 se había graduado en la Universidad del Estado de Ohio y en 1936 se había licenciado en la Facultad de Medicina de la Universidad George Washington. A continuación, estudió neurología en el hospital Montefiore de Nueva York y psiquiatría en el Instituto de Psiquiatría William Alanson White. Al terminar la guerra, el mayor Goldensohn fue destinado al 121º Hospital General de Núremberg y el 3 de enero de 1946 al 685º Destacamento de Seguridad Interna. Ejerció las funciones de psiquiatra de la prisión hasta el 26 de julio de 1946, es decir, hasta poco antes de la conclusión del proceso.

Cuando, en la primavera y el verano de 1945 y a la estela de la derrota de Alemania, se anunció la constitución del Tribunal Militar Internacional, se despertó una enorme expectación por saber qué había impulsado «a esos nazis»[30]. Douglas Kelley habló del «tesoro psicológico» que el psicólogo Gustave Gilbert y él tenían al alcance de la mano y, en principio, concibieron la idea de publicar un libro escrito por ambos[31]. El capitán Gilbert pertenecía a los servicios de inteligencia estadounidenses. Dominaba el alemán y consiguió que le destinaran como traductor al servicio del mayor Kelley. Era también un psicólogo cualificado y no tardó

en convencer al coronel Andrus de que le designara psicólogo «oficial» de la prisión de Núremberg. Al parecer, Gilbert era de la misma opinión que Kelley: creía que podía disponer de los criminales nazis como si fueran «ratas de laboratorio»[32]. Además, un sinnúmero de periodistas, psiquiatras y psicólogos de todo el mundo intentaron tener acceso a los prisioneros. Es muy probable que, al igual que Kelley y Gilbert, Goldensohn se convirtiera en la envidia de sus compañeros de profesión y de los periodistas destacados en el proceso, ávidos de entrevistar a los inculpados[33].

El volumen que Kelley y Gilbert proyectaban nunca llegó a concretarse, si bien Kelley publicó su propio estudio en 1947. Continúa siendo una obra útil, aunque con limitaciones, pero lo cierto es que no ha resistido el paso del tiempo[34]. A los pocos meses de la publicación del libro de Kelley, Gilbert también publicó su propia versión del proceso. Estaba escrita en forma de diario, de modo que el lector pudiera seguir el transcurso del juicio a partir de las experiencias y el punto de vista del autor[35].

Goldensohn también tenía intención de escribir un libro. No llegó a hacerlo, pero sí a consignar algunas notas que conservó durante un tiempo. Mecanografió algunas de esas notas poco después de que se celebraran las entrevistas. Leon Goldensohn murió pronto, el 24 de octubre de 1961, a la edad de cincuenta años, de un ataque al corazón, lo que truncó todo proyecto de escritura que pudiera tener. Sin embargo, Eli Goldensohn reunió y organizó los materiales originales de su hermano y supervisó el mecanografiado de los pequeños cuadernos que recogían todas sus notas. El presente volumen supone la publicación de una selección abreviada y editada de algunas de las entrevistas que Goldensohn realizó a diecinueve acusados y a catorce testigos.

Sus notas son muy concienzudas. Estamos, por ello, en deuda con él. Si Gustave Gilbert, el psicólogo, consignaba sus impresiones al final del día y, en este sentido, confiaba sobre todo en su memoria para reconstruir conversaciones e impresiones, Leon Goldensohn, el psiquiatra, insistía en tomar notas muy detalladas durante el transcurso mismo de las entrevistas. Aunque sólo chapurreaba el alemán, algunos de sus entrevistados sabían inglés y pudo conversar con ellos con toda libertad. Sin embargo, y pese al carácter formal de las entrevistas, quería que los acusados y los testigos se expresasen con sus propias palabras, de modo que no dudó en recurrir a los servicios de un intérprete. Consignó con gran detalle tanto sus preguntas como las respuestas de los acusados, que anotaba en el preciso momento en que las escuchaba.

El dominio que Gilbert tenía del alemán tendría que haberle facilitado la conversación con los prisioneros, la mayoría de los cuales eran comunicativos y estaban ávidos de mantener algún contacto con otras personas. Y sin embargo, algunos acusados tenían la sensación de que el psicólogo los odiaba o de que, en todo caso, no les deseaba ningún bien. Uno de ellos afirmó que se burlaba mostrándoles, por ejemplo, fotografías publicadas en la revista *Barras y Estrellas* en las que aparecían criminales de guerra nazis ahorcados, asegurándoles que a ellos les sucedería lo mismo. Según parece, los prisioneros miraban con mayor simpatía a Goldensohn, a quien consideraban más distante y profesional. En algunas ocasiones, sin embargo, Goldensohn y Gilbert realizaron juntos algunas entrevistas. En estos casos, era el segundo quien hacía las veces de intérprete.

Goldensohn compartía la creencia, generalizada en la época, de que los dirigentes nazis sufrían alguna especie de «patología», y, pese a la amabilidad del trato, estaba especialmente interesado en encontrar una

explicación a sus «depravaciones». Nunca pretendió mantener la relación confidencial propia del terapeuta con sus pacientes, algo que, por otra parte, los prisioneros tampoco esperaban. No todos ellos estaban satisfechos con su situación, pero la mayoría parecían resignados a admitir que constituían «material» para varios libros en proyecto. Hoy en día, con nuestra preocupación por la privacidad, habría resultado problemático que un médico, con toda franqueza y en repetidas ocasiones, preguntase a un prisionero lo que pensaba de otro. En ciertas ocasiones, algún entrevistado solicitaba a Goldensohn que mantuviera la confidencialidad de su respuesta, algo a lo que, sin embargo, el psiquiatra no accedía fácilmente. Como otros médicos del equipo estadounidense, Goldensohn consideraba a los prisioneros nazis en primer lugar como sujetos de estudio y sólo muy accesoriamente como pacientes —si es que en realidad esta segunda consideración se le pasaba por la cabeza—. En efecto, en sus notas se refiere específicamente a los «sujetos» de sus investigaciones. Los prisioneros, por otra parte, consideraban sus conversaciones con los doctores como una oportunidad para dar a conocer algunas afirmaciones o puntos de vista que pronto habrían de emplear en su defensa ante el Tribunal. Goldensohn era consciente de ello e incluso lo alentaba. En sus conversaciones con los estadounidenses, los acusados rara vez bajaban la guardia, especialmente a la hora de confesar los crímenes por los que se les juzgaba. Temían que el Tribunal pudiera emplear en su contra todo cuanto dijesen. Algunos prisioneros observaban con recelo a estos profesionales y les acusaban de estar más interesados en reunir material para los libros que deseaban escribir que en darles los cuidados pertinentes[36].

Goldensohn veía a los acusados casi todos los días, pero lo que diferencia su trabajo del de los demás psiquiatras y psicólogos es su contumaz esfuerzo por mantener entrevistas formales y a menudo prolongadas.

Consignaba cuanto le parecía de interés humano o psiquiátrico. Gracias a ello, ahora podemos leer lo que los encausados y los testigos opinaban acerca del papel desempeñado por alguno de ellos en cierto acontecimiento concreto, y también todos los detalles relativos a su familia e historial médico. Goldensohn preguntó a los acusados qué juicio les merecían algunos dirigentes, qué pensaban de Hitler, e incluso lo que opinaban unos de otros y de sus crímenes, y qué les había parecido su comportamiento ante el Tribunal algún día en particular. Les sometió a muchas preguntas, a veces hasta que reaccionaban con furia, pese a lo cual, él continuaba insistiendo. Aseguraba que no quería confrontar el testimonio de unos con el de otros, pero, en realidad, durante sus encuentros cara a cara con los inculpados, algunas veces lo hizo. Con frecuencia, insistía en el testimonio de algunos de ellos ante el Tribunal, señalando, por ejemplo, aquellas partes que no le parecían creíbles o que le resultaban difíciles de comprender. En ocasiones, Goldensohn se mostraba menos complaciente de lo que el fiscal había estado durante el juicio.

Normalmente, Goldensohn no registraba en sus cuadernos las conversaciones coloquiales y se limitaba a tomar nota de las entrevistas formales en las que recurría a la ayuda de un intérprete. El hecho de que tomase notas y la presencia de un traductor impedían que los entrevistados se dejasen llevar. En vez de ello, tenían tiempo de sobra para meditar sus respuestas. Pero tal vez fuese precisamente esto lo que pretendía el doctor.

Es esencial no olvidar que todos los encausados sabían que, en aquel proceso, su vida estaba en juego. Como cualquier acusado por un crimen muy grave, aquellos hombres habían decidido exculparse (para al menos una importante tradición filosófica, toda persona, sin importar lo horrendo de sus crímenes, tiene derecho a defender su vida). Para la mayoría de los acusados, que, en esencia, estaban privados de la mayor parte de sus

derechos legales (al menos tal como los entiende la Constitución de Estados Unidos), el hecho de que Goldensohn tomase notas durante sus entrevistas debió disparar todas las alarmas. Los encausados no estaban protegidos contra la autoinculpación, ni Goldensohn les entrevistaba en presencia de sus abogados, ni tenían por qué desechar la posibilidad de que podrían verse obligados a responder ante el Tribunal de las palabras que, según las iban pronunciando, el psiquiatra iba consignando en su cuaderno de notas. Esto no ocurrió, pero, como mínimo, no debemos olvidar que los acusados debieron albergar dudas acerca del propósito final de aquellas entrevistas, que, por otra parte, no estaban protegidas por el carácter confidencial de la relación médico paciente. Es posible que Goldensohn se considerase ante todo médico y científico, pero desde el punto de vista de cualquiera de los acusados era uno de los vencedores, mientras que ellos eran los vencidos. Por este motivo, es muy probable que le tratasen como si fuera un miembro más del equipo de la acusación. Él les aseguró que no tenían de qué preocuparse y que podían hablar con toda libertad, pero no pudo darles ninguna base real para que le creyeran.

En general, los acusados trataban de soslayar todas las acusaciones que recaían sobre ellos, y, como uno de ellos sugirió, a veces lo consiguieron. Esto fue, en efecto, lo que afirmó Albert Speer, el arquitecto de Hitler, a quien a menudo se considera el observador más sagaz de todos los acusados. No le agradó que, al término del proceso, Hans Fritzsche, Franz von Papen y Hjalmar Schacht quedaran libres mientras él era condenado a veinte años de cárcel. En su diario consignó: «al final, las mentiras, las ocultaciones y las declaraciones fingidas han dado resultado». Speer se sentía ofendido porque el Tribunal no le hubiera exonerado a él, lo que sin duda no se debió a su falta de habilidad para mentir o encubrir la verdad[37]. A Speer, como sin duda les sucedía a otros acusados, no le

agradaban las personas como Goldensohn y Gilbert. Por lo que sabemos, el arquitecto de Hitler se limitó a hacer a Goldensohn poco más que una declaración breve y lacónica (incluida en el presente volumen). Además, acusó a Gilbert de estar «siempre ávido de añadir algo a sus saberes psicológicos». Respondiendo a Gilbert cuando éste le preguntó su parecer sobre la sentencia, Speer mintió: «me parece justa —dijo—. Considerando los hechos, no se podía dictar una sentencia menor. Así que no puedo quejarme»[38]. Sin embargo, a la luz de lo que admitió posteriormente, Speer no decía la verdad. Creía que el Tribunal había sido injusto con él.

Podríamos multiplicar los ejemplos de declaraciones que ocultaron la verdad, pero eso no significa que todo lo que dijeron acusados y testigos no fuera más que un cúmulo de mentiras. En realidad, lo más notable de las entrevistas de Goldensohn es con cuánta frecuencia los entrevistados se manifiestan abiertamente y, a veces, con asombrosa sinceridad. En varias ocasiones, algunos acusados y testigos admiten la comisión de crímenes abyectos, aunque traten de descargar su culpa en otra persona. Sus excusas, razonamientos e intentos por evitar las consecuencias penales de sus actos resultan interesantes por sí mismos. A veces también comprobamos cómo Goldensohn yerra, hasta qué punto no comprende la importancia de algunas informaciones sesgadas o pasa por alto pistas reveladoras. Pese a todo, los acusados dieron a conocer una gran parte de sí mismos y de lo que les atrajo de Hitler y del nazismo.

El editor del presente volumen se puso en contacto conmigo para pedirme que supervisara y preparase una edición de las entrevistas de Leon Goldensohn. Lo he hecho con el mayor cuidado. He enmendado obvios errores de fechas, lugares y cargos, que a veces se encontraban tergiversados, y también erratas en la ortografía de algunos nombres[39]. Goldensohn no llegó a la etapa de revisión de nombres, fechas y datos, de

modo que he procurado verificar cuanto me ha sido posible. A veces, al tomar nota de los antecedentes sociales, educativos y militares de un entrevistado, comete errores banales. He corregido deslices siempre que he podido identificarlos, pero no me cabe duda de que el texto todavía mantiene algunas imprecisiones. Confío en que éstas no afecten en lo sustancial a los valiosos testimonios que suponen estas entrevistas.

Siempre que me ha sido posible, he intentado que el texto siga fielmente al original; no obstante, me he visto obligado a introducir numerosos cambios estilísticos a fin de que la lectura resulte más fluida. He suprimido algunas partes con el propósito de evitar repeticiones y redundancias evidentes, lo que solía suceder cuando una sesión se ocupaba de un tema tratado anteriormente. Con el fin de que el resultado final guardase un tamaño manejable, he eliminado entrevistas completas con algunos acusados y con muchos testigos, pero mi intención siempre ha sido la de incluir todo aquello que resultara relevante para la historia. En ocasiones he tenido que hacer cambios sustanciales a fin de mantenerme fiel a la sustancia de lo que los acusados contaban. Hay problemas derivados de las dificultades que entrañaba la traducción de lo que decían los entrevistados y otros debidos a que Goldensohn entendió mal lo que le estaban relatando, como, por ejemplo, en lo relativo al funcionamiento del Estado alemán. Como todo editor, cuando se trataba de resolver cuestiones de interpretación que no quedaban bien definidas, he tenido que confiar en mi discernimiento profesional, que se ha basado en los trabajos de documentación hechos por mí y por otros.

No he intentado corregir todos los errores e inexactitudes patentes que Goldensohn consignó sin darse cuenta. A veces, los entrevistados quitaron importancia a su propio papel o conocimiento de los hechos o, simplemente, trataron de racionalizar los crímenes. Algunos también

intentaron minimizar sus delitos y sostuvieron que se limitaban a intervenir en una guerra defensiva o preventiva. Algunos recordaron a Goldensohn lo que los Aliados, y especialmente los rusos, hicieron a los alemanes en la parte final de la contienda. Es imposible ocuparse en detalle de cada uno de estos episodios, pero el lector debe tener presente el problema de las falsedades deliberadas y de las inexactitudes no conscientes.

En las notas proporciono al lector aclaraciones, orientación y referencias. Aporto, cuando lo considero necesario, información básica sobre figuras destacadas y acontecimientos importantes que se mencionan en el texto. Además, atajo las falsedades, negaciones e invenciones más obvias y relevantes o la repetición de mitos o rumores infundados. Las notas también añaden información más detallada sobre algunas cuestiones importantes como, por ejemplo, la toma del poder por los nazis o el número de judíos asesinados.

Algunos entrevistados y el propio Goldensohn mencionan la cifra de cinco millones de judíos asesinados por el Tercer Reich. ¿En qué se basan para dar ese número? En realidad, ésa era la cifra que manejaba la acusación. La siguiente cita, por ejemplo, pertenece a la declaración inicial de Robert Jackson ante el Tribunal: «Se calcula que, de los 9.600.000 judíos que vivían en la Europa dominada por los nazis, perecieron un sesenta por ciento. Faltan 5.700.000 de los países donde residían, pero teniendo en cuenta el índice de mortalidad normal, hay que excluir de la cuenta a más de 4.500.000»[40]. Durante el juicio, la acusación tendió a redondear la cifra de judíos asesinados y a dejarla en cinco millones.

En varios momentos del proceso, en las conclusiones del fiscal Jackson y en el veredicto del Tribunal, se mencionó también la cifra de seis millones de judíos asesinados. Uno de los testimonios más destacados fue el de Wilhelm Höttl. Según parece, en él se apoyó la acusación. Sin embargo,

Höttl sólo podía conocer la cuestión a través de terceras personas. Höttl afirmó ante el Tribunal (y lo suscribió en una declaración por escrito adicional) que, a últimos de agosto de 1944, había preguntado a Adolf Eichmann la cifra de judíos asesinados[41]. Eichmann replicó que hacía poco había informado a Himmler de que en torno a cuatro millones de judíos habían sido asesinados ya en los campos y de que otros dos millones habían muerto de varias formas, sobre todo, fusilados. Según los recuerdos de Höttl, Eichmann le había dicho que Himmler suponía que la cifra de judíos asesinados era, en esas fechas, aún mayor. Hoy, muchos historiadores dirían que, para el periodo al que nos estamos refiriendo, es decir, finales de agosto de 1944, las cifras que al parecer dio Eichmann y Höttl repitió ante el Tribunal son sin duda demasiado elevadas.

Diversos historiadores, entre los cuales destaca Raul Hilberg, que ha escrito una obra definitiva sobre la aniquilación de los judíos europeos, sitúan la cifra de judíos asesinados en torno a los 5.300.000[42]. Hilberg sitúa el número de asesinados en Auschwitz en un millón, una cifra escalofriante, pero muy por debajo de la que, ante el Tribunal, manifestó el comandante del campo, Rudolf Höss. Pese a que no resulta fiable, esta cifra —entre dos millones y medio y tres— continúa citándose a menudo, incluso en estudios en apariencia concienzudos sobre Auschwitz[43]. Es necesario que seamos todo lo escrupulosamente exactos que podamos con las cifras a fin de acallar a los revisionistas o a aquellos que niegan el Holocausto.

También se pueden leer las entrevistas de Goldensohn desde el punto de vista de lo que nos revelan sobre la opinión que en aquel tiempo tenían los estadounidenses sobre el nazismo y el Tercer Reich. Goldensohn, por ejemplo, aceptaba sin asomo de dudas uno de los cargos fundamentales de la acusación, es decir, que los nazis se habían embarcado en una conjura de

enormes proporciones con la intención de cometer diversos crímenes, incluidos crímenes contra la paz, crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad tal y como aparecían definidos en los estatutos del Tribunal. Aceptaba la idea de que con el comienzo del Tercer Reich se había iniciado también una vasta conspiración que se prolongó durante los años que duró la guerra. Hoy en día, pocos historiadores se mostrarían de acuerdo con una interpretación tan «intencionalista» del Tercer Reich y la mayoría suscribe la opinión de que muchas de sus políticas, incluida la de asesinar a todos los judíos de Europa, fueron improvisadas y sólo se decidieron bien entrada la II Guerra Mundial. Hemos tenido mucho más tiempo para investigar los procesos decisorios en el seno del Tercer Reich, pero, aparte de esto, lo cierto es que la mayoría de nosotros tenemos una idea distinta del régimen nazi de la que tenían Goldensohn y sus coetáneos.

Nuevas investigaciones nos han permitido revisar parte de la documentación más relevante presentada en Núremberg bajo una perspectiva generalmente más amplia y en algunos casos nueva. En algunos documentos es posible entender más hoy de lo que, durante el proceso, pudieron entender la acusación o los jueces, que a veces se vieron superados por las circunstancias. Una de las muchas y sagaces tácticas de la defensa fue la de ahogar al Tribunal bajo un mar de documentos, declaraciones y afirmaciones de testigos presenciales[44]. Sólo mucho después hemos podido comprender lo que algunas personas que testificaron ante el Tribunal —y otras repitieron en sus entrevistas con Goldensohn— querían decir cuando afirmaron que los nazis tenían planes para acabar con treinta millones de personas. No habría habido uno, sino varios genocidios[45]. Los documentos más reveladores relativos a estos planes fueron remitidos al Tribunal, pero las verdaderas dimensiones del asunto no se comprendieron.

Aunque Goldensohn mantuvo por regla general un comportamiento neutral durante las entrevistas, no vaciló en dejar muy claras sus opiniones, incluido su profundo escepticismo ante muchas de las explicaciones ofrecidas por los encausados. Como sabemos por otras fuentes, algunas de sus reacciones podían ser ciertamente bruscas[46]. Entrevistó, por ejemplo, a Otto Ohlendorf, que no se encontraba entre los criminales de guerra más relevantes, pero que sí declaró como testigo ante el Tribunal. (Meses más tarde fue juzgado y ejecutado). Ohlendorf había sido jefe del *Einsatzgruppe D* de la SS, que, según su propio testimonio, fue responsable del asesinato de al menos noventa mil personas, judíos en su mayoría[47]. Este grupo fue uno de los cuatro escuadrones de la muerte de este tipo que los nazis organizaron en Europa oriental, aunque en realidad había muchos más[48]. A Ohlendorf le gustaba considerarse uno de los líderes «intelectuales» del Servicio de Seguridad (SD) y se tenía por un «idealista» y no por un antisemita. Por tanto, se sintió particularmente molesto el día en que Goldensohn le acusó de ser un sádico y un pervertido o un lunático. ¿Qué otra cosa podía explicar, preguntó el médico, que Ohlendorf —un hombre que se jactaba de ser «íntegro e incorruptible»— hubiera ordenado el asesinato de tantos hombres, mujeres y niños inocentes[49]?

Como el lector comprobará a través de las entrevistas, Goldensohn no solía ser tan brusco, aunque, según parece, llegó a Núremberg convencido de que algunos o quizá muchos nazis eran unos sádicos, incluidos aquellos que no intervinieron directamente en ninguna atrocidad. Como entrevistador, Goldensohn, que buscaba respuesta a sus preguntas sobre la naturaleza del nazismo, podía aplicar a veces ciertas técnicas que rayaban en la intromisión. Ciertamente, no vacilaba a la hora de acorralar a los acusados cuando sus respuestas le parecían contradictorias o poco

satisfactorias, si bien solía retroceder cuando entendía que se estaba enzarzando en una comprobación demasiado meticulosa.

Con la excepción de Rudolf Hess, y en las etapas finales del juicio probablemente de Hans Frank, podría decirse de los procesados en Núremberg cualquier cosa menos que padecían una enfermedad mental. Lamentablemente, la mayoría de ellos eran personas «normales», quizá demasiado normales, y, excluido Hess, a lo largo de su trayectoria demostraron gran competencia. Según pudo comprobarse, la mayoría eran «buenos padres de familia» y muchos de ellos habían recibido una educación superior o una buena formación profesional. El doctor Gilbert les realizó un examen para medir su coeficiente intelectual que demostró que todos menos uno (Streicher) «poseían una inteligencia superior a la media» —que corresponde a una puntuación de entre 90 y 110 de un examen de CI —. De los veintiún acusados a quienes se hizo el examen, siete dieron una puntuación superior a 130 y dos superaron los 140 puntos[50]. Los antaño todopoderosos «dirigentes del Reich» rechazaban la idea de que sus captores les sometieran a un examen, pero en cuanto éste dio inicio, todos ellos se esforzaron «por hacerlo lo mejor posible a fin de ver confirmada su capacidad»[51].

NÚREMBERG COMO PROYECTO INACABADO

Entre diciembre de 1946 y abril de 1949, se desarrollaron en Núremberg otros doce procesos que suponían la continuación y complemento del primero. Si en el gran juicio inicial los jueces y fiscales pertenecían a las tres potencias aliadas y a Francia, en los juicios que siguieron, Estados Unidos procedió en solitario contra individuos y grupos concretos a quienes

se acusó de la ejecución material de los crímenes[52]. Estos procesos posteriores resultaron particularmente importantes para arrojar luz sobre la participación de la sociedad en las violaciones de los derechos humanos y su implicación en los crímenes de guerra y los asesinatos en masa. Luego, a lo largo de los años, en la propia Alemania se llevaron a cabo nuevos juicios en los que las diversas potencias ocupantes —Estados Unidos, Gran Bretaña, la Unión Soviética y Francia— juzgaron a los nazis acusándoles de cargos muy diversos[53]. Los propios alemanes condenaron varios crímenes cometidos durante el Tercer Reich, y aunque la *política* de los crímenes de guerra era y continúa siendo extremadamente compleja, han continuado haciéndolo de manera intermitente hasta nuestros días[54].

Pese a todo, fue el primer gran proceso de Núremberg contra los mayores criminales de guerra nazis el que conmovió verdaderamente a la opinión pública. Aunque en el transcurso de la II Guerra Mundial los gobiernos aliados habían hecho públicas algunas atrocidades cometidas por los nazis, incluido el asesinato en masa de judíos, existía la tendencia a tachar todo ejemplo de exageración similar a la propaganda desaforada que sobre los alemanes se había difundido durante la I Guerra Mundial. Como poco, por lo tanto, la ingente documentación presentada en Núremberg evidenció de manera patente la existencia de tales atrocidades.

Los ciudadanos, y entre ellos hay que incluir a muchos alemanes, no estaban preparados para lo que se iba a desvelar, pero en su mayoría estaban a favor de los juicios, y aprendieron mucho de ellos[55]. Aún nos resulta difícil creer que la violación de los derechos humanos alcanzara tales extremos, o la escala de los asesinatos, o la magnitud de crueldades indescriptibles.

En general, en Estados Unidos, en Gran Bretaña y en todas partes, los positivistas del derecho han sostenido que los juicios de Núremberg no son

válidos porque no se basaron en la legalidad internacional vigente. Los teóricos del derecho natural rechazan esta postura y, por el contrario, insisten en que fueron necesarios en el sentido de que la civilización tenía que protegerse a sí misma ante crímenes que no tenían precedentes. Ambas posturas continúan animando el debate académico y tienen gran importancia cuando se trata de entender cuestiones tan actuales como la polémica suscitada por la creación del nuevo Tribunal Penal Internacional de La Haya[56]. En 1945 se pasaron por alto todas las objeciones filosóficas y legales y los juicios continuaron, que era, más o menos, lo que los pragmáticos del derecho natural deseaban[57].

LAS ENTREVISTAS DE NÚREMBERG,

SU OBTENCIÓN Y CONSERVACIÓN

Por Eli Goldensohn

Leon Goldensohn tomó de su puño y letra extensas notas durante las largas entrevistas que hizo en sus celdas de Núremberg a los prisioneros alemanes. Al cabo de algunos días, aquellas notas se pasaban a máquina. Cuando, en 1946, Leon Goldensohn dejó el Ejército, recogió sus notas y las guardó en el piso de Nueva York donde vivió hasta 1950; y luego en su casa de Tenafly, localidad del estado de Nueva Jersey. Allí seguían estando en 1961, año en que murió.

Irene, la esposa de Goldensohn, conservó los cuadernos de su marido, los folios mecanografiados, las notas de algunas conferencias y otros materiales relevantes, incluida su correspondencia personal.

En 1970, Irene se trasladó a un pequeño apartamento de la cercana localidad de Fort Lee y vendió la mayor parte de su biblioteca a un comerciante de Englewood. En el lote, y sin que ella lo supiera, había varios libros escritos por algunos procesados que Goldensohn adquirió en una tienda de Núremberg. Eran libros autógrafos —algunos autores habían escrito breves dedicatorias a Goldensohn en su interior; otros se habían limitado a firmar con sus nombres—. Más tarde, el doctor John Lattimer, que trabajó conmigo en el Columbia-Presbyterian Medical Center de Nueva York, compró estos libros al comerciante de Englewood. El doctor Lattimer me preguntó si conocía a ese tal «mayor Goldensohn» que aparecía

mencionado en los libros. Le aclaré que se trataba de mi hermano y a raíz de ello nos reunimos en varias ocasiones en las que yo le hablé de Leon. El doctor Lattimer me envió fotocopias de las páginas de aquellos libros en que aparecía el nombre de mi hermano, por si podían serme de utilidad.

En 1983, Irene entregó a sus hijos todos los materiales relativos a Núremberg. En 1994, respondiendo a la oferta, que yo llevaba mucho tiempo haciéndoles, de revisar los trabajos de Leon con vistas a su posible publicación, dos de sus hijos, Daniel, que vivía en San Francisco, y Julia, que vivía en Jackson, Wyoming, me enviaron todo el material que tenían en su poder, que me fue llegando por partes y a través del correo a lo largo de varios meses.

Los cuadernos de notas a lápiz originales y su trascripción mecanografiada se encuentran ahora en una caja de seguridad del M&T Bank de Nyack, Nueva York. También están en mi poder las cartas, enviadas desde el extranjero, en que Leon hablaba de la posible publicación de sus notas y seis de sus muchos cuadernos.

PRIMERA PARTE

Los acusados

KARL DÖNITZ

1891-1980

Karl Dönitz era gran almirante y fue comandante en jefe de la Marina alemana a partir de 1943. En su último testamento, Hitler le nombró sucesor. En Núremberg, fue sentenciado a diez años de cárcel por crímenes contra la paz y crímenes de guerra.

3 de marzo de 1946

He pasado la tarde con Karl Dönitz. Es educado y afable, aunque algo desconfiado, habla un inglés casi perfecto y es necesario dejarle hablar y no interrumpirle o aprieta los labios y guarda silencio. Me he interesado por su

salud. Me ha pedido que me siente y me ha hecho sitio en su catre. Hemos hablado de su reuma, que le molesta particularmente en la muñeca izquierda. Comparada con la derecha, la tiene ligeramente inflamada, pero la diferencia entre una y otra no es muy grande. Me ha preguntado mi opinión sobre el proceso y yo le he dicho que últimamente he estado muy ocupado y no he podido asistir a las sesiones con regularidad.

Las sesiones de las últimas semanas se han concentrado sobre todo en los cargos presentados contra diversas organizaciones.

—Su juez, Francis Biddle —me ha dicho Dönitz—, es un hombre perspicaz, muy perspicaz[1]. ¿Se ha fijado en las preguntas que les ha hecho a los fiscales?

Yo le he respondido que sí, que me he fijado en algunas de las preguntas del juez Biddle. Dönitz está muy impresionado con él. Le considera muy por encima de los demás jueces.

—Con esa leve sonrisa en los labios —dice— siempre que escucha algo de dudosa veracidad. Un hombre admirable. Muy justo y muy perspicaz.

Yo le he dicho que es un hombre excelente y que formó parte del gabinete de Roosevelt. El comentario era intencionado, y es que se oyen rumores de que la defensa quiere introducir propaganda contra Roosevelt la semana próxima.

A Dönitz le gustó particularmente la pregunta que Biddle le hizo al fiscal Robert H. Jackson en el sentido de hasta dónde llegaría la responsabilidad penal en el caso de que se declarase culpables a algunas organizaciones. Le parece «muy peligroso» que se condene a estas organizaciones porque a ellas pertenecían muchos miles de personas y todos los alemanes tenían algún pariente en la SA, el SD, la SS, o en alguna otra.

—¿Sabe lo que ha dicho ese general suyo, Lucius Clay[2]? Ha dicho que si el Tribunal declara culpables a esas organizaciones, él se verá obligado a arrestar de inmediato a medio millón de alemanes.

Yo le he contestado que desconozco el comentario del general Clay, pero que el fiscal Jackson dejó muy claro que no quería llevar a juicio a todos los miembros de esas organizaciones, sino tan sólo a sus dirigentes y al personal más importante[3]. Dönitz pasa por alto este detalle, cosa que también han hecho Baldur von Schirach, Wilhelm Frick y todos aquellos a quienes he entrevistado en los últimos días.

Hemos hablado de muchas cosas. De sus planes de futuro, por ejemplo.

—Conseguiré una pequeña habitación —me ha dicho— y llevaré una vida aislada junto a mi esposa. Voy a escribir mis memorias. Creo que es algo que debo hacer por el pueblo alemán, para que comprenda de qué forma sucedieron las cosas y lo poco que nosotros, los dirigentes, sabíamos de las atrocidades de Hitler y de Heinrich Himmler[4].

A un estadounidense le resulta muy difícil entenderlo, ha añadido, pero el lema de Hitler era «Cíñete a tus asuntos y limítate a cumplir con tu deber». De modo que Dönitz no sabía nada: nada de ningún plan para emprender una guerra de agresión, nada del exterminio de los judíos, nada de los planes para matar a treinta millones de eslavos, nada de las atrocidades perpetradas en Rusia y Polonia.

—Sé que los rusos hicieron lo mismo cuando invadieron Prusia oriental.

Le he desafiado preguntándole cómo lo había sabido y qué pruebas tenía. Ha admitido que su información no era de primera mano, pero lo cierto, ha dicho, era que la prensa nazi había publicado muchas noticias sobre las atrocidades perpetradas por los rusos y que no había duda de que algunas de aquellas noticias eran ciertas.

Opina que ha llevado una «vida dura». Participó en la I Guerra Mundial, en la que alcanzó el grado de teniente de la división de submarinos, y, posteriormente, permaneció en la Marina. Viajó por todo el mundo, aunque, curiosamente, nunca llegó a atracar en Estados Unidos. Esto le parece una pena, porque le habría gustado conocer esa nación. Ha estado en Japón y por todo el mundo. Desde 1918 y hasta 1935, año en que el almirante Erich Raeder le llamó para organizar la flota submarina, prestó servicio en cruceros y en otros buques[5]. Su nuevo destino era difícil y le sorprendió que se lo ofrecieran. Raeder le dijo que le ponía a cargo de los submarinos y de la formación de sus tripulaciones, pero llevaba mucho tiempo alejado de este tipo de naves y desconocía las últimas innovaciones. Por otra parte, en la Marina no había más que hombres muy jóvenes, así que tuvo que ponerse al día rápidamente.

Desde ese momento, pasaba gran parte del día en los submarinos.

—No fue bueno para mi reuma —me ha dicho— estar tanto tiempo rodeado de humedad, agua y gasóleo.

Hasta 1943 sólo vio a Hitler una vez cada dos años. A partir de 1943 le veía dos veces al mes. En los últimos meses de la guerra mantuvo contactos frecuentes con él. Cuando le informaron de que el Führer se había suicidado no sin antes nombrarle su sucesor en la jefatura del Estado, decidió pedir la paz «de inmediato». Yo le he dicho que, si no recordaba mal, en aquellos días la radio anunció que Alemania se rendiría a los estadounidenses y a los británicos, pero no a los rusos. Ha asentido. Era una prueba, me ha dicho, aunque sabía que un acuerdo de este tipo era imposible. Por otro lado, no se considera el sucesor de Hitler, opina que le escogió porque sólo una figura ajena a la política podía solicitar la paz y preparar la rendición. Por este motivo aceptó su designación como sucesor de Hitler y jefe del Estado.

Le he preguntado su opinión sobre «el principio del Führer» y me ha respondido que nunca le pareció bien, porque todo hombre necesita un «correctivo». Por eso un jefe de Estado necesita a un jefe de Estado Mayor y a otros asesores. ¿Se opuso a Hitler de alguna forma, manifestándole sus opiniones o por medio de alguna iniciativa? No. Él es un hombre de mar, sin más.

Cree que quienes cometieron la mayoría de las atrocidades eran austriacos o, cuando menos, bávaros. Me da la impresión de que los bávaros le desagradan todavía más que los austriacos.

—Son coléricos —ha afirmado.

Se ha explicado diciendo que son demasiado emotivos y ha puesto el siguiente ejemplo: si un grupo de alemanes del norte está dando un paseo en trineo por una montaña cubierta de nieve y, mientras ascienden una pendiente, se les rompe el tiro de los caballos, se bajan del trineo y proceden a repararlo. Si a unos bávaros les sucediera lo mismo, el conductor bajaría echando pestes, cogería el palo quebrado del tiro y comenzaría a golpearlo contra una roca diciendo: «¡Maldito palo, palo maldito!». Dönitz ha concluido el ejemplo con una risotada.

—¿Y qué hay del carácter de los alemanes del norte? —le he preguntado.

—El alemán del norte es tranquilo, callado, piensa; quizá sea algo tonto. —Al decir esto ha sonreído. Evidentemente, se esforzaba por darme una descripción caricaturizada de sí mismo—. El alemán del norte no se deja llevar por los extremos. Tiene horizontes más amplios que los habitantes de las montañas de Baviera y de Austria.

Le he preguntado si, en su opinión, Hermann Göring tampoco sabía nada de los planes de guerra, atrocidades, programas de exterminio, etcétera. Me ha respondido que cree que Göring está diciendo la verdad y que no sabía nada más que lo que dice que sabía.

—Me doy cuenta de que a un estadounidense esto le puede resultar inconcebible. En una democracia no podría ocurrir, pero con nuestro sistema de Gobierno sí era posible.

Joachim von Ribbentrop le parece un «hombre de madera». No tiene mucho que decir sobre él.

—Ya sabe que cuando comenzó el proceso —afirma, y a esto se limita su comentario—, dijo que, a causa de las píldoras para dormir, sus recuerdos eran muy borrosos.

Yo he replicado que es muy improbable que la memoria de un hombre se resienta a causa de unos sedantes. Dönitz se ha reído y ha dicho que a él también le parece muy raro.

—Mi abogado es muy bueno. Cuando llegue el momento de mi defensa, demostrará que yo apenas conocía a esos hombres. A Ribbentrop sólo le vi en un par de ocasiones, la primera en 1943, y creo recordar que conocí a Schirach en 1944.

Opina que su abogado, Otto Kranzbühler, un juez de la Marina, es muy capaz. Cuando le informaron de que necesitaba un abogado defensor, afirmó que no conocía a nadie. Luego se acordó de que, antes de la guerra, había estado presente en una vista presidida por este oficial. Un juicio sobre la embestida de un barco de la Marina.

—Me gustó el modo en que llevó aquel asunto, así que solicité sus servicios. He de decir que no me ha decepcionado. Y los británicos y los estadounidenses están haciendo cuanto está en su poder por colaborar en mi defensa. La pasada semana, el ayudante de mi abogado, otro ex oficial de la Marina, voló a Londres con el propósito de hacer lo necesario para conseguir unos documentos que contribuirán a mi defensa. Tiene que regresar esta semana.

—¿Sabía usted —ha proseguido Dönitz— que sir Geoffrey Lawrence, el juez británico, me remitió una carta, que el Tribunal acababa de recibir, en la que casi un centenar de comandantes de *U-Boot* prisioneros en Inglaterra declaran formalmente que yo nunca ordené que se ametrallara a los supervivientes de los barcos hundidos, a pesar de que este hecho se produjo algunas veces?

En cuanto a sus planes de futuro, a lo que piensa hacer cuando salga de la prisión, le he preguntado cuál será el tema central de sus memorias.

—Pues verá —me ha dicho—, básicamente, quiero que abarquen toda mi vida. Me propongo hablar del imperio, de los días de la República de Weimar, del Tercer Reich.

Su tesis principal, cree, será la necesidad de crear unos Estados Unidos de Europa bajo la dirección de Gran Bretaña.

—Una *Commonwealth* de naciones europeas —me ha dicho— que actúe de manera conjunta y compense el peso de Rusia en el Este.

Le he preguntado si cree que eso es lo que va a ocurrir y ha contestado que, en efecto, eso es lo que piensa y que no era una idea nueva para él. Si Gran Bretaña se propusiera acometer algo así, tendría que invitar a Alemania a formar parte de su comunidad de naciones. Y me ha dicho que Alemania debería aceptar. Porque su cultura está relacionada con Occidente y no con Oriente, como la cultura rusa.

Le he preguntado si continuaba pensando en términos de equilibrio de poder. «Sí, sin duda». Le he preguntado si su recomendación de formar una comunidad de naciones en Europa para equilibrar el poder de Rusia no suponía, implícitamente, una guerra con el Este. Me ha replicado que no sabe qué esperar a este respecto, pero que al recomendar una Europa unida considerada como comunidad de naciones bajo la protección de Gran Bretaña no pensaba en una guerra con Rusia.

Me ha preguntado dónde estoy viviendo y se lo he dicho. Quería saber si me alojaba en un hotel. Le he dicho que en un antiguo bloque de viviendas. Ha suspirado.

—Soy un viejo. He cumplido cincuenta y cuatro años, no tengo dientes y padezco reuma —se ha explicado, diciéndome que la mayoría de sus dientes son postizos y que cree que sus años de vida útil han quedado atrás —. Mi esposa tendrá que trabajar para darnos de comer mientras yo escribo mis memorias —me ha dicho, con una sonrisa enigmática.

En mi opinión, este hombre no tiene la menor idea de lo que ocurre en el mundo. Es perspicaz y en modo alguno torpe, pero su mente parece haberse quedado bloqueada y no ve más allá del proceso, de los rasgos más sobresalientes del juicio. Rechaza las atrocidades, la matanza de millones de judíos, la barbarie de la SS, el *modus operandi* por entero criminal del Partido Nazi. Lo único que entiende es que él es inocente de cualquier crimen pasado o presente y que cualquier intento de inculparlo a él o a cualquiera de los demás procesados es una confabulación política. Por una parte, opina que las acciones emprendidas por Alemania fueron resultado de la opresión sufrida tras la última guerra, y por otra, no se percata de su propia culpabilidad en cuanto que leal servidor de Hitler y de su régimen. Niega las atrocidades cometidas en el mar y continúa dudando de las que se perpetraron en tierra.

—¿Y las pruebas? —le he preguntado.

—En efecto —me ha respondido—. Los doctores Douglas Kelley y Gustave Gilbert me han dicho tras la proyección de esa película en la que se ve a unos ciudadanos de Weimar saliendo de Buchenwald, que por sus caras era evidente que no sabían lo que había ocurrido en ese campo. La película les muestra cuando se dirigen a Buchenwald, y todos están sonrientes. Cuando abandonan el lugar, están destrozados.

Le he preguntado si la película, en sí misma, no le parece prueba suficiente de las atrocidades y de los crímenes de guerra cometidos por el régimen nazi. ¿No le parecía esa película lo suficientemente elocuente? ¿No la aceptaba como prueba documental? «Sí, por supuesto», me ha dicho, pero en lo referente a las demás atrocidades, continuaba dudando. «Eso demuestra lo poco que nosotros, los dirigentes, sabíamos de cuanto estaba sucediendo».

Durante la entrevista me ha dibujado un submarino de bolsillo y me ha explicado su funcionamiento. Le he comentado que, según me han dicho, emprender una misión en uno de esos submarinos era una aventura prácticamente suicida para su único tripulante. Ha asentido, pero me ha dicho que era un arma muy eficaz cuando el enemigo se encontraba próximo a la costa y, tácitamente, ha admitido que merecía la pena perder una vida a cambio de hundir un acorazado u otro barco. Yo le he dicho que no me gustaría estar en la piel del piloto de uno de esos torpedos tripulados. Él se ha echado a reír y ha dicho:

—Por hundir un gran barco, merece la pena.

Cuando me iba, porque me llamaban por teléfono, en la hoja en que había dibujado el submarino de bolsillo, ha escrito (en alemán): «Por una agradable tarde de conversación», y ha puesto su firma. Me ha dicho que ha disfrutado mucho de la charla y que debería dejarme caer por su celda alguna que otra vez.

2 de mayo de 1946

Esta tarde he visitado a Dönitz. Hjalmar Schacht se ha pasado todo el día en el estrado. Dönitz ha sonreído y me ha preguntado dónde he estado toda

la semana. Le he explicado que he pasado cinco días de visita en Londres. Dönitz quería saber qué tal están las cosas en Inglaterra, qué sienten sus ciudadanos, qué piensan de los juicios, si Londres está muy destruido, etcétera. Le he explicado que mis impresiones se basan en una estancia muy breve y que todo lo que puedo decir es que parece que las cosas van mejor que el año pasado, cuando estuve allí por estas mismas fechas. En cuanto a la postura de la opinión pública respecto a los juicios, lo cierto es que no he sabido qué decirle, aunque sí da la impresión de que la prensa británica dedica más espacio al proceso que la prensa estadounidense.

—Ajá. ¿Y qué tienen que decir sobre la defensa de Julius Streicher? ¿Qué han comentado sobre el inicio del caso Schacht? ¿Estaba usted en Londres cuando se ha producido?

Le he dicho que, en mi opinión, los periódicos londinenses daban del proceso una cobertura muy apropiada, porque, durante mi estancia en la capital británica y gracias al *Times*, he podido seguir los acontecimientos de Núremberg razonablemente bien.

—¿Ha advertido usted lo distintos que son unos ingleses de otros? Los hay que son como los alemanes del norte, otros se parecen más a los bávaros o a los de las regiones orientales.

Le he dicho que no me he fijado en esas diferencias.

—Yo la veo en la sala del Tribunal. La mayor parte del tiempo no presto atención a las interminables discusiones entre la defensa y la acusación. No me interesan. Observo las expresiones de los jueces. Biddle tiene una cara simpática y muy inteligente. Los demás jueces, con la excepción de los franceses y los rusos, que parecen de piedra, le observan y reaccionan de acuerdo a lo que le dice al oído a Lawrence. Me da la impresión de que el juez Lawrence trata de que la justicia se imponga, pero es Biddle quien

interviene y consigue que el fiscal ruso se comporte con decencia cuando empieza con alguna de sus fantasiosas acusaciones.

¿Qué piensa Dönitz de la defensa de Streicher?

—No presté mucha atención. Estuve dibujando y observando a Biddle.

—¿Y del caso de Schacht?

—Pues verá, no quiero iniciar ningún frente entre nosotros, los acusados. Schacht se equivoca respecto a Hitler. No tiene por qué acusarle tan directamente. Si sabía que había ordenado el exterminio, ¿por qué no lo dijo antes del juicio? Personalmente, y a pesar de su testamento final, no creo que Hitler diera la orden[6].

Le he dicho que casi estaba repitiendo palabra por palabra lo que dice Göring, quien opina lo mismo y me dijo que es probable que fuera Martin Bormann quien redactó el testamento del Führer en su nombre[7].

A Dönitz no le agrada la idea de haber dicho algo que parece salido de labios de Göring.

—Yo no soy un político. Cuando empezó la guerra era capitán de corbeta. Apenas mantuve contactos con Hitler hasta 1942. Siempre me dio la impresión de ser un hombre razonable y sus demandas parecían provechosas para Alemania. Ahora me doy cuenta de que tenía muy poca consideración por otros pueblos como los judíos o los estados vecinos. Pero jamás tuve la más ligera sospecha de las iniciativas que se tomaban en lo concerniente a los judíos. Hitler decía que todo hombre debía ocuparse de sus asuntos y los míos eran los *U-Booten* y la flota.

Como de costumbre, Dönitz ha comenzado a hablar de su propio caso y de lo ridículo que le parece.

—Es absurdo. Ese oficial estadounidense que presentó los cargos contra mí me ha hecho un favor. Mis mejores testigos son los testigos de la acusación. Todo se reduce a lo siguiente: si un submarino torpedea un barco

y puede recoger a los supervivientes, espléndido, nada que objetar. Pero si ese submarino está en peligro y debe abandonar el lugar rápidamente, no tiene por qué rescatar a los supervivientes. Esto es tan válido para la Marina alemana como para las marinas inglesa y estadounidense.

Ha vuelto a repetir que es apolítico, que no es más que un marino que ha cumplido con su deber. Si Alemania hubiera ganado la guerra, afirma, el Partido Nazi habría perdido el poder. No le cabe duda. Tras regresar a casa, los soldados y marinos no habrían permitido que un simple jefe de grupo hubiera dirigido sus destinos. Habrían optado por la libertad. Muy probablemente, afirma, poco después de una victoria alemana, el Gobierno nacionalsocialista habría caído[88].

—¿No es más lógico pensar que, desde un punto de vista político, si Hitler hubiera ganado la guerra, habría alcanzado una posición aún más fuerte que antes?

—No, no lo creo. No después de haber visto los crímenes que se han cometido en nombre del Partido, el exterminio, los asesinatos en masa. No. Opino que un grupo de militares se habría hecho con el poder casi de inmediato.

He señalado que me daba la impresión de que, si había aceptado la jefatura del Estado alemán que le había legado Hitler, era porque estaba muy satisfecho con el dictador en todos los sentidos.

—¿Es eso un crimen? ¿Es un crimen aceptar el Gobierno de un país que se derrumba? ¿Es un crimen evitar que los rusos, el enemigo natural de Alemania, se queden con nuestras armas y nuestro capital humano? A ojos de Rusia probablemente lo sea. Pero yo hablo de los occidentales. Yo sabía que teníamos que capitular y quería hacerlo ante los estadounidenses y los británicos, y no en el Este. Ni siquiera se me acusa de crímenes de guerra relacionados con las atrocidades. Es evidente que contra mí no tienen caso.

Sólo llegué a una posición de poder en 1943. ¿Cómo se me puede acusar de conjura?

»Sólo tienen un cargo contra mí: que di orden de no rescatar a ningún superviviente. Eso es falso y la acusación y sus propios testigos lo han demostrado. Este juicio no puede acabar más que con un error, porque se fundamenta en el error. ¿Cómo puede un Tribunal extranjero juzgar al Gobierno soberano de otro país? ¿Podríamos nosotros haber procesado a su presidente Franklin D. Roosevelt y al secretario Henry Morgenthau, o a Winston Churchill y a Anthony Eden, si hubiéramos ganado la guerra? No podríamos haberlo hecho y no lo habríamos hecho. De haber juicio, tiene que llevarlo a cabo la nación de cada uno, y con tribunales establecidos por ella.

Dönitz se ha alterado mucho y ha elevado la voz.

—¡Quién iba a imaginar que los rusos acabarían por sentarse en Núremberg para juzgar a los dirigentes alemanes! Los rusos hundieron un barco alemán repleto de hombres, mujeres y niños. Conozco el caso. Pero ¿se ha investigado? Ustedes los estadounidenses tampoco están libres de culpa. Ustedes armaron barcos mercantes antes de que Estados Unidos entrase en guerra.

Le he dicho que no tengo intención de entrar en polémicas con él, que sólo quiero conocer sus opiniones a fin de intentar comprender sus acciones. Me ha sonreído con suspicacia.

—Y escribir un libro sobre mí, diciéndole al mundo lo estúpido que soy, ¿o no?

Le he asegurado que, si llego a escribir algún libro, tendría que recibir la aprobación de las autoridades competentes, y que no es mi intención retratarle como otra cosa que lo que es.

Le he dicho que una de las cosas que más perplejo me deja es que Hitler le escogiera como sucesor.

—Hitler me eligió porque, sin duda, pensaba que sólo un hombre razonable y con una reputación honrada como marino podía conseguir una paz decente. Y yo acepté de buen grado, ¿por qué no? En aquel entonces desconocía su exterminio de los judíos, del que he sabido en Núremberg por vez primera.

—¿También desconocía la persecución a que los judíos se vieron sometidos?

—Sí y no. Hacia 1938 conocí por los periódicos las sanciones y la violencia callejera que se pusieron en marcha contra ellos[9]. Pero estaba demasiado ocupado con todo lo concerniente a los submarinos y a los problemas navales como para preocuparme por los judíos.

—¿Le preocupa ahora el destino de esos judíos?

—Tengo la conciencia tranquila. Yo no tomé parte en esas brutalidades ni en ninguna acción criminal. Que ayudara a Hitler a librar una guerra por mi patria no quiere decir que le ayudara también a aniquilar a los judíos. El asunto no se puede plantear así.

—¿Conocía la existencia de campos de concentración?

—Sí. En 1933 y 1934 ya sabía de su existencia. Pero por aquel entonces sólo había en ellos unas doce mil personas, enemigos políticos[10]. Ahora, sólo en la Alemania ocupada por los estadounidenses hay más de seiscientos mil alemanes internados. ¿Ha pensado en eso alguna vez? —me ha preguntado, sonriendo, como si se hubiera apuntado un tanto.

Entonces ¿yo estaba en lo cierto al entender que justificaba la existencia de campos de concentración?

—En cierta medida, estaba justificada, sí. Si en 1933 Hitler no hubiera metido a los comunistas en campos, habría estallado la guerra civil y se

habría producido una masacre. Los comunistas se habrían alzado contra el Gobierno legalmente constituido. El mayor peligro de guerra civil en Alemania se produjo en 1932, cuando se trataba, claramente, de elegir entre el comunismo y el nacionalsocialismo. Por eso Paul von Hindenburg y otros elementos conservadores burgueses optaron por Hitler. Lo mismo hice yo, y lo volvería a hacer si otra vez hubiera que escoger entre el comunismo y el nazismo —dijo, y continuó explicando que aquéllos fueron tiempos revolucionarios y que internar en campos de concentración a unos cuantos adversarios políticos no era algo particularmente malo—. Metiendo en campos a esa gente de ideas extranjeras, se salvó sangre alemana. ¿Era preferible dejar que estallara una guerra civil?

14 de julio de 1946

Cuando he entrado en su celda, el ex gran almirante yacía tendido en su catre con un pañuelo sobre la cabeza y la frente. Se ha puesto en pie como un resorte. Se ha alegrado de verme y me ha preguntado qué hay de nuevo en el mundo. Yo le he contestado que esta mañana la radio no decía nada importante. Me ha comentado que tiene un ligero resfriado, del que culpa a la corriente que entra en la celda desde la ventana abierta y sale a través del ventanuco de la puerta.

Ha hablado como siempre, con sus habituales e incisivas evasivas. Mañana, su abogado, Kranzbühler, leerá su pliego de conclusiones.

—Un hombre muy crítico, mi abogado —ha comentado—. Me ha dicho que en lo que concierne a los crímenes, la defensa es clara y el fiscal no tiene en qué apoyarse.

Hace algunas semanas, cuando había terminado con su defensa, su abogado también le dijo que el jefe de Estado Mayor de un almirante estadounidense que había llegado al proceso como visitante había querido que le trasladara sus felicitaciones.

—Su almirante dice que me tiene en la más alta estima y que cree que he llevado mi defensa perfectamente. A través de su jefe de Estado Mayor me dijo que mi conducta había sido irreprochable y que sentía por mí una enorme admiración.

Recuerdo haber visto a un grupo de oficiales de la Marina durante las sesiones en que Dönitz subió al estrado, pero no sé cómo se llama ese almirante y Dönitz tampoco, aunque ha subrayado la importancia del saludo recibido por medio de su abogado.

—Los rusos les causarán problemas, ya lo verán. Conozco a esos rusos. Ernest Bevin afirmó que el pacto de Potsdam era un disparate[11]. Harold Laski, el líder del Partido Laborista, también dijo que las fronteras trazadas por las tres potencias en Potsdam constituían un gran error. —Dönitz ha procedido a trazar un mapa de Europa en un cuaderno y la línea de demarcación entre las zonas rusa, británica y estadounidense de Alemania —. Todo el trigo y las patatas, el verdadero granero de Alemania, queda en la zona rusa. Nunca retirarán sus tropas. Extenderán el comunismo. Tampoco se retirarán jamás de los Balcanes. La pobre Turquía está completamente rodeada por los rusos. Todo lo que los rusos han hecho en el pasado año demuestra claramente que se están alineando contra las potencias occidentales, es decir, contra Estados Unidos y Gran Bretaña.

»Los rusos me acusan de haber enviado a nuestros ejércitos y a nuestras flotas a Occidente en cuanto recibí el mando de Alemania después de la muerte de Hitler. Pues bien, deje que le diga que el general Dwight Eisenhower y en especial el general Bedell Smith y el mariscal Bernard

Montgomery agradecieron mucho en aquellos momentos que yo no permitiera que los rusos se hicieran con nuestra flota y con tres millones de soldados alemanes con sus armas. Yo sabía muy bien que si enviaba la flota a rendirse, por ejemplo, a Leningrado, y que si dejaba que los rusos capturasen a tres millones de soldados, se harían mucho más fuertes y que, al final, muchos soldados alemanes lucharían contra Alemania.

Rusia es la mayor amenaza para la paz mundial, ha dicho Dönitz, y ha citado algunos artículos del *Reader's Digest* firmados por Joseph Kennedy, ex embajador estadounidense en Gran Bretaña, y otras fuentes.

—¿Cree que puede haber otra guerra?

—No, es casi imposible —ha respondido, encogiéndose de hombros—. Con nuevas armas como la bomba atómica… Rusia la tendrá y la emplearía primero. El mundo se ha vuelto muy complicado. Pero el problema es inminente y obvio. Hace poco vi una viñeta publicada por el *Herald Tribune* en la que el mundo aparecía dividido por una gran zanja, Estados Unidos y Gran Bretaña estaban a un lado, y Rusia al otro.

—De acuerdo, pero, a su juicio, ¿de qué forma pueden resolverse esas dificultades?

—No puedo decírselo ahora, mientras estoy prisionero. Pónganme en libertad y escribiré y hablaré con toda franqueza. Rusia es la nación más criminal del mundo y el comunismo su mayor mal. Cuando me acusan de participar en una conjura, no puedo evitar la carcajada. Son los rusos los que siempre están conspirando.

»Los rusos nos pidieron una parte de Dinamarca y regiones de Polonia antes de que entrásemos en guerra con ellos. Y ahora me acusan de conjura política. Yo estaba con mi flota en el golfo de Vizcaya, apenas viajé a Berlín antes de 1943, año en que Raeder se retiró y me nombraron comandante en jefe de la Marina. Acepté la responsabilidad de la guerra submarina en 1933

y de la Marina al completo en 1943, pero hacerme responsable de lo que les ha ocurrido a los judíos en Alemania o a los soldados rusos en el frente oriental… Es tan ridículo que lo único que puedo hacer es echarme a reír.

—¿Y qué hay de la propia Marina? ¿Aplicó la Marina una política antisemita?

—En absoluto. Que yo recuerde, tenía a mis órdenes a cuatro oficiales de alta graduación judíos. Uno de ellos era Rogge, un vicealmirante que estuvo a cargo de la instrucción de los cadetes de la Marina hasta el final de la guerra[12]. Otro era un capitán. Rogge envió una declaración por escrito que ha contribuido a mi defensa. Si cualquiera de esos cuatro oficiales judíos hubieran sabido lo que les estaba ocurriendo a los judíos en el interior de Alemania o en cualquier otro lugar a causa de Himmler y de Hitler, me lo habrían dicho. En 1943 recibí una carta de Hitler en la que se quejaba de que el Partido había protestado por el hecho de que un judío estuviera a cargo de la instrucción de los cadetes navales. Se refería al almirante Rogge. Le contesté que se metiera en sus asuntos.

»Nuestra Marina era como una isla. Teníamos plena autonomía. En alguna ocasión, Hitler sugirió que debía ser la SS u otro órgano del Partido los que se ocupasen de juzgar los delitos penales o políticos que tuvieran lugar en el seno de la Marina. Yo siempre me negué y le dije que era la Marina la que debía juzgar a los infractores.

—¿Acaso no tenía la menor noticia de la persecución que sufrían los judíos?

—En efecto. Yo no sabía nada que no tuviera que ver con los asuntos navales.

—¿Cuál es su actitud hacia los judíos?

—No tengo prejuicios. En cierta ocasión, en el año 1934, hice escala en un puerto español y recibí la visita de un judío alemán propietario de unas

minas de plomo del norte de España. Quería celebrar una comida a bordo y me puse en contacto con el cónsul alemán. Le mencioné que, entre otras personas, deseaba invitar a este judío y a su hija. El cónsul me dijo que era imposible, porque ese hombre era judío. Mi asistente me miró con una sonrisa, pues sabía cuál era mi forma de pensar. Dije al cónsul que como en mi barco era yo quien mandaba, podía invitar a bordo a quien quisiese. Y, en efecto, ese hombre y su hija vinieron a comer.

»Era una buena persona. Antes de zarpar, me dio las gracias y demostró cierta simpatía hacia el nazismo. En aquella época yo coleccionaba porcelana. En esa parte de España hay una fábrica de porcelana con doscientos años de antigüedad. Fabrica unos platos decorados en blanco y azul que quería añadir a mi colección, pero que no pude encontrar. Cuando ya nos habíamos hecho a la mar, mi asistente se presentó ante mí y me entregó uno de esos platos. Era un regalo del judío alemán. Fue muy elegante. No quiso entregármelo personalmente, esperó a que zarpáramos y sólo entonces lo recibí. Crucé alguna correspondencia con él hasta 1939. No sé qué sería de él después. En una de sus cartas me contó que su hija se había casado con un príncipe español.

—¿Qué opinión le merece el proceso?

—¡Ay! Me parece una broma. Lo que hagan con nosotros poco importa. Mi propio caso está muy claro, así que me limito a permanecer aquí, sentado en mi celda, con la conciencia tranquila, y espero la decisión de los jueces. Es probable que británicos y estadounidenses, por un lado, y franceses y rusos, por otro, opinen de modo distinto acerca de quién es culpable y de qué delito, y demás. Si el proceso se limita a dilucidar quién ordenó la matanza de los judíos y otras matanzas de seres humanos, por mí de acuerdo, yo no habría permanecido varado en este puerto ni tres horas. Pero llevo aquí desde noviembre, oyendo lo mismo una y otra vez. La mitad

del tiempo ni siquiera presto atención, me limito a dibujar o a escribir lo que se me pasa por la cabeza.

—¿Le parece culpable alguno de los veintiún acusados? —le pregunto. Responde con evasivas.

—No soy juez, no quiero expresar mi opinión. Antes de llegar a Mondorf[13], no le habría estrechado la mano a Göring, no me gustaba. Nunca vi a Streicher antes de Mondorf y al principio no quería hablar con él. Pero ahora lo hago. Todos tenemos el mismo destino, al menos de momento, y no veo motivo para que no debamos mantener la cordialidad.

—De acuerdo, pero, seguramente —insisto—, ¿no le parece que los veintiún acusados no tienen el mismo grado de culpabilidad respecto a lo que se está juzgando?

—Desde luego, en el fondo de mi corazón sé que hay distintos grados de culpabilidad. Pero no puedo condenar a ninguno de los hombres que comparten conmigo el mismo destino. El gran absurdo de este proceso es que faltan los dos hombres a quienes hay que culpar de todas las acciones criminales, es decir, Hitler y Himmler.

—¿No les hizo falta a Hitler y a Himmler colaboración para lograr sus objetivos? ¿No es razonable suponer que un antiguo cabo del Ejército alemán necesitaba la ayuda de personas más preparadas para llevar a cabo sus iniciativas?

—Bueno, en primer lugar, Hitler no era un cabo alemán cualquiera. Tenía una cabeza extraordinaria. En el examen de inteligencia que me hizo el doctor Gilbert[14], yo pude recordar nueve dígitos de adelante hacia atrás. Hitler tenía una memoria fuera de lo común. Era capaz de recordar todo lo que leía.

—¿Hay que deducir de sus palabras que, en su opinión, ninguno de los acusados es culpable de nada? ¿Pretende decir que todos ellos pueden

descargar toda la culpa en Hitler y en Himmler?

—Digámoslo de otra forma. Yo asumo la responsabilidad de lo que hayan hecho los submarinos alemanes desde 1933 y de lo que haya hecho la Marina alemana desde 1943. Pero hacerme responsable de una conjura es falaz. Todo hombre debe ser responsable sólo de su parcela.

—En ese caso, ¿sería correcto decir, por ejemplo, que Wilhelm Keitel es responsable de los abusos del Ejército alemán puesto que las órdenes que avalaban esos abusos llevaban su firma?

—No es mi intención decir tal cosa. Keitel estaba bajo la influencia de Hitler de un modo absoluto. Mi propio caso es más claro. Su almirante, el que me envió saludos y me tiene en tan alta estima, apoya lo que digo.

—¿Y qué hay de Ernst Kaltenbrunner, jefe de la RSHA, que recibía órdenes directas de Himmler?

—Opino lo mismo, que Himmler era el responsable y no Kaltenbrunner. Lo que sí sé es que si yo hubiera recibido órdenes de hacer lo que hizo la SS, me habría negado.

Dönitz adopta un «frente de firmeza» con los demás acusados que resulta particularmente obstinado en lo que a Göring se refiere.

—En lo que concierne a este juicio, no veo tacha en el comportamiento de Göring. No se ha probado ninguno de los cargos que hay contra él. Precisamente, le he comentado que el problema del nacionalsocialismo es que es una casa dividida, que nosotros, los alemanes, tratamos de vivir en comunidad sin tener en cuenta a nuestros vecinos, y Göring está de acuerdo conmigo. De modo que ni siquiera Göring es tan mal tipo como la acusación quiere hacerle creer al mundo. —Acto seguido, tras sonreír con cinismo, Dönitz ha añadido—: Espere y verá.

Le he preguntado qué quería insinuar.

—¿A qué tengo que esperar?

—Usted espere y verá. Su presidente, Harry Truman, y el secretario de Estado, James Byrnes, tendrán problemas con Rusia. Oriente amenaza a Occidente. Dos culturas y dos tipos de seres humanos distintos pugnan por el poder. Algún día me darán las gracias por haber enviado la flota a Occidente y por retirar a nuestros ejércitos para evitar que se rindieran a los rusos. Creo que eso es lo que, en el fondo, piensa el almirante estadounidense que el otro día estuvo presente en el juicio. Su presidente ha sido muy listo al enviar a negociar a Moscú al general Bedell Smith, y a China al general George Marshall. En ambos países hace falta que un militar tantee el terreno y tome el pulso a lo que está sucediendo. Sólo un militar puede averiguar, mejor de lo que podría hacerlo cualquier civil, qué pasos se están siguiendo en preparación de una guerra.

»He recibido algunas cartas de mis antiguos oficiales. Todos ellos me hacen preguntas, y la verdad es que me agrada enormemente que se pongan en contacto conmigo. ¿Sabe usted que Rusia ha pedido a varios de mis ingenieros navales y a los responsables del diseño de nuestros submarinos que trabajen para el Gobierno y revelen los planes secretos de un nuevo submarino alemán que podría viajar sumergido desde Alemania hasta Japón? En efecto, los rusos andan detrás de esos secretos. Luego construirían cientos de submarinos como ése, que nosotros teníamos casi listo cuando terminó la guerra.

Le he dicho que hay algunos aspectos de su biografía que me gustaría aclarar. Él se ha mostrado cortés pero evasivo sobre muchas materias que a mí me interesan particularmente, sobre todo las que están relacionadas con su primera infancia.

Su madre murió muy joven, al parecer de tuberculosis, cuando él no tenía más que cuatro años. Su padre, que no volvió a casarse, falleció de uremia a los cincuenta y cinco años. Por aquel entonces, Dönitz tenía veintiuno.

Tenía un hermano dos años mayor que él, pero murió en 1943, durante uno de los bombardeos de Berlín. Su infancia transcurrió en Schlesweig-Holstein y fue «feliz». «Varios parientes» de su padre asumieron el papel de madres en distintas épocas.

El suyo es un matrimonio feliz. Su esposa vive en Schleswig-Holstein, está perfectamente y se limita a esperar que le pongan en libertad. Su primogénita está casada y tiene tres hijos pequeños. Vive en la misma localidad que la madre. Además, Dönitz tenía dos hijos marinos que murieron en acto de servicio en 1943 y 1944. Tenían veintiuno y veintitrés años y no estaban casados.

—Aquí en la prisión, entre los acusados, sólo cuento con un amigo de verdad: Albert Speer. Es un gran arquitecto y un genio de la organización. En 1943, cuando llegué a Berlín para hacerme cargo de la Marina, había una gran escasez de alojamientos. La Marina me asignó una casa de aspecto sombrío en Dahlem, así que llamé a mi amigo Speer y le dije que me hacía falta otro alojamiento. Me dijo que haría cuanto estuviera en su mano. Al día siguiente me telefoneó y me dijo que le gustaría que mi esposa echara un vistazo a la vivienda que había encontrado para mí. Era una hermosa casa de campo situada sobre una colina. Estaba rodeada de un jardín magnífico y tenía dos ventanales muy amplios, uno a cada lado. Tenía dos plantas unidas por una preciosa y amplia escalera. Speer y su esposa venían muchas noches a vernos y nosotros les devolvíamos la visita. Se traía a sus pianistas y violinistas, que eran espléndidos. Compartimos muchas veladas musicales.

Dönitz aprendió a tocar la flauta en su infancia y todavía la toca «bastante bien». Me ha dicho que su padre quería que estudiara violín, pero que, por aquella misma época, su hermano estaba aprendiendo a tocar ese

instrumento: parecía un gato que se hubiera pillado la cola en una puerta; así que él se negó a aprender violín y optó por la flauta.

—Ahora lo lamento, porque lo prefiero a cualquier otro instrumento. Lo cual demuestra que debí seguir el consejo de mi padre.

—¿Cuál es su opinión sobre el principio del Führer? —Está bien mientras el Führer sea bueno. Hitler lo era, o al me-

nos eso pensaba yo hasta el final de la guerra, cuando se supieron todas esas atrocidades. El principio del hombre fuerte en política no tiene nada de malo. De hecho, es una pena que su presidente Roosevelt no esté vivo todavía. El resultado de la conferencia de Potsdam habría sido muy distinto. Allí estaban Churchill, Truman y Stalin. Churchill acababa de ser derrotado y Clement Attlee estaba a punto de ser investido[15]. Truman había tomado posesión hacía muy poco y no sabía cómo manejar a Stalin. Roosevelt jamás habría aceptado las fronteras que nos ha legado la conferencia de Potsdam.

HANS FRANK

1900-1946

Hans Frank, el abogado personal de Hitler, fue gobernador general de Polonia durante la II Guerra Mundial. En Núremberg, fue condenado por crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad. Murió en la horca el 16 de octubre de 1946.

12 de febrero de 1946

Esta tarde he vuelto a entrevistar a Hans Frank. Estaba en su celda, había bajado de la sala del Tribunal una hora antes. Acababa de terminar su cena. Serían aproximadamente las seis y media. Aparentemente, parecía contento

de verme a mí y al señor Triest, el intérprete, a quien llama «señor intérprete». Ha apartado del catre y de la silla la ropa que tenía revuelta por encima, y nos ha invitado a sentarnos. Sabe algo de inglés, pero prefiero que hablemos por medio del intérprete. Le he aclarado los motivos de esta preferencia y le he dicho que podía responder en alemán o en inglés, como quisiese. Al parecer, este sistema le agrada. La conversación ha transcurrido sobre todo en alemán. Le he explicado que, en mi calidad de psiquiatra de la prisión, mi tarea consiste en ocuparme del bienestar psicológico de los procesados, pero que, naturalmente, estoy muy interesado en conocerlos mejor como individuos.

No ha puesto ninguna objeción, me ha asegurado que lo comprende. El doctor Kelley, mi predecesor, ya habló con él al respecto.

—Puesto que usted también es psiquiatra, es muy probable que mi caso le resulte interesante —ha dicho, y ha sonreído con su acostumbrado recelo. Luego ha soltado una carcajada socarrona.

Le he preguntado si tiene algún problema físico o alguna queja en particular.

—No tengo problema alguno, excepto este orzuelo en el ojo derecho.

Le salió en diciembre, volvió a salirle en enero y ahora lleva algunos días con él. Tuvo unos orzuelos «muy malos» hace tres años. Opina que en esta ocasión se debe a las corrientes y a la intensa iluminación de la sala del Tribunal. Los que tuvo hace tres años fueron consecuencia del exceso de trabajo y resultaron muy dolorosos. El examen que hoy le he hecho revela, en efecto, un pequeño orzuelo en el párpado inferior del ojo derecho, cerca del canto externo, pero con poca inflamación.

También me ha dicho que hace algunos años tuvo una infección en el oído medio, lo que provocó supuraciones por ambos oídos. De niño, en cambio, jamás tuvo problemas en los oídos. A causa de esa infección llevó

tapones de algodón en ambos oídos las veinticuatro horas del día por motivos profilácticos. Le he preguntado cuánto tiempo duró esa práctica y me ha contestado que, con algunos periodos de interrupción, dos o tres años.

—Tengo un oído extraordinariamente agudo, así que puedo oír incluso con los tapones. Verá, es que tengo talento para la música. Toco el piano y el órgano.

Sus compositores favoritos son Brahms, Bach y Max Reger; este último, me ha aclarado, es un músico bávaro.

—Wagner no me gusta —ha afirmado con gesto serio—. Tengo gustos más clásicos. El Führer no tenía gusto para la música, le gustaba Wagner por las grandilocuentes glorias teutónicas de este compositor.

A los cinco años, Frank tuvo difteria y estuvo «a punto de morir». A los trece años, cree recordar, le operaron de apendicitis. También recuerda que, a los doce, un médico le clavó una «aguja» en la garganta. Hace una mueca al mencionar el incidente y a continuación sonríe. Tiene dos cicatrices en el cuello, una a cada lado, a la altura del cartílago tiroideo. Dice, sin embargo, que estas cicatrices son consecuencia de una herida que él mismo se infligió al ser capturado (3 de mayo de 1945), en Tegernsee. Intentó suicidarse de nuevo, dice, el 5 de mayo de 1945, hiriéndose en el brazo izquierdo, en el espacio antecubital y en la muñeca. Todavía tiene sensación de hormigueo en los dedos pulgar, índice y corazón.

—Intenté suicidarme porque lo sacrifiqué todo por Hitler y este hombre, por el que yo lo he sacrificado todo, nos abandonó. Si se hubiera suicidado cuatro años antes, no me habría importado.

—¿Cuándo empezó a darse cuenta de que Hitler no era bueno?

Antes de responder, Frank deja escapar un suspiro. En cualquier caso, su respuesta es equívoca.

—Perdí mi cargo oficial en 1942 porque me manifesté contra los campos de concentración y contra una política de imposición por la fuerza. Mi abogado tiene copias de los discursos que pronuncié por aquel entonces[1].

—¿Y qué hizo contra esas dos cosas a partir de 1942?

—Hitler me privó de todos mis cargos, pero me mantuvo como gobernador de Polonia. Permanecí en Cracovia hasta el final. Quise dimitir doce veces, pero no conseguí que Hitler aceptase. Quería volver al Ejército, pero Hitler no lo habría permitido.

Desde la I Guerra Mundial, Frank era teniente de infantería en la reserva.

—¿Ha pensado últimamente en el suicidio?

—Al contrario. Un hombre es responsable de los miles de personas que trabajaron para él. Considero que no hay mayor pecado que el suicidio. Me alegro de no haberlo conseguido.

Cuando ha dicho esto, le he ofrecido un cigarrillo. Ha sonreído y lo ha aceptado.

—¡Ah! Los cigarrillos americanos son como el alma americana: dulces y ligeros.

Me ha dado la impresión de que esto no lo ha dicho con hipocresía ni cinismo. Creo que lo ha dicho por agradar, y que se trata de un comentario muy significativo desde el punto de vista del análisis de la personalidad.

Hemos hablado de su infancia de manera cordial. Fue a la escuela primaria en Múnich, de 1906 a 1910. Desde 1910 hasta 1919 continuó estudiando, también en Múnich, pero en el curso 1916-1917 no pudo «soportarlo más» y se marchó a Praga.

—He escrito acerca de mis conflictos en la escuela en mi autobiografía. Fue una revolución interna. Me rebelé contra una enseñanza anticuada.

Me ha dicho que publicaba un periódico escolar, *Deutsche Jugend Zeitung [Diario de la Juventud Alemana]*, que editaba por multicopista y

tenía una aceptación «enorme» entre los estudiantes: «más de mil ejemplares». Pero las autoridades decretaron su prohibición. El punto de vista de la publicación era que los estudiantes debían ser autodidactos, «como protesta contra unos métodos de enseñanza obsoletos».

—No fue más que un producto de la pubertad —ha añadido—. Luego olvidé esa forma de pensar y me convertí en abogado.

Estudió Derecho en Múnich y en Kiel y se graduó en 1926 tras cuatro años de formación. Comenzó a trabajar como profesor ayudante de jurisprudencia en una escuela de Múnich, puesto que conservó hasta 1930. Compaginó la enseñanza con el ejercicio de la abogacía. Uno de sus clientes fue Hitler. En 1930 tuvo que decidir «entre enseñar y ejercer», y se decidió por esto último por «responsabilidad familiar». Se hizo nacionalsocialista en 1923, año en que conoció a Hitler. Ejerció la abogacía desde un punto de vista «político».

Frank contrajo matrimonio en 1925. Su esposa, Brigitte, tiene ahora cincuenta años, es decir, cuatro y medio más que él. Tienen cinco hijos: tres niños y dos niñas, de entre seis y dieciocho años. Su esposa se encuentra bien. Llevan tres años separados. En realidad, su matrimonio nunca ha sido feliz y sólo siguen juntos por sus hijos y, ahora, a causa del proceso.

—Pero no es culpa suya, también yo tengo culpa —afirma—. Tenemos caracteres muy distintos. Mi esposa era secretaria, tiene una educación normal, pero no le interesa nada de lo que a mí me interesa. Es una mujer pragmática, mientras que yo soy un idealista.

Siempre les ha faltado un «territorio común». A ella, por ejemplo, no le interesa la música. Se conocieron tan sólo seis meses antes de casarse.

—Sexualmente no acabamos de congeniar. Ella es fría, la típica prusiana del norte sin interés por el sexo. Sólo manteníamos relaciones esporádicamente.

Ambos son católicos. Frank volvió al seno de la Iglesia hace poco.

—Me gustaría contarle más cuando tenga usted tiempo.

5 de marzo de 1946

Continúo con las entrevistas a Hans Frank. Esta tarde he pasado con él alrededor de una hora. En el banquillo ofrece una imagen de desconcierto, la misma que ha dado desde que lo vi por primera vez, el 8 de enero, a mi llegada. A veces, tras escuchar algún testimonio, sonríe sardónicamente; otras, su sonrisa es muy distinta, pero resulta difícil discernir si esa sonrisa es consecuencia de un estímulo externo o resultado de una fantasía. En cierta ocasión en que Biddle, el juez estadounidense, le hacía algunas preguntas al fiscal Jackson, esbozó una sonrisa radiante. Tenía cierta lógica, puesto que todos los acusados saludaron con aprobación las preguntas de Biddle (referentes a los casos dirigidos contra organizaciones), pero lo cierto es que ningún otro inculpado sonrió de forma tan radiante.

Hoy, en su celda, a primera hora de la tarde (el Tribunal ha hecho un receso para celebrar una sesión a puerta cerrada), ha estado casi cordial, festivo, risueño, exhibiendo sonrisas y un inopinado buen humor. Cuando he entrado, acompañado por Triest, el intérprete, estaba leyendo.

—¿Ya lo sabe? —me ha espetado—. El jueves comienza la defensa del coleccionista de arte.

Se ha reído de forma estentórea de su propia ocurrencia. Una risa muy aguda, casi histérica. Luego, súbita seriedad, y, con ella, la tortuosa vena de su sien derecha se le ha hinchado ostensiblemente.

—Si hubiera pasado más tiempo coleccionando aviones y menos coleccionando arte, hoy no estaríamos donde estamos.

»Es extraño, pero el hombre puede acostumbrarse a la cautividad, regresar a lo que sentía cuando vivía en las cavernas.

Vuelve a reírse a carcajadas, pero sin humor y de forma casi incontrolada. Le pregunto qué quiere decir exactamente, le pido que concrete. Y vuelve a ponerse serio.

—Se pierde la urgencia de la actividad. Vivo aquí más fácilmente, como un santo, como un eremita —dice, y vuelve a reírse—. En un claustro uno debe mantener los votos de pobreza y castidad a fuerza de voluntad. Aquí, estás obligado. ¿Son ustedes católicos?

Triest y yo respondemos negativamente. ¿A qué se debe su pregunta?, le digo.

—¡Puede que el Papa se traslade a Estados Unidos! Sólo hay una potencia en el mundo que pueda detener a Rusia. Nosotros no tuvimos poder suficiente. El papa Pío, que ahora gobierna la Iglesia, ya estuvo en Estados Unidos.

Le pregunto por sus creencias religiosas.

—Soy católico por mi familia. En Alemania, los hijos siempre adoptan la religión de la madre. La mía es católica. Está todo en mi autobiografía de trescientas páginas, la que le di al doctor Gilbert[2].

Me muestra un libro delgado titulado *El grumete de Colón*. Lo ha escrito él.

—La idea es que Colón llevaba de grumete a un chico muy joven. Dicté este libro en diez horas. Fue publicado en la Navidad de 1944. Está escrito en forma de testamento dictado por una dama anciana. Habría sido mejor que, en lugar de meterme en política, me hubiera limitado a escribir libros de este tipo.

El padre de Frank falleció el 16 de enero de 1945, el mismo día que él abandonó Cracovia. Frank dice que esta coincidencia ha de tener algún

significado. Su padre murió en Múnich, donde ejercía la abogacía. Tenía setenta y siete años.

—Llevaba tres meses enfermo. Como consecuencia de ver a tantas personas abrasadas y agonizantes a causa de los bombardeos —dice, y continúa describiendo a su padre—: Tenía muy buen humor… un jurista del Palatinado. Practicaba todas las disciplinas del Derecho, pero era completamente apolítico. Tenía un gran carácter, era gracioso, le gustaba el vino, era bien parecido, como debe ser un hombre del país del Rin. Un abogado veterano, un jurista.

—¿Qué opinaba de los nazis?

—Se oponía con energía al Partido, era un demócrata. Siempre me decía: «Ya verás lo que ocurre». Tenía muchos amigos judíos.

—¿Cómo se hizo usted antisemita?

—Yo no me uní al Partido por antisemitismo, sino por Alemania.

—¿Fueron asesinados muchos judíos en Polonia?

—No. En Auschwitz, sí; pero Auschwitz está en la Alta Silesia. Me gustaría que leyera usted las pruebas documentales que demuestran que ese campo no dependía de mí en absoluto. De lo que soy responsable, soy responsable, pero yo nunca metí a un judío en un campo de concentración ni lo hice quemar, puedo probarlo. Se quedaría muy sorprendido si viera lo que tiene mi abogado en su poder. El exterminio de los judíos fue una idea personal de Hitler. Lo decía en su testamento. Decía que los había exterminado porque habían empezado la guerra.

Frank describe a su madre. Tiene setenta y dos años.

—Es una mujer muy fuerte, de una familia campesina de la alta Baviera. Tiene mucho temperamento y es divertida. Fue una mujer muy bella y con inclinaciones artísticas. Ahora tiene un gran círculo de amigos que cuidan de ella. En su caso no puede aplicarse ese proverbio que dice: «Cuando la

necesidad acucia, los amigos escasean». Estoy conmovido por el apoyo que mi madre y mi esposa reciben de las personas que las rodean. Mi madre es una persona muy bien educada, siempre me escribe citas de Goethe y de Schiller. Es asombroso para una mujer tan mayor como ella, especialmente desde que mi única hermana fue arrestada. Nunca ha pertenecido al Partido, sólo la arrestaron porque era mi hermana. Mi esposa no ha sido arrestada. Es posible que se llevasen a mi hermana porque no querían llevarse a mi esposa.

Su hermana tiene cuarenta años y está casada con un empleado de la oficina de patentes. Cuando su marido regresó del frente, se encontró con que habían arrestado a su esposa. Tampoco él tenía inclinaciones políticas.

—Eso es lo único que no me gusta, que la hayan hecho prisionera por mi causa.

Su hermana está prisionera en Straubing, una ciudad del Danubio.

Frank tenía también un hermano. Nació en 1897 y murió en el frente en 1916. Aparte de la que ya he mencionado, no tiene más hermanos.

Cuando me he interesado por su infancia, Frank ha contestado:

—En términos generales, tuve una infancia feliz, aunque los años que siguieron a la primera guerra fueron difíciles. Padre no era rico y vivíamos a base de col y patatas. Cuando yo tenía veintitrés años, bebíamos café de malta. Hay un dato que permite comprender la era nazi: el marco acabó por valer una milmillonésima parte de un dólar[3]. El nazismo surgió a consecuencia de ese periodo.

A continuación hablamos de los cargos contra diversas organizaciones, que es lo que se está tratando en el Tribunal durante estos últimos días.

—Contra la SS y la Gestapo tienen caso; contra el Alto Mando de la *Wehrmacht* y otras instituciones de este tipo, no. Si es como medida política, la cuestión es distinta, pero desde un punto de vista legal, no hay

nada que hacer. Poco importa que yo esté en prisión o que estos juicios se hayan puesto en marcha, ambas cosas tienen mi aprobación…, pero ha sido durante este proceso cuando más he sabido sobre la historia del nacionalsocialismo y sus crímenes.

»En Alemania no sabíamos nada de la persecución de los judíos. En otras naciones hay una prensa libre, en Alemania, no teníamos ni una prensa ni una radio libres.

»Este juicio tiene una importancia enorme, porque demuestra que el pueblo alemán era inocente.

En este punto, Frank esboza una amplia sonrisa, aunque algo forzada. Se inclina hacia delante y, como si quisiera halagarme con su tono confidencial y amistoso, dice:

—Usted, como psiquiatra capaz de comprender a las personas, tendrá mucho que decir. Es un lugar trágico, ese pasillo en el que nos encontramos veintiuna personas que antaño gobernamos una parte del mundo. Se habrá dado usted cuenta de los preparativos que podrían desembocar en otra guerra más cruel que la última.

—¿Por ejemplo?

—La bomba atómica. Aunque espero que ahora la humanidad esté mentalmente más sana. Mi vida ha acabado. He perdido el interés por todo. Ya ni siquiera me preocupa Alemania. Es como un sueño. ¡Qué inútil es todo desde un punto de vista político! No importa que digan que soy un criminal. Tengo un gran sentido de culpa, siento que corrí detrás de Hitler con demasiada premura y sin ningún motivo. Si pudiera sacrificar mi vida por hacer algo bueno, lo haría con gusto.

»Creí a ese hombre. Si hubiera sabido lo que he sabido en el juicio, en 1942 habría protestado de un modo muy distinto.

—¿Manifestó alguna protesta en 1942?

—Mis famosos discursos contra los campos de concentración y contra la SS, los que pronuncié en Viena, Heidelberg, Múnich y Berlín.

»Le ruego que lea esos discursos antes de que yo muera. Están en mi diario. Crearon una gran agitación y provocaron una crisis. Me apartaron de todos mis cargos en el Partido y volví a mi condición de militante de base. No aceptaron mi petición de traslado… me dejaron allí porque era el lugar más horrible de Europa. Los SS se portaron como unos locos. Mi cuartel general estaba en Cracovia, en el antiguo palacio del Rey. Puede decirse que, durante cinco años, fui Rey, aunque sin ningún poder.

»Era, como la condición de Führer de Hitler, una fachada.

16 de marzo de 1946

Frank ha tenido uno de esos días en que le domina un humor jovial, risueño y efusivo. Nos ha recibido con una sonrisa al señor Triest, el intérprete, y a mí y nos ha dicho que estaba encantado de que le hiciéramos otra visita.

—Me encuentro muy bien; me tratan demasiado bien, es un honor que nos traten tan bien a todos. Si hubiéramos caído en sus manos, Himmler nos habría tratado de un modo muy distinto. Sólo me hace falta una pipa, los estadounidenses se llevaron la mía. Espero hacerme con una.

A continuación se ha echado a reír y ha afirmado que cuando le arrestaron le quitaron todo, incluida su pipa. Después del segundo de sus dos intentos de suicidio, nos ha dicho, el médico estadounidense aconsejó que le quitasen su anillo de boda por «motivos de seguridad». Luego, cuando Frank ya se había recuperado, pidió el anillo al doctor, que se negó a entregárselo afirmando que quería conservarlo como recuerdo.

—Eso no es justo. No deberían hacer eso. Ocurrió en el hospital militar de Augsburgo, otros estadounidenses estaban presentes y dijeron esto mismo, que no debían quitarme mi anillo ni ningún otro objeto personal.

Frank da muestras de inestabilidad emocional. Su humor y su ánimo cambian de un minuto a otro. Sonríe o se ríe a carcajadas un momento y al siguiente se deprime y parece a punto de echarse a llorar.

Me pregunta si me interesa saber algo en particular. Le digo que no, que nada en especial, aunque sí me gustaría que me hablase de sus primeros años, de su evolución personal.

—Como recordará, le dije que mi tío fue una persona muy importante en mi juventud. En realidad, mi tía y mi tío desempeñaron un papel más relevante en mi vida que mi padre y mi madre. Le hablo de la hermana y del hermano de mi madre. Aunque no llegué a vivir con ellos, los visité con frecuencia. Ejercieron una profunda influencia en mi manera de ser.

Frank me ha dicho que ha estado pensando en los primeros años de su vida, particularmente en el día en que conoció a Hitler. Ha preferido hablar de esto a referirse a su familia.

—En noviembre de 1918, yo vivía en Múnich, era soldado. Presencié la caída de la primera República, la República de los Consejos, en 1919. Cuatro mil personas perdieron la vida. Esto, en mi opinión, era causa suficiente para ser antisemita. Llegaron muchos judíos desde el Moscú comunista, cuando todos sabíamos que allí imperaba el régimen del terror. Estaba, por ejemplo, el dramaturgo Ernst Toller. No era ruso, había nacido alemán, pero sus ideas eran de influencia comunista. De Moscú llegaron cuatro personas y fundaron la República en Múnich[4].

»Ingresé en el Freikorps para liberar Múnich. Al cabo de tres días de combates, logramos vencer. En septiembre o en octubre de 1919 conocí al fundador del movimiento nacionalsocialista. No se trataba de Hitler, por

supuesto, el Partido ya existía antes que él. Me refiero a un trabajador llamado Anton Drexler[5]. Era un hombre simple, poco maduro para liderar el Partido, que abandonó en 1922. Por aquel entonces, yo todavía no estaba afiliado.

»Sería interesante estudiar el Partido original, porque entonces resultaría evidente cómo, con el paso del tiempo, Hitler traicionó sus objetivos. El propio Göring ha testificado que Hitler no siguió el programa del Partido. En ese programa, por ejemplo, no figura el exterminio de los judíos, sino, simplemente, la eliminación de su influencia. Hitler dio el paso criminal de exterminar a los judíos ya en la guerra. Basta con leer su último testamento y compararlo con el programa del Partido Nacionalsocialista para ver hasta qué punto se apartó de él. Opino que, detrás de ese alejamiento se encontraban Bormann, Göbbels[6] y Himmler .

»En 1919, Drexler me dijo que debía escuchar a Hitler, que por aquel entonces era un joven soldado de quien se decía que era un orador muy interesante. Yo estaba presente cuando Hitler habló por vez primera ante un grupo numeroso. Parecía enfermizo, débil y cansado. Daba la sensación de que no podría vivir mucho tiempo. Personalmente, no me impresionó gran cosa.

»Como le he dicho, parecía enfermo y hablaba como si estuviera a punto de caerse muerto en cualquier momento. Los primeros militantes del Partido eran gente sencilla, trabajadores en su mayoría, aunque también había un número de simpatizantes femeninas asombrosamente alto. En 1920, volví a encontrarme con Drexler. Me llevó a una de las grandes reuniones del Partido. En una de ellas, Hitler leyó el programa. Creo que fue el 24 de febrero de 1920 en la Hofbräuhaus de Múnich.

»En el verano de 1923, volví de Kiel. En aquel tiempo, yo era un estudiante lleno de ambición. Un amigo me informó de que el movimiento

nacionalsocialista había experimentado un ascenso espectacular y de que el Partido tenía una enorme presencia en Baviera. Este amigo me dijo que podría comprobarlo por mí mismo si asistía a alguna de sus convocatorias.

»Ese mismo verano fue el de la gran inflación. Como recordará, los franceses habían irrumpido en el Ruhr en enero de 1923. La economía alemana se derrumbó, dando inicio a un periodo terrible en el que padecimos hambre. Un dólar estadounidense equivalía a cuatrocientos mil marcos. En noviembre, ya valía mil millones de marcos. Fue en este periodo crucial cuando Hitler se rebeló[7].

»Pero yo todavía no pertenecía al Partido. Yo era un soldado de caballería del Freikorps Franz von Epp. Teníamos mesa reservada en una de las grandes cervecerías de Múnich. El 7 de noviembre de 1923, cuando llegué, me encontré con que Adolf Hitler había invitado a los miembros del Freikorps presentes a que acudiéramos a la Bürgerbräukeller el 8 de noviembre. Al día siguiente, en efecto, cuarenta de nosotros nos presentamos en la *Keller*. Llegamos demasiado tarde, a eso de las nueve y media de la noche. Hitler ya había llevado a cabo su *putsch*, que se inició a las ocho y media.

»En aquella época, la gente sentía un gran entusiasmo por el nacionalsocialismo. Todos pensaban que llegaba un Gobierno nuevo y libre y que Alemania se levantaría de nuevo. El general Erich Ludendorff estaba con Hitler y marchó a su lado. Fue por Ludendorff por lo que nosotros, los miembros del Freikorps von Epp, participamos en el *putsch*. Pensamos que tenía que ser bueno si el respetado Ludendorff colaboraba. Recuerdo que Göring, que se hallaba en la puerta de la Bürgerbräukeller, nos decía: «Podéis sernos útiles». Nos dieron armas y marchamos al lado de los demás de cuartel en cuartel. Se respiraba un ambiente verdaderamente revolucionario. Permanecimos en pie toda la noche, seguros de nuestro

éxito. Al mediodía del día siguiente, 9 de noviembre, se produjo un enfrentamiento cruento, y el resto es historia: el Partido fue disuelto, y Hitler y algunos otros fueron sentenciados a diversas penas de prisión.

»Recuerdo que durante aquellos enfrentamientos murió un juez, Theodor von der Pfordten, cuyo cadáver ayudé a retirar de la calle. Después de eso, me marché a casa. El Partido fue ilegalizado, pero nadie lo olvidó.

»Ingresé en sus filas en 1926, aunque lo abandoné tres meses después. Mi padre me dijo: «Me sorprende que no te des cuenta de que ese Hitler es un estúpido. Es alguien imposible y no comprendo qué atractivo puedes ver en él». Entonces, le escribí una carta a Hitler diciéndole que, en mi opinión, se equivocaba al defender algunos de los principios del Partido, y renuncié a la militancia. Me vi completamente inmerso en mi trabajo de abogado. El 27 de diciembre de 1926, leí en un periódico que un grupo de personas pobres buscaba abogado —al decir esto, Frank ha soltado una carcajada socarrona—. Y me convertí en su abogado. Resultó que ese grupo de personas pobres eran miembros de la SA de Berlín. Resulta irónico que me convirtiera en abogado de unos militantes del Partido precisamente cuando acababa de abandonarlo.

»En 1928, volví a unirme al Partido para ejercer como asesor en temas legales. Mi labor me absorbía cada vez más, hasta que, finalmente, volví a interesarme por la política. En 1929, Hitler vino a verme personalmente para pedirme que me convirtiera en su abogado con dedicación plena. Acepté a condición de que se me permitiera retomar mi carrera profesional cuando lo considerase oportuno. Muchos años más tarde, en 1942, cuando se produjo mi gran ruptura con él, recordé a Hitler el acuerdo al que habíamos llegado en 1929, pero no quiso saber nada y desechó mi petición de renuncia.

»Sólo hay una explicación. Existe un destino que lleva a las personas por un camino sin que en realidad lo quieran. No pretendo que esto se entienda como una excusa, pero puede servir para comprender mi trayectoria.

»Por supuesto, lo que esta tarde le estoy contando no es más que el marco externo de los acontecimientos que condujeron a mi presente tragedia. Sólo puedo transmitirle una milésima parte de todo lo que coadyuvó a ella. Puedo asegurarle que jamás aproveché mi posición para lucrarme. No tengo galerías llenas de cuadros ni fortuna personal, como ese hombre, Göring. Nada de eso. Por tanto, ahora es fácil para mí ver confiscado lo poco que tenía. En realidad, lo único que pueden confiscar es mi pequeña casa. Cuando fui capturado, los oficiales estadounidenses me preguntaron dónde estaba mi castillo. Me complace decir que yo nunca he tenido un castillo.

Frank me ha preguntado qué me parece la defensa de Göring. Le he contestado que me resulta difícil juzgar y que él está en mejor posición que yo para comentarla.

—Lo único que me gusta de la defensa de Göring —me ha dicho— es su declaración de que no es inocente. Göring no es inocente. Eso me gusta. Aunque creo que el fiscal podría haber sido más eficaz de lo que lo ha sido hasta ahora. Si Göring hubiera dedicado más tiempo a la *Luftwaffe* y menos a sus bacanales y al saqueo de obras de arte, es posible que, hoy, Alemania estuviera mejor y que yo no me hallara sentado en esta celda.

»Mi propia defensa es poca cosa. En realidad, mi abogado defensor es poca cosa. Me recuerda a Göbbels. Espero que el señor Seidl tenga la misma labia que Göbbels, aunque dudo que eso pueda ayudarme.

»Lo más difícil de la defensa de Göring es su debilidad en lo referente a sus colecciones de arte y esas cosas. Su fiscal, Jackson, está bien pertrechado, con toda una colección de libros y documentos. Desde un punto de vista psicológico, el proceso resulta muy interesante. Permanezco

sentado en el banquillo, como un espectador más. Es muy difícil recordar, mientras estamos ahí sentados, que el mundo sigue girando. Ahora me dedico a pensar en los inicios de Hitler y en cómo, al final, todo su maldito movimiento es consecuencia del hambre que sufría Alemania.

»Es algo que puede comprobarse todavía hoy. Ustedes los estadounidenses pueden observar hasta qué punto es imposible que el pueblo alemán se alimente sólo con sus territorios. Desde el punto de vista del historiador podría decirse que Hitler nunca habría llegado al poder si los Aliados no hubieran tratado a Alemania tan miserablemente. El propio fiscal Jackson lo ha afirmado. Hoy, la situación es más imposible que nunca. A Alemania le ha sido arrebatado el Este. En otras palabras: el hambre creó a Hitler y, paradójicamente, Hitler ha creado más hambre.

»Hablo de datos, de hechos de los que no se puede prescindir. Los polacos y los rusos están expulsando a los alemanes. Se está produciendo una gran catástrofe. Y cada día que pasa es peor.

»Esto no explica ni justifica los crímenes cometidos por Hitler. En cierta ocasión me visitó un astrólogo que me leyó un horóscopo de Adolf Hitler: le señalaba como a un criminal. Eso sucedió hace unos cuatro años. No creo en la astrología, pero en el fondo sí creo en el poder del destino, en que todos nosotros, los mortales, formamos parte de las leyes cósmicas del universo. Residimos en la Tierra, y la Tierra es parte del universo. Creo en lo que dijo Jesucristo: ningún gorrión cae de un tejado sin que intervenga la voluntad divina.

»No creo que la guerra haya supuesto el final de todos los enfrentamientos. La lucha continuará hasta que todas las culturas existentes sean destruidas. Lo mismo ocurrió con la caída del Imperio Romano. Alemania siempre es la primera nación en construirse y la primera en derrumbarse. Europa acabará por derrumbarse.

»Europa no es nada, sólo es lo que los rusos y los estadounidenses quieran hacer de ella. Se producirá un gran cambio. Hace trescientos años, Europa dominaba el mundo. También está en peligro el Imperio Británico. Cuarenta millones de ingleses no son suficientes para gobernar un imperio de cuatrocientos o quinientos millones de personas.

»Fui buen amigo de Oswald Spengler[8]. Con la ayuda de su sobrina, salvé su biblioteca durante un bombardeo. La sobrina de Spengler estaba a cargo de la biblioteca de la Universidad de Múnich. Spengler fue el último gran hombre de Alemania. En 1933 profetizó que el Reich de Hitler perecería. Yo no quise creerle. Ahora, en la celda, pienso a menudo en la carta que me escribió en 1936, poco antes de su muerte. En ella me decía que el Reich alemán dejaría de existir probablemente al cabo de diez años. Murió en diciembre de 1936. Me dijo que cuando Hitler gritaba: «¡Echemos a los judíos!», demostraba que no era un hombre de Estado. Si lo hubiera sido, decía Spengler, habría afirmado que Alemania era algo más que alemanes y judíos y que su objetivo era conservar a todos sus ciudadanos de valor. Citaba el ejemplo de lo que hizo lord Beaconsfield con la cuestión india en tiempos de la reina Victoria, y hablaba de los grandes logros del judío Cecil Rhodes en Sudáfrica.

»Spengler decía que Hitler favorecía a los enemigos de Alemania. Puede imaginar la enorme influencia que tenía Hitler cuando ni siquiera un hombre como yo se dejó impregnar de la sabiduría de Spengler y se dejó influir tan sólo por él.

»Es un error subestimar el poder de la personalidad hipnótica de Hitler, aunque esto no lo digo como excusa, sino como argumento. Cuando todo ha terminado, uno se vuelve más inteligente y filosofa.

»Existe una gran diferencia entre Napoleón y Hitler, que han tenido destinos y personalidades muy distintas. En cierto modo, su destino

coincide, puedo demostrárselo en diez minutos. Es algo que ya le he dicho a Göring. Es sorprendente de qué forma pueden establecerse analogías entre los personajes históricos. Es bueno estar en una celda para pensar cosas, es sensacional.

»Conocí a mi esposa en 1924. Iniciamos nuestra relación por casualidad y es uno de los mayores errores de mi vida. Desde luego, no es que quiera decir nada en contra de su manera de ser, pero es demasiado mayor, me lleva cinco años, y soy de la opinión de que ésa es una circunstancia desgraciada. En segundo lugar, tenemos maneras de ser completamente opuestas. Estuve comprometido con una persona estupenda con la que me habría ido muy bien. Creo que si me hubiera aferrado a mi primer amor, mi vida habría sido muy distinta. En aquella época, tuve que dictar mi tesis doctoral a una mecanógrafa, a la mujer que habría de convertirse en mi esposa. Aunque tenía cinco años más que yo, comencé a desearla mentalmente, no podía quitármela de la cabeza.

»Fue difícil. En primer lugar, mi esposa proviene de una familia pobre. Yo creo que sufrí un envenenamiento; no lo digo en sentido literal, sino metafórico. Rompí el compromiso con mi primer amor, que pertenecía a una familia acomodada e influyente y era una mujer joven. Me casé con la mecanógrafa, que ahora es mi esposa. En 1926 nació nuestro primer hijo y me vi obligado a aumentar mis ingresos. Ésa es una de las razones de que aceptase la oferta de Hitler. No quiero culpar a mi esposa, sino a la necesidad económica que padecíamos.

»La crítica más acérrima de mi esposa es mi madre. Ni siquiera ahora, cuando se encuentra muy sola, quiere recibirla. Entre mi esposa y mi madre no existe ni la más mínima relación amistosa.

»Durante muchos años no mantuve con mi esposa una relación marital. En 1942 quise divorciarme y, de hecho, inicié los trámites, pero Hitler se

interpuso y me lo impidió. Mi esposa le escribió y Hitler me dijo que no podía divorciarme: él no quería que lo hiciese. Es un ejemplo que demuestra hasta qué extremos llegaba la influencia de Hitler en Alemania. Una semana después de presentar la demanda de divorcio, el ministro de Justicia me informó de que Hitler desaprobaba mi solicitud. En el verano de 1943 me topé con Hitler por casualidad, me dijo que no podía permitir mi divorcio bajo ninguna circunstancia. Ahora que estoy prisionero, sólo me comunico con mi esposa por carta, y lo hago sobre todo por los niños y por el tipo de vida que de todas formas he de llevar.

»En los últimos años, he vuelto a verme con la chica con la que estuve prometido. Ella tampoco era feliz. Volvimos a vernos y nos fuimos a vivir juntos, prácticamente como marido y mujer. Que no nos casásemos se debió en parte a la estupidez personal, pero creo que, sobre todo, fue una jugarreta del destino. Mi mayor error fue actuar y hablar llevado por las emociones y no por una consideración objetiva de las circunstancias.

»Mi matrimonio no funcionó, siempre me sentí solo. No podía hablar con mi esposa de lo que me entristecía. Era, virtualmente, un soltero casado. Pero no me malinterprete, esto no tiene nada que ver con la manera de ser de mi esposa. Ella habría congeniado perfectamente con otro tipo de hombre.

He preguntado a Frank con qué tipo de hombre se habría llevado bien su esposa.

—Con un hombre pragmático, con un hombre de negocios industrioso, amante del dinero y de las fiestas y que llevase esa clase de vida.

Le he preguntado cómo explica, desde un punto de vista emocional, que se enamorase de su esposa.

—Sin duda, existía una atracción física, que, no obstante, se extinguió por completo al cabo de dos o tres años. Mi esposa era una belleza fría, no

necesitaba la satisfacción física. Creo que uno de los motivos de que no desease el divorcio era que nunca sintió verdadera necesidad de una vida sexualmente activa.

He demostrado interés por saber si Frank y su esposa discutían a menudo.

—Yo pasaba semanas, incluso meses, fuera de casa. Debido a mi actividad política, estaba obligado a viajar, a pasar mucho tiempo fuera. Por supuesto, manteníamos las apariencias, pero eso era todo.

A continuación, Frank me ha hablado de sus amantes.

—Tuve diversas amantes en distintas épocas. Siempre eran chicas más jóvenes, mujeres a las que conocí en mi juventud, a las que quise cuando era joven o casi un niño. Nunca eran chicas a las que acabase de conocer. Viví en secreto durante años con una vieja amiga de juventud. Estaba casada, pero su marido era mucho mayor que ella y estaba enfermo. Era tan desgraciada como yo. De haber estado viuda, me habría casado con ella; y también si yo hubiera podido conseguir el divorcio. Lo tenía todo: camaradería, personalidad… Habría sido la compañera perfecta. Es la chica de la que le he hablado, la mujer con la que rompí el compromiso para casarme con mi esposa. Creo que tiene mi misma edad; por aquel entonces, diecinueve o veinte años. Pero su familia era rica y yo sólo un pobre estudiante. Yo no tenía el vigor ni el carácter para fugarme con ella. Creo que ésa fue la primera tragedia de mi vida.

»Esta mujer maravillosa fue mi novia antes de que yo me casara y también, en los últimos años, ha sido amiga íntima de mi madre. A mi madre siempre le gustó y nuestras familias se llevaban muy bien. Voy a decirle su nombre, porque cuando yo muera, ya no importará.

Al decir esto, Frank ha sacado un sobre del bolsillo y me ha enseñado la fotografía de la joven que, según dice, fue su primer amor. Pero, al hacerlo, no me ha dicho su nombre y yo no se lo he preguntado.

Tras hablar de las relaciones que mantenía con su esposa y con su amante me ha parecido verle más abatido. Le he preguntado a qué se debe que en estos momentos esté tan decaído.

—No es pesimismo, es que creo que tengo una obligación con mi pueblo. Intentar probar que soy inocente sería tanto como intentar demostrar que el pueblo alemán es culpable. Sólo hay un hombre inocente en ese banquillo, el hombre que simboliza al pueblo alemán. Una época con sucesos como el asesinato de cinco millones de judíos, el proyecto de exterminio de millones de eslavos; una época así debe terminar definitivamente y de una vez para siempre. No puedo continuar eternamente. Los que somos culpables debemos pagar para liberar al pueblo alemán, a quien ya no se podrá culpar de nuestra estupidez.

Me da la impresión de que el abatimiento de Frank tiene más que ver con su vida y su destino personal que con esta plática, tan llena de lugares comunes, sobre el pueblo alemán. Le he dicho que me interesaba sobre todo su vida personal desde un punto de vista psicológico, en consecuencia, ¿le importaría decirme algo más de sus relaciones con su esposa y con otras mujeres? Ha vuelto a sacar la fotografía de su primer amor y la ha mirado con sentimentalismo.

—En 1937 o 1938 volví a encontrarme con mi antigua novia y comenzamos a vernos. Nuestra relación se hizo más intensa a partir de 1941 y se prolongó hasta el final. Pasé con ella los meses previos a mi arresto, en Baviera, en un lugar próximo a Múnich. Es una mujer muy inteligente. Y no lo digo porque la quiera, sino porque la conozco bien.

»Puede que le interese saber que cuando volví de Cracovia no fui primero a ver a mi esposa, sino a ver a esta mujer. Me daba cuenta de que todo se venía abajo y quería despedirme de las cosas hermosas de la vida. Sólo discutimos porque ella era una adversaria fanática de Hitler y de todo

lo que tuviera que ver con el nacionalsocialismo. Políticamente, no nos entendíamos. Por eso digo que, si me hubiera casado con ella, no me habría hecho nazi. Debo admitir que soy tan inmaduro y fácilmente influible, especialmente por la mujer a la que quiero, que puedo afirmar esto sin temor a equivocarme.

20 de julio de 1946

Esta mañana, Frank, que llevaba su mono azul, estaba leyendo una revista cuando el señor Triest y yo hemos entrado en su celda. Es sábado y los sábados no hay sesión. El sol entraba a raudales a través de la ventana abierta. La mayoría de los demás procesados estaba en el patio haciendo ejercicio. Frank ha sido cortés de manera ampulosa, parecía ávido de compañía. Nos ha saludado con la elocuencia y ceremonia de siempre y nos ha hecho sitio a mí y al señor Triest en su silla y en el catre. Luego ha echado tabaco en la pipa, un tabaco de una marca estadounidense que ha elogiado sin ambages.

—Bendito Granger —ha dicho—, es un tabaco maravilloso.

Le he ofrecido un cigarrillo y lo ha aceptado con entusiasmo. Me ha dado las gracias con gran efusividad.

—¿Qué ha pensado en estos últimos días? ¿Qué reflexión le merece el proceso? ¿Qué ha pensado sobre el juicio a las organizaciones nazis?

Ha sonreído sin alegría, ha lanzado una risita aguda y se ha pasado la mano por la cara, cambiando la expresión. Al hablar, ha adoptado un semblante serio.

—El caso contra las organizaciones es un error. Se contemplaba como la primera reacción de rabia después de la guerra. Si los Aliados se hubieran

planteado el juicio en estos momentos, no habrían inculpado a las organizaciones. No se puede acusar de criminalidad a un Gobierno entero y a sus órganos. La idea de Gobierno del Reich tiene cien años de antigüedad. El Estado Mayor tiene varios siglos. El caso de la SS es cuestión bien distinta, porque comenzó con el Partido y a causa del Partido, pero es prácticamente imposible inculpar o procesar a una organización entera cuando entre sus miembros hay millones de personas inocentes.

Ha reiterado lo que muchos nazis han dicho ya durante el proceso.

—Como abogado, me da la impresión de que sólo la imputación de los individuos es correcta o posible. No se puede juzgar a una institución o a un Gobierno enteros. Creo que el juicio quedará en nada en lo que a las organizaciones se refiere, porque los Aliados se han dado cuenta de las dificultades que entraña. Si se acuerda, hace pocas semanas hubo un feroz debate entre el juez francés, Donnedieu de Vabres, y el señor Jackson o el señor Dodd, ya no me acuerdo, respecto a la posibilidad de llevar al banquillo a las organizaciones. Se produjo una acalorada controversia. El juez francés dijo más o menos lo que le acabo de decir, que uno puede procesar a un individuo, pero procesar a un Gobierno o a una organización es imposible.

¿Qué opina Frank de los fiscales estadounidenses, del juez Jackson y del señor Dodd?

—Son políticos, no abogados, al menos en lo que respecta a este proceso. Tienen una misión política. Son portavoces de determinados intereses políticos orientados a la destrucción del nacionalsocialismo. Quiero decir que son instrumentos que los Aliados utilizan para noquear al nazismo tanto *de facto* como ideológicamente. Ni Jackson ni Dodd ni los demás fiscales aliados hacen demasiadas referencias a la ley o a la legalidad, y es que la materia es demasiado difícil. El problema de colocar ante la luz del Derecho

las materias que se discuten ante el Tribunal se deja en manos del propio Tribunal.

»El proceso en su conjunto es una mezcla de justicia y política. Pero la culpa no es de Jackson. Existe una vieja controversia entre el procedimiento judicial anglosajón por un lado y el continental, ejemplificado en los procedimientos alemanes y franceses, por otro. El fiscal, por ejemplo, tiene en un Tribunal francés o alemán una función muy distinta a la del fiscal de un Tribunal estadounidense. Personalmente, Jackson me gusta porque declara ante el Tribunal, de un modo franco y sin ambages, que se hace eco de lo que siente el mundo, que no se limita a representar a la ley.

»Por eso, en este caso no le considero un abogado. En cierto sentido, es también el abogado defensor de las víctimas de la política hitleriana. Debo atribuir a Jackson una posición aparte y por encima de la ley. La suya es una misión política y, además, moral y humana. Por otra parte, ¿ha pensado alguna vez que sería muy difícil perseguir por medios legales la política hitleriana? El propio Hitler no se atuvo a la ley, de modo que ¿cómo puede el fiscal encargado de sentar en el banquillo a la política hitleriana circunscribirse a la técnica procesal?

A continuación, Frank me ha dicho que ha dedicado los últimos días a reflexionar y me pregunta si yo tendría la bondad de decirle qué opino de sus ideas.

—He pensado dedicar mi declaración final, en la que tendré que ponerme a trabajar uno de estos días, puesto que el proceso avanza ahora a toda prisa, a una idea completamente nueva. Esa idea consiste en defender a Hitler. No en el sentido acostumbrado del término, pero opino lo siguiente: aquí, en Núremberg, hay veintiún acusados, todos ellos culpables en mayor o menor grado, pero quien debería ser el acusado principal está ausente porque se suicidó. Es cierto que Bormann también está ausente, pero tiene

un abogado que lo defiende. Además, la táctica de todos los abogados defensores consiste en echar la culpa a Hitler. Por tanto, y según un procedimiento judicial justo, el hombre contra quien se esgrimen más cargos, tanto por la acusación como por la defensa, debe contar con un abogado o, al menos, con una defensa de algún tipo.

»Pero la cuestión no es si las acciones de Hitler son defendibles. No lo son. Su último testamento es de por sí un documento suficientemente espeluznante; en él, Hitler admite la matanza de los judíos y se enorgullece de ella. Es el documento más horrible y espantoso de la historia. Ahora bien, a no ser que en las semanas que restan aparezca ante el Tribunal un fantasma que hable en su nombre, su voz no se ha oído.

»En consecuencia, mi idea consiste en dedicar la mayor parte de mi declaración final a lo que podríamos llamar una defensa de Hitler. Sería lo apropiado, porque yo trabajé como abogado del Partido durante años y fui abogado personal de Hitler entre 1927 y 1933, y le defendí en más de ciento cuarenta demandas judiciales, en su mayoría por calumnia, ante tribunales de toda Alemania. Además, lo que propongo tendría mucho sentido por otro motivo: contribuiría a eliminar la posibilidad de que en el futuro surgiera «una leyenda de Hitler». Si Hitler es acusado de tantas ruindades y nadie habla en su nombre para responder de los cargos, podría surgir alguna leyenda sobre su grandeza. Pero si yo digo: «Yo represento los intereses legales de Hitler. Yo responderé por los cargos A, B, C y D, etcétera», y, en efecto, procedo a responder como Hitler lo hubiera hecho, la posibilidad de que surgiera una leyenda sobre Hitler se disiparía para siempre. Porque no hay respuesta a las cosas que hizo ni a su forma de gobernar. Sólo puede y debe ocurrir una cosa, si alguien como yo, o el propio Hitler, respondiera a los cargos esgrimidos contra él: toda réplica sería desechada, tachada de basura, de tontería. Al Tribunal le bastaría una palabra para contrarrestar

todo lo que yo pudiera decir en defensa de Hitler: «Auschwitz». Con esa palabra bastaría. La leyenda de Hitler quedaría arruinada para siempre. Y cito esto tan sólo a modo de pequeño ejemplo.

»He pensado mucho en el problema de quién debería defender a Hitler.

Al decir esto, Frank se ha echado a reír con una risa sardónica, aguda, descontrolada. Y ha proseguido:

—Todo el mundo ataca a Hitler, nadie lo defiende, lo cual es un problema. Sería difícil defender a Hitler, pero en todo juicio, el inculpado, aunque esté acusado de infinidad de cargos, tiene derecho a defenderse. Repito, ¡es posible que aparezca un fantasma en la sala del Tribunal para defender a Hitler!

Al decir esto, Frank vuelve a reírse con esa carcajada histérica tan suya.

—Desde un punto de vista legal, la cuestión resulta muy interesante, porque hasta ahora, cuando estamos ya muy cerca del final del juicio, nadie ha sido capaz de dedicar a la defensa de ese hombre una sola palabra. Los abogados continúan atacando a Hitler porque piensan que incriminarle a él es descargar de culpa a sus clientes. La táctica de la defensa consiste en establecer una distinción muy clara entre Hitler y los acusados. Su idea es empujar a Hitler al abismo y afirmar: «Estos pobres acusados no sabían con qué tipo de monstruo se las veían y no tienen nada que ver con él». Créame, nada podría estar más lejos de la verdad.

»Si Hitler es el acusado principal de este juicio, de lo cual no debería haber duda, porque todos los procesados le culpan a él de todo, entonces, el acusado principal merece ser oído. Personalmente, me gustaría ver a Hitler entre las personas sobre las que se emitirá el veredicto. Ahora bien, cuando se dictamina un veredicto sobre una persona, es necesario que, antes, se la haya juzgado y dado oportunidad de defenderse. Sería más eficaz decir que

Hitler pretendía esto y lo otro y comparar eso que pretendía con lo que realmente hizo, es decir, con acciones marcadas por el crimen.

»Pienso con frecuencia en estas cosas porque conozco al pueblo alemán. Entre los alemanes podría surgir una leyenda sobre Hitler porque no se ha oído su voz en este juicio. El tiempo siempre tiene un efecto conciliador. En toda ruina termina por crecer primero la hierba y luego alguna vegetación y, finalmente, antes de que te des cuenta, lo que en realidad es un feo paisaje derruido se convierte en un lugar romántico y de leyenda.

»Por eso yo quiero advertir al mundo en lo que concierne a Hitler y a este proceso. Conozco Europa y sus posibilidades. Y ahora, doctor Goldensohn, me gustaría mucho que me diera usted su opinión.

Le he comentado que, a mi juicio, hay en su razonamiento un fondo nada desdeñable, pero que me gustaría conocer más detalles. Por ejemplo y admitiendo que nadie ha sentado en el banquillo a la importante figura de Hitler, ¿qué podría haberse hecho al respecto después de constatar que el dictador se suicidó?

—Pues, por ejemplo, podría hacerse lo siguiente —responde Frank con tono reflexivo—: en su declaración final, alguno de los acusados debería hablar en defensa de Hitler. Y no quiero decir que lo hagan los abogados defensores, sino, insisto, cualquiera de nosotros, los acusados, los antiguos subordinados de Hitler.

»El último testamento de Hitler es lo peor que se haya escrito jamás. La llamada fidelidad de Göring a Hitler es una broma, una estupidez. Una estupidez criminal. Pero alguien debería manifestarse y decir: «Voy a intentar defender a Hitler, voy a ser su abogado, su representante». Y entonces, el Tribunal podría hacerle preguntas, a las que ese que se alzara en defensa de Hitler tendría que responder. La tarea de la acusación, créame, sería muy fácil, podría limitarse a decir: «Hitler, aquí está su último

testamento, ¿qué tiene usted que decir?». ¿Y qué podría decirse en su defensa? ¡Ni una sola palabra con sentido! Ese testamento es la confesión de la orden de asesinar a los judíos. ¡El documento más terrible de la historia, el testimonio del crimen más horrendo de la historia! A la acusación le bastaría con decir: «¿Qué tiene usted que decir, *herr* Hitler?». Y entonces, habría que imaginar una respuesta, una argumentación.

»El Tribunal sopesaría esa argumentación y esa respuesta, la tacharía de tontería y la tiraría a la basura. No hay, por supuesto, argumento que justifique ese testamento. Mi idea de defender a Hitler no es más que una respuesta al problema psicológico de neutralizar la posibilidad de que surja una leyenda en torno al Führer.

»Por supuesto, alguien podría decir que discutir estas cosas no tiene ninguna utilidad. Son crímenes y no requieren ninguna discusión. Pero fueron los propios Aliados quienes se encargaron de desechar este argumento por el mero hecho de poner en marcha estos juicios. Existen muchas posibilidades de que surja una leyenda en torno a Hitler. El juicio continúa, la historia sigue su paso y la edad dorada todavía no ha llegado. El pueblo alemán sufre muchas dificultades.

»En el transcurso de este proceso, he advertido, y anotado, que a Hitler se le han dedicado cuarenta y cuatro sustantivos denigratorios: asesino de masas, etcétera. Los tengo entre mis notas, aquí, en la celda. Y esos calificativos no los han empleado los fiscales, sino los acusados y los abogados defensores. Ahora bien, uno tiene que preguntarse de qué forma se defendería Adolf Hitler de esas acusaciones. Yo me esforzaría por hacer acopio de todos los argumentos, incluidos los más extravagantes, de que Hitler podría valerse.

»Tengo que pensar más en ello y decidir si voy a introducir esto que le digo en mi declaración final. Por supuesto, lo haría con la explicación

introductoria que acabo de darle a usted. No sé si en mi caso será posible, pero debería serlo porque en realidad yo no tengo mucho que decir en esa declaración, ya he hablado con toda franqueza ante el Tribunal, sin ocultarle nada.

»Es terrible incluso la tarea de buscar palabras que excusen a Hitler. Ni siquiera en el arte hay luces sin sombras y las sombras no destacan si no hay alguna luz. Incluso la sombra de Adolf Hitler puede verse acompañada de algo de luz. Diré al Tribunal que, puesto que entre 1927 y 1933 fui su abogado personal, defenderé a Hitler. Y a continuación declararé que todos mis argumentos no son suficientes desde el punto de vista del ser humano y que no hay otra defensa que las palabras, que palabras sin sentido.

»Creo que eso serviría para combatir la leyenda de Hitler. Respondería a todas las preguntas que los millares de seguidores ocultos de Hitler aún se hacen. Habría que decir, por ejemplo, que los polacos han asesinado a miles de alemanes. Que muchos odiaban o envidiaban a Hitler. La respuesta sería simple y más importante que la argumentación: ¡pero sigue habiendo un Auschwitz! Ésa es la respuesta. Una milésima parte de la respuesta, pero con eso basta.

Según parece, hemos agotado el tema de la brillante idea de Frank de defender a Hitler y sus motivos para tenerla en cuenta. Le he preguntado si últimamente ha pensado en otras cosas y si quiere o no hablar de algo en particular.

Me ha dicho que su mente «trabaja» continuamente, pero que ha llegado a un estado «de paz con el mundo». Le he vuelto a preguntar por su familia. Su gesto se ha vuelto sombrío, pero luego ha dicho, con ligereza:

—Mi madre, como sabe, sigue viva. Desde que estoy aquí he pensado en ella muy a menudo. Es una mujer maravillosa. Le debo mi espíritu

batallador. Mi padre era abogado, pero era un hombre débil y tuvo muchos problemas en la práctica diaria de su trabajo.

»En 1925 le inhabilitaron por aconsejar a ambas partes en un caso de divorcio. Representaba al marido cuando la esposa se presentó en su despacho sollozando, de modo que también le dio consejos a ella. El Tribunal declaró que, representando a ambas partes, actuaba contra las normas, así que le inhabilitaron. Sin embargo, tres años después, en 1928, fue rehabilitado y continuó practicando la abogacía hasta el 15 de enero de 1945, día en que murió. Lo que acabo de relatarle ocurrió en 1925, pero no fue la única dificultad que tuvo mi padre a lo largo de su trayectoria. Es uno de muchos detalles, pero no era un criminal ni nada parecido. Simplemente, no estaba hecho para la práctica diaria del Derecho.

»Mi padre provenía de una antigua familia renana, de la región del Palatinado. Los Frank son una familia muy antigua, con la sangre ya muy desgastada. De no haber tenido el espíritu de lucha de mi madre, habría sido como mi padre, un hombre indeciso que nunca consiguió gran cosa. Mi madre es distinta. Es una mujer magnífica. Mi madre y mi padre nunca se llevaron bien. Vivieron juntos hasta que yo cumplí diez años, que fue cuando mi madre se marchó de casa para ir a vivir con sus padres. Cuando yo ya había cumplido los veinte, mi padre volvió a casarse con una mujer mayor, lo cual le hizo la vida más cómoda en sus últimos años. Mi madre no volvió a casarse.

»Con el paso del tiempo, mi madre dejó de sentir la amargura hacia mi padre que había sentido anteriormente. Supongo que la edad los suavizó a ambos. Mi madre solía hablar de mi padre en los últimos años, le gustaba recordar sus cualidades. Pero no podía soportarle. Esto, por supuesto, motivó que yo tuviera una infancia desgraciada. Acabé el *Gymnasium* a los dieciséis años y, acto seguido, pasé un año en un colegio de Praga. Luego, a

los dieciocho años, cuando la I Guerra Mundial estaba a punto de concluir, me uní al Ejército. Nunca mantuve una relación fluida ni demasiado íntima con mi padre. Podría decirse que desde los diez años no tuve vida familiar. Mi madre se había marchado a la casa de sus padres, llevándose consigo a mi hermana pequeña, y yo me quedé a vivir con mi padre y mi hermano, que era ocho años mayor que yo. Fui al Maximillian Gymnasium de Múnich, aunque estuve un año en Praga y, en 1918, una corta temporada en el Ejército. Tengo pocos recuerdos amables de mis primeros años. En realidad, no comencé a conocer a mi madre y a darme cuenta de lo maravillosa que era hasta que era ya adulto e independiente. He sido más o menos independiente toda mi vida, al menos desde los diez años, cuando mis padres se divorciaron.

A continuación, Frank se ha embarcado en la idea de que la mayoría de las dificultades familiares que existían en Alemania eran un reflejo de la vida desgraciada motivada por la falta de espacio vital y por el gran incremento de la población urbana en comparación con la rural entre 1870 y 1933.

—Estoy convencido de que el elevado índice de divorcios, la gran incompatibilidad entre las personas casadas, y las dificultades de la vida familiar en Alemania durante aquellos años fueron consecuencia de las condiciones de vida en las ciudades superpobladas y de la falta de oportunidades. Mi propio caso puede servir de ejemplo. Cuando yo era ministro de Justicia, recibí miles de cartas pidiéndome ayuda para obtener el divorcio[9]. Hitler estaba en contra de dar facilidades para divorciarse. Yo estaba a favor, pero no podía hacer nada. Hitler me prohibió que me divorciase de mi esposa, con quien, como ya le he contado, llevaba una vida muy desgraciada.

»Creo que Hitler era un ser anormal en lo que respecta a sus necesidades sexuales. Esto es, necesitaba demasiado poco al sexo opuesto. Consideraba a las mujeres como objetos bellos y a menudo hablaba con afecto de su madre. Tengo la impresión de que no le gustaba su padre, porque jamás hablaba de él. Pero es muy malo que un hombre tenga tan poca sensibilidad erótica, le hace insensible y, probablemente, le conduce a la crueldad. Freud, Sigmund Freud, el último de los grandes psiquiatras alemanes, que murió en Inglaterra, señaló que existe una relación entre el amor frustrado y la crueldad. Creo que es lo que ustedes los psiquiatras llaman sadismo. Estoy convencido de que un hombre que no necesita del amor de una mujer y piensa que puede pasarse sin él o en efecto vive sin él puede recurrir al sadismo y a la crueldad como sustitutos.

—¿Ha leído las obras de Freud? —le pregunto.

—Sus obras, no, pero he leído muchos artículos sobre ellas y sobre sus teorías. ¿Ha leído la correspondencia entre Albert Einstein y Freud entre los años 1928 y 1933? Merece la pena. Es probable que Einstein guarde una copia de esas cartas, que yo tuve el privilegio de leer. Freud predijo con notable exactitud todo lo que habría de suceder y lo que en definitiva ocurrió en lo referente a las atrocidades y los asesinatos en masa. Tenía una mente excepcional. Advirtió que Hitler y la política hitleriana tenían un sadismo y una crueldad inherentes. Tanto Einstein como Freud tuvieron la lucidez de abandonar Alemania. No hay duda de que Himmler les habría detenido y asesinado.

Al decir esto, Frank ha suspirado.

—Qué sistema tan horrible teníamos. Qué ciegos estábamos.

WILHELM FRICK

1877-1946

Wilhelm Frick fue ministro del Interior entre 1933 y 1945. En Núremberg fue declarado culpable de crímenes contra la paz, crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad. Murió en la horca el 16 de octubre de 1946.

10 de marzo de 1946

Wilhelm Frick tiene sesenta y nueve años, el cabello canoso y muy corto. Su actitud no es hostil, pero tampoco amable. Tiene una forma parca y precisa de hablar, jalonada de pausas muy bien colocadas y elevaciones y

caídas de tono, que parece automática y, al mismo tiempo, muy estudiada. Le he entrevistado esta tarde en su celda. Triest ejerce la labor de traducción. El acusado habla poco inglés, pero su alemán es fácil de seguir. Por lo general, siempre que le pregunto por el nacionalsocialismo, su papel dentro del movimiento, etcétera, habla como si estuviera haciendo un discurso informal. No aparenta su edad: anda muy erguido, tiene pocas arrugas y es fuerte. Está en buena forma, es de altura media, peso moderado y se diría que está más cerca de la delgadez que de lo contrario, aunque nadie le llamaría flaco.

Le he preguntado si tiene alguna queja y tan sólo me ha dicho que le molesta el ruido que los centinelas hacen por las noches, pero comprende que es difícil que los jóvenes guarden silencio. Su único problema físico es un ocasional dolor de garganta, «causado por el tiempo»; lo padece dos o tres veces al año, con los cambios de estación.

Enfermedades previas: «Problemas de pulmón» (por su descripción de los síntomas, probablemente una bronquitis suave) entre los seis y los doce años; «catarro bronquial crónico» hasta los treinta años. Ninguna otra enfermedad.

Formación: Cuatro años de escuela primaria en Kaiserslautern, seguidos de los nueve de *Gymnasium* en la misma ciudad desde 1887 hasta 1896 (Frick nació en Kaiserslautern el 12 de marzo de 1877). A continuación cursó estudios en las universidades de Gotinga, Berlín y Múnich, sobre todo en esta última, donde permaneció tres años. En 1901, obtuvo el título de doctor en Jurisprudencia por la Universidad de Heidelberg.

Trayectoria: Practicó la abogacía en Kaiserslautern entre 1900 y 1903. En 1903 se presentó a una oposición y, a partir de entonces, trabajó como funcionario en Múnich, en el despacho de un magistrado local. Entre 1907 y 1917 trabajó en la administración de Pirmasens (Baviera). Entre 1917 y

1919 trabajó en el despacho del jefe de Policía de Múnich, persiguiendo a especuladores, desmontando «tinglados», etcétera.

En 1919 asumió la dirección de la sección política del departamento de Policía, que actuaba sobre todo contra los comunistas.

—Tras firmar la paz, el Káiser tuvo que abdicar y los socialdemócratas asumieron el poder. Luego, el Gobierno adoptó un sesgo más izquierdista. En abril de 1919, los comunistas gobernaron durante cuatro semanas, en la llamada República de los Consejos —que Frick contribuyó a derrocar—. Ese Gobierno se concentró en Múnich, donde había muchos judíos rusos[1].

Frick permaneció en la sección política de la Policía de Múnich hasta 1923.

En noviembre de 1923 tuvo lugar el *putsch* de Múnich, a consecuencia del cual Frick fue arrestado y encarcelado. Pasó en prisión cuatro meses y medio. Conoció a Hitler precisamente en 1923. «Había que solicitar la legalización de las manifestaciones públicas en mi sección», explica. Ingresó en el Partido Nazi ese mismo año, poco después de conocer a Hitler. El Partido fue ilegalizado, pero, en 1925, cuando volvieron a legalizarlo, Frick ingresó de nuevo en él.

Permaneció en la cárcel desde noviembre de 1923 hasta abril de 1924. El 6 de abril de 1924 se convirtió en diputado del Reichstag y, en el seno del Partido Nacionalsocialista (al que a veces se llamaba «bloque nacionalista»), conservó su escaño por la alta Baviera hasta el final de la guerra.

—Estuve en una prisión de Múnich cuatro meses y medio; Hitler estuvo encarcelado en Landsberg nueve meses —me ha dicho, sin darle importancia.

Pasó el tiempo que estuvo en prisión escribiendo (preparando su defensa) sobre las experiencias vividas durante el *putsch*. Tras el juicio, el Tribunal

le sentenció a quince meses de cárcel. Hitler fue condenado a cinco años, pero ambos fueron puestos en libertad después de pasar en prisión el tiempo anteriormente mencionado.

Desempeñó en el Reichstag el cargo de «líder de grupo parlamentario». Se produjo una escisión entre los partidos políticos del sur y del norte de Alemania. Existía un Partido de Noviembre, también llamado Movimiento de Liberación del Norte. En un principio, el Reichstag sólo contaba con treinta diputados nacionalsocialistas, que, además, perdieron terreno en elecciones posteriores. En 1925, en el Reichstag sólo había siete representantes nazis, los demás se pasaron al Partido de Liberación[2].

En 1928, el Partido de Liberación desapareció y el número de representantes nacionalsocialistas en el Reichstag se elevó a doce. En aquel momento había entre cuatrocientos y quinientos escaños en el Reichstag.

—En 1923, el Partido optó por el *putsch* en lugar de participar en las elecciones. Tras el fracaso cosechado, Hitler declaró que obtendríamos el poder en las urnas.

En enero de 1930, Frick fue nombrado ministro del Interior y de Educación de Turingia. Esta región contaba con cincuenta y tres escaños en el Reichstag, de los cuales sólo cinco o seis pertenecían a los nacionalsocialistas. Los nazis estaban «entre los comunistas de un lado y los burgueses del otro», y formaron «un Gobierno de coalición con los burgueses». Frick conservó el cargo de ministro del Interior hasta el 1 de abril de 1931, momento en el cual le «urgieron a abandonar» el Gobierno de coalición. Después de hacerlo, volvió a ocupar su antiguo escaño de diputado en el Reichstag.

—Los años 1930 y 1931 en Turingia representaron mucho para nosotros, porque todos decían que los nazis sabían hablar pero no gobernar. Hitler me

nombró ministro del Interior de Turingia y la gente pudo comprobar cómo conseguí muchas cosas buenas.

De modo que, en las elecciones al Reichstag de septiembre de 1930, «como resultado de mi labor en Turingia», el Partido Nazi pasó de 12 a 107 diputados, convirtiéndose en la segunda fuerza política del Reich. En 1930, de hecho, el Reichstag tuvo un vicepresidente nacionalsocialista: Franz Stöhr, ya fallecido.

—Sin embargo, tras comprobar nuestras diferencias con otros partidos y otras dificultades, Stöhr se retiró. No tardamos en formar una coalición con los partidos nacionalistas y, en 1931, en una reunión celebrada en Harzburg, nos opusimos al Plan Dawes. Poco después, también nos manifestamos en contra del Plan Young. Además, queríamos un referéndum popular[3].

Entre 1931 y 1933, Frick fue «un líder muy importante» en el Reichstag.

—En julio de 1932, acabamos con Heinrich Brüning. Sólo quería explicarle cómo llego Hitler al poder —concluye Frick.

En 1933, cuando el presidente Hindenburg nombró canciller a Hitler, Frick se convirtió en ministro del Interior, cargo que conservó hasta el hundimiento de 1945.

Tras preguntarle si conoce a Harold Ickes, el secretario de Interior del Gobierno estadounidense, Frick me ha respondido que no porque nunca ha estado en Estados Unidos[4]. Ha oído hablar de él, me ha dicho, y ha añadido que Ickes se negó a surtir de helio a los zepelines alemanes en 1932 y en 1933. Es el único comentario que Ickes le ha merecido.

—Mi tarea consistía en transformar un Estado parlamentario en un Estado autoritario. Una de las bases de la acusación de este proceso es que el *Boletín del Estado del Reich* publicó 234 documentos con mi firma[5]. Es decir, los fiscales me acusan de cambiar las leyes. Pero lo cierto es que el

sistema parlamentario ya se había venido abajo entre 1930 y 1932: los bancos fallaron.

»El Gobierno de Brüning dictó leyes de emergencia. Las normativas de la República de Weimar no ayudaban en absoluto, así que tuvimos que pasar al Estado autoritario.

»La ley básica consistía en que no sólo el Reichstag, sino también el Gobierno, podían promulgar leyes. Eso suponía acabar con el sistema parlamentario. Con el tiempo, ninguna ley se dejó en manos del Parlamento y todas ellas pasaron al control de la autoridad.

Le he preguntado si tiene algún comentario que hacer sobre el incendio del Reichstag.

—Hay argumentos en ambos sentidos. Hubo un juicio en el que fueron condenados algunos comunistas, pero corría el rumor de que Göring y los SA lo provocaron. Yo no lo sé.

—¿Qué opina usted?

—Lo único que puedo decir es desde el punto de vista de lo que gana cada uno. Si fueron los comunistas, cometieron una estupidez, porque a partir de entonces fueron ilegalizados. ¿Que si lo hicieron Göring y la SA? Pues no sabría decirle. Es, además, un asunto que no ha surgido en este juicio.

—Y en aquel entonces, ¿qué le pareció?

—No tenía motivos para sospechar, aunque, por supuesto, hubo muchos rumores[6].

El ministro del Interior tenía «poderes absolutos sobre los procesos administrativos»; entre sus cometidos estaba el de ofrecer «consejo para la defensa del Reich». El 20 de agosto de 1943, Frick, conservando sus otros cargos, se convirtió en protector de Bohemia y Moravia. Tenía despacho en Berlín y en Praga.

—Aunque en Praga sólo pasaba una semana al mes. El de protector era un puesto meramente representativo. El verdadero hombre fuerte del régimen en Bohemia y Moravia era Karl Hermann Frank, que estaba bajo las órdenes directas de Hitler y tenía un rango equivalente al mío.

Karl Frank era *Reichsminister* de Bohemia y Moravia, Frick era *Reichsprotektor* de la misma región.

—¿Qué opina usted de Karl Hermann Frank a la vista de algunas de las atrocidades de las que se le acusa?

—Tenía su lado bueno. Por ejemplo, después del asesinato de Reinhard Heydrich, Hitler, como represalia, ordenó matar a cincuenta mil checos[7]. Frank apeló a la condición de padres de familia de esos hombres y sugirió medidas de menor alcance.

—Pero ¿no se le acusa de la matanza de Lidice[8]?

—Sí, pero Hitler quería más sangre.

—¿Qué opina usted de Hitler?

—Era demasiado vehemente, le faltaba autocontrol.

—¿Cree que otro Führer habría sido mejor?

—No hay duda de que Hitler era un genio, pero le faltaba autocontrol. No admitía límites. De otro modo, el Reich de los mil años habría durado más de doce.

—¿Y si usted hubiera sido Führer? ¿Habría sido todo distinto?

—Depende. Hitler tuvo malos consejeros. Me refiero en particular a Himmler, Bormann y Göbbels. Yo perdí la confianza de Hitler en 1934. Trabajé muy estrechamente con él hasta el *putsch* de Ernst Röhm. En realidad, a partir de ese momento salí del círculo de confianza de Hitler. Estoy convencido de que Röhm ni siquiera quería un *putsch*, de que Himmler aprovechó la circunstancia para ganar poder. A partir de entonces se convirtió en una figura cada vez más irreemplazable.

Frick afirma que Himmler estuvo en su contra desde 1933, pero no me proporciona más detalle que el de que el jefe de la SS tenía una «enorme ansia de poder».

—El Gobierno de Hitler, o por mejor decir, su política interna, funcionó bien en 1933. Acabó con el desempleo. Hitler consiguió muchas cosas mientras escuchó a sus consejeros. A partir del *putsch* de Röhm de 1934, Göring y Himmler se convirtieron en sus principales asesores.

—¿Ha mantenido usted alguna vez una relación de amistad con Göring?

—No.

Frick prosigue:

—La falta de moderación de Hitler era un defecto. Era tan terco que sólo escuchaba a Bormann y a Himmler, y los dos eran criminales de la peor calaña. Ni siquiera volvió a recibir a sus ministros. Traté de dimitir porque la situación era imposible, pero Hitler se negó, me dijo que debía seguir en el Gobierno. La última vez que pude ver a Hitler fue en 1937. Durante la guerra, sólo le veía muy rara vez. Vivía muy cerca de él en Berlín, porque la residencia del ministro del Interior estaba ubicada en el Ministerio de Exteriores, que se encontraba al lado de la Cancillería. Y es que la sede del Ministerio de Exteriores en Wilhelmstrasse, 74 era en realidad el antiguo Ministerio del Interior, donde se encontraba mi residencia ministerial.

Antecedentes familiares: El padre de Wilhelm Frick murió en 1918 a los ochenta años tras caerse de una carreta. Era maestro de escuela, un «buen padre», de ideología nacionalista y admirador de Bismarck. Nunca ingresó en el Ejército. Su madre falleció en 1893 de una neumonía a la edad de setenta y cinco años. Frick tenía dieciséis en aquel entonces. Su padre no volvió a casarse, se llamaba como él: Wilhelm. Sus abuelos por ambas partes eran granjeros y vivían en la zona norte del Palatinado. Frick tiene

poco que decir acerca de la personalidad de sus progenitores. Piensa que ha heredado la forma de ser de su padre.

Hermanos: Wilhelm es el más joven de cuatro hermanos: (1) Hermann Frick, nacido en 1870, fue un hombre de negocios; murió de tuberculosis a los treinta años en las islas Canarias. (2) Una hermana soltera que cuidaba la casa de los Frick; murió en 1938, a los setenta y dos años, a consecuencia de una dolencia cardiaca. (3) Emma Frick, nacida en 1864, era profesora de inglés y de latín; falleció en 1903 de un tumor en el estómago.

Wilhelm no visitó a la hermana que falleció en 1938 durante los cinco o seis últimos años de su vida. Mientras él vivía en Berlín, ella lo hacía en Kaiserslautern. Frick siempre ha mantenido buenas relaciones con todos los miembros de su familia, afirma, pero nunca una amistad estrecha.

Matrimonios: Contrajo su primer matrimonio con una mujer diez años menor que él de la que se divorció en 1934. Fue un enlace «satisfactorio», pero Frick quería más hijos «y ella no», de modo que se divorciaron. Tuvieron tres hijos. El mismo año de su divorcio, 1934, Frick se casó con una mujer diecinueve años menor que él. Tuvieron dos hijos.

Hijos: (1) Hans, nacido en 1911, era juez de primera instancia en la alta Baviera. Se suicidó el 3 de mayo de 1945 junto con su esposa e hijos. (2) Walter, nacido en 1913, murió en el frente ruso en 1941. Era teniente.

—Le vi a orillas del Dniéper. Tenía heridas de metralla en el abdomen. Pedí permiso al Führer para visitarle y viajé hasta Rusia en avión. Volví a Berlín al día siguiente y pocas horas después de aterrizar me dijeron que había fallecido.

—¿Cuál fue su reacción?

—Fue una pena. Es la guerra. También murieron muchos otros. Es la guerra.

Hablamos de la guerra.

—Soy escéptico. No creo que pueda evitarse. Siempre habrá guerras. A juzgar por lo ocurrido en el pasado, trabajar ahora en favor de la paz tendrá tan pocos resultados como siempre. Es una ley de la naturaleza.

—Ésa es una filosofía llena de cinismo, muy pesimista.

—No. Simplemente, soy realista. No sirve de nada hacerse ilusiones al respecto.

Le pregunto por qué se suicidó su hijo mayor. Me responde lo siguiente:

—Había sido comandante regional en Rusia y temía que le entregasen a los rusos. Escribió a su madre para decirle que iba a suicidarse. Yo me enteré en noviembre.

(3) Anneliese, nacida en 1920, está viva y se encuentra bien. Está soltera y le escribe con frecuencia. Trabajó para la sección sanitaria de la *Luftwaffe*. Los tres primeros hijos, a los que acabo de referirme, pertenecen al primer matrimonio de Frick. De su segundo matrimonio son:

(4) Renate, nacida en 1935, que tiene diez años, y (5) Dieter, que nació en 1937.

Los tres hijos menores de Frick viven todavía y, que él sepa, se encuentran bien. Su esposa vive cerca del lago Starnberg. Ha sabido que su primera esposa padece una depresión a causa de la pérdida de sus dos hijos. Él no está muy deprimido: «Así es la vida, es una ley natural, la guerra tiene estas cosas».

HANS FRITZSCHE

1900-1953

Hans Fritzsche fue un alto funcionario del Ministerio de Propaganda de Joseph Göbbels y jefe de la División de Radio desde 1942. En Núremberg fue juzgado por crímenes de guerra y declarado «no culpable».

2 de marzo de 1946

Hans Fritzsche, un hombre pálido y delgado, se sienta al final del banquillo de los acusados; sus abogados, por tanto, serán los últimos en intervenir. Tiene cuarenta y cinco años y, aunque sin duda los aparenta,

posee también cierto aire juvenil, ingenuo y adolescente. He mantenido con él diversas entrevistas desde enero, mes en que llegué a Núremberg. Agradece mis visitas y parece sentirse mejor después de charlar. Normalmente, he mantenido con él la actitud de dejarle hablar y que diga cualquier cosa que se le ocurra. A veces le hago alguna pregunta, como hoy, cuando le he pedido que me esboce un pequeño relato autobiográfico. Me ha dicho que hace algún tiempo escribió algo parecido y que podría darme una copia, pero le he dicho que, aunque puedo conseguir ese relato, preferiría que fuera él quien me hablase personalmente de su vida.

—Eso es mejor —me ha dicho—. Esas dos páginas son, como mucho, una descripción carente de vida.

»Nací en Bochum, Westfalia, el 21 de abril de 1900. Por supuesto, tuve las enfermedades características de la infancia. De los doce a los catorce años sufrí de problemas de corazón a consecuencia de un crecimiento excesivamente rápido, lo cual me impidió ir al colegio durante un año entero y practicar deporte casi hasta los veinte años. A partir de esa edad, el corazón no ha vuelto a darme problemas.

»Respecto al deporte, me gustaba mucho el alpinismo. En torno a los veinticinco, me caí esquiando y me fracturé ambos pies, varias vértebras y algunas costillas. Pero tan sólo tuve que guardar cama cuatro semanas, al cabo de las cuales me recuperé por completo.

»Entre 1936 y 1937 sufrí otra enfermedad grave: tuvieron que operarme dos veces para quitarme el apéndice, que había reventado. La primera operación no consistió más que en una limpieza, fue en la segunda cuando me quitaron ese órgano.

Me he interesado por su formación.

—Fui al colegio en Halle del Saale durante unos tres años. Luego asistí al *Gymnasium* en Breslau y allí estuve cinco años. Nunca me gustó el rígido

ambiente prusiano de esos colegios. No fui un buen estudiante, me desagradaban aquellos métodos de enseñanza tan mecanizados. Pasé mis últimos años cuatro años de *Gymnasium* en Leipzig. Me fue bien, porque en esta ciudad, el *Gymnasium* se parecía mucho a la universidad y los profesores eran más liberales y modernos. Fui de los primeros de la clase. Para la tesis de graduación escribí algo titulado «La humanidad, nuestro eterno deseo». Recibió muchos elogios.

»Resulta curioso que algunos de mis mejores amigos del colegio de Breslau fueran judíos. Eran hijos de emigrantes judíos procedentes del Este. En el colegio siempre existió un sentimiento antisemita del que yo nunca participé.

»Uno de mis compañeros se llamaba Lewisohn. Tenía mi edad y era judío, aunque luego se convirtió al protestantismo. Lohse era otro de mis mejores amigos, también judío, aunque gracias a mi influencia se hizo protestante junto a su madre y su hermana. Lewisohn murió en la I Guerra Mundial. Lohse y su familia, según creo, viven en Silesia.

Fritzsche me ha dicho que fuera del colegio aprendió otras muchas cosas. Entre ellas, un gran respeto por los derechos individuales. En 1918 tuvo que interrumpir sus estudios por un periodo de entre nueve y doce meses, durante los que, tras ser llamado a filas, luchó en Flandes. En diciembre de 1919, después de la guerra, regresó al *Gymnasium*, donde se graduó en 1920.

Ese mismo año inició sus estudios en la Universidad de Greifswald, donde se especializó en Filosofía, aunque también siguió cursos de literatura alemana, historia y economía.

—A causa de las dificultades de la época: inflación, huelgas y una situación no muy distinta a una guerra civil, me vi atraído por la política. En mi segundo año de universidad fui elegido presidente del sindicato de

estudiantes. Posteriormente, me trasladé a la Universidad de Berlín, donde también participé activamente en política.

En 1923, al cabo de tres años de estudios, Fritzsche abandonó la Universidad «por motivos económicos» y comenzó a trabajar como secretario o ayudante en una escuela de estudios geopolíticos recién inaugurada. Poco después ingresó en la plantilla del *Anuario Prusiano*, donde era el editor encargado de historia y política. Conservó este empleo hasta 1924. A continuación, fue contratado como reportero y redactor de la agencia de noticias Telegraph Union, donde se ocupaba del departamento de extranjero. Permaneció en esta agencia hasta 1932, año en el que ejercía ya el cargo de redactor jefe.

He preguntado a Fritzsche por su familia. Me ha dicho que su padre nació en la región de Leipzig, zona de la que es originaria toda su familia. La mayoría de los parientes de su padre eran armeros o herreros. Su padre es un «viejo funcionario de correos» quien, porque sus superiores no le apreciaban y porque sus subordinados, por el contrario, le respetaban, nunca logró más que la gerencia de una oficina local de correos.

—El cuñado de mi padre llegó a trabajar en el Ministerio de Correos, algo que mi padre nunca consiguió, era demasiado independiente. Ahora tiene ochenta y cinco años. La última vez que supe de él fue en abril. Estaba en la zona rusa de una isla del Báltico, cerca de Pomerania. Se retiró del servicio postal en 1925 o 1926 y se dedicó a alquilar habitaciones de su casita de la isla a los veraneantes.

»Mi padre era completamente apolítico. Mientras todos sus hermanos y cuñados ingresaban en el Ministerio de Correos, él prefirió no intervenir en política y quedarse en el campo. No obstante, fue director de algunas sucursales de Halle, Breslau y Leipzig.

El padre de Fritzsche era un hombre más bien severo y estricto, pero rara vez recurría a los castigos físicos. Me da la impresión de que Fritzsche mantuvo con su padre una relación dominada por el respeto y la distancia.

—Mi madre murió en 1938 de una enfermedad derivada de la arteriosclerosis. Tenía cinco años menos que mi padre. Me referí a ella en mi breve relato autobiográfico, pero preferiría hablarle de ella directamente. No fue al colegio los mismos años que mi padre, tuvo lo que en Alemania llamamos «la educación de la primogénita», es decir, hablaba algo de francés, sabía tocar el piano a un nivel básico, etcétera. Mentalmente, sin embargo, era mucho más despierta que mi padre y tenía una personalidad brillante.

»Siempre me he llevado excepcionalmente bien con mi madre. Nació en el seno de la Iglesia católica, pero como su familia era luterana y en Linz no había templo católico, y puesto que ella creía que Dios acepta las oraciones en cualquier idioma, se convirtió al protestantismo después de cumplir los sesenta. Un año después la nombraron presidenta de la asociación para el Bienestar de la Mujer Luterana, de Pomerania. Aunque no asistió durante mucho tiempo al colegio, no tenía habilidad para los discursos y vestía de manera muy sencilla, era una mujer de gran personalidad.

He preguntado a Fritzsche qué sentimientos le ha inspirado su madre en los últimos meses. Me ha contestado que ha pensado mucho en ella y que ha soñado con ella muchas veces.

—Mi madre siempre fue mi mayor defensora. Cuando crecí, incluso cuando era ya un hombre, me gustaba reposar la cabeza en su regazo. Era un gesto tan intenso que puedo visualizarlo una y otra vez.

»Mi madre podía ponerse triste por cosas pequeñas, pero en tiempos de dificultad o ante una crisis siempre reaccionaba con valentía. Cuando había problemas, no le faltaba una palabra amable. Por ejemplo, siempre

recordaré lo que dijo cuando mis hermanos y hermanas murieron. Es una sentencia muy religiosa que no quiero repetir, pero sueño con esas cosas con mucha frecuencia.

Me ha parecido evidente que Fritzsche quería que le insistiera sobre esa sentencia que no quería mencionar por no profanarla. Le he preguntado por qué era tan reticente a citar algo que, al parecer, es tan evidentemente bueno.

—Dudo porque para mí esas palabras, que mi amada madre pronunció, son sagradas. Pero tiene usted razón, no hay nada malo en repetir algo bueno. Esa frase tan religiosa que mi madre dijo es: «El alma está a salvo». En mi casa se hablaba poco de religión, pero la vida giraba alrededor de ella. Tengo un sueño recurrente en el que apoyo la cabeza en el regazo de mi madre y ella, con un gesto muy suyo, me pregunta: «¿Qué ocurre?».

Le he preguntado a Fritzsche qué puede, a su juicio, significar ese sueño, y me ha respondido que no cree en la interpretación de los sueños, pero que debe de tener que ver con su inocencia innata.

—Si yo fuera psiquiatra, diría que ese sueño significa una sensación subconsciente de inocencia, porque cuando estoy despierto, dos fuerzas pugnan en mi interior. Una desea saber: ¿por qué serviste al sistema? Viste cosas en 1932 y en 1938; ¿por qué te dejaste arrastrar por el sistema?

»La otra fuerza es una voz que no deja de repetir: pero ¿cómo *podías* conocer esas atrocidades? ¡Tú eres inocente!

»Además, está este proceso absolutamente falaz. Yo participaría de todo corazón en un juicio que se propusiera determinar al culpable del asesinato de cinco millones de personas[1] y de las demás atrocidades, pero se han introducido en este proceso incontables circunstancias y tengo la sensación de que, a la sombra de la culpa de esos crímenes, se considerará al pueblo alemán culpable de todos ellos y de que, bajo esa misma sombra de culpa,

los estadounidenses, los ingleses y muy especialmente los rusos querrán lavar sus propios trapos sucios.

»A mi juicio, hay que diferenciar dos cosas: en primer lugar, la voluntad del pueblo alemán de vivir y de librar una lucha limpia por su existencia, una lucha a la que alguien le indujo; y en segundo lugar, y sin que tenga nada que ver con lo anterior, la responsabilidad de esos crímenes y atrocidades. Son dos cosas completamente distintas.

Le he dicho que parece difícil diferenciar dónde empieza una cosa y dónde termina la otra.

—Si el Tribunal contase con un juez alemán, nos juzgaría con mayor severidad que cualquier juez aliado, pero trazaría una línea muy clara entre los dos elementos que acabo de mencionarle. No puedo ignorar la sensación que el pueblo alemán tuvo en la I Guerra Mundial y en esta última, esto es, que estaba en el bando correcto. Ahora bien, al término del conflicto y por primera vez, la nación alemana se ha percatado de que un hombre, Hitler, había conculcado sus derechos y la había lanzado a una guerra que sólo él ambicionaba. Esa guerra era, a nuestro juicio, una guerra defensiva cuando, en realidad, fue Hitler quien la buscó y era, por tanto, una guerra agresiva y salpicada de asesinatos en masa y otras atrocidades.

»Ésa es la tragedia que yo padezco.

Le he preguntado si su madre expresó alguna vez lo que pensaba sobre el nacionalsocialismo.

—No, nunca, era completamente apolítica. Por supuesto, estaba feliz y orgullosa de que yo hubiera llegado a ser un personaje conocido, pero no tenía una opinión formada sobre el Partido y en realidad no sabía qué función desempeñaba yo en él. Por ese motivo, a mí, los mítines y las grandes concentraciones del Partido me dejaban frío.

»A mi madre no le gustaba nada Göbbels. Se lo presenté en cierta ocasión en que vino a verme a mi despacho. No sé por qué le gustaba tan poco, porque lo cierto es que él estuvo muy cortés y amable con ella, pero, después de la reunión, me aconsejó que me alejase de él. Dijo que él era un hombre *pequeño* y que yo era un gran hombre y que Göbbels quería aprovecharse de mí.

3 de marzo de 1946

Fritzsche lleva veinte años casado. Su esposa tiene seis meses más que él. Tienen una hija de ocho años, es decir, nacida a los doce años de contraer matrimonio.

—¿Le hizo feliz ser padre?

—Mucho.

—¿Es inteligente su hija?

—Mucho, y muy madura para su edad. Por ejemplo, una vez vio que mi esposa lloraba mientras escribía una carta, así que le dijo: «Mamá, no llores. Las lágrimas no sirven de nada. El otro día perdí el sacapuntas en el colegio y las lágrimas no me lo devolvieron».

—¿Sabe dónde se encuentra usted y por qué está aquí?

—Sabe *dónde* estoy, pero no *por qué* estoy aquí. Con el tiempo lo sabrá… cuando crezca.

Fritzsche conoció a Hitler en 1924 o 1925 en Renania, en casa de una hija del viejo Werner Siemens.

—Le oí hablar. Acababa de salir de la cárcel y defendía una lucha radical contra el comunismo. La reunión terminó con un comentario suyo: dijo que

no era un político, sino un propagandista. No me impresionó y no me uní al Partido porque su propaganda era demasiado brutal y forzada.

—¿Habló con Hitler en aquella ocasión?

—Sí.

—¿Qué impresión le produjo?

—Me pareció un soñador entusiasta. Tenía algo de místico. El único tema de su conversación fue de qué forma, a partir de una mezcla de treinta y seis partidos, podía surgir la unidad del pueblo alemán. Eso y el problema del comunismo.

—¿Habló de antisemitismo?

—No durante su discurso. Habló con la vieja dama y yo escuché.

—¿Esa dama era amiga suya?

—Era tía de un amigo. Me invitaron a la reunión por casualidad.

Fritzsche y el Ministerio de Propaganda: Hans Fritzsche fue reportero de informativos radiofónicos durante los primeros cinco años del Ministerio.

—Sin acompañamiento musical ni discursos.

Luego, fue el encargado de la prensa alemana durante tres años y medio o cuatro. Los últimos cuatro años de la guerra los pasó dirigiendo la radio alemana.

—¿Era usted el número dos del Ministerio de Propaganda?

—No, es difícil determinarlo. Pero estaba a cargo de todo lo relacionado con la radio y, por tanto, era muy conocido. Sin embargo, si anteriormente hubo muchos superiores entre Göbbels y yo, al final, sólo había una persona entre nosotros dos. Yo era uno de los doce responsables de departamento. Lo que sí puedo decir es que yo era la persona más independiente de todo el Ministerio de Propaganda. Inspiraba un gran respeto. Mi esfera oficial de actividad no era muy amplia, pero mi influencia sí lo era.

—Póngame un ejemplo.

—Si yo protegía a un hombre, nadie lo tocaba. Se suponía que yo estaba bajo la supervisión de un inspector de la radio que era miembro del Partido. En octubre de 1944, prohibí que ese inspector entrase en cualquier emisora de radio de Alemania.

—¿Por qué?

—Porque actuó de un modo incorrecto.

—¿Qué hizo?

—Habló mal de mí a mis espaldas. Y nadie sino Fritzsche podía hacer algo así.

»Otro ejemplo: la Gestapo envió a sus agentes a mi departamento en tres ocasiones. Yo los eché en las tres. Nadie salvo yo se habría atrevido a hacer algo así.

9 de marzo de 1946

—La familia de mi madre proviene de la región de Münster. Se dedicaba sobre todo a la horticultura y al cultivo de tulipanes. Debió de ser una familia tranquila y amante de la paz. Por desgracia, no llegué a conocer a mis abuelos.

»Yo era el hermano menor, así que es posible que mi madre me tuviera un tanto mimado. Siempre me consideraron el niño más inteligente de la familia y, en cierto modo, eso me separó de los demás.

A partir de 1944, Fritzsche prácticamente no vivió con su esposa. Vivía con su amante, una mujer más joven que él. Sigue legalmente casado, pero su intención es conseguir el divorcio y casarse con esa mujer. Desde que está en la cárcel, tiene noticias de esa mujer por «fuentes indirectas»;

todavía quiere casarse con ella, pero como mantiene un contacto permanente con su esposa, está confuso entre un sentimiento «de lealtad y dedicación por un lado, y la pasión y el amor por el otro».

—Mi esposa sufre una depresión, pero ha reaccionado con valor. Le han prohibido el ejercicio de su profesión, la odontología, a pesar de que era la ayudante del doctor Villiger y una excelente cirujana dental por derecho propio. Mientras yo trabajaba en el Ministerio de Propaganda vivíamos de mi modesta renta. El doctor Göbbels no aprobaba que mi esposa trabajase, pero yo no concedía importancia a sus comentarios y mi esposa continuó ejerciendo. Ahora malvive en Hamburgo, sufre las consecuencias de ser mi esposa, porque no me cabe la menor duda de que es por eso por lo que las autoridades no le dejan practicar su profesión, y gana unos pocos marcos como costurera.

17 de marzo de 1946

Como hoy es domingo, Fritzsche ha estado trabajando a media tarde, redactando a máquina algunos de los argumentos que empleará en su defensa.

—No creo que tenga demasiados problemas. Mi defensa se basa en que, por mi parte, todo se debió a mi personalidad idealista. Puedo defenderlo todo punto por punto, pero no lo voy a hacer, y es que todo lo que hice lo hice ante la opinión pública mundial.

»El punto de vista contrario puede esgrimir que, sobre la base de mi labor, cinco millones de personas fueron asesinadas y se produjeron buen número de atrocidades. Es sólo cuestión de opiniones si puede establecerse o no una relación entre ambas cosas.

»Si fuera sólo yo el implicado, podría defenderme con una sola frase: «Lo hice como patriota alemán», porque si todo el pueblo alemán fue traicionado, yo también lo fui. Pero la cuestión es compleja y no me afecta únicamente a mí, sino al conjunto del pueblo alemán, a quien en su mayoría yo informaba.

Fritzsche sonríe pensativamente mientras lía un cigarrillo. Su gesto se torna serio de repente y dice:

—Y entonces, a causa del asesinato de cinco millones de personas, una barbarie que no quiero en absoluto minimizar ni excusar, se cuestiona el derecho a la existencia de cincuenta millones de alemanes aprisionados en un espacio en el que no pueden vivir y en el que probablemente se mueran de hambre.

La política aliada no pretende, y no se ha producido ningún signo en ese sentido, que cincuenta millones de alemanes se mueran de hambre.

—Está ocurriendo. He recibido por casualidad una carta de un terrateniente judío a quien ayudé a escapar de un campo de concentración en la que me dice que su familia ha sido arrestada en Berlín después de llegar del Este y tras pasarse seis meses huyendo. Ese hombre describe con gran dramatismo el sufrimiento de millones de personas y de los cientos de miles que ya han sido asesinadas o han perecido de hambre.

—¿Dónde?

—En Prusia oriental y en Silesia. Es una tragedia.

Tal y como usted lo dice, da la impresión de que quiere sugerir que los padecimientos que ahora sufre el pueblo alemán son culpa de los cinco millones de judíos muertos.

—No, no, no y mil veces no. Ahora, el pueblo alemán tiene que soportar, con toda justicia, la acusación de haber matado a cinco millones de personas. Todos claman: «¡Castigo! ¡Castigo! ¡Castigo!». Los rusos dicen

que se quedarán con una pequeña parte de Prusia oriental, pero en realidad han desplazado la frontera polaca tres o cuatro kilómetros hacia el Oeste; y los polacos están deportando a todos los alemanes de ese territorio. Y lo mismo ocurre en Yugoslavia y en Bohemia[2].

»Además, sé que mi hija y mi mujer se están muriendo de hambre, o casi, en Hamburgo. A mi esposa le han notificado que debe abandonar su apartamento, que en realidad no consiste más que en un techo donde cobijarse, y no sabe adónde ir. Le he escrito, pero ¿qué consejo puedo darle? Es una mujer valerosa y escribe cartas llenas de coraje. Me dice que no puede mudarse. Probablemente está exhausta y nerviosa. Y no tiene permiso para vivir en el sur de Alemania.

»Lo peor es que le han retirado la licencia para practicar la odontología.

—¿Por qué lo han hecho?

—No lo entiendo, de verdad que no lo entiendo. El coronel Andrus lo ha investigado y dice que no hay motivo. El doctor Gilbert también lo cree así. ¿Y usted? ¿Ve usted algún motivo para que se le impida a mi esposa ejercer su profesión?

—Ninguno. Si las cosas son como usted afirma, ninguno.

—Me ha escrito y me ha dicho que tiene veinte o treinta ofertas de varios dentistas de Hamburgo, pero que no puede aceptarlas.

—¿Pertenecía su esposa al Partido?

—No.

—Supongo que es cuestión de tiempo y que no tardará mucho en poder ejercer de nuevo.

—En efecto, cuestión de tiempo… pero la gente tiene que vivir. Supongo que ese hombre de Pomerania al que acabo de referirme y que me escribió para darme las gracias por haberle ayudado a escapar de un campo de concentración la ayudará.

—Cuénteme cómo ayudó usted a ese judío de Pomerania.

—Cierto día se presentó en la antesala de mi despacho una mujer llamada Karneka, procedente de Pomerania. Lloró amargamente, de modo que la introduje en mi despacho y le pedí que me explicara su problema. Me dijo que su marido había sido arrestado y que estaba en una cárcel de Köslin. Me dijo también que los dos habían sido declarados judíos, pero que no sabía quién había ordenado el arresto. Tras hablar con ella, llamé a la prisión de Köslin y pedí que me dijeran quién había emitido la orden de ingreso en prisión de este hombre. Me dijeron que era orden de la Gestapo.

»A continuación llamé a la Oficina Central de Seguridad del Reich [RSHA] de Berlín, y allí me dijeron que desconocían el caso, pero que lo investigarían. Volví a llamar a Köslin y les dije que estaba investigando el caso y que tenía mucho interés en él. El director de la cárcel me dijo que la esposa del prisionero podía acudir a la cárcel para visitar a su marido, que hasta entonces estaba incomunicado. El tira y afloja duró tres o cuatro meses, pero voy a resumírselo. Impliqué en el asunto al ministro de Alimentación, Herbert Backe, al responsable del Partido en Pomerania, Franz Schwede-Coburg, y también a una persona de la Gestapo de quien, en aquella época, yo no había oído hablar: Adolf Eichmann[3].

Al decir esto, Fritzsche se echa a reír sardónicamente y con cierta inquietud.

—Debí enviar unos diez telegramas y treinta cartas. Fue una lucha denodada hasta que, finalmente, conseguí la liberación de aquel hombre, a quien ya habían enviado a un campo de concentración. No llegué a conocerle en persona e, inmerso en mis propias dificultades, le perdí la pista hasta el pasado mes de mayo. Me llevé una gran alegría. La carta iba dirigida a mi abogado. Además, mi esposa me envió una carta en la que me decía que ella también había recibido una carta de Karneka.

—¿Era judía esa familia a la que usted ayudó?

—Sí, según la ley. Él era judío en parte por sus antepasados. Era nieto de Gaus, el fundador de IG Farben en Fráncfort. Tanto él como su esposa tenían unos cuarenta años.

—¿Hizo usted cosas como ésa a menudo?

Fritzsche esboza una sonrisa beatífica y responde:

—A menudo, sí. Me enviaban cartas porque era un hombre muy conocido. No recuerdo un solo caso en que me negase a ayudar. Era lo lógico, ni siquiera me detenía a pensarlo.

Me pregunta si he leído lo que, durante su estancia en prisión, ha escrito sobre él y Göbbels. He respondido afirmativamente.

—Sólo me he remontado al año 1925. Si escribiésemos dos autobiografías, serían distintas entre sí. Hoy, podría contarle unas cuantas cosas (aunque, en realidad, sólo podría hablarle de las características más básicas de mi personalidad), pero, ¿sabe?, también podría contarle algo distinto.

Supongo que, hasta cierto punto, eso es cierto para cualquiera de nosotros, pero ¿le parece que esa susceptibilidad al cambio es más característica, más fuerte en usted que en otras personas? Fritzsche reflexiona y, más o menos, asiente.

—Voy a revelarle algo, pero con una condición, que no haga que me sonroje, porque me gustaría mucho que creyera lo que voy a decirle. Mi mayor deseo en la vida no tenía nada que ver con la política ni con la guerra, yo quería ser horticultor. La familia de mi padre se dedicó al metal y a la herrería desde hace más de trescientos cincuenta años, hasta que mi abuelo fundó una pequeña armería. La familia de mi madre se dedicó durante doscientos cincuenta años a cultivar tulipanes holandeses; procedía de Holanda, aunque emigró a Westfalia hace varias generaciones.

»Cuando yo tenía catorce años, no teníamos jardín, al contrario, vivíamos en un enorme bloque de pisos, pero, en 1914, yo ya tenía una gran colección de cactus. De hecho, me ofrecieron doscientos cincuenta marcos de oro por esa colección. También tenía una colección de orquídeas. Sin embargo, no tuve huerta hasta 1934, y tuve que comprarla. Estaba situada a cincuenta kilómetros de Berlín, tenía tres mil metros cuadrados de superficie y yo mismo la cultivaba. En esta granja planté un jardín con mis propias manos. Me encantaba trabajar la tierra. Mi mayor deseo en la vida era dedicarme a la agricultura, llevar una existencia contemplativa, no dominada por la actividad.

»También trabajé como editor, como un editor muy personal. Publiqué ficción, novelas e historias de interés humano. Tenía la impresión de que, gracias a estas historias, podía ejercer mayor influencia y dejar huella en otras personas. Ingresé en la política únicamente a causa de la desgracia de 1918, pero ya dentro de la política valoraba ante todo el aspecto puramente humano de mi trabajo. Porque, sobre éste, yo ejercía una gran influencia.

»Göbbels sabía escribir discursos y llevar a millares de personas a un frenesí de aplausos. Cuando yo pronunciaba un discurso, había veces en que nadie aplaudía. Yo no era sensacionalista, pero conseguí hacerme con un conjunto de adeptos muy entregados. Es posible que ese conjunto de seguidores no fuera tan numeroso como el grupo del doctor Göbbels, pero sí era más fiel. Y lo mismo puede decirse de mi trabajo. Mi cargo oficial no era tan importante ni tenía tantas competencias como el de Göbbels, pero mi influencia sobre las personas era mayor.

»Colaborar conmigo, y digo esto con rubor, se consideraba en nuestra oficina mayor honor que colaborar con Göbbels—. Fiel a sus palabras, Fritzsche se sonroja y sonríe—. Y si yo enviaba a un delegado a una reunión, ese delegado era más importante y respetado que el delegado que

pudiera haber enviado Göbbels. Por ejemplo, a lo largo de este proceso se ha dicho muchas veces que todo el mundo temía a Himmler y a la Gestapo, pues bien, yo jamás sentí temor alguno y no tuve por qué. En cierta ocasión, Himmler me ofreció un cargo muy importante si me unía a la SS. Rechacé su oferta y le dije que yo no encajaba en su organización, y no me ocurrió nada.

»En 1937, le hice a Himmler cierta petición, no recuerdo cuál. Como, pese a mis muchos recordatorios, no acababa de darle cumplimiento, le escribí una carta para decirle que, si no la satisfacía, pongamos por caso, el 1 de abril, yo dejaría de emitir noticias sobre la SS y sus actividades. Dos días después de enviarle esa carta a Himmler, Göbbels me llamó a mi despacho. Estaba muy agitado y me dijo que Himmler había pedido mi dimisión, a lo que yo repuse: «Suelo escribir cartas amables a los hombres pequeños porque los hombres pequeños no soportan la firmeza, a los grandes hombres, sin embargo, les escribo cartas duras, porque a las amables no responden». Y dije a Göbbels que si el Estado tenía por costumbre hacer las cosas en el sentido contrario, yo estaría encantado de presentar mi dimisión. Al oír esto, Göbbels se disculpó. A los pocos días recibí una carta de Himmler en la que se disculpaba y me comunicaba que había hecho ya cuanto yo le había pedido.

—¿Recuerda qué le había pedido?

—Pues le digo de verdad que no lo recuerdo. Y ahora voy a contarle un tercer ejemplo de mi independencia.

»Yo despedí a varios de mis empleados después de saber que eran agentes de la Gestapo. Expliqué por escrito que lo hacía porque esas personas se habían hecho miembros de la Gestapo sin yo saberlo. Al poco recibí la visita de la Gestapo, unos oficiales me dijeron que la organización tenía derecho a investigar a todas las instituciones del Estado. Yo repuse

que si deseaban saber algo les bastaba con preguntarme, pero puntualicé que no toleraría procedimientos ilegales bajo ninguna circunstancia. Las personas a quienes despedí siguen vivas, estoy seguro de que pueden atestiguar la veracidad de lo que acabo de decirle.

A continuación hemos hablado de Göbbels, conversación que puede consultarse en otro lugar de mis notas. Por otro lado, Fritzsche ha escrito un excurso sobre Göbbels y la propaganda que todavía no he incluido. Fritzsche me ha dicho que mantuvo muchas disputas con Max Amann, presidente de los editores de prensa. Para Fritzsche, Amann era un hombre de negocios brutal que persiguió a mucha gente y destrozó muchas vidas. También me ha dicho que contrató para su departamento a muchos profesionales a quienes Amann había perseguido.

6 de abril de 1946

Fritzsche se ha alegrado mucho cuando esta semana nos ha vuelto a ver al señor Triest y a mí. Nos ha dicho que estaba algo abatido porque lleva un tiempo sin recibir noticias de su esposa ni de su hija, aunque sí sabe que su esposa sigue viviendo en una buhardilla y que gana alrededor de un marco diario cosiendo o haciendo punto porque, por estar casada con él, no puede practicar la odontología. Al decir esto, ha sonreído como si esperase que, de alguna forma, le confirmásemos que, después de todo, no es tan mal chico.

Ha dicho que ha estado pensando en su defensa, que, se figura, tendrá lugar a primeros de junio, y que se debate entre dos ideas contrapuestas. Por un lado, quiere probar al Tribunal que él no era más que un instrumento de los nazis, que Hitler y Göbbels le engañaron y que no tomó parte conscientemente en las iniquidades del régimen nazi ni en la «horrible

locura racial» que desató. Por otro, quiere señalar al Tribunal que no sólo los alemanes tienen culpa, sino también los Aliados. Dice que ninguno de los acusados, demasiado preocupados por demostrar su propia inocencia, ha hecho hincapié suficiente en este punto. Afirma que, al contrario que él, la mayoría de ellos no son inocentes y que, como Kaltenbrunner, ante el Tribunal han representado una ficción. Dice que tiene la impresión de que es evidente que él mismo fue un instrumento inconsciente en manos de los nazis y que, por tanto, podía dedicar menos tiempo a proclamar su inocencia y más a demostrar de qué modo la propaganda aliada debía compartir, hasta cierto punto, la culpa de los horrores de la guerra.

—Observo que los acusados pueden justificar su conducta, pero no el movimiento nazi. Tengo la sensación de que durante el año de reclusión y los seis meses de proceso he soportado un sufrimiento espiritual y una depresión más terrible de lo que la muerte, fuera del tipo que fuera, podría suponer.

»Me he convertido en culpable de la muerte de cinco millones de personas. Aunque de modo inocente, he participado en la tragedia que le ha sobrevenido al mundo. Mi papel en ella no importa, lo importante es que tuve un papel. He hablado con el doctor Gilbert de mis sufrimientos, pero aunque es muy humano y amable, su actitud, he de serle sincero, es la del odio. El doctor Gilbert no puede comprender ni hacer nada porque uno debe ser objetivo a la hora de entender cuál fue mi función en el seno del movimiento nazi. Pero creo que usted sí es objetivo. Cuando le hablo, tengo la sensación de que me comprende. Sin objetividad, lo que yo diga no les servirá de nada ni a los alemanes ni a los Aliados ni al mundo.

»Lo que quisiera decir, que es algo que no puedo manifestar ante el Tribunal, es lo siguiente: trabajé durante diez años para la propaganda alemana, no era el único líder, pero sí uno de los más importantes. Sin

embargo, ya hace una década declaré que hacer propaganda es el primer paso hacia el infierno. La propaganda tiene por objetivo para llamar la atención del pueblo sobre un bando, privando de atención al bando contrario. La propaganda, por tanto, siempre es sesgada; para bien o para mal. Llevo año y medio pensando en el tipo de propaganda que yo emitía por radio y puedo declarar que, aunque sí fue una propaganda sesgada, no intenté llamar la atención del pueblo sobre nada malo; y es algo que puede afirmarse de los diez años que duró mi actividad. Pintaba sólo en blanco y negro, excluyendo los grises, pero su país y los demás aliados hicieron lo mismo.

Tras decir esto, Fritzsche me ha enseñado una caja de cerillas en la que podía leerse «Aplastad al Eje» y aparecían caricaturas de Hitler, Mussolini e Hirohito.

—Esto, por ejemplo —me ha dicho, mostrándome la caja—, es un pequeño ejemplo de la propaganda del odio que jamás nos atrevimos a hacer en Alemania. Y ahora, y con una enorme decepción, me doy cuenta de que también en este juicio intenta pintarse un cuadro en blanco y negro. Es posible que sea necesario desde un punto de vista legal, para que el proceso no se prolongue demasiado. Que el veredicto sea de culpabilidad no importa, lo que me gustaría es comprobar que este juicio sirve para que la humanidad progrese. Es necesario que, tras la muerte de cinco millones de inocentes, la humanidad progrese.

»Y si éste fuera el caso, el fiscal Jackson no debió intervenir como lo hizo cuando Streicher dijo que en Oberursel sufrió un trato vejatorio ni afirmar, cargado de emotividad, que los Aliados habían procurado librar la guerra dentro de los límites de un comportamiento humanitario. Eso precisamente es lo que yo sentía durante la contienda. La historia del mundo tiende a repetirse.

He dicho a Fritzsche que me encontraba en Inglaterra, donde quería hacer ciertas consultas a unos psiquiatras ingleses, cuando Streicher declaró ante el Tribunal que, al hacerle prisionero, se vio sometido a diversos malos tratos, como el de besar los pies a unos hombres negros. ¿Cuál fue su reacción al escuchar el testimonio de Streicher?

—El fiscal Jackson ha dicho que había que borrarlo del acta oficial del proceso porque no formaba parte de él. Pero yo podría ofrecer ejemplos de atrocidades y torturas mucho peores cometidas por los rusos. Sin embargo, no quiero hacer propaganda aquí en la prisión y debo desistir. En resumen, compruebo que todo vuelve a pintarse en blanco y negro. Es un nuevo paso hacia el infierno. Honradamente, puedo decir lo siguiente: con lo que hoy sé, puedo afirmar que Hitler nos mintió al pueblo alemán y a mí mismo y nos traicionó, y lo hizo de tal forma que los alemanes creyeron lo que les decía con mayor confianza que si lo hubiera hecho bajo juramento.

»En los últimos mil años se han librado en Europa muchas guerras en las que los vencedores pagaron con el sacrificio de su sangre. Ésa fue la mayor garantía que Hitler podía dar a los alemanes de que estaba contra la guerra, porque el pueblo alemán no quería la guerra. Todo hombre normal se opone a la guerra tanto como a la tuberculosis. Unas pocas excepciones no cambian esa generalización.

»Pese a ello, Hitler preparó la guerra y perpetró la mayor mentira y traición que haya conocido el mundo. Este proceso demuestra que fue eso precisamente lo que Hitler hizo. No tengo el menor reparo en declarar que Hitler era un mentiroso y un traidor a escala descomunal. Aun sin la muerte de cinco millones de personas en campos de concentración, Hitler pasaría a la historia como el mayor villano que haya existido jamás.

Pero lo más importante que se dirime en este juicio es de qué modo pudo Hitler llevar a cabo una traición semejante. ¿Cómo pudo engañar al pueblo

cuando cientos de emisoras aliadas decían la verdad o algo muy próximo a la verdad?

—Por lo que a mí respecta y pese a que siempre pude escuchar sus emisoras, jamás creí a los Aliados. No les creía porque nos habían bombardeado diciendo que los Aliados mentían, que sólo hacían propaganda. Lo trágico es que lo que esas emisoras radiaban era literalmente cierto. Durante la guerra y siempre que las emisiones aliadas hablaban de crueldades y atrocidades, debí de decir al menos un centenar de veces que en la última guerra habíamos padecido el mismo tipo de propaganda aliada. A mis amigos les decía que en la I Guerra Mundial los Aliados afirmaron que los alemanes cortaban las manos a los niños belgas. Una vez concluido el conflicto, admitieron que tales acusaciones eran falsas, meramente propagandísticas. Y aun hoy digo que, al principio de esta guerra, las emisoras aliadas difundieron centenares de mentiras sobre el nazismo. Incluso han emitido noticias que me afectan personalmente, noticias que, como puede demostrarse, son falsas. Eso es lo que quiero decir cuando afirmo que ambos bandos tienen la culpa. Porque la propaganda, sea buena o mala, tiende a hacernos dudar. Si uno piensa en las muchas declaraciones falsas de los locutores aliados al principio de la guerra, es normal que la fe de cualquiera en los noticieros extranjeros se vea muy deteriorada.

»Si, además, pensamos en el Tratado de Versalles[4], en la teoría de la necesidad de espacio vital, en la falsa propaganda extendida por los nazis a propósito de la persecución sufrida por los alemanes en los Sudetes y de los presuntos incidentes fronterizos que tuvieron lugar antes de las ofensivas sobre Polonia y Rusia, entonces, uno puede comprender de qué modo nosotros, los alemanes, incluso aquellos que estábamos encargados de la propaganda, nos vimos afectados y comenzamos a creer esas cosas. Usted

comprenderá, además, de qué modo el efecto de una emisión sensacionalista desde Inglaterra o Estados Unidos, aunque pudiera ser cierta, tenía un efecto mínimo. Ése es el satánico triunfo de la propaganda: cierra los oídos a lo que está bien o a lo que está mal.

»Mis convicciones son simples. Podría desechar toda discusión sobre lo que pueda ocurrirles a los veinte hombres que son juzgados en Núremberg por su responsabilidad en los horrores del pasado; para mí, carece de importancia. Pero me gustaría exigir que una comisión de investigación del Senado estadounidense, similar a la que se creó antes de esta guerra, investigara la conducta bélica de los Aliados. En ese caso, se demostraría que la culpa o la responsabilidad no es sólo de Alemania, sino que, al menos en parte, también los Aliados la comparten. Con esto no quiero decir que la traición de Hitler al pueblo alemán inocente con una política de agresión que condujo a la guerra, ni que el exterminio criminal de millones de hombres, mujeres y niños inocentes que él y Himmler llevaron a cabo tengan justificación posible. Pero si, después de este juicio, una comisión de investigación del Senado estadounidense tuviera el valor de evaluar honradamente la culpa en que incurrieron ambos bandos, si eso sucediera, se demostraría que los alemanes, desechando por un instante los asesinatos cometidos, trataron de llevar adelante una administración decente de los países ocupados. Una comisión de esas características, siempre que tuviera el valor de reconocerlo, sería de gran ayuda en mitad del infortunado sufrimiento que en el presente atraviesa el pueblo alemán. Una comisión semejante no tardaría en averiguar que sólo cuando comenzó la guerrilla partisana en los territorios ocupados, con el asesinato de soldados alemanes y otras acciones, se pusieron en marcha mecanismos de represalia como el fusilamiento de rehenes y otros crímenes, que finalmente desembocaron en un aumento de las acciones de guerra y en la perpetración de atrocidades[5].

»En ese caso se vería que no se puede trazar una imagen del pueblo alemán en blanco y negro, sino que también hay matices de culpa, igual que les sucede a los Aliados. En ese caso se darían cuenta de que la responsabilidad de la guerra, tal como la consideraría un hombre sano y con dos ojos, no existe realmente. Ése es el único modo de que todo el mundo pueda extraer algún provecho de unos sucesos tan trágicos.

»Sé que lo que estoy diciendo resulta confuso, pero tengo en mente un objetivo muy claro. Quiero decir que uno no puede cargar a un solo hombre o a un solo Estado con la culpa de la guerra. Hay otros hombres y otros estados que también tienen parte de culpa.

Le he preguntado a Fritzsche si lo que quería decir es que alguna nación aliada en particular debía compartir culpas con Alemania.

—Casi todos los Aliados. Hitler no podría haber librado esta guerra si no existiera una constelación de culpa. El resultado es, por supuesto, que el pueblo alemán fue engañado y traicionado por su propio dirigente. Pero que esto pudiera suceder es culpa, al menos en parte, del resto del mundo. Sé que una idea como ésta sólo puede exponerse desde un sentido religioso, pero si se piensa en las posibilidades de progreso de la civilización, si se hace eso, entonces, al menos alguien tiene que rebelarse y decirlo. En mi defensa, y tanto si me beneficia como si no, diré exactamente esto a fin de aclarar la culpa del mundo. No estoy minimizando la culpa de los dirigentes nazis, me limito a intentar demostrar que los Aliados también cargan con parte de la culpa y que, con objeto de que la civilización progrese, todos deben admitir sus culpas y corregir sus errores.

»En realidad, he llegado a esta conclusión a través de mi sufrimiento personal, un sufrimiento que ningún ser humano ha soportado jamás. Es el resultado de las reflexiones y padecimientos del último año y medio y no

debe confundirse con un intento de buscar excusas o algún tipo de autojustificación.

¿Es el punto de vista de Fritzsche sobre la culpa de los Aliados y la culpa de los alemanes meramente filosófico o algo más concreto y basado en ejemplos que él mismo conoce?

—No es cuestión de filosofía, sino de ética. Comprender una convicción como la mía es imposible dentro del presente marco político. Creo que existe una exigencia religiosa, «Ama al prójimo como a ti mismo», un lema que nadie ha hecho realidad en dos mil años. Me gustaría que de las tinieblas de esta tragedia surgiera un rayo de luz. Quiero decir que el crimen no comienza cuando se lleva a cabo el asesinato; el crimen surge con la propaganda, incluso si esa propaganda es por una buena causa. En cuanto la propaganda se dirige contra otra nación o contra algún ser humano, comienza el mal. Si los alemanes empezamos a hacer propaganda hacia el final de esta tragedia, ustedes los Aliados forman parte del comienzo mismo de la tragedia.

—¿Se refiere al Tratado de Versalles?

—No, me refiero al presente, a 1946, a que se encuentran en el comienzo de una nueva tragedia.

—¿Quiere decir que los Aliados y los alemanes continúan odiándose?

—Exactamente. Nosotros, los alemanes, trasladamos el odio de la I a la II Guerra Mundial y, ahora, ustedes están a punto de trasladar el odio por el asesinato de cinco millones de personas a una nueva guerra mundial.

Pregunto a Fritzsche si le parece que perseguir a los responsables del asesinato de cinco millones de personas es poco importante.

—Sin duda. Ésa ha sido mi impresión durante un año. No dejo de lamentar que los abogados aludan a detalles sin importancia, como que Göring dijera esto o lo otro. Eso es irrelevante. A Göring no se le ha hecho

la única pregunta que resulta decisiva. La acusación debería haberle preguntado: «Era usted el segundo en importancia en un Estado donde fueron asesinados cinco millones de judíos, por no mencionar a los cientos de miles de personas inocentes, a los rehenes, a pueblos enteros arrasados sin motivo, etcétera. ¿Y qué hay de esos judíos y de las demás víctimas inocentes?». Es absolutamente imposible que Göring no supiera lo que estaba sucediendo. Si yo recibí cartas que hablaban de esas atrocidades, ¿cuántas cartas tuvo que recibir Göring?

»Y, por desgracia, hay otra pregunta que tampoco se le ha hecho a Göring: «El pueblo alemán puso su fe en usted, aunque dudase de Hitler, porque usted tiene modales de caballero y se hace más simpático. ¿Y qué hizo usted, Göring, para justificar esa confianza? Ha llevado usted una vida dominada por el lujo y ha coleccionado arte robado». Y hay otras preguntas semejantes que también deberían habérsele hecho.

»De igual forma, nadie ha hecho al acusado Frank preguntas decisivas. Por ejemplo, cuando le preguntaron qué sabía del asesinato de judíos, respondió: «Nos lo olíamos». Es una mentira descomunal, una falacia. Frank no sólo se lo olía, lo sabía todo. Era el gobernador general de Polonia, no podía tan sólo olérselo, tenía que saberlo. El resto del proceso carece de importancia.

He preguntado a Fritzsche si había pensado en la posibilidad de que, durante su defensa, Frank quizá haya intentado ser sincero, pero que, después de tantos años engañándose a sí mismo, sea incapaz de decir la verdad.

—En efecto, pero eso no ayuda al pueblo alemán. En un momento como éste, la verdad es lo único que importa. Sólo me interesa una cosa: que la culpa del otro bando, los Aliados, salga a la luz, y no para buscar una excusa para nosotros, sino para evitar en un futuro más guerras y

atrocidades. Ejemplo de ello son los bolcheviques. Si a la luz de la crueldad con que se comportaron en Alemania, los bolcheviques quieren lavar sus trapos sucios, deberían revelar lo que hicieron. En Rusia, muchas personas desaparecieron sin más, en otras palabras, se convirtieron en prisioneros políticos. Yo mismo, poco después de que terminase la guerra, fui prisionero de los rusos, pues bien, compartí celda con un general ruso que llevaba encarcelado cuatro años sin recibir ninguna noticia del exterior. Eso por no mencionar a los millones de alemanes desplazados de los territorios alemanes del este, propietarios en su mayoría, expulsados junto a sus familias. Podría decirse que esas personas han sido deportadas igual que los prisioneros del decreto «noche y niebla»[6], pero no soy yo quién para meterme con la política actual.

Le he preguntado qué opina de la defensa de Schacht.

—Schacht me ha decepcionado, pero por otra razón. Si yo hubiera tenido en mis manos el secreto de los terribles crímenes cometidos por los nazis, secreto del que Schacht sí estaba al corriente, no habría participado en la conjura durante diez años. Y no habría participado en un atentado solamente en 1944, suceso que, incidentalmente, cometieron otros y no Schacht; un atentado muy cobarde, a propósito, que consistía en colocar una bomba bajo la mesa de Hitler para a continuación salir corriendo. Si a Schacht los nazis le daban tanto asco como ahora dice, habría sacado una pistola y habría matado al responsable de aquellas acciones tan ruines, es decir, al propio Hitler. Con lo que Schacht sabía, otra cosa es inconcebible.

8 de mayo de 1946

He visitado a Fritzsche una vez a la semana más o menos y hemos hablado de diversas cuestiones, sobre todo de sus primeros años y de su evolución. Hoy hemos conversado de su visión del mundo, algo de lo que, cómo no, ya ha hecho mención en ocasiones anteriores. Le he preguntado si continúa creyendo en los principios básicos del nazismo.

—No creo en el principio del Führer. Siempre me opuse a él, incluso en la época en que formé parte del Ministerio de Propaganda durante el periodo de mayor poder del régimen nacionalsocialista. Siempre pensé que la única forma de Gobierno apropiada para los seres humanos es la democracia. Lo admití abiertamente en una emisión radiofónica, pero añadí: la democracia que ahora tienen en Estados Unidos y en Inglaterra no es una democracia ideal porque la voluntad del pueblo está sometida a la presión de la propiedad, que está en manos de los capitalistas acaudalados.

»Por otro lado, la democracia fue vencida por la dictadura, que me parecía perfectamente lícita por razones prácticas y durante un periodo limitado de tiempo. Tenía la impresión de que en Alemania se produciría una ligera desviación de las directrices democráticas durante algún tiempo. Estaba convencido de ello, porque, bajo un Gobierno parlamentario democrático, el pueblo alemán había tenido una triste experiencia. Sin embargo, lo que quiero afirmar precisamente hoy, después del asesinato de cinco millones de personas bajo un Estado dictatorial, es que, a mi juicio, el principio del Führer ya no es posible. Y es que bajo otras formas de Gobierno, aunque no se correspondan con las de la democracia ideal, algo así no podría ocurrir bajo ningún concepto. Ya no puedo aceptar lo que pensaba durante el tiempo que trabajé para los nazis. Hay otras pruebas de los males del principio del líder, como el mal ejemplo dado por los líderes locales del Partido, etcétera.

»Debo afirmar, sin embargo, que incluso hoy me doy cuenta del enorme idealismo que surgió entre el pueblo a raíz del nacionalsocialismo. Para decirlo sin ambages, después de un año de intensa reflexión por mi parte, creo que todos los años de gobierno nacionalsocialista se caracterizaron por una división en dos grupos: por una parte estaban los muchos millones de idealistas que declaraban que todos debían postergar sus derechos individuales, bienestar, opiniones y deseos para, de una vez, conseguir un Estado saludable. Por otra, un grupo más pequeño, a la cabeza del cual se encontraba el Führer, del cual sólo puedo decir que no cumplió con las promesas hechas a millones de alemanes y que abusó de su poder quebrando la fe que se había puesto en ellos.

»Y fueran cuales fuesen los males que los millones de idealistas veían en ese pequeño grupo, los excusaban afirmando que se trataba de una moda revolucionaria que pronto cesaría, cuando, en realidad, no se trataba de una moda pasajera, sino de un principio fundamental. Ésa, según mi diagnóstico, es la tragedia de la nación y del pueblo alemanes.

»Tengo la impresión de que la acusación no trata de exponer este punto y de que tampoco lo hace ninguno de los acusados. Creo que la acusación actúa con torpeza cuando procura describir un cuadro en blanco y negro en el que, por supuesto, los acusados aparecen pintados en este último color. Opino que es necesario averiguar dónde reside la culpa de una vez por todas, aunque eso suceda después de este proceso y cuando yo haya muerto.

»Tal vez el aliado más culpable en orden e importancia sea la Rusia bolchevique. Fueron los comunistas quienes, en 1919, introdujeron métodos propios de gángsteres en la política alemana. Cuando, en 1923 y 1924, surgieron los nazis, el pueblo alemán los habría rechazado por sus métodos si no hubieran esgrimido la siguiente excusa: «No podíamos actuar de modo distinto a los comunistas.

»En segundo lugar, entre 1919 y 1932, ningún Gobierno democrático aliado satisfizo ninguno de los deseos pacíficos y decentes del pueblo alemán. Luego, cuando Hitler llegó al poder le dieron a él y a Alemania todo cuanto pidieron. Sin duda, parte de la culpa aliada reside en el hecho de satisfacer hasta el más pequeño deseo de Hitler y de su Gobierno. Pero, en fin, no tiene sentido entrar en polémica aquí y ahora.

»El caso es que la acusación no se percata del grave error que supuso rechazar los deseos del Gobierno democrático alemán entre 1919 y 1933, año de la llegada de Hitler al poder. Cuando Gustav Stresemann o Heinrich Brüning pedían ayuda a los Aliados, no conseguían nada. Pero cuando Hitler, con sus métodos propios de gángsteres, exigía algo, Inglaterra y Francia se lo entregaban en bandeja de plata y le preguntaban si deseaba algo más[7].

»El tercer asunto que quiero sacar a colación cuando comience mi defensa alude al hecho de que la acusación prescinde de un elemento muy importante: que al principio, nosotros, los alemanes, llevamos a cabo en Francia una ocupación pacífica. La ocupación sólo se endureció después de que se organizaran movimientos de resistencia y muchos alemanes fueran asesinados o sufrieran sabotajes a manos de partisanos a los que alentaba la propaganda de la radio aliada.

Le he preguntado si lo que estaba diciendo era un hecho histórico o una opinión fruto de la observación personal.

—Yo mismo fui testigo de ello. Participé en la ofensiva contra Francia. Estuve en ese país varios días y pude comprobar que apenas fue destruido. Casi podría jurar que nuestras tropas no se apropiaron de más de diez relojes de pulsera en toda Francia. Yo mismo vi cómo algunas unidades especiales alemanas se ocupaban de masas enormes de refugiados franceses. La Compañía Bávara de Camiones, por ejemplo, aportó cuarenta

o cuarenta y cinco camiones equipados con cocinas y víveres. Y podría darle muchos otros ejemplos.

»Atravesé Rusia en noviembre de 1942 para dirigirme al frente. Pasé por muchas aldeas próximas a Kiev y Járkov, iba solo, vestido con uniforme militar alemán y sin escolta, y, no obstante, dormí tranquilamente en muchas granjas, y los lugareños me dieron de comer. Observé que la gente estaba casi feliz. Sin embargo, nueve meses después, esas mismas tierras estaban llenas de partisanos, y fue así como comenzaron la quema de pueblos, los fusilamientos, la toma de rehenes y el terror generalizado.

He pedido a Fritzsche que me explique a qué se debió que un país pacífico se transformase hasta ofrecer tanta resistencia. Me ha contestado con gran seguridad.

—Se debió a la propaganda hecha desde Moscú[8]. En mi opinión, los partisanos y los movimientos de resistencia no surgieron en el campo, sino en el exterior. A partir de los primeros fusilamientos, que provocaron los partisanos, se comenzó a apretar las tuercas de manera automática y continuaron apretándose sin ayuda externa. Comprendo que no se hable de estas cosas en el juicio, pero espero que, por lo menos después, se sea lo suficientemente objetivo como para iniciar una investigación. Lo espero por el bien de mi propio pueblo, pero Dios sabe que lo espero también por el bien de la humanidad.

»Porque quiero ponerle fin a esta tragedia. Si dejamos que la culpa de estos seis trágicos años de guerra quede depositada en el lugar equivocado, el germen de la repetición quedará vivo y es posible que la humanidad sufra una nueva tragedia.

Le he preguntado qué saldrá, a su juicio, de la investigación.

—Que ambos bandos incurrieron en propaganda falsa. Por ejemplo, desde mi punto de vista es trágico que no creyera varias manifestaciones de

los Aliados en el sentido de que en Alemania se cometían muchas crueldades. Y la única razón de que no las creyera es que, en las mismas emisoras, ya había oído muchas mentiras y propaganda falaz.

»Después de la conversación que mantuvimos hace unos días, he escrito un pensamiento. —Fritzsche esboza una sonrisa tan lánguida como siempre y coge una hoja en la que, en alemán, ha escrito una de sus sentencias casi filosóficas. Dice así: «El principio del mal ha causado tanto daño al mundo que no se puede encontrar para él ninguna excusa. Pero la mayor catástrofe de la humanidad fue la creación del odio y la creencia de que un hombre tiene toda la razón y su adversario se equivoca».

Le he preguntado a Fritzsche si quería comentar su aforismo. Me ha contestado que lo que quería decir era que el fanatismo, fuera cual fuese su objetivo, siempre era un error.

A continuación, hemos hablado de los otros acusados, un tema que siempre ha intrigado a Fritzsche porque, en cierto modo, podría interpretarse que, de alguna forma, siente que le han hecho un honor al incluirle entre ministros del gabinete y otras figuras importantes que, durante la guerra, para él no fueron otra cosa que meros nombres.

—En primer lugar está el grupo de Hitler, entre quienes se encuentran los más culpables de los acusados y sobre los que muy poco o casi nada bueno puede decirse. En ese grupo incluyo a Göring, Ribbentrop, Kaltenbrunner, Keitel, Rosenberg, Frank y Streicher. Luego está el grupo de esos a quienes podríamos llamar idealistas. Y, además, hay otro grupo al que podría etiquetarse como «indiferentes». Por desgracia, demasiados de nosotros fuimos indiferentes. No hay muchos que pertenezcan al grupo de los idealistas y no quiero nombrarlos, porque creo que sería forzar un poco las cosas llamar «idealista» a cualquiera de los inculpados. Tengo la sensación de que, tal vez, de todos los acusados yo fuera el único idealista, aunque

estuve ciego y caí en la indiferencia. A este respecto, no soy como Speer, Schirach o Funk. A Schacht le considero un oportunista.

»Ésa es la tragedia en el caso de Von Schirach. La vieja cuestión de la sensación de vértigo que sufre un hombre cuando se encuentra en la cima del poder. Yo siempre he mantenido un ojo vigilante sobre estas cuestiones, y es que, por naturaleza, soy completamente ajeno a la atracción del poder. Siempre he considerado una carga decidir los destinos de otras personas, incluso en cuestiones menores como la de contratar o despedir a mis empleados. Por ello, dejaba ese tipo de decisiones en manos de mis subordinados.

»Por otra parte, mi afición favorita era muy distinta. Lo que más agradable me resultaba era «captar almas», en otras palabras, no podía pensar en nada mejor que en convencer a la gente, en vencerlos con la dialéctica. Nunca me gustó hablar ante audiencias numerosas, llenas de personas simples y sin formación, pero me encantaba pronunciar conferencias ante grupos de periodistas profesionales. No había nada que me complaciera más que convencer a un grupo así y conseguir que, tras escucharme, dijeran: «En efecto, tiene razón». Supongo que tengo algo de flautista de Hamelin. Mis amigos suelen llamarme «el captador de almas de Hamelin».

He preguntado a Fritzsche sobre los locutores de radio que trabajaron para los nazis y qué opinión le merecen. Por ejemplo, ¿conocía al general Kurt Dittmar[9]?

—El general Dittmar era un hombre maravilloso, un experto en asuntos militares de quien no podía esperarse otra cosa que la verdad. Sé de cierto que Ribbentrop, Göring y Göbbels quisieron librarse de él. Pero vino a mi departamento y yo le protegí. Era teniente general, un soldado destinado en el Estado Mayor que, además, recibía un sueldo por sus programas

radiofónicos. En la actualidad, el general Dittmar está prisionero de los británicos. En un interrogatorio, tuvo la bondad de decir que yo siempre le había defendido. Sin embargo, no voy a mencionar ese detalle en mi defensa, me limitaré a responder a los cargos de que se me acusa. Tengo muchas cartas de los judíos a los que salvé, aunque el fiscal diría que la cuestión no es cuántos judíos se salvaron, sino cuántos perecieron. Y tendría razón.

»Ayer hice una cosa, envié un cable a un locutor de la radio británica. Aquí en prisión había recibido un cable enviado por él. Le he pedido que hiciera una declaración sobre las novecientas emisiones radiofónicas que yo hice durante la guerra. Sé que cierto locutor inglés escuchó todas mis emisiones; fue una suerte de adversario radiofónico personal. Me gustaría que hiciera una declaración sobre la línea que yo adopté en mis emisiones, una declaración que yo podría aprovechar ante el Tribunal. No conozco a ese locutor en persona, pero si él me escuchaba desde Londres, yo le escuchaba a él desde Berlín.

»Para el resto, tengo que esperar y ver cuáles de mis novecientos programas esgrimirá la acusación para criticarme. Al principio, emitía una retransmisión diaria, luego, tres a la semana, y más tarde, sólo una. El primer año recibí cincuenta mil cartas de los oyentes; el noventa por ciento de ellas eran favorables, el diez por ciento restante, me criticaban. Recibí buen número de cartas y telegramas de Estados Unidos, todas ellas elogiosas y algunas muy divertidas. Una tal señora Halifax, por ejemplo, me escribió que estaba prohibido escucharme, pero que, pese a todo, lo hacía porque le gustaba mi voz. Opinaba que, en Alemania, las cosas irían mal. Me dijo también que tenía un yate y me pidió que dejase mi trabajo y me fuese con ella de viaje por el océano Pacífico. Le respondí diciendo que

me encantaría considerar la posibilidad de realizar ese viaje después de la guerra. Recuerdo muchas anécdotas tan divertidas como ésa.

20 de mayo de 1946

—A veces me dan ganas de gritar. No es sólo que mi vida se haya arruinado o se haya frustrado, además me siento culpable ante mi familia y el pueblo alemán.

Parece muy abatido al decir esto, pero observo también un evidente tono patético y sentimental. Además, parece elegir muy bien sus palabras, que pronuncia con limpieza, con la cantidad justa de dramatismo y expresividad.

Fritzsche me ha dicho que quería seguir hablando de quién tiene la culpa de la guerra y del asesinato de cinco millones de judíos. Ha mencionado que muchos periodistas judíos no alemanes efectuaron graves ataques contra los nazis, lo cual, en cierto modo, motivó nuevos brotes de antisemitismo en los círculos oficiales nazis. Tal como ha demostrado la historia, señala Fritzsche, esos periodistas no se equivocaban, pero al principio publicaron propaganda falsa contra el nazismo, y ésta fue una de las causas de la guerra y de un recrudecimiento de las actitudes antisemitas.

—Aunque es evidente que no fueron sólo los judíos quienes causaron la guerra —afirma Fritzsche—. Yo no soy un antisemita como Streicher, pero me opuse a la influencia judía sobre la prensa y el teatro. Estuve a favor de que los judíos contasen con un porcentaje de influencia proporcional a su población. Hoy mantengo la teoría contraria, puesto que las diferencias raciales han provocado cinco millones de asesinatos. Por eso, toda política racial constituye el cimiento intelectual para nuevos asesinatos.

Yo le he dicho que comparto el punto de vista que mantiene en la actualidad y que oprimir a las minorías me parece muy peligroso para las libertades del hombre y para la propia vida. Fritzsche se ha hecho eco de mis palabras y ha dicho:

—Teóricamente, ésa era la base de mi vida. Por lo tanto, he llegado a una conclusión definitiva: hay que combatir al nacionalismo. No quiero decir que el internacionalismo sea la respuesta, pero un exceso de nacionalismo equivale a fanatismo.

»Espero que llegue usted a algún tipo de convicción acerca de si soy o no soy culpable. Imagine usted a un ser humano que ha sufrido más de lo que un ser humano debería sufrir y que ha descubierto cosas que otros deberían saber.

»Y no digo esto por mejorar mis posibilidades en este juicio. Sé que de este juicio sólo deben salir mis ideas. Tengo la sensación de que debo alzar mi voz ante el abuso de idealismo del pueblo alemán.

Por alguna razón, Fritzsche ha vuelto a su tema favorito: la traición. Estos días se está juzgando el caso de Erich Raeder, es posible que sea esto lo que le estimula para sacar el tema otra vez.

—Cuando emití la noticia del hundimiento del *Athenia*, Raeder me había dado su palabra de que no era obra de nuestros *U-Booten*, sino de los británicos[10]. Es culpa de Raeder. Él sabía y Hitler sabía que había sido un submarino alemán. Más tarde hablé con Göring, y me dijo lo mismo. A eso me refiero cuando hablo del abuso de idealismo del pueblo alemán. Fue una traición.

24 de mayo de 1946

Ha esbozado su habitual sonrisa de mártir y me ha dicho que se sentía «decaído», pero menos deprimido que antes a causa de la reciente declaración de Schirach, de la que ha dicho que es «lo mejor que hasta ahora ha sucedido en el juicio».

—Lo principal de mi depresión es que tengo una sensación de pesar, y cuando uno tiene esa sensación es porque se siente culpable. En lo que concierne a los cargos, se me acusa de asesinato e inhumanidad, pero, en esto, yo no me siento culpable. No me siento culpable porque fui traicionado. Pero estoy abatido porque esa sensación de traición no tiene solución. En otras palabras, nadie parece comprender que mi principal tragedia es que Göbbels y otros me emplearon como instrumento de sus fines malvados, y que, aunque yo no hice nada malo, mis acciones condujeron indirectamente a los crímenes de que se me acusa.

»Me siento culpable porque creí en Hitler y en Göbbels y confié en ellos y en otras personas que no merecían esa confianza. Por esta razón, casi podría matarme de desesperación por lo que hice. Aunque, por favor, no tome mis palabras al pie de la letra porque yo nunca me suicidaría, es sólo una expresión que los alemanes utilizamos con frecuencia. En realidad, no es una sensación de culpa, sino de traición. Es ira, una ira tan grande como usted no se imagina. He dicho muchas veces que en la historia del mundo ningún hombre ha sido depositario de tanta fe y confianza como Hitler. De igual modo, nadie ha traicionado a tanta gente ni abusado de su buena fe como hizo él.

Fritzsche estaba de humor para hablar de los demás acusados, quizá porque quería establecer una comparación entre él y ellos, cosa que, sin embargo, no ha querido hacer directamente.

—Con la excepción de Funk, ha sido aquí en Núremberg donde he conocido a todos mis camaradas en persona. Por supuesto, vi a los demás en

acontecimientos públicos, pero nunca en una reunión oficial o personal.

»Sólo puedo decir que soy brutalmente franco y que esto es algo que siempre me ha creado enemigos, incluso hoy, entre las personas que nos sentamos en el banquillo.

»Streicher, por ejemplo. Suelen asociarnos porque él también trabajaba como periodista y propagandista, pero siempre le he considerado un estúpido y un pervertido. Por eso denuncié a *Der Stürmer* en público. No por la radio, es verdad, pero sí ante clases de doscientos o doscientos cincuenta periodistas, en los cursos de propaganda política que ofrecí en la universidad. Lo declaro con toda franqueza.

»En mi defensa quiero mencionar la historia de mi relación con Streicher con una sola frase. Intenté prohibir *Der Stürmer* en dos ocasiones, por pornografía. En cuanto a *Los protocolos de los Sabios de Sión*, me parecía una invención estúpida[11]. Éstos son los dos únicos asuntos que esgrimiré en mi defensa a ese respecto.

»Creo que Streicher fue un hombre muy cruel, porque varios periodistas me dijeron que los había azotado. Habían sido internados en campos de concentración y yo pude sacarlos, aunque sólo gracias a la ayuda de Hess. Asimismo, creo que había más que algo de verdad en los cargos de desfalco de los que en la época se habló. Hoy, mi opinión sobre él ha mejorado un tanto y le considero, sobre todo, un estúpido. El crimen no es suyo, sino del hombre que le dio poder: el Führer.

»Creo que Streicher es corto, pero que tiene una fuerza natural que impulsa su fanatismo. Es el tipo de necio que con frecuencia puede ser utilizado con propósitos fanáticos.

He preguntado a Fritzsche cómo explica que *Der Stürmer* tuviera tanta difusión.

—En realidad es la obra del Partido —ha respondido—. Los dirigentes del Partido nunca reconocieron *Der Stürmer* de manera oficial. La publicación nunca estuvo en manos de ninguna editorial del Partido. Fue un fenómeno muy extraño. En mi opinión, se debió a una planificación muy inteligente y acertada por parte del Partido. Imagínese un partido que en 1933 no tenía más que unos cien mil afiliados y, de repente, en el espacio de unos pocos meses, tenía millones. Sólo admitió a cinco millones de afiliados, pero, si hubiera querido, habría contado con treinta millones. Y todas esas personas querían convertirse en buenos nacionalsocialistas. El Partido dijo: «Nadie puede convertirse en nacionalsocialista sin más, hay que luchar para conseguirlo». De modo que los nuevos buscaron algo que demostrara que eran buenos nacionalsocialistas. Se unieron a muchas organizaciones, como, por ejemplo, la SA, la Organización de Mujeres y también a la Liga de Defensa Aérea. De forma que, tanto si les gustaba como si no, la gente leía y compraba *Der Stürmer* porque así demostraban que eran buenos nacionalsocialistas.

—El auge de *Der Stürmer* comenzó en ese momento, cuando tantos ciudadanos querían demostrar su bondad como nacionalsocialistas. Frente a todos los edificios públicos y de oficinas y a los hoteles se puso un quiosco que vendía esa revista. Así era como el portero del hotel, por ejemplo, demostraba ser un buen nacionalsocialista. Ésa es, a mi juicio, la base del repentino éxito de *Der Stürmer*. Pasó de diez mil ejemplares a tener una tirada de un millón. Creo que, en realidad, sus contenidos se tomaban más en serio fuera que dentro de Alemania.

»He de admitir, sin embargo, que *Der Stürmer* ejerció una enorme influencia en la opinión pública. Simplemente, trato de precisar que esa influencia no fue tan grande como se estimó en el extranjero. Puedo decirlo con conocimiento de causa porque yo era un periodista importante. Los

periodistas alemanes ni siquiera le dábamos la mano a Karl Holz, el director de *Der Stürmer*. Lo despreciábamos. No llegué a conocerlo en persona, porque nunca se atrevió a acudir a una conferencia de prensa.

He preguntado a Fritzsche cuál era la actitud de Göbbels hacia *Der Stürmer*.

—Pues resulta extraño, pero Göbbels colaboró en mi segundo intento de ilegalizar la publicación. Creo que lo hizo porque le convenció un comentario que hice por casualidad: «*Der Stürmer* nos hará mucho daño en el extranjero, al enemigo le basta con fotografiarlo y reproducirlo». Se mostró de acuerdo conmigo, y la prohibición de la revista se convirtió en una propuesta suya y mía. No pretendo excusar ni defender a Göbbels porque era un fanático sin piedad ni conciencia. Sólo quiero señalar este detalle, que me parece interesante.

He dicho a Fritzsche que en una reciente conversación con Göring, éste ha mantenido que Göbbels era más antisemita que el propio Himmler.

—Sí, yo también lo creo. Göbbels debía de odiar profundamente a los judíos, aunque no más que Himmler. No me cabe la menor duda de que Göbbels conocía el asesinato de cinco millones de judíos, un hecho que, en aquella época, me ocultó a mí y a otros.

Le he comentado que el hecho de que Göbbels quisiera ilegalizar *Der Stürmer* no era idealismo sino otra cosa.

—Eso es cierto. Ni siquiera en aquella época pensé que quisiera hacerlo por idealismo. Por ese motivo sólo escogí aquellos argumentos que podría tragarse. También discutí con él otros asuntos. Siempre pensaba qué argumento podría ser más eficaz con Göbbels y luego lo utilizaba.

Acto seguido, hemos hablado de Rosenberg.

—Al principio, yo creía que Alfred Rosenberg era un simple teórico que acabaría por fracasar en cualquier tarea práctica, incluso en la más sencilla.

En cuanto a su obra, lo cierto es que sólo llegué a leer el primer capítulo de *El mito del siglo XX*.

He señalado que Rosenberg se había quedado muy turbado al oír a Schirach afirmar que también él se había limitado a leer el primer capítulo de ese libro.

—Es una pena. Siempre tuve la impresión de que Rosenberg encarnaba el misticismo alemán. En mi opinión, pertenece a la época romántica y sólo tiene un leve tufillo de modernidad. Su obra no es un todo unificado ni organizado. Y ahora quiero decir algo terrible, aunque no para el proceso. De entre todos los que nos sentamos en el banquillo, no hay acusado que cargue con mayor culpa que ese simple teórico, aunque lo haga, hasta cierto punto, con cierta inocencia. En mi opinión, ejerció una enorme influencia sobre Hitler en el periodo en que Hitler todavía dedicaba algún tiempo al pensamiento teórico, algo que, más tarde, dejó de hacer. Estoy hablando del periodo comprendido entre 1923 y 1928. Durante esos años, Rosenberg influyó en Hitler. Permita que me explique. Hitler era un hombre que vivía en el presente, era una persona tremendamente activa. La importancia de Rosenberg radica en que, en manos de Hitler, sus ideas, que él manejaba en un ámbito puramente teórico, se hicieron realidad, cobraron forma.

»Si Rosenberg fuera sincero y mirase las cosas tal como son, se vería como quien realmente es, como una gallina que ha empollado a un pato; aunque la comparación es muy suave. El mismo destino se repitió una segunda vez. No tengo la menor duda de que, en el caso de Rusia, Rosenberg despertó en la imaginación de Hitler la idea de que podía emplear como colonias los vastos espacios del Este. Creo que le pusieron a cargo de las actividades en el Este después de que la guerra hubiera comenzado y sin siquiera consultarle.

»Pero en realidad, después de los primeros meses de la guerra contra Rusia, Rosenberg continuó aplicando la política colonial en el Este. Al cabo de tres o cuatro meses se percató de que esa política era un error, pero el tren se había puesto ya en marcha y avanzaba en la dirección equivocada. Rosenberg fue ministro para los territorios orientales ocupados y no tuvo el valor suficiente para rechazar el cargo. En muchos aspectos, y excepción hecha de mí mismo, Rosenberg es la figura más trágica de este juicio.

Es posible que no haya podido evitar un gesto escéptico, aunque no he dicho nada.

—Usted, que es estadounidense —ha dicho Fritzsche—, no puede comprenderlo. El asunto consiste en que un hombre básicamente pacífico no deja de participar, por compromiso, en esto y lo otro y, siempre, en la creencia de que está optando por aquello con lo que se ha comprometido, aunque esa opción, quizá, no sea más que elegir el menos perjudicial de dos males. Ésa es la tragedia. Eso es lo que quiero decir. No intento defender a Rosenberg, porque su vida poco importa en el devenir general. Tampoco mi vida importa, pero es eso lo que pienso de Rosenberg.

He comentado que me daba la impresión de que Hitler tenía cierta opinión de las personas o, al menos, de que sabía cómo utilizarlas.

—Sí —ha dicho Fritzsche—, pero no desconocía por completo al ser humano. O eso, o era un criminal mayor de lo que pienso, y eso que, desde mi punto de vista, es uno de los mayores criminales de la historia.

Le he preguntado si, por lo que él sabe, *El mito del siglo XX*, de Rosenberg, ha tenido muchos lectores, porque, a pesar de sus enormes tiradas, ninguna de las personas con las que he hablado ha pasado del primer capítulo.

—En cuanto a mí, sólo puedo decir que he leído algunas partes de *El mito del siglo XX* y he asistido a alguno de los discursos de Rosenberg, que,

a propósito, eran muy monótonos y aburridos. Combatí con energía sus ideas, en especial en lo que concernía a la cuestión eclesiástica. Busqué un argumento que, en aquella época, fuera eficaz, al menos en el entorno en que yo me movía, y, finalmente, hallé el siguiente: no se destruye una religión hasta encontrar otra que la sustituya. Porque sin religión el pueblo no puede existir.

»Rosenberg es un hombre completamente irreligioso. Ése es el mayor de sus defectos. Y es obtuso y pedante. Uno tiene la impresión de que jamás ha extraído ningún conocimiento de aquello que le rodea, lo que sin duda le habría llevado a formarse nuevas ideas filosóficas, sino que saca sus ideas de los libros y de su propia mente, que no está sometida a la influencia de la realidad.

»Rosenberg tenía menos influencia sobre los nacionalsocialistas veteranos de lo que pueda pensarse, pero entre la juventud sus ideas sí que fueron importantes, porque se enseñaban en todos los colegios. Lo trágico es que las fantásticas teorías de Rosenberg llegaron a ponerse en práctica. El Instituto Rosenberg intentó pronunciar discursos antes de mis conferencias de prensa. Criticaron artículos aparecidos en la prensa. A este respecto, yo siempre tuve que combatir a Rosenberg.

He pedido a Fritzsche que me cuente algo más del Instituto Rosenberg.

—Estaba a cargo de la política de educación del Partido. Rosenberg tenía un instituto en Berlín, en el barrio periférico de Dahlem. También estaba el Instituto Rosenberg del Este y otras instituciones[12]. Siempre se mezcló en esas cosas. Se basaba en Stewart Chamberlain. Chamberlain y Rosenberg adoptaban la misma línea y el mismo sistema, la diferencia estriba en que las teorías de Chamberlain jamás se pusieron en práctica. Además, comparado con Rosenberg, Chamberlain resulta blando. En realidad, no hay

filosofía alemana después de Hegel. Hegel era un pensador intelectual puro, es el padre intelectual de Karl Marx por un lado y de Fichte por otro.

WALTHER FUNK

1890-1960

Walther Funk ocupó el cargo de ministro de Economía entre 1937 y 1945. En Núremberg, fue declarado culpable de crímenes contra la paz, crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad. El 1 de octubre de 1946 fue sentenciado a cadena perpetua. Abandonó la prisión de Spandau en 1957 por motivos de salud.

31 de marzo de 1946

Walther Funk es un hombre de poca estatura, regordete, dado a las frases y a las poses sentimentales, preocupado sobre todo por su comodidad inmediata y absorto en sus lamentos genitourinarios. Ya le había visitado a menudo y siempre ha sido muy amable. Está deseoso de que le visiten, y se muestra cortés y cooperante. Cuando le pregunto por su actividad política se le llenan los ojos de lágrimas o se pone a la defensiva o ambas cosas y reitera *su* tema de diversas formas: «Yo no era más que una persona sin relevancia y no tenía ni idea de lo que estaba sucediendo».

Primero hemos hablado de sus problemas genitourinarios. Según me dijo hace unos días, tiene una estenosis uretral desde hace veinticinco años y una ligera hipertrofia de la próstata que, ocasionalmente, requiere cateterización. Más tarde rectificó y me comentó que sus problemas urinarios comenzaron a los veintitrés años, tras una secreción uretral, de modo que lleva treinta y tres años con los mismos síntomas y tratamientos genitourinarios.

Nació el 18 de agosto de 1890 en Königsberg, Prusia oriental. Me ha dicho que, puesto que su defensa está a punto de comenzar, quiere contarme los hechos fundamentales de su vida, porque es posible que el Tribunal no le permita hacerlo. Yo le he contestado que supongo que sí que podrá hacerlo, pero que, no obstante, puede contarme lo que le plazca. Ha añadido que soy «muy pulcro», porque, como ha observado, tomo notas de todas nuestras conversaciones. Le he asegurado que esas notas son para mis archivos personales y que la acusación no puede verlas. Me ha mirado con alguna suspicacia, pero me ha dicho, con cordialidad, que, puesto que soy médico y psiquiatra, lo comprendía.

Me ha narrado su vida sin entrar en detalles. Su relato da la impresión de ser algo estudiado. Me ha recordado que escribió un breve esbozo

biográfico poco después de llegar a Núremberg. Ha tocado su biografía muy por encima.

—Provengo de una respetable familia burguesa de Königsberg. La mayoría de mis antepasados eran hombres de negocios y algunos de mis parientes tenían talento para el arte.

En lo concerniente a su educación, me ha dicho que estudió en la Universidad de Berlín, donde recibió clases de derecho, ciencia política, arte y música. En la I Guerra Mundial sirvió en infantería durante algún tiempo. En 1916, tras iniciarse sus problemas genitourinarios, fue desmovilizado. Poco después decidió hacerse periodista, aunque flirteó con la idea de dedicarse a la música. Entre 1916 y 1922 trabajó como reportero, columnista y redactor en varios periódicos. En 1922 fue nombrado director del *Berliner Börsenzeitung*, cargo que desempeñó durante los diez años siguientes. Se trataba de un periódico eminentemente comercial, pero también publicaba artículos de información general.

En 1931 abandonó la dirección del periódico porque tenía «la certeza de que los nacionalsocialistas asumirían el poder» y se sintió atraído por el movimiento. Alemania sufría una crisis, el desempleo era muy elevado, había lucha de clases.

—El sistema democrático parlamentario era un fracaso. Yo siempre me había manifestado en público en contra del Tratado de Versalles, al que consideraba responsable de la crisis. Yo, al igual que Gregor Strasser, amigo mío y gran seguidor de Hitler, siempre estuve a favor de la empresa privada[1]. La empresa privada es importante porque sin ella se impone el comunismo. Sin ella no se podrían reconocer las desigualdades fundamentales de talento y capacidad que diferencian a los seres humanos. Me interesaba muchísimo, sin embargo, evitar la lucha de clases, y el nacionalsocialismo parecía el mejor camino hacia un Estado nacionalista y

socialista. ¿Le interesa oír cuál era la situación económica en Alemania antes de que los nacionalsocialistas llegasen al poder? —ha preguntado Funk con una débil sonrisa. Yo le he recordado que puede contarme lo que le plazca—. En fin, para mí es como una especie de recordatorio de lo que debo decir ante el Tribunal. Alemania se encontraba sumida en un desastre financiero a causa de las indemnizaciones de guerra. Enviábamos nuestro dinero al extranjero para pagarlas sin recibir nada a cambio. Hubo una gran inflación. Debíamos a los estados extranjeros más de lo que podíamos pagar. La clase media fue la que más padeció, y la clase media es la base de la cultura alemana. Una de cada tres familias se vio castigada por el paro. El Gobierno era débil e ineficaz. Yo estaba de acuerdo con Strasser: hacía falta un Gobierno autoritario fuerte y que el pueblo sintiera que estaba unido políticamente.

»Por aquella época, los nacionalsocialistas lograron mayoría en el Reichstag[2]. La popularidad del Partido era enorme y el magnetismo personal de Hitler atraía a millones de personas. Yo también sentí esa atracción. Opinaba, además, que su programa económico necesitaba apoyos prácticos y fundé un servicio de información con el propósito de recabar datos económicos y políticos útiles para los círculos dirigentes del Partido.

»En aquel tiempo yo creía en el principio del Führer, que para mí significaba que el mejor debe ser el líder. Si el líder es bueno y responsable, entonces el Gobierno es bueno. Conocí a Hitler en 1931 gracias a mi amigo Strasser. Pensé que podría ejercer alguna influencia en el programa económico de Alemania por el bien del país.

»Cuando conocí a Hitler me conquistó su personalidad singular. Hablaba de un modo brillante y sabía diagnosticar los problemas. Coincidía con mis ideas sobre los derechos del individuo, sobre la sutil diferencia entre la capacidad de las personas, pero nunca mantuve una relación de cercanía

con él. En 1933 y 1934, época en que yo era jefe del servicio de noticias del Gobierno, me reuní con él regularmente. Muchas veces, interrumpía nuestras conversaciones y me hacía tocar el piano para él. Tenía oído para la música, o, al menos, eso parecía.

»Sin embargo, después de ser nombrado ministro de Economía, no vi a Hitler más que unas pocas veces. Rara vez me consultaba. En realidad, mi cargo carecía de relevancia porque la dirección del programa económico estaba en manos de Göring. Después, a partir de 1942, era Speer, como jefe de la producción armamentística, quien más o menos dirigía la economía.

»He de abordar los problemas del principio de liderazgo, del espacio vital y otras cuestiones parecidas ante el Tribunal. Yo estaba a favor del principio del liderazgo porque el líder habría de ser la voz del pueblo. El espacio vital no significaba la conquista de territorios extranjeros, sino colonias, acuerdos comerciales y otros mecanismos, nunca la guerra. Me interesaba la economía alemana a escala mundial. Para mí, el concepto de espacio vital suponía que Alemania podía participar en la economía mundial. Estábamos maniatados por las indemnizaciones y las barreras comerciales que nos imponían otras naciones.

»Debo contestar al fiscal cuando me acusa de colaborar en la elaboración del programa del Partido. Es una tontería. En 1921, cuando Hitler ya desarrollaba el nacionalsocialismo, yo ni siquiera había oído hablar de él. No hablé con Strasser hasta 1932, y sólo entonces le conté algunas de mis ideas económicas, que él, en efecto, utilizó en sus discursos. Yo estaba a favor del descenso de los tipos de interés y de la estabilización monetaria, de pedir nuevos créditos para el Reichsbank. También hice hincapié en la necesidad de aumentar el comercio exterior. Entre otras cosas, también subrayé la importancia de apoyar las inversiones, la agricultura, la industria.

Ah, muchas cosas que sin duda a usted, como estadounidense, le agradarían.

»Al principio respetaron mis ideas, pero más tarde me tacharon de demasiado liberal o demócrata. Yo estaba en contra de una excesiva socialización de la industria porque eso sólo sirve para sofocar la iniciativa y el esfuerzo individuales. Conseguí algunos de mis objetivos. Logré situar a la empresa privada por encima de la empresa estatal.

»Quiero decirle al Tribunal que yo me oponía al rearme. Que entre mis ideas para solucionar el desempleo no estaba la del rearme. Yo quería impulsar la construcción de nuevas viviendas y carreteras y el desarrollo de nuevas industrias, como la automovilística. También quería situar a la agricultura en un nivel tecnológico más avanzado.

»Yo no soy un político, ni tan siquiera desempeñé cargo alguno en el Partido. En 1932 y 1933, dirigí la Oficina de Asuntos Privados durante un par de meses, eso es todo. Nunca formé parte del grupo de dirigentes del Partido, nunca asistí a las ceremonias del Partido, como los festejos que se celebraban en Múnich en el mes de noviembre. Tampoco me gustaban las grandes concentraciones. Pese a lo que ciertos panfletos propagandísticos declaran, nunca formé parte del círculo de confianza de Hitler. Y también es falso lo que Messersmith ha dicho de mí en su declaración ante el tribunal[3]. Fui miembro del Reichstag durante un periodo muy breve, hasta que fue disuelto, pero que me describan como el asesor económico, como el gran hombre de la economía nazi, es ridículo. Es posible que Schacht sea un genio de las finanzas, no lo sé. Gottfried Feder era el principal pensador económico del Partido. Y luego apareció Wilhelm Keppler. Esos hombres eran más importantes que yo.

»Tengo que contarles, eso supongo, es lo que me ha dicho mi abogado, de qué modo llegué a ser Jefe de Prensa. En enero de 1933, Hitler me pidió

que aceptara el cargo a causa de mi experiencia periodística. Además, yo mantenía una relación cordial con Von Hindenburg. De manera que me convertí en secretario del Ministerio de Propaganda de Göbbels. Pero la tarea no me gustó. Luego fue Jefe de Prensa Otto Dietrich[4]. Yo no tuve ningún poder, me limitaba a trasladar a la prensa las órdenes de Hitler.

»Asistía a las reuniones del gabinete, pero no podía intervenir, no era miembro del mismo.

»¿Le estoy aburriendo? Sé que todo esto resulta muy aburrido. A mí también me lo parece. Pero es de eso de lo que se me acusa en este juicio.

Funk, que estaba sentado al borde del catre igual que un Humpty-Dumpty, se ha levantado y ha tirado su cigarrillo al inodoro de la celda. Después ha vuelto a sentarse, como si esperase a que yo dijera algo. Yo, por mi parte, estaba tomando notas. Por fin me ha preguntado si podía continuar. Yo le he dicho que tenía tiempo de sobra y que podía contarme lo que quisiera.

—Sin duda querrán que les hable de los judíos. Algunos de mis amigos más íntimos eran judíos. Pertenecían al mundo de las finanzas. Fue entre 1922 y 1931, cuando yo era director del *Berliner Börsenzeitung*. Tuve muchos amigos judíos, en el trabajo y en el ámbito personal. Nunca suscribí la teoría racial. En un principio, y como muchos otros, pensé que el antisemitismo nazi era un gesto político. Es verdad, sin embargo, y en esto algunos de mis amigos judíos me darían la razón, que el porcentaje de judíos presentes en el ámbito judicial, en el teatro y en la vida económica y cultural de nuestro Reich era demasiado elevado. La influencia judía en el arte y en la música no pertenece a la cultura alemana. ¿Cómo podía ser? Era cosa de los judíos, naturalmente. Pero yo no era un radical. No imaginé que pudiera llegarse a los asesinatos en masa o a los programas de exterminio. Además, ayudé personalmente a muchos judíos que habrían sido excluidos

de la vida económica o cultural por la Ley de la Cámara de Cultura del Reich, que pretendía eliminar a los judíos de esos terrenos. Yo no tuve nada que ver con esa Ley. La elaboró el gabinete y yo no era miembro del gabinete. Ayudé a directores de periódico judíos, como al del *Frankfurter Zeitung*, y a muchos otros. Richard Strauss escribió una ópera basada en un relato escrito por un judío, Stefan Zweig, y fue criticado por ello. Strauss, además, tenía nietos que no eran arios y yo hablé en su favor.

»Permanecí en el Ministerio de Propaganda hasta 1937. En noviembre de ese año, relevé a Schacht como ministro de Economía. Para mí fue una sorpresa absoluta. Sucedió en la Ópera de Berlín. Hitler me dijo que Göring y Schacht no se llevaban bien y que, por tanto, yo debía ocupar el cargo de este último. Me dijo que fuera a ver a Göring. Aunque no fui nombrado ministro de Economía hasta febrero de 1938, porque fue Göring quien ocupó el cargo de ministro de Economía desde el cese de Schacht hasta el mes de febrero, momento en que el propio Göring decidió que debían nombrarme ministro del gabinete. En cualquier caso, yo no era un verdadero ministro, porque estaba sometido a las directrices de Göring y del Plan Cuatrienal.

»Los fiscales me acusan de responsabilidad en el rearme, pero es falso que yo tuviera alguna responsabilidad al respecto. En un principio, fue el general Georg Thomas quien dirigió el programa de rearme; en 1940 le relevó Fritz Todt, y en 1942, Albert Speer.

»En enero de 1939, Hitler me convocó. Estaba agitado. Me dijo que Schacht se había negado a ampliar los créditos del Reichsbank, una decisión estúpida, me dijo, que no podía tolerar. Añadió que él asumiría la responsabilidad de esos créditos, él solo, y me comunicó que me pondría al frente del Reichsbank. Yo le dije que me encantaría aceptar siempre y cuando la estabilidad del marco continuase. No había peligro de inflación

mientras la economía siguiera regulada. Mantuve la estabilidad del marco hasta el final. Durante una guerra, todos los países solicitan grandes créditos e incurren en deudas enormes. Si las comparamos, las deudas de Estados Unidos o de Inglaterra son superiores a la de Alemania. Pero si Schacht pudo controlar los créditos desde el Reichsbank, yo no pude: fue Hitler quien dirigió el Reichsbank.

»En lo que concierne a la guerra, yo no tuve nada que ver. Naturalmente, cuando estalló, hice cuanto pude por mantener la estabilidad y transformar una economía civil en una economía de guerra. Pero, personalmente, no esperaba ninguna guerra. Antes del conflicto, hice cuanto estuvo en mi poder por establecer buenas relaciones económicas entre los países extranjeros y Alemania. ¿No demuestra eso que yo ni deseaba ni esperaba una guerra? ¡Dios mío, pero si en junio de 1939 organicé una conferencia de banqueros de su país, suecos, ingleses, franceses y de otras naciones! Probablemente no fue hasta agosto de ese año, pocos días antes del comienzo de las hostilidades, cuando pensé en términos de guerra.

»Nunca trabajé para la guerra, sino por el entendimiento y la buena voluntad entre los pueblos. Esperaba una victoria diplomática y que recuperásemos la antigua ciudad alemana de Dánzig y las provincias alemanas en el Este, y pensaba que, al igual que en Múnich, Hitler lograría una victoria incruenta. En realidad, además, Hitler no me necesitaba; él era el verdadero dictador de la economía, yo sólo portaba un título. Para demostrar hasta qué punto Hitler tenía poca confianza en mí, en qué poca consideración me tenía, le diré que nunca me convocó a ninguna reunión, y mucho menos a las relativas a la guerra contra Rusia. Sólo a través de Hans Heinrich Lammers y Alfred Rosenberg supe que la guerra con Rusia era inevitable. Yo me oponía, porque los intercambios económicos eran muy

satisfactorios. Nosotros les entregábamos productos manufacturados a cambio de materias primas.

Le he dicho que estoy más interesado en Walther Funk el hombre que en sus teorías económicas o políticas. Ha interrumpido su ensayo general de inmediato y ha sonreído pidiendo disculpas.

—¡Ah! Qué pena. Si pudiera tocar la *Patética* o *Claro de luna* ante los jueces, me pondrían en libertad de inmediato. Pero, por desgracia, mi defensa no ha de ser musical. Me acusarán, y no sin parte de razón, de participar en un Gobierno criminal. Ya han esgrimido un cargo contra mí: que el oro proveniente de la SS, es decir, de las víctimas de los campos de concentración, era depositado en el Reichsbank. Pero yo no sé nada al respecto. Por supuesto, sabía que la SS tenía un depósito en el Reichsbank, pero desconocía de dónde provenía ese oro.

»Sin embargo, la ignorancia de la ley no es excusa. Una persona es culpable aunque viole la ley sin saberlo. Es posible que yo sea el primero de los acusados que se levante y admita que, al menos en parte, es culpable.

7 de abril de 1946

—Estaba trabajando en mi defensa —me ha dicho Funk, indicando la mesa, sobre la que hay varias hojas con notas y trascripciones. Le he dicho que podía continuar, que ya nos veríamos más adelante. Le encanta charlar conmigo y, en realidad, en estos momentos, me ha dicho, supone un respiro en medio de un trabajo desagradable. No le gusta escribir sobre su defensa —. Preferiría tocar el piano, o el violín, o el chelo. ¿Sabía usted que estudié armonía, que durante un tiempo fui concertista de piano?

Le he preguntado cómo conciliaba su amor por la música con sus actividades como ministro de Economía y presidente del Reichsbank. Me ha contestado que no ha hecho nada de lo que se sienta avergonzado.

—Por ejemplo, sé que la acusación me preguntará por Otto Ohlendorf, que era gerente de un comité de exportación cuando le conocí en diciembre de 1943. Vino a verme el jefe del comercio de exportación y Ohlendorf le acompañaba. Me pareció un buen hombre. Nadie podía hablar de las atrocidades, estaban bajo juramento y obligados a guardar secreto. De todas formas, si eran personas decentes, por no implicarme, no habrían querido contarme nada.

Le he preguntado si, por tanto, agradecía que no le hubieran hablado de las atrocidades, ya que acababa de decir que si los que sabían de su existencia eran decentes no le decían nada, porque decírselo equivalía a implicarle. Ha evitado el asunto.

—En fin, es posible que esas personas no supieran cómo podía reaccionar y pensasen que, quizá, podía acudir al Führer y acusarles. Es posible que muchos supieran de las crueldades y atrocidades, pero no se les pasaba por la imaginación ir a contárselo a los ministros.

He vuelto a preguntarle qué quería decir y ha contestado:

—¿No se da cuenta de que, como las personas que podrían informarle acaso teman a las represalias, un ministro puede ser la última persona en enterarse de un asunto como ése? A eso me refería cuando he dicho que, por no implicarme, ninguna persona decente querría informarme.

»Ahora bien, es probable que la acusación llame a declarar a Ohlendorf, que trabajó para mí y que ha admitido ante este Tribunal que mató a noventa mil judíos. Me impresionó mucho el testimonio de Ohlendorf. No sabía que hubieran ocurrido cosas como ésa. No sabía que Ohlendorf

estuviera implicado. Suponía que estaba en el frente, pero como Hitler, que también fue soldado.

He preguntado a Funk qué impresión le dio Ohlendorf, qué personalidad y carácter parecía tener cuando colaboró con él.

—Bueno, sólo estuvo un año en el Ministerio. Sin embargo, desde que sé que estuvo a cargo de ese *Einsatzgruppe* que mató a noventa mil judíos, me explico algo que hasta ahora no podía comprender. Siempre tuve la sensación de Ohlendorf sufría una depresión espiritual. En varias ocasiones, cuando Ohlendorf venía a casa a cenar, le mencioné a mi esposa que me parecía un hombre incapaz de ser feliz. Tiene que haber estado muy deprimido a raíz de esa experiencia. No se reía con ganas, y un hombre que no ríe o está deprimido o está enfermo o es un malvado. Yo pensaba que, en el fondo de su alma, algo le inquietaba.

Este tipo de análisis psicológico de aficionado es uno de los pasatiempos favoritos de Funk. Le he preguntado si, por lo que él sabía, Ohlendorf era muy antisemita.

—Nunca hablamos de ese tema. No recuerdo ningún momento en que se manifestase contra los judíos. Apenas hablábamos de política. Solía codearme con famosos escritores, científicos, artistas, etcétera.

»Pero, básicamente, Ohlendorf me parecía un hombre decente. Llevaba una vida familiar feliz, con esposa e hijos, a los que conocí. Ella es una mujer sencilla y tranquila, perteneciente a una familia de granjeros. La conocí en un concierto. ¿Sabe que con tan sólo mirar a una mujer sé si es soprano o contralto?

»Hans Bernd Gisevius, el testigo de Schacht, será el peor testigo para la defensa y el mejor para la acusación[5]. Gisevius estuvo en la Policía a las órdenes de Göring y de Wilhelm Canaris. Durante esa época hizo labores de espionaje. Como suele suceder con ese tipo de gente, trabajó para ambos

bandos simultáneamente. Participó en el atentado del 20 de julio contra Hitler. Luego, huyó y ahora trata de vender sus libros. Pero no olvide que Gisevius fue y es un nazi. Ya le adelanto que intentará decir, como algunos otros, que se opuso a toda la política nazi.

Ha sido la primera vez que he visto a Funk moderadamente agitado. Mantiene un tono tranquilo, pero habla con gran desprecio de Gisevius, quien, al parecer, es uno de los testigos de Hjalmar Schacht.

He guardado silencio, limitándome a tomar notas, cuando Funk ha dicho, recuperando repentinamente su buen humor:

—¿Sabe? Los psiquiatras me interesan. Mi tío fue un gran psiquiatra en Hamburgo. Yo mismo poseo una psicología algo complicada.

Le he dicho que me interesa mucho oír qué opinión tiene de sí mismo.

—Soy un hombre que ha sufrido depresiones durante toda su vida. Probablemente tenga que ver con mis tendencias artísticas. Fui sonámbulo hasta los cinco o seis años. Cuando hay luna llena estoy muy irritable. Y resulta extraño, pero, me ha ocurrido algunas veces que, después de una depresión, es cuando mejor he hecho mi trabajo; he reaccionado de manera frenética. En otras palabras, siempre estoy o muy activo o abatido. Empezó en mi infancia. Incluso siendo niño tenía propensión a la melancolía. Es algo que, probablemente, haya heredado de mi madre. Era muy melancólica y tenía un gran talento para la música.

Al decir esto, le han comunicado que el servicio religioso acababa de comenzar. Ha abandonado la celda de mala gana y después de que yo le asegurase que volvería luego.

14 de abril de 1946

Funk vuelve a trabajar en su defensa. Está, como siempre, ávido de compañía y de una audiencia que reaccione a sus argumentos. Nada más entrar con el señor Triest le he preguntado qué aspecto de su defensa está preparando. Me ha respondido que el asunto de la eliminación de los judíos de la vida económica, del que, según dice, la acusación le culpa por error. Después de sentarnos y encender unos cigarrillos, ha procedido a ilustrarme sobre los acontecimientos de 1938.

—Me nombraron ministro de Economía en febrero de 1938 y, casi de inmediato, Göbbels y Robert Ley exigieron el cierre de los comercios judíos y la exclusión de los judíos de la vida económica. Había dificultades, porque los ciudadanos se negaban a comprar en los establecimientos judíos. Se había promulgado una ley nacional del trabajo antes de que yo ingresase en el gabinete. Esta ley declaraba que el propietario o gerente de un negocio debía lealtad al Partido, lo cual significaba que los judíos no podían ser propietarios de ninguna empresa. Yo quería que el programa se aplicase poco a poco y que se compensase debidamente a los judíos obligados a dejar sus negocios. Llegué incluso a creer que había que garantizar a los judíos ciertos derechos económicos.

»Los acontecimientos del 9 y del 10 de noviembre de 1938 fueron una completa sorpresa para mí. Todo comenzó en Múnich[6]. Traté de ponerme en contacto con Göring y con Himmler, pero ambos habían salido. Finalmente, conseguí hablar con Göbbels y le manifesté que no aprobaba aquella acción y que, amén de suponer la pérdida de muchos bienes materiales, dañaría nuestro prestigio económico en el exterior. Göbbels me dijo que la culpa era mía por no haber eliminado a los judíos de la vida económica mucho antes. Además, me dijo que el Führer promulgaría nuevos decretos muy pronto[7].

»Al día siguiente se programó una reunión para el 12 de noviembre. Las actas de esa reunión están aquí, la acusación las tiene en su poder. Después de esa reunión, en la que Göbbels se manifestó en términos muy radicales, comprendí que, para proteger a los judíos y evitar la rapiña y la explotación, debía elaborar unas leyes para eliminar la presencia judía en la economía.

»Por lo tanto, como ministro de Economía y junto al ministro de Finanzas y al ministro de Justicia e Interior, preparé las nuevas leyes. Los negocios judíos se entregaron a consignatarios y los judíos recibieron un dinero a cambio. Fueron unas leyes necesarias para proteger a los judíos del robo.

He preguntado a Funk si a los judíos se les abonó el valor total de las propiedades que se les arrebataron. Me ha contestado que se les abonaba un porcentaje, pero que no podía contarme más del asunto.

—Pero ¡llegar al exterminio! Es cierto que en la reunión del 12 de noviembre se mencionó que los judíos debían emigrar de Alemania, pero exterminarlos ¡nunca! Y en lo que respecta a los guetos, fue idea de Heydrich. Yo me dije, si hay tres millones de judíos en una población de setenta millones de alemanes, dejémosles vivir sin meterlos en guetos. En cualquier caso, mi única labor consistía en ejecutar las directivas del Plan Cuatrienal de Göring. Me avergüenzo de haber participado siquiera como instrumento y con un papel muy accesorio en aquellos días oscuros, pero estaba obligado a servir a un Estado con el cual había contraído un juramento. Es un destino trágico.

Funk está absorto en la autocompasión y en el deseo de elaborar argumentos a los que, a su juicio, quizá tenga que recurrir cuando suba al estrado.

—Hay algo que debo decir. Cuando la acusación declara que desposeer a los judíos de sus empresas fue el primer paso de un plan de exterminio, se

equivoca. Yo, simplemente, no tengo nada que ver con el exterminio de ningún judío. En cualquier caso, y como ha dicho Göring, él era el responsable de todo lo que salía de mi despacho de ministro de Economía y presidente del Reichsbank.

Le pregunto si en eso consiste su defensa, es decir, en que todo lo que salía de su despacho no era responsabilidad suya, sino de Göring. Me lanza una mirada furtiva e inerme.

—Es que yo no tenía autoridad directa si no era a través del plenipotenciario del Plan Cuatrienal.

Tras decir esto, ha consultado sus notas y esbozado una sonrisa.

—De todas formas, ¿por qué tipo de defensa podemos decantarnos? ¿Hay alguna diferencia? Me gusta comer bien, no mucho, pero sí bien, y aquí ¡nos ponen una comida! No es que me queje. Durante la guerra, ahora lo imagino, el pueblo alemán comió mucho peor de lo que nosotros comemos ahora. Pero yo siempre he sido muy delicado con las comidas.

»¿Sabía usted que tengo pruebas de que me opuse a la inflación en los países ocupados, como, por ejemplo, Dinamarca?

—No, no lo sabía —le he respondido.

—Sí, hice cuanto pude. Finalmente, la inflación afectó a muchos países ocupados, pero fue culpa del Ministerio de Exteriores y de la *Wehrmacht*, no del Ministerio de Economía. Yo combatí los mercados negros.

»Mi abogado me preguntará por la mano de obra esclava. De alguna forma, la acusación cree que yo tuve algo que ver con ese problema. Pues bien, no es verdad. Yo estaba en contra, tanto por motivos económicos como por razones humanitarias. Los trabajadores deben permanecer donde están. Además, a causa de los bombardeos de Alemania, ya habíamos comenzado a trasladar nuestras fábricas a la periferia. Por otra parte, belgas y franceses trabajaban a satisfacción para nosotros en sus propios países.

»¿Qué más puedo decir? Si me preguntan, cosa que mi abogado podría hacer, por qué no abandoné, por qué no dejé mi cargo hasta el final, declararé que actué movido por razones patrióticas. Rechacé la orden del Führer que decía que aceptar pagos con la moneda de los invasores era alta traición. Me negué a apoyar la política de tierra quemada para que, cuando los Aliados ocupasen Alemania, los alemanes tuvieran de qué comer. Salvé los depósitos del Reichsbank.

Era como si recitara. Carecía de entusiasmo o de afectación de ninguna clase. Cuando, tras su última declaración, ha hecho una pausa, le he preguntado, puesto que lo niega todo, si es o no es culpable al menos de algún delito. Le he dicho que me daba la impresión de que era cuestión de aplicar o no una escala de valores a los cargos que se esgrimen contra él. ¿No le parece que, de una forma o de otra, sí es culpable de algo?

Ha vacilado. Ha bajado la mirada y se ha removido en su asiento.

—Soy culpable de una cosa: debí haber cesado para no tener nada que ver con esos criminales. Y debí hacerlo al principio, luego era ya demasiado tarde. Estaba metido hasta el cuello. Pero respecto a las atrocidades, no tengo nada que ver con ellas, no sabía que se estaban produciendo. Y en cuanto a la conjura contra la paz, eso también es falso. Y ésa es la línea principal de mi defensa.

»Pero debo hacer una declaración ante el Tribunal sobre mi culpa. Explicaré por qué permanecí en la dirección del Ministerio de Economía y en la presidencia del Reichsbank hasta el derrumbe final. Lo hice para ayudar a la nación. Tenía la impresión de que mi responsabilidad era seguir donde estaba y hacer todo cuanto estaba en mi mano para que, después de perder la guerra, la situación económica no fuera tan desastrosa. Mi deber era seguir hasta el final y salvar todo lo posible, en especial tras conocer el Plan Morgenthau[8], que se proponía destruir la industria alemana y

empobrecer nuestra nación. Asimismo, Churchill afirmó en uno de sus discursos que los alemanes pasarían hambre.

Al oír esto, he dicho a Funk que me parecía que se proponía defenderse aludiendo a razones de Estado y patriotismo. Le he preguntado si, en realidad, el oportunismo y el deseo de poder no desempeñaron un papel en su postura. Me ha respondido con energía mecánica.

—Nunca. Jamás he sido ambicioso. Nunca formé parte del círculo de los poderosos, ni quise convertirme en uno de ellos.

11 de mayo de 1946

Esta tarde he visto a Funk. Parecía aliviado de que su caso ya haya concluido, de que ahora sea Dönitz quien está presentando su defensa. Ha sonreído con desgana y hablado de su próstata y de sus demás problemas con su habitual tono de queja, que se ha agravado durante los cinco días que ha durado su defensa: del 3 al 8 de mayo.

Cuando le he preguntado qué impresión tenía de su defensa, me ha dicho lo siguiente:

—Me alegro de haber terminado por fin. Por supuesto, del depósito de oro de la SS en los sótanos del Reichsbank, yo no sabía nada. Me enteré cuando proyectaron la película.

Le he preguntado qué opinión le merece el señor Dodd, del equipo del fiscal estadounidense, que le ha sometido a un contrainterrogatorio.

—Es muy cortés. Me parece que cuando me ha preguntado si soy culpable de la persecución de los judíos, no le he respondido con claridad. Me ha preguntado si aceptaba mi culpabilidad y yo he dicho que tenía problemas de conciencia en la época de las persecuciones y también

después, pero no por el hecho de haber puesto mi firma bajo aquellas leyes, cuyo objetivo era, en realidad, proteger a los judíos.

Cuando le he dicho que, por lo que he oído en el Tribunal y en todas partes, parecía muy discutible que las leyes antisemitas se promulgaran para proteger a los judíos, Funk me ha contestado que era precisamente eso lo que más temía, que no supieran entenderle. Aquellas leyes fueron discriminatorias para los judíos, de acuerdo, pero no fue él quien las ideó. Él sólo las firmó y las aprobó a fin de que «no volvieran a producirse más estallidos espontáneos de violencia contra los judíos». En ese momento le he dicho que, lamentándolo mucho, no podía seguir su argumentación. En mi opinión, lo lógico, le he comentado, habría sido reprimir la violencia antisemita y castigar a sus responsables, no elaborar unas leyes contra los empresarios y propietarios judíos e incautarse de sus propiedades.

—Por supuesto —ha replicado Funk—, pero lo único que yo podía hacer era trasladar a mis subordinados lo que a mí me habían trasladado mis superiores. En ese sentido, no soy culpable de crímenes contra la humanidad.

Tenía en mi poder una copia de la trascripción al inglés del testimonio de Funk. Mientras la hojeaba, he hecho a Funk unas cuantas preguntas. Ahora que todo ha pasado, le he dicho, tal vez quiera hacer algún comentario al respecto.

Me he interesado por el hecho de que aceptara medio millón de marcos del propio Hitler como regalo de cumpleaños.

—Es algo que ni mucho menos he negado ante el Tribunal.

Ya lo sabía, le he dicho, pero ¿cómo ocurrió? En nuestro país, los funcionarios no suelen recibir regalos tan cuantiosos del presidente, y si lo hicieran, he añadido, se produciría un gran escándalo y se pondría en

marcha una investigación. Funk se ha tomado mi comentario con cierto pesar.

—¡Ah! Todos cometemos errores. Además, si el Führer quería hacerme un regalo el día de mi cumpleaños, ¿cómo podía negarme? Por otra parte, di ese dinero para obras de caridad… para los familiares de los empleados del Reichsbank y del Ministerio de Economía que habían fallecido.

También le he preguntado cómo es que no sabía nada del cuarto de millón de marcos que se había entregado a otros acusados —Alfred Rosenberg, Wilhelm Frick, Constantin von Neurath— y de los seiscientos mil marcos que habían recibido Hans Heinrich Lammers y Wilhelm Keitel. Me ha contestado, con rostro inexpresivo y un tono neutro, que lo que le ha dicho al Tribunal era la verdad, que no era él quien dispensaba esos capitales, que ese dinero no salía del Reichsbank, que era Lammers quien lo apartaba de otros fondos por orden de Hitler. Le he preguntado dónde se custodiaban esos otros fondos y me ha contestado que existía una partida especial para regalos de la que él sólo sabía que no entraba dentro de sus competencias.

He pasado a esa otra parte de la sesión en la que Dodd consiguió que Funk declarase que Schacht había aceptado donativos de un grupo de industriales congregado en una reunión de apoyo a Hitler[9]. Esto contradice el testimonio de Schacht, quien, durante el proceso, ha asegurado que él no aceptó esos donativos. He pedido a Funk su opinión sobre Schacht y le he preguntado a qué achaca su testimonio.

—Schacht sólo está tratando de salir de una situación embarazosa. Fue él quien sentó las bases de la política económica a la que yo me limité a dar continuidad. O bien no recuerda haber aceptado esos donativos o bien está mintiendo. Yo sé, y lo saben otros que también estaban presentes, que sí

aceptó esos donativos. Al menos yo, en mi defensa, no trato de pasar por héroe. Es repugnante.

Funk habla de Schacht con acaloramiento. Afirma que, a diferencia de él, Schacht sí era un hombre muy ambicioso. No sabía lo que era la lealtad y se habría sumado al bando ganador sin importarle cuál fuera. Además, Funk se ha mofado de la afirmación de Schacht de que si en noviembre de 1938 él hubiera sido ministro de Economía, habría atajado las acciones violentas que se emprendieron contra los judíos.

—Como dije el otro día en el estrado, si Schacht podía haber evitado esas cosas, las medidas antijudías, entonces es que era más poderoso dentro del Partido que yo. Pero los factores que condujeron a esas medidas y la necesidad de que yo promulgara esas leyes, que en cierto sentido servían para salvaguardar los pocos derechos que los judíos aún tenían, ¿no tuvieron su origen en un programa económico que había iniciado Schacht y no yo?

Le he preguntado por qué, si se daba cuenta de que el sistema tenía un mal inherente, aceptó los errores de la política de Schacht y prosiguió su aplicación hasta el final.

—En aquel entonces nadie pensaba en las atrocidades y sólo con la perspectiva del tiempo me doy cuenta, como todo el mundo, de que hay que situar el comienzo de las medidas económicas antijudías en la época de Schacht.

Cuando Funk decía esto, yo hojeaba la trascripción del contrainterrogatorio del señor Dodd. Había subrayado algunos pasajes para comentarlos con Funk. Hay un momento en que Dodd pregunta a Funk si elaboró algún plan económico para una guerra contra Polonia un año antes de la invasión. Funk le responde que no lo sabe y que no lo recuerda. A continuación, el Tribunal presenta un discurso pronunciado por Funk en

octubre de 1939 en el que el ex ministro de Economía afirmaba que su Ministerio había llevado a cabo preparativos secretos para la guerra. Funk admite la veracidad del discurso ante el Tribunal, pero matizando que no se refería a una guerra concreta contra Polonia, sino a cualquier guerra.

—Y bien, ¿qué podía decir? —me ha comentado—. Naturalmente, todo el mundo pensaba en la guerra. La preparación de la guerra era nuestra principal preocupación, porque Hitler no dejaba de apostar fuerte. Queríamos estar preparados. Hitler era insaciable y seguía y seguía. Aunque pensábamos que podría salirse con la suya, prepararse para la guerra parecía lo más sensato. Ahora bien, eso no equivale a decir que yo preparé en secreto la economía o cualquier otro aspecto para la guerra con Polonia un año antes de que comenzase.

He señalado que, en definitiva, de sus palabras se deduce que, durante un año, estuvo preparando en secreto la economía para la guerra. Ha vuelto a repetir que decía muchas cosas de cara a la opinión pública, a efectos puramente propagandísticos. En realidad, no llevó a cabo ningún preparativo y mucho menos para una guerra contra Polonia.

—No se trataba de una guerra contra ninguna nación en particular. Mi intención era garantizar nuestra vida económica en caso de que estallara una guerra, algo que podría haber hecho el ministro de Economía de cualquier otro país. Pero no niego, y no lo he negado ante el Tribunal, que la orientación de nuestra política exterior era tan enérgica y falsa que podía haber estallado la guerra incluso un año antes. De modo que había que estar preparado.

A continuación hemos pasado a las preguntas de Dodd sobre la importante cuestión del oro judío depositado en el Reichsbank. Funk ha comenzado a dar vueltas por la celda y yo le he dicho que, si lo prefería, podíamos interrumpir la entrevista, que todo cuanto quería era conocer su

reacción psicológica ante las diversas cuestiones y que mi propósito distaba mucho de ser el de llevar a cabo una revisión del contrainterrogatorio de Dodd.

—No se preocupe, prosiga, la compañía resulta muy agradable. Es sólo que la vejiga no me molesta tanto cuando camino, si no le importa. Además, caminar me ayuda a pensar con mayor claridad. Ése ha sido uno de los problemas del estrado. Me veía obligado a seguir sentado mientras me hacían preguntas muy importantes, cuando, la mitad del tiempo, no podía evitar las ganas de orinar —ha confesado Funk con una sonrisa.

Le he preguntado qué había sentido ante las pruebas presentadas por Dodd en el sentido de que conocía que la SS tenía depósitos con dentaduras de oro, gafas y otros objetos personales pertenecientes a víctimas judías y de otras procedencias de los campos de concentración. Funk me ha respondido con expresión de angustia. Ha comenzado con un ligero balbuceo y ha continuado caminando a un lado y a otro, sin mirarme directamente a los ojos.

—Es lo que ya he dicho… y decía toda la verdad, desde lo más hondo de mi corazón. ¡Dios mío, si hubiera sabido esas cosas!

Le he interrumpido. Precisamente: si hubiera sabido esas cosas, ¿qué habría hecho? En 1938 supo que se estaba actuando contra los judíos, tenía el convencimiento de que se habían emprendido acciones delictivas, pero ¿qué hizo entonces?

—Como ya he dicho soy un patriota alemán —me ha contestado, y parecía abatido—, y creo que en tiempo de guerra nadie debe abandonar su puesto, con independencia de cómo haya actuado su país. Es un comportamiento que no inventaron los alemanes, sino los británicos. Pero si hubiera sabido que los depósitos de oro de la SS procedían del programa de

exterminio, o incluso del robo ilícito de las posesiones de los judíos, me habría negado a custodiarlos en el Reichsbank.

Le he preguntado si eso era todo cuanto habría hecho, negarse a almacenar ese oro.

—Quiero decir que habría acudido a Hitler para protestar en los términos más enérgicos. Pero no tenía ni idea de dónde provenía ese oro de la SS.

Le he preguntado de dónde, por todos los santos, pensó él que podían provenir unos artículos de ese tipo. Sin duda, la gente no dona sus dentaduras, ni sus gafas de oro.

—La gente puede fallecer por causas naturales, ésa era una procedencia posible, otra eran las casas de empeño y cosas así. Ni siquiera se me pasó por la cabeza pensar en los campos de exterminio.

He comentado a Funk que, ante el Tribunal, había afirmado que desconocía de qué naturaleza eran esos depósitos, pero que, ahora, de sus palabras parecía deducirse que, a su debido tiempo, había pensado en varias posibilidades para explicarse su procedencia. Me ha contestado que, en realidad, nunca vio los depósitos de la SS y que sólo en retrospectiva estaba explicando de qué modo, incluso aunque los hubiera visto, era posible no vincularlos a ninguna matanza.

—Cuando Oswald Pohl me habló de los depósitos de la SS, pensé que se trataba de monedas de oro confiscadas a las personas internadas en los campos de concentración. En realidad, todos los ciudadanos debían entregar al Estado sus monedas de oro.

Respecto a la naturaleza real de los depósitos de la SS, que nos ha revelado el cortometraje que vimos en la sala del Tribunal el martes pasado, Funk ha dicho:

—Créame, no sabía nada de esas gafas, relojes, dientes de oro. En su declaración, Pohl me acusa de haber dicho que debíamos aceptar esos

depósitos como propiedad confiscada procedente de los territorios del Este, pero miente. Es posible que mantuviera con él alguna conversación acerca de los depósitos de la SS, pero no en ese sentido.

He recordado a Funk la declaración de Pohl: «El Reichsbank —dice esa declaración textualmente— aceptó esos materiales con el conocimiento y consentimiento de Funk». También le he recordado que Pohl ha afirmado que ambos inspeccionaron juntos los sótanos del banco. Él me ha repetido que jamás vio esos dientes de oro, ni los relojes, ni las gafas, ni ningún otro objeto.

—Debieron de enviar esos materiales al Reichsbank por error, tendrían que habérselos enviado al ministro de Finanzas.

Le pregunto qué importancia puede tener ese detalle.

—Mucha. Yo no era ministro de Finanzas, yo no tenía nada que ver con el Ministerio de Finanzas.

Y así es como Funk desvía las culpas sobre otra persona.

He insistido, sin embargo, en señalar que, pese a todo, el cortometraje demostraba que esos artículos se encontraban en el Reichsbank y que Pohl confirmaba su presencia y afirmaba que él, Funk, sabía de su existencia y aprobaba la medida. Funk vuelve a asentir, pero afirma que nadie le informó.

—El presidente del Reichsbank tiene muchas competencias, así que me era imposible saberlo todo. Si el banco hizo lo que hizo, fue un error.

He pasado a otro punto del contrainterrogatorio de Dodd: la empresa Roges, que, fundada por el Ministerio de Funk, reventó los mercados franceses con cien millones de marcos en francos, empleando métodos propios del mercado negro. Me he interesado por la declaración de Friedrich Landfried, socio de Funk, quien ha afirmado que cien millones de

marcos no eran suficientes, porque cada semana se necesitaban treinta millones, y que fue necesario emplear doscientos millones.

—Lo que ha dicho el señor Dodd es cierto, pero lo importante es que en la empresa Roges apenas intervine. Me dijeron que siguiera adelante, me mostraron el camino a seguir y lo seguí. Más tarde, en 1943, me opuse a las transacciones del mercado negro. Fue Göring, el plenipotenciario para el Plan Cuatrienal, quien impulsó el mercado negro. Yo no tenía competencias en la materia.

He señalado a Funk que me resulta muy interesante su negativa a admitir muchas de las cosas que había confesado en los interrogatorios previos y que, a mi parecer, es algo que el Tribunal también encuentra muy interesante.

—Me interrogaron nada más llegar, cuando lo veía todo muy negro. A lo largo de este tiempo he podido reflexionar sobre todas esas cosas y discernir entre lo negro y lo no tan negro —ha respondido, con una sonrisa.

Le he preguntado, con un tono cordial pero incisivo, si no le parecía que, con el paso del tiempo y el intento de justificar sus propias acciones, muchas de las cosas más negras se habían vuelto blancas.

Ha disentido débilmente.

—No, tan sólo se han aclarado.

Le he preguntado si era eso lo que explicaba que, a su llegada a Núremberg, dijera «soy culpable» y, después, ante el Tribunal, defendiera su proceder, negando todos los cargos.

—La verdad es que soy tan culpable como todos aquellos alemanes que participaron en un régimen que actuó con crueldad e hizo cosas inhumanas. Pero en lo relativo a los cargos de que se me acusa, existen métodos legales de demostrar que no se ajustan a la verdad y creo que he hecho muy bien al rechazarlos.

Sin embargo, cuando ha dicho esto parecía estar pensando en que, en realidad, no había hecho tan bien y me ha mirado como si buscase mi comprensión. Yo le he dicho que, en mi opinión, había negado demasiadas cosas y había sido demasiado técnico en sus respuestas, algo que él ha atribuido a su enfermedad.

—Ya se lo he dicho, la mitad del tiempo tenía la sensación de tener la vejiga llena.

Le he preguntado qué opina del contrainterrogatorio de M. Y. Raginsky por parte del fiscal ruso.

—Esos rusos… Hicieron peores cosas cuando invadieron Pomerania que las que nosotros hicimos en toda Rusia.

—¿Es eso cuanto tiene que decir a propósito del contrainterrogatorio ruso?

—No, ya he dicho al Tribunal que estaba contra el saqueo económico de Rusia, pero no podía hacer nada. No entraba dentro de mis competencias ni tenía responsabilidad alguna sobre el tema, le correspondía a Rosenberg.

Ha afirmado que estaba en contra de los salarios bajos en la Rusia ocupada, en contra de la mano de obra forzada, en contra del abandono sanitario que padeció la población rusa.

—Estaba contra el hambre porque, entre otras cosas, destruye la capacidad productiva de un territorio ocupado, lo que, por razones prácticas, era muy importante para nosotros. También estuve en contra de obligar a los trabajadores a emigrar a Alemania. Y protesté por ello.

12 de mayo de 1946

Continúa embebido en su reciente defensa ante el Tribunal, pero hoy he querido hacerle algunas preguntas acerca de su historia personal y de su familia y situación matrimonial.

Familia: «Mi padre era un viejo comerciante de Königsberg, perteneciente a una familia de comerciantes. Tenía título universitario, era ingeniero de caminos y construía puentes, canales, cloacas, calles, etcétera. Durante un tiempo fue ingeniero del Estado».

Respondiendo a algunas preguntas acerca de la personalidad de su padre, me ha dicho:

—Mi padre era un hombre muy vivaz y espiritualmente alerta y tenía un aspecto impresionante. Era más alto, más fuerte y mejor proporcionado que yo. Todos le querían, tenía talento para la música y una maravillosa voz de barítono. Uno de sus hermanos fue un famoso actor de renombre internacional. Actuó en San Petersburgo y por todo el mundo. Murió joven, a los cuarenta y dos años, de un ataque al corazón. Mi padre murió a los sesenta y cuatro años, también de un infarto.

Funk no demuestra ninguna emoción, o no da señal de ella, al hablar del fallecimiento o de las enfermedades de su padre.

—Mi padre padeció durante muchos años de problemas renales y de vejiga y en sus últimos años acudió a diversos balnearios. Murió el día que cumplía sesenta y cuatro años; yo tenía treinta y dos y trabajaba como director de un periódico de gran tirada. En realidad, llegué a la dirección del periódico poco antes de su muerte, y, ¿sabe?, es curioso, pero el día de la muerte de mi madre, el 27 de noviembre de 1937, me nombraron ministro. Mi madre sobrevivió a mi padre quince años. Murió a los sesenta y ocho de una angina de pecho.

Le he preguntado si estaba muy unido a su padre. Ha sonreído y ha dicho:

—Yo diría que sí. Fui un niño colosalmente mimado, sobre todo a raíz de mi facilidad para la música. A los siete años podía repetir óperas enteras. Mis padres me llevaban a menudo a la ópera. Recuerdo que al llegar a casa después de que me llevaran a ver la opereta *El barón gitano*, se quedaron atónitos al comprobar que podía repetir todas sus melodías.

»Mi madre también tenía un gran talento para la música y sabía tocar el piano. Además, le interesaba mucho la literatura. Escribía muy bien, sus cartas eran como libros.

Le he preguntado si se sentía más próximo a su madre que a su padre.

—Es difícil decirlo. Me sentía muy próximo a los dos —ha respondido, y con respecto a la personalidad de su madre, me ha comentado—: Era muy sensata, pero propensa a la melancolía. Mi padre era más sanguíneo, mi madre más temperamental. Mi padre amaba la vida, viajaba mucho, disfrutaba en compañía de los demás. Mi madre deseaba una vida tranquila y era más retraída, pero eran un matrimonio feliz.

»Fueron felices precisamente porque eran muy distintos. Por supuesto, tenían sus diferencias y había veces en que pasaban días sin dirigirse la palabra. Era mi padre quien cedía con más facilidad, era incapaz de guardar rencor.

En un intento por conseguir una imagen clara de la infancia de Funk, he tenido que ser muy preciso en mis preguntas. Me ha dado la sensación de que estaba evasivo y de que generalizaba conscientemente en muchos aspectos. Pronto ha resultado evidente que Funk tuvo una infancia muy insegura, en el sentido de que sólo vivió en la casa familiar hasta los nueve años.

—Sólo viví con mis padres hasta los nueve años, luego estuve en un colegio interno. Pero hasta que cumplí nueve años, vivimos en una hermosa casa situada cerca de un bosque y muy próxima a un río. Era una zona rural,

así que crecí rodeado de caballos y perros y no tuve más compañeros de juegos que los animales.

»Mi hermano mayor abandonó nuestra casa a los siete años, cuando yo tenía cuatro. A mi hermano menor le llevo diez años, así que ni siquiera había nacido cuando yo me marché al colegio interno. Nuestra casa estaba muy aislada, ése es el motivo de que no tuviera amigos.

Del colegio me ha dicho lo siguiente:

—Era un *Gymnasium* de educación humanística para niños ricos y de clase media. Era necesario tener dinero para asistir a él. Vivía allí y sólo iba a casa en vacaciones. Estuve en ese colegio nueve años, hasta que me gradué, con dieciocho.

Formación: *Gymnasium* desde los nueve hasta los dieciocho años. Funk dice que la razón de que acudiera a un colegio interno y no permaneciera en la residencia familiar era el hecho de que sus padres vivían en el campo, en una zona de Prusia oriental donde no había escuelas de calidad. En cuanto a su vida en el colegio, ha comentado:

—Me mimaron a causa de mis dotes musicales. Mis compañeros decían que yo no aprobaba por conocimientos, sino por mi habilidad con la música. Creo que estaban un poco celosos, o quizá resentidos, porque yo me relacionaba mucho con las mejores familias de la ciudad y pasaba muchas veladas en casa de los profesores. A los dieciséis años di mis primeros conciertos de órgano y de piano.

Hermanos: Su hermano pequeño es diez años menor que él, es decir, ahora tiene cuarenta y seis. Se encuentra prisionero en manos de los ingleses. Está casado y tiene dos hijos. Durante la guerra fue oficial en la reserva, pero acabó por abandonar el Ejército y convertirse en funcionario de la Administración. Ése es el motivo de que haya sido arrestado de manera automática. También fue prisionero de los ingleses en la I Guerra

Mundial, en la que combatió como joven oficial. Era miembro del Partido y jefe regional.

El hermano mayor de Funk murió cuando él aún no había nacido. Tiene otro hermano tres años mayor que él. Fue oficial durante la I Guerra Mundial y falleció a los cuarenta y cinco años como consecuencia de un envenenamiento por gas sufrido durante la contienda. Este hermano tuvo un hijo que luchó como soldado y que ahora se encuentra en manos de los británicos.

La única hermana de Funk murió a los tres años. Era algo menor que él.

Estado civil: Su esposa tiene dos años menos que él; cumplirá cincuenta y cinco dentro de pocos meses. No tienen hijos.

—No pudimos tener niños. En los primeros años de matrimonio, mi esposa se sometió a una operación de fibroides y tuvieron que quitarle la matriz.

Le he preguntado si su matrimonio atravesó por dificultades a causa de esta circunstancia.

—Al contrario, hemos sido muy felices. Por supuesto, al saber que no podríamos tener hijos, lo pasamos mal. Hace poco mi esposa me escribió una carta preguntándome si recordaba que el Día de la Madre algunas mujeres pobres solían acercarse a nuestra casa porque sabían que nosotros no podíamos tener niños. Traían a sus hijos. La gente siempre se portó bien con nosotros.

»Mi esposa vive en una zona boscosa, en una casa que está cerca de mis propiedades. Un día, un oficial estadounidense fue a buscarla y la trajo al Tribunal. Le señaló esta prisión y le dijo que no podía verme. A continuación la acompañó a la comisaría de la calle Novalis, donde se encuentran Heinrich Hoffmann y otras personas[10]. El oficial estadounidense le dijo que recibiría la visita de mi abogado. La trataron

muy bien y cuatro o cinco días después ese oficial la llevó de nuevo a casa. Además, le dijo que, cuando concluya el proceso, ella y yo podremos vivir en otro país. Supongo que fue una promesa nacida sobre todo de la cortesía y a la que no hay que dar demasiada importancia, pero tiene gracia. Mi abogado no ha llamado a declarar a mi esposa. Al principio pensó en hacerlo, pero yo le dije que era una tontería y que sólo serviría para entristecernos a ella y a mí. Ha hecho una declaración por escrito. Habrá oído que la mencionaban en la sala. En ella, mi esposa decía que, tras la violencia desatada contra los judíos la noche del 9 al 10 de noviembre de 1938, yo llamé al doctor Göbbels para decirle que aquello me parecía un escándalo. Supongo que la habrán traído, a mi esposa, me refiero, porque la confundieron con otra persona.

»¿Sabe? Tiene gracia, pero ni siquiera recuerdo esa conversación con Göbbels o, más bien, no recuerdo que mi esposa estuviera presente cuando hablé con él. Yo estaba muy agitado. Pero dio la casualidad de que mi mujer se encontraba en la habitación contigua y que, evidentemente, oyó mis palabras.

Le he preguntado por la personalidad de su esposa, y me ha respondido:

—Tiene una energía increíble. Pertenece a una antigua familia de industriales renanos. Ha viajado mucho y cuando era joven pasó algún tiempo en París con unos amigos. Es extraordinariamente vivaz y muy capaz, y tiene mucho talento para la decoración de interiores. Lo que más le gusta es decorar casas; tiene tanta facilidad y gusto para la elección de muebles como para escoger colores. El año pasado íbamos a celebrar nuestras bodas de plata, pero cuando llegó la fecha, yo ya estaba en prisión.

»Mi esposa nunca perteneció al Partido y en el fondo se oponía a él. Cuando comenzó la persecución de los judíos, trató de convencerme por todos los medios de que dejase la política y volviera al periodismo. Por

desgracia, no le hice caso. Me dije que mi obligación era permanecer en mi puesto y servir al Estado.

»Llevábamos una vida muy tranquila, aunque veíamos a mucha gente. Aunque nuestros amigos no eran aficionados a las fiestas, eran sobre todo artistas, como Richard Strauss, el director Wilhelm Furtwängler y otros miembros del mundo del arte entre los que había escritores, editores y científicos. De todos los ministros, el único con quien mantenía una relación personal era Lammers y ni siquiera él era un amigo demasiado cercano. Siempre vivimos un poco apartados. Teníamos una bonita y cómoda casa propiedad del Reichsbank y también mi finca particular en Baviera. Mi esposa se pasaba el tiempo ocupada entre estas dos viviendas. Casi siempre teníamos por lo menos once invitados en mi casa de Wannsee. Los fines de semana parecía un hotel. También aquí, en Baviera, teníamos muchos invitados. Pero lo que le he dicho antes, eso de que vivíamos tranquilamente y un poco apartados, es verdad, porque, además de que rara vez íbamos de visita, escogíamos a nuestros invitados entre los artistas, no entre esas personas que se pasan la vida de fiesta en fiesta. A veces, mi esposa hacía algunas visitas, pero a mí era muy difícil convencerme para abandonar mi casa incluso en fin de semana. Entre semana, me marchaba muy temprano a trabajar y regresaba bastante tarde, ya de noche. Pasaba los sábados y los domingos en casa y como era mi única oportunidad para descansar, no me importaba no salir. Teníamos una cocinera maravillosa, había trabajado para un hermano del emperador Francisco José. Hacía un pan delicioso. Siempre me ha gustado comer y beber. También me gustan los buenos cigarros. Mi bodega era famosa porque tenía unos vinos del Rin y del Mosela muy especiales y algún chartreuse original del propio monasterio.

Funk ha hablado de los lujos pasados con nostalgia y orgullo. Y ha proseguido:

—Mi casa de Wannsee fue saqueada por los rusos. Tenía una biblioteca de catorce mil volúmenes, parte de los cuales eran primeras ediciones. Yo tenía una gran colección de biografías de músicos y una gran biblioteca de economía y filosofía. Aún podría decirle dónde estaba colocado cada libro. Mi casa de Bad Tölz también tenía una hermosa biblioteca, aunque más pequeña. Ahora, esa casa está ocupada por oficiales estadounidenses. La decoró mi esposa empleando antigüedades, incluido un altar barroco de Würzburg que adornó con figuras de ángeles en verde y oro y colocó en mi biblioteca. Me ha dicho que los estadounidenses no han tocado nada, pero que los alemanes y los polacos robaron objetos domésticos y ropa. La biblioteca está tal cual la dejé y los muebles, intactos. Mi sobrina continúa viviendo en esa casa y se ocupa de mi antiguo personal doméstico. Los oficiales estadounidenses habitan en la casa, pero es ella la que lo administra todo. Mi sobrina tiene treinta y cinco años, está casada con un cirujano que se encuentra internado en Dachau. Es un antiguo médico de la SS. A veces le dan permiso para que vaya a visitar a mi sobrina. Empezó en la *Luftwaffe*, pero le destinaron a la SS en contra de su voluntad.

A continuación hemos conversado sobre música. ¿Cuáles son sus compositores favoritos?

—Como he dicho antes, mi compositor para piano favorito es Schumann. También me gustan sus canciones y escuché muchas veces al gran barítono Heinrich Schlusnus, a quien también acompañé al piano en alguna ocasión en que precisamente cantó canciones de Schumann. Dicen que soy antisemita y el fiscal me acusa de promulgar leyes económicas que formaban parte de un programa que condujo al exterminio de los judíos. Para demostrarle hasta qué punto esto es falso le diré que el señor Bacher,

estadounidense y famoso profesor de voz que abandonó Alemania por ser judío, iba muchas veces a mi casa. Y éramos buenos amigos. Fue el primer marido de la señora Schlusnus.

He preguntado a Funk qué pensaba de la situación de la música y de las artes en general bajo el régimen hitleriano.

—La música experimentó un progreso inmenso. Se dieron conciertos para el gran público. Por ejemplo, antes de 1933, el gran público no podía asistir a los conciertos de grandes directores como Furtwängler. También se fomentó la escultura y se hicieron buenas obras. Cuando vaya a Múnich, tiene que visitar a mi buen amigo Josef Thorak, que continúa trabajando en esa ciudad. Tiene un estudio sensacional. Thorak es un hombre de baja estatura y con el pelo largo que talla figuras altas como casas. Si va a Múnich, no olvide visitar mi casa de Bad Tölz.

»No me gustaba la arquitectura y la pintura que Hitler fomentó, pero la escultura sí era buena.

Al decir esto, Funk vuelve a ponerse nostálgico y a hablar de su papel en el régimen nazi.

—Si sigues un camino durante algún tiempo, es necesaria una enorme fuerza de voluntad para apartarte de él, incluso aunque te des cuenta de que ese camino no es el indicado. Pero en mi caso, yo creí hasta el final que estaba sirviendo y ayudando al pueblo, estaba convencido de ello. No obstante, es terrible el destino que me ha tocado vivir. Si hubiera seguido con el periodismo y la música ahora estaría trabajando y no encarcelado como un criminal en la prisión de Núremberg.

»Yo no estaba hecho para ser ministro. Mi propio secretario, Landfried, lo ha manifestado en una declaración por escrito.

Le he preguntado qué quiere decir con eso, o más bien, qué quiso decir su secretario.

—Tengo una forma de ser contraria a la burocracia, que me era completamente ajena. Tengo talento para dar forma a las cosas que yo, dentro de mí, elaboro. No soy tanto una persona productiva o intuitiva como sensible. Tengo talento para hacer mías las cosas, para absorberlas mentalmente y darles una forma mejor y más artística para que otras personas sean más capaces de percibirlas con claridad. Siempre he sentido la urgencia de decirles a los demás lo que pienso y lo que siento.

»Eso es lo más valioso y precioso de mi personalidad, la capacidad de dar a otras personas cosas que yo he aprehendido de otros en una forma más elevada e intelectual.

»Se puede aprender mucho leyendo las obras de gente como Kant, Goethe y otros y rescribiéndolas con tus propias palabras, de una manera personal. Ante el Tribunal he tenido la sensación de que los jueces escuchaban con mucha atención lo que yo decía. A ningún acusado le han interrumpido tan poco como a mí. En una ocasión tan sólo, el juez Biddle me amonestó porque dijo que yo estaba pronunciando un discurso sobre los relativos méritos de la empresa privada y de los subsidios estatales. Tenía razón, mi declaración estaba fuera de lugar.

»En cierta ocasión, cuando aún era jefe de prensa del Reich, estaba conversando con el Führer, cuando de pronto me interrumpió para decirme que le acompañara a sus estancias privadas para tocar algo de Wagner o de Puccini. Al Führer no le gustaba Brahms. Ni siquiera Furtwängler pudo convencerle. Una vez, no obstante, logré que me acompañara a un concierto en el que Furtwängler dirigía la Cuarta Sinfonía de Brahms, pero ni aun así le gustó.

»Comencé llevado por un gran idealismo, pero el resultado son sólo ruinas, sangre y humo. Es un mal *Götterdämmerung*[11]. Creo que la ideología wagneriana influyó en Hitler durante los últimos meses y deseaba

que todo cayese con él, como en una especie de falso *Götterdämmerung*. Pensaba que todos sus lugartenientes, y el pueblo alemán con ellos, tenían que perecer con él. Cuando puso en marcha su política de tierra quemada, incluso en los primeros años de la guerra, o al menos cuando la guerra comenzó a volverse contra nosotros y los Aliados avanzaban en los frentes oriental y occidental, yo me opuse. Eran las ideas de Wagner. Nietzsche también tenía ideas semejantes, pueden encontrarse en las viejas leyendas germánicas. Los héroes y algunos elegidos actúan a favor de la caída a fin de dejar espacio a un nuevo resurgir. Es parte de la leyenda de Alemania, pero a mí no me gusta, es destructivo y absurdo.

Según Funk, ahora el pueblo alemán tiene que sacrificarse con el fin de conseguir un Gobierno que no desencadene una guerra.

—Entonces, todos los acontecimientos históricos de esta horrible guerra podrían tener algún sentido y servir a un propósito. Sería lo único bueno para reconciliarse con los terribles sucesos del pasado o del futuro. La historia universal nos ha dejado otros ejemplos de espanto y devastación como Alejandro Magno, que causó una enorme destrucción, y Napoleón, que también habría arrasado Europa entera. Pero, por desgracia, el Gobierno nazi, el Gobierno del que lamentablemente yo formé parte, no contaba con un Talleyrand, sino con un Ribbentrop. Gracias a la política de Talleyrand, Francia se salvó de la misma catástrofe que Ribbentrop provocó.

»Cuando el mundo se encuentra cubierto de demasiada suciedad y podredumbre, algún poder tiene que limpiarlo y es necesario crear nuevos instrumentos. A mi juicio, ése es el significado histórico de estos tiempos terribles.

»El señor Dodd, uno de los fiscales estadounidenses, debería hablar conmigo de estas cosas y no de la basura que me ha puesto delante; por

ejemplo, qué hizo el plenipotenciario de economía y qué dejó que sucediera.

HERMANN GÖRING

1893-1946

Hermann Göring fue comandante en jefe de la *Luftwaffe*, presidente del Reichstag y primer ministro de Prusia. En Núremberg fue declarado culpable de conjura, crímenes contra la paz, crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad, y fue sentenciado a morir en la horca. El 15 de octubre de 1946, dos horas antes de su prevista ejecución, se suicidó en su celda.

Sin fecha (tal vez, 15 de marzo de 1946)

Hermann Göring tiene altibajos: habitualmente se muestra jovial, pero en ocasiones está sombrío y apoya la cabeza pesadamente sobre la mano. Es infantil en sus actitudes y siempre juega con el público.

El uniforme que viste en la celda está bastante sucio y tampoco el lugar está muy aseado.

Puede esbozar una sonrisa o dejar de hacerlo con la misma facilidad con que se abre o se cierra un grifo y lo hace a voluntad o de forma mecánica. No obstante, si menciono un tema delicado —al menos potencialmente, como, por ejemplo, sus relaciones con su familia, sus esposas, etcétera—, se cierra en banda y responde con lugares comunes. Vida sexual: «Oh, excelente». Es evidente que no le gusta esta especie de fisgoneo y que debo proceder, en caso de que sea necesario, sutilmente y de acuerdo a sus métodos.

Me he interesado por sus matrimonios: sus dos esposas eran «fantásticas», cada una a su manera. «Dos tipos de belleza». Creo que le incomodan las cuestiones personales.

Una pregunta general sobre el proceso suscita un torrente de protestas.

—¡Maldito Tribunal! ¡Qué estupidez! ¿Por qué no dejan que yo asuma todas las culpas y dejan marchar a esos infelices: Funk, Fritzsche, Kaltenbrunner? ¡Ni siquiera había oído hablar de ellos antes de llegar a esta prisión! ¿Qué me importa a mí el peligro? Yo he enviado a la muerte a muchos soldados y aviadores, ¿qué puedo temer? Como le he dicho al Tribunal, soy el único responsable en todo lo que se refiere a las medidas oficiales del Gobierno, no a los programas de exterminio. Yo era el sucesor de Hitler y como tal quiero actuar ante el pueblo alemán. No eludí ninguna responsabilidad. Hitler y yo mantuvimos muchas diferencias. Al principio,

podía decir cuanto se me antojaba con toda libertad y él reaccionaba con sentido del humor. Luego nuestra relación fue cambiando y, al final, tuvimos enfrentamientos muy serios que desembocaron en su último decreto, en el que ordenaba mi arresto y ejecución.

—¿Qué sucedió? He oído lo que ha declarado ante el Tribunal, pero ¿qué tiene que decir desde un punto de vista humano?

—¿Cree usted que un hombre puede elevarse hasta la cúspide de un gran Estado si no es un hombre? Yo era «Hermann». Él era «El Führer», y estaba en un pedestal.

—Sí, pero sobre el hecho de que haya negado que tuviera intención de librar una guerra agresiva, lo cierto es que no le he entendido muy bien. Es posible que se deba a que la traducción simultánea no ha funcionado correctamente, o quizá a que…

—Deje que se lo explique con brevedad y sin el jaleo de la sala. Yo intenté mantener las mejores relaciones con Inglaterra. Tomé iniciativas, algo de lo que ni siquiera Hitler estaba al corriente, porque lo hice a sus espaldas, para llegar a un acuerdo con Halifax[1]. Pensé que con el Pacto de Múnich y la anexión de Austria en 1938 teníamos suficiente. Con eso sumábamos diez millones más de habitantes, justo los que habíamos perdido en la última guerra. Pero además estaba la cuestión checa. No sin motivo, Hitler pensaba que en Checoslovaquia Rusia tenía bases para su aviación. Le advertí que no debíamos entrar en los Sudetes porque, en ese caso, si Alemania exigía Dánzig, Inglaterra nos declararía la guerra.

Finalmente, Göring, que se encontraba de vacaciones, supo por telegrama que Hitler se disponía a marchar sobre Checoslovaquia.

—Le aconsejé que retrasase esta medida, porque Inglaterra se la tomaría como un insulto. Pero la culpa fue tanto de Francia y de Rusia como de Alemania.

—¿A qué se refiere?

—No mantuvieron sus pactos con Checoslovaquia.

Yo he oído que fueron los checos quienes rechazaron la ayuda rusa.

—Ah, bueno...

—¿Qué ocurrió antes de la invasión de Polonia?

—Le dije a Hitler que Inglaterra nos declararía la guerra y que más pronto o más tarde, también lo haría Estados Unidos. Yo aconsejé el tratado de paz con Rusia. A Hitler le pareció un mal consejo, porque temía que Stalin lo rechazase, pero Stalin se entrevistó con Ribbentrop y todo salió como yo había previsto.

—¿Y el ataque sobre Austria?

—El acuerdo es bien conocido. Yo lo concerté.

—¿El ataque a Rusia?

—Hitler lo decidió. En mi opinión fue una estupidez. Yo opinaba que, antes de atacar a Rusia, teníamos que derrotar a Inglaterra. También debíamos ocupar Gibraltar. Franco tenía miedo a dejar que lo hiciéramos, pero si hubiéramos podido anular a Inglaterra mediante los bombardeos, Franco habría accedido. Después de eso yo no tenía ningún inconveniente en que atacásemos a Rusia; quiero decir, después de derrotar a Inglaterra. Tenía la sensación de que la *Luftwaffe* no estaba preparada, pero Hitler creía que la campaña rusa sería breve y que, a continuación, podríamos concluir la campaña inglesa.

—Cuando usted se opuso a las invasiones de Checoslovaquia y de Rusia, ¿cómo reaccionó Hitler?

—Yo no diría que me opuse, sólo traté de exponerle mis motivos. Pero perdí mi ascendiente sobre él y, en 1943, ya había caído en desgracia. En 1944, Hitler no se hablaba conmigo, y cuanto más tiempo pasaba, peor. El 22 de abril de 1945 recibí un mensaje en el que me encomendó que me

hiciera cargo del Reich. Estaba a punto de hacerlo cuando cambió de opinión. Acto seguido pensó que me había propuesto sucederle y ordenó mi arresto y ejecución. Unos SS me arrestaron en Berchtesgaden. Tenían una orden firmada por Bormann. Afortunadamente, uno de mis grupos paracaidistas me rescató al poco tiempo.

—¿Siente algún resentimiento hacia Hitler?

—No. Fue en las horas finales y estaba sometido a una enorme presión. Si hubiera podido verle en persona, todo habría sido distinto.

21 de mayo de 1946

Esta mañana Göring ha pedido que le dispensen de acudir a la sala a causa de su ciática en la extremidad inferior derecha. Ayer, durante la sesión, sintió algunos dolores, y esta mañana ha sido peor. Cojeaba ligeramente y siente dolor al doblar la pierna. Ayer estaba a punto de concluir el caso de Erich Raeder, que evidentemente le aburre, y hoy o mañana comenzará la defensa de Baldur von Schirach. Creo que tampoco tiene mucho interés en escuchar a Schirach. Entre los acusados es bien sabido que Schirach se propone denostar muchas de las políticas nazis y probablemente al propio Hitler.

Hemos conversado sobre su infancia durante algunas semanas sin llegar a ninguna conclusión particular. Cuando el señor Triest y yo hemos entrado en su celda me ha dado la impresión de que estaba deseando tener compañía. Tras examinarle la extremidad inferior, nos ha invitado a sentarnos: «Quédense un rato», ha dicho.

—¿Ha pensado en algo relacionado con su infancia que quiera decirme?

—No he pensado mucho. Sé que quiere estudiarme desde un punto de vista psicológico, es algo razonable y le doy las gracias por ello. Al menos no intenta darme lecciones ni se entromete en mis asuntos. Tiene usted una buena técnica psiquiátrica. Deja que el otro hable y se ponga la soga al cuello; lo digo en sentido figurado, por supuesto, pero usted apenas dice nada. Algún día voy a ser yo el que haga las preguntas —ha dicho, con una amplia sonrisa.

Admito que está en lo cierto en lo relativo a mis métodos, pero mi deseo es obtener una imagen de él tal como es y no llevar a cabo un cuestionario o examen. Tampoco tengo deseos de cogerle en la trampa ni nada por el estilo.

—Pues bien, prefiero hablar con usted que con otros psicólogos, me siento más libre. Lo de la soga al cuello era una broma.

Le he dicho que es natural que sienta curiosidad por mí y que si quería hacerme algunas preguntas, podía hacerlo. Yo trataría de contestarlas con la mayor libertad posible.

—En lo que se refiere a mi infancia, no comprendo qué importancia pueda tener en mi personalidad adulta. Tal vez la tenga. Es su profesión y yo no soy un experto en la materia. Pero he estado pensando, debido a su insistencia en que le hable de mi infancia, y he llegado a la conclusión de que no hay diferencia entre cómo era yo cuando era niño y cómo he sido de adulto. Creo que en el niño apuntaba todo lo que luego ha sido el hombre.

—Desde el punto de vista de la personalidad, ¿se parece más a su padre o a su madre?

—Las personas que nos conocieron a mis padres y a mí decían que mi capacidad mental se la debía a mi padre pero que mi temperamento y energía los he heredado de mi madre. Una explicación de que tuvieran personalidades tan distintas puede ser la de que mi padre era del norte de

Alemania y mi madre del sur. El alemán del norte es muy tranquilo y emprendedor, el alemán del sur es más alegre e inclinado al arte. Todos los grandes estadistas alemanes han nacido en el norte de la nación, mientras que todos los grandes artistas han nacido en el sur.

»Mi padre fue ministro residente, que era un título del Consejo de la Corona. Fue gobernador en las colonas africanas. Es posible que yo sea distinto a mis hermanos porque soy el único que no ha nacido en las colonias. Mi padre murió cuando yo tenía veinte años y hacía mucho tiempo que yo no vivía en casa. Por aquel entonces, yo era oficial. Su muerte no nos cogió por sorpresa, porque padecía diabetes desde hacía algún tiempo. Murió con setenta y cuatro años. Era muy severo, pero muy querido por sus subordinados. Siempre estaba haciendo planes y tenía una mentalidad vitalista y emprendedora.

—¿Y qué hay de su madre?

—Murió a los sesenta y cuatro años, diez años después que mi padre. Me sentía más ligado a mi padre por una razón. Mi madre era muy buena con nosotros, pero creo que yo pasaba tanto tiempo fuera de casa que perdí la intimidad con ella. Mi padre nunca respetaba su dieta y bebió vino y comió lo que le apeteció hasta poco antes de fallecer. Mi madre era su segunda esposa, la primera había nacido en la parte occidental de Alemania.

Me ha parecido que no quería entretenerse demasiado hablando de su madre. A continuación me ha mostrado una gruesa monografía escrita por un profesor universitario que dedicaba varias páginas al árbol genealógico de la familia Göring, que se remonta hasta el siglo XII. Entre sus antepasados hay príncipes, reinas y otros miembros de la aristocracia. Me ha dicho que la investigación de su genealogía había llevado una

desmesurada cantidad de tiempo y que no se trataba de una obra de encargo, sino del estudio espontáneo del citado catedrático, un especialista en genealogía y heráldica.

—La historia familiar siempre me ha interesado. Los cromosomas son una cosa muy divertida, ¿verdad? Pueden saltarse una generación, y es posible encontrar niños que se parecen a su abuelo más que a sus padres. La herencia es más importante que el entorno social. Y todo se hereda. Por ejemplo, un hombre tiene oído para la música porque lo hereda o no lo tiene. El talento musical no lo contagia el entorno. Es cierto que hay personas que tienen talento para la música cuando ni sus padres ni sus abuelos lo tienen, pero si se escarba un poco, podrá comprobarse que su bisabuelo, por ejemplo, era músico.

»Ahora bien, el entorno desempeña un papel muy importante en el desarrollo de un hombre. Es muy distinto que una persona crezca en la ciudad a que lo haga en el campo, a orillas de un lago o en la costa de un océano.

He señalado que, según la psicología moderna, las relaciones interpersonales también son un factor importante en la formación del carácter.

—Oh, sí, que tengas hermanas o hermanos o seas hijo único también es importante. El ser humano es resultado del entorno y de la herencia genética.

—No es éste el punto de vista de los nazis, ¿verdad? Para los nazis, la raza, por ejemplo, era lo más importante.

—Uno podía unirse al movimiento nacionalsocialista sin por eso compartir los veinticinco puntos de su programa. A algunos nos interesaban sobre todo algunos puntos, a otros, otros. Había personas que se afiliaban al Partido por razones políticas; otras, por razones sociales; otras, por motivos raciales.

—¿Considera que la política racial de los nazis era una cuestión básica o meramente circunstancial?

—No era básica en absoluto. Era irrelevante y completamente circunstancial. Sólo se convirtió en algo básico o importante porque cierta facción del Partido, los nazis exponentes del fanatismo racial, adquirieron gran poder político. Me refiero a hombres como Rosenberg, Streicher, Himmler y Göbbels. El nacionalsocialismo pudo haber seguido un rumbo muy distinto.

—¿Habría aprobado Göring ese otro rumbo?

—Desde luego. En el seno del Partido, muchos nos oponíamos a leyes y políticas raciales tan radicales, pero estábamos demasiado ocupados. La fortaleza política y económica es más importante que toda esa propaganda racial. Además, yo nunca mantuve unas relaciones muy estrechas con el Partido, me ocupaba más de la administración del Estado. Si de mí hubiera dependido, no habría permitido que el Partido ejerciera tanta influencia sobre el Estado. Había dos grupos. Uno abrazaba la teoría de que el Partido debía imponerse al Estado; el segundo opinaba que era el Estado quien debía gobernar al Partido. Yo apoyaba esta segunda idea.

—En relación a su infancia, ¿qué otras cosas ha pensado?

—No dibujaba ni pintaba bien, pero desde mi más temprana juventud fui un amante entusiasta del arte. Me gustaban los colores llamativos, como el azul, el rojo y el verde. Siempre he preferido los colores vistosos. Me gusta todo tipo de arte excepto esas cosas futuristas, que me desagradan profundamente. En general, soy muy escéptico con respecto a la pintura moderna. Picasso, por ejemplo, me da náuseas. El arte gótico es mi preferido, tal vez a consecuencia de mi infancia. Me crié en dos castillos góticos: uno que se encuentra cerca de Salzburgo, y el castillo familiar, que está próximo a Núremberg. Por fortuna, ambos castillos siguen en pie.

—¿Comparte el gusto artístico que tenía Hitler?

—No, a Hitler no le gustaba el arte gótico, prefería el arte antiguo y el neoclásico. El arte clásico es más Grecia y el Renacimiento, como se reconocía a principios del siglo XIX. A Hitler le gustaba la arquitectura clásica, con muchas columnas. En pintura, prefería el XIX, pero también le encantaba Rembrandt. No le gustaba Durero, que es uno de mis pintores favoritos. Si a Hitler le gustaba Miguel Ángel y los renacentistas, yo prefería a los maestros alemanes y a los maestros antiguos italianos. Otro ejemplo de nuestras diferencias en arte: a Hitler no le gustaban las tallas en madera y era un entusiasta del bronce y la piedra, mientras que yo prefiero la madera. Hitler era un alemán del sur, austriaco, en realidad, y a mí me han influido más mis ancestros del norte de Alemania. En arte, yo prefiero la obra de los maestros holandeses, de los escandinavos, de Durero y Holbein.

He comentado a Göring que tanto él como Hitler eran grandes aficionados a la música. Göring ha asentido.

—A Hitler le gustaban Wagner, Mozart y Verdi, y también Beethoven. Le encantaba la música.

Me he interesado por sus propias preferencias musicales.

—Bueno, a mí también me gusta Wagner, quizá a causa de sus temas heroicos, pero también porque en sus obras hay pasajes de gran lirismo. Sin embargo, a Hitler no le gustaban los oratorios de Bach ni los de Händel, que a mí me encantan.

He añadido que alguien me ha dicho que Hitler no soportaba a Brahms.

—Tiene que haber sido Funk. Entre los acusados, los únicos que saben algo de música son Funk, Schirach y Frank. Sé que a Hitler no le gustaba Brahms, y, personalmente, a mí tampoco me vuelve loco su música.

»En mis teatros se interpretaba música de todos los compositores, sin importar su nacionalidad. Por ejemplo, en toda la guerra no dejó de interpretarse la música de Chaikovski. Y lo mismo sucedió con las obras de

teatro de Shakespeare y Bernard Shaw. Al Führer no le gustaban Brahms, ni Bach, ni Händel. Mis compositores favoritos son, en primer lugar, Wagner, por la majestad de sus temas, a continuación, quizá, Mozart y Beethoven. Por supuesto, Haydn y Bach también me gustan, y también la música más ligera de los Strauss.

—¿Y la música contemporánea?

—¡Ah! El jazz lo odio, pero me gustan algunas cosas modernas como, por ejemplo, Meyerbeer y Offenbach. En mi Ópera del Estado hice que interpretasen *La africana* y *Cuentos de Hoffmann* dos años seguidos. Yo dirigía la Ópera del Estado de Berlín y otros dos teatros importantes. Göbbels estaba a cargo de todos los demás teatros de Alemania. Aunque yo sólo tenía el uno por ciento, los míos eran los mejores.

Le he pedido que me hable de Göbbels y de sus gustos artísticos y musicales.

—Sé que entendía algo de música, pero no podría decirle cuáles eran sus compositores favoritos. Le gustaba más el teatro. Era periodista y le interesaban sobre todo los textos contemporáneos. Fue Göbbels quien, en 1935, prohibió que se interpretasen obras musicales y de teatro de compositores y dramaturgos judíos. Era una prohibición que no tenía ningún sentido, por eso en mis teatros no se respetó. En la Ópera del Estado de Berlín contaba con tres grandes directores: Furtwängler, Leo Blech, que era judío, y Richard Strauss. Conseguí que Leo Blech permaneciese tres años en el teatro, pero recibí tantas presiones que, finalmente, tuve que dejar que se fuera. Lo envié a Estocolmo, donde estaba a salvo del fanatismo violento de Göbbels. Era una situación muy difícil, porque aunque pude mantener a esas personas en mis teatros, Göbbels no quería aceptarlos en la Cámara de Cultura. Mis artistas no tenían por qué pertenecer a esta institución, pero, por otra parte, no podían trabajar en otros

teatros ni rodar películas si no lo hacían. De acuerdo con las leyes oficiales del país, mis teatros quedaban al margen de cualquier normativa general y sólo acataban mis órdenes.

He señalado que con mucha frecuencia he oído que los alemanes sentían rencor hacia los judíos porque éstos tenían demasiada influencia en el mundo de la empresa y en las artes. ¿Era Göring de la misma opinión?

—Sí, supongo que sí. En Berlín los judíos controlaban casi el cien por cien de los teatros y de los cines antes de nuestra llegada al poder[2]. En las ciudades más pequeñas, su influencia no era tan notable. En Estados Unidos quizá tengan ustedes dos compañías de ópera estables; en Alemania había setenta y cuatro compañías de ópera y doscientos sesenta y dos teatros estables. La vida teatral en Alemania era mucho más vigorosa que en Estados Unidos. Todas las ciudades tenían su cine, ópera, teatro y sala de opereta estatales. Por ejemplo, aquí mismo, en Núremberg, hay un teatro de ópera, y en Fürth, a cinco kilómetros, hay otro. En ciudades próximas como Bayreuth y Ansbach también había teatros similares. Ese desarrollo cultural tuvo lugar entre 1900 y 1930. Núremberg dio muchos grandes intérpretes y óperas antes de que ese cerdo de Streicher se convirtiera en jefe del Partido en Franconia. Si el jefe hubiera sido Schirach, las cosas habrían sido muy distintas.

Evidentemente, Göring disfruta con este tipo de conversación no objetiva en la que omite toda referencia a sus actividades en la guerra y en la política. Desempeña el papel de salvador y gran mecenas del arte, la música y el teatro. Le pregunto por sus preferencias en el terreno de la literatura.

—Me gustan las buenas biografías, los libros de memorias y, por supuesto, la literatura clásica. En cuanto a la novela, no tengo demasiado tiempo que dedicarle y sólo leo novelas de misterio cuando viajo en tren. Es interesante que los únicos autores de novelas de misterio que lograron algún

éxito en Alemania fueran los ingleses y los estadounidenses, y quizá también los franceses. Alemania es una nación demasiado metódica como para producir buena literatura criminal.

Le he preguntado qué ocurrió en Alemania con la literatura después de que los nazis alcanzaran el poder.

—A Hitler no le interesaba. Se publicaron más novelas de misterio, sobre todo estadounidenses, de las que se habían editado nunca. Incluso la novela estadounidense tradicional, como *Lo que el viento se llevó* y grandes éxitos semejantes, se vendió mucho.

Me he interesado por sus conocimientos de filosofía.

—He leído a todos los filósofos, incluidos Kant, Schopenhauer, Nietzsche, Hegel y Feuerbach. De los modernos, he leído *Die Grundlagen des neunzehnten Jahrhunderts* [Los fundamentos del siglo XIX], de H. S. Chamberlain[3]. En lo que se refiere a los filósofos, no puedo leer gran parte de su obra de una sola vez.

—¿Ha leído a Rosenberg?

—No.

He dicho a Göring que no encuentro a nadie que admita que ha leído a Rosenberg, pese a que de algunas de sus obras se vendieron millones de ejemplares. ¿Qué explicación podría darme?

—Es difícil decirlo. Rosenberg es un erudito, pero se equivocó con el título de su libro. Le dije que en lo que se refería al siglo XX, uno no puede hablar de mitos. Es posible que *Die Grundlagen des neunzehnten Jahrhunderts* haya ejercido alguna influencia sobre él.

»El primer capítulo de la obra de Rosenberg es tan difícil que me cansé del libro enseguida. No podía concentrarme. Además, no atacaba el problema, daba circunloquios.

Le he preguntado si Rosenberg le parece inteligente.

—Existe sobre Rosenberg una opinión equivocada. No es un hombre duro, por el contrario, es muy blando, demasiado para una política de conciliación. Y lo mismo puede decirse de mí. No se puede poner cada palabra dicha o escrita en los últimos veinticinco años en una balanza, que es lo que se está haciendo en este Tribunal. Palabras que quizá se dijeron en mitad de un arrebato, en medio de una crisis. Rosenberg quería que todo fuera distinto. Debería haber aplicado su política con mayor dureza.

Hemos conversado sobre el Ministerio del Este, que Rosenberg dirigía.

—En 1936, se produjo un gran cambio político impulsado por Himmler. Toda la Administración dio un vuelco. Por ejemplo, Rosenberg estaba al frente del Ministerio del Este, pero no tenía ningún poder ejecutivo. Los únicos que en realidad podían actuar eran Himmler y la SS. Todo cuanto Rosenberg podía hacer era sentarse a escribir sus memorias, que usted habrá oído en la sala. El comisionado del Reich para el Este también estaba bajo el amparo de Rosenberg, pero, al mismo tiempo, sometido a las órdenes directas de Hitler. Rosenberg, además, no podía deshacerse de sus subordinados. Hacían lo que se les antojaba, no lo que Rosenberg les pedía.

»¿Sabe lo que le ocurre a Rosenberg? Que no es un político, es un escritor. No he conocido a nadie que pudiera decir que era amigo de Rosenberg. Es de esa clase de hombres que se encierran en sí mismos y a quienes resulta muy difícil entender o siquiera acercarse a ellos. Le oí pronunciar aquí en Núremberg dos discursos dedicados a la cultura y los dos fueron excelentes. Pero aparte de eso, jamás he leído nada suyo salvo el primer capítulo de *El mito del siglo XX*, que, como ya he dicho, me aburrió mortalmente. Tampoco he leído nada de Streicher o de lo publicado en ese diario tan estúpido, *Der Stürmer*. Eché un vistazo tan sólo a una página y fue suficiente. En mi casa, ese periódico estaba prohibido. Este distrito, el de Núremberg, que estaba a cargo de Streicher, era terrible. Con el tiempo

conseguí disolver esa publicación. La Comisión Göring, nombrada aquí en Núremberg para investigar las actividades de Streicher, tuvo mucha fama. Streicher no es un hombre normal.

»De todos los acusados, sólo conozco bien a Schirach y a Funk. De Fritzsche no había oído hablar en mi vida. A Kaltenbrunner le vi en tan sólo una ocasión, durante una reunión de trabajo que duró diez minutos. A Keitel, Jodl y Dönitz sólo les había visto en reuniones oficiales. A Speer le conozco un poco mejor. A Rosenberg le veía unas dos veces al año. Mantengo con él una relación completamente neutra. Como me pasa con Ribbentrop. Le vi un par de veces en la residencia del Führer, desayuné en su casa una vez y él vino otra vez a la mía. Los únicos personajes populares de Alemania éramos Hitler y yo, y al final, sólo yo.

24 de mayo de 1946

Göring asistió a las sesiones del Tribunal ayer por la mañana, pero por la tarde pidió que le llevaran de nuevo a su celda a causa de sus dolores en la extremidad inferior derecha. Mientras estaba en la sala, hacía muchas muecas y cuando tuvo que caminar, lo hizo como si sufriera un gran dolor. Sin embargo, no tengo la menor duda de que su ciática no es tan aguda como quiere dar a entender, porque por la tarde caminó por el patio y por su celda sin mayor dificultad. El examen de la extremidad inferior derecha que ayer y hoy le he practicado no revela evidencias objetivas de que padezca inflamación del nervio ciático; dobla y estira la pierna con normalidad, gira el tobillo también con normalidad y no he detectado anomalías sensoriales. Parece evidente que ha aprovechado sus síntomas para permanecer algún

tiempo lejos del Tribunal durante los momentos más desagradables del caso Schirach.

Esta tarde estaba cordial, con ganas de hablar y parecía muy a gusto. Con respecto a la defensa de Schirach ha afirmado, de improviso:

—Conozco a Schirach y sé lo que va a decir. Me gustaría no tener que decir esto, pero, personalmente, creo que está cometiendo un error. No es distinto ahora que antes, pero hará creer al mundo que se ha convertido en un amante de los judíos y que Hitler le engañó. Pero tiene su parte de culpa en la persecución de los judíos.

Tras decir esto, ha sonreído como si hubiera agotado la materia. Creo que, habiendo fracasado en su intento de aunar la actitud de los acusados, se vuelve sobre cada uno de ellos como si se hubieran desviado de sus «directrices».

Me ha preguntado si había hablado con Gerd von Rundstedt, puesto que ha oído que el viejo mariscal ha venido hace poco a la prisión para testificar sobre el Estado Mayor. Le he contestado que Rundstedt me ha dicho que era un antinazi y que la llamada «Ofensiva Rundstedt» tendría que haberse llamado «Ofensiva Hitler»[4]. Göring ha asentido con una sonrisa(1).

—Eso es cierto. Fue la Ofensiva Hitler. Hitler la planeó con gran brillantez, y fueron los generales quienes no supieron ejecutarla. No fue tanto culpa de Rundstedt como de Dietrich y de su Sexto Ejército *Panzer*, que no supo cómo avanzar. Dietrich no era un buen comandante de Ejército y nunca debió mandar uno. El Sexto Ejército *Panzer* era una unidad blindada completamente motorizada. La ofensiva era obra de un genio. El Führer era un genio. Las ofensivas de Polonia y de Francia también fueron obra suya. El plan contra Rusia también era propio de un genio, pero fue mal ejecutado. La campaña rusa podría haber concluido en 1941; y con éxito.

He dicho a Göring que Rundstedt tenía una opinión completamente distinta. El mariscal me dijo que los planes de Hitler para la ofensiva de diciembre de 1944 eran «estúpidos» y que, personalmente, estaba a favor de sostener las líneas alemanas con maniobras defensivas, sin intentar ninguna ofensiva. Göring ha fruncido el ceño.

—Ahora resulta que todos los generales del Ejército son más listos que Hitler. Pero cuando él estaba al mando, escuchaban cuanto decía y se alegraban de recibir sus consejos. Por ejemplo, en 1944, el grupo de ejércitos de Fedor von Bock, es decir, el Grupo de Ejércitos Centro, fracasó en su misión. El plan original consistía en rodear a los ejércitos soviéticos situados en el norte y en el sur de Rusia. En vez de ello, Bock se dirigió directamente hacia Moscú y los rusos detuvieron su avance. Los ejércitos del sur de Rusia fueron cercados algo después, pero los del norte no pudieron ser derrotados, algo que sí habríamos conseguido si Bock hubiera seguido los consejos de Hitler.

»Hitler tenía la fuerza de voluntad de un demonio, y la necesitaba. Si no hubiera tenido tanta voluntad, no habría conseguido nada. No olvide que si Hitler no hubiera perdido la guerra, si no hubiera tenido que luchar contra la fuerza combinada de grandes potencias como Inglaterra, Estados Unidos y Rusia, a las que habría podido conquistar individualmente, ahora esos acusados y esos generales estarían diciendo «Heil Hitler», y no serían tan condenadamente críticos.

Le he preguntado cuándo se dio cuenta de que Alemania había perdido la guerra. Mientras reflexionaba, le he sugerido si acaso fue el Día D, con el desembarco de Normandía. Me ha respondido taxativamente.

—No, entonces el final estaba muy lejos. La situación no empeoró de verdad hasta las Ardenas. Sólo entonces las cosas comenzaron a ponerse realmente feas. En Normandía el mariscal Günther Hans von Kluge no

cumplió con su deber(2). Podría haber agrupado sus tanques, pero no lo hizo y tuvo que emprender la retirada. Luego se suicidó tomando un veneno.

Le he preguntado a Göring por qué afirma que Kluge no cumplió con su deber.

—Bueno, todavía no se ha confirmado, pero quería entrevistarse con un oficial de alta graduación británico y traicionar a Hitler. Es otro ejemplo de cómo los generales dieron la espalda a Hitler y le traicionaron[5].

—Si Hitler hubiese ganado la guerra, ¿cómo sería el nuevo orden?

—En realidad, tras la victoria de Francia, Hitler quería poco más. De Francia se habría anexionado Alsacia-Lorena. También quería las antiguas provincias alemanas de Polonia. Del Imperio Británico nunca quiso nada. Si hubiéramos ganado la guerra contra Rusia, habríamos acabado con la colosal Rusia soviética y habríamos instaurado un sistema federal. Hitler habría pedido algunas provincias en la región de los Estados bálticos, pero, sin duda, nada más.

—¿Tenía Hitler algún objetivo en Suramérica?

—¿Y qué iba a querer en Suramérica? En África, lo único que le interesaba eran las antiguas colonias alemanas. Quería una unión de estados europeos bajo el liderazgo de Alemania, lo mismo que ahora está haciendo Estados Unidos. Se habría desarrollado un plan en el que el continente europeo quedaría más o menos unido y actuaría en armonía.

He señalado a Göring que si bien ante el Tribunal había elogiado a Hitler el dirigente, había hablado muy poco de Hitler el hombre. ¿Podría decirme algo más acerca de esa figura tan llena de misterio y sobre la que se hacen tantas especulaciones?

—Para mí hay dos Hitler: uno hasta el final de la guerra con Francia y otro que empieza con la campaña de Rusia. Al principio era genial y

agradable. Tenía una fuerza de voluntad extraordinaria y una inusitada influencia sobre la gente. Lo más importante es recordar que el primer Hitler, el hombre a quien conocí, tenía mucho encanto y buena voluntad. Siempre decía la verdad. El segundo Hitler, el que existió desde el comienzo de la campaña de Rusia y vivió hasta su suicidio, siempre era suspicaz, se molestaba con facilidad y estaba tenso. Era desconfiado en grado extremo.

—¿Acaso no fue siempre algo desconfiado?

—No. En política le gustaba, por supuesto, guardarse todas sus cartas, pero en el terreno personal no era desconfiado.

He dicho que, cuando estuvo aquí en la prisión, el doctor Karl Brandt me comentó que, hacia el final, Hitler estaba bastante nervioso[6].

—Sí, tenía los nervios deshechos. Le temblaba la mano izquierda y estaba físicamente roto. Sólo su enorme fuerza de voluntad evitó que se derrumbase.

Hemos hablado de las atrocidades, un tema que a Göring no le agrada, pero que resulta inevitable cuando se habla de Hitler.

—Estoy seguro de que Hitler no conocía los detalles y de que Himmler tenía la sensación de que podía hacer cuanto quería sin temor a represalias. Al principio, Hitler era cualquier cosa menos cruel. Que actuó con crueldad en los últimos años es evidente. Sobre todo en el último año de la guerra; a sus ojos, una vida humana ya no tenía ningún valor.

—¿Difería su opinión de la de Hitler respecto a la dignidad y el valor de la vida humana?

—En los primeros años, Hitler indultó a muchos condenados a muerte[7]. Luego ya no lo hizo. Por mi parte, siempre fui severo con los casos de traición y violación, pero en los demás casos, perdonaba a los condenados. Yo siempre perdonaba a las mujeres, nunca las condenaba a muerte.

Le he preguntado qué impresión tiene de Höss, el comandante de Auschwitz, quien ante el Tribunal ha testificado que había exterminado a hombres, mujeres y niños de todas las edades.

—Yo nunca estuve al corriente. Como Höss ha afirmado, todo se mantenía en secreto. Casi no puedo creerlo… las cifras son tan enormes. No puedo ni imaginármelo, no me puedo creer que Hitler lo supiera. Por supuesto, con lo que ocurrió es suficiente, pero que las cifras pudieran ser tan desmesuradas… es inconcebible. Se oían rumores, claro, pero yo jamás les di crédito. Gente como Höss y Himmler y muchos miembros de la SS que cumplían sus órdenes debían saberlo, pero incluso así... no puedo entenderlo. Cómo pudieron hacer algo así es algo que me supera.

»La orden de librarse de ciertos grupos nunca se debatió, porque, si se hubiera hecho, habría encontrado mucha resistencia. Sin duda, Himmler era un criminal y no debió suicidarse. El caso de Hitler es distinto y yo disculpo su suicidio. Himmler no debió dejar que se hiciera a Kaltenbrunner y a otros responsables de sus maldades. Himmler sólo pudo llevar a cabo las atrocidades que ordenó bien porque consiguió influir sobre Hitler para que adoptase un camino equivocado o bien porque pudo aprovechar que Hitler estaba demasiado ocupado con la dirección de la guerra para actuar por su propia cuenta.

»En cierta ocasión me llegó un rumor que hablaba del asesinato de millares de personas, pero yo creí que se trataba de propaganda enemiga. Cuando me interesé por el rumor, me dijeron que, en efecto, no era más que propaganda. Todos sabíamos que en los campos de concentración se juzgaba sumariamente a muchas personas y que se las sentenciaba a muerte, pero no sabíamos que se estaba exterminando a personas inocentes. Ha sido aquí donde he oído hablar de Eichmann por vez primera[8]. Que había que evacuar a los judíos y llevarlos fuera de Alemania era evidente, que había

que trasladarlos al Gobierno general de Polonia era también evidente, pero no lo era que debían ser exterminados. Después de la guerra, había que trasladar a los judíos a Palestina o a otro lugar. Había un plan de evacuación que ya existía antes de la guerra. Se elaboraron planes semejantes a diez años vista. Existía, por ejemplo, un plan para organizar el cambio de moneda extranjera. Asumo toda la responsabilidad de lo que ocurrió en la Alemania nacionalsocialista, pero no de aquello de lo que yo no tenía noticia, como los campos de concentración y las atrocidades.

—¿No fue él, Göring, quien introdujo los primeros campos de concentración en 1933 o 1934?

—Sí, admito con toda franqueza que en aquellos años construimos campos de concentración para los comunistas y otros enemigos del nacionalsocialismo, pero en absoluto con la idea de asesinar a los internos o de utilizarlos como campos de exterminio.

—¿Estaba de acuerdo con la idea de que el judío es un ser humano indeseable?

—A finales de 1938 o 1939 la cuestión no era si el judío es indeseable o no lo es. La diferencia entre un judío y un alemán era tan grande que no había ninguna posibilidad de que, en Alemania, continuara habiendo judíos. Si la prensa sediciosa y los economistas, como ese gran demócrata en que se ha convertido el doctor Schacht, no les hubieran expulsado de la vida económica, los judíos habrían podido permanecer en Alemania. Al principio, en 1933, Hitler afirmó que los judíos serían apartados de la actividad económica, pero sólo de sus empleos en la Administración. Sin embargo, la presión del Partido era cada vez mayor. A continuación llegó la crisis de noviembre de 1938, que perturbó toda la existencia económica de los judíos. Después de la crisis, algo tenía que ocurrir. O bien había que aceptar a los judíos en la economía del país o, en efecto, algo tenía que

ocurrir. La mayoría de los judíos trataron de abandonar Alemania, porque no veían forma de ganarse la vida. De modo que, como ve, no se trataba de si eran indeseables o no lo eran. La situación evolucionó con rapidez, sin que respondiera a ningún plan preconcebido. Resultó problemático para nuestra economía, porque nuestras relaciones con las naciones extranjeras quedaron bloqueadas. Creo que fue lo peor que Göbbels podría haber hecho. Göbbels era un fanático.

»¿Le he hablado de Göbbels? Provocó la desaprobación de Hitler tras aquel incidente con esa actriz de cine a resultas del cual le golpearon. ¡Ese cojo fanático! Se valía de su cargo para abusar sexualmente de las mujeres. Influyó sobre Hitler, consiguió acentuar su antisemitismo. Hitler solía venir a mi casa de vez en cuando a tomar café y, como yo llevaba una vida normal, se marchaba a las nueve en punto. Yo tenía la costumbre de retirarme temprano, pero Hitler solía pasar prácticamente todas las veladas, que a veces se prolongaban hasta las cuatro de la madrugada, con Göbbels y su familia. Dios sabe qué perniciosa influencia ejerció Göbbels sobre él durante aquellas largas visitas.

—¿Cómo pensaba Göbbels? ¿Cuáles eran los motivos personales que alimentaban su antisemitismo?

—Göbbels era el máximo representante del antisemitismo en Alemania. Consideró que utilizar la prensa para hacer propaganda antisemita constituía su mejor oportunidad para ganar poder. Personalmente creo que, en efecto, Göbbels utilizaba el antisemitismo como medio de lograr mayor poder personal. Que albergara un odio profundo hacia los judíos es discutible. En mi opinión era un oportunista demasiado ladrón y deshonesto como para albergar un odio o un amor profundo por algo. Göbbels llevaba años tratando en vano de convertirse en un hombre poderoso cuando, por fin, vio su oportunidad. Había enardecido los odios antisemitas hasta tal punto con

su propaganda sediciosa que creyó que había llegado el momento de hacer algo. Probablemente, ni siquiera pensó en las consecuencias. Era un fanático de un calibre descomunal. Streicher es un manso comparado con Göbbels, porque Streicher está medio loco y es un estúpido, pero Göbbels era astuto, desalmado y peligroso. Con él era imposible debatir. Por el mismo motivo, también era imposible debatir con Hitler. Göbbels era tan deshonesto que de nada servía discutir cualquier asunto con él.

—¿Quiere usted decir que Göbbels era más antisemita que Himmler?

—Es posible que Himmler hiciera más en la práctica, pero hablaba menos de ello. Himmler pretendía ser otra cosa de lo que era. Por ejemplo, sus discursos a los jefes de la SS en Posen se han leído aquí por primera vez; permanecían en el más absoluto secreto[9]. Para el mundo exterior, Himmler era un enigma ambiguo. Para mí siempre lo fue. Nunca comprendí por qué ejerció tanta influencia sobre Hitler. Era un buen organizador y un hombre ambicioso, pero no alguien capaz de ejercer gran influencia psicológica sobre las masas. Las atrocidades son, para mí, la parte más horrible de la acusación en este juicio. Han pensado que me las tomo a la ligera o que me río de ellas o alguna tontería parecida, pero eso no es verdad. Soy de ese tipo de personas que están contra algo así por naturaleza, sólo que, también por carácter, mi reacción ante la adversidad es reír o sonreír. Tal vez eso explique mi actitud en la sala. Además, no debe culpárseme a mí de esos horrores. No se trata sólo de que yo sea un hombre duro a causa de mi larga experiencia en el Ejército y en la política. Es verdad que vi muchas cosas en la I Guerra Mundial y también en esta guerra, con los bombardeos y en el frente, pero siempre he sido capaz de compartir el sufrimiento de los demás. Describirme como un ogro sin sentimientos que se ríe al contemplar esas atrocidades es una estupidez.

He señalado a Göring que también se han leído ante el Tribunal algunas manifestaciones antisemitas suyas y que me preguntaba si las consideraba indicativas de una ideología política o de una actitud personal. Me ha contestado con gran seriedad.

—Cuando pronuncié el discurso que se ha leído ante el Tribunal, me inquietaba mucho la cuestión. Lo redacté después de una conversación con Göbbels. Tan sólo estaban presentes seis o siete ministros. Estaba muy nervioso porque Göbbels había dicho a Hitler que yo estaba protegiendo a los judíos. Después, recibí órdenes de poner en marcha varios programas. Eso es todo lo que indica mi discurso. Aun así, los únicos pasajes que han leído ante el Tribunal son aquellos que me perjudican y han omitido los que me benefician, como, por ejemplo, aquel en el que decía que no se podía dejar morir de hambre a los judíos; ése no lo han leído. Todos debíamos mantener el sentimiento antisemita general, era una orden de Hitler.

»Además, debe usted entender que la responsabilidad de la reacción antisemita que se produjo en Alemania no cabe achacarla únicamente a la propaganda nazi ni al Partido Nazi, aunque de las atrocidades yo sí culpo a Göbbels. También los judíos tienen parte de culpa por su manera de actuar antes de 1933. A mí, por ejemplo, me dedicaron palabras muy poco educadas. Antes de 1933, la batalla era encarnizada. Mis palabras son muy suaves comparadas con las que los judíos empleaban contra nosotros. Contaron enormes mentiras y recurrieron al insulto y la calumnia.

—¿Quiere decir —he preguntado— que los propios judíos, con sus acciones, provocaron el antisemitismo y el exterminio posterior?

—No —ha respondido Göring, con suavidad—, quiero decir que había una lucha en marcha. Al principio, yo no me tomé muy en serio la campaña antinazi de la prensa judía, pero cuando comprendimos que la campaña arreciaba y se hacía peligrosa, empleamos otras palabras. Torturar o

exterminar a las personas no está en mi naturaleza. Soy un pragmático lo suficientemente duro como para defender las represalias si están justificadas, pero asesinatos en masa de personas inocentes, como el exterminio de los judíos, son injustificables.

Le he preguntado si antes de entrar en política era antisemita.

—No, no, yo nunca he sido antisemita. El antisemitismo no ha desempeñado ningún papel en mi vida. Si sólo se hubiera basado en el antisemitismo, el movimiento nazi jamás me habría interesado. Lo que me atrajo del Partido fue su programa político, es decir, la creación de una Gran Alemania y la abolición del Tratado de Versalles. Por supuesto, cuando uno se afiliaba al Partido Nazi, había que asumir todos sus puntos en mayor o menor medida, incluido el antisemitismo.

»Supongo que querrá saber por qué no me opuse a las atrocidades ni al movimiento antisemita. La respuesta es compleja. Los sentimientos que dominaban en Alemania en aquella época eran tales que es posible que, para triunfar, Hitler tuviera que proponer una plataforma antisemita. Admito que si no hubiera gestionado la cuestión de forma tan primitiva, nuestra política exterior habría logrado mayores éxitos. Le advertí muchas veces de eso. Yo nunca he odiado a los judíos. Me doy cuenta de que decir esto parece absurdo, de que es muy difícil entender cómo una persona que, como yo, ha pronunciado discursos antisemitas y ha participado como número dos en un régimen que ha exterminado a cinco millones de judíos se atreve a afirmar que no es antisemita. Pero es la verdad. Yo jamás habría aplicado esa política. Habría seguido una dirección muy distinta y más tranquila. Tengo en mi poder dos documentos que lo demuestran, aunque me resulta embarazoso sacar a colación estas cosas ahora… Sólo quería que lo supiera. No tiene ningún sentido exponer esos documentos, porque la acusación

tiene en sus manos muchas otras cosas que pueden interpretarse como demostraciones de mi antisemitismo.

Parecía esperar que yo le preguntase por esos dos documentos y lo he hecho.

—Uno de ellos alude a la necesidad de que las leyes sobre matrimonios mixtos se suavizaran y pospusieran. Aunque hay que leer esos documentos a la luz de la tensa atmósfera de la época. En ese caso, es fácil darse cuenta de que tuvieron una influencia tranquilizadora en el violento antisemitismo de Göbbels y del Partido. Por supuesto, si se prescinde de esa atmósfera, también esos documentos pueden considerarse un decreto especial contra los judíos.

He comentado que algunos dicen que había ayudado a varios judíos y había evitado la persecución de algunos de ellos.

—Siempre que un judío me pedía ayuda, yo se la prestaba. Por supuesto, se trataba de personas a quienes ya conocía, o de sus amigos y parientes.

—¿Cree usted que los judíos eran tan leales a su país como otros alemanes?

—Sí. Ante todo, los judíos estaban muy unidos, pero desde luego yo pensaba que eran alemanes leales. Por ejemplo, hice la propuesta de que los judíos que hubieran recibido la cruz de hierro en la I Guerra Mundial quedaran al margen de las leyes antisemitas. También presenté otras propuestas, como que las familias judías que llevaran viviendo en Alemania más de cien años quedaran exentas de esas leyes, pero todas esas propuestas fueron desechadas.

—¿Y qué hay de Göbbels? ¿Cuál fue su actitud?

—Göbbels pensaba que los judíos eran distintos, o, al menos, eso declaraba. En realidad, no sé qué pensaba, porque era un gran mentiroso. Durante aquellos años mantuve con Hitler un contacto muy estrecho en el

terreno político, pero Göbbels tenía con él una relación personal. La diferencia estriba en que Hitler hablaba conmigo en reuniones de trabajo, mientras que con Göbbels pasaba largas veladas en las que también estaba presente la familia del ministro. La cercanía personal de Hitler con Göbbels era mucha y es probable que ese cojo fanático influyese sobre él más de lo que yo pensaba.

He señalado a Göring que me daba la impresión de que, en realidad, su actitud hacia Hitler era muy distinta a la que de su testimonio en la sala cabe deducir, o que, cuando menos, eso es lo que deja traslucir lo que me ha dicho en sus conversaciones privadas.

—Mi principal línea de defensa es que, en tanto que alemán leal y partidario de Hitler, yo acepté órdenes por el mero hecho de que eran órdenes. En segundo lugar, como figura más importante de Alemania después del Führer, tengo que aceptar mis responsabilidades, pero eso no pasa por cargar con la culpa de las acciones indignas y de las atrocidades de las que, en mi opinión, son responsables Göbbels y Himmler. En lo relativo a las órdenes, tampoco soy un fanático. Por ejemplo, si los subordinados de Himmler me hubieran hablado del trabajo sucio que estaban llevando a cabo, yo habría podido hacer algo. Aunque ellos también pudieron dimitir y pedir que les enviaran al frente. Pero ningún subordinado de Himmler acudió a mí y, por lo que a mí se refería, las atrocidades no existían. Soy un hombre que, básicamente, se opone a todo tipo de atrocidades o de acciones indignas. En 1934 promulgué una ley contra la vivisección. ¿Cómo es posible que yo estuviera en contra de la experimentación con animales y apoyase las torturas de seres humanos? La acusación afirma que yo tenía algo que ver con los escalofriantes experimentos llevados a cabo en algunos campos de concentración bajo el auspicio de la *Luftwaffe*. Es puro *Quatsch*! (3) Yo estaba demasiado ocupado para saber algo de esos experimentos

médicos y si alguien me hubiera preguntado, los habría rechazado tajantemente. Debió de ser Himmler quien ideó esos experimentos estúpidos, y creo que, con su suicidio, ha eludido toda responsabilidad al respecto. Aunque es algo que no lamento, porque no me gustaría gran cosa compartir el banquillo con él. Y lo mismo puede decirse de ese borracho de Robert Ley, que nos hizo el favor de colgarse antes de que el juicio comenzase. Cuando subiera al estrado no iba a suponer una gran ventaja para nosotros, los acusados.

27 de mayo de 1946

Göring ha permanecido en su celda todo el día, padece una leve ciática en la extremidad inferior derecha, lo que le ha mantenido alejado de la sala del Tribunal algunos días. Quizá sea significativo que el ataque de ciática se haya producido precisamente cuando el caso de Raeder llegaba a su fin para dejar paso a la defensa de Schirach. La ciática parece mínima. De ella, el propio Göring ha dicho:

—Ha empeorado a causa del tiempo. Además, estar todo el día sentado y erguido en el banquillo es muy fatigoso.

Es verdad que en las últimas semanas Göring ha experimentado un evidente cambio de carácter y parece más abatido, aunque desde luego no desanimado ni exageradamente taciturno. Además, demuestra poco interés por el proceso y apenas habla con sus vecinos de banquillo. Algunas veces, cuando Ribbentrop, que se sienta a su lado, se dirige a él, ni siquiera responde.

Me ha parecido que se alegraba de poder charlar y al mismo tiempo temía decir demasiado o demasiado poco. Su vieja técnica, que empleó con

provecho en el curso de su contrainterrogatorio —consiste en evitar las respuestas directas o en no prestar atención a lo que le preguntan y en vez de ello hablar a voluntad de asuntos que considera que le favorecen y para los cuales tiene una explicación razonable—, todavía resulta evidente, pero da la impresión de que está menos alerta o de que todo le importa menos. Su actitud combina jovialidad e indiferencia, particularmente en lo que se refiere a ciertas preguntas que le parecieron desagradables la última vez que mantuvimos una entrevista prolongada.

Le he dicho que he leído una biografía suya y también la breve autobiografía que escribió al llegar aquí, cuya copia se encuentra en la caja fuerte de la prisión. Ha sonreído y sacudido la cabeza.

—*Quatsch*. Nadie conoce al verdadero Göring. Soy un hombre con muchas caras, así que esa autobiografía ¿qué puede revelar? Nada. Y todos esos libros publicados por la editorial del Partido son inútiles.

Le he dicho que me gustaría conocer al «verdadero Göring» desde un punto de vista psicológico y que ésa es la razón de que le haga preguntas que, a veces, pueden resultar poco agradables. Le he recordado que su defensa ha concluido y que nada de lo que yo escriba tiene peso alguno sobre su caso ni puede ser consultado por la acusación.

Göring se ha mofado con muy buen humor.

—Igual que Gilbert, que también es psicólogo. Aunque la diferencia entre un psicólogo y un psiquiatra parece muy marcada.

Le he preguntado qué quería decir con este comentario y me ha dicho que se refiere a que debe de haber una gran diferencia entre la psicología y la psiquiatría. La primera, en opinión de Göring, tiene que ver con «los libros» y la segunda «con las personas». Le he comentado que, desde mi punto de vista, las diferencias no son grandes, salvo que un psiquiatra tiene un título en medicina y un psicólogo uno en psicología, pero a ambos les interesa el

modo de reaccionar de los seres humanos. Ha resoplado y se ha echado a reír.

—Ustedes los estadounidenses, siempre unidos, ¿eh?

Sé que Gilbert, el psicólogo, ha mantenido una relación muy tensa con Göring en las últimas semanas, pero no he dicho nada y me he limitado a señalar que los métodos que emplea cada uno para entender a las personas son variados.

Hemos hablado de muchas cosas. A Göring le gusta que le dejen hablar libremente, sin que le ciñan a ningún tema en particular. En general, he procurado mantenerle en el terreno autobiográfico. Me ha dicho que nació en un hospital de Rosenheim en 1893. La familia de su padre procede de Renania y Westfalia y la de su madre del Tirol y Baviera.

—Tuve una infancia muy feliz.

Habla sin sentimentalismo pero con alguna afectación de su hogar familiar y de su infancia.

—Mi padre era un alto diplomático muy famoso, un hombre de espíritu vital a quien le gustaba la caza, la esgrima y montar a caballo. Tenía una inteligencia superior y era muy buen conversador. Falleció cuando yo tenía veinte años. Padeció diabetes durante dos o tres años, pero se negó a seguir una dieta o a tomar alguna precaución; le encantaba llevar una vida activa y es lo que hizo hasta el final. No tenía ni una sola cana, era rubio como un chiquillo.

La madre de Göring murió cuando él tenía trece años. Era la segunda esposa de su padre y tenía veinte años menos que él.

—Era muy lista y brillante pero, como todas las mujeres, sin ningún poder de lógica o razonamiento. En mi opinión, las mujeres son maravillosas, pero nunca he conocido a ninguna que no fuera más emotiva

que lógica. ¿Está usted de acuerdo con lo que acabo de decir desde su punto de vista como psiquiatra?

He dicho a Göring que hay diferencias de opinión respecto al tema, y que me gustaría que siguiera hablando de sus padres y de su infancia.

—No me gustan las mujeres con demasiado carácter, ni las que son demasiado racionales. Mi madre era todo sentimiento y nada de lógica. No quiero decir que no se pudiera razonar con ella, al contrario, pero no era como mi padre, que sí era una persona fría y racional. Mi energía y amor por la vida los heredé de mi madre; mi aspecto físico y mi estructura mental, de mi padre.

»Mi padre era muy ambicioso y lleno de talento. Fue gobernador general del África sudoccidental alemana, con el cargo de ministro residente.

El padre de Göring se casó dos veces. Su primera esposa falleció. Göring tenía tres hermanastros y una hermanastra, y dos hermanos y dos hermanas con los que posteriormente apenas mantuvo relación.

—Hay mucha diferencia de edad entre nosotros y, además, cuando yo era niño, los hijos solían vivir separados de la familia.

Me ha dado la impresión de que le desagradaba continuar hablando de sus hermanos o de su relación con ellos.

Ha mencionado que su padre tenía «un gran sentido del humor». Pero ¿y él?

—Si no tuviera sentido del humor, ¿cómo podría soportar este proceso? —ha dicho con una sonrisa, como si quisiera demostrar que lo que decía era cierto.

—¿Y Hitler? ¿Tenía Hitler sentido del humor?

—No puedo decirle si lo tenía a partir de 1941 o 1942, no le vi con la frecuencia suficiente para saberlo. Ya no hacía lo que yo quería que hiciera.

—Bien, pero ¿tenía sentido del humor?

—Oh, sí, en cierta manera. Yo no diría que fuera abrumador, pero sí gastaba bromas y se reía de ellas. Sabía apreciar un buen chiste o una anécdota. Sin embargo, a medida que avanzaban los años, era él quien contaba la mayoría de las anécdotas, que repetía con excesiva frecuencia.

Me ha dado la impresión de que, nada más decir esto, Göring se ha arrepentido de haber hablado del Führer de manera crítica. De inmediato, ha añadido, con ligera irritación y el gesto muy serio:

—Pero que Hitler tuviera o no sentido del humor carece de importancia. Era un genio.

He señalado que, de momento, me interesaba más Göring que Hitler y he admitido que el que Hitler tuviera sentido del humor o no tiene poca relevancia. Göring ha continuado con la vista fija en el suelo, muy erguido, concentrado por unos instantes en mis palabras, que el señor Triest le traducía literalmente.

—Deje que le explique con un par de palabras la diferencia entre Hitler y yo. A él, el pueblo alemán le llamaba «mi Führer», a mí, «Hermann». Siempre estuve más cerca del corazón de la gente que Hitler, pero él era un gran líder y yo suscribía su programa por completo. Naturalmente, tuvimos nuestras diferencias, que yo trato de hacerles entender a usted y al mundo, pero Hitler fue un gran hombre al que traicionaron algunos de sus subordinados, como Göbbels. Al final, Hitler no sabía distinguir a sus verdaderos amigos de los falsos. Se produjo una enorme traición. El programa nacionalsocialista, en el que desempeñé un papel nada desdeñable, era un gran movimiento de reforma que habría beneficiado a Alemania si los enemigos de Hitler no le hubieran traicionado.

A continuación, Göring ha descrito con apatía a sus hermanos y parientes. Sus hermanastros, a los que veía rara vez, tienen setenta y seis y sesenta y seis años de edad. Otro de sus hermanastros murió a los

veinticinco años por causas desconocidas. Uno de sus dos hermanos era dos años mayor que él, el otro, dos años menor. Su hermano mayor murió en el frente durante la I Guerra Mundial. Su otro hermano, Albert, nació en 1895. «Nunca se afilió al Partido.» Estuvo en Núremberg algún tiempo, pero ahora se encuentra internado en el campo de Hersbruck.

—Vivía en Austria y mantuvo su oposición al Partido hasta 1938, en que hice que lo nombraran director extranjero de la fábrica Skoda en Praga. Eso fue antes de la ocupación de Checoslovaquia. En realidad, yo no tuve nada que ver con su designación, tan sólo lo recomendé. Conservó el cargo hasta el final de la guerra, sin que mi posición le afectase para nada.

»Está felizmente casado, pero siempre ha parecido diez años mayor que yo. Quizá porque siempre se ha tomado las cosas demasiado en serio. En realidad, nunca nos llevamos bien del todo. Estuvimos doce años sin hablarnos a causa de su actitud hacia el Partido. Aunque ninguno de los dos estaba enfadado con el otro, fue la vida la que nos separó.

De niños, al menos por lo que Göring puede recordar, tenían poco en común. Albert no era tan amante de los deportes como él y discutían sobre cosas sin importancia, «como todos los niños, pero no recuerdo ninguna pelea grave».

Durante su primera infancia, la educación de Göring corrió a cargo de un tutor; luego, fue a un colegio privado. Permaneció en un *Gymnasium* privado de Fürth hasta los trece años y, a continuación, ingresó en una escuela de cadetes de Karlsruhe. Prosiguió su formación en otra escuela de cadetes de Berlín, donde estuvo cinco años, hasta su graduación, en 1911. Hasta donde puede recordar, Göring siempre quiso ser oficial.

—La escuela de cadetes tenía el mismo plan de estudios que el *Gymnasium*. Uno podía estudiar medicina o derecho tras asistir a esa

escuela, pero yo permanecí en el cuerpo de cadetes y, en 1912, me hice oficial.

En 1912, ingresó en el regimiento de infantería Príncipe Guillermo de Mülhausen y en él permaneció hasta 1914. El regimiento llevaba el nombre del príncipe sólo a título honorífico. Era costumbre poner a los regimientos y a otras unidades nombres de miembros de la nobleza.

—En nuestro Ejército eso se cambió. Sólo dos unidades militares llevaban nombres personales: la Guardia Personal o *Leibstandarte* de Adolf Hitler, división perteneciente a las Waffen SS, y la división Hermann Göring, que era una unidad muy variada perteneciente a la *Luftwaffe*, aunque prácticamente equivalente a una división *Panzer*. De la *Luftwaffe* formaba parte el Escuadrón Richthofen, que también conservó su nombre. Yo fui el sucesor de Wolfram Freiherr von Richthofen.

Göring parece poco interesado en estos detalles. Le he comentado que me parecía un poco abatido o, cuando menos, reflexivo.

—Estaba pensando en mi hermano Albert. Me ha preguntado usted sobre mi propio hermano y yo apenas puedo contarle nada de él. Es extraño, pero nos ocurre a todos. Me preguntaba por qué no congeniamos. Albert siempre ha sido la antítesis de mí mismo: a él no le interesa la política ni el Ejército, a mí, sí; él es tranquilo, retraído, a mí me encantan las multitudes y la compañía de los demás; él es melancólico y pesimista, yo soy un optimista. Pero no es mal tipo.

Göring tiene la impresión de que ha salido bien parado tras esta retahíla de diferencias con su hermano menor e inicia una descripción acelerada de su trayectoria desde los inicios de la I Guerra Mundial. Fue teniente de infantería y participó en el frente en las batallas iniciales de la guerra hasta que, en octubre de 1914, se unió a la fuerza aérea. Fue observador hasta junio de 1915 y luego se convirtió en piloto. Primero voló en un

bombardero, pero en otoño de 1915 pasó a ser piloto de caza. En 1916 sufrió heridas graves durante un combate aéreo. En el otoño de 1918 fue nombrado comandante de cuatro escuadrones, que era la formación aérea estable más grande de la I Guerra Mundial. Ha comentado que hacia el final de la guerra eran los ingleses quienes tenían la mayor fuerza aérea y que los estadounidenses sólo tenían unos pocos y modestos aviones que sólo entraron en acción hacia el final del conflicto. Me ha dicho también que sus heridas le mantuvieron lejos del servicio activo tan sólo tres meses del año 1916. Pasó dos meses en la cama de un hospital y el tercero recuperándose en un pueblo de montaña.

—¡Ah! —ha resoplado—. Yo vivo en el presente, no en el pasado. Todas estas reminiscencias no son más que una pérdida de tiempo.

Evidentemente, Göring aborda su retahíla sobre el pasado con tan poco ánimo que acaba por desagradarle. Prefiere hablar de recuerdos más recientes, de las glorias de que gozó durante el Tercer Reich, de la personalidad de los acusados, de cualquier cosa que no sea él mismo ni su vida personal. A continuación, ha iniciado una animada conversación sobre la situación actual que a mí me ha parecido superficial y aburrida, pero que él ha llevado a cabo como si fuera un salvador o un filósofo.

En cierto momento de la entrevista ha hablado de Ribbentrop.

—Es un buen tipo, pero siempre da la impresión de estar a punto de venirse abajo en cualquier momento. A veces lo paso mal, porque muchos de los comentarios que me hace en la sala del Tribunal me aburren. Que cumplió con la voluntad de Hitler y siguió sus instrucciones es verdad. Ha hecho durante su defensa más o menos lo que yo le había aconsejado, pero no tiene ninguna habilidad para debatir con la acusación. Si yo hubiera sido ministro de Exteriores, habría sido capaz de defender mis posiciones sin importar de qué quisieran acusarme, pero Ribbentrop es débil e indeciso.

Göring disfruta hablando de los demás acusados. En general, no desdeña ni sus ideas ni sus acciones, pero su tentación de hacer algún comentario ácido suele vencer su calculado deseo de presentar al régimen nazi como un digno grupo de estadistas impulsados por motivos altruistas. Hemos hablado de Hess y le he comentado que Schirach me había dicho que Hess siempre fue un tipo peculiar, que, probablemente, se sintió desplazado en 1941 y voló al Reino Unido para demostrar que seguía siendo alguien. Le he repetido el análisis de Schirach: Hess fue piloto en la I Guerra Mundial, igual que Göring, pero, a diferencia de éste, sólo lo fue en la última parte de la guerra y no consiguió ninguna condecoración. A juicio de Schirach, es posible que Hess volase a Escocia para demostrar al mundo que también él era un gran aviador.

Göring sonríe. Evidentemente, no quiere dar la razón a Schirach en estos momentos en que entre ellos existe una tensión latente y cada vez mayor. Göring sabe que Schirach está a punto de abandonar la política de «frente común» que él tanto se ha esforzado por mantener. Sabe, por ejemplo, que Schirach ha decidido admitir que Hitler era un asesino, algo que sin duda socava la táctica planteada por él, que, básicamente, consiste en defender la respetabilidad del Estado nazi, pasando por alto las atrocidades, la política belicista y la corrupción generalizada del régimen. Pese a todo, Göring no puede resistir la tentación de hacer algunos comentarios sobre Hess.

—Que yo recuerde, Hess siempre ha estado un poco desequilibrado. Que Hitler le mantuviera en la dirección del Partido es un misterio que nadie acierta a comprender. En mi opinión, se debía a la lealtad de Hitler con sus viejos camaradas. Me acuerdo de una de las ideas brillantes de Hess. Debió de ser en torno a 1936, cuando, por aquel entonces, yo padecía neuralgias. El caso es que, cierto día, llegaron a mi casa tarros y sartenes de varios tamaños. Yo no sabía para qué me las enviaba, pero, al parecer, una era para

meter la mano, otra para meter el brazo, otra la pierna, otra para mi aparato, etcétera. Llamé a Hess y le pregunté para qué me había enviado tantos tarros y si creía que me había propuesto empezar un acuario. Hess me explicó que yo le había dicho que sufría neuralgias y que aquellos tarros y sartenes eran para iniciar mi tratamiento. Le di las gracias, colgué el teléfono y me estuve riendo varios días.

He añadido que Schirach me había comentado que corría el rumor de que Hess tenía un péndulo en su despacho, péndulo que empleaba para decidir cuáles de las cartas que recibía merecían respuesta y cuáles no, y si el remitente era amigo o enemigo. Si el péndulo oscilaba en una dirección, la carta era buena, si lo hacía en la contraria, la carta era mala.

—¿Sabe Göring algo respecto a ese péndulo?

—Claro. Yo vi ese péndulo y sé que lo utilizaba. Jamás presté atención a las extrañas ideas de Hess. Era tranquilo y no hacía mal a nadie. Conozco a un cirujano que empleaba un péndulo semejante. Al parecer, se trata de una superstición muy corriente. —A continuación, Göring ha dicho que, evidentemente, la idea del vuelo de Hess a Inglaterra no era idea de Hitler. Se trataba de una estupidez demasiado grande—. Había muchas otras formas de negociar una paz con Inglaterra si era eso lo que Hitler quería. Podríamos haber recurrido a nuestros diplomáticos en Suecia o Suiza.

Al llegar a este punto, ha retomado el tema de su actitud hacia Ribbentrop.

—Ribbentrop debería decir: «Ésta fue mi política y la defiendo. Un Tribunal extranjero me juzga por lo que hice como ministro de Exteriores de un Estado soberano, es decir, me juzga por algo que no le compete». Eso es lo que habría dicho yo al subir al estrado, si hubiera estado en su situación. En vez de ello, se pierde en sutilezas, objeciones legales, largas explicaciones. Ese tipo de defensa no me merece mucho crédito. Una

defensa tiene que ser como ha sido la mía: clara, directa, sin dar cuartel al fiscal. No se puede obligar a un extranjero a dar cuenta de las acciones que llevó a cabo en su propio país. No es asunto del Tribunal. Personalmente, he utilizado al Tribunal para ofrecer a la historia y al pueblo alemán una última declaración acerca del régimen nacionalsocialista y del papel que yo desempeñé en él. En cuanto al contrainterrogatorio, me importa bien poco. Estuve correcto, pero firme, y respondí a las preguntas con inteligencia.

»Jamás pensé que Ribbentrop fuera un hombre capaz. Como ministro de Asuntos Exteriores, le faltaba habilidad y experiencia. Cuando Hitler le escogió para el cargo, yo me opuse, hubiera preferido que siguiera Neurath. No era un hombre fuerte y Hitler tenía que decirle lo que había que hacer, pero lo habría hecho con más inteligencia y finura que Ribbentrop.

He comentado mi impresión de que a Hitler le gustaba rodearse de figuras extrañas y débiles como Hess y Ribbentrop, los dos hombres de quienes estábamos hablando. Göring se ha tomado un tiempo para contestar y, finalmente, ha dicho:

—Jamás he dicho que en sus últimos años Hitler pudiera soportar algunas críticas. Al principio y al menos en privado, yo hablaba con él con toda franqueza y estuve en desacuerdo con él muchas veces. Más tarde, esto era imposible. Esperaba que todos, incluido yo, asintieran a cada una de sus palabras.

»Incluso en los primeros años de la guerra ejercí una gran influencia sobre Hitler. Mantuve a Suecia fuera de la contienda. A través de mis amigos en Suecia, me las ingenié para que el rey Gustavo escribiese una carta a Hitler confirmándole que Suecia se defendería frente a cualquier intento de invasión. Hitler consultó conmigo el asunto y yo le dije que había que tener en cuenta las palabras de Gustavo. Además, añadí, ¿qué demonios podíamos ganar nosotros invadiendo una nación neutral que nos servía de

más ayuda manteniéndose al margen de la guerra que interviniendo en ella? Los suecos saben que yo le ahorré a su país una guerra. Birger Dahlerus, mi testigo, lo sabe muy bien[10].

A continuación, hemos hablado de Hitler. Me parece evidente que Göring trata conscientemente de hablar bien de todos, sin insinuar sus debilidades, cosa que sin embargo hace de manera inconsciente. Se esfuerza por mantener su solidaridad con todo lo nazi —sobre todo con los «nazis buenos»— y elabora una leyenda según la cual algunas personas traicionaron al régimen y precipitaron la derrota de Alemania y el cambio de personalidad de Hitler. ¿Y qué opina de la muerte de Hitler? ¿Cree de verdad que se suicidó? Y si es así, ¿no le parece un acto de cobardía? Göring adopta un aire de lealtad y desaprobación ante el atrevimiento que supone preguntarle, a él, si Hitler se había portado como un cobarde.

—No, en absoluto fue un acto de cobardía. ¿Se imagina a ese hombre en una celda como ésta? Hitler era el alma y el símbolo de Alemania. Nadie juzgó al káiser Guillermo tras la I Guerra Mundial, nadie va a juzgar al emperador Hirohito de Japón, y, sin embargo, es probable que hubieran querido juzgar a Hitler. Yo estoy aquí para hablar en su nombre. No es cuestión de cobardía que permitiera que otros asumieran la responsabilidad de sus actos. Es una responsabilidad que yo asumo con satisfacción en su lugar. Tal como manifesté ante el Tribunal.

Tras estas elegantes palabras, su voz denota poca convicción. Como si estuviera reproduciendo el disco rayado de una canción desafinada.

Me ha dicho que está seguro de que Hitler se suicidó porque, el 22 de abril de 1945, Speer le dijo que lo hiciera. Eva Braun le había dicho a Speer que el Führer y ella tenían intención de morir juntos en Berlín. He preguntado a Göring si conocía a Eva Braun y qué clase de mujer era. He añadido que el doctor Brandt, el médico personal de Hitler, me ha dicho

que, en varias ocasiones, Hitler le había dicho: «Cuanto mayor el hombre, menor debe ser la mujer que tenga a su lado». Con este comentario, Göring ha encontrado la rendija por donde introducir su cuña sobre la respetabilidad de Hitler y del nazismo.

—El Führer, igual que yo —ha dicho con orgullo—, sentía un gran respeto por las mujeres. Con Eva estaba satisfecho. No llegué a conocerla bien, tan sólo coincidí con ella un par de veces. Se desvivía por Hitler, como debe ser. No era una gran belleza, pero no estaba mal. Era muy dulce, creo. A Hitler nunca le gustó que los dirigentes del Partido se divorciasen de sus esposas para casarse con mujeres más jóvenes. Entre los acusados hay algunos ejemplos: Frick y Schacht se casaron en contra de los deseos de Hitler. ¿Se da usted cuenta de que Schacht, que casi ha cumplido los setenta años, está casado con una mujer mucho más joven que él? Pero claro, ahora Schacht es un hombre de moral elevada, ¡un hombre recto!

—¿Tenía Hitler mucha consideración por el pueblo llano?

De nuevo, Göring se muestra digno y desdeñoso ante la idea de que se cuestionen los motivos del hombre que *simbolizaba* a Alemania.

—Dedicó su vida a la nación alemana —ha afirmado, pero, a continuación, ha abandonado el tema con brusquedad.

Yo he insistido, haciendo caso omiso de su desdén. ¿Qué tiene que decir del último testamento de Hitler? Schirach, Speer, Fritzsche y otros acusados me han dicho que demostraba la megalomanía de Hitler y lo poco que le importaban los demás. Según Schirach, he añadido, ese testamento no es más que un ataque vitriólico a los demás, a quienes culpa de la derrota de Alemania, y una burla al pueblo alemán.

Göring se ha removido en su asiento y, por vez primera en la entrevista de hoy, le he visto inquieto y a la defensiva.

—En primer lugar, estoy seguro de que no fue Hitler quien redactó ese maldito testamento. Es probable que un cerdo como Bormann lo hiciera por él. En cualquier caso, cuando se examina con detalle, el testamento no es tan terrible. Y ahí estaba Berlín, sometido a bombardeos sin interrupción. El fragor de la artillería de los sucios rusos, los bombarderos estadounidenses y británicos desde los cielos. Es posible que Hitler sufriera un ligero desequilibrio a causa de todo ello. Si escribió el testamento en tales condiciones, no hay que descartar cierta histeria. No obstante, ¿qué importa ya? —Göring ha guardado silencio durante unos instantes, y luego ha continuado—: Probablemente crea usted que estoy celoso porque Hitler nombró sucesor a Dönitz, pero eso es ridículo. Yo era demasiado importante para él, por eso no me eligió. Yo también era un símbolo de Alemania, pero Dönitz, ¿quién era Dönitz? Un almirantillo capaz de negociar la paz. ¿A quién podía nombrar Hitler? Desde luego, no a Ribbentrop, en quien en el extranjero nadie confiaba. No a mí, ¡su coetáneo más eminente!

¿Había algún detalle de Hitler que Göring desapruebe?

—Sin duda, a lo largo de los años, muchas cosas. Pero la verdad es que a partir de 1941 apenas pasé tiempo en su compañía si no era en actos oficiales. Estaba rodeado por un anillo de acero que formaban Bormann, Himmler y Ribbentrop. Creo que las atrocidades, en el caso de que existieran, y, permítame, porque yo dudo de que fueran técnicamente posibles (y si lo eran, no creo que Hitler diera la orden), tuvieron que ser cosa de Göbbels y de Himmler. Sólo hay una cosa que me sorprenda del gran final de Hitler, su matrimonio con Eva Braun, que me parece un gesto sentimental. Es un detalle excesivamente melodramático que podría haberse ahorrado.

He recordado a Göring que, hacía unos momentos, había dicho que, quizá, Hitler podía sufrir un pequeño trastorno. ¿Trastorno en qué sentido?

—No en el sentido de que se hubiera vuelto loco, por supuesto. Me refería al tronar de los bombardeos sobre Berlín en el momento en que estaba escribiendo el testamento. Si sufría un pequeño desequilibrio, era también a causa de las derrotas militares que podrían haberse evitado si algunos de sus generales y otras personas no le hubieran traicionado. El atentado del 20 de julio de 1944 es una señal de la traición de algunos generales.

He dicho que nos habíamos desviado mucho del tema, pero que la conversación ha resultado muy interesante. Göring ha sonreído y ha dicho:

—Ha sido mejor que dos APC[11]. Hasta me he olvidado de la ciática. Vuelva mañana, ¿o le parece que puedo asistir a las sesiones?

He contestado que dependería de cómo se sintiera.

—En ese caso, creo que me quedaré. El juicio no está demasiado interesante en estos días.

Le he recordado que Schirach estaba en el estrado.

—Prefiero asistir a su contrainterrogatorio —ha dicho, riendo—. En cualquier caso, sé lo que va a decir.

28 de mayo de 1946

Esta tarde, cuando he entrado en su celda con el señor Triest, Göring estaba en su celda fumando su larga pipa tirolesa. Nos ha dirigido una sonrisa un tanto forzada en un esfuerzo por parecer alegre y nos ha invitado a sentarnos. Le he preguntado qué tal estaba de la ciática y ha respondido que mucho mejor. Ya camina con normalidad y apenas presenta síntomas de neuritis ciática.

Le he comentado que parecía algo «apagado» y si acaso estaba deprimido o algo parecido. Ha mantenido la vista fija en la pared y ha dicho:

—Bueno, esta ciática me ha desanimado un poquito y debo reconocer que, en general, no estoy tan contento como podría. No lo comprendo. Por otro lado, estoy sometido al juicio de un Tribunal que podría condenarme a muerte, en una posición que dista mucho de la que disfruté durante tantos años, así que supongo que es natural que de vez en cuando me sienta algo decaído. ¿Sabe? Paso gran parte del tiempo fantaseando. Por ejemplo, cuando en la sala me aburro o se tratan cosas muy desagradables, cierro los ojos, protegido por los cristales oscuros de las gafas, y vivo prácticamente en el pasado, recuerdo tiempos mejores. Pienso, por ejemplo, en las grandes fiestas que con tanta frecuencia di en Karin Hall o en la gran popularidad de que disfrutaba entre el pueblo alemán, lo cual me causa gran placer y satisfacción. Estoy seguro de que pasaré a la historia como alguien que hizo mucho por el pueblo alemán. Éste es un proceso político, no penal. Si el Partido, o la SS o incluso el Ejército incurrieron, como dicen los cargos, en algún crimen, yo, desde luego, no tengo nada que ver con ello. Es cierto que mi posición de segundo en el escalafón político después de Hitler convierte en ridícula esta afirmación, tal vez cerré los ojos al verdadero significado de lo que estaba ocurriendo en Alemania, pero siempre luché por el bien del pueblo llano. Acabo de mencionar las grandes fiestas celebradas en Karin Hall, pero, en realidad, fueron pocas y espaciadas en el tiempo. En general, mantuve un comportamiento absolutamente ético y perseguí los más altos objetivos.

—¿Querría contarme algo más de su colección de arte?

—Me alegro de que me haga esa pregunta, porque es algo que no he tenido oportunidad de aclarar ante el Tribunal. Han tratado de dar de mí una imagen de saqueador de tesoros artísticos. En primer lugar, en una guerra

todos saquean un poco. Sin embargo, nada de lo que me acusan era ilegal. Es posible que yo abonara por los artículos un precio bajo, inferior a su valor, pero siempre pagué por ellos o me llegaron por conductos oficiales, a través de la división Hermann Göring, que, junto a la Comisión Rosenberg, fue la que me suministró la colección de arte. Quizá una de mis debilidades haya sido que amo estar rodeado de lujo y que poseo un temperamento tan artístico que las obras de arte hacen que me sienta vivo y radiante en mi interior. Pero siempre tuve la intención de donar esos tesoros artísticos, cuadros, esculturas, tallas, joyas, etcétera, a un museo estatal después de fallecer o antes, a mayor gloria de la cultura alemana. Considerándolo desde ese punto de vista, no veo qué tiene de reprochable éticamente. No es lo mismo que si yo acumulase obras de arte con el fin de venderlas o para convertirme en un hombre rico. Yo amo el arte por el arte mismo, como ya he afirmado, y mi personalidad exigía que me rodease de los mejores ejemplos del arte universal[12].

Le he dicho que esto parece evidente y que mi propia interpretación del hecho de que acumulase tantas obras de arte es que se sentía muy feliz cuando se veía rodeado de lujo, lo cual es una faceta de su personalidad, algo que, en realidad, él no se tomó nunca muy en serio. He añadido, sin embargo, que a los ojos del mundo él se había apropiado de tesoros artísticos que durante siglos pertenecieron a otros países y los había reunido en su residencia en grandes cantidades, lo cual no era en sí mismo un gesto muy laudable.

—Es usted el primero que parece comprenderlo —ha comentado Göring, asintiendo—. Estoy de acuerdo con todo lo que usted acaba de decir. De todos los cargos de que se me acusa, el llamado saqueo de obras de arte es el que me causa más angustia. Pero no lo hice con ánimo de saquear. Me gusta rodearme de belleza. En definitiva, yo no quería esas piezas para mí,

habrían acabado en los museos de Alemania, para la posteridad. Y si yo no las hubiera cogido, habrían acabado en manos de esos malditos rusos. —Al decir esto último ha sonreído como si se hubiera apuntado un tanto.

Le he preguntado qué opinión le merecen los rusos y por qué siempre que se refiere a ellos dice «malditos rusos» y siente tanta antipatía hacia el pueblo ruso.

—Los rusos son gentes primitivas. Además, el bolchevismo es algo que sofoca el individualismo, lo cual está en contra de mi naturaleza más íntima. El bolchevismo es peor que el nacionalsocialismo; en realidad, no se pueden comparar. El bolchevismo está contra la propiedad privada, y yo estoy a favor; el bolchevismo es bárbaro y feroz y estoy convencido de que las atrocidades cometidas por los nazis, de las cuales, a propósito, yo no sabía nada, no han sido ni tan grandes ni tan crueles como las que han perpetrado los comunistas. Odio a los comunistas con acritud, porque odio su sistema. La fantasía de que todos los hombres son iguales es ridícula. Siento que soy superior a la mayoría de los rusos, y no sólo por ser alemán, sino porque mi bagaje cultural y familiar es superior. Qué irónico resulta que toscos campesinos rusos vestidos con uniforme de general se sienten a juzgarme. Por muy educado que esté, un ruso sigue siendo un bárbaro asiático. En segundo lugar, los generales y el Gobierno rusos planearon una guerra contra Alemania porque representamos una amenaza ideológica para ellos.

»En el Estado alemán, yo era quien más me oponía al comunismo. Admito, con toda franqueza y con orgullo, que fui yo quien creé los primeros campos de concentración para encerrar en ellos a los comunistas. ¿Le he contado cómo, en cierta ocasión, envié a España un barco cargado de piedras y ladrillos bajo los cuales coloqué una sola capa de munición que había pedido el Gobierno rojo de España? El propósito de ese barco era

suministrar municiones al Gobierno rojo, que estaba a punto de derrumbarse. Fue una broma estupenda y me siento orgulloso de ella, porque quería con toda mi alma ver cómo era derrotado el comunismo ruso en España.

He dicho a Göring que hay muchas cosas de su visión del mundo que no comprendo. En primer lugar, ¿qué puede decirme de la importancia que concede al juramento de lealtad y del valor absoluto de las órdenes?

—También me alegro de que me haga esa pregunta. Para nosotros, los alemanes, un juramento de fidelidad es más importante que cualquier otra cosa. El Tribunal no se da cuenta de que el acatamiento a las órdenes es una excusa legítima para casi todo. El Tribunal se equivoca. Pero, permítame, he dicho «casi todo». No considero que el exterminio de mujeres y de niños pueda llevarse a cabo ni siquiera aunque se haya prestado un juramento. Por mi parte, me cuesta creer que se haya exterminado a mujeres y a niños. Tuvo que ser ese delincuente de Göbbels, o tal vez Himmler, quien influyó en Hitler para que hiciera algo tan espantoso. Mantengo una postura muy cínica respecto a este proceso. Es la prensa mundial la que debate el proceso en la sala. Todo el mundo sabe que los jueces rusos y franceses han decidido que todos somos culpables y, mucho antes de que comenzase el juicio, recibieron instrucciones de Moscú y de París para que nos condenen. Está todo decidido y el proceso es una farsa. Es posible que los jueces estadounidenses y británicos se esfuercen por que el juicio sea legítimo, pero incluso en su caso tengo mis dudas.

Le he pedido que me comente sus últimas reflexiones o impresiones del juicio, pero parecía fatigado y sin ganas de extenderse. No obstante, me ha respondido.

—Francamente, tengo la intención de convertir este juicio en una broma. Creo que un país extranjero no tiene ningún derecho a juzgar al Gobierno

de un Estado soberano. He renunciado a criticar a mis compañeros de banquillo, pero lo cierto es que son un grupo variopinto y poco representativo. Algunos de ellos son tan irrelevantes que ni siquiera había oído hablar de ellos. Admito que tienen todo el derecho a incluirme a mí entre los grandes nazis que dirigimos Alemania, pero ¿por qué incluir a Fritzsche? Sólo era uno de los jefes de las muchas secciones del Ministerio de Propaganda. Y, además, juzgan a un hombre como Funk, que no tiene culpa de nada. Sólo seguía órdenes, mis órdenes. También juzgan a un tipo como Keitel, quien, aunque le llamaran mariscal, no es más que un hombrecillo que hacía cuanto Hitler le decía. De todos los acusados, los únicos que somos lo bastante grandes como para merecer un juicio somos yo, Schacht, tal vez Ribbentrop, aunque no era más que un débil eco de Hitler, Frick, que propuso las leyes de Núremberg[13], y quizá algunos otros como Rosenberg y Seyss-Inquart. Los demás eran gregarios que demostraron poca iniciativa.

»Por otro lado está la farsa del caso contra el Estado Mayor de la *Wehrmacht*. Los militares no formaban parte de ninguna conspiración para iniciar la guerra, se limitaban a aceptar órdenes y a cumplirlas, como habría hecho cualquier soldado u oficial alemán. Si hubo conjura, la llevaron a cabo personas que han muerto o han desaparecido, es decir, Himmler, Göbbels, Bormann y, naturalmente, Hitler. Siempre pensé que Bormann era un tipo criminal y primitivo y jamás confié en Himmler. Si por mí fuera, los habría destituido —dice Göring, y sonríe con complicidad—. ¿Sabe? Uno puede librarse de alguien de muchas maneras muy sutiles. Por ejemplo, puedes destituir a alguien de pronto, pero eso es menos eficaz cuando ese individuo tiene poder y apoyos que ir disminuyendo poco a poco su influencia dándole más y más cargos absurdos. En el caso de Himmler, yo le habría ascendido sobre el papel y le habría hecho jefe de esto y lo otro,

pero al final, habría perdido todo poder. En primer lugar, le habría quitado la Policía, más tarde, yo mismo habría asumido el control de la SS. De este modo, no se habrían producido circunstancias como los asesinatos en masa. Porque aunque Hitler era un genio y un carácter fuerte, era influenciable, y tuvieron que ser Himmler y Göbbels quienes ejercieron sobre él la influencia necesaria para seguir adelante con una idiotez semejante a las cámaras de gas y los crematorios para eliminar a millones de personas.

»Aunque uno no sienta la menor compunción al pensar en el exterminio de una raza, el sentido común nos dice que, en nuestra civilización, eso es un acto bárbaro y recibirá muchas críticas en el extranjero y en el interior, que será condenado como el mayor acto criminal de la historia. Bien entendido que yo, aunque posea mi propio código caballeresco, no soy un moralista. Si creyese de verdad que matar a los judíos podría servir de algo, como hubiera servido ganar la guerra, no me habría molestado gran cosa. Pero ha sido completamente absurdo y no ha servido para otra cosa que para ensuciar el nombre de Alemania. Tengo conciencia y comprendo que matar a mujeres y niños sencillamente porque da la casualidad de que son las víctimas de la propaganda histérica de Göbbels no corresponde al proceder de un caballero. No creo que vaya al cielo ni al infierno cuando muera, no creo en la Biblia ni en muchas cosas en las que sí tienen fe los creyentes, pero siento veneración por las mujeres y me parece muy poco deportivo matar niños. Eso es lo que más me molesta del exterminio de los judíos. En segundo lugar, también desapruebo la poco favorable reacción política que necesariamente conlleva un programa de exterminio tan carente de sentido. Por lo que a mí respecta, no me siento en absoluto responsable de los asesinatos en masa. Es cierto que, como segunda figura en importancia del Estado detrás de Hitler, oí rumores sobre los asesinatos en masa de judíos, pero no podía hacer nada, y sabía que de poco servía

investigar esos rumores y comprobar su veracidad, cosa que no me habría resultado demasiado difícil, pero estaba demasiado ocupado con otras cosas y, si hubiera sabido lo que estaba ocurriendo, sólo me habría valido para sentirme incómodo cuando, de todas formas, podía hacer muy poco por evitarlos.

He preguntado a Göring qué piensa ahora de haberse unido a Hitler y por qué lo hizo.

—Bueno, yo estaba contra el Tratado de Versalles y contra el Estado democrático, que no supo resolver el problema del desempleo y que, en lugar de convertir a Alemania en una nación poderosa, la estaba convirtiendo en un Estado pequeño, menor. Estoy convencido de que la cultura alemana, incluso ahora que Alemania está en ruinas, es la más elevada del mundo, porque ha dado el arte y la música más grandiosos, tenía una enorme capacidad industrial, etcétera. Me dan ganas de reír cuando los ingleses afirman que son una nación maravillosa. Todo el mundo sabe que, en realidad, los ingleses son alemanes, que los reyes ingleses eran alemanes y que los emperadores de Rusia o bien eran de origen alemán o bien se educaban en Alemania. Conocí a Hitler en 1922, en una reunión. Al principio, no me impresionó mucho. Al igual que yo, en aquel primer encuentro él habló poco. A los pocos días le oí pronunciar un discurso en una cervecería de Múnich. Habló de una Alemania más grande, de la abolición del Tratado de Versalles, del rearme y de la gloria futura del pueblo alemán. De modo que uní mis fuerzas a las suyas y me afilié al Partido Nacionalsocialista. Todo eso sucedió en los días en que Hitler era un político menor, aunque siempre tuvo ideas elevadas. Se sentía muy honrado de que colaborase con él, porque yo tenía cierta fama como sucesor de Richthofen. Hitler me pidió que me hiciera cargo de la SA, que entonces estaba en proceso de transformación para convertirla en una organización

militar. Me divertí mucho. En aquella época, Hitler estaba abierto a las sugerencias y, si es que yo puedo decir algo así, desempeñé un papel fundamental en su posterior llegada al poder. Estoy convencido de que, aunque Hitler no hubiera aparecido en la escena, yo habría llegado a ser un político eminente y un militar importante en Alemania y habría logrado ganar una guerra. En realidad, si no me hubiera visto desplazado a ojos de Hitler por gente inferior como Himmler y Bormann, podría haber ejercido una mayor influencia sobre él y, tal vez, evitado la guerra.

»He afirmado ante el Tribunal y se lo repito a usted, que la guerra no la empezaron ni Hitler ni Alemania, sino los Aliados. Su país obligó a Inglaterra a entrar en guerra cuando invadimos Polonia. Inglaterra estaba a favor de la paz y no quería la guerra. Creo que el duque de Windsor, que fue Rey, abdicó de la corona no porque quisiera casarse con una dama estadounidense, sino porque era amigo de Alemania y se daba cuenta de hasta qué punto nosotros teníamos razón y Estados Unidos iba a llevar a Inglaterra a la guerra[14].

Al llegar a este punto, he comentado a Göring que sus puntos de vista son muy distintos de los míos, pero que, no obstante, me interesaba mucho oír su opinión. Le he pedido que continúe contándome lo que piensa de la guerra, los juicios, Hitler, etcétera. Ha sonreído con ironía y ha dicho:

—Sí, supongo que ésta es la única oportunidad de decirle al mundo, a través de usted, todo lo que sé y cuál ha sido siempre mi visión del mundo. Lo más extraño de todo es que no me siento como un criminal y que si yo me hubiera encontrado en Estados Unidos, en Sudamérica o en cualquier otro lugar, sería probablemente una figura política eminente. Soy un capitalista y un hombre cultivado. Por eso no puedo tolerar esta prisión en la que se me trata como a un ladrón o a un criminal. Tengo que cuidar cada paso que doy, cada cosa que digo. Cuando doy rienda suelta a mis

reacciones espontáneas, como la de reírme de los rusos cuando tratan de contrainterrogarme, o, por ejemplo, cuando me entra la risa al ver las pruebas de las atrocidades, lo que, como ya le he explicado, no se debe a que me parezca gracioso, sino a que, por personalidad, me río ante la adversidad, cuando hago eso, el doctor Gilbert piensa que me tomo a broma esos horrores y me tratan como a un niño travieso. Estoy absolutamente convencido de que este proceso es una burla y que algún día, cuando ustedes los estadounidenses no sepan ya qué hacer con los innumerables problemas que les van a crear los rusos, me verán a mí y lo que hice bajo una luz muy distinta.

»El cargo de conjura es una farsa. Todo se remonta al Tratado de Versalles y al hecho de que Alemania se vio obligada a tomar medidas

para recuperar su dignidad como nación. La República de Weimar fue un fracaso y yo ya había tenido bastante de esa presunta democracia. Esa forma de Gobierno puede funcionar en Estados Unidos de igual modo que el comunismo puede funcionar en Rusia, pero no es para nosotros, los alemanes. No es lo natural para mí ni para mi pueblo. Nosotros los alemanes somos apolíticos, y unas elecciones pueden decantarse del lado que uno quiera porque el pueblo es muy ingenuo. Por ese motivo creo en el principio del líder. Alemania necesitará un líder fuerte en el futuro, como ha sucedido siempre.

RUDOLF HESS

1894-1987

Rudolf Hess era el lugarteniente de Hitler en el Partido Nazi. Durante el proceso de Núremberg dio muestras de tener mermadas sus facultades mentales. Fue declarado culpable de conjura y de crímenes contra la paz, y sentenciado a cadena perpetua. Pese a las numerosas demandas de ponerle en libertad por razones humanitarias, permaneció en la prisión de Spandau hasta su muerte, a la edad de noventa y dos años.

8 de junio de 1946

Rudolf Hess estaba tendido en su cama y, pese a que el día era cálido, llevaba puesto el abrigo y se cubría con varias mantas. Tenía la misma cara apenada y demacrada de siempre, con los labios apretados y los maseteros muy prominentes. Me ha dicho que ha tenido pinchazos inusualmente dolorosos en el estómago. Le he preguntado si va recuperando memoria, y me ha dicho que la tiene «muy mal». Hoy parecía convencido de que la grasa de la comida que le dan tiene demasiada sal y de que ésta no es buena para su salud. Ha pedido otro alimento con un tipo de grasa distinta, mantequilla (si es posible) sin sal. También me ha dicho que cree que el café que le dan por las mañanas le debilita y se pregunta si, a causa de ello, no pueden darle otro tipo de líquido.

Hemos vuelto a hablar de sus primeros años de vida. Le he comentado que considero que este tipo de conversación es más provechosa y estimulante para su memoria que los tests de memoria ortodoxos. Él me ha replicado que está de acuerdo, puesto que este tipo

de conversación le ha ayudado en el pasado, al menos hasta cierto punto. Me ha dicho también que hoy ha recordado que su padre fue comerciante en Egipto, pero que no podía recordar qué vendía o en qué negocio estaba metido. Tampoco recuerda cómo era o qué aspecto tenía. Cree que era fácil llevarse bien con él, pero es una mera suposición, resultado, quizá, de que yo le haya preguntado si era un hombre de trato fácil o difícil. Tampoco recuerda cómo era su madre. Dice que debió de verla poco antes de su viaje a Inglaterra, porque ella vivía en Alemania por aquel entonces. Dice también que tiene un hermano y una hermana, Alfred y Margaret, ambos más jóvenes que él. Recuerda que Alfred era comerciante, como su padre. Alfred y su padre abandonaron Egipto después que él, pero ambos acabaron

regresando a Alemania. Cree que su hermana está soltera, pero no sabe a qué se dedica ni recuerda su aspecto. Me ha dicho que probablemente viera a sus hermanos antes de volar a Inglaterra, pero no está seguro. Me ha dicho que se acuerda de cómo era la casa de Alejandría en que vivía. Parecía excesivamente aquiescente a mis preguntas, de modo que sus respuestas no son muy fiables[1].

Hess ha escrito algunas notas en alemán que tiene sobre la mesa. Parecen normas para mantener una buena salud. Probablemente las haya escrito para ayudar a su memoria. El señor Triest les ha echado un vistazo, y esto es lo que dicen:

> *Comer poco. No tomar pastillas para dormir*. Sólo servirá para disminuir sus efectos en el caso de que te hagan realmente falta. Tomar menos de la otra medicina [un analgésico]. En lugar de huevo, pedir *pan y mermelada. No comer ni beber por la mañana* para no cansarse tanto. Pedir al doctor *zumo de naranja o de limón* de vez en cuando. No comer *alimentos salados*. Si lo haces, tendrás más *pinchazos*.

ALFRED JODL

1890-1946

Alfred Jodl fue jefe de operaciones del Alto Mando de la *Wehrmacht* (OKW) entre 1939 y 1945. Fue declarado culpable de conjura, crímenes contra la paz, crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad. Murió en la horca el 16 de octubre de 1946. El 28 de febrero de 1953 fue rehabilitado a título póstumo por un Tribunal de desnazificación que le declaró no culpable de crímenes contra las leyes internacionales.

17 de marzo de 1946

Alfred Jodl, a quien he visto esta tarde en una breve entrevista, es un hombre de rostro rubicundo y rasgos muy marcados. Estaba como siempre, muy amable, aunque lo primero que me ha dicho, o casi, nada más entrar, ha sido: «Ah, viene usted a ver a los demás, pero a mí, muy rara vez». He contestado, a través del señor Triest, que como él sabía, yo soy psiquiatra y, como tal, me he percatado de que no necesita mis servicios de manera particular. He dicho esto con buen humor y así lo ha traducido Triest, pero Jodl se ha tomado mis palabras completamente en serio.

—Sí, soy muy normal, todo está en su sitio, yo no voy a convertirme en un caso clínico.

A continuación le he dicho que me interesaba más la personalidad de los acusados de modo que el que hable con él no significa que piense que padece alguna anormalidad. Él me ha comentado que se da perfecta cuenta de ello.

Parecía distante, pero no hostil. Me ha dicho que su tío, el profesor Jodl, que murió en 1913, había impartido clases en la Universidad de Múnich. Era catedrático de filosofía, un sabio. Se parece a su tío, me ha dicho, en muchas cosas, como, por ejemplo, en su interés por la filosofía y una tendencia a filosofar que le permite aceptar el proceso y las dificultades que sufre sin incomodarse. En su opinión, se debe a la influencia de su tío. Ha hecho hincapié en que es bávaro, en que su temperamento es el de un bávaro, en que tiene un antiguo linaje bávaro. Nació en 1890 en Würzburg y su padre era oficial de artillería. Tiene cinco hermanos. Él es el tercero.

Formación: Escuela elemental en Landau, 1896-1899; en Múnich, 1899-1900. Escuela secundaria hasta 1903. Escuela de cadetes, 19031910; también en Múnich.

Matrimonios: Primer matrimonio con la condesa Irma von Buillon, que falleció en 1944 a consecuencia de una intervención quirúrgica. Volvió a casarse en marzo de 1945 con Luise von Benda. Me ha enseñado una fotografía de su primera esposa que ya ha fallecido y otra de su esposa actual, ésta aparece tendida y con traje de baño. Luise que es, sin lugar a dudas, mucho más joven que él, está ayudando a sus dos abogados defensores en la preparación del caso. Jodl puntualiza con orgullo que él es el único de los veintiún acusados que dispone de dos catedráticos de Derecho como abogados. Uno de ellos, el profesor Franz Exner, estuvo en el pasado en la Universidad de Múnich, donde conoció a su tío, el profesor Jodl.

En cuanto a su actual estado de ánimo y actitud, Jodl sostiene que pasó toda la guerra en los cuarteles generales de Berlín o de cualquier otro lugar, con el Führer, de manera que no tiene nada que ver con las atrocidades ni con las demás barbaridades cometidas durante la guerra. En su interior, se siente inocente, afirma, de manera que la encarcelación no le incomoda.

Sobre su mesa, y tras las fotografías de sus esposas, tiene otra con una vista de Berchtesgaden. Me ha descrito con detalle dónde se encontraba su residencia y dónde estaba la del Führer con respecto a la fotografía.

Jodl es una persona gris que requiere un estudio lento y detallado. Parece un hombre competente, frío, terco como un buey y obsesivo. Puede que me equivoque, pero es lo que me sugiere su actitud, sus maneras distantes y también el comentario que me ha hecho nada más entrar en la celda con relación a la poca frecuencia con que le visito a él en comparación con las veces que veo a otros acusados. Al parecer, no se le ha pasado por alto.

ERNST KALTENBRUNNER

1903-1946

Ernst Kaltenbrunner era un funcionario de Policía austriaco que apoyó activamente al Partido Nazi y la anexión de Austria en 1938. Fue nombrado director de la Oficina Central de Seguridad del Reich (RSHA) en 1943. En Núremberg, fue declarado culpable de crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad. Murió en la horca el 16 de octubre de 1946.

22 de marzo de 1946

Este gigantón demacrado y con el rostro marcado por una enorme cicatriz, Ernst Kaltenbrunner, ha sufrido dos episodios de hemorragia subaracnoidea durante su estancia en prisión: el último ataque lo tuvo en diciembre. Desde entonces está bastante mejor y ha podido volver del Hospital General estadounidense, en el que recibía sus tratamientos.

Hoy ha estado ocupado trabajando con algunos documentos, pero ha agradecido nuestra visita dominical. Ha dicho que era para él un respiro, porque llevaba varias horas examinando documentos. Es comedido, tiene una voz bien modulada y habla con mucha cortesía. Me da la sensación de que hace cuanto puede por dar la impresión de que no es el feroz jefe de Policía y sucesor de Himmler que la prensa afirma que es. No obstante, su mansedumbre, tranquilidad y sus exquisitos modales parecen indicar capacidad para la acción despiadada e implacable siempre que lo juzgase necesario a tenor de las circunstancias.

Estaba, no hay duda, revisando su estrategia de defensa, de modo que, tras hacerme sitio en su silla y con el señor Triest sentado a su lado en el catre, ha iniciado una recitación que más parecía dirigirse a sí mismo.

—He hablado con usted en otras ocasiones, pero sólo para intercambiar cortesías. Hasta ahora, todo el mundo ha asumido que yo soy Kaltenbrunner, el hombre grande y malo que más próximo estaba a Himmler y parecía su sucesor. Pero creo que, al cabo de este tiempo, después de haber tratado mis hemorragias cerebrales tanto en el hospital como aquí en mi celda, habrá podido usted observar que no soy el tipo tosco y desagradable por el que probablemente me tiene la opinión pública a causa de las atrocidades cometidas bajo la dirección de Himmler y de las que soy completamente inocente.

Kaltenbrunner parece decidido a darme una conferencia acerca de la estructura y variabilidad de la Oficina Central de Seguridad del Reich.

—Era una organización muy cambiante y que tuvo rango ministerial entre 1933 y 1945. Si no se comprende cuál era la situación política en Alemania, es difícil entender este órgano. Yo comencé a trabajar para Hitler en 1938. ¿Se da usted cuenta de que yo he sabido la mayoría de las cosas que estaban sucediendo —las atrocidades, los campos de concentración, los asesinatos en masa, las cámaras de gas, el terror de los partisanos y los terribles métodos que la propia Policía empleaba contra el pueblo alemán —, de que he sabido de la mayor parte de esas cosas aquí, porque desde 1943 me limité a trabajar en la sede de la RSHA en Berlín?

»Para que lo comprenda usted, he de remontarme a la llegada de Hitler al poder en 1933. Concentrémonos en la Gestapo a comienzos de 1933. Al igual que sucede en todos los estados, el Estado alemán contaba con sus propias organizaciones policiales, organizaciones cuyos miembros eran, en su mayoría, funcionarios de Policía.

»Existía una Policía Criminal y una Policía Política del Reich, y ambas se agrupaban bajo el nombre de Policía de Seguridad, que es como se llamaron a partir de 1936, año en que se unieron definitivamente. De modo que debe entender que la Policía de Seguridad estaba compuesta por la Policía Criminal y por la Policía Política.

»La segunda gran institución policial, separada de la primera, era la Policía ordinaria, que estaba dividida en tres cuerpos:

»En primer lugar, la Gendarmería, que tenía presencia en todo el territorio y hacía también las funciones de la Policía criminal en las zonas rurales. Si se producía un robo o un asesinato, no enviábamos a la Policía Criminal desde Berlín, sino que los gendarmes se ocupaban de resolverlo. En segundo lugar, la policía uniformada de las grandes ciudades, que dirigía el tráfico, el comercio, etcétera. En tercer lugar estaba la Brigada Policial de

Incendios, que contaba con funcionarios en las ciudades, pero que era una organización de voluntarios en el campo y en los distritos rurales.

»A partir de 1933, la Policía Criminal, que, oficialmente, actuaba en todo el Reich, fue agrupada bajo la dirección de la Oficina de Policía Criminal del Reich[1].

»La Policía Política, que existía ya antes de 1933, fue incluida en la *Geheime Staatspolizeiamt* [Oficina de la Policía Secreta del Estado], cuyo nombre abreviado es Gestapo. No obstante, se trata de un nombre empleado por los enemigos de Alemania, que querían hacer equivaler a esta organización con la GPU rusa. En Alemania se la llamaba «la Stapo». Le diré, para que le quede más claro, por si está usted pensando en ese estúpido diagrama que cuelga en la sala del Tribunal, que la Policía Criminal y la Gestapo no iban de uniforme y que la Policía ordinaria sí.

»Más tarde, era cada vez mayor el número de agentes de la Policía Criminal y de la Gestapo que vestían uniformes de la SS, puesto que se ingresaba en esta organización desde las filas de los otros cuerpos policiales. Esto sucedió a partir de 1935.

»Antes de que el nacionalsocialismo llegase al poder en 1933, los funcionarios de la Policía Política se oponían a las ideas nazis y, naturalmente, mantenían una fe obstinada en el viejo régimen.

»No obstante, la Policía, como sucede en cualquier otro organismo, contaba entre sus filas con cierto porcentaje de votantes nazis. Lo mismo sucedía en el gremio de sastres o en el de albañiles o en cualquier otro. En 1928, por ejemplo, el cinco por ciento de los policías votaban a los nacionalsocialistas; en 1929, la proporción ascendió al diez por ciento; en 1930, al treinta; en 1931, al cincuenta; en 1932, al setenta; y en 1933, al ochenta por ciento. Pero en la Policía sucedía lo mismo que en otros gremios. La Policía considerada en su conjunto votaba a los

nacionalsocialistas, pero resulta muy interesante que el porcentaje de voto nacionalsocialista dentro de la Policía, incluso después de 1933, fuera ligeramente inferior al de la población en general. Por ejemplo, en las elecciones que hubo después de 1933, sólo el setenta por ciento de los policías votaban a los nacionalsocialistas, mientras que en la población en general los votaba un porcentaje mucho mayor. Esto se debía en parte a sus convicciones y en parte también a que entre ellos existía cierto temor a que, sin cierta presión hacia el exterior, se produjeran represalias. Algo parecido a su programa de desnazificación, pero menos represivo. Siempre sucedía lo mismo cuando un nuevo partido alcanzaba el poder. Después de que cayese la República de Weimar, era necesario elaborar nuevas leyes para librarse de ella y encontrar el medio legal de expulsar del poder a los políticos demócratas. Después de la Revolución Rusa, Rusia se libró de todos los que no eran comunistas. Aunque ellos lo hicieron más expeditivamente, y fusilaron a todo el que encontraban.

—¿De verdad se cree esa historia, que en mi opinión es de sesgo fascista y muchos de ustedes, los acusados, emplean como base para urdir sus excusas? ¿De verdad cree que los rusos iban por ahí fusilando «a todo el que encontraban»?

—En 1933, cuando los nazis llegaron al poder, ni la Policía ni nadie fusiló a muchas personas. En 1933, se sustituyó a la Policía de Baviera, al veintiuno por ciento de la Policía de Berlín. Fue una medida suave, no se puede comparar con la persecución de cristianos.

No sé qué quiere usted decir exactamente con esas cifras.

—Pues quiero decir que en 1933, en Baviera, algunos policías nazis sustituyeron a otros agentes y que, en Berlín, hubo que sustituir al veintiuno por ciento de funcionarios por policías nazis. A eso me refiero cuando digo que se trató de una medida muy suave[2]. Es posible que en toda Baviera no

se despidiera a más de cuarenta policías. ¿Puede llamar a eso «eliminación del adversario»? Y eso sucedió en aquellos casos en los que los policías habían demostrado mal comportamiento o proferido insultos o actuado de manera injuriosa contra los ministros nacionalsocialistas.

»En 1934, llegó Heydrich. Es un dato interesante para la acusación, pero no parece importarles, y sin conocer estos detalles, uno no puede hacerse una idea cabal de la situación. Es necesario saber cómo era Heydrich personalmente y cuáles eran sus objetivos. Era un hombre inteligente, astuto y fabulosamente ambicioso, y con un desmedido deseo de poder.

He preguntado a Kaltenbrunner si conoció a Heydrich en persona y me ha contestado lo siguiente:

—Sí. Verá, en aquella época, Himmler sólo era el jefe de la SS, que no se trataba más que de una organización del Partido. Yo sólo desempeñé un papel subordinado. Porque la SS consistía en la SS General, que constituía algo más del noventa por ciento del total, y en cuatro regimientos armados: la Guardia Personal, las tropas del Servicio General y el regimiento Calaveras. Las tropas del Servicio General estaban a disposición exclusiva del Führer. La Guardia Personal era, en realidad, un regimiento de esta última unidad, pero había otros, como, por ejemplo, uno llamado «Alemania». Los Calaveras se componían de tres o cuatro batallones. Estos regimientos eran la parte armada de la SS y estaban a disposición exclusiva del Führer. Cuando Heydrich llegó a la cúpula de la SS, Himmler era su jefe, pero en aquellos tiempos la SS era una organización ridículamente pequeña.

»En aquel tiempo, el Ejército se oponía a que los regimientos de la SS estuvieran armados. Los generales pensaban que la defensa de Alemania debía encomendarse exclusivamente a la *Wehrmacht*. También se oponían a

la *Luftwaffe*, y sólo gracias a Göring y a su estrecha relación con Hitler, la *Luftwaffe* se desarrolló pareja al Ejército.

He preguntado a Kaltenbrunner si esto le parecía bien.

—No soy militar y no sé si es más aconsejable crear una Fuerza Aérea por separado o hacer que formen parte del Ejército y de la Marina. Los especialistas de todo el mundo tenían opiniones diversas. Los japoneses dividieron su Fuerza Aérea entre el Ejército y la Armada, mientras que ustedes, en Estados Unidos, consideraron a la Fuerza Aérea como una nueva rama del Ejército. Supongo que depende de la educación de cada pueblo. Yo creo que en la aviación hay un sentido de camaradería muy distinto al de la infantería, piense, por ejemplo, en las estrechas relaciones que se entablan entre las tripulaciones de un escuadrón.

»Creo que, como no podía desarrollar otra rama del Ejército, Himmler trató de ganar poder por medio de la Policía. Y Heydrich, que era un organizador muy hábil, unió la Policía Criminal y la Policía Secreta para formar la Policía de Seguridad y más tarde fundó la RSHA. Luego, se formó el SD, que no era un organismo policial, sino un servicio de información. El SD era el tercer departamento de la RSHA.

En este punto, Kaltenbrunner ha sacado lápiz y papel y ha hecho un croquis de la estructura de la RSHA. Me ha dicho que el croquis que cuelga en la sala del Tribunal es muy impreciso[3].

—Se producían cambios todos los años. Estábamos Schellenberg, Ohlendorf, yo y los demás. La situación era muy confusa. Las diversas secciones recibían números distintos. Por ejemplo, veamos qué ocurría con un hombre llamado Meyer, que estaba a cargo de las actividades anticomunistas en la sección de Fráncfort. Debía de tener un archivo personal y existe, en efecto, un archivo dedicado a su vida que está en Fráncfort. De la división de personal de la Oficina de la Policía del Estado

de Fráncfort dependía el ascenso de Meyer al cabo de cuatro o cinco años de estar con la misma graduación. Digamos que le van a ascender de asesor administrativo a asesor administrativo jefe. Para ello, el jefe de Meyer en Fráncfort tiene que pedir a su jefe de personal que cumplimente una solicitud de ascenso para Meyer, que será enviada a Berlín, a la Oficina IV, es decir, a la Gestapo. El jefe de la división de personal de la Oficina IV, si es que no tiene ninguna objeción, da el visto bueno a la solicitud y se la entrega a Heinrich Müller, jefe de la Oficina IV, para que Meyer consiga su ascenso[4].

»Podían presentarse solicitudes de ascenso cada dos años. Cada vez, Müller escogía ochenta de esas solicitudes y consultaba con Himmler. Pero, aparte de esto, había una división de personal de la RSHA que estaba por encima de la división de personal de la Oficina IV. La división de personal de la RSHA se ocupaba de cuestiones generales, como los fondos, los permisos para todos los empleados, etcétera. Esta división de personal era la Oficina I, es decir, Personal y Organización. El jefe de la Oficina I no desempeñaba tareas policiales.

»Y ahora fijémonos en la Oficina II, que era la administración. Puede considerarse que se trataba de un enorme organismo con una división financiera para negociar con la oficina de finanzas y con el encargado de finanzas del Partido, con el tesorero del Reich, etcétera, lo cual se debía a que la RSHA estaba compuesta por dos tipos de empleados: uno, funcionarios del Estado, y dos, miembros del Partido. Los miembros del Partido trabajaban en el SD. También había funcionarios del Estado en la Policía Criminal y en la Policía del Estado. Las Oficinas I y II eran una excepción porque contaban con ambos tipos de empleados.

»Aunque lo único importante de esto es quién les pagaba: el Partido o el Estado. Lo comprenderá cuando le explique la naturaleza del SD, que

estaba compuesto exclusivamente por empleados del Partido. Cuando el Partido llegó al poder, se encontró con una organización policial ya formada y la mantuvo. Tiene que pensar en los sentimientos y en la ideología del Partido en aquellos años. Los dirigentes del Partido pensaban que al Estado le faltaba algo, de manera que se hicieron con los teatros, cines, periódicos, etcétera, y los transformaron de acuerdo con su forma de pensar. No había medios para la crítica y lo que faltaba era una forma de calibrar los sentimientos de la población, porque la única información que el Partido recibía provenía de sus jefes locales y regionales, quienes, por descontado, no dirían nada en contra del propio Partido, ante el cual tenían que responder. Desde un punto de vista filosófico, éste es el punto débil de todos los estados autoritarios. Reconozco que en las democracias sí existe posibilidad de crítica y lo alabo, porque tras un intervalo de algunos años, si no hay libertad de crítica, todos los estados autoritarios recibirán una información sesgada.

»Ahora bien, Heydrich y Himmler tuvieron una idea que fue, en mi opinión, lo que desencadenó el principio de la caída final. Por caída no me refiero a la catástrofe definitiva, sino a la destrucción de la base de la confianza interna.

»El Tribunal se refiere a la SS como si hubiera sido una sola organización, pero esto es falso. Si habla usted con algunos de los oficiales que están internados en los campos de la SS, se dará cuenta de que hay personas que pasaron por unas diez semanas de instrucción y que lucharon en el frente y jamás tuvieron nada que ver con los campos de concentración ni con Himmler.

»Los rusos que lucharon contra las unidades militares de la SS deben admitir que estaban compuestas por soldados, aunque, por supuesto, entre esos soldados había criminales, como también los había en el Ejército.

»Volviendo al SD. El Partido buscaba un instrumento para obtener información aparte de la que pudiera conseguir por sus canales habituales. La idea era buena desde el punto de vista de que en el Reich sólo había un Partido. Por otra parte, Himmler y Heydrich se daban cuenta de que ganarían una valiosa influencia frente al propio Partido.

»Ahora bien, también les daba la oportunidad de actuar mal. En todos los regímenes hay algunos malhechores. Basta con echar un vistazo a las estadísticas de 1918, 1928 y 1938 para saber cuántos asesinatos y otros delitos se cometieron. Pero el SD tenía la oportunidad de vigilar al Partido y era el primero en advertir cualquier desliz de sus jefes locales o regionales. No tenía por qué tratarse de algo ilícito, podía ser una borrachera o cosas así. Si un jefe de Partido pretendía obtener ventajas materiales, el SD informaba de ello.

He pedido a Kaltenbrunner que me dé algún ejemplo, y me ha dicho:

—El Partido Nazi consistía en un sesenta por ciento de trabajadores y un diez por ciento de agricultores, el resto eran intelectuales y burgueses. Con todas aquellas elecciones, un simple trabajador podía convertirse en jefe regional del Partido, que es lo que le sucedió a Fritz Sauckel, que no era más que un marinero, o, en Austria, a August Eigruber, que era mecánico. De hecho, el sesenta por ciento de los jefes regionales del Partido eran trabajadores[5].

»Puede imaginarse cómo se sentía un sencillo trabajador convertido, de repente, en alguien importante: se construye una gran casa, se compra no uno sino cuatro coches… Y, en cierto sentido, Hitler exigía que los administradores del Partido vivieran de acuerdo con su posición: que tuvieran cuadros, buenos muebles, etcétera. Aunque tampoco quería que proliferasen los nuevos ricos.

»Y con esto tenemos algo interesante: gracias al SD, Himmler y Heydrich podían conocer las debilidades de los jefes regionales del Partido y de otros cargos. Himmler y Heydrich iban a ver a Hitler y le decían: «¿Ve lo que ocurre en su Partido?», y también utilizaban la información para hacer chantajes en el seno del Partido. Heydrich desempeñaba un papel todavía más diabólico. Podía acudir a Bormann y decirle que iba a hablar con Hitler, y Bormann decirle: «Déjemelo a mí». Y no decirle nada Himmler. Cuando Heydrich quería algo, pedía un favor a Bormann. Así, Heydrich iba acumulando poder, demasiado poder para Himmler.

He preguntado a Kaltenbrunner si creía que Himmler había tenido algo que ver con el asesinato de Heydrich.

—No —ha contestado—, pero estoy seguro de que se alegró.

»Hess era un idealista, pero el hombre que ocupó su lugar, Bormann, era sin duda un mezquino y una persona extremadamente ambiciosa. Si Hess actuaba como un hombre de mundo, Bormann tenía la actitud de un advenedizo. Creo que no tenía amigos y que era uno de los hombres más despreciados. Sólo consiguió ganarse la confianza de Hitler porque éste se volvió demasiado receloso en los últimos años... un receloso enfermizo. Como usted sabe, estas cosas ocurren en cualquier Gobierno, no sólo en el Gobierno nazi, pero en los gobiernos democráticos estas cuestiones no se manejan como en un Gobierno autoritario, donde todo está jerarquizado y el poder emana de la cumbre de la pirámide. No hay régimen que necesite más la objetividad que un Estado autoritario.

Le he preguntado a Kaltenbrunner qué quiere decir con esto y ha proseguido con su explicación.

—Bueno, por ejemplo, digamos que el coronel que dirige esta prisión tiene doce oficiales a su cargo. Cuando hablo de objetividad me refiero a que cada uno de esos oficiales siempre le informe de lo que esté ocurriendo

y a que él les permita dirigirse a él siempre que quieran, etcétera. O voy a ponerle un ejemplo mejor. En Inglaterra, todos los ciudadanos honrados que hayan trabajado como abogados pasan a ser jueces en cuanto cumplen cincuenta o cincuenta y cinco años. Esta circunstancia, junto a su experiencia de la vida, les permite ver las cosas desde todos los puntos de vista.

»En otras palabras, el Estado autoritario es bueno si su máximo dirigente es objetivo, pero no lo es si es de ese tipo de hombres que se enfurece cuando se le contradice. Y desde luego, no funciona si el líder desconfía de todos o si sus deseos exceden su juicio y acaban por superarle.

»Por ejemplo, si Hitler dice que es imposible vivir en paz con Estados Unidos y que el mayor objetivo del sistema comunista, hacia el cual encamina todas sus acciones, es la guerra con Alemania, cuando alguien le comente que puede que esté en un error y que es posible que Estados Unidos desee la paz, Hitler no le escucha, golpea con ambos puños sobre la mesa y cierra la boca de quien ha hecho el comentario. A Hitler no se le podía hablar con objetividad.

»Poseía una excelente memoria para las cifras y conocía con exactitud qué tonelaje tenían los buques de guerra de todas las naciones del mundo. Lo sabía aún mejor que los especialistas navales y los expertos en economía. Hitler opinaba que Estados Unidos debía encontrar el modo de librarse de los gastos que acarreaba la Ley de Préstamo y Arriendo, los armamentos, etcétera, y tenía que recuperar el dinero invertido. Era su opinión. Ninguno de los intentos de reunirse pacíficamente o de negociar la paz con Estados Unidos tuvo éxito, porque Hitler pensaba que Alemania no podía ofrecer a Estados Unidos el acuerdo financiero que, en su opinión, este país deseaba. Hitler pensaba que la guerra con Estados Unidos no era

un conflicto ideológico, sino impulsado únicamente por motivos económicos.

»Le he puesto este ejemplo para explicarle de qué modo la información objetiva sólo puede ser eficaz cuando la recibe un hombre que no está dominado por una idea en particular.

He preguntado a Kaltenbrunner si, finalmente, hacia el final de la guerra, Hitler se dio cuenta de que, en realidad, se trataba de una guerra ideológica.

—No. Hitler siempre señaló que si Estados Unidos hubiera combatido de verdad por la democracia, habría roto con el sistema antidemocrático soviético veinticinco años atrás.

Le he dicho que este razonamiento no me parecía lógico, puesto que la Unión Soviética no nos había declarado la guerra ni cometido ninguna atrocidad, ni roto con la legalidad internacional.

—Pero existe una diferencia ideológica entre Estados Unidos y la Unión Soviética, y eso es lo que Hitler señalaba.

»Por lo que sé, Hitler no condenaba de manera absoluta los principios democráticos, de hecho, estaba a favor de cierto tipo de democracia. Porque aunque el Partido fue muy autoritario en los últimos diez años, Hitler tenía el objetivo de instituir un sistema completamente parlamentario… bueno, completamente no, porque siempre se respetaría el principio del liderazgo, como sucede con el presidente de Estados Unidos, pero el nuevo dirigente tendría que recurrir a principios ampliamente democráticos.

A continuación hemos iniciado una conversación sobre el SD.

—La idea del SD era muy válida para un régimen autoritario. Por supuesto, el Partido pronto se dio cuenta de que podía ser un instrumento muy peligroso en manos de Heydrich y Himmler, sobre todo teniendo en cuenta su relación con Bormann.

»Puesto que Himmler no podía conseguir financiación del Estado para el SD, y puesto que el SD pertenecía al Partido, Bormann podía ejercer cierto control sobre esta organización. Esta circunstancia puede darse en cualquier Estado, incluidas las democracias. Cuando un servicio de información resulta incómodo, puede sometérsele a un recorte presupuestario, algo que sucede en cualquier país. Personas corruptas hay en todas partes.

»Y llegamos a lo más importante. Heydrich se apoderó del SD y lo convirtió en una división de la RSHA. Situó a ciertos miembros del SD en la Policía Política y en la Policía del Estado y consiguió que les pagara el Estado. Lo hizo para combatir el poder del Partido, que cada vez tenía menos capacidad de decisión en lo que se refería al SD. Por otro lado, consiguió situar a un millar de hombres en puestos de la Administración. De este modo, Heydrich se fue haciendo cada vez más independiente y la RSHA cada vez más poderosa. Todo se hizo con una habilidad extraordinaria. Heydrich fingió ser amigo de Bormann y, al mismo tiempo, trabó amistad con todos los ministros. Heydrich y Bormann desconfiaban el uno del otro, pero su relación les reportó ventajas a ambos.

»Himmler era rival de Bormann, así que Heydrich les enfrentó. Heydrich fingía su amistad con Bormann, pero éste se dio cuenta de que era partidario de Himmler y trató de utilizarle. Himmler se percató de la situación, pero, entre el propio Himmler y Bormann, el poder de Heydrich fue en aumento; hasta que Hitler le recibió en persona. Fue entonces cuando Himmler y Bormann admitieron que suponía una amenaza.

»Bormann nació en 1900, Himmler en 1900 y Heydrich en 1904, de modo que pertenecían al mismo grupo de edad. Los tres eran competidores natos y con grandes ansias de poder. Heydrich se ganó el favor de Hitler desde el principio, gracias a su habilidad como organizador y a su talento

para elaborar informes muy precisos, en lo cual Hitler estaba muy interesado.

»Himmler fundó el SD y Heydrich lo organizó. Es posible que la idea fuera de Bormann, pero Heydrich lo organizó entre 1934 y 1935.

»Heydrich, con ayuda de Bormann, intentó muchas veces convertirse en secretario de Estado. Su primer paso fue el Ministerio de Policía. Por un lado, Heydrich apoyaba a Himmler, pero luego intentó apartarle de las organizaciones policiales para situarse en el Ministerio de Policía. Lo habría conseguido de no haberse topado con un ambicioso oponente: Kurt Daluege, que más tarde fue víctima de una demencia paralítica, creo. Tanto Daluege como Heydrich querían lograr la misma posición. Daluege también quería el Ministerio de Policía. Ninguno de los dos estaba satisfecho con su posición, ambos tenían el mismo nivel, Daluege era jefe de la oficina principal de la Policía ciudadana y Heydrich jefe de la Oficina Central de Seguridad de Reich.

»Himmler aprovechaba la rivalidad entre Heydrich y Daluege para impedir el ascenso de ambos, lo cual le salvó de ellos, dos individuos ávidos de poder. Porque Himmler era más primitivo que Daluege, que en aquella época aún estaba sano, y mucho más que Heydrich, que era más retorcido.

»Conocí a Daluege en 1943. Tenía delirios de grandeza, decía que tenía tres millones de hombres cuando en realidad contaba con trescientos mil. Por eso hubo que destituirle.

»Tras la destitución de Constantin von Neurath, Heydrich, gracias a la ayuda de Bormann, ocupó su cargo en el Protectorado de Bohemia y Moravia. Así fue como Heydrich obtuvo su cargo de ministro. Himmler ni siquiera había conseguido un rango tan alto a finales de 1941.

»Puede imaginarse la reacción de Himmler cuando supo que Heydrich había logrado un cargo ministerial, por encima de cualquiera de los suyos, y la de Daluege, cuya locura era cada vez más perceptible. Daluege seguía siendo jefe de un organismo muy importante y, hasta entonces, había estado al mismo nivel que Heydrich.

»Desde un punto de vista médico, creo que el ascenso súbito de Heydrich fue el momento en que la enfermedad de Daluege se hizo más patente. Daluege era más estúpido, más engreído, en general, más tonto que Heydrich, pero tan ambicioso como él, aunque no de igual manera. Era más presuntuoso y también más decente desde un punto de vista moral que Heydrich, quien no ponía límites al uso de cualquier método para acrecentar su poder. Daluege era un funcionario más obediente.

Kaltenbrunner habla despacio, escogiendo cuidadosamente las palabras, como si hubiera dedicado a estos asuntos mucho tiempo de reflexión, y consigue un efecto estudiado. No necesita que mis comentarios o mis preguntas estimulen su charla. Cuando se ha interrumpido, le he preguntado si, en su opinión, el apodo de Heydrich, «el Verdugo», era apropiado.

—En Alemania, por supuesto, no le llamábamos así. Pero era un sádico.

Pregunto a Kaltenbrunner quién era, en su opinión, más sádico, si Himmler o Heydrich.

—Himmler no era sádico, era mezquino, un individuo pequeño. Había sido maestro y nunca perdió la mentalidad de los maestros. Disfrutaban castigando a los demás, como un maestro de escuela que pega a un niño con una vara más de lo que se merece y disfruta con ello. Pero eso no es verdadero sadismo. Himmler se creía el responsable de la educación y mejora de otras personas. El exterminio de los judíos en los campos de concentración no tiene nada que ver con esto. En mi opinión, se debió a la obediencia propia de un esclavo que Himmler debía al Führer.

8 de abril de 1946

—Se me considera otro Himmler —dice sonriendo—. No lo soy. Los periódicos me tachan de criminal, pero yo nunca he matado a nadie.

6 de junio de 1946

Kaltenbrunner estaba con su habitual ánimo inhibido y frío. Ha demostrado una cortesía superficial y se ha alegrado de que el señor Triest y yo le hayamos visitado. He señalado que llevaba semanas sin verle.

—Me preguntaba si se había enfadado con nosotros, los criminales de guerra, y particularmente conmigo, quien, de entre todos, es el llamado archicriminal.

Kaltenbrunner ha dicho esto entre sonrisas. Es evidente que esperaba un comentario amable por mi parte, en el sentido de que yo no le considero como ese archicriminal del que hablan los demás. Le he explicado que he estado en Inglaterra toda la semana y que últimamente han pasado por el Tribunal muchos testigos a los que también he entrevistado.

Le he pedido su opinión sobre la defensa de Alfred Jodl, que ha concluido hoy.

—Ha sido muy buena. Todas las pruebas documentales contra Jodl demostraban que el conflicto contra Rusia no fue una guerra ofensiva, o de ataque, sino una guerra preventiva[6]. Naturalmente, todos nosotros lo sabíamos ya, pero ahora, gracias a este proceso y a la defensa de Jodl, el mundo lo sabrá.

Me ha sorprendido esta deducción, porque he escuchado el caso de Jodl con mucha atención y no he encontrado en él nada que pudiera justificar el

ataque de Alemania a Rusia y mucho menos que permita calificarlo de «guerra preventiva». Por tanto, le he pedido a Kaltenbrunner que explique mejor sus palabras, porque a mí me resultaban muy mistificadoras. Ha respondido con frases entrecortadas, que es su manera de hablar.

—Si los rusos habían proporcionado mapas a sus tropas hasta el nivel de compañía y habían concentrado a buen número de divisiones en las fronteras húngara y polaca, es evidente que nuestro ataque a Rusia no fue una guerra de ataque, sino una guerra preventiva. En otras palabras, es posible deducir que Rusia se proponía librar una guerra contra toda Europa.

—¿Cree en serio en esta conjetura?

—No me cabe la menor duda. Hoy ha podido oír usted el testimonio del general Winter, que fue el jefe del Estado Mayor del mariscal Rundstedt y un oficial excelente al mando de uno de nuestros mejores ejércitos. El general Winter ha confirmado que los rusos habían concentrado tropas en la frontera húngara antes del estallido de la guerra contra Rusia. ¿Por qué otro motivo iban a querer marchar los rusos sobre la frontera de Hungría?

Kaltenbrunner traza un mapa de la época en el que figuran las fronteras de Rusia con Hungría y coloca unas «x» en los lugares donde, según dice, se concentraban las tropas rusas.

—Los rusos tenían tropas en su frontera con Hungría y Rumanía lo que demuestra, sin el menor género de dudas, que pretendían emprender un ataque en los Balcanes. Por lo tanto, hoy, se ha demostrado que los cargos son falsos, al menos en lo que se refiere a que Alemania quería librar una guerra ofensiva. No se puede probar que Alemania tuviera intención de invadir Polonia. Cuando estalló la guerra germano-soviética, ya se había producido una división de Polonia. Se puede hablar de una ofensiva, pero no sólo contra Alemania, sino contra toda Europa.

»No hay ley humana ni divina, ni ninguna nación tiene una ley que declare que un hombre sano deba permitir que la serpiente se coma al ratón, por el contrario, la defensa del ratón está justificada. Cuando se trata de una guerra moderna, es más difícil determinar si se trata de una contienda ofensiva o preventiva. La Convención de La Haya[7] no dice cuándo una guerra deja de ser defensiva y pasa a ser ofensiva.

»La Convención de La Haya no menciona la guerra preventiva porque aún no existía. La guerra preventiva sólo es posible con las armas modernas. Cuanto más rápido avanza la humanidad, más importante es ser el primero en dar el golpe. En las guerras antiguas era posible presentar un ultimátum, pero con armas modernas como los tanques y, en especial, con la bomba atómica, es imposible.

»Es decir, si gracias a tus servicios de espionaje o a la traición, averiguas que tu adversario tiene intención de atacarte y entonces eres tú quien ataca primero, en este caso, tú sigues siendo el defensor, no el agresor. Eso es lo que le sucedió a Alemania en la guerra contra Rusia: averiguamos a tiempo las intenciones de los rusos. Hoy, en el Tribunal, esta cuestión ha quedado decidida a favor del Reich. Aunque no de forma tan clara como en el caso del general Winter, en realidad ya había salido a relucir previamente en los casos de Raeder, Keitel, Göring y sus testigos, así como en el caso de Jodl. Pero la prueba más clara, y la confirmación de este hecho más allá de toda duda, se ha producido con la defensa de Jodl. Y yo me he alegrado mucho de oírlo. Por tanto, el cargo de conjura o agresión queda desbaratado definitivamente.

—¿No podría haber ocurrido que Rusia hubiera desplegado sus tropas porque creía que existía el peligro de que los alemanes lanzasen un ataque a través de Hungría y de Rumanía, que en aquel tiempo eran estados satélites de Alemania?

Kaltenbrunner, muy fríamente, opta por negar esta posibilidad.

—No, no es eso lo que ocurrió, porque nuestras tropas estaban comprometidas en el frente occidental. En ese momento, el Reich tenía noticias de los planes soviéticos. Rusia esperaba que el Reich perdiera todavía más sangre en el oeste. Creía por tanto que, a medida que pasara el tiempo, el avance de sus tropas sobre Occidente encontraría menos oposición. Para Rusia, el Reich alemán no era más que una parte de Europa. A Rusia no sólo le interesaba el Reich, sino aplastar toda Europa e instaurar el comunismo en el conjunto del continente.

He preguntado a Kaltenbrunner en qué datos o sucesos basaba esta conclusión tan aventurada. Ha recurrido a una respuesta prácticamente absurda.

—La acusación ha impulsado este juicio por causas políticas y se ha puesto anteojeras, lo cual es necesario para ellos por motivos políticos. Pero todos los ingleses o estadounidenses sensatos deben darse cuenta de que a los rusos no les importa Alemania, de que lo que quieren es apoderarse de Trieste, de los Dardanelos y de España, como está demostrado. La parte occidental de Rusia tiene acceso a los cálidos mares europeos. Por eso los rusos ponen en peligro el Canal de Suez y la ruta entre Inglaterra e India.

He repetido la pregunta, pero Kaltenbrunner tampoco le ha prestado atención, y me ha hablado en su lugar de acontecimientos recientes como la alocución de Churchill en Fulton, Missouri, que demuestra que tanto Inglaterra como Estados Unidos son conscientes del «peligro del imperialismo comunista»[8].

He dicho que me gustaría volver sobre otras de las afirmaciones que acababa de hacer y me preguntaba si podría aclararla. Había afirmado que, en junio de 1941, mes en que Alemania lanzó su ofensiva contra Rusia, había muchas tropas alemanas comprometidas en el frente occidental.

—¿No era cierto que Francia había sido derrotada, que los Aliados todavía no habían contraatacado y que, en esos precisos momentos, Alemania se encontraba en la cumbre de su poder militar? ¿No le parece que estos hechos no coinciden con sus afirmaciones y que, por el contrario, podrían arrojar nueva luz sobre la circunstancia de que Rusia hubiera desplegado algunas divisiones en las fronteras húngaras y rumanas?

—Le basta con leer lo que dijo Churchill. Dijo que aquéllas eran las horas más negras de Inglaterra. Que la guerra en el Oeste no podía considerarse acabada hasta que nosotros derrotásemos a Inglaterra. El Reich no podía dejar de luchar contra Inglaterra, porque Inglaterra había declarado la guerra a Alemania, y no al contrario, como la acusación trata de afirmar en este proceso. Por tanto, en junio de 1941, aunque pueda parecer que Alemania se encontraba en la cima de su poder porque había derrotado a la Europa continental, los alemanes no podíamos pensar que habíamos vencido en el oeste hasta que conquistásemos Inglaterra. Además, Inglaterra había destruido la flota francesa, a sus propios hermanos de armas. Inglaterra permitió que el Gobierno francés en el exilio preparase la guerra contra Alemania desde África, lo que posteriormente desembocó en el desembarco estadounidense en este continente.

»Por todo ello, el Reich no podía considerar que la guerra contra Inglaterra había finalizado, y mucho menos cuando la guerra aérea contra este país acababa de comenzar. Uno no puede por menos que estar de acuerdo con Hitler en su apreciación de que el hecho de que los rusos acumularan ciento cincuenta divisiones preparadas para atacar en el frente oriental, que no estaba protegido, no era un dato muy tranquilizador. Precisamente, yo poseo cierta información que demuestra que en la zona no había sólo ciento cincuenta divisiones soviéticas, sino casi trescientas.

»A medida que las fronteras polacas se fortalecían, nuestro servicio de inteligencia descubrió que los rusos habían construido ciento veinte aeródromos en territorio polaco, cuando los polacos no tenían en aquella parte de Polonia más de veinte. Cada uno de estos aeródromos tenía capacidad para un escuadrón de treinta aviones, así que me parece evidente que los rusos querían la guerra, en caso contrario no habrían construido tantas bases para su aviación. Lo cual demuestra, además, la farsa del Pacto de No Agresión Germano-Soviético, porque un aliado no actúa así con otro aliado.

»Además, ustedes insisten, y no me refiero a usted personalmente, sino a la acusación, en que Alemania declaró la guerra a Estados Unidos. En mi opinión, eso es verdad sólo desde un punto de vista técnico, porque los estadounidenses fueron los primeros que dispararon contra nosotros en el mar sin previa declaración de guerra. Recordará que Roosevelt ordenó a los barcos estadounidenses que llevasen armas y disparasen contra los submarinos alemanes. Todo lo que le he mencionado demuestra que la acusación de conjura para librar una guerra ofensiva contra todos esos países no se sostiene. Yo mismo, en esta celda, debo concentrarme en estas cosas sin la ayuda de documentos ni libros de historia, sino con el exclusivo recurso a mi memoria. La acusación debe de sentirse en una posición muy débil cuando tiene que pronunciarse como lo ha hecho hoy, me refiero al hecho de que no se le haya permitido al abogado defensor hacerle más preguntas a Jodl. Debido al hecho de que, por imperativos físicos, el ser humano sólo puede estar en un mismo lugar al mismo tiempo, todo eso no es más que un ardid. Es parecido a lo que hace el Tribunal todos los días, cuando niega a la defensa otros extremos. Todos los días se hacen pronunciamientos que dañan y limitan nuestra defensa.

»A ojos del mundo, el juicio parece discurrir de acuerdo a las leyes inglesas y a los principios democráticos. Su doctor Gilbert se pasea elogiando los principios de Estados Unidos, diciendo que el Tribunal tiene derecho a proceder como lo está haciendo, pero, por otro lado, él actúa de modo contrario y nos tortura. A los acusados no se nos permite leer un sencillo periódico, se nos impide emplear en nuestra defensa las noticias de actualidad. Pero Gilbert viola la norma y de vez en cuando nos muestra un ejemplar de *Barras y Estrellas*, eso sí, sólo si en él aparece la imagen de un hombre colgado por crímenes de guerra en Landsberg o cosas parecidas con las que sabe que nos hervirá la sangre. No es ésta la primera vez que Gilbert hace cosas como ésa, lo cual no tiene sentido y sólo demuestra una intención ruin como la de provocar inquietud en todos los que somos juzgados en Núremberg. Aunque espero que no lo hiciera intencionadamente, porque eso demostraría una gran falta de gusto. Me limito a señalar esto porque los acusados no sabemos nada de lo que se publica en los periódicos, aparte de lo que le he mencionado.

»Ahora los rusos se sientan en el mismo Tribunal que nos juzga por emprender una guerra de agresión cuando fueron ellos quienes en realidad la planearon.

He preguntado si el general Winter tenía alguna otra prueba de que los rusos planeaban una guerra de agresión aparte de la constatación de que los rusos habían reunido algunas divisiones en las fronteras de Hungría y Rumanía. Kaltenbrunner me ha dirigido una sonrisa forzada y ha contestado con suficiencia.

—Sí, por supuesto. Winter tenía cinco pruebas distintas de los planes rusos, como mapas, etcétera.

—¿No podría concretar un poco más las pruebas de que Rusia se disponía a librar una guerra contra Alemania, esas pruebas que, según decía,

el general Winter tenía a su disposición?

A esta pregunta, Kaltenbrunner tampoco ha querido darme una respuesta detallada.

—No puedo recordar las pruebas exactas, pero sé que contaba con cinco evidencias documentales.

»Atribuyo la desinformación que por aquel entonces padecíamos a los errores de nuestro servicio de inteligencia, que en aquel tiempo aún dirigía Wilhelm Canaris. El almirante Canaris informó de que los rusos tenían 135 divisiones, entre ellas, 113 o 114 de infantería y el resto, divisiones blindadas. Ni siquiera informó de la ocupación de Besarabia por los rusos y se equivocó con respecto a unas pocas divisiones de infantería que en realidad eran de caballería. Tampoco supo precisar el potencial aéreo ruso. De modo que las acusaciones que más tarde el propio Hitler lanzó contra Canaris eran ciertas. Le acusó de proporcionarle una imagen errónea de la situación, una imagen que favorecía a Rusia, no a Alemania[9].

»Pero las intenciones agresivas de Rusia con respecto a Alemania quedaron demostradas sin ningún género de dudas. Otro hecho es que los rusos infringieron numerosas veces el Pacto de No Agresión Germano-Soviético; hubo violaciones de fronteras, ocultación en las entregas de alimentos y carbón, etcétera. También deportaron a varios ciudadanos alemanes. Todas estas circunstancias apuntan a que Rusia planeaba una guerra de agresión contra nosotros.

»Es muy interesante escuchar y observar, aunque, por desgracia, uno no comprende todas las expresiones ni los términos técnicos empleados. Pese a todo, como digo, es interesante observar qué extremos quieren subrayar las diversas delegaciones durante el proceso. Para nosotros, el juicio resulta muy aburrido en su conjunto. A medida que avanza resulta más evidente que los juicios encontrarán algo de que culparnos y, por rutina, nos

condenarán a muerte o a largas penas de prisión. Sin embargo, lo que de verdad interesa a las diversas delegaciones puede comprobarse a raíz de cada una de las preguntas que nos hacen los franceses, los británicos, los estadounidenses o los rusos. Por ejemplo, ayer, el fiscal ruso demostró gran interés por lo sucedido en Ankara. Quería conocer, aunque no lo preguntó directamente, los asuntos turcos. Deseaba saber, supongo, en qué situación se encuentran las relaciones anglo-turcas, si Alemania conocía estas relaciones y si Inglaterra conocía las negociaciones que Rusia y Turquía habían entablado en lo concerniente a futuras relaciones.

»Turquía era el guardián de los Dardanelos y del Bósforo. Varias naciones garantizaban su neutralidad a fin de que pudiera cumplir con esta tarea. Pero cualquier historiador se daría cuenta de que esto equivale a la captura de la flota rusa en el mar Negro. En otras palabras, los barcos rusos no ponen en peligro la ruta anglo-rusa a través del Mediterráneo. A ojos de Inglaterra, por tanto, la neutralidad de Turquía no es más que una neutralidad armada que favorece al Imperio Británico.

»Por otro lado, la política exterior alemana en Turquía estaba condicionada por estas circunstancias. En principio, Turquía sólo tenía que preocuparse por Rusia. Inglaterra pagaba a Turquía su neutralidad con capital y armamento; Alemania pagaba con tratados comerciales y también con armamento. En cuanto Alemania dio señales de debilidad, Turquía se volvió hacia Inglaterra. Mientras Alemania fue poderosa, los turcos, pese a su neutralidad, se mostraron enormemente amistosos con los alemanes. Éstos son los principios básicos de la política turca.

»Pero hay que añadir que los intereses rusos eran exactamente lo contrario, porque Rusia deseaba libre acceso al Mediterráneo bien mediante la posesión del Bósforo y los Dardanelos o bien que estas vías se mantuvieran abiertas en virtud de los acuerdos internacionales. En segundo

lugar, Turquía es el país con menor densidad de población de Europa y Asia occidental con tan sólo doce habitantes por kilómetro cuadrado. Por lo tanto, es una invitación abierta para que el sur de Rusia se expanda y disperse su población. Esto se puede comprobar en virtud de las dos demandas rusas de territorio turco: la primera, en el sur de Turquía, en el mar Negro, lo cual supondría la destrucción del comercio turco; la segunda, en Armenia, demanda ésta que Rusia ha manejado con mucha destreza, aprovechando las prolongadas y amargas luchas entre los armenios y los turcos.

»Armenia siempre fue una nación en minoría. Los armenios han sido aniquilados en repetidas ocasiones, primero por los rusos y luego por los turcos. En realidad, la Unión Soviética quiere preparar un ataque al cálido mar europeo a través del Golfo Pérsico y a continuación poner en peligro los intereses petrolíferos ingleses y estadounidenses. Imagínese, un servicio de información alemán que quiera acumular datos sobre los recursos potenciales del enemigo y que no envíe agentes a Suecia, sino a Turquía. Existen enormes diferencias políticas entre los intereses de Inglaterra y los de Rusia, y entre los de ésta y los de Estados Unidos. A Alemania no se le ha perdido nada en Turquía. Hace dos generaciones, con Bismarck, Alemania declaró que los Dardanelos no merecían la sangre de un solo granadero alemán. Desde tiempos de Bismarck, Alemania siempre se ha mantenido alejada de Turquía y ha dado a Inglaterra garantías de que no tenía nada que temer, de que Turquía era territorio inglés y así seguiría siendo. Hitler prometió esa misma neutralidad y siempre la respetó. A estas alturas de la plática, Kaltenbrunner está absorto en su propio discurso y muy excitado. Tiene el semblante acalorado y sus frases son más entrecortadas que nunca. Y prosigue: —Como ya he dicho, nadie enviaría un agente a Suecia. Yo fui capaz de obtener los tratados anglo-turcos de la

legación inglesa, pero también había que obtener las notas sobre Turquía que Inglaterra escribió a la Unión Soviética. Hice copias de todos esos tratados y se las mostré a Hitler. Para mí, no había mejor barómetro de la situación política mundial. Gracias a ésta y a otras circunstancias, me convertí en sucesor de Canaris y no, como la acusación da por sentado, en partidario de la expansión de la SS a costa del Ejército. Hitler me designó como sucesor de Canaris porque era bien sabido y estaba probado que tenía más capacidad que el almirante. La duplicidad de Canaris puede demostrarse por el hecho de que participase en el atentado del 20 de julio de 1944.

WILHELM KEITEL

1882-1946

El mariscal de campo Wilhelm Keitel fue jefe del Estado Mayor del Alto Mando de la *Wehrmacht* (OKW) entre 1938 y 1945. En Núremberg fue declarado culpable de conjura, crímenes de guerra, crímenes contra la paz y crímenes contra la humanidad. Murió en la horca el 16 de octubre de 1946.

27 de marzo de 1946

Keitel se queja con frecuencia de dolores en ambas extremidades inferiores y de varices. A causa de ello, recibe masajes ocasionales con un

efecto beneficioso. Sin embargo, preferiría otro tipo de masajes y baños, tratamientos a los que se sometió en varios balnearios en tiempos pasados.

Estaba con ánimo conversador y parece algo nervioso ante el inminente inicio de su caso, que se producirá en unos días, tan pronto como concluya el de Ribbentrop.

Ha comenzado hablando de su carrera militar. En 1901 ya era cadete aspirante a oficial. En 1914, tras el estallido de la I Guerra Mundial, fue nombrado oficial adjunto. En septiembre de 1914 recibió heridas leves en el curso de un combate. En la primavera de 1915, prestó servicio en diversos cargos de Estado Mayor y pasó una breve temporada en Flandes con la Marina. Después de la guerra, ingresó voluntariamente en el Ejército. En 1929, le nombraron jefe de una división en el Ministerio de la Guerra. El 1 de octubre de 1935, se convirtió, con el rango de mayor general, en jefe del departamento de la *Wehrmacht* del Ministerio de la Guerra. El 4 de febrero de 1938 fue designado jefe del Estado Mayor del Alto Mando de la *Wehrmacht*. El 1 de octubre de 1939 recibió el grado de general de infantería y, tras la derrota de Francia, el de mariscal de campo.

En abril de 1939, Hitler le concedió el emblema dorado del Partido con fecha 16 y 17 de marzo. El Führer dijo que era una recompensa por la invasión de Checoslovaquia. Walter von Brauchitsch también recibió el emblema dorado en esa ocasión[1]. Aunque en 1944 los soldados ya podían ingresar en el Partido, afirma que él no lo hizo, al menos que él sepa. Sin embargo, envió un donativo y sus datos para afiliarse.

Acompañó constantemente al Führer y asistió a muchas reuniones del Partido. Niega que estuviera presente en conferencias secretas de los dirigentes del Partido. De hecho, fue el propio Hitler quien le dijo que no asistiera.

No ha recibido ninguna condecoración, excepto la Cruz de Hierro, que obtuvo en 1939 o 1940.

Su actitud podría definirse en estos términos:

—Soy un soldado y durante cuarenta y cuatro años me he esforzado con el mismo afán por el Káiser y por Ebert, Hindenburg y Hitler.

Como Göring, desea asumir «toda la responsabilidad». Pretende admitir esa responsabilidad, si se hizo algo «mal», antes que dejar que la asuman los comandantes con mando operativo en el frente.

—Creo que los soldados alemanes son buenos y honrados, y si hicieron algo mal fue debido a los imperativos militares.

Admite que hay directivas y órdenes firmadas por él que contravienen la legalidad internacional, particularmente las que se emitieron antes del ataque a Rusia. En su opinión, estaban justificadas desde un punto de vista ideológico. Hasta febrero de 1938, el comandante en jefe de la *Wehrmacht* era Werner von Blomberg; cuando dimitió, Hitler asumió su puesto. A partir de entonces, era Hitler quien daba las órdenes directamente al Ejército de Tierra, la *Kriegsmarine* y la *Luftwaffe*. Nadie dictaba órdenes con independencia de Hitler. Por supuesto, la actitud de Keitel es «yo las firmaba», pero él las dictaba.

—Hitler deseaba que todo el poder y el mando residiera en sus manos, lo cual era algo que no podía hacer con Blomberg.

6 de abril de 1946

—Yo no tenía autoridad, sólo era mariscal de campo por mi graduación. No tenía tropas ni autoridad, o tan sólo las necesarias para cumplir con las órdenes de Hitler. Estaba ligado a él por juramento. Una de las ideas

principales de Hitler era que todos los ministros y funcionarios debían preocuparse exclusivamente de sus propios asuntos. Por eso ha sido aquí en la sala del Tribunal donde he sabido por vez primera algunas de las cosas que se hicieron.

»Yo no tenía la menor idea de los planes de Hitler a largo plazo. Me decían que me ciñera exclusivamente a las cuestiones militares.

»En 1938, cuando Blomberg se retiró a raíz de su escándalo matrimonial, Hitler me pidió que le recomendara un sustituto. No quería a Göring, y ahora me doy cuenta del motivo. Tenía sus propios planes y no quería confiar en nadie.

»Cuando me di cuenta de lo que estaba sucediendo, estaba metido hasta el cuello. ¿Qué podía hacer? No podía presentar mi renuncia en plena guerra. Si me negaba a obedecer, me ejecutarían. También podía suicidarme. En tres ocasiones distintas *pensé* en dimitir, pero era imposible.

»En cuanto a las medidas antijudías, yo me esforcé por mantener al Ejército al margen del antisemitismo. Hitler decretó que los veteranos judíos de la I Guerra Mundial estaban a salvo, pero incluso esto acabó hecho trizas. ¿Qué podía hacer?

—¿Por qué se hizo militar?

—Me hice militar porque, en Prusia, un oficial del Ejército era en general mejor considerado socialmente que un hombre de negocios o cualquier otro profesional.

»Jamás tuve noticia de la vinculación del Ejército con las atrocidades. Ahora comprendo cómo sucedió todo. Teníamos demasiadas conexiones con las organizaciones del Partido.

—¿Hitler?

—Ahora le comprendo. Tenía que conocer esas atrocidades y con qué propósito nos utilizaba a mí y al Ejército. Nunca mantuve una relación

estrecha con el Führer. Cuando me reunía con él, siempre había alguna secretaria presente. Es cierto, por otra parte, que yo representé al Ejército en varias celebraciones, como en la colocación de coronas en el monumento a los caídos en el *putsch* de Múnich.

»Hay tres razones para el fracaso de Hitler. Uno: sus medidas contra la Iglesia; todos los hombres han de ser religiosos a su modo. Dos: la persecución de los judíos. Tres: el poder de Himmler y de la Gestapo.

—¿No se había dado cuenta de estos tres factores hasta ahora?

—Sólo desde finales de 1944.

»Yo no soy un mariscal; jamás he mandado ninguna unidad. Un mariscal debe ser un táctico.

—¿Y Hitler? ¿Era él un táctico?

—Yo le tenía por un genio. Muchas veces dio muestras de brillantez. Le dije con frecuencia que debía tener a un táctico mejor como jefe de Estado Mayor, pero él me dijo que ésa era su responsabilidad como comandante en jefe.

»Tuvo el acierto de cambiar de planes en la campaña de Holanda y Bélgica. Tenía una memoria extraordinaria, conocía los buques de todas las flotas del mundo.

»La decisión de Hitler de atacar Rusia fue consecuencia de su temor a que los rusos interrumpieran el suministro de petróleo de Rumanía. Para librar la guerra nos hacían falta 350.000 toneladas de petróleo al mes y Rumanía nos suministraba 150.000. Tan sólo a la aviación le hacían falta 100.000. El ataque a Rusia fue una temeridad.

»Hitler era más hábil como estratega que Göring o Ribbentrop.

—Yo no sabía que Ribbentrop hubiera desempeñado funciones de estratega.

—No, no lo hizo, ni yo tampoco. Me refiero al terreno de la política exterior.

»No podíamos atacar Inglaterra porque no contábamos con preparación suficientemente. No teníamos los barcos necesarios. Podíamos tomar Gibraltar, pero el general Franco habría temido que diéramos ese paso. Y si no hacíamos nada, Inglaterra estrecharía el cerco sobre Alemania y acabaría por aplastarnos.

»Hitler procedió como si la campaña de Rusia estuviera destinada a ser una victoria, pero era imposible, ahora me doy cuenta.

—¿Por qué no entonces?

—Porque yo creía en Hitler, y apenas conocía los hechos. No soy un táctico, ni conocía el potencial militar y económico de Rusia. ¿Cómo podía saberlo?

»Hitler actuaba como si la guerra fuera inevitable. ¿Cómo iba yo a saber que Chamberlain y Edouard Daladier e incluso Roosevelt trataban de evitar la guerra?

—¿Y qué hay de Múnich y de Daladier?

Keitel me mira sin comprender.

—Todo se remonta a Versalles.

—Esto ya lo he oído. ¿De qué modo?

—Todo el mundo, todos los alemanes, decían: «Hay que acabar con el Tratado de Versalles». Culpaban del desempleo y de las dificultades de la nación al Tratado de Versalles.

»Hitler nos daba órdenes y nosotros creíamos en él. Luego se suicidó, dejando que carguemos con las culpas. Tendría que seguir vivo para asumir su responsabilidad.

»Si no hubiera tenido tantos éxitos al principio…, por ejemplo, en el Ruhr. Tomamos el Ruhr con tan sólo tres batallones. Yo dije, ¿cómo vamos

a hacerlo? Pero Blomberg dijo que sí podíamos, y que podíamos confiar en que los franceses no ofrecerían resistencia.

»Y lo mismo sucedió no sólo con Renania (1936), sino también en la *Anschluss* (1938), sin que nuestros ejércitos entrasen siquiera en acción. Nosotros estábamos preparados para actuar o retirarnos, dependiendo de la situación.

Keitel es el soldado de madera, la sonrisa obsequiosa de madera, sin embargo, sufre esos pesares tan humanos: la necesidad de atención y el deseo de aprobación.

17 de mayo de 1946

He entrevistado a Keitel esta tarde temprano, alrededor de una hora después de que el Tribunal pusiera fin a la sesión de hoy, y me ha dicho que, aunque estaba muy fatigado, se alegraba de vernos (a Triest y a mí) y nos ha invitado a tomar asiento. Le he pedido que se echase y hemos ido a buscar otra silla. Keitel ha permanecido tumbado en su catre, fumando su pipa.

Ha dicho que el proceso resultaba agotador, aunque debido sobre todo al hecho de tener que permanecer erguido todo el día. Agradecía mucho nuestra visita, ha afirmado, y espera que vayamos más a menudo. No ha tenido oportunidad de hablarme de sí mismo como persona y sabe que, como psiquiatra, ése ha de ser mi mayor interés. No parecía muy cómodo al decir esto, pero ha sonreído e intentado ser muy cordial.

—La última vez que me visitó fue hace dos semanas, me refiero a la última vez que mantuvimos una charla prolongada. ¿Dónde nos quedamos?

Ah, sí, yo le hablaba de mi carrera y de mis relaciones con Hitler. ¿De qué quiere que hablemos hoy?

Yo le he contestado que no tenía importancia y que sólo pasaba para hacerle una visita y ver qué tal se encontraba física y anímicamente. Keitel ha exhalado el humo de su pipa reflexivamente y, tras una breve pausa, ha dicho:

—Siempre quise ser un caballero rural, un silvicultor, y mire en qué charco me metí por pura debilidad y por dejarme convencer. No estoy hecho para ser mariscal. El periodo más feliz de mi vida militar lo pasé cuando mandaba una división y era independiente. En una división tienes un pequeño mundo a tu disposición y lo puedes gestionar de forma ideal, sin que intervenga la política, como uno desea. Pero sólo mandé una división durante un periodo muy breve, durante unas maniobras, antes de la guerra.

Le he pedido que me dijera lo que se le pasaba por la cabeza, lo que fuera.

—Bien podría empezar por el principio. Ante el Tribunal no he tenido oportunidad de decir estas cosas que me son mucho más cercanas. Los jueces las habrían desechado por irrelevantes, lo cual es cierto, pero para un psiquiatra, igual que lo es para mí, tal vez sea importante comprender cómo he acabado en este banquillo de criminales.

»Nací en Braunschweig el 22 de septiembre de 1882, en el campo, cerca de la ciudad, pero en el entorno rural de la Baja Sajonia. Durante más de ciento cincuenta años, fuimos una familia de granjeros en Braunschweig y Hannover. Mi padre, mi abuelo y mi bisabuelo fueron granjeros. Al principio vivían como arrendatarios, pero mi abuelo ya consiguió ser propietario. En 1866, cuando Hannover pasó a pertenecer a Prusia, mi bisabuelo poseía dos grandes propiedades en arriendo. Mi familia emigró

porque Braunschweig no era prusiano, era un condado que pertenecía al reino de Hannover. Braunschweig era el último resto del viejo Hannover inglés en Alemania. Hannover perteneció a la corona inglesa. Hubo reyes de Inglaterra que reinaron sobre Islandia, Braunschweig y Hannover.

»En 1938, Hitler quería para Europa lo que Bismarck deseaba y consiguió para Prusia en 1866. Bismarck logró un gran éxito con la unificación de Alemania en 1871 y Alemania se convirtió en un Estado imperial. El Rey de Prusia se convirtió en Emperador de Alemania.

»Hitler, por su parte, quería fundar una Europa Media, unir a todos aquellos pueblos que hablan alemán. Esto incluía la parte alemana de Austria, Checoslovaquia y sólo la parte prusiana de Polonia, esa parte que se convirtió en independiente con el Tratado de Versalles.

He preguntado a Keitel si le parecía que Hitler quería demasiado o no.

—Desde cualquier punto de vista quería demasiadas cosas y demasiado rápido. No se podía conseguir por la fuerza. Faltaba el acuerdo de las naciones más pequeñas. Pero, en estos tiempos modernos, Austria no puede vivir sin una alianza con Alemania. En la época de la radio, el telégrafo, los aeroplanos, los países pequeños no pueden vivir de forma independiente, sin la ayuda de un país mayor.

»Yo me crié en una pequeña aldea en el campo. Estuve nueve años en un *Gymnasium* de Gotinga, me gradué en el instituto y me hice soldado. Me hice soldado sólo porque, si me dedicaba a la agricultura, me habría resultado imposible ser independiente a causa de la precaria economía familiar. Mis inclinaciones de juventud eran la selvicultura y la vida en la granja. Sigo odiando la vida urbana, amo la soledad del campo. Me siento muy unido a la naturaleza.

»Luego, llegó a gustarme mi carrera como soldado, pero siempre abrigué la tranquila esperanza de volver a la vida del granjero. Ése ha sido siempre

mi objetivo, mi plan, convertirme en granjero.

»Luego llegó la I Guerra Mundial. Mi esposa también es hija de granjeros, pero su familia sí gozaba de una buena situación económica. Yo esperaba que cuando mi padre se hiciera mayor podría ocuparme de sus propiedades y comprar las porciones de mis hermanos y hermanas, pero después de la I Guerra Mundial, mi esposa perdió, con la inflación, todo su capital. Cuando esto sucedió, teníamos ya cinco hijos, así que me vi obligado a olvidar todos mis planes y esperanzas. De modo que permanecí en el Ejército, porque tenía que ganar el pan de mis cinco hijos.

»En 1934, murió mi padre, que era ya octogenario, legándome sus propiedades. En 1940, conseguí la parte que le había correspondido a mi hermana y luego, gracias al testamento de mi madre, logré pagar su parte a mi hermano. Yo no tenía que vivir de las rentas de la propiedad, era independiente gracias a mi salario de general, de modo que las empleé para saldar las hipotecas.

»Así pues, en 1934, decidí anular mi solicitud de retiro y continué en el Ejército. Werner Freiherr von Fritsch me pidió que me quedara y yo accedí con la condición de que me destinaran cerca de mi casa. Luego me fueron ascendiendo y ascendiendo y llegó la época de Blomberg y, luego, de Hitler.

»En 1938 ya no podía abandonar el Ejército. Con una guerra en ciernes, habría sido lo mismo que desertar. No podía fingir ninguna enfermedad porque gozaba de buena salud. Y así es más o menos como ocurrió todo. Yo sólo tenía un deseo: que no hubiera guerra y poder volver a mis fincas.

»En los siete años transcurridos entre 1938 y 1945, sólo estuve en mi casa dos veces y aun en esos casos, por tan sólo uno o dos días. En 1942 volví para enterrar a mi hija, que murió con treinta años de una neumonía contraída durante un bombardeo sobre Berlín. Padecía una ligera diabetes que minó su resistencia.

He preguntado a Keitel si la muerte de su hija le afectó mucho. Me ha respondido con emoción.

—Sí. Era mi hija preferida. Y su pérdida se añadía a la de mi hijo menor en 1941, en el frente ruso, tan sólo seis semanas después del comienzo de la guerra con Rusia. Le hirieron de gravedad durante la campaña francesa, pero se había recuperado. Era teniente, y sólo tenía veintiún años. Lo mataron a las puertas de Smolensko, en julio de 1941.

Me preguntaba si el fallecimiento de su hijo había acentuado su acritud hacia los rusos.

—Sí. Fue una muerte innecesaria. Le ametrallaron unos aviones, en el frente.

Keitel me ha dicho también que su segundo hijo figura en la lista de desaparecidos en Rusia. No tiene noticias de él desde mediados de 1945. Tiene veintinueve años, fue herido dos veces y formaba parte del Estado Mayor de una división con el grado de mayor.

—Era el mejor oficial de todos mis hijos. Era fuerte e inteligente. Cuando nació, en 1915, durante la última guerra, yo estaba en Francia. Se vio rodeado en Rusia tres veces y las tres veces consiguió escapar. La última ha sido la cuarta. Toda su división, la 563ª de Granaderos, cayó en el frente.

»Lo he perdido todo. En Berlín se quemaron mi casa y todos mis bienes. No me queda nada, sólo dos maletas. Mi esposa vive en mi antigua casa de Braunschweig, con mi hija mayor, que está casada con el administrador de mis propiedades.

Keitel tuvo cinco hijos, de los que dos siguen vivos: su hijo y su hija mayores. Su hijo mayor era granjero y oficial de la reserva. A los dos años del inicio de la guerra, tuvo que ingresar en el Ejército como oficial de caballería; a la conclusión del conflicto, era mayor y estaba al mando de una división de caballería de la SS compuesta por ciudadanos de etnia

alemana (húngaros). Fue el Ejército quien lo trasladó a la SS. Participó en todas las batallas en Budapest. Poco antes del fin de la guerra, volvieron a enviarle al frente y ahora se encuentra en cautividad en la región de Darmstadt, donde está a cargo de un batallón de trabajo de prisioneros de guerra. Está casado con la hija del mariscal Blomberg.

He preguntado a Keitel si era amigo íntimo de Blomberg.

—Sí, le conocí cuando yo todavía era capitán. Servimos juntos durante la I Guerra Mundial, que fue una de las razones de que yo acudiera a Blomberg en 1934 y 1935. Blomberg era cuatro años mayor que yo. Él se hizo oficial en 1897, yo, en 1901. Le vi aquí antes de morir. De repente, se volvió un anciano.

Yo sabía que el tema Blomberg resulta delicado para Keitel. Le desagrada hablar de su viejo amigo a causa del escándalo que provocó su matrimonio con una mujer de dudosa moral y muchos años más joven que él. Pese a todo, le he preguntado qué tipo de persona era Blomberg en términos generales.

—Era un caballero y un buen hombre. Yo le apreciaba mucho. Desde un punto de vista militar, era bueno y eficiente. Sentí mucho que abandonase el Ejército en 1938. Ése fue el principio de mi infeliz vida como soldado. Yo no estaba preparado para ocupar el cargo que ocupé. De repente, me pidieron que asumiera el mando sin darme tiempo para reflexionar.

»Antes de febrero de 1938, fecha en que me convertí en jefe del Alto Mando de la *Wehrmacht*, Hitler ni siquiera me conocía. Blomberg me recomendó.

He pedido a Keitel que me haga una breve descripción de su etapa de formación.

—No asistí a la academia militar, pero me trasladaron al Estado Mayor general en 1915, durante la I Guerra Mundial, donde permanecí desde 1915

hasta 1934, excepción hecha de un periodo de cuatro años. Siempre me ocupé de asuntos de organización, de modo que, en 1938, Hitler quería aprovechar mi experiencia como organizador de tropas. Sin embargo, seis semanas después comenzaron las primeras campañas militares y bélicas, de las cuales, previamente, yo no había tenido la menor noticia. Mi ideal de convertirme en granjero, continuó siendo un sueño.

»Antes de 1938, vi a Hitler alguna vez, pero en realidad no llegué a conocerlo. Lo vi en 1935, en unas maniobras; y en 1938, con Blomberg, un par de veces; pero no llegamos a cruzar palabra. A partir de 1938, trabajaba con él y le veía al menos una vez a la semana, cuando me llamaban para firmar órdenes y directivas. Hitler pasaba la mayor parte del tiempo en Berchtesgaden; yo, en Berlín.

»Cuando comenzó la cuestión austriaca también le vi, el 1 de febrero, aunque no dijo una palabra de lo que en verdad quería[2]. Me ordenaron ir a Austria, aunque no supe por qué. Hoy resulta casi imposible imaginar cómo eran las cosas entonces.

Keitel hablaba con la dignidad y compostura de siempre, pero le temblaban las manos. Yo le he dicho que, a mi entender, algo le inquietaba y me preguntaba qué era. Sus manos no le han temblado hasta su último comentario, cuando ha afirmado hasta qué punto eran inconcebibles las cosas en la época de Hitler.

—Me doy cuenta de que ha hablado usted con todos los acusados y, probablemente, con otros generales, en el ala de los testigos. Los generales nos reuníamos con Hitler uno después de otro y en condiciones muy distintas, de modo que se hará usted una idea muy diferente de cómo eran las cosas según hable con unos o con otros. Yo sólo puedo hablarle de mi propia experiencia. Hoy me doy cuenta de que, quizá, tuve una actitud muy poco crítica. Yo había tenido muchos destinos como oficial adjunto y de

Estado Mayor, pero, por supuesto, siempre con soldados profesionales con los que compartía educación. Desde mi punto de vista, por tanto, todo lo que Hitler me decía era, para mí, la orden de un oficial superior. En 1938, yo llevaba treinta y seis años siendo oficial. Habría mandado una división mucho mejor de lo que hice el trabajo que se me encomendó.

»Como jefe del Estado Mayor con Hitler, uno mantenía una posición imposible porque tenía un oficial superior que era un político y no un militar, un hombre que tenía puntos de vista básicos muy distintos a los míos. Si yo hubiera tenido un año para conocer a Hitler, todo habría sido distinto en muchos sentidos.

»Pero hay que recordar que, el 4 de febrero de 1938, yo asumí un cargo que hasta entonces no existía. Yo era en realidad un jefe de Estado Mayor sin responsabilidad alguna, sin saber qué quería Hitler en realidad y sin que él me lo dijera.

»Mi misión era dirigir el Estado Mayor y hacer lo que Hitler quería. Por otro lado, Hitler no era militar, le faltaba formación y era un revolucionario. En el Ejército, quería cambiar las cosas constantemente. Y luego, en mis primeras semanas, llegaron las grandes iniciativas políticas, la cuestión austriaca, y, a últimos de abril, la cuestión checa. Y eso en apenas ocho semanas después de que yo hubiera iniciado mis nuevas tareas.

»Y así iba de un acontecimiento a otro, como un hombre dando puñaladas a una cosa y a otra sin saber muy bien lo que hace y sin tiempo para pensar en ello. Todo se producía a gran velocidad. Así es como sucedieron las cosas.

»Pedí que me relevaran del mando cinco veces y cada una de ellas rechazaron mi dimisión con las palabras más ásperas. Y a causa de mi conciencia, era para mí imposible fingirme enfermo.

He preguntado a Keitel qué piensa de Hitler en líneas generales y desde su perspectiva actual. He subrayado que, si no había oído mal, durante su defensa le había calificado de «genio».

—Sí, y desde mi punto de vista, lo era —ha dicho tras unos segundos de reflexión—. Para mí, un genio es un hombre con una habilidad extraordinaria para mirar al futuro, con una gran capacidad para advertir las cosas, con un conocimiento exhaustivo de la historia y de las cuestiones militares. Cuando digo que Hitler era un genio, lo digo en ese sentido. Además, yo soy un simple soldado, y nada convence más a un soldado que la victoria. Me pasé el verano de 1938 diciéndole a Hitler que no debía haber guerra con Checoslovaquia bajo ningún concepto, porque se volvería contra nosotros. Hitler me decía que me tranquilizase, que no habría guerra. Decía que necesitaba un Ejército más poderoso como medio para triunfar. Esto también era una victoria. Y no hubo guerra. Sin embargo, en aquella época pedí que me relevara del mando.

»Luego, cuando las cosas comenzaron a torcerse y sufríamos reveses, me dije: aquí estoy y aquí me quedo. Sólo te pueden matar una vez.

»No está bien cumplir órdenes sólo cuando todo va bien; es mucho más difícil ser un buen soldado y cumplir órdenes cuando las cosas van mal y llegan tiempos difíciles. La obediencia y la fe en tiempos así es una virtud.

»Sin embargo, muchas veces mantuve enfrentamientos muy violentos y agrios con Hitler. Ahora bien, el hecho de quitarme la vida, no habría mejorado la situación, porque aquel demonio siempre se salía con la suya.

—¿Le parecía Hitler un demonio?

—Sí, era un hombre demoniaco. Poseía una fuerza de voluntad fuera de lo común y cuando algo se le metía en la cabeza, tenía que conseguirlo. Hitler tenía encanto, le gustaban los niños, gustaba a las mujeres, pero en

política no se detenía ante nada. En otros aspectos, era un hombre amable y emotivo.

»De igual modo que podía ser brutal en la consecución de sus ideas políticas, podía demostrar una gran sensibilidad ante los sentimientos de los demás, ante la vida humana considerada de modo individual. Al menos, ésa era mi impresión.

»Sin embargo jamás oí ningún rumor sobre las atrocidades durante la guerra. Ni una palabra sobre la persecución y el asesinato de los judíos. Hitler era un gran psicólogo en ese sentido. Sabía que no podía pedir algo así a un caballero, a un oficial, que ni siquiera podía mencionarlo.

»Con independencia de lo que dijera, Hitler siempre tenía una fina percepción del auditorio al que se dirigía. Hablaba, por ejemplo, de modo muy distinto a un grupo de oficiales que a un grupo de dirigentes del Partido, y lo que decía a unos o a otros, no lo repetía en Reichstag. Sus discursos siempre se adaptaban al sentir de las personas a quienes se dirigía en esa ocasión en particular.

»Ésa era una de sus grandes habilidades, su poder de convicción mediante el discurso. Ante los soldados siempre mencionaba las nobles tradiciones del soldado alemán. De su despacho siempre colgaban tres retratos, uno de Federico el Grande, otro de Bismarck y un tercero de Karl Bernhard Graf von Moltke.

He comentado a Keitel que Rundstedt me había dicho que Moltke se revolvería en su tumba si hubiera conocido las tácticas militares de Hitler, particularmente las que empleó en la llamaba «Ofensiva Rundstedt», de la que el propio Rundstedt decía que debía llamarse «Ofensiva Hitler».

—Eso es verdad —ha contestado—, no fue la Ofensiva Rundstedt, la idea correspondía por entero a Hitler. Lo dije ya el pasado mes de septiembre, en un interrogatorio. Rundstedt no quería ponerla en práctica,

no la aprobaba. En 1938, Hitler habría hecho a Rundstedt alto comisionado del Ejército de no haber sido éste tan mayor, pero le tenía un enorme respeto. Por ejemplo, cuando Rundstedt iba a visitarle, Hitler acudía a recibirle personalmente y le acompañaba escaleras arriba. Era el único general a quien trataba con tanto respeto y ése era un honor que le brindaba sólo a él, una muestra de cortesía que indicaba el gran aprecio que Hitler sentía por su capacidad, y eso que jamás le consideró un nacionalsocialista. Aunque eso es algo que jamás exigió de ninguno de nosotros.

»Siempre decía que escogía a sus generales por su capacidad, no por sus convicciones políticas. Decía: «A mis oficiales y generales les pido tres cosas: uno, que sean válidos para el puesto que desempeñan; dos, que cuando me informen de la situación, me digan la verdad; y tres, que sean obedientes». Ésas eran sus tres exigencias.

»Al principio, Rundstedt y Brauchitsch mantuvieron ciertas diferencias de opinión. Hitler y Rundstedt mantuvieron una reunión, y éste se marchó a su casa muy tranquilo. En otra ocasión, mientras estaba destinado en el frente occidental, Rundstedt cayó enfermo. Me escribió para pedirme que informase a Hitler de que, en esas condiciones, no podría asumir la responsabilidad si ocurría algo importante. En ambas ocasiones, Hitler le pidió que volviera a asumir el mando.

»Brauchitsch permaneció en activo hasta el 9 de diciembre de 1941. Fue comandante en jefe desde el 4 de febrero de 1938 hasta el 9 de diciembre de 1941. Su cargo era el de comandante en jefe del Ejército de Tierra. Luego, Hitler asumió directamente el mando. Técnicamente, un mariscal alemán siempre está en activo y no puede retirarse, pero Brauchtisch, como Blomberg antes que él, no volvió a ejercer el mando después de 1941. Tenía problemas de corazón, o, al menos, eso es lo que me contó. En el invierno de 1943 estuvo muy enfermo. Día sí y día no había que informar a Hitler de

su estado de salud. Todos pensábamos que moriría, pero debía de tener una constitución muy fuerte, porque consiguió recuperarse.

CONSTANTIN

VON NEURATH

1873-1956

Constantin von Neurath fue ministro de Asuntos Exteriores desde 1932 hasta 1938 y protector del Reich para Bohemia y Moravia después de la invasión de Checoslovaquia por los nazis. En Núremberg fue declarado culpable de conjura, crímenes contra la paz, crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad y fue

sentenciado a quince años de prisión. Permaneció recluido ocho años en Spandau, hasta que, en 1954, lo liberaron por razones de salud.

21 de julio de 1946

El viejo, Constantin von Neurath, estaba sentado en su catre, vestido con un abrigo negro, pantalones oscuros y zapatos nuevos a los que le han quitado los cordones (como se ha hecho con todos los acusados), sustituidos por otro cordón muy corto colocado en la parte superior. Habla con tono vacilante y con cierto tartamudeo.

La entrevista con Neurath ha transcurrido en inglés, que habla bien, aunque no con fluidez. Por otra parte, tampoco en alemán habla con fluidez, sino con frecuentes pausas y balbuceos. Le he enseñado un ejemplar de la pequeña autobiografía, de tan sólo media página, que escribió el 9 de octubre de 1945, poco después de su llegada a la prisión de Núremberg.

—Una versión muy breve de la vida, ¿no es así? —ha dicho, y yo he asentido.

—¿Cómo era Kleingladbach, su ciudad natal?

—No es una ciudad, sino un pueblecito de cuatrocientos habitantes en el que vivieron mi padre y mi abuelo. Mi esposa vive ahora muy cerca de allí. Está próximo a Stuttgart.

Von Neurath nació el 2 de febrero de 1873. No ha tenido nietos propios, aunque su único hijo, que tiene ahora cuarenta y cuatro años, se casó con una mujer viuda y con una hija.

—Lamento profundamente no haber tenido nietos.

Me ha preguntado qué opino del proceso, invirtiendo, más o menos, el cuestionario oficial. He comentado que parece que las cosas se están

acelerando.

—Sí, deberían haber concluido el próximo miércoles. Todo lo que podemos hacer es esperar y ver —ha afirmado, con una sonrisa de inquietud.

—¿Y qué hay del juicio a las organizaciones?

—Muy artificial, el caso contra las organizaciones, especialmente en lo concerniente al Estado Mayor general. En su país también tienen un Estado Mayor general. Con las organizaciones del Partido ya es otra cuestión, pero tampoco todos los dirigentes del Partido son culpables. Y lo mismo puede decirse de la SS, el SD y la SA. Los nazis tenían un gran defecto, lo sobreorganizaban todo. Creo que, en general, los cargos contra las organizaciones no se sostienen.

Neurath me ha preguntado si había leído *Failure of a Mission: Berlin, 1937-1939 [El fracaso de una misión: Berlín, 1937-1939]*, de Neville Henderson. Le he dicho que sí.

—Es un buen libro. Habla de las condiciones reales en que nos movíamos en el periodo 1937-1939. La obra de William Dodd, su embajador, no es tan buena[1], tengo la impresión de que no comprendió bien lo que sucedía. Era catedrático de Historia y como la mayoría de los catedráticos no sabía nada de política ni del mundo. Hablaba muy bien alemán y con mi inglés era suficiente. Aunque también le pedía que trajera a su secretaria a las reuniones, porque a menudo no entendía de qué estábamos hablando. Es decir, le pasaba lo que a todos, no era realista. No he leído su diario, que después de su muerte publicaron sus hijos, pero puedo asegurarle ya, por los extractos que han salido a colación durante el juicio, que no merece la pena.

—¿Servicios prestados al Estado?

—Abandoné el Gobierno en 1916 por disensiones. En 1918, el presidente Friedrich Ebert, un socialista, volvió a llamarme. Yo no soy socialista, sino más bien conservador. Ebert primero me nombró embajador en Copenhague y luego en Roma. Los partidos se sucedieron en el Gobierno. El canciller Gustav Stresemann era un liberal. Yo cumplía mi deber con mi patria, no con el partido, esa fue mi línea de actuación. Cuando, en 1925, el viejo Hindenburg llegó a la presidencia, yo era embajador en Roma. Stresemann había muerto. Hindenburg me pidió que asumiera el cargo de ministro de Exteriores. Yo rechacé su oferta porque no pertenecía a ningún partido y no podía convertirme en su ministro de Exteriores sin el apoyo de ningún partido. Me enviaron a Londres, donde pasé mi segunda temporada como embajador. En 1930, yo era embajador en Londres, y a los dos años, en 1932, Hindenburg volvió a pedirme que ocupara el cargo de Exteriores, porque los partidos no se ponían de acuerdo para formar Gobierno. No podía negarme. Von Papen era el canciller, pero yo no le conocía, ni tampoco a los demás ministros. Cuando el gabinete de Von Papen fue sustituido por el Gobierno de Kurt von Schleicher, los nazis eran ya muy fuertes, en muy poco tiempo, en el mismo año 1932, habían conseguido 230 escaños en el Reichstag. Pero yo estaba en el Gobierno por voluntad de Hindenburg, no como miembro de ningún partido. A finales de enero de 1933 se produjo una nueva crisis. Hitler llegó al poder formando parte de un Gobierno de coalición[2]. Solicité a Hindenburg que me dejara regresar a Londres. El Rey de Inglaterra me pidió que lo hiciera. Pero Hindenburg se negó. Mi deber, por tanto, era permanecer en Alemania. Hindenburg le impuso a Hitler como condición que yo me quedara formando parte del Gobierno. Ya estaba enfermo, y me hizo prometerle que permanecería en mi puesto después de su muerte y tanto tiempo como mi conciencia me lo permitiera.

»Yo no conocía a los nazis, a ninguno de ellos. Y no era pro nazi en absoluto debido a los métodos que empleaban en las campañas electorales. Hindenburg murió en agosto de 1934. Yo llevaba año y medio en el Ministerio y Hindenburg había seguido mis consejos en política exterior. Con la política interior yo no tenía nada que ver. Mi labor se limitaba a la política exterior. Hindenburg siguió mis consejos, especialmente en la línea pacífica de nuestra política, como hicieron todos los alemanes para enfrentarse a los decretos del Tratado de Versalles. Estuve en Ginebra un mes, en la Sociedad de Naciones y en la Comisión de Desarme. Como es sabido, esta comisión de nada sirvió. Todas nuestras propuestas fueron rechazadas. Hitler estaba preparado para desarmarse totalmente si otros lo hacían, pero en especial los franceses se negaron. En 1935, advertí que algunos miembros del Partido se oponían a mis políticas cada vez con más ahínco. Ribbentrop, que era a la sazón asesor de Hitler, actuaba en la sombra.

»En ese año se produjo el primer incidente entre Hitler y yo. Yo estaba en contra del nombramiento de Ribbentrop como embajador en Londres. Le conocía y sabía que no era el hombre apropiado para el cargo. A Ribbentrop le precedió Leopold von Hoesch, un viejo colega mío que falleció en aquel entonces. Yo sufría cada vez más ataques del Partido, pero hasta 1937, si bien con grandes dificultades, logré mantenerme firme y Hitler siguió mis consejos. En agosto de 1937, sin embargo, cambió decididamente y decidió aplicar su política de agresión. Hasta que yo objeté que eso sería una estupidez, la guerra podría haberse desencadenado en enero de 1938. Le pedí que me sustituyera y abandoné el cargo el 4 de febrero de 1938. Me nombró consejero de Estado secreto, un mero título. Yo no tenía a nadie en quien apoyarme y él me negó incluso el acceso a la información a partir de entonces. Un mero título. Desde marzo de 1938 en que abandoné Berlín,

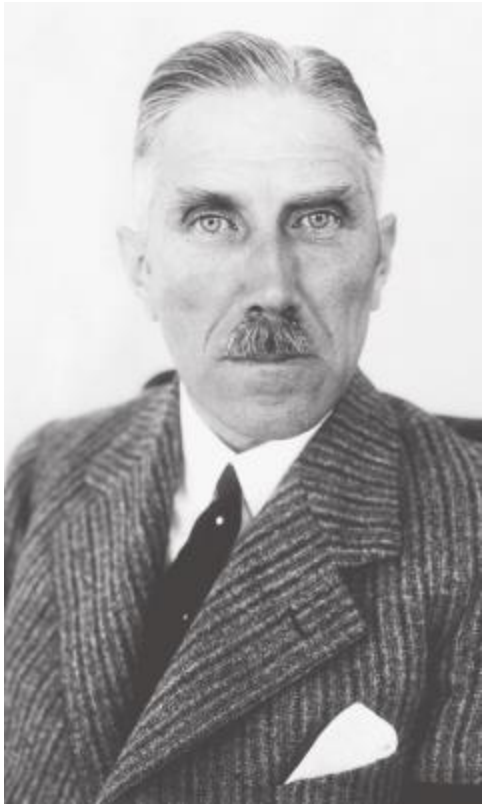
permanecí en la finca que poseo cerca de Stuttgart, una granja. En septiembre de 1938, uno de mis colegas, el conde Schwerin von Krosigk, ministro de Finanzas, me llamó y me dijo que Hitler quería ir a la guerra en Checoslovaquia. Yo debía acudir a Berlín y detenerle. El resultado fue la Conferencia de Múnich[3].

»Asistí a la Conferencia como observador, y allí conocí a Mussolini, Daladier y Chamberlain. Göring me llevó a Múnich en su coche. Durante las reuniones, yo actué como mediador y, al día siguiente, regresé a casa. A partir de entonces, me quedé al margen de la información, excepto de la que hacían pública los periódicos y la radio, que era escasa. Poseía, además, un piso en Berlín, adonde de vez en cuando acudía para resolver asuntos particulares. Estuve en Berlín a primeros de marzo de 1939 sin saber lo que iba a suceder. Comprobé que el doctor Emil Hácha, presidente de Checoslovaquia, había acudido a Berlín para pedirle a Hitler que se ocupara de la protección de su país. Al día siguiente, Hans Heinrich Lammers me telegrafió y me pidió, de parte de Hitler, que me presentara de inmediato en Viena[4]. Viajé en avión y, para gran sorpresa mía, Hitler me pidió que aceptase el cargo de protector de Bohemia y Moravia. En Viena le había dicho que no podía comprender lo que había hecho: «¿Lo ha hecho de acuerdo con Francia, Inglaterra e Italia?», le pregunté. Él me respondió que no había sido necesario, puesto que el presidente Hácha había pedido la protección de Alemania. Por mi parte, estaba muy molesto, porque estaba convencido de que aquel paso suponía un golpe en especial para Francia y Alemania. Estaba convencido, sobre todo, de que nada debía hacerse de no existir un peligro inminente de guerra. De modo que me negué a aceptar. Pero Hitler insistió. Afirmó que se trataba de un gran servicio para mi país y que yo era necesario porque tenía fama de moderado, de modo que él podía valerse de mi nombramiento. No tenía más que decir. Yo le contesté que era

una tarea complicada y que sería difícil evitar que los alemanes de los Sudetes emprendieran acciones de venganza. Él me dijo que, de todas formas, actuaría. ¿Qué poder podía evitar aquello? Yo ya tenía sesenta y seis años. Finalmente acepté, aunque de mala gana. Dije que intentaría cumplir con un deber patriótico. »Pero Hitler me otorgó poder para emplearlo contra los checos, no contra Himmler y sus consortes. Protesté ante Hitler en algunas ocasiones y él, en algunas ocasiones, me dio la razón. Pero la situación empeoraba, sobre todo después de que nombrase como secretario de Estado, mi subordinado, a un hombre malvado como Karl Frank. Era uno de los representantes de Himmler, y, en competencias policiales, Himmler tenía pleno poder ejecutivo. Yo no podía decir nada. De sus iniciativas me enteraba siempre a posteriori, bien por los checos, bien por informaciones de particulares. Era como estar en una cárcel. Cuando estalló la guerra, pedí a Hitler que me dejase marchar, pero se negó. Todo iba cada vez peor. En septiembre de 1941, Hitler me llamó a su cuartel general para decirme que, como yo era muy blando con los checos, había decidido tomar medidas más duras y enviar a Heydrich. Yo le dije que no podía consentirlo, que dimitiría. Sabía cómo era Heydrich, le llamaban «el sabueso». Me negué a volver a Praga. Desmonté mi residencia y decidí que no regresaría jamás. Estábamos en septiembre de 1941, pero Hitler no aceptó mi dimisión hasta 1943. Pero yo estuve en mi casa. Heydrich llegó a Praga dos horas después de que yo abandonase la ciudad en automóvil e inició su persecución de los checos.

FRANZ VON PAPEN

1879-1969



Franz von Papen fue canciller de Alemania en 1932, vicecanciller en 1933 y 1934 y embajador en Austria en 1936. Declarado inocente por el Tribunal de Núremberg, a principios de 1947 fue considerado como uno de los principales culpables por un Tribunal alemán de desnazificación, y condenado a ocho años de trabajos forzados. Dos años más tarde fue puesto en libertad gracias al recurso de apelación que interpuso.

7 de febrero de 1946

Entrevista con Franz von Papen en presencia de Gilbert. Es un hombre risueño de pelo canoso, algo sordo aunque vivaz, y tiene una personalidad contundente y el «encanto» de la «vieja escuela», o lo que asocio mentalmente con una perfecta educación a la antigua. Hace hueco en el catre para que podamos sentarnos y utiliza como cenicero un trozo de caja de cerillas. Acepta agradecidísimo el cigarrillo que le ofrecemos.

Hoy ha habido un lío considerable en la sala debido al caso Hess. La sesión ha durado hasta las seis menos cuarto de la tarde, una hora más de lo habitual. A los acusados se les veía muy interesados, era evidente que, a la mayoría, los hechos presentados por el fiscal británico les resultaban tan interesantes como al público asistente. El único de los acusados que parecía poco impresionado o afectado era Hess. Ha mantenido todo el tiempo su habitual expresión helada e indiferente, menos cuando ha lanzado algunas miradas ocasionales a la galería, y una o dos veces ha sonreído y susurrado a Göring, que se sienta a su lado, con unos modales bastante poco apropiados. También alguna vez se ha inclinado hacia delante, como si estuviera interesado en lo que se estaba diciendo, y ha mostrando una atención mayor de la que es habitual en él.

Von Papen me ha dicho que creía que el sumario contra Hess está claro en el sentido de que había sido uno de los fundadores y líderes del Partido, pero, respecto a su papel como conspirador en la conjura para desencadenar la guerra, la opinión de Von Papen es que los argumentos son poco sólidos.

El propio Von Papen afirma que Hess era un hombre pacífico, aunque también ha dicho que no lo conocía demasiado bien, porque tuvo poco contacto con él fuera de las reuniones ocasionales del Gobierno.

Sin embargo, Von Papen se ha llevado las manos a la cabeza lamentando la estupidez del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán y la ignorancia de Hess respecto a lo que sucedía fuera de Alemania, ignorancia que demostró con las declaraciones que hizo cuando voló a Escocia. En particular, se ha referido a su «oferta» de paz, cuando Hess afirmó que el Gobierno alemán no negociaría con el Gobierno inglés de aquel momento (refiriéndose a Churchill), pero que podría haber otro Gobierno que fuese más accesible. Von Papen ha hecho comentarios despectivos sobre Ribbentrop y se ha referido cáusticamente a su estupidez por seguir a Hitler ciegamente y por ser un «vendedor de whisky». Ha señalado que Hitler afirmaba que cada vez que quería dar un paso adelante, sus asesores nunca le apoyaban y le decían que era demasiado peligroso. Tan sólo uno o dos solían apoyarle, y uno de ellos era Ribbentrop; por eso, Hitler dijo que Ribbentrop era mejor estadista que Bismarck.

«Siempre he sido fiel a mis principios», ha dicho Von Papen, y por eso Himmler y el Partido le tuvieron bajo vigilancia durante el tiempo que fue embajador en Viena y en Turquía. Me ha hablado del momento en que Hitler le notificó a medianoche que tenía que estar en Viena la tarde siguiente al asesinato de Engelbert Dollfuss. Bien entrada la noche, dos hombres de la SS llegaron a la casa de Silesia en la que él estaba. Su hijo y él pensaron que los SS venían a detenerlos (según contó, ya lo habían intentado una vez). Su hijo le dijo que los SS estaban allí seguramente con la intención de matarlos. Cogieron una pistola, y se acercaron a la puerta. Allí había dos hombres de la SS. Dijeron: «Venimos a comunicarles que Hitler quiere que el señor Von Papen le llame inmediatamente». Pero a Von Papen y a su hijo les dio miedo moverse por si acaso les disparaban. Finalmente, Von Papen se dirigió al teléfono y llamó a Hitler. «Después de lo que ha pasado hoy», dijo Hitler (según ha relatado Von Papen), «tiene

que ir a Viena inmediatamente». Von Papen me ha comentado que le respondió que no tenía ni idea de lo que había pasado. Entonces Hitler le contó que Dollfuss había sido asesinado en Viena ese mismo día y que las cosas estaban revueltas por allí.

—Bien —dijo Von Papen—, tendré que pensarlo.

—Le mandaré un avión por la mañana —contestó Hitler.

Por la mañana, llegó el avión que trasladó a Von Papen a Bayreuth donde se encontró con Hitler, quien le dijo que necesitaba a alguien que conociese bien Austria y que pudiera controlar la situación en Viena rápidamente. Von Papen se fue a Viena de inmediato.

Von Papen me ha dicho que en Viena estuvo de inmediato bajo la vigilancia constante de los agentes de la Gestapo de Himmler, porque no se fiaban de él debido a sus simpatías por la Iglesia católica. Se quedó en Viena hasta febrero de 1938, unas semanas antes de la *Anschluss*. De repente le comunicaron que tenía que volver a Alemania. La anexión se produjo en marzo. Por supuesto, en aquel momento él no sabía nada de una anexión, aunque me ha comentado que estaba a favor de la unión con Austria como, según él, lo estaban todos los alemanes. Hitler no quería que Von Papen estuviese en Viena durante la anexión porque se había marchado a Austria después de que, cuando se encontró con él en Bayreuth, el propio Hitler le había prometido que no habría «una entrada armada en Austria ni un baño de sangre». Lo que tácitamente ha querido decirme es que se lo llevaron de Austria porque Hitler estaba a punto de romper su «promesa» (en ese punto Gilbert ha dicho: «me figuro que aún confiaba en la palabra de Hitler, ¿no?», Von Papen ha suspirado levemente y ha dicho que sí).

Su siguiente destino fue Turquía.

—Vamos a ver, si usted se oponía a Hitler, le seguía la Gestapo, censuraba su régimen y el tratamiento que daba a los católicos (no ha

mencionado a los judíos), ¿por qué siguió al servicio de Hitler?

—Porque pensé que ir a Turquía y evitar que se fuera cerrando el cerco alrededor de Alemania era servir a la paz.

—Bueno —he proseguido—, me parece sorprendente porque creo que la paz se hubiera visto más favorecida si el cerco alrededor de Alemania se hubiera cerrado, ¿no?

Von Papen ha suspirado y ha dicho:

—Usted lo está viendo desde el punto de vista de la historia y de lo que ocurrió después. Pero en aquel momento a mí me pareció que si Turquía se unía al cerco de aliados contra Alemania, quizá Hitler se hubiera visto forzado a dar golpes a diestro y siniestro y la consecuencia hubiera sido la guerra.

Por lo que él sabía, en Turquía la Gestapo no le estuvo vigilando, «porque puse como condición para aceptar el destino en Turquía que los hombres de Himmler no me siguieran como lo habían hecho en Viena». Durante una entrevista previa a la salida de Von Papen hacia Turquía, Himmler señaló que para eso Von Papen tenía que mostrarse menos interesado y complaciente con la Iglesia católica. Von Papen me ha comentado: «Sonreí mientras escuchaba porque, como le dije a Himmler, seguramente desconocía el hecho de que Turquía es un país de religión musulmana en el que prácticamente no hay católicos». Según Von Papen, la situación en Turquía era «peliaguda». Si hubiera intentado siquiera hablar con otro diplomático, digamos con uno sueco, o suizo, o de otro país neutral, esa conversación, la cual «hubiera surgido del fondo de mi corazón», teniendo en cuenta sus «deseos de paz», habría sido captada por los expertos en descodificación telegráfica o habría sido escuchada y se habría dado parte de ella al Gobierno nazi. Le habían ordenado bajo amenaza de pena de muerte que no hablase de paz con nadie.

Cuando en 1944 finalmente le llamaron para que regresara de Turquía visitó a Hitler, que para entonces era un hombre diferente. Fue después del atentado del 20 de julio de 1944, y Hitler estaba muy desquiciado, parecía haber perdido su capacidad de pensar con claridad. Le he preguntado si es que alguna vez había pensado con claridad.

—Bueno —ha dicho Von Papen—, era un hombre muy interesante. Podías hablar con él de muchas cosas. Le interesaba el arte, la arquitectura, la política, los asuntos militares, la música. Le interesaban miles de cosas. Un hombre notable. Pero después del atentado cambió.

30 de marzo de 1946

Esta noche, Von Papen estaba como de costumbre receptivo y deseando expresar sus opiniones. Me ha preguntado si había algo en particular que quisiera saber y le he contestado que nada en concreto, que simplemente quería tener una entrevista con él para ir conociéndole mejor y continuar en mi empeño de comprender su personalidad.

Ha empezado a hablar de la historia de Alemania, de sus bondades y errores.

—Opino que fue bueno crear un Estado federal en Alemania. Cada uno de los Estados tenía un gran valor cultural. Cada uno de ellos tenía su propia Corte, con un séquito compuesto de todo tipo de gentes, incluidos científicos. Esto hizo que Alemania recibiera muchas influencias culturales. De toda la variedad de sistemas, el Estado federal es tan bueno como cualquier otro. Desde otro punto de vista, un Estado federal que no estuviese unificado no sería bueno, porque no habría acuerdo en lo relacionado con la política exterior. En concreto, por ejemplo, Baviera,

Baden y Prusia, tenían intereses muy diferentes. En 1871, Bismarck fundó el Reich y superó esas diferencias mediante una concepción magnífica: hizo que el primer ministro de Prusia actuara como canciller de Alemania, de modo que la política general fuese la misma en todo el país.

»Después de la desintegración de 1918, cada Estado puso en marcha sus propias políticas. Cada uno de los Estados tenía un presidente sin influencia alguna en la federación general de Estados. Éste era un punto débil. A mí me parecía que eso había que corregirlo de acuerdo con las directrices marcadas por Bismarck. También creía que el primer ministro de Prusia debía ser el canciller alemán. En aquel momento Prusia tenía un Gobierno socialista. En distintos periodos la República tuvo Gobiernos mixtos burgueses y socialistas. Por tanto, puede imaginar la cantidad de estilos diferentes que compusieron el Gobierno.

»Yo había conseguido un plan favorable, ya que había llegado a un acuerdo con Hindenburg según el cual si Hitler llegaba al poder, Hindenburg me nombraría primer ministro de Prusia y al mismo tiempo vicecanciller[1]. Entonces, en las elecciones del 5 de marzo de 1933 los nazis arrasaron y llegaron al poder de una manera abrumadora[2]. Cada Estado tenía su propio Parlamento y en el de Prusia también predominaban los nazis. Estaba claro que Göring sería elegido primer ministro. En aquel momento Göring era ministro del Interior en Prusia. No había la menor duda de que la mayoría del Parlamento prusiano elegiría a Göring como su primer ministro, en cuyo caso yo tendría que marcharme. Por eso escribí una carta a Hindenburg y a Hitler en la que les decía que me alegraba de que Göring llegara a ser el primer ministro de Prusia, ya que Göring era un buen amigo de Hitler. Con eso, lo que yo quería decir era que habría un acuerdo en los aspectos más importantes de la política nacional, algo muy importante para Alemania. De ninguna manera aquello supuso abdicar de

mi postura previa, tal y como se afirma en el auto de procesamiento. Se entendía que el Estado federal alemán debía proteger separadamente sus finanzas, políticas, etcétera. Para un juez inglés o estadounidense que no conoce la historia de Alemania debe de ser difícil entender eso. Del cargo más importante del que se me acusa es de que fui un oportunista sin escrúpulos y que cambié mis ideas lo más rápidamente posible en cuanto los nazis llegaron al poder. Eso no es lo que ocurrió. Probaré frente al Tribunal que en los cientos de discursos que pronuncié después de la formación del Gobierno de Hitler, mi línea política difería enormemente de la nazi no sólo en los aspectos más importantes, sino en casi todo.

Le he preguntado cuáles eran los principales puntos de desacuerdo entre él y los nazis en 1933 y 1934.

—Desde los tiempos de Brüning, habíamos intentado disolver el Partido Nazi varias veces. Cuando yo llegué al poder, los nazis tenían doscientos treinta escaños, por lo que no podía tener mayoría en el Reichstag sin ellos. En aquel momento yo era canciller, y para que un canciller pudiera legislar de manera efectiva tenía que tener mayoría en el Reichstag. El problema era cómo neutralizar a los nazis.

»Y cuando por fin hubo que crear el Gobierno nazi en unas circunstancias tan apremiantes, los temas más importantes que surgían en las mentes de los alemanes eran los ocho millones de desempleados, los doce millones y medio de personas con empleos precarios y las huelgas originadas por la lucha de clases. Lo que más preocupaba a los alemanes era encontrar una solución a los problemas sociales. Hitler insistía en que la solución a esos problemas no se podía encontrar en las directrices del marxismo ni del bolchevismo, sino más bien en las del capitalismo mezclado con un cierto grado de socialismo. Eso no significaba tener que convertirse en un Estado socialista, pero podía considerarse socialismo en

tanto que la empresa privada no podría contar con enormes dividendos y beneficios. Todos los beneficios obtenidos en cualquier rama de la economía irían a parar a la comunidad y no estrictamente a manos privadas. Para mí, eso era acertado.

»Uno de los eslóganes del Gobierno nazi era algo que venía a decir que todos los beneficios revertirían primero en la comunidad. La diferencia entre el comunismo y el tipo de socialismo suscrito por los nacionalsocialistas era que el interés privado de las personas no se abordaría del modo en que se hacía en un Estado comunista.

»Como he dicho, para mí ése era un principio correcto. La formación de un Gobierno por los nazis no resultó incómoda para el grupo conservador que yo presidía. Llegué a la conclusión de que la solución a los problemas de Alemania pasaba por una cooperación más cercana entre la empresa privada, los gestores y los trabajadores.

»Siendo católico, como usted sabe que soy, pensé que esas líneas coincidían con las establecidas por el Papa León XIII en su bien conocida encíclica. Por lo tanto, puse el énfasis en que, básicamente, había que llevar a cabo una renovación religiosa general. Hitler no estuvo de acuerdo con eso. Yo no sé demasiado sobre iglesias, religiones y ese tipo de cosas. Por ejemplo, yo no estaba de acuerdo con sus ideas racistas, con el antisemitismo, etcétera.

»En 1933 pronuncié un discurso en Gleiwitz en el que expuse que realmente no era del todo injusto destacar los puntos positivos de una raza determinada, pero que nunca se debería llegar al extremo de perseguir a una raza basándose en ciertas características, ni a decir que otra raza es superior. Yo dije entonces que eso era totalmente equivocado.

»El 17 de junio de 1934, pocos días antes de la purga de Röhm, pronuncié otro discurso. Ese discurso contiene muchas referencias a otros

pensadores que se oponían al nazismo y a mis propios dogmas políticos, también opuestos al nazismo. El discurso tuvo lugar en la Universidad de Marburg y generó una agria enemistad hacia mí por parte de los nazis. Göbbels dio órdenes de que el discurso no fuese impreso o publicado en los periódicos, y ésa fue la razón por la que en la purga de Röhm estuvieron a punto de ejecutarme. Lo cierto es que estuve arrestado durante tres días y, además, estuve incluido en la lista de condenados a muerte de Himmler. No me ejecutaron porque Göring, según tengo entendido, revocó la decisión, sobre todo porque mi ejecución habría originado una publicidad muy negativa fuera de Alemania.

»He citado esos ejemplos para indicar cuál era, ha sido y será mi verdadero credo. Respecto al asunto de Röhm, yo no tuve relación alguna con aquello[3]. Cuando comenzó la revuelta, fui convocado al despacho de Göring y éste me comunicó que me considerase arrestado. Göring estaba nervioso, pero no enfadado conmigo. Sin embargo, Himmler, que estaba allí con Göring, sí estaba enfadado conmigo y le dijo a Göring que debían liquidarme. Himmler me hizo todo el daño que pudo a lo largo de mi vida.

»Himmler odiaba a la Iglesia. Él y Bormann eran las dos personas que más influencia tenían sobre Hitler. Cuando yo hablé con Hitler al principio, él estuvo de acuerdo conmigo en que ningún Estado podía ser gobernado sin religión. En el *Mein Kampf* expresó que había que ser un loco para destruir la religión del pueblo. Hitler también declaró que una reforma política no debería ser una reforma religiosa.

»Yo no tenía la culpa de que Hitler se desdijera de sus palabras a ese respecto como lo hizo en tantas otras cuestiones. En su proceso de evolución, Hitler cambió de opinión respecto a muchas cosas. Pero cuando llegó al poder, no ocurrió así. Yo realmente creí que de verdad quería adaptar las cuestiones religiosas. En sus discursos en el Reichstag de marzo

de 1933, dijo que respetaba los principios cristianos y que haría todo lo posible por apoyarlos. Fui yo quien le pidió a Hitler que incluyese esa cuestión en sus discursos.

Todos los recuerdos anteriores han sido relatados por Von Papen de un modo que parecía bien estudiado y ensayado, sin ningún tono o sentimiento emotivo. Le he preguntado si le parecía que el antisemitismo era compatible con la libertad religiosa y la tolerancia. Ha respondido:

—En absoluto, pero Hitler no se empeñó en la aniquilación de los judíos, eso lo manifestó en la vida pública y en los periódicos. Al principio, Hitler se limitó a decir que la influencia de los judíos era excesiva, que de todos los abogados de Berlín un ochenta por ciento eran judíos. Hitler pensaba que no se podía permitir que un pequeño porcentaje de la población, los judíos, controlara el teatro, el cine, la radio, etcétera.

Le he dicho entonces que daba la impresión de que a él no le parecía incorrecto que hubiese una discriminación de los derechos individuales basada en la religión. Le he señalado, además, que, a todos los efectos, él predicaba la libertad religiosa y la tolerancia, pero que practicaba una forma de antisemitismo. Von Papen se ha puesto algo nervioso y ha afirmado con mucho encanto y sonrisas que le había malinterpretado, que lo que se había limitado a decir era que él estaba a favor de permitir que un cierto porcentaje de judíos, católicos o protestantes estuviesen presentes en ciertas profesiones o negocios, pero que no estaba en absoluto de acuerdo con doblegar a los judíos, privarles de sus derechos civiles.

—Yo pensaba que, con normalidad y sin grandes sobresaltos, se podría corregir lo que Hitler denominaba la cuestión judía. No creo que al principio Hitler tuviese unas ideas tan radicales acerca de la solución del problema judío, o por lo menos nunca las reveló. Cuando Hitler hizo la primera ley dirigida a acabar con la influencia judía, yo introduje ciertas

limitaciones para conseguir que todos los judíos que estaban en Alemania desde 1914 pudiesen quedarse aquí. Mire, después de 1918, cuando se perdió la guerra, nos llegó un gran flujo de judíos desde el este. Ese exceso era completamente inaudito en Alemania y sólo ocurrió después de la revolución de 1918. Fue un movimiento considerable de personas. Pensábamos que había que corregirlo.

JOACHIM VON RIBBENTROP

1893-1946

Joachim von Ribbentrop fue ministro de Asuntos Exteriores desde 1938 hasta 1945. Declarado culpable en Núremberg por conjura contra la paz mundial, crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad, fue ahorcado el 16 de octubre de 1946.

27 de enero de 1946

Era domingo. Estaba sentado en su mesa, aparentemente, trabajando con unos papeles relacionados con su defensa (eso supongo). Estuvo educado y parecía contento de vernos a Gilbert y a mí. Nos sentamos en su catre, del

que retiró varios papeles, libros y otras cosas. Él se sentó en una silla frente a nosotros, fumando su vieja pipa.

Es un hombre atractivo que aparenta cuarenta y muchos años o cincuenta y pocos. Le rodea un halo de depresión superficial, aunque con frecuencia se ríe o sonríe afablemente. Tiene un inglés excelente con un suave acento británico, a veces se queda bloqueado intentando encontrar alguna palabra, pero sólo cuando la palabra alemana que quiere utilizar es aparentemente más adecuada para la idea que quiere expresar que su equivalente en inglés.

El tema dominante de su recitado (vino a ser eso, excepto por algunas preguntas que le hicimos Gilbert y yo) fue lo desconcertado y sorprendido que está por el cariz que han tomado los acontecimientos. No estaba muy clara la razón exacta de su desconcierto, seguramente tampoco él lo tiene claro. Hubo dos *leitmotiven*: primero, ¿pudo conocer Hitler las atrocidades? Y, si las conocía, ¿pudo dejar que continuasen? No, resulta casi imposible. Hitler era un hombre tan bueno, tan asceta, nunca comía carne y llamaba a Ribbentrop y al resto de sus colegas más cercanos «devoradores de carroña». Tuvo que ser Himmler quien perpetró muchas de las cosas contra las órdenes del Führer. Segundo, ¿cómo he podido yo ser víctima de un desastre tan tremendo como éste? Esto último no fue expresado por Ribbentrop con palabras, pero hubo exclamaciones frecuentes tales como «es increíble, no entiendo cómo ha podido pasar. No lo puedo soportar».

En lo que respecta a la política, dijo que su carrera comenzó en 1932, cuando Hitler y el nacionalsocialismo cabalgaban hacia el poder. Antes de eso había sido un «hombre de negocios». Contó que cuando estalló la I Guerra Mundial estaba en Canadá y se marchó en un navío que transportaba carbón («un búnker de carbón») con el fin de llegar a Alemania y alistarse en el Ejército. Parece que abandonó el Ejército al final de la guerra con el rango de teniente.

Todavía nos tiene que contar cómo conoció a Hitler por primera vez. Dice que la primera vez que le vio fue en 1932. Cuáles fueron los primeros puestos que ocupó Ribbentrop en el Partido y en el Gobierno es algo que tampoco ha mencionado. Ha dicho que ayudó de distintas «maneras» (sobre las cuales no se explayó) para conseguir que el nacionalsocialismo ascendiera en las elecciones anteriores a las que Hitler consiguió el poder. Le pregunté sobre el episodio, ampliamente conocido, según el cual saludó con el «Heil Hitler» en la Corte de St. James. Sonrió con tristeza y dijo que los periódicos ingleses lo habían sacado de contexto y habían contado algo que realmente no había ocurrido. Cuando le presentaron al Rey, hizo el saludo nazi con la mano en alto y el cuerpo erguido, pero no dijo «Heil Hitler». De hecho, el Rey se mostró comprensivo y al día siguiente le mandó una nota diciendo que le entendía, que todo estaba en orden. Además saludó de esa manera a muchas cabezas coronadas, a los reyes de Italia, Rumanía y algunos más. En ese punto, Gilbert señaló que ésos eran Estados fascistas y que probablemente el saludo fascista era apropiado allí, pero que quizá en Inglaterra fuera distinto. Ribbentrop dijo que Rumanía no era un Estado fascista, y que la costumbre era saludar al modo en el que se hacía en el país del que procedía el embajador.

En el recitado de Ribbentrop hubo muchas declaraciones paradójicas. El último testamento de Hitler fue un poco decepcionante, pero cuando uno recordaba que lo había escrito con bombas explotando sobre su cabeza, se podía entender. Hitler estuvo enfermo los dos últimos años y poco a poco se fue volviendo menos influible, más terco y más antisemita. Nunca habló de perder la guerra hasta finales de abril de 1945. A tan sólo seis semanas del final. Hitler decía que ganaría la guerra por «los pelos». En aquel momento fue cuando Ribbentrop empezó a pensar que Hitler no pensaba con claridad.

—Creo que la única forma de entender su creciente antisemitismo es pensar que en Estados Unidos el señor Roosevelt estaba rodeado de asesores que eran todos judíos, Felix Frankfurter, Claude Pepper, ¿era Pepper?, no recuerdo otros nombres. Ah sí, Morgenthau[1]. Eso le hizo sentir a Hitler, cada vez más, que una conspiración internacional, detrás de la cual estaban los judíos, había causado la guerra.

Cuando le preguntamos si es que Hitler no sabía que él mismo había sido quien había causado la guerra, Ribbentrop no respondió.

16 de febrero de 1946

Cuando entré, el antiguo ministro de Asuntos Exteriores estaba escribiendo en su endeble mesa (tan frágil que el peso de un hombre podía desvencijarla), de espaldas a la puerta de la celda. Tenía puestas sus gafas de concha, no llevaba corbata, llevaba unas cuerdas en lugar de cordones de zapatos (a los acusados se les quitan todos los cordones al volver del juicio como medida para evitar el suicidio). Su celda está bastante descuidada y llena de trastos, en contraste con la limpieza espartana de muchas de las celdas de otros acusados. Trozos de papel, cajas, cajas de cerillas, la chaqueta encima de la cama, la ropa sin colgar adecuadamente; sin lugar a dudas no es el orden obsesivo del supuestamente típico alemán.

Es un tipo bastante afectado, pero ha practicado tanto esa afectación que casi parece natural. Me ha contado lo que estaba haciendo cuando entré en la celda. Básicamente, estaba garabateando palabras y escribiendo a lápiz páginas y páginas de material, en un papel como el que usan los abogados, donde contaba sus impresiones de los últimos años. Me ha contado que era difícil hacerlo porque no recordaba muchos episodios, para los que

necesitaría sus archivos. A través de sus abogados ha solicitado algunos archivos, pero todavía no han aparecido. Me ha leído parte de lo que estaba escribiendo. Tiene que ver con sus impresiones y actitudes hacia Hitler. Cada vez más, pienso que ésta es una actitud calculada por parte de Ribbentrop: que está ayudando a crear el mito del magnetismo de Hitler, que ya está empezando a crearse, del mandatario único, del autoaislamiento forzado del hombre, de sus cualidades humanas, junto con la imposibilidad de todos los que trabajaron con él de llegar a conocerle.

Me ha descrito la primera vez que estuvo con Hitler. Fue en 1932. Elude (o al menos a mí me lo parece) decir exactamente dónde fue y bajo qué circunstancias. Había otras personas presentes. La impresión que se obtiene es de una cara oscura, ojos muy azules, una expresión facial irresistible y una mirada que cautivaba. Pero la personalidad de Hitler le causó una mayor impresión la segunda vez que lo vio, en 1933. Entonces, señala, Hitler se estaba haciendo más poderoso. Von Papen le presentó a Hitler en su casa (la de Ribbentrop), y Hitler ya tenía un aire dictatorial con un gran poder y encanto.

—Sabía cómo tratar a la gente, sobre todo a los hombres, de una manera encantadora. Habló durante veinte minutos y entonces yo dije un par de palabras; cambió de tema y habló durante veinticinco minutos más de otras cosas. Tenía conocimientos muy amplios de todo. Dominaba a todo el mundo. En una ocasión, un «prominente estadista británico» fue convencido [por Ribbentrop] de que conociese a Hitler. El británico se negó diciendo: «No puedo hablar con dictadores». Con ello quería decir que en condiciones normales no tenía inconveniente en sentarse como lo hacemos usted y yo para cambiar impresiones. Con Hitler eso no era posible. Hitler hablaba, tú escuchabas.

Ribbentrop a veces tiene un aire de actor afectado haciendo el papel de gran estadista que está algo confundido debido a todo lo que ha pasado en los últimos años. Tiene una cara seria, que a veces se ilumina con su vieja y encantadora sonrisa, que aparece y desaparece a voluntad. Cuando descansa o está en periodo de reposo, su cara denota una falta total de expresión y sus labios forzados revelan cierta obstinación. Cuando se le observa, o durante una conversación, habla constantemente y le sobrevienen algunos momentos de vacío en la conversación, pero no son momentos en los que espera que la persona que le escucha contribuya con palabra alguna. De hecho, cuando yo quiero dirigir la conversación hacia ciertos temas, o hacerle una pregunta que quizá pueda abrir nuevos canales en su línea de pensamiento, de manera deliberada hace como que tiene dificultades para oír, pide que le repita la pregunta y entonces suele responder con evasivas o de una manera tan general que resulta casi como una evasiva.

El contenido de su monólogo de hoy ha sido Hitler. Qué gran personalidad. Lo encantador, diplomático y magnético que era. Cómo consiguió tener a toda Alemania en la palma de su mano.

—Eran todos como escolares frente a él, incluso Bormann.

A pesar de todo, es obvio, a raíz de lo que se ha dicho en este proceso, que Hitler tenía un lado cruel. Pero un hombre que sacó a Alemania del lodo, ¿no tuvo que ser cruel a veces para conseguir su gran proyecto? Pero, por supuesto, Ribbentrop nunca imaginó que Hitler o los nazis estaban siendo crueles hasta que empezó a enterarse de lo que se está revelando en este juicio. Le he preguntado sobre su reacción, por ahora, respecto al sumario abierto por Rusia. Están diciendo cosas terribles, contesta. Entonces, se ha reído y ha observado: «Si se hace caso de lo que dicen, todos los alemanes son monstruos». Le he preguntado cuánto creía que era verdad y cuánto exageración. Me ha mirado seriamente y se ha quedado en

blanco por un momento. Ha admitido que no lo sabía. Tiene que haber algo de verdad, ha dicho. Le he preguntado entonces sobre su reacción con el diario de Hans Frank y sobre lo que se había leído (Frank confesó que si hubiera informado a Hitler de que había matado a ciento cincuenta mil polacos más, Hitler le habría contestado: «Está bien»)[2]. Ribbentrop ha movido la cabeza y se ha puesto la mano en la región temporal izquierda.

—Ese tipo, ¿por qué escribió esas cosas? —ha exclamado.

He insistido a fin de conseguir alguna reacción, buena o mala. Si todo eso es verdad, fue perverso, ¿no?, o ¿acaso se puede justificar como los nazis lo justifican? Ribbentrop me ha contestado que por supuesto que fue perverso, pero la impresión que a mí me ha dado era que no le preocupaban tanto los asesinatos, las brutalidades y los horrores de los métodos alemanes, sino que un estúpido como Frank fuese tan poco juicioso como para escribir todo eso en un diario.

Empieza entonces a describir su encuentro con Stalin y Viacheslav Mólotov en Moscú cuando cerró el Pacto de No Agresión[3]. Sólo estuvo allí un día y una noche y con posterioridad volvió para asistir a un gran banquete, en el que se hicieron algunos brindis. Considera a Mólotov muy listo y competente.

—Stalin dirige Rusia —recurre, otra vez, al mismo cliché que ha usado con Hitler— con todos los rusos en la palma de su mano. Así es como se hace en los Gobiernos dictatoriales. En nuestro Gobierno, la política de Hitler era que cada ministro o jefe de departamento sólo supiera lo relativo a su trabajo. Por lo tanto, no supe nada de la invasión de Noruega, por ejemplo, hasta veinticuatro horas antes de que tuviese lugar. Mantenía al Ministerio de Asuntos Exteriores alejado de las cuestiones militares. Lo mismo respecto a la guerra con Rusia. No supe nada hasta veinticuatro horas antes de que se produjesen los acontecimientos.

Personalmente, creo que esa leyenda de que Hitler no confiaba a nadie sus planes, sus métodos, los asuntos de Estado, etcétera, es una manera de eludir, de una forma bastante obvia, la responsabilidad de compartir la culpa. Ribbentrop declara que no supo nada hasta que pasó. Göring dice lo mismo. Y lo mismo hacen todos los ministros y miembros del gabinete. Todas las culpas se dirigen hacia Hitler, Himmler y Bormann.

—Stalin y Mólotov me caían muy bien, me entendía bien con ellos —manifiesta Ribbentrop con sus maneras llamativas, sofisticadas y encantadoras, tan incongruentes con lo que le rodea y con la atmósfera general de depravación nazi que los juicios están revelando claramente.

También manifiesta que a veces sufre dolores de cabeza del lado izquierdo y que una vez observó una ligera debilidad en sus miembros superiores e inferiores derechos. Le dijeron que era un «calambre» de uno de los vasos sanguíneos de la cabeza. He explorado manualmente sus reflejos profundos, pero no conseguí obtener ninguna diferencia en las respuestas. Dice que toma pastillas para dormir por las noches y, a veces, pastillas para el dolor de cabeza durante el día.

23 de junio de 1946

Ribbentrop estaba sentado en su celda, trabajando en sus notas. Había páginas voluminosas de las transcripciones del juicio, páginas escritas a máquina de sus propias notas, carpetas grandes llenas de documentos esparcidas por toda la celda. En su mesa tenía algunas anotaciones sobre la situación en Checoslovaquia durante la época de Hitler y comentó que le daría esas notas a su abogado.

Me ha dicho que esta misma mañana había notado cierta dificultad para abrir el ojo izquierdo y un zumbido muy agudo en el oído del mismo lado. Le he examinado el ojo izquierdo y he observado que el párpado tiene una cierta tendencia a cerrarse, que parece que no tenga una base orgánica. Es interesante que en el curso de la entrevista siguiente, que ha durado alrededor de una hora, tuviera el ojo completamente abierto y ya no se apreciara ptosis de ningún tipo.

Ha vuelto a hablar de sus dificultades físicas. Ha dicho que quería mi opinión franca acerca de si tenía alguna enfermedad en el cerebro o no. Ha repetido su frecuentemente expresada opinión de que tiene algún problema con el nervio vago y que probablemente la circulación sanguínea en su lado izquierdo sea defectuosa. Ha dicho que esa impresión iba y venía periódicamente, que se ha encontrado bastante bien y sin síntomas durante unas dos semanas, pero que hoy estaba peor. Ha manifestado que el síntoma más destacado que sufre es incapacidad de concentración; por ejemplo: «Leo una página o un párrafo de mis notas y no sé lo que he estado leyendo». Ha puesto otros ejemplos similares. Ha dicho que a veces no puede acordarse de lo que había pasado en el juicio el día anterior. Entonces, de repente se acuerda de lo que había ocurrido y se queda horrorizado por su mala memoria. En alguna ocasión se ha preguntado si estaría desarrollando el mismo tipo de fragilidad mental que padece Hess.

Ribbentrop ha seguido entonces con uno de sus temas favoritos, a saber, Hitler y la política exterior del nacionalsocialismo:

—Sé que a usted no le gusta hablar del Tratado de Versalles, pero tanto usted como los demás saben que ese tratado fue una gran injusticia. Hitler surgió como consecuencia de la tremenda injusticia que se había cometido contra Alemania. He estado pensando sobre eso todos estos meses. Recuerdo que en 1928, 1929 y 1930, antes de convertirme en

nacionalsocialista y antes de que Hitler llegara al poder, les dije a mis amigos franceses e ingleses que tenían que ayudar al Gobierno alemán de Brüning porque, si no, tendrían que vérselas con Hitler; pero Inglaterra y Francia no le dieron nada a Alemania.

Ha manifestado que este proceso era el mayor error que podía cometerse hoy.

—No me refiero a que sea importante si unos pocos de nosotros como Göring, yo o los demás seamos condenados a muerte o a trabajos forzados o a lo que sea, sino que para los alemanes seguiremos siendo sus líderes, equivocados o no, y en unos cuantos años, ustedes los estadounidenses y el resto del mundo considerarán este proceso como un error. Los alemanes aprenderán a odiar a los estadounidenses, a no confiar en los británicos ni en los franceses, y, por desgracia, quizá sean embaucados por los rusos. Ésa sería la peor de las calamidades. No quiero ni pensar que Moscú pueda gobernar Alemania o que Alemania se convierta en un territorio de la Unión Soviética. Los Aliados deberían adoptar la actitud, ahora que la guerra ha terminado, de pensar que se han cometido errores en ambos bandos, que los que estamos siendo juzgados en este proceso somos patriotas alemanes, y que aunque quizá hayamos errado y hayamos ido demasiado lejos con Hitler, lo hicimos de buena fe y como ciudadanos alemanes. Además, el pueblo alemán siempre considerará nuestras condenas por un Tribunal extranjero como injustas y nos tomará por mártires.

»Hitler ha sido para mí el mayor de los enigmas. Siempre lo fue. A menudo comentábamos en nuestro círculo privado del Ministerio de Asuntos Exteriores que Hitler había tomado de manera demasiado literal el viejo lema de los Habsburgo de “divide y vencerás”. Llegó a no permitir que sus propios ministros tuvieran mucho poder. A mí no me decía muchas de las cosas que estaban pasando. Y lo mismo podría decirse del resto de

sus subordinados. Al pasar los años, Hitler se fue haciendo más y más desconfiado. Al final, nombró un gabinete nuevo con un ministro de Exteriores nuevo. Eso estaba en su último testamento. No lo puedo entender. Yo era uno de sus seguidores más fieles, quizá *el* más fiel de todos.

Ribbentrop ha dejado a un lado todo lo relacionado con el exterminio de los judíos. Dice que a largo plazo, desde el punto de vista histórico, el exterminio de los judíos siempre sería un borrón en la historia de Alemania, pero que de algún modo era atribuible al hecho de que Hitler había perdido el sentido de la proporción, y como estaba perdiendo la guerra, se convirtió en una «bestia» respecto al tema de los judíos. Pero la cuestión histórica más importante no es que los judíos hayan sido exterminados, sino que se ha oprimido a Alemania y no se le ha dado una oportunidad.

—En 1940, después del estallido de la guerra, envié a dos representantes del Ministerio de Asuntos Exteriores a Estados Unidos para que se pusieran en contacto con varios grandes bancos judíos, a fin de que intentasen utilizar su influencia para que Estados Unidos permaneciese ajena a la guerra y convenciese a Inglaterra de que firmara la paz con Alemania. Lamentablemente, mis representantes tuvieron una acogida muy fría. Los judíos y otros estadounidenses odiaban al régimen nazi y no confiaban en él. Se negaron a cooperar para evitar que el presidente Roosevelt y sus asesores continuaran ayudando a Inglaterra. La Ley del Préstamo y Arrendamiento siguió vigente, y el ambiente en Estados Unidos respecto a Alemania era de una hostilidad generalizada[4]. Si esos banqueros estadounidenses hubieran intervenido y hubiesen amenazado a Inglaterra, hubiesen forzado a esta nación a aceptar las ofertas de paz de Hitler (y en 1940 estábamos dispuestos a firmar la paz con Inglaterra), y se habría evitado el terrible exterminio de los judíos.

Le expliqué que me daba la impresión de que seguía viendo las cosas más bien desde un único punto de vista. ¿Realmente pensaba, como Hitler, que eran los judíos estadounidenses quienes se opusieron a la política de agresión de la Alemania nazi y no se daba cuenta de que todos los pueblos demócratas del mundo rechazaron la política hitleriana y se opusieron a ella? ¿No se daba cuenta de que, a los ojos del mundo, Hitler y el Gobierno nazi eran vistos como impulsores de la guerra y culpables del terror fascista, y de un nacionalismo tan irrazonable que cualquier acuerdo de paz en aquel momento hubiera significado el triunfo de Alemania y la subsiguiente victoria de la ideología nazi? ¿No advertía que ninguna otra nación, aparte de Alemania, quería que Hitler gobernase el mundo?

Ribbentrop ha reaccionado con ademanes:

—Estoy seguro de que Hitler sólo quería la región de los Sudetes, el corredor polaco, un acuerdo comercial con Austria y quizá algunas colonias. Eso era todo. Estoy seguro de que no hubiera continuado con sus ofensivas. En aquella época, Hitler todavía no estaba desquiciado ni avanzaba por el camino equivocado, como hizo posteriormente.

He señalado que en una entrevista que había tenido con Streicher, éste me dijo que el nombre verdadero de Jackson era Jacobson y que la causa de todas las dificultades que tenía Alemania era «el complot judío» organizado por los judíos de Estados Unidos, Inglaterra y Francia y por los judíos bolcheviques de Rusia. Streicher además me dijo ayer que su opinión era que si todos los judíos del mundo, hasta la última persona que tuviera sangre judía, hubieran sido exterminados con éxito, no habría juicios y el mundo iría mejor. En opinión de Ribbentrop, ¿tenía Hitler más o menos la misma visión?

—Creo que sí. Creo que Hitler también estaba desequilibrado respecto a la cuestión judía. A menudo me dijo que los judíos habían causado la guerra

y que había una complicidad entre el capitalismo judío y el bolchevismo judío. Yo nunca conseguí entender eso y pensé que estaba equivocado. De hecho, sé que estaba equivocado. Cuando fui a Rusia y estuve con Stalin para cerrar el Pacto de No Agresión germano-soviético, volví a Berlín y le dije a Hitler que no había visto a ningún judío en puestos de relevancia en Rusia. El único judío a quien conocí fue Lásar Kaganóvich, que me impresionó por ser un anciano caballero encantador[5]. Hitler sencillamente ignoró mi observación. Sé con certeza que esa idea de que los judíos causaron la guerra y de que eran tan importantes es un sinsentido. Pero eso era lo que pensaba Hitler, y con el paso del tiempo se obsesionó más y más con esa idea. Era pura fantasía. Como he dicho, Hitler es para mí un enigma y siempre lo será.

»Hitler tenía un lado brutal, además de un lado noble. Ese lado noble era el que me resultaba atractivo. Conmigo fue siempre agradable. A menudo era muy afectuoso. Pero también podía ser muy simpático y afectuoso un día y cuando volvía a verlo podía criticarme e incluso llegó a acusarme de traicionarle de un modo u otro. Yo era su más fiel discípulo y esas acusaciones me dolían. ¿Sabe que después del atentado del 20 de julio de 1944 Hitler dijo, en presencia de varios generales, que había sido yo quien había enviado emisarios a Suecia para pedir la paz? Aquello me hirió profundamente. No dije nada. Di el correspondiente taconazo y salí de la habitación. Ése es otro ejemplo de la desconfianza de Hitler hacia todos nosotros.

Ribbentrop se ha explayado en explicar con detalle cómo Alemania tenía siete millones de parados en 1932 y cómo Hitler llegó al poder porque las masas creían que les beneficiaría.

—Por otro lado, no tenían alternativa: era o Hitler y el nazismo o el comunismo.

15 de julio de 1946

Esta mañana, Ribbentrop ha preferido quedarse en su celda en lugar de ir al juicio, porque se sentía flojo y le dolía la cabeza. Localizó el dolor en el parietal izquierdo, cerca de la línea media.

Ha hablado de los juicios y del pasado. Se ha quejado de su incapacidad para concentrarse.

—Puede que no consiga concentrarme porque trabajo sin interrupción en mi celda desde que termina la sesión del juicio hasta que se apagan las luces. Quizá trabajo tanto porque eso me impide pensar.

Quería saber cuál había sido la reacción general a la alegación presentada por su abogado en el Tribunal el otro día. Le he dicho que, en general, los otros acusados creen que el doctor Horn, su abogado defensor, había hecho un buen trabajo. Le he dicho también que uno de los acusados había hecho un comentario favorable hacia Horn, pero poco halagador para Ribbentrop. Éste ha insistido en conocer el comentario. Le he dicho que Gilbert me lo había mencionado, que yo no lo había oído directamente. Según Gilbert, había sido algo jocoso, algo que venía a decir que el doctor Horn hubiera sido mejor ministro de Asuntos Exteriores que Ribbentrop.

Se ha reído con poco entusiasmo.

—Sí, siempre están haciendo bromas a mi costa. Nada tiene más éxito que el propio éxito. Mientras fui ministro de Exteriores nadie criticó nada de lo que hice ni de lo que dije. Ahora, de repente, todos esos acusados creen que son más listos que yo, que yo era un ministro de Exteriores estúpido, y he leído en la prensa aliada que se refieren a mí como a un antiguo vendedor de champán que se convirtió en ministro de Exteriores de un antiguo cabo.

»Es cierto que yo estaba bajo el hechizo de Hitler, no lo puedo negar. Me impresionó desde que le conocí en 1932. Tenía un poder extraordinario, sobre todo en los ojos. Ahora el Tribunal nos acusa de conspiración. Y yo pregunto, ¿cómo se puede conspirar en un Gobierno dictatorial? Un hombre y sólo uno tomaba todas las decisiones cruciales. Ése era el Führer. En todos los tratos que tuve con él nunca hablamos del exterminio ni de nada parecido.

»Lo que nunca podré entender es que seis semanas antes del final de la guerra me asegurase que ganaríamos la guerra por los pelos. Me fui de su lado y he dicho que desde entonces estoy totalmente perdido, que no he entendido nada. Hitler siempre, hasta el final, e incluso ahora, ha ejercido una extraña fascinación sobre mí. ¿Diría que eso es algo anormal? A veces, en su presencia, cuando hablaba de sus planes, las cosas buenas que haría por el *Volk* (pueblo), las vacaciones, carreteras, edificios nuevos, las ventajas culturales y todo eso, se me saltaban las lágrimas. ¿Será eso porque soy un hombre histérico y débil?

»Yo no creo ser un hombre particularmente débil. Por supuesto, usted me ve ahora, acosado por la enfermedad, que quizá sea algo orgánico, pero que aun así es una enfermedad que he tenido desde hace por lo menos cuatro años. Pero hasta que conocí a Hitler en 1932 o 1933, nunca había sido un cobarde, o alguien fácilmente influible. Por eso repito hasta la saciedad que tenía una personalidad magnética y poderosa.

La conversación, o monólogo, ha decaído un poco. Le he preguntado en qué estaba pensando.

—En usted. En su papel aquí. Tiene que ser interesante vivir y hablar con nosotros, los líderes vencidos de un Estado extranjero. Como psiquiatra seguramente sabrá más de nosotros de lo que sabemos nosotros mismos. ¿Piensa que quizá tenga un tumor aquí?

Se ha señalado al lugar de la cabeza correspondiente a la región parietal media. Le he contestado que era incierto y poco probable, ya que su fondo de ojo era normal y no tenía ninguna otra manifestación neurológica.

—Sí, la verdad es que yo tampoco creo que tenga un tumor, porque nunca he tenido una enfermedad venérea. Los tumores siempre tienen su origen en enfermedades venéreas como la sífilis, ¿no?

Le he repetido algo que le he dicho muchas veces en estos meses, que las enfermedades venéreas no causan tumores. Parecía bastante obsesionado con ese concepto, e, inconscientemente, parecía estar defendiéndose contra el cargo de que podía tener una temible enfermedad venérea.

—A veces pienso que estoy perdiendo la memoria, como el pobre Hess. Sé que es una estupidez y una tontería. En el momento presente, Hess casi no tiene memoria ni capacidad de raciocinio. Yo puedo pensar bien, pero sólo si duermo lo suficiente.

Hablamos un rato de su etapa infantil del desarrollo. Siempre tuvo buena memoria, incluso de niño. De ahí su aptitud para los idiomas. Fue al colegio en Kassel y en Metz. No deja claro cuántos años fue al colegio, pero no pasó del bachillerato, si es que llegó. Vivió en Suiza un tiempo y allí también fue al colegio, y «recibió clases particulares en Londres y en Francia». A los diecisiete años se fue a Canadá, «a visitar a unos amigos», y se quedó allí desde 1910 hasta el estallido de la I Guerra Mundial en 1914. Entonces se marchó a Nueva York, donde trabajó como «periodista *freelance»* en varios diarios. Durante una temporada vivió en el hotel Vanderbilt, «que se puso muy caro, así que me tuve que trasladar a una pensión». Pasó seis meses en Nueva York. Entonces estalló la guerra y le pareció que era un «deber patriótico» volver a la «Patria». En el puerto de Nueva York se embarcó en un buque de vapor holandés como pasajero. Cuando el barco entró en Falmouth, Inglaterra, un ingeniero alemán le

escondió en el almacén de carbón del navío. Un oficial inglés subió a bordo y «fue muy respetuoso, pero dijo que tenían que sacarme y dejarme recluido en Inglaterra, junto con varios cientos de alemanes que estaban a bordo». Después de esa visita del oficial inglés consiguió esconderse con éxito en el depósito de carbón hasta que el buque obtuvo permiso para dirigirse hacia Holanda. Cree que el oficial no le buscó con mucho esmero por el barco porque como ya se habían conocido no tuvo demasiado interés en arrestarle.

Más tarde, se fue de Holanda a Alemania, se alistó en el Ejército y sirvió en un regimiento de caballería hasta el final de la guerra.

En Canadá pasó «unos años muy interesantes y agradables». Conoció a mucha gente y tenía un trabajo en una empresa que construyó cientos de kilómetros de vías para la compañía ferroviaria Canadian Pacific Railroad. Él mismo trabajó como capataz y en otros puestos, y colaboró en la construcción del puente colgante sobre el río San Lorenzo cerca de Quebec. Uno o dos años después de llegar a Canadá, padeció tuberculosis en el riñón derecho y estuvo ingresado en un hospital de Quebec. Cuando regresó a Alemania, no cumplía los requisitos para ser aceptado en el Ejército alemán, pero a pesar de todo se las arregló para alistarse. Durante un corto periodo de la I Guerra Mundial tuvo una tuberculosis pulmonar, que quedó completamente curada.

Tiene la impresión de que la tuberculosis es una enfermedad familiar. Su madre murió con treinta y pocos años de tuberculosis en los pulmones y en los riñones cuando él tenía once años. Su hermano, uno o dos años mayor que él, estaba también en Canadá y allí contrajo la tuberculosis y tuvo que ser ingresado en un hospital. Murió en un sanatorio antituberculoso de Suiza en 1918 a los veintiséis años.

—Puede resultar extraño admitirlo, pero la muerte de mi madre cuando yo tenía diez u once años fue un golpe tremendo para mí, para mi hermana

y para mi hermano. La queríamos con locura, aunque durante años no pudimos estar con ella mucho tiempo debido a su enfermedad. Todavía puedo verla muerta en su cama, tan vívidamente como cuando murió, hace cuarenta años. Sin embargo, aún es más extraño que un adulto admita la conmoción que yo sufrí cuando se produjo el segundo golpe más duro de mi vida. Fue en 1941, el día de Año Nuevo, cuando mi padre, que tenía ochenta y dos años, murió en mi casa de Berlín. Durante semanas estuve destrozado y deprimido, y quizá todavía lo estoy. Era mi mejor amigo. Era un hombre con espíritu militar, pero muy humano y cercano a sus hijos.

»Mi padre abandonó el Ejército en 1909, como consecuencia de sus diferencias de opinión con el emperador Guillermo II. Pero durante la I Guerra Mundial mi padre volvió al Ejército y luchó con valentía. Era de mentalidad independiente, siempre monárquica, pero a la vez democrática. Dio su aprobación al Partido Nacionalsocialista, aunque no se afilió hasta 1933. Y entonces lo hizo a instancias mías y en mi propio interés. Se oponía a la actitud del Partido contra los judíos.

»Yo, por mi parte, siempre creí que la cuestión judía era algo pasajero desde el punto de vista político y que encontraría solución por sí sola. Nunca concebí a los judíos como un gran peligro, como Hitler proclamó más tarde, lo que llevó a Himmler a cometer todas las atrocidades que cometió. Si yo las hubiera conocido, incluso al final de la guerra, me hubiera suicidado. Las primeras noticias acerca del exterminio las tuve a finales de 1944, cuando los rusos tomaron la región en la que estaba instalado el campo de Majdanek. Difundieron la historia del exterminio de los judíos después de tomar Majdanek[6]. Fui a ver a Hitler y se lo pregunté. Me contestó que era propaganda del enemigo.

¿Sigue Ribbentrop pensando que debería haberse suicidado?

—Ésa era mi intención cuando fui capturado. Tenía el veneno en mi poder. A principios de mayo, después de la capitulación, escribí una carta a los británicos en la que intentaba encontrar unos términos para la paz. Pero antes de que pudiera mandar la carta, la Policía británica llegó a arrestarme. Les di la carta. Me registraron y les entregué el veneno. Inmediatamente me enviaron a la prisión de Mondorf.

—¿Sigue pensando que debería haberse suicidado?

—No. Creo que ahora debo enfrentarme a la música, como dicen ustedes en inglés. Tengo que aceptar responsabilidades incluso aunque como ministro de Asuntos Exteriores yo no tuviera ningún poder, porque Alemania era un Estado dictatorial. Eso es a lo que me refería cuando dije en mi defensa que me responsabilizaba de la política exterior alemana desde 1938 hasta el final, pero de las atrocidades, de las acciones cometidas en política interior, o de las acciones en los territorios ocupados no puedo responsabilizarme. Por ejemplo, Hitler decía a menudo: «Dondequiera que haya una bayoneta alemana, no necesitamos política exterior, sino militar». Por lo tanto, todo el este, Polonia y Rusia, Noruega y toda esa región, no estaban bajo mi jurisdicción. Seguramente tenía allí alguna persona que actuaba como enlace con las autoridades militares, eso era todo. Mi función como ministro de Asuntos Exteriores durante la guerra era tratar con los países neutrales, los países del Eje como Rumanía, Hungría, Italia y Japón; y con Suramérica. En Francia teníamos un embajador, Otto Abetz, pero yo no tenía ningún control sobre él. En Dinamarca tenía a Werner Best, que pertenecía a mi ministerio; durante dos años intenté impedir las deportaciones de judíos. Best puede confirmar este punto[7].

Le he dicho:

—Cuando entrevisté a Werner Best hace unas semanas, manifestó que su opinión era que usted estaba a favor de la política que él estaba llevando a

cabo en Dinamarca, pero que le mandó varios telegramas sin recibir respuesta alguna. Best interpretó eso como una confirmación a su petición de que no se deportase a ningún judío, pero no pudo citar lo que usted había dicho, ni pudo decir cuál era su actitud al respecto.

Ribbentrop ha suspirado:

—Bueno, yo creía que por lo menos Best sería leal. Hice mucho por él. Le saqué de la Gestapo y le coloqué en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Ahora, para salvar la piel todos esos tipos están dispuestos a traicionarle a uno.

Le he contestado que Best había hecho más bien lo contrario, que en realidad había intentado apoyar a Ribbentrop, pero que lo había hecho de la manera ya descrita.

—¿Contestó Ribbentrop a alguno de los telegramas de Werner Best desde Dinamarca?

—No recuerdo. Lo que sé es que gracias a mis esfuerzos y a los de Best conseguimos impedir la deportación de los judíos de Dinamarca durante dos años. Pero al final Hitler le dio la orden a Himmler, y entonces se llevó a cabo. Pero Best advirtió secretamente a los judíos en Dinamarca, y yo creo que la mayoría de ellos escapó a Suecia o a otros lugares en barcos pequeños, antes de que llegase Eichmann con sus transportes.

Charlamos de nuevo sobre su propia actitud hacia los judíos. Ha repetido la historia de cómo le había buscado un trabajo en su oficina del Ministerio de Asuntos Exteriores de Viena a Hermann Neubacher, cuando el Partido quiso dejarle sin trabajo porque mientras estuvo destinado en Viena como militar se había asociado con los judíos.

—Le dije a Hitler que si Neubacher iba a ser perseguido, a mí tendrían que destituirme, porque tuve muchos contactos con los judíos antes de

1933. Lo único que me dijo Hitler fue que ya arreglaría las cosas y al final pude llevarme a Neubacher a mi despacho.

El nombre de soltera de la mujer de Ribbentrop era Annelies Henkell, y era hija del fabricante alemán de champán Henkell.

—En Canadá, me prometí en matrimonio con la hija de mi jefe, un millonario, pero la guerra se interpuso. Me casé en julio de 1920, en Wiesbaden. Fue una auténtica historia de amor. Había conseguido superar mi primer amor. Mi vida matrimonial ha sido ideal. Me resulta muy duro hablar de mi matrimonio porque para mí es muy importante. Lamentablemente, no pude pasar todo el tiempo que hubiera querido con mis hijos porque estuve muy ocupado con los asuntos de Estado desde 1933, y antes con asuntos internacionales. Usted ha conocido a mi hija. ¿Qué le pareció? Es un encanto de niña, ¿verdad?

Le he dicho que me había impresionado bastante favorablemente, pero que no era una niña sino una jovencita más bien alta y de complexión fuerte.

—Sí. Es alta. Lo que me preocupa ahora es que está esperando un niño para dentro de seis semanas, y éste es un momento terrible para tener un bebé, ¿no? Me importa muy poco cuál sea mi destino, pero ella se preocupará. Será mi primer nieto.

Su hija, la segunda de sus hijos, tiene veintidós años. Se casó el pasado mes de mayo mientras Ribbentrop estaba prisionero en Mondorf.

—Bettina ha sido siempre mi favorita, aunque quiero mucho a mis cinco hijos. Mi hijo mayor, Rudolf Lothar, nació en Wiesbaden en 1921. Hizo la enseñanza primaria en Berlín, y, posteriormente, estuvo un año en una escuela preparatoria de Londres mientras yo estuve allí de embajador, más tarde pasó por el periodo obligatorio en las Juventudes Nazis, por los trabajos sociales y por el Ejército. Estuvo en una división *Panzer* de la SS y

al final de la guerra era capitán, tenía varias heridas de guerra y le condecoraron por servicios distinguidos. Sigue prisionero en un campo de prisioneros norteamericano. Bettina nació en 1922, Ursula en 1932, Adolf en 1935 y Barthold en 1940. Todos gozan de buena salud, con excepción de Adolf, que parece tener una cierta dolencia pulmonar.

Respecto a su propia infancia, Ribbentrop contó que su padre nunca volvió a casarse y que por esa razón siempre tuvieron amas de llaves. A las dos que tuvieron las recuerda como mujeres antipáticas y dominantes. Cree que, seguramente, la causa de su marcha a Canadá en 1910 fue la segunda de las amas de llaves, porque «nos amargaba la vida». Sin embargo, la razón principal de su viaje a Canadá había sido «visitar a unos amigos».

ALFRED ROSENBERG

1893-1946

Alfred Rosenberg fue uno de los primeros discípulos de Hitler, editor del periódico antisemita *Völkischer Beobachter* y ministro de los Territorios Ocupados desde 1941. Declarado culpable en Núremberg de conspiración contra la paz mundial, de crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad, fue ahorcado el 16 de octubre de 1946.

3 de febrero de 1946

Entrevista de más de una hora con Alfred Rosenberg (con Gilbert como traductor). Aparenta unos cincuenta años, declara que ha perdido alrededor de diez kilos, aunque no parece desnutrido. Más bien al contrario: es un individuo de talla mediana, pelo castaño ligeramente encanecido y una condición física en apariencia buena. Lleva un chaleco de campaña del Ejército estadounidense, pantalones de *tweed*, zapatos sin cordones, camisa de color y va sin corbata. Nos acoge con una amabilidad superficial, aparta los papeles y todo lo que hay en el catre y nos invita a sentarnos. Él lo hace en una silla frente a nosotros.

Su cara es un disfraz de sobriedad y calma filosófica, tiene una sonrisa comprensiva y una mirada amplia que intentan reflejar la imagen de un verdadero filósofo que mira a todo lo que transpira con una objetividad crítica, aunque no amarga.

Hemos estado charlando de varias cosas. He empezado preguntándole a través de Gilbert si había releído su libro *Protocolos de los Sabios de Sión*[1], que Gilbert le prestó hace una semana. Le hemos preguntado si la relectura le había hecho modificar sus opiniones (fue publicado en 1923) y si el libro sigue teniendo validez, ya que está ampliamente aceptado que es un fraude. Rosenberg sonríe enigmáticamente… y dice que no ha tenido oportunidad de releerlo, pero que no ha cambiado su manera de pensar. Cierto que cuando lo escribió era joven y quizá algo parcial, dice, pero su autenticidad, o la falta de la misma, seguiría siendo «un oscuro secreto que nunca será revelado». Tampoco se ha mostrado particularmente interesado en comentar si estaba basado en datos reales o no. Su gran concesión a la filosofía al decir que «era una cuestión» y un «oscuro secreto» parece resumir su liberalismo. En este sentido, su respuesta ha sido diferente a la que dio Streicher a la misma pregunta respecto al mismo libro; Streicher contestó que sí, que seguramente no era auténtico, pero que en cualquier

caso todo lo que se decía era cierto y podía encontrarse en varios textos judíos.

La cuestión judía requería tener conocimientos sobre historia, filosofía, los griegos, estudiar las razas, la música, el arte y todas esas cosas. Esto no es literal, pero sí una suma de las generalidades y los argumentos casi aprendidos de memoria que Rosenberg ha defendido. La causa de la cuestión judía eran, por supuesto, los propios judíos. Los judíos son una nación y como toda nación tienen un espíritu nacionalista. Todo eso está muy bien, pero deberían estar en su propia patria. Ahora hay algunos lugares para los judíos propuestos en 1936 por los ingleses (yo creo que ha mencionado también a los franceses y a los alemanes, dejando entrever que fue una propuesta conjunta que los judíos rechazaron). Esos lugares eran Alaska, las Guayanas (no dijo cuál de los territorios), Madagascar y Uganda[2].

—¿Por qué no se puede permitir a los judíos que se queden donde están, en otras tierras?

—Eso hubiera sido lo correcto si no hubieran hecho cosas negativas, pero las hicieron.

—¿Qué hicieron los judíos?

—Escupieron a la cultura alemana.

—¿Cómo?

—Controlaban el teatro, las editoriales, los comercios y todo lo demás. Por supuesto que los judíos también tenían una cultura de dos mil años, pero no es la cultura alemana, que es muy diferente.

Ha cogido una copia de su libro *Blut und Ehre [Sangre y honor]*, que estaba a mi lado, y ha mencionado algo que sonó como que me iba a demostrar que no era un fanático respecto a los judíos, que una vez hizo un

discurso en el que no les mencionó. En ese discurso, incluido en el libro, habló de la naturaleza y la ciencia.

—¿Se considera básicamente un historiador o un filósofo?

—Bueno, las dos cosas, porque no se puede separar la una de la otra.

¿Se considera una autoridad en esas materias? Sí, efectivamente ha estudiado todos los aspectos de la historia y de la filosofía desde la adolescencia. ¿Tiene una licenciatura en Filosofía, en Historia o en qué? En Arquitectura, respondió. Pero nunca se dedicó a la arquitectura. Se hizo periodista poco después de terminar sus estudios, y escribió para un periódico. En 1923 se convirtió en director del *Völkischer Beobachter* (Múnich), órgano del Partido Nacionalsocialista. En 1924 el periódico fue prohibido (seguramente se refería a que fue prohibido en la época del golpe de Estado de 1923, hasta un año y medio después). En 1925 se volvió a publicar y él siguió siendo el director hasta 1936 o 1938 (se me ha olvidado el año que ha dicho), y después la dirección pasó a manos de otra persona (me ha dicho el nombre, pero no lo recuerdo).

No era un periódico como el de Streicher. Sí, ambos eran nacionalsocialistas, antisemitas, pero su periódico tenía un nivel más alto. Siempre existirá una masa de gente a la que le gusta la pornografía y los temas baratos como los que contenía *Der Stürmer*. Hay analogías en todos los partidos políticos; temas para las clases altas y temas para las clases más bajas. Los dos periódicos cumplían su objetivo.

Cualquier médico sabe que hay distintos tipos de sangre, distintas clases, ha dicho Rosenberg en un momento determinado en el que hablábamos de las diferencias entre razas. Por ejemplo, si a un ario se le hace una transfusión de sangre de un negro, ¿aparecería posteriormente alguna diferencia en sus características? Rosenberg ha respondido, con bastante seriedad y con su sonrisa «filosófica», que no lo sabía. Ése sería un

experimento tan brutal como los que se hicieron en los campos de concentración. Ha sonreído como si se hubiera apuntado un tanto por medio del razonamiento. Aun así, hemos seguido insistiendo en la misma cuestión, pues queríamos saber su punto de vista.

—Imagine que un soldado nazi es herido y se le hace una transfusión de sangre judía o de sangre negra o de otras razas, ¿aparecerían cambios en su personalidad?

—No está demostrado —ha contestado—. Los negros engendran negros, los judíos engendran judíos y así sucesivamente, por tanto, tiene que ser la sangre la que lo determina.

8 de junio de 1946

¿Cuál es la mayor objeción de Rosenberg al bolchevismo? Pareció sorprendido por la pregunta, como si fuera algo que no hiciera falta explicar. Al cabo de unos momentos, dice con vehemencia:

—El bolchevismo quiere destruir mediante el poder a un Estado con una cultura muy refinada, sin ningún tipo de consideración con la historia de la nación. En segundo lugar, el bolchevismo quiere hacer eso en beneficio de una única clase de la población. En tercer lugar, el bolchevismo lucha sobre todo contra la propiedad privada. Crea colectivos entre los granjeros y destruye el sistema agrícola. Está en contra de los principios sobre los que se basan más o menos todos los países.

»El Partido Comunista está controlado por el Comité Central. Ese Comité Central está en Moscú. Y el comunismo en los distintos países se moldeará según cada Estado, individualmente, y será una expresión del nacionalismo. Este bolchevismo comunista internacional tiene el apoyo de un Estado

fuerte, Rusia. El comunismo no sólo hace su política en Rusia, sino que prescribe la política de los bolcheviques en todo el mundo.

Le he preguntado si daría su aprobación al sistema comunista, si existiera individualmente en un país y hubiese llegado al poder sin la ayuda de la Internacional Comunista o de la propia Unión Soviética. Rosenberg ha estado pensando un momento y entonces ha dicho sin demasiada convicción:

—Cada Estado puede elegir su propia forma de Gobierno; ése es un derecho de la nación. Si, por ejemplo, en territorio ruso existiese un comunismo ruso, sería sólo asunto suyo desde el momento en que estuviese limitado a ese país.

He estado tomando notas como de costumbre durante la entrevista. Rosenberg se ha vuelto hacia mí y me ha dicho con una sonrisa irónica:

—Usted siempre toma notas mientras nosotros hablamos. No me importa, de hecho, estoy encantado. Pero, por favor, tómelas con precisión. En cualquier caso, ¿por qué toma usted notas?

Le he explicado que tomaba apuntes para poder ser lo más riguroso posible si quiero referirme a las entrevistas que le he hecho a él y a otras figuras políticas prominentes. Si llega el caso y escribo algo, o alguien me pregunta acerca de hombres como Rosenberg y Göring, o como los militares alemanes, podría basar mis afirmaciones en sus propias palabras en lugar de impresiones vagas que pueda recordar.

Rosenberg parecía satisfecho con esa explicación. Repetía:

—Como le he dicho, le agradezco que tome notas, pero quiero que las tome fielmente y que no malinterprete mis complejas teorías y razonamientos. Después de todo, soy un filósofo y un estudioso, y mis pensamientos pueden ser complejos. Si en algún momento usted no puede seguirme, por favor, interrúmpame, y le daré más explicaciones. Tengo que

reírme cuando alguno de los acusados dice en el juicio que no han leído mis libros o mis trabajos, porque es una manera de expresar su incapacidad para entender una corriente filosófica de pensamiento, que para el hombre normal es demasiado profunda e insondable. Es difícil poder expresar científicamente opiniones y teorías importantes y a la vez usar construcciones sencillas. Sin embargo, siempre he intentado ser lo más claro posible y nunca me he esforzado para que mis trabajos y mis escritos estén más allá de la comprensión de un hombre con una inteligencia normal.

Continuamos con nuestra conversación sobre sistemas políticos:

—Soy de la opinión de que hubiera sido un error que el Partido Nacionalsocialista hubiera tomado el poder por la fuerza. Los nacionalsocialistas fueron elegidos legalmente en 1933 y allí no hubo movimientos revolucionarios como los del bolchevismo en Rusia. Estoy también convencido de que el nacionalsocialismo llegó al poder porque en 1933 Alemania estaba atenazada por la pobreza y al borde de una guerra civil.

Le he preguntado a Rosenberg si pensaba que si, por casualidad, Alemania se hubiera convertido en una democracia en 1933, él habría adoptado ideas democráticas. No respondió directamente, pero es obvio que habiendo sido, como era, un escritor y un luchador a favor del totalitarismo desde muchos años antes de que los nazis llegasen al poder, potencialmente no le tenía simpatía a la democracia. Pero dijo:

—Durante catorce años, Alemania tuvo una administración democrática. Fracasó. Había demasiadas facciones en los partidos. El Partido Nacionalsocialista fue elegido por mayoría de votos en lo que se conoce como la vía democrática. De hecho, si hubiéramos tenido un sistema electoral como el inglés o el estadounidense, en el Reichstag sólo habría

habido miembros del Partido Nacionalsocialista y nadie más. En Francia y Alemania existe una ley proporcional por la que los miembros de partidos rivales consiguen escaños en el Parlamento si tienen una mayoría de votos en la región de la que proceden. El Partido Nacionalsocialista llegó al poder legalmente porque fue el Partido con más fuerza en las elecciones[3].

»En los catorce años anteriores, la administración democrática alemana nos había dejado siete millones de parados, seis millones de votos comunistas y empresas que estaban en bancarrota, un número de empresas en bancarrota casi tan grande como todo el Estado de Württemberg[4]. Con una situación así, el Estado tuvo que poner en marcha leyes de gran calado y autoritarias con objeto de terminar con el paro y evitar la guerra civil. En todos los estados hay que promulgar leyes que en una situación crítica no admitan la posibilidad de ser votadas. Incluso su presidente Truman recientemente tuvo que advertir de que tomaría las líneas férreas cuando los trabajadores amenazaron con una huelga. Ése es un pequeño ejemplo, pero, si hay una huelga general o una emergencia similar, el Gobierno tiene que intervenir.

»Hubo muchos estadounidenses que tenían prejuicios contra el nacionalsocialismo, pero que visitaron Alemania y volvieron a Estados Unidos totalmente convencidos de que Alemania no podía vivir bajo el Tratado de Versalles. Puedo mencionar nombres como Averell Harriman y Curley, el alcalde de Boston[5]. Y lo mismo pasó en Inglaterra, miembros del Parlamento británico hicieron discursos en los que manifestaron que era imposible castigar al pueblo alemán quitándole las colonias e imponiendo el resto de las restricciones detalladas en el Tratado de Versalles.

»En este Tribunal y en los periódicos estadounidenses se habla demasiado de los encarnizados métodos nazis, pero ¿sabe que desde el año pasado, después de la derrota de Alemania, un millón de alemanes ha tenido

que salir de un territorio que originalmente era alemán y que ahora se le ha entregado a Polonia? Ni la Sociedad de Naciones ni ningún otro organismo ha intervenido[6].

¿No se da cuenta Rosenberg de que era comprensible desde el punto de vista psicológico que los polacos echaran a los alemanes después de las crueldades que los alemanes les infligieron durante la guerra? Rosenberg eludió esa pregunta y, como acostumbra, volvió a otro punto de la discusión.

—¿Recuerda la historia de lo que ocurrió desde 1919, al finalizar la última guerra, hasta 1932? Durante todos esos años a los alemanes también se les echó de los territorios donados a Polonia por el Tratado de Versalles. Esos territorios fueron robados a Alemania sin una base legal e injustamente. Su representante, el general Tasker Bliss, lo reconoció en la convención de Versalles[7]. El general J. C. Smuts de Sudáfrica le escribió en aquel momento a su presidente Wilson que el Tratado de Versalles derogaría el tratado de Wilson. Smuts se refería al acuerdo entre Inglaterra, Francia y Estados Unidos de noviembre de 1918, cuando se adoptaron los Catorce Puntos propuestos por Wilson. De hecho, los Catorce Puntos se discutieron a fondo y sólo se aprobaron doce de ellos. »El Tratado de Versalles fue una violación internacional de los catorce puntos de Wilson. Incluso quienes elaboraron el Tratado de Versalles reconocieron, más tarde, el error que habían cometido. El primer ministro francés Georges Clemenceau fue el responsable principal. El británico Lloyd George estaba en contra del Tratado de Versalles. A mí me da la impresión de que el presidente Wilson, que también estaba presente, se opuso igualmente. Hemos hablado de muchas otras cosas. Pero le he preguntado sobre su propio caso y qué piensa de su defensa. Parece satisfecho con ella y aparentemente tiene la impresión de que en el juicio ha dado una imagen

muy fiel de sí mismo. Le dije que yo pensaba que sus referencias hacia la poca precisión de la traducción rusa, una acusación que manifestó varias veces mientras estuvo en el estrado de los testigos, resultó bastante enigmática desde el punto de vista psicológico, porque en aquel momento pareció bastante fuera de lugar. Rosenberg ha sonreído sabiamente y ha dicho:

—Todo lo que pueda decir en contra de los rusos lo diré siempre. Con un oído escuchaba lo que decían en alemán y tenía los auriculares conectados con la traducción rusa. Cometieron muchos errores y aunque sabía que no era nada bueno llamar la atención sobre ellos, lo hice a pesar de todo, porque quería que esos rusos supieran que yo entiendo su idioma y que quería que los jueces estadounidenses, británicos y franceses supieran que los rusos estaban intentando expresar mis palabras de la peor manera posible.

Le he pedido que me pusiera ejemplos específicos de la falta de precisión que escuchó en la traducción rusa. Ha mostrado poco interés y ha dejado de lado la pregunta diciendo:

—No recuerdo. Las diferencias eran escasas, pero por lo menos dejé en evidencia a esos rusos frente a los otros traductores de la sala.

FRITZ SAUCKEL

1894-1946

Fritz Sauckel fue general plenipotenciario para la movilización de la mano de obra desde 1942 hasta 1945. Declarado culpable en Núremberg de crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad, fue ahorcado el 16 de octubre de 1946.

9 de febrero de 1946

Hoy he tenido una larga entrevista con este hombre, antiguo ministro de Trabajo, con la ayuda del intérprete, Triest. Sauckel habla algo de inglés pero parece que entiende bastante más. No es un hombre muy alto, mide

alrededor de 1,75 de estatura, es de complexión fuerte, tiene cabeza de bulldog, pelo muy corto y una pequeña calvicie en el centro de la cabeza, y un cuello muy grueso. Tiene un bigote pequeño tipo Charlie Chaplin o Hitler. Parecía tenso pero controlado, y a menudo sonreía con nerviosismo. Al principio de la entrevista agitaba las manos bastante, pero cuando ha empezado a hablar con libertad, ha dejado de hacerlo. Se hizo nazi en 1925 o 1926. Se considera a sí mismo un trabajador, un marinero, «con el punto de vista del obrero». Muchas de las manifestaciones que ha hecho hoy parecían casi respuestas automáticas, como si en el pasado hubiera utilizado esas frases, esas locuciones, esas expresiones tan a menudo, tanto en público como en privado, que le salen sin el menor esfuerzo. Sus clichés y lugares comunes son los mismos que en la posguerra hemos escuchado una y otra vez a los nazis de la prisión de Núremberg cuando racionalizan. La principal corriente de pensamiento que hoy ha mostrado consta de los siguientes elementos: (1) el nacionalsocialismo hizo una gran labor en Alemania hasta los últimos años de la guerra, cuando demasiados enemigos de Alemania se asociaron en su contra; (2) los excesos, las atrocidades, el exterminio llevados a cabo dentro y fuera de los campos de concentración eran totalmente desconocidas para un hombre digno como él, y podían ser atribuidas a Himmler, que parece que no era una buena persona; (3) las causas de la guerra hay que buscarlas en el Tratado de Versalles y en la crisis económica que asoló Alemania desde el final de la última guerra, y que se vio acrecentada porque el resto de los países no compraban productos alemanes a cambio de trigo, sin el cual Alemania se moría de hambre. Hubo un boicot virtual contra Alemania; (4) el antisemitismo no correspondía al departamento de Sauckel y los especialistas en ese tema eran Rosenberg y Streicher, que durante casi toda su vida se habían dedicado a dicha cuestión; pero él, Sauckel, creía que la razón por la que

surgió es que en Alemania había demasiados judíos en puestos prominentes, en las oficinas estatales, entre los profesionales, en el mundo del espectáculo, de la radio y demás. Sauckel declaró que, en realidad, no se persiguió a los judíos hasta finales de la guerra, quizá en 1942, y que, entonces, la persecución formaba parte de una «guerra psicológica» general, que ni él ni otros alemanes conocían y cuyo encargado era, otra vez, Himmler. La conciencia de Sauckel estaba limpia, y si tuviera que volver a empezar hubiera hecho lo mismo, porque todo lo que él había hecho era digno.

Era cierto que tuvo bajo su responsabilidad a cinco millones de trabajadores extranjeros, pero de éstos, dos millones eran voluntarios[1]. Y Francia, que tenía su propio Gobierno (Vichy), envió a trabajadores franceses a Alemania, aunque «algunos» de ellos no eran voluntarios. De los tres millones de trabajadores no voluntarios, «a todos se les trataba bien, tenían los mismos seguros que los trabajadores alemanes, y comían y vestían bien». Todo eso será «demostrado con pruebas documentales en el juicio» cuando llegue el momento de su defensa. Por otro lado, ¿qué hubiera hecho usted, afirma, refiriéndose a mí, si su país estuviese en guerra y el bienestar de éste dependiera de la importación de trabajadores extranjeros?

Nació en Hassfurt, localidad bávara situada cerca de Schweinfurt, el 27 de octubre de 1894. Su padre era cartero y tenía una formación escasa y un sueldo reducido. Su madre tuvo problemas de corazón como consecuencia de su parto, y lo que él recuerda es que nunca estuvo bien de salud. Describe a su padre como «diligente y concienzudo» y a su madre como «cariñosa y buena». Dice que, a pesar de lo pobres que eran sus padres, siempre le animaron a acudir a la escuela, pero después de estar escolarizado durante cinco años decidió hacerse marinero porque así podría

aliviar los problemas económicos de la familia, sobre todo teniendo en cuenta la invalidez de su madre. Cree que su sangre materna tuvo que ver con su decisión porque su madre venía de una familia de marineros. Su padre descendía de una familia de agricultores.

A los quince años, se embarcó en el puerto de Hamburgo, con el permiso de sus padres, como grumete en una goleta noruega de tres mástiles. Viajó a Montreal, Dublín, Oslo, Haití, las Antillas y El Havre. A continuación, trabajó en una goleta sueca, sobre todo por el mar Báltico y el mar del Norte. En enero de 1912 naufragó en las costas de Escocia. Poco después, se embarcó en el mayor barco alemán y fue desde Hamburgo a Filadelfia, de allí, por el cabo de Buena Esperanza, a Japón y, atravesando el Pacífico, llegó a Portland, Oregón. Durante una tormenta en las costas de Portland se dio un golpe en la cabeza y le llevaron a un hospital estadounidense de Portland donde le trató un médico norteamericano. En 1914 fue apresado junto con el resto de la tripulación en una travesía hacia Australia. Estuvo recluido en Francia como prisionero de guerra durante cinco años, hasta 1919. Considera que aquello fue trágico en el sentido de que precisamente entonces había conseguido ahorrar suficiente dinero para continuar con su formación náutica, y había terminado su aprendizaje como marinero. Durante los años que pasó en Francia hizo algunos cursos de matemáticas y economía nacional que impartía el servicio nacional suizo de educación, y que habían sido organizados para los prisioneros de guerra. Le trataron mal los tres primeros años de internamiento y mucho mejor los dos últimos.

A su llegada a Alemania en 1919 se encontró con que ya no había oportunidades en la navegación alemana, y que sus ahorros no tenían ningún valor como consecuencia de la inflación. Se colocó en una fábrica de rodamientos en Schweinfurt. En la fábrica había «grandes divisiones» ideológicas, con comunistas, socialdemócratas, nacionalistas, sindicalistas.

Se sintió «muy mal por las condiciones de pobreza de los alemanes, y le faltó poco para marcharse de Alemania».

Se casó en 1923. Conoció a su mujer en 1913, mientras disfrutaba de un permiso en tierra. Ni la vio ni supo nada de ella hasta que volvió de Francia en 1919. Todavía pasaron cuatro años antes de que se casasen. Tenían diferencias religiosas, ella era católica y él, luterano. Su familia puso objeciones a raíz de esas diferencias, pero el «encanto» de su mujer finalmente consiguió superarlas. Poco después de empezar a cortejarla seriamente, se enteró de que su padre también trabajaba en una fábrica y de que era «un socialdemócrata convencido». Antes de casarse, su mujer tenía un buen trabajo en una fábrica de pinturas y ayudaba con su sueldo a sus padres y a sus hermanos pequeños. Tenía un año menos que él, y la describe como una mujer valiente y fiel, que sufrió mucho toda su vida, y soportó la pobreza y los embarazos de sus diez hijos.

El hijo mayor, un chico, hubiera cumplido veintiún años este año. Le mataron cuando pilotaba un avión de caza. Cree que el que ahora es el mayor, el tercero de sus hijos está en un campo de prisioneros de guerra de Estados Unidos en el norte de Francia, según la información que le había llegado a su mujer. Parece preocupado y espera tener alguna información definitiva. En total tuvo dos hijas y ocho hijos. El más pequeño tenía seis años. Tenía una foto de los diez alineados, el siguiente un poco más alto que el anterior, que puso en la mesa de la celda para enseñárnosla. Tenía otra foto de su mujer rodeada de sus cuatro hijos mayores.

Después de trabajar durante dos años y medio en la fábrica de Schweinfurt, asistió durante cinco semestres a una facultad de Ingeniería de Turingia. Las cosas en Alemania estaban «muy mal». Había muchos partidos políticos, huelgas, piquetes y falta de estabilidad económica.

—Si mientras estuve prisionero en Francia alguien me hubiera dicho que me dedicaría a la política, le habría contestado que estaba loco. Pero me vi forzado a entrar en política por las malas condiciones que se daban en Alemania.

Su cuñada emigró a Estados Unidos, como hicieron muchos otros alemanes, pero para Sauckel hacerlo hubiera significado «desertar». En su tiempo libre leía los discursos de Marx, Bakunin y Hitler. Sentía que debía pertenecer a algún partido. Rechazó el marxismo por las tres razones siguientes: primera, su educación religiosa y el hecho de que su mujer había sufrido porque su padre, un socialdemócrata, no fuese religioso, «y el marxismo considera a la religión como el opio del pueblo»; en segundo lugar, no podía estar de acuerdo con que la «propiedad es un robo», que es también uno de los lemas del marxismo; tercero, sobre todo, se oponía a la lucha de clases, ya que llevaría sin duda a una guerra civil. Finalmente, decidió hacerse nacionalsocialista debido a las ideas de unidad nacional de Hitler y a sus promesas de mejorar las condiciones sociales y de unir a los intelectuales y a los trabajadores.

—Después de los dos años y medio que estuve en la planta de rodamientos, mientras estudié en la Facultad de Ingeniería, llegó una temporada de pobreza para mí y para mi familia.

Se había casado en 1922, y, aunque ya pertenecía al Partido Nazi, todavía no tenía idea de ocupar ningún cargo político. Se quedó en Turingia, que en 1922 era conocida como «Turingia la roja», por su Gobierno de izquierdas. En 1923, los nacionalistas y los nacionalsocialistas fueron elegidos por primera vez en Turingia, que enseguida se convirtió en un baluarte del nacionalsocialismo. En su tiempo libre, Sauckel se dedicaba a realizar trabajos de propaganda y organización del Partido. En 1925, cuando Hitler salió de la cárcel y reorganizó su partido, Sauckel renovó su carné. Le

parecía que Hitler era «el hombre elegido por el destino para unir Alemania». Sauckel se convirtió en el jefe del sector empresarial del Partido Nazi en el distrito, con un sueldo de ciento cincuenta marcos mensuales.

—Nunca pensé en la guerra o en que hiciera falta ningún tipo de violencia.

Hitler había dicho que quería conseguir la unidad con métodos no violentos. En 1927, Sauckel fue nombrado jefe del distrito de Turingia y, en 1929, jefe de la facción del Partido en el *Landtag* o Parlamento regional. En 1932, fue elegido ministro-presidente de Turingia como integrante de una plataforma populista. En diversos momentos de la entrevista ha reiterado de manera inconsistente que «nunca pensó en hacer carrera política». Lo ha repetido tantas veces que llama la atención: admite que empezó a pensar en la política hacia 1920 y que en 1923 solía asistir a las reuniones del Partido, después de decir un momento antes que había empezado a pensar en dedicarse a la política cuando volvió a Alemania desde Francia.

Las elecciones que ganó en 1932 fueron «su única actividad política», insiste Sauckel. Lo que quería decir es que fue la única vez que he sido elegido para ocupar un cargo. Describió la campaña electoral y el periodo posterior, su elección, como «uno de los esfuerzos mentales y físicos más duros» que nunca había realizado. En otras palabras, todos sus cargos previos y posteriores fueron nombramientos directos, mientras que en 1932 obtuvo el cargo en una elección. «En 1932 se había empezado a pavimentar el camino» y todos los partidos de Turingia, excepto el comunista, apoyaron su candidatura (fue a las elecciones en coalición).

La situación económica de Turingia en la época en que fue elegido era «muy mala». Muchas fábricas tuvieron que cerrar y había medio millón de parados; en otro momento ha dicho que un tercio de la población masculina

estaba sin empleo. Puso en marcha un programa de emergencia, financiado con un préstamo de dos millones de marcos del Dresdner Bank, que consiguió a través de un viejo amigo que había estado prisionero con él en Francia. Le presentó a Hindenburg un informe sobre las necesidades de Turingia.

Mientras Sauckel hacía todas estas cosas para ayudar a Turingia, Hitler llegó al poder no mucho tiempo después, en 1933. En mayo de 1933, Sauckel se convirtió en el gobernador de Turingia gracias a un documento firmado por Hindenburg (el que haya hecho hincapié en la firma de Hindenburg es muy interesante, porque antes había admitido que realmente fue nombrado por Hitler). Ha repetido en un estilo retórico y a la vez simple, con un alemán entrecortado, que su único deseo era llevar felicidad y prosperidad económica a Turingia. Ha dicho que deseaba «preservar los valores culturales, artísticos y tradicionales de la Gran Alemania». Durante el tiempo que realizó todos esos esfuerzos «nunca pensó en la guerra» y supuso que Hitler tenía las mismas intenciones que él. Sauckel niega haber tenido mucho contacto con Berlín en aquellos tiempos o hasta mucho después. A veces discrepaba de Himmler, Göbbels y Bormann, pero fue muy ambiguo al explicar hasta dónde llegaban las discrepancias o qué naturaleza tenían, y, aparentemente, incluso en la cabeza de Sauckel en aquellos momentos estaba poco claro. Vio poco al propio Hitler, y eso lo sentía, porque siempre había sido «un devoto y fiel discípulo».

Ha subrayado lo mismo que ya le he oído a Ribbentrop, a Frank y a otros, que se alistó como voluntario en el Ejército (en el caso de Sauckel dijo: en la Marina) cuando estalló la guerra en 1939. Pero su solicitud fue rechazada. Se le encargó que se ocupara de la economía y del bienestar de Turingia y de las fronteras de dicha provincia. Entonces, inesperadamente, en 1942, recibió lo que otra vez ha dado en llamar «el nombramiento más

difícil de mi carrera», cuando le convocaron a Berlín para que se ocupara del «despliegue» de los trabajadores. Tuvo que «buscar puestos de trabajo para colocar a millones de trabajadores para que los dirigentes alemanes en guerra pudieran disponer en los distintos campos de la economía». El Führer le dijo que tenía «que hacer su deber como soldado». Ha insistido en que «tanto mediante órdenes escritas como verbales protegió los derechos y los intereses no sólo de los trabajadores alemanes sino también de los extranjeros». Ha hablado de la «solidaridad del obrero europeo» y de ese tipo de cosas.

Le he preguntado si conocía los informes sobre los malos tratos que se dieron a la mano de obra esclava, sobre las familias que fueron separadas cruelmente en los países ocupados deportando a los que eran más válidos a Alemania para trabajar, sobre las personas que habían sido apresadas en teatros y en lugares públicos y habían sido enviadas sin conocimiento previo alguno a trabajar a Alemania. Su respuesta ha sido una evasiva.

—¿Qué haría usted si el bienestar de su país dependiera del trabajo? Cuando un barco está en medio de una tormenta, necesita un capitán.

Ésa y otras conclusiones y evasivas, que no seguían un razonamiento lógico, son sus recursos una y otra vez, y su método para eludir las cuestiones morales y éticas.

En 1935, Sauckel fue nombrado por Hitler miembro honorario de Gustloff, y mientras perteneció a este organismo, Sauckel intentó, en 1944, construir una fábrica de aviones subterránea «partiendo de mis propios conocimientos de ingeniería»[2]. Sauckel a menudo se refería a sí mismo como trabajador, marinero o ingeniero.

¿Cuál era su actitud respecto a los judíos? ¿Era antisemita su familia? No, no recuerda ningún antisemitismo por parte de su padre. Posteriormente, su padre se hizo miembro del Partido y entonces,

naturalmente, compartió las ideas del Partido respecto a la cuestión judía. Pero en el pasado, cuando Sauckel era niño, no recordaba ningún tipo de antisemitismo. Sin embargo, en general pensaba que la cuestión judía «había que solucionarla», que incluso entre los propios judíos había sionistas que estaban de acuerdo en que los judíos eran una raza y que tenían que tener su propio territorio. Respecto al exterminio de los judíos, no estaba a favor y no supo de ninguna persecución de judíos en Turingia mientras él estuvo allí. Lo que pasó después, cuando se fue a Berlín en 1942, no lo sabía. Por supuesto que sabía que el campo de concentración de Buchenwald había estado allí en los primeros años, pero eso era «territorio de Himmler» y no suyo. Aunque Buchenwald estuviese en Turingia, no estaba bajo su jurisdicción.

Todo su trabajo lo dedicó a hacer realidad unos ideales elevados, a su devoción por Hitler y a su idea de unificar la vida alemana. Intentó glorificar sus propios comienzos y utilizarlos como la razón de ser de sus convicciones políticas. Repitió con orgullo que no poseía propiedad alguna; que no tenía grandes cantidades de dinero en el banco; que su mujer tuvo a sus diez hijos en casa, sin casi ayuda médica; que no asistía a los actos sociales; y que eligió una vida sencilla.

Su actitud respecto a Hitler seguía siendo la de un ciego y fiel servidor. Nada de lo que se ha transmitido en el juicio hasta ahora parece haber modificado su concepto sobre Hitler. Ha dicho que «algunas de las pequeñeces de las que se nos ha acusado hasta ahora en los juicios son incomprensibles», pero eso no parece haber afectado a su visión sobre Hitler. Del mismo modo que con muchos de sus seguidores, Hitler mantuvo las distancias con Sauckel y nunca intimó con él. Las veces que vio a Hitler fueron para recibir directamente órdenes o instrucciones sobre política o para hablar de literatura, de arte y de música, todos ellos temas que estaban

totalmente fuera del ámbito intelectual de Sauckel, lo que probablemente hacía que el Führer le pareciese aún más maravilloso. Su actitud hacia los otros nazis era poco original y radicaba en las mismas expresiones que he oído con frecuencia a los prisioneros de Núremberg.

—Himmler, Bormann y Göbbels seguramente eran malos tipos.

Echarle las culpas sobre todo a los que estaban muertos o desaparecidos es característico tanto de Sauckel como de muchos de los otros. Ha dicho que nunca le parecieron bien esos hombres y que nunca les había entendido, pero, por otro lado, no tuvo ocasión de oponerse a sus políticas ni de poner objeciones a lo que estaban haciendo, porque no era asunto suyo. Cuando se le preguntó sobre si los trabajos forzados que él controlaba no estaban relacionados con las actividades de Himmler, lo negó con energía. ¿Y los métodos para conseguir trabajadores?

—No.

Consideraba que Himmler, Bormann y Göbbels eran las tres personas responsables del aislamiento de Hitler. Esto último es una frase hecha que ya he oído antes. Creía que «distanciarse del cristianismo» fue el error más grande y se lo atribuía a Bormann.

Sauckel admite que él también dejó de ir a la iglesia, pero que en sus principios y en el seno de su familia siguió siendo «profundamente religioso». Lo que quiere decir con eso no he podido descubrirlo, y me da la impresión de que lo único que estaba haciendo era poner palabras que sonasen bien una detrás de la otra, lo que era una parte importante de la imagen general que estaba intentando ofrecer: un trabajador bueno y sólido que estaba tan ocupado haciendo el bien que debido a sus ideales se dedicó a aceptar lo que el Partido hacía, a pesar de algunas cuestiones desagradables que él intuía.

Hacia el final de la guerra, la caída de Turingia era inminente y Sauckel fue a ver a Albert Kesselring. Incluso entonces seguía pensando que era posible un armisticio o algún tipo de acuerdo con las potencias occidentales. Éste es un ejemplo más de lo poco que esos hombres sabían de la situación bélica y de los acontecimientos internacionales. El 8 o el 9 de mayo fue voluntariamente a Berchtesgaden a entregarse a los estadounidenses, a través del párroco católico del lugar. Dijo que entonces «volvió a las filas de la Iglesia». Estas declaraciones no las hizo con demasiada emoción, sino más bien en frases entrecortadas fáciles de entender, como si estuviese hablando frente a un público.

Al principio se sintió muy desgraciado y deprimido por la derrota en la guerra. Pero ahora se sentía mejor y «seguro en la certeza» de que «personalmente no había hecho nada de lo que tuviera que avergonzarme». Si estuviese «frente a Dios o frente al más alto Tribunal» se presentaría con «el corazón confiado». El amor siempre había estado en su corazón, nunca el odio. El odio había estado demasiado presente entre los nazis en los últimos años, los años de la guerra. Entonces ha proferido una serie de tópicos que venían a decir que Dios es amor, y que sin amor no se consigue nada y todas esas cosas.

—Siempre he intentado conseguir que los rusos y los alemanes se entendiesen, por eso no tengo miedo al sumario ruso que empezó a exponerse ayer. Puedo probarlo. Después de asumir el cargo de plenipotenciario general para la mano de obra en 1942, intenté conseguir alojamiento y comida para los prisioneros de guerra rusos.

»No tuve nada que ver con los campos de concentración, un área que estaba a cargo de Himmler. Había un ministro de Trabajo, llamado Ley, cuya función es equivalente a la de John Lewis en Estados Unidos[3]. Mi tarea consistía en colocar en las fábricas, o en los lugares donde había

trabajos que hacer, a los prisioneros de guerra y a los trabajadores extranjeros. Yo no tuve nada que ver con los castigos, los criminales ni nada de eso. Todo eso era trabajo de Himmler. Si cuando yo era marinero alguien me hubiera dicho que me iba a comprometer en la política lo hubiera considerado un insulto. Al volver de Francia, cuando vi que los trabajadores de la fábrica de Schweinfurt estaban divididos en grupos, en muchos partidos —quiero darle una razón sincera— tuve un motivo para convertirme en nacionalsocialista. En 1922 y 1923 supe que el destino me ponía en la situación de buscar una solución a los problemas laborales y sociales.

»Me afané por conseguir un socialismo con base nacional y que no prescindiera de la propiedad privada.

»Conocía a Hitler desde 1926, pero, aunque tuve muchas charlas con él, no tuve una relación tan estrecha como tuvieron los otros. Hitler vino a Weimar, la capital de Turingia, y hablamos de Goethe y de la cultura.

»Después del incendio del Reichstag, el Parlamento se reunió cada vez menos, pero en 1933 y 1934 seguía estando más o menos vivo. Después, raramente se produjo alguna reunión del Reichstag. El Führer siempre me hizo saber el poder que él ejercía y que yo ejercí cuando era necesario.

»Estoy seguro de que la mayoría de los nazis quería un Parlamento o algún tipo de institución para hacer críticas y proponer medidas correctoras. Hitler siempre prometió un gran senado paralelo al Reichstag para el pueblo alemán. Nunca cumplió esa promesa. Eso nunca deprimió a Hitler, pero siempre ponía una excusa: no se podía establecer durante la guerra una institución de ese tipo. Estoy casi seguro de que, después de la guerra, varias personas, incluyéndome a mí, debíamos controlar esa institución.

»Hasta 1940 pude seguir acercándome al Führer. Pero no después, sobre todo cuando Hess se fue a Escocia. Bormann, Göbbels y Himmler le

mantuvieron aislado, algo que fue negativo para el pueblo alemán.

»Estoy convencido de que Hess ejercía una influencia positiva sobre Hitler. Sólo puedo hablar de lo que yo mismo oí. En muchas cosas, como la ocupación de Austria, él sabía poco más de lo que yo sabía.

»Todo el mundo seguía una norma, una norma muy estricta, hacer su trabajo y no injerirse en los otros ni hablar con ellos.

»Creo que Hess era muy justo, y quería un tratado de paz con Inglaterra.

Le he señalado que en el juicio se había dicho que quería un tratado con los fascistas en Inglaterra y que no negociaría con el Gobierno de Churchill.

—No le puedo decir. No sé lo que Hess pensaba acerca de eso. Yo quería volver al mar, pero Hitler no me lo permitió.

En ese punto Sauckel ha estado a punto de que se le salten las lágrimas:

—Hitler me dijo que no debía volver al mar, porque el mar era para Inglaterra, no para Alemania.

»Hess siempre decía lo mismo: «el nacionalsocialismo no se puede exportar», lo que significa que Hess no quería injerirse en los asuntos de otras naciones. No puedo decir mucho más, excepto que no creo que Hess quisiese firmar la paz con ningún otro Gobierno que el que el pueblo inglés había elegido. Puede que Hess estuviera equivocado, pero fue sólo un error. Tenía buenas intenciones. El otro día a la hora de la comida, Hess me dijo que cuando fue a Inglaterra no fue eso lo que pidió. Hess es un hombre inteligente, nació en Egipto y debería conocer a los ingleses, entre quienes se crió.

Le he dicho que si Sauckel consideraba a Hess un hombre tan bueno, a pesar de que se le asoció con las leyes de Núremberg, con las persecuciones a los judíos y a otras sectas religiosas, y de que tuvo conexiones con las actividades de la quinta columna, eso indicaba que aprobaba todas esas actividades.

—En lo que respecta a la quinta columna, nunca oí hablar de ella. Teníamos un sindicato de alemanes en otros países, un sindicato de alemanes en el extranjero, una nación está en su perfecto derecho a nacionalizar a la gente que está en otros países si son ciudadanos alemanes. Esa organización estaba dirigida por Ernst Wilhelm Bohle. Era una organización de miembros del Partido en tierras extranjeras. No veo razón alguna por la que los alemanes no puedan hacerlo, si hay una Internacional Comunista y si Inglaterra reúne a su gente en todas partes del mundo. Ahora está claro que hubo una quinta columna, pero yo nunca supe de su existencia. Y por otro lado era el equivalente a los servicios de inteligencia de Inglaterra y Estados Unidos, o sea que ¿por qué no también Alemania?

Le he dicho que yo pensaba que un servicio de inteligencia y una quinta columna no eran lo mismo.

—Bueno, hay alemanes en todos los países, no les pueden considerar a todos quintacolumnistas.

Le he respondido que no lo hacemos, sólo a los que trabajaban en contra de la democracia. Dice:

—No hubo intención alguna de ir en contra de la democracia en otros países. Yo hubiera considerado una locura intentar forzar las ideas alemanas en otros pueblos. Algunas veces vi el nombre de Fritz Kuhn en los periódicos[4]. Su función era hacer popular el nacionalsocialismo en Estados Unidos. Nosotros los nacionalsocialistas nunca tuvimos una organización notable, como la Internacional Comunista [Komintern]. Turingia era comunista cuando yo fui allí por primera vez en 1922. ¡Lo *sé*, yo *vivía* en Alemania!

Se ha emocionado mucho de un modo algo teatral. Le he preguntado si el alto porcentaje de voto comunista en Turingia reflejaba la influencia de la Internacional.

—Sin duda. Todo lo que la gente tenía que hacer era leer a Marx o *El manifiesto comunista*.

Le he dicho que *Mein Kampf* y otros libros nazis estaban disponibles en Estados Unidos. ¿Por qué entonces los nazis no tuvieron más fuerza en Estados Unidos? Sauckel no ha contestado. Le he preguntado cómo influía la Internacional en el voto comunista de Turingia. «Con propaganda, oro y agentes. Que haya o no documentos que lo prueben, no importa. Hace quince años de eso». Le pregunté si, además de la opinión de Göbbels, tenía pruebas de la influencia de la Internacional.

—Todas las opiniones son honorables. He tenido muchos amigos que eran comunistas y socialdemócratas.

Le he dicho que Göring me ha confirmado que construyó campos de concentración para comunistas. ¿Tenía Sauckel algún comentario que hacer al respecto?

—Sólo los comunistas y los socialdemócratas que actuaban en contra del Estado eran encarcelados. Muchos de los comunistas y de los socialdemócratas que yo conocía se convirtieron en nazis posteriormente. Sólo a los que estaban haciendo algo contra el Estado se les mandaba a los campos de concentración.

»He oído decir en los juicios cosas acerca de los crímenes contra la Iglesia. Eso no es así. En 1933 la Iglesia recibió 135 millones de marcos del Reich. En 1934 y 1935 esa cantidad aumentó. En 1938 llegó a ser de 580 millones de marcos. El mismo año, las colonias contribuyeron con 7 millones de marcos y las diferentes comunidades con 85 millones de marcos. Todas ésas fueron contribuciones del Estado para la Iglesia. El régimen nacionalsocialista creía en la libertad total de iglesias y credos.

Le he preguntado sobre la religión judía.

—Según el nacionalsocialismo a los judíos no se les consideraba una secta religiosa sino una raza enemiga. Éste es un punto importante sobre el que ni los judíos se ponen de acuerdo. Los sionistas dicen que son una nación; otros dicen que deberían quedarse donde están. Sin embargo, las políticas de Bormann y Hitler fueron erróneas.

Le he señalado que la libertad religiosa y la quema de sinagogas parecían cosas contradictorias.

—Yo nunca quemé sinagogas. Hubo una revolución, y los rusos quemaron iglesias durante su revolución. Si en un país hay nacionalidades diferentes, el liderazgo tiene que estar dividido entre la gente por porcentajes. Los judíos habían tomado posiciones en las finanzas, la prensa, la radio. Ese sentimiento existía antes de Hitler.

Le he preguntado si había sido antisemita antes de asociarse con Hitler.

—No me pregunte a mí. Pregúntele a Rosenberg y a Streicher, que son los especialistas. Yo estuve prisionero en Francia durante años. Fui nazi desde 1924 o 1925. Me hice antisemita guiado por mis convicciones sociales.

»Para la mayoría de la gente, para los obreros como yo mismo, el nacionalsocialismo servía para evitar el odio de clases entre los obreros y la burguesía. Rusia sólo tiene cuarenta habitantes por kilómetro cuadrado; Alemania, ciento cuarenta. No conozco las cifras de Inglaterra, pero los obreros ingleses pueden irse a África, a Canadá o a Australia. He leído un libro de Jack London sobre las condiciones de vida en Londres y en Liverpool. En Alemania eran más o menos las mismas.

»Tiene que entender que el significado de la palabra «parado» es diferente en Alemania que en Estados Unidos. En Estados Unidos, «parado» significa no encontrar un trabajo relacionado con tu profesión. En Alemania, significa no encontrar trabajo en ninguna profesión. Turingia

tenía 1,7 millones de habitantes, y en 1932, antes de que Hitler llegase al poder, había quinientos mil hombres desempleados. En toda Alemania había ocho millones de parados y siete millones de trabajadores a media jornada.

»Estados Unidos es tan grande que pide trabajadores a gritos. En Alemania, si intentabas encontrar trabajo, no lo conseguías. En Estados Unidos la causa del desempleo era su extraña economía. El desempleo alemán se debía al boicot de los productos alemanes. No fue un boicot oficial. El mercado mundial se negó a aceptar los productos alemanes. Francia, Inglaterra y Estados Unidos los rechazaban. Alemania no tenía colonias y tuvo que exportar productos manufacturados a cambio de trigo. No teníamos nada digno de mención. Conseguimos vivir durante la guerra a base de racionamientos. Todos vivíamos en una situación estricta de racionamiento, incluso los ministros del Gobierno como yo mismo, y vivíamos de lo que conseguíamos en los países conquistados, incluidas África y Rusia.

Le he hecho ver que yo había entendido que durante unos catorce años Sauckel tuvo un buen nivel económico.

—Siempre he sido un trabajador con mis diez hijos. No me hice rico gracias a mi cargo. Viví en casas que eran propiedad del Estado. No tenía una cuenta corriente. No tenía nada, ni siquiera un jardín. Le he preguntado a Sauckel qué pensaba de las pruebas presentadas en el juicio sobre el saqueo de obras de arte llevado a cabo por Göring. —Göring cogió todas esas cosas para las galerías de arte. Göring procede de una magnífica familia. Yo no conocí a Göring ni sé cuáles son sus costumbres. Si cogió cosas en beneficio propio, el pueblo alemán le condenará. »Los cinco millones de trabajadores extranjeros recibían el mismo tratamiento que los alemanes. Tiene que diferenciar el tratamiento que daba Himmler y el que

yo daba a la mano de obra extranjera. Había alrededor de dos millones de trabajadores voluntarios; los tres millones restantes llegaron a Alemania por ley. Le he preguntado qué quería decir con «por ley». —Bueno, por ejemplo, que los franceses tenían un Gobierno y que hicieron que toda esa gente fuese a Alemania.

Le he preguntado si en su opinión ésa fue una ley buena.

—Si usted fuese alemán y el bienestar de una nación dependiese del cumplimiento de esa ley, ¿no habría hecho usted lo mismo? Luchamos contra Rusia y Rusia está haciendo lo mismo ahora. Lo sé por muchas vías diferentes.

Le he dicho que se ha pasado en la cárcel prácticamente aislado durante bastante tiempo desde el final de la guerra. ¿Cómo podía estar seguro de ese tipo de cosas?

—Lo sé.

Le he comentado que, aunque Rusia estuviese haciendo lo mismo ahora, algo que yo no sabía, ¿significaría eso que era algo correcto?

—No, pero si no hubiéramos tenido trabajadores extranjeros habríamos tenido que capitular frente a Rusia y toda Europa estaría ahora sovietizada.

Le he dicho que yo pensaba que Alemania le había declarado la guerra a Rusia:

—Sí, pero psicológicamente todos estábamos convencidos de que Rusia tenía un Ejército imponente esperando para atacarnos y que era sólo cuestión de ver quién atacaba primero. Rusia hizo lo mismo cuando atacó Besarabia en 1940-1941 y también en Finlandia. Y capturaron a gente en esos países a la que convirtieron en mano de obra esclava. Y también se llevaron a varios millones de trabajadores chinos.

Le he preguntado si realizaron trabajos forzados:

—Eso no lo sé.

HJALMAR SCHACHT

1877-1970

Hjalmar Schacht fue presidente del Reichsbank hasta 1939 y ministro sin cartera hasta enero de 1943. Fue juzgado en el Tribunal de Núremberg y declarado inocente.

27 de enero de 1946

Hoy he vuelto a ver a Hjalmar Schacht. Era el mismo de siempre, un tipo simpático y dicharachero, indignado de que le acusen de ser criminal de guerra. Ha repetido varias veces la palabra «¡terrible!» a lo largo de la

entrevista y ha reiterado que éste es el décimo mes que pasa en una cárcel aliada y que antes había estado diez meses en prisión por orden de Hitler.

Hablaba como si fuese un archienemigo de Hitler, a pesar de haber sido ministro de Economía y presidente del Reichsbank durante por lo menos cinco o seis años del régimen de Hitler, y de continuar como ministro sin cartera hasta 1943. Ha explicado esto diciendo que Hitler no le permitió abandonar el cargo. Le he preguntado si pidió ser relevado y ha contestado:

—Repetidas veces, pero Hitler no me lo permitió. Todo lo que hice fue vivir en mi granja de las afueras de Berlín. Hitler me retuvo como ministro sin cartera por mi reputación internacional y por el prestigio de mi nombre en el extranjero.

Schacht me ha vuelto a contar las reuniones que mantuvo con Roosevelt en 1934 y en 1935 y cuánto admiraba a nuestro presidente. Seguramente por cuarta vez, Schacht me ha dicho que Roosevelt le había dado una palmadita en el muslo diciendo, «valoro mucho su franqueza en esta reunión». En aquel momento, cuando estaba en Washington, ha añadido Schacht, «con gran riesgo personal mantuve reuniones con judíos influyentes y hablé con ellos». De lo que hablaron no ha dicho nada, pero ha resaltado que era «un asunto muy arriesgado» para él hablar con judíos, considerando cómo era el Gobierno nazi.

Schacht se ha explayado contando cómo había conocido a casi todos los presidentes de Estados Unidos, entre ellos a Theodore Roosevelt, Calvin Coolidge, Franklin D. Roosevelt y otros. Lamentaba decir que no había conocido a Harding. Describió a J. Edgar Hoover como «un hombre honrado pero algo frío y resultaba difícil entablar una conversación con él porque era algo tímido. Coolidge era encantador». Le he preguntado a Schacht si conocía al difunto embajador Dodd, cuyo diario póstumo yo leí hace algún tiempo. Schacht ha contestado:

—Sí, por supuesto, Dodd murió poco después de marcharse de Alemania. ¿Por casualidad sabe usted cómo murió? ¿Acaso tenía alguna enfermedad mental? Porque aunque sin duda era un hombre honrado, en Alemania Dodd se comportaba de un modo extraño y nunca sacaba la conclusión correcta de lo que veía. Por otro lado, sus hijos William y Martha Dodd, eran bastante fastidiosos. Estaban llenos de ideas comunistas.

Schacht ha empezado entonces a contar, con una velada sonrisa, cómo Martha Dodd estaba siempre en compañía de Louis Ferdinand, el hijo del ex príncipe coronado de Alemania. Schacht ha dicho que esa camaradería dio origen a algunos «rumores feos».

—Por otro lado —ha continuado Schacht— el diario del embajador Dodd es cuestionable porque fue publicado después de su muerte por sus muy radicales hijos.

Schacht ha insistido en su indignación, «porque un hombre que durante cuarenta años nunca ha estado asociado con algo que no fuera el mundo de las finanzas, que nunca ha estado en el Ejército y que nunca ha hecho nada malo a nadie, esté en la cárcel y le estén juzgando como a un criminal de guerra cualquiera». De nuevo ha repetido que desde 1939 no había hecho nada más que vivir en su granja y que además tomó parte en el complot para asesinar a Hitler el 20 de julio de 1944.

Al hablar con Schacht queda claro que intenta mostrar dos imágenes claramente paradójicas de sí mismo: una, que era un viejo inofensivo que estuvo inactivo desde 1939; la otra, la imagen de un gran patriota alemán que trabajó sin cesar para conseguir la caída y destrucción de Hitler y que participó activamente en el intento de asesinato del 20 de julio de 1944. Desde el punto de vista clínico, es evidente que Schacht tiene una vitalidad y una energía tremendas para un hombre de su edad.

Respecto a la cuestión judía, Schacht ha vuelto a decir que nunca aprobó la persecución de las razas. Por supuesto, en su época como ministro de Economía y como presidente del Reichsbank, de 1933 a 1938, «no se hizo daño a los judíos ni económicamente ni desde el punto de vista financiero». Schacht ha dicho que no se le podía responsabilizar de ninguna persecución contra los judíos ni de ningún saqueo ni de nada de lo que ocurrió en aquellos años, porque ni pasó en su provincia ni bajo su jurisdicción. Ha repetido que tenía muchos amigos judíos a los que ayudó de un modo u otro, sobre todo contribuyendo a su salida de Alemania.

—El problema judío fue causado por varias cosas. Por supuesto, Hitler fue siempre antisemita, pero inmediatamente antes de su llegada al poder muchos judíos se vieron envueltos en grandes escándalos financieros en Alemania. Asimismo, muchos judíos llegaron del este para instalarse en Alemania y hacer negocios. Además, había muchos judíos que eran comunistas.

Schacht ha relatado que una vez le pidió a uno de sus subordinados, un judío, que llevara un mensaje al Sindicato Central de Judíos en Alemania, que era la principal organización judía de Alemania[1]. El mensaje decía que el Sindicato Central debería adoptar una resolución en contra de que los judíos se unieran a los comunistas, y que debía renunciar a toda conexión con el comunismo. El hombre volvió unos días después diciendo que lo sentía, pero que el Sindicato Central se negaba a emprender acciones relativas a la recomendación de Schacht.

—Bueno —ha comentado Schacht—, le dije que algún día se arrepentirían —Schacht no ha especificado cuándo tuvo lugar este incidente.

He señalado que me parece una violación de los derechos civiles e individuales que una organización prohíba a sus miembros la libertad de

pensamiento político y que, por tanto, pienso que la recomendación de Schacht al Sindicato Central es bastante fascista. Schacht se ha ofendido por eso y ha dicho que, por supuesto, él creía en la libertad de pensamiento político y en la libertad religiosa. También ha dicho que a pesar de todo no creía en el comunismo y que lo único que intentó fue evitar que los judíos fuesen identificados con el comunismo. Al finalizar la entrevista, Schacht ha dicho:

—Si hay algo que temo es que ustedes los estadounidenses hagan lo mismo que después de la última guerra. Me refiero a que se vayan de aquí y abandonen Europa, entonces Rusia hará lo que quiera. La empresa privada y los derechos individuales se perderán del mismo modo que se perdieron bajo el Gobierno nazi. ¡Aterrador!

10 de marzo de 1946

Cuando entré en la celda de Schacht esta tarde, estaba cordial y, como siempre, con esas maneras de algún modo grandilocuentes que tiene. Confía en que será absuelto, pero está amargado por el «malévolo proceso», como él lo llama. Su actitud de «esos otros criminales merecen estar en el banquillo, pero yo no» es la misma y tan machacona como siempre.

Schacht ha dicho que le gustaría contarme «la historia completa» de sus contactos con las actividades del Gobierno nazi. Ha jalonado su discurso con un frecuente «y entonces, doctor Goldensohn, ¿dónde está el delito?», seguido de una carcajada despectiva y estridente.

—Ayudé a financiar el armamento —empezó diciendo— entre 1934 y 1937, con la intención de que Alemania llegase al nivel en el que estaría en igualdad de condiciones que sus vecinos. La razón por la que lo hice es que

las otras potencias no se desarmaron; me refiero a los 27 países que firmaron el Tratado de Versalles. Por el contrario, Checoslovaquia estaba armada hasta los dientes a pesar de ser un país recién creado. Como yo quería que Alemania estuviese en igualdad de condiciones con esos otros países, o ellos se desarmaban o nosotros teníamos que rearmarnos. El Gobierno alemán se lo hizo saber al resto de los países en marzo de 1935.

Le he contado que había oído decir a otros alemanes que sin el genio financiero de Schacht, que consiguió colocar a Alemania en una situación económica muy sólida, el nazismo no hubiera sido posible. Le he preguntado a Schacht cuál era su opinión al respecto.

—No hay nadie imprescindible. Un año después de que yo abandonara los asuntos económicos, Hitler gastó 5.250 millones de marcos más que durante el año anterior, en el que yo le había ayudado. Y ¿quién consiguió esa cantidad de marcos? El genio financiero no estaba operativo. Hitler consiguió el dinero con tácticas despiadadas y arruinando al pueblo. Yo realizaba mis operaciones financieras manteniendo la estabilidad de la moneda y sin usurparle nada a la economía. Hitler cogió el dinero de lugares que nunca debería haber tocado, pero consiguió el dinero.

Le he preguntado a Schacht si, por tanto, pensaba que cualquiera podría haber conseguido lo que él logró entre 1934 y 1937.

—Cualquiera. El único honor que yo me adjudico es que Hitler lo habría hecho de una forma poco razonable y que yo lo hice de manera razonable. Sabe, el fiscal intenta acusarme y yo me río de todo eso; cuando yo me di cuenta de que Hitler quería armarse más de lo que era necesario para estar en igualdad de condiciones respecto de las otras naciones, le retiré mi crédito al Reich, no les di ni un céntimo más y eso fue lo que provocó mi cese. La cantidad de dinero en circulación que había cuando yo dejé mi cargo era de ocho mil millones, y ahora es de setenta mil millones.

Le he preguntado el significado de eso, y ha respondido inmediatamente:

—Inflación. Hitler abusó del Reichsbank. Funk fue mi sucesor y no pudo actuar individualmente como yo lo había hecho. Mientras yo fui el presidente, el Reichsbank podía conceder o denegar créditos según sus normas y a su entera discreción. El mismo día en el que dejé el Reichsbank, Hitler promulgó una ley por la que obligaba al Reichsbank a conceder los créditos que él pidiera. Funk accedió al cargo obligado por dicha ley. Quizá en ese sentido Funk no fue responsable, pero en otro, por supuesto que lo fue, porque fue cómplice. Si llegó tan lejos como para aceptar el cargo es porque estaba dispuesto a obedecer.

Le he dicho que había oído que una de las razones para que él dejase el Reichsbank había sido una pelea personal entre él y Göring. Schacht lo ha negado enfáticamente:

—Sé que eso se ha dicho y sé que ese criminal, Göring, intenta decirlo continuamente. La verdad es que mis problemas con Göring tuvieron otra base. Desde agosto de 1934, además de ser presidente del Reichsbank, fui ministro de Economía. Utilicé mi posición como ministro para objetar y oponerme a llevar a cabo un rearme exacerbado. A Hitler le gustó poco y por eso elaboró el llamado Plan Cuatrienal, y puso a Göring al frente del mismo y, por supuesto, Göring estaba a favor de un rearme desbocado. Eso ocurrió en otoño de 1936. Esas tendencias divergentes entre él y yo nos llevaron a una situación de conflicto permanente entre nosotros, en la cual, por supuesto, Göring tenía una posición más fuerte porque estaba respaldado por Hitler y yo no lo estaba. En otoño de 1937, dimití como ministro de Economía. En enero de 1939, fui destituido de mi cargo en el Reichsbank.

»Por supuesto, en medio de todas las dificultades que tuve y que están reflejadas en cartas y notas, nunca encontrará ningún comentario que yo

hiciese indicando que Hitler y Göring estaban preparando el camino para la guerra. Yo no tenía pruebas de ello, y si lo hubiera dicho, habrían actuado drásticamente en mi contra. De modo que sólo podía defender mi posición con argumentos económicos. Y ahora, estos fiscales locos sacan las siguientes conclusiones: «Como no encontramos en ningún documento alguna indicación de que Schacht se quería marchar porque estaba en contra de la guerra, la conclusión es que no estaba en contra de la guerra sino que simplemente se peleaba con Göring».

De nuevo Schacht ha vuelto a reírse de una manera forzada y despectiva.

—No hice nada especial por seguir siendo ministro de Economía. Hitler me había ofrecido ese cargo y lo acepté en su momento y pensé que así podría llevar a cabo mi política financiera.

Le he preguntado por qué permitió que Hitler le utilizara durante cuatro o cinco años, hasta 1939, si tenía esa baja opinión de él y de los criminales nazis, como los llamaba.

—Será explicado frente al Tribunal en el curso de mi defensa. Hasta cierto punto, Alemania podía cobijar y dar de comer a sus ciudadanos gracias a la exportación, porque nos faltaba un veinte por ciento de alimentos que no podíamos producir en nuestra tierra. Por lo tanto, teníamos que exportar y ganar dinero fuera de Alemania para obtener esos alimentos. Había sido así desde 1880. Además, para poder mantener nuestras industrias de exportación, no sólo teníamos que comprar alimentos sino también materias primas.

»Y ¿qué es lo que nos hizo el Tratado de Versalles? Sacar de Alemania todos los activos privados de los alemanes. ¿Se da cuenta de lo que eso significa, doctor Goldensohn? Liquidó los activos privados de los ciudadanos alemanes, algo que no se había hecho desde la Edad Media. De ese modo destruyeron uno de los fundamentos de nuestra forma de vida.

Por ejemplo, si teníamos una empresa de importación-exportación en Río de Janeiro o en Nueva York, nos quitaban la licencia y nos cerraban el negocio. Esas pérdidas llegaron a ser de once mil millones de dólares, dejando aparte las indemnizaciones. Haciendo eso, los Aliados no sólo destruyeron unas ganancias de quinientos millones de dólares, sino que también destrozaron todo nuestro entramado mercantil. Además, después de Versalles impusieron a Alemania pagos de indemnizaciones, y como ya no teníamos activos en el extranjero, solamente podíamos pagar con nuevas exportaciones. ¿De qué otra manera podíamos pagar a los Aliados? Por lo tanto, la necesidad del mercado de exportación se convirtió en más urgente, ya que necesitábamos moneda extranjera para poder pagar los alimentos y las materias primas, además de las indemnizaciones. ¡Esas indemnizaciones ascendieron a cincuenta mil millones de dólares en dinero líquido! ¿Se imagina lo que fue? Cincuenta mil millones de dólares.

»Está claro que Alemania no podía afrontar eso. Se fijó una cantidad anual de dinero y de pagos por indemnizaciones de alrededor de mil millones de dólares, a lo que tampoco podíamos hacer frente. Seguramente usted recuerda que después de la I Guerra Mundial durante casi todo el tiempo tuvimos Gobiernos socialistas, y esos socialistas hacían una política poco cuidadosa. Tomaban dinero prestado del exterior, y con ese dinero pagaban las indemnizaciones. Casi todo el dinero llegó de Estados Unidos, y Alemania contrajo muchas deudas externas. Durante los seis años que fueron de 1924 a 1929 nuestra deuda externa no bajó de ocho mil millones de dólares. Esa cantidad es exactamente la misma que Estados Unidos tomó prestada antes de la I Guerra Mundial a lo largo de cuatro décadas. Y entonces llegó el movimiento en el que los acreedores externos dijeron que no podían seguir así, y no sólo detuvieron los préstamos sino que retiraron

al vencimiento todos los créditos a corto plazo. Eso condujo a un desastre económico de tremendas proporciones en el verano de 1931[2].

»Inmediatamente después de que esos créditos se detuviesen, la situación en Alemania fue de mal en peor. El Gobierno de Brüning, un Gobierno de partidos de las clases medias, el llamado Gobierno de la burguesía, realizó una política deflacionista. Redujeron tanto los sueldos que muchas industrias se colapsaron; y al mismo tiempo, los países aliados habían elevado los aranceles aduaneros. Finalmente, llegamos a una situación de más de seis millones de parados. Considerando que un agricultor nunca se queda en el paro sino que sólo se quedan parados quienes trabajan en la industria, resulta que una de cada tres familias sufría el desempleo. La gente perdió entonces la confianza en los socialistas y también en los partidos de las clases medias y optó por los extremos.

»La única elección posible era entre el comunismo o Hitler; y le diré por qué ganó Hitler. La gente no renuncia a la religión ni a sus derechos ni a la libertad de personalidad ni a la posibilidad de desarrollarse en función del esfuerzo individual, lo que incluye la propiedad privada. Y la otra razón del triunfo de Hitler es que si se trata a todo un pueblo como se trató a los alemanes, todos se preguntarán: «¿acaso somos peores que los otros?, ¿somos una raza inferior?». Del mismo modo que un individuo necesita respetarse a sí mismo, o que una familia está orgullosa de sus tradiciones, así cada nación quiere mantener su propia forma de vida, cultura, idioma y costumbres. En ese sentido es en el que perdió el comunismo. Los comunistas decían que Dios era un sinsentido y una estupidez y predicaban el internacionalismo sin mantener los sentimientos nacionales naturales de un país.

»Y entonces llegó Hitler y afirmó las dos cosas que negaba el comunismo. Propuso salvaguardar la dignidad nacional y mantener la

religión. Está en su programa.

He subrayado que eso resultaba bastante irónico, ya que la nación alemana bajo Hitler no tuvo dignidad y fue el régimen más sangriento de la historia, y además persiguió a religiones de todo tipo e incluso llegó tan lejos como hasta exterminar completamente a sectas religiosas, o sea a los judíos. Schacht ha dicho:

—Sí, hoy resulta irónico, pero entonces todos le creyeron. Hitler traicionó a todos y traicionó sus propios principios. Se deshizo de la religión y desmontó el nacionalismo. Pero en julio de 1932, Hitler obtuvo el cuarenta por ciento de todos los escaños del Reichstag[3]. Nunca en la historia de Alemania un partido había recibido tantos votos. Hitler obtuvo doscientos treinta escaños y Brüning sólo setenta o setenta y cinco. Los comunistas unos setenta. En el Reichstag hay unos seiscientos escaños. Es evidente que Hitler solo tuvo más votos que todos los demás partidos no comunistas juntos.

»En aquel momento, nadie sabía qué tipo de mala persona era Hitler. Nadie imaginaba que traicionaría al país.

Le he preguntado a Schacht si pensaba que era un rasgo particularmente pernicioso el que Hitler siempre hubiera sido un violento antisemita. Ha respondido:

—Nadie se tomó su antisemitismo en serio. Pensamos que era una cuestión de propaganda política que olvidaría en cuanto llegase al poder. Respecto a mí, al ser un demócrata acostumbrado a los métodos democráticos, a los procedimientos parlamentarios, me quedé sin opción. O todos los demás partidos se asociaban con el Partido Comunista, algo que ni los otros partidos ni los comunistas querían, o el liderazgo había que dárselo a Hitler.

—¿Había alguna objeción concreta contra Hitler en aquel momento?

—Conocí a Hitler en enero de 1931 y nunca hablé con él ni le voté. Pero en julio de 1932 allí estaba, y había que sacar el máximo partido posible porque había sido elegido legalmente.

—¿A quién votó usted?

—Voté a un partido demócrata; el Partido de Brüning era católico y yo no les voté, pero voté a uno de los partidos que formaban parte de la coalición de Brüning; ¿había otra opción posible?, ¿qué debería haber hecho? Le pregunto a usted, doctor Goldensohn, ¿dónde está el delito?

Le he respondido que si de verdad quería una respuesta sincera, como estadounidense le diría que si de verdad estaba en contra de Hitler, podría haberse negado a entrar en el Gobierno; y de hecho, ya que no era ningún secreto el tipo de fascista que era Hitler, incluso desde 1925 cuando publicó el *Mein Kampf*, se le podría haber dicho que se fuera al infierno. Schacht ha discrepado:

—Sí, si le hubiera dicho que se fuese al infierno, me hubiera tenido que retirar a la situación de ciudadano privado. Yo quería trabajar por mi país.

Le he dicho que no entendía su razonamiento, porque ¿acaso tener a Hitler como líder era bueno para los intereses de Alemania?

—Resultó no ser bueno para los intereses de Alemania, pero yo no lo sabía en aquel momento.

He continuado con ese tema y le he preguntado que si Hitler hubiese conseguido ganar la guerra y construir una Alemania fascista poderosa, habría dicho entonces que Hitler era un líder deseable para la nación alemana.

—Está usted deduciendo que soy un fascista, pero, querido doctor, sólo había una salida y era establecer un Gobierno militar no democrático, y lo intentamos. Le sorprendería. En noviembre de 1933, Hindenburg nombró canciller al general Schleicher, después de que Von Papen fuese derrocado.

Y sepa que Von Papen fue derrocado por el Reichstag y los comunistas, y por Hitler. Pero cuando Schleicher accedió a la Cancillería, se encontró con que gobernar sin Parlamento —o lo que es lo mismo, un Gobierno militar— llevaría sin duda a una guerra civil. El Gobierno de Schleicher casi no duró ni dos meses. Cuando vieron que gobernar mediante esos métodos terminaría en una guerra civil, abandonaron y cambiaron de opinión.

»Entonces Hindenburg se vio obligado a aceptar a Hitler para permanecer dentro de las normas parlamentarias. Y para no dejarle gobernar a él solo, los pequeños partidos de la derecha formaron una coalición con él, con el fin de poder participar con Hitler en el Gobierno y poder influir sobre él desde dentro. En las elecciones del 5 de marzo de 1933, los nacionalsocialistas solos obtuvieron 280 escaños, lo que era casi una mayoría absoluta, incluyendo hasta a los comunistas[4].

»Todo esto se hizo bajo la constitución de Weimar, en la línea de un Parlamento democrático.

Le he dicho que me interesaban mucho sus observaciones y opiniones. Pero ¿estaba seguro de todos esos hechos? A mí me da la impresión de que en aquel momento Hitler ya tenía algunas organizaciones de mano muy dura, como la SA (milicianos nazis) y la SS (paramilitares nazis). Le he preguntado si fueron elementos coercitivos durante las elecciones. Schacht ha respondido:

—Si lo fueron, ¿tengo yo la culpa?

Le he contestado que yo no había querido dar por hecho que había que culparle a él, sino que había dicho que todo «se había llevado a cabo dentro de unas líneas parlamentarias democráticas». Schacht ha dicho:

—Creo que la SA y la SS estaban operativas, pero lo que quiero decir es que las elecciones propiamente dichas fueron aparentemente justas.

Le he dicho que me sorprendía que pareciese ignorar el hecho de que Hitler había escrito el *Mein Kampf* y que éste contenía los principios del Führer y el concepto de *Volk*, el antisemitismo, la superioridad nacional, las ideas de inferioridad y otras cuestiones fascistas similares. Schacht ha dicho:

—Sí, puede culparme de haber entrado en un primer momento, pero no olvide que las actividades y las acciones políticas son complejas. La gente decía que una vez que Hitler llegase al poder se iba a encontrar con tantos obstáculos que nunca podría desarrollar sus ideas fascistas.

»Hay que hacer una consideración más. ¿Se le podía contrarrestar mejor retirándose a vivir como un ciudadano más y dejarle el poder a él solo?, ¿no es más sensato involucrarse e intentar contenerle? Quiero decir, para ver hasta dónde puedes influir sobre él. Eso es lo que hicieron todos los hombres que se quedaron en el gabinete. Dicho sea de paso, yo no estaba en el gabinete. Pero Von Papen, Neurath y otros se quedaron. Nunca entré en el Gobierno antes, porque no quería tener nada que ver con las políticas de partido.

»Cuando tenía unos veintiséis años decliné el ofrecimiento que me hicieron de ocupar un escaño en el Reichstag. Y posteriormente volví a declinar el mismo ofrecimiento muchas otras veces.

Le he preguntado a Schacht el distrito por el cual le habían ofrecido un escaño en el Reichstag, y ha respondido:

—Muchos. Las elecciones no eran por distritos sino por listas. Una vez fue por Westfalia, otra vez por Schleswig-Holstein. El lugar de residencia daba lo mismo.

»Acepté finalmente el puesto de presidente del Reichsbank porque era un cargo independiente, como ya le he dicho. Entonces Hitler se las arregló

para establecer un Estado totalitario dentro del gabinete de ministros del que yo no formaba parte.

He destacado que fue entonces cuando Hitler se las arregló para establecer un Estado totalitario, cuando Schacht aceptó ser ministro de su gabinete. Se ha apresurado a darme una explicación:

—Sí, me convertí en ministro de Economía en agosto de 1934 después de que, a la muerte de Hindenburg, se le concedieran a Hitler los dos poderes, el de la cancillería y el de la presidencia. Pero aunque resulte extraño decirlo, mi nombramiento fue firmado por Hindenburg, fue el último documento oficial que firmó.

—¿Está disponible aún ese documento?

—Yo lo tuve en una ocasión. Pero ahora creo que está en manos de los rusos. Me lo dieron dos días después de la muerte de Hindenburg.

—¿Por qué piensa o sabe que está en manos de los rusos?

—No lo sé.

—¿No le parece que la crueldad de Hitler era bastante evidente antes de 1937?

—Su política amoral era evidente y mis sospechas comenzaron en 1935 o por ahí. Yo aproveché todas las oportunidades que tuve para oponerme a él en todas las cuestiones ilegales, tales como la persecución de la Iglesia, la Gestapo, la cuestión judía y todo lo que iba en contra de la dignidad humana. Me opuse a él, pública, privada y personalmente respecto a todas esas cuestiones. Me crea o no, fui la única persona que lo hizo. Ningún miembro del clero, ningún político, ningún científico o ningún hombre de negocios se hubieran atrevido a decir ni en público ni en privado lo que yo dije. ¿Dónde está el delito? ¿Dónde?

»Cuando me di cuenta de que su objetivo era la guerra, dimití como ministro. Insistió en que sólo aceptaría mi dimisión con la condición de que

siguiera siendo ministro sin cartera. Su objetivo era mostrarle al mundo que no existía ningún conflicto entre su Gobierno criminal y un economista y banquero responsable con mucha influencia en el extranjero, es decir, yo mismo. No aceptaría mi dimisión de ningún otro modo. Además dejé de conceder créditos desde el Reichsbank. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Qué delito hay en ello?

»De lo único que me acusan es de planificar una guerra agresiva. En 1938, Hitler cesó al jefe del Ejército, el general Fritsch, uno de los mejores personajes del Ejército. Y también destituyó a Neurath, lo que significa que destituyó a los jefes del Ejército y de la política exterior[5]. Cuando yo me percaté de eso, estaba seguro de que ese hombre no quería evitar la guerra, aunque yo sabía poco de sus distintos comunicados, que más tarde fueron revelados por figuras militares relevantes, y en ellos estaba claro que se dirigía y se preparaba para la guerra.

»En aquel momento Hitler estaba en la cima de su éxito respecto a la política exterior. Los extranjeros se habían sumado a su gloria hasta tal punto que teniendo en cuenta los sentimientos de la gente y de los círculos militares más jóvenes, los generales tenían miedo de no encontrar el apoyo apropiado. Y entonces fueron Neville Chamberlain y Edouard Daladier quienes salvaron a Hitler y al nazismo. A eso se le llama las ironías de la historia. Y de nuevo, ¿dónde está el delito? Los fiscales saben todo eso. Lo saben. No creo que sean tontos, pero son malévolos.

»Durante la guerra, intenté hacer algo varias veces, y todavía hice un intento más con el mariscal de campo Erwin von Witzleben, y el último intento fue el del 20 de julio de 1944[6]. Dos días después me encarcelaron. Hitler arrestó a seis mil personas. Es evidente que de los seis mil no todos estaban al corriente del atentado. A ver, ¿dónde está el cargo de guerra agresiva contra mí?

Le he preguntado que si le parecían tan mal Hitler y el nazismo, por qué no abandonó el país como lo hicieron tantos otros alemanes respetables que no estaban de acuerdo con lo que había hecho Hitler. Le he mencionado el ejemplo de Thomas Mann. Schacht ha respondido:

—Thomas Mann era un hombre muy desgraciado. Lo pensé muchas veces. ¿Qué hacen de bueno los emigrantes? Thomas Mann no consiguió nada. Antes de la guerra, pero después de la llegada de Hitler al poder, mis amigos judíos de Suiza me dijeron que volverían a Alemania si pudieran, incluso si para hacerlo tuviesen que arrastrarse a cuatro patas. Pero eso fue antes de la guerra. Después, no le habría aconsejado a ninguno de esos judíos que regresara, porque Alemania era un lugar horroroso en el que estar. Es una auténtica pena para Alemania. La cultura y el pueblo alemán han perdido muchísimo por el hecho de que las grandes familias judías alemanas ya no están en Alemania. Eran una gran contribución a nuestro conocimiento y nuestra cultura. Dicho sea de paso, no se me acusa de tener un comportamiento antijudío, o sea que no necesito defenderme a ese respecto.

Le he dicho que había oído decir a los otros acusados que el Ministerio de Economía había promulgado algunas leyes antisemitas cuando estaba a las órdenes de Schacht, y que mucha gente consideraba que esas normas antisemitas que desposeían a los judíos económicamente fueron el principio de la persecución que terminó con el exterminio, los asesinatos en masa y todo lo demás. Schacht se ha indignado:

—¿Quién le ha dicho eso?

Le he dicho que no tenía por qué ocultar el nombre de la persona que había hecho ese comentario, porque no me había pedido que lo guardase en secreto, y que en realidad se lo he oído decir a dos personas que están ahora en la cárcel. Uno de ellos es el acusado Funk, el sucesor de Schacht, y el

otro es Hemmen, que fue embajador del Ministerio de Asuntos Exteriores[7]. Schacht ha dicho:

—Funk está intentando echarme las culpas. He oído hablar de Hemmen, pero sé que es poco de fiar.

Le he preguntado si recordaba alguna ley antisemita que hubiera podido promulgar.

—Yo no llamaría antisemita a ninguna de las leyes que promulgué. Promulgué una ley que evitaba que los judíos fueran funcionarios y que limitaba el número de judíos en algunos negocios. Tuve que promulgar esa ley porque me lo ordenaron. Pero era razonable y yo no le llamaría a eso persecución[8].

He señalado con cierto énfasis que de ningún modo alguien podría describirle como un defensor de la igualdad de derechos para todos los pueblos. Schacht no ha respondido y ha continuado: «La acusación dice que soy inocente». Le he preguntado si en alguna aparición pública se opuso al antisemitismo o escribió algo en su contra en algún periódico; ha dicho con convicción: «a menudo». ¿Existe algún documento o alguna otra prueba de ello? Ha respondido: «No conozco ningún documento. Es difícil obtener pruebas de ese tipo de cosas. Pero ahora le pregunto yo, ¿hay algo que demuestre que estoy a favor del antisemitismo?» Le he explicado que no me iba a dedicar a cuestionar sus afirmaciones, pero que me daba la sensación de que no parecía preocuparle demasiado la política antisemita, considerando el hecho de que estuvo al servicio del Gobierno de Hitler durante tantos años.

—Permanecí en el Gobierno de Hitler, como ya le he explicado, porque me parecía que si por lo menos había un hombre honrado en ese Gobierno, eso podía servir para controlar a Hitler.

He sonreído al oír eso, y Schacht me ha preguntado en un tono de sorpresa que de qué me reía. Le he contestado que seguro que era una coincidencia, pero que me acababa de acordar de que el famoso general de la SS Erich von dem Bach-Zelewski me había dicho con casi las mismas palabras que ésa fue la razón por la que él estuvo en la SS. Schacht se ha ofendido:

—Bach-Zelewski es un mentiroso y un vil criminal, un hombre temible. Le repito que es un mentiroso, un criminal y un asesino. Tengo pruebas de lo que digo sobre mí, pero sé que Bach-Zelewski es un mentiroso de cuidado.

A Schacht no le ha gustado nada mi último comentario. Cuando poco después me he marchado de su celda, ha estado educado pero frío. Parece incapaz de soportar crítica alguna o que se cuestionen sus historias o sus declaraciones. Mis comentarios ocasionales, mi evidente imposibilidad de ser convencido de su total inocencia y su sinceridad le irritaron, y su voz alcanzó un tono muy agudo en varios momentos. Como siempre, sigue manteniendo la pose de inocencia indiscutible y de banquero honrado indignado.

18 de mayo de 1946

Esta tarde hemos hablado de parte de su historia personal, sobre todo de lo relacionado con su familia. Ha dicho:

—Mis antepasados proceden desde hace siglos de Schleswig-Holstein(4). Al principio eran agricultores y campesinos, pero mi abuelo paterno era médico. Mi abuelo, que fue un funcionario danés que trabajó como médico de distrito, tuvo ocho hijos y una hija. Mi padre era el cuarto o el quinto.

Tres de los hermanos mayores de mi padre emigraron a Estados Unidos y sus familias siguen viviendo allí. Dos se quedaron aquí en Alemania. Mi propio padre emigró a Estados Unidos y se convirtió en ciudadano estadounidense, pero después de seis años en Estados Unidos volvió a Alemania. Dos de mis hermanos mayores nacieron en Estados Unidos. Uno de ellos sigue vivo y es médico de cabecera en Baden-Baden. Yo nací en Schleswig-Holstein.

»Mi abuelo materno también fue oficial danés y se llamaba barón Eggers. Fue jefe de la Policía en Schleswig. Su padre fue un hombre famoso, ministro danés de Schleswig-Holstein además de barón.

»Después de 1864, todos los hermanos de mi madre, excepto uno, se quedaron en Dinamarca. Sus familias siguen viviendo allí. Mi madre tenía seis hermanos y tres hermanas. Uno de ellos emigró a Estados Unidos y sigue allí. En uno de mis viajes a Estados Unidos conocí a un primo, pero no sé si sigue vivo.

»Mi bisabuelo materno fue un gran financiero danés y masón, como yo. Tiene gracia que consiguiera estabilizar la moneda danesa. Su obra maestra fue la liberación de los agricultores eslavos en Schleswig-Holstein con la ayuda de un conde que también era ministro danés.

»Otro de mis tíos abuelos fue el descubridor e inventor de muchas cosas importantes en el campo de la electricidad. Una de las hermanas de mi madre se casó con su hijo. También era danés. Puede comprobar que Dinamarca es mi segunda patria. Tengo otra prima que se casó con un médico en Dinamarca y entre mis otros parientes daneses hay un farmacéutico, un abogado, un juez y un coronel del Ejército danés.

Respecto a su padre, Schacht me ha dicho:

—Mi padre murió como si fuera joven a los ochenta y tres años, en 1930. Le digo que era joven porque mi abuelo, que siempre fumó una pipa larga,

se murió a los ochenta y cinco años. Yo empecé a fumar a los dieciséis años, también en pipa larga.

Le he comentado que Göring tiene una pipa tirolesa y que la fuma aquí en la cárcel. Schacht le ha quitado importancia a la longitud de la pipa de Göring y ha dicho:

—¡Bah! Ésa es sólo media pipa. La pipa que yo fumaba a los dieciséis años era realmente larga y me llegaba a las rodillas. Ese Göring… es un hombre temible. Es sorprendente que proceda de una buena familia, creo, mientras que Hitler no. Pero en realidad no lo sé. He oído que Göring gastó mucho dinero en que averiguasen y le redactasen el árbol genealógico de su familia, pero fue un trabajo difícil porque aunque su padre es de buena familia, su madre era camarera. Esa camarera fue la segunda mujer del padre de Göring. Pero el padre de Göring parece que fue un hombre de bien.

»Físicamente, me parezco a mi padre casi en todo, de hecho soy exacto a él, pero él no era tan alto. Mentalmente, me parezco a los dos, a mi padre y a mi madre. Los Schacht son ingeniosos e inteligentes igual que los Egger. Mi sensibilidad y mi genio son más de mi madre. Mi madre era alegre, fácil de conmover, que es mi gran defecto. También, hasta cierto punto, era sentimental y eso es también algo que heredé de ella.

»Mi padre, por otro lado, era un hombre de bien y diligente, y yo también lo soy. Adondequiera que fuese enviado, encontraba su sitio; y lo mismo me pasa a mí. Mi padre era un hombre honrado de la cabeza a los pies, y yo también lo soy. Mi padre tenía una gran preocupación por lo que es justo y por la justicia; y era masón, y yo también lo soy.

Le he preguntado si ha heredado o adquirido algún rasgo de su padre o de su madre que pudiera ser considerado como un defecto. Ha reflexionado por un momento y ha contestado:

—Sólo la tendencia a la blandura de corazón y al sentimentalismo, que vienen de mi madre. Pero en conjunto, creo que represento las mejores cualidades de los dos, de mi padre y de mi madre. Como psiquiatra, ¿ha constatado si es cierto que el hermano del medio es generalmente el mejor?

Le he contestado que no había investigado lo suficiente en ese aspecto como para poder responderle. En ese momento, el guardia le ha pasado papel de escribir y sobres, y le ha pedido que firme un recibo por ello. Cuando ha concluido la operación, Schacht ha dicho:

—Este hombre, el oficial de mando, el coronel, debe de ser de Lituania, algunos de los mejores sargentos del Ejército alemán eran de allí. Esos hombres se convierten automáticamente en excelentes soldados, sin ninguna imaginación; se sometían a las normas, pensaban con el uniforme y eran obedientes y correctos. ¿Se da cuenta de que nos hacen firmar un recibo al entregarnos un poco de papel para escribir una carta?

No he contestado a ese sarcástico comentario, limitándome a observar cómo Schacht descargaba su hostilidad en el oficial al mando de la prisión. Le he dicho que pensaba que seguramente había alguna razón por la que los acusados tienen que firmar un recibo de que se les ha entregado algún artículo como material para escribir, y que esa razón podía ser que como el número de personas en la cárcel en este momento es muy elevado se tienen que asegurar de que cada prisionero recibe la parte que le corresponde del material. Schacht ha gruñido:

—Me han robado en esta cárcel mi reloj y mi dinero. Informé a su coronel y parece que sigue investigando. Me lo robaron la primera noche que llegué aquí, yo creo que alguno de sus tenientes, que ya debe de estar de vuelta en Estados Unidos. Nunca me dieron un recibo por ese reloj ni por el dinero. Debería exigir que me indemnizaran por eso.

Hemos vuelto al tema de su padre.

—Mi padre estudió magisterio, pero más tarde se dedicó a los negocios y estuvo contratado por la compañía de seguros Equitable durante treinta años. Cuando volvió a Alemania dejó la enseñanza, que detestaba (eso es algo que puedo entender fácilmente), y consiguió el trabajo con la Equitable. Los últimos diez años de su vida los pasó con una pensión de la empresa. Era un hombre al que no le sobraba el dinero y se hizo una casita en Berlín a la que llamó Villa Equitativa. Antes de eso, vivió en Hamburgo una temporada.

Respecto a su madre:

—Murió en 1938 a los ochenta y cinco años. Murió rezando el padre nuestro en danés. Fue interesante que sus últimas palabras las dijese en el idioma de su infancia. Mientras que mi padre era muy activo, dinámico, ingenioso, siempre intentaba hacer algo nuevo, mi madre era más sentimental, alegre y llena de sentimientos. Fue una esposa muy fiel y una madre devota, cuya mayor preocupación era que tuviésemos un buen hogar y comida suficiente. Era mi padre quien siempre tenía las ideas y siempre estaba planeando cosas.

Schacht ha seguido hablando de otros miembros de su familia. Fueron seis hermanos. No tuvo hermanas. Dos de sus hermanos murieron en la infancia. Dos más murieron en la guerra. Schacht es el tercero de los hermanos. Su único hermano vivo es médico en Baden-Baden y tiene setenta y cuatro años, pero sigue teniendo una estupenda clientela internacional. Hace unos años trabajaba en Egipto durante el invierno y en Baden-Baden en el verano. Es un hombre totalmente internacional, habla siete u ocho idiomas, entre ellos árabe, sueco, holandés, francés e inglés.

—He dicho antes que pensaba que el segundo o el tercer hermano es generalmente superior a los demás. Creo que eso es cierto aunque en mi propia familia no se cumple porque la mayor de los hijos de mi primera

mujer, mi hija mayor, es la más inteligente de mis hijos. Está casada con un oficial bávaro que trabaja en el Ministerio de Justicia. Vi a mi yerno en Núremberg al principio del proceso. Ahora no puedo ver a nadie, a pesar de que mi defensa ha probado que soy totalmente inocente. Mi yerno nació en Holanda. Mi segunda esposa nació en Hungría pero sus padres eran alemanes. Mi hijo habla también francés e inglés. Vivió en Chicago durante algo más de un año porque yo quise que tuviese experiencia en la banca estadounidense.

El resto de la entrevista la hemos pasado hablando de la crueldad de la guerra, poniendo un énfasis especial en el hecho de que Schacht está en total desacuerdo con la guerra, porque dos de sus hermanos murieron en ella.

—Nunca he estado en el Ejército, nunca tuve un uniforme. Nunca fui soldado. Detesto los uniformes porque te hacen sentir poco libre. Hay un dicho antiguo que viene a decir esto: «Tu mente será bien aleccionada, pero se verá confinada a unas botas españolas». Esta cita es muy adecuada. Significa lo estrecha que es la mente militar.

9 de junio de 1946

Este domingo, al principio de la entrevista, Schacht estaba bastante deprimido, pero se fue poniendo grandilocuente y rimbombante según íbamos hablando. Comentó que siempre se encontraba mejor después de hablar conmigo y que estaba contento de que me hubiera pasado por allí. Dijo que la comida era aburrida pero suficiente. Por la mañana le gustaría tener confitura o algún otro tipo de dulce como mermelada, porque necesitaba energía. Era pesimista respecto a la fecha del final del juicio, que

situaba como pronto a mediados de septiembre. Previamente se había sentido todavía más pesimista, en algún momento llegó a pensar que los juicios durarían hasta diciembre. Hoy se sentía especialmente deprimido porque acababa de recibir una carta de su mujer, que vive en Hollenstedt. Dice que se queja de no tener dinero porque tiene las cuentas bancarias congeladas y por la difícil situación alimenticia por la que están pasando. Ha dicho:

—Mi esposa tiene cuarenta años, es una mujer con recursos y encantadora, y es una pena. Quizá le interese saber que el pueblo en el que vive es famoso y fue construido por Carlomagno en el año 800 como fortaleza frente a los vikingos. Mi pobre esposa vive en dos pequeñas habitaciones abuhardilladas.

Cada vez que Schacht habla de su esposa, añade que tiene cuarenta años.

Le he preguntado cómo le parecen que van los juicios, y ha respondido:

—No van mal. Creo que Jodl estuvo digno e hizo una buena defensa. El ayudante inglés del fiscal, Roberts, no llegó muy lejos en el contrainterrogatorio.

Le he contado que hace poco he entrevistado a Oswald Pohl, de la SS, que ha dicho que sabía que se habían realizado depósitos en el Reichsbank provenientes de los campos de concentración, pero que, a pesar de todo, reivindicó su inocencia personal porque él no ordenó las ejecuciones.

—Eso es hacerse el tonto. Pregúntele por su cargo y eso será suficiente. Nunca lo conocí. Oí su nombre por primera vez aquí en el Tribunal. Era el encargado de la administración de los campos de concentración y se ocupaba del alojamiento y la alimentación de los internos. A la fuerza tenía que saber lo que estaba pasando.

Le he dicho que Pohl admite que lo sabe, pero sencillamente niega haber dado las órdenes y, por lo tanto, elude toda culpa. Schacht ha replicado en

un tono de desagrado:

—¡Ah! Si Hitler me hubiera dado una orden inmoral, me habría negado a cumplirla. ¡Piénselo! ¡Sacarle los dientes a un cadáver! ¡Piénselo! Porque si yo hubiera sido un simple soldado, no hubiera obedecido. Hubiera dicho que iba en contra de mis convicciones religiosas. Ese perro de Pohl lo sabía todo.

Schacht me ha preguntado lo que pensaba hacer con todas las notas que he tomado en el curso de nuestras conversaciones. Tiene una curiosidad evidente. Le he dicho que, sencillamente, intento obtener un estudio psicológico suyo y del resto de las personas que están en la cárcel, más o menos completo, y que eso es todo. Schacht ha hablado de la psiquiatría, diciendo que le parece muy interesante. Me ha contado que durante un tiempo estuvo obsesionado por un hombre de veinte años al que en una ocasión salvó de la pena de muerte por haber hablado contra Hitler mientras se encontraba en un estado de locura. Sin embargo, aunque Schacht consiguió salvar su vida, no pudo evitar que el hombre fuera esterilizado. Schacht me ha preguntado si yo creía que él había hecho lo correcto, haber intervenido para salvar la vida de ese joven, o quizá hubiera sido mejor dejarle morir antes de que fuera esterilizado. Era el tipo de pregunta de la que no esperaba respuesta. Como de costumbre, Schacht hablaba para impresionar. Ha ampliado su pequeña historia. Ha dicho que el padre del joven de veinte años había sido un maniaco-depresivo y que la hermana del chico se había suicidado.

—Todas esas leyes de esterilización que introdujo Hitler... Yo le dije que no debía promulgarlas[9]. Se suponía que esas leyes las quería el pueblo. Le dije que debería organizar algún tipo de tribunal en el que se pudiera determinar la opinión de la gente. La opinión popular varía. Por ejemplo, la opinión del pobre es bastante distinta de la del rico. Otro ejemplo es el

siguiente: entre los campesinos de Baviera nadie se casa con una chica hasta que sabe que puede tener hijos, y el hombre lo intenta antes del matrimonio. En otros lugares de Alemania la sociedad no hace eso.

Schacht se ha reído con una carcajada estridente mientras describía las costumbres de los campesinos bávaros.

—Quiero añadir que, sin embargo, esto no supone una difamación contra los bávaros. Es considerado extremadamente indigno que el hombre no se case con ella después.

Le he preguntado si las costumbres morales de los alemanes habían sufrido como consecuencia de los catorce años de nacionalsocialismo.

—Lo dudo. La gente en su conjunto tuvo poco que ver con las atrocidades, excepto los fanáticos como Bormann y la SS. Bormann era un perfecto criminal. Pero respecto a la amenaza a la moralidad, creo que el bolchevismo es mucho más peligroso que el nazismo. Sé que los bolcheviques nunca han exterminado a cinco millones de personas, pero si exceptuamos esa única incidencia, el ideario rojo es inmoral por su desprecio hacia la iniciativa privada.

Le he preguntado de qué manera asociaba la inmoralidad con el desprecio por la propiedad privada. Ha contestado:

—En la zona de ocupación rusa de Alemania, ya se han introducido leyes para arrebatar las propiedades sin pago alguno a cambio. En Sajonia, se ha despojado de sus propiedades a cinco mil empresarios, y el Estado se hizo cargo de sus industrias sin ningún tipo de consideración. Si acabas con la institución de la propiedad privada, se menoscaba un elemento esencial de la vida social. Estoy a favor de permitir que todos se hagan ricos, pero arrebatar la propiedad a otro individuo es un delito. Esto lo introdujeron los bolcheviques y el Tratado de Versalles. Es un tremendo error. Lo que yo creo, doctor, es que en los últimos treinta años la única gran potencia que ha

intentado construir una política exterior basada en la moral ha sido la estadounidense.

»Me quedé bastante sorprendido cuando el juez Jackson me dijo el otro día en el juicio: «Usted engañó a Hitler al incorporarse a su Gobierno». Le contesté: «Más que engañarle, intenté llevarle por el buen camino». El juez Jackson respondió con ironía: «Me alegro de conocer su filosofía». Sabe, yo creo que Jackson es un magnífico fiscal, pero dudo que pueda ser un buen juez.

»Aquí, en este juicio, los jueces se sientan, escuchan y ponderan las pruebas. Respecto a nosotros, los alemanes, los jueces intentan encontrar la verdad. Los abogados defensores, al igual que el fiscal, también deberían estar comprometidos en encontrar la verdad. Pero aquí el fiscal oculta pruebas si son favorables a los acusados y no las presenta al Tribunal. Pero aquí los jueces son propicios. El mejor es Francis Beverly Biddle, un hombre excelente.

Le he preguntado a Schacht qué pensaba del interrogatorio que Biddle le ha hecho a Sauckel cuando éste estaba en el estrado de los testigos. Schacht ha respondido:

—Excelente. Es evidente que Biddle fue sincero. Intentó encontrar lo más mínimo que fuese a favor de Sauckel y, créame, eso era algo difícil teniendo en cuenta a los jueces y las pruebas que tienen en contra de ese hombre. No quiero decir exactamente que Sauckel sea malo, es un hombre poco educado y de procedencia humilde. Estoy seguro de que sus padres tampoco fueron a la escuela.

»Por supuesto que no me puedo hacer una idea de los otros jueces, porque casi nunca hablan. Eso es más cierto en el caso de los jueces rusos, porque no dicen una palabra. El fiscal ruso es poca cosa. El general Rudenko, el fiscal jefe ruso, no es muy bueno. El coronel J. W. Pokrovski es

algo mejor, pero el mejor y más inteligente de los fiscales es Robert H. Jackson, que es muy ágil y tiene una mente muy sutil. El inglés sir David Maxwell Fyfe es un jurista excelente, con una magnífica formación y amplios conocimientos. De su ayudante, Roberts, no tengo un concepto muy elevado. El señor Dodd, el ayudante del fiscal estadounidense, es bueno. Cada palabra o gesto suyo denota inteligencia. Por cierto, ¿es pariente del ex embajador Dodd? Yo conocía muy bien al embajador Dodd. Tenía un carácter limpio, sobrio y excelente. Estaba totalmente en contra de los nazis. En aquel momento yo simpatizaba con su actitud. Era un hombre obstinado que se aferraba a sus opiniones, pero no en el mal sentido. Era un personaje estupendo, de conducta moderada y llevaba una vida digna. Le apreciaba mucho. Me invitó a ir a Estados Unidos y en una ocasión me avisó de un ataque que se preparaba en mi contra.

»La preocupación principal de este Tribunal es juzgar los hechos del pasado. Pero espero que de este juicio surja alguna esperanza para el futuro. Eso significará una mejor comprensión de los problemas de Europa.

»El problema de Europa es cómo alimentar a las masas de gente que viven aquí. Por supuesto que hay ideas constructivas y yo tengo algunas, pero no se pueden llevar a cabo sin grandes cambios y sin mucho coraje. La única esperanza que tengo es que el presidente Truman tenga la valentía de afrontar este problema. Los europeos no pueden vivir sin que se haga algo. Ahora es todavía peor porque los rusos se han apoderado de un tercio de Alemania y de los distritos agrícolas. Millones de alemanes han sido forzados a abandonar el este, Polonia y Checoslovaquia.

Le he preguntado a Schacht qué dirección según él tenía que seguir Truman. Ha respondido:

—El presidente Truman es el único hombre con poder, porque su pueblo tiene poder. El hablar de mis ideas sobre lo que debería hacer no merece la

pena, si no es para hacerlo directamente con él, o con el secretario de Estado, Byrnes, o incluso con el señor Bevin, de Inglaterra. Las palabras del difunto Georges Clemenceau acerca de que a Alemania le sobran veinte millones de habitantes tienen algo de cierto[10]. O se mueren esos alemanes o hay que buscarles una salida, sin, por supuesto, hacer daño a ningún otro pueblo.

Le he comentado que esas palabras de Clemenceau siempre me han parecido algo imprudentes.

—Puedo ser algo más preciso. Cuando sea un hombre libre quizá pueda hablar de ello. Cuando en el pasado intenté convencer a Hitler de algo, no me escuchó. Con un poco más de paciencia por nuestra parte, quizá lo hubiera conseguido, pero lo que ocurrió es que se las arregló para llegar al poder con un programa totalmente propagandístico. Hitler no tenía ni paciencia ni comprensión. Intenté con fuerza hacer que su política tuviera esas características pero no lo conseguí. Ésta es mi trágica vida, no lo puedo evitar. Es la gran tragedia de mi vida.

»Nunca he creído en la guerra. Es un crimen contra la humanidad, pierdas o ganes. Acabo de leer en un artículo de esta revista que tengo en las manos que un día la Luna caerá sobre la Tierra, y creo que hasta que eso ocurra deberíamos intentar que el mundo sea un lugar mejor en el que vivir.

BALDUR VON SCHIRACH

1907-1974

Baldur von Schirach, máximo dirigente de las Juventudes Hitlerianas, fue nombrado gobernador de Viena en 1940. Fue declarado culpable en el proceso de Núremberg de crímenes contra la humanidad y sentenciado a veinte años de prisión. Fue encarcelado en la prisión de Spandau y puesto en libertad el 30 de septiembre de 1966.

10 de marzo de 1946

Este domingo por la tarde he pasado varias horas con Baldur von Schirach. Ha estado como de costumbre agudo, retraído, muy educado y simpático. Se toma muy en serio a sí mismo, algo que es muy evidente por su porte y sus palabras.

Hoy hemos empezado charlando del asunto de las acusaciones contra las organizaciones. Schirach está totalmente en contra del procesamiento de una o de todas las organizaciones, por la misma razón que han dado los otros acusados.

—Si pones fuera de la ley a millones de personas, los conviertes en mártires. Por ejemplo, si dejas fuera de la ley a Robin Hood está bien, pero si dejas fuera de la ley a todo el grupo de gente que Robin Hood tenía a su alrededor, entonces Robin Hood y sus valientes compañeros se convierten en leyenda.

»Hay algo en la naturaleza germana que tiende a la agresividad. Por eso la prensa alemana de hoy va más allá que el Gobierno militar estadounidense.

—¿Por qué?

—Quizá sea idealismo. El alemán quiere hacerlo todo cada vez mejor. Lo que quiero decir es que si el Gobierno militar estadounidense quisiera desnazificar Alemania, el Gobierno alemán diría que hay que ir más allá, que no hay que quedarse a mitad del camino, hay que crear más campos de trabajo. Debe de ser algo que está en nuestra naturaleza.

—¿De verdad quiere decir que eso es idealismo?

—Lo que quiero decir es que es un intento de conseguir la perfección. Supongo que es perfeccionismo más que idealismo.

—¿Cree que ese perfeccionismo del pueblo alemán puede explicar la declaración de Bach-Zelewski de que Himmler quería exterminar a treinta

millones de eslavos, además del exterminio ya completado de cinco o seis millones de judíos?

—Sí, sí, efectivamente. Sin embargo, ésa es una idea que los alemanes no hubieran apoyado, porque muchos eslavos han vivido con los alemanes durante años. Muchos austriacos tienen abuelas, abuelos, tíos, etcétera, que son eslavos. Era una idea completamente ridícula, pero Himmler siempre exageraba.

»Al principio no fue una exageración. Es verdad que había cierto antisemitismo, también se hizo mucha propaganda respecto a que había que considerar inferiores a las naciones eslavas y a todas las demás naciones. Todo empezó con que los judíos no debían tener ningún poder. Pero algunos alemanes fueron muy lejos, como Streicher. Incluso Streicher no había manifestado diez años antes lo que manifestó diez años después. Al final, Himmler y Hitler dijeron que teníamos que suprimir a los judíos, y con la tendencia alemana al perfeccionismo, la exageración se tomó al pie de la letra.

»Podría haber pasado en cualquier país si las condiciones hubieran sido las de Alemania; es decir, haber perdido una guerra, padecer el férreo Tratado de Versalles, el paro, las malas condiciones respecto a la vivienda y la escasez de alimentos.

»Por ejemplo, en la nación francesa hay una tendencia a *«la gloire»*. Eso por sí solo no hubiera creado un Napoleón, pero eso, en otras circunstancias explica el sesenta por ciento de sus grandes logros. Entre Napoleón y Hitler hay una diferencia fundamental. Puede que Napoleón se diera al saqueo —robó tesoros en toda Europa— y que no tratara a las demás naciones con amabilidad ni benignidad, pero tenía una idea de la unidad de Europa y una maravillosa colección de leyes que se conocen como el Código Napoleónico. El Estado alemán no se hubiera visto forzado a unirse si no

hubiera sido por Napoleón. Napoleón conocía el mundo porque en su juventud tuvo una formación militar y científica sólida. Vivió en París y tuvo contacto con gente de otras naciones. Hitler nunca tuvo nada de eso. No tenía la facultad de llevar una simple conversación con cualquiera, mucho menos con extranjeros.

»Seguramente se habrá dado usted cuenta de que los alemanes intentan hablar de problemas filosóficos. Es difícil hacer que hablen de cosas sencillas. Para nuestra nación la *idea* siempre ha sido más importante que los asuntos básicos. Si hubiéramos pensado más en las cosas esenciales nos habríamos dado cuenta de que Rusia y Alemania tenían que aprender a convivir. Pero el pueblo alemán no pudo aceptar la coexistencia de las dos visiones del mundo que eran el bolchevismo y el nacionalsocialismo.

—¿Cree que los bolcheviques eran tan malos como la propaganda nazi decía que eran?

—Yo sé, por mis conversaciones con muchos jóvenes que estuvieron en Rusia, que el nivel de vida allí estaba muy por debajo del alemán. Además, la forma de Gobierno de Rusia era lo menos democrática y lo más totalitaria que se pueda imaginar.

—¿Me puede decir algunos de los eslóganes de la propaganda nazi contra Rusia?

—«Reino del terror». «La ignorancia». «Escasez de derechos individuales». «Un sistema estajanovista»[1]. Nuestros trabajadores siempre criticaron ese sistema. Me figuro que usted lo sabe, pero si un obrero ruso llega una vez tarde al trabajo no se le da un aviso sino que es castigado. Y si llega tarde tres veces seguidas, se le envía a Siberia sin más contemplaciones. Eso es un hecho porque yo he hablado con ingenieros alemanes jóvenes. Es un hecho. Me lo contaron ingenieros que trabajaron en Rusia.

—¿Eran ingenieros alemanes?

—Sí, sí, ingenieros alemanes.

»Una guerra de los Aliados contra Rusia sería el fin de Alemania. Alemania sería el campo de batalla. Si alguien esperase que el nazismo podría resurgir después de una guerra semejante es un idiota.

»Pero lo que me gustaría saber es si Europa va a ser bolchevique o una nación europea.

—¿Quiere precisar lo que entiende por europea?

—Lo que yo quiero decir con europea es la cultura occidental y los estándares de vida occidentales.

—¿Leía usted mucho cuando era joven?

—Sí, tenía acceso a grandes bibliotecas. Solía leer unas dos o tres horas diarias, era una costumbre. En los últimos cinco años de mi vida en Viena no tuve ni un minuto libre, pero me acostumbré a leer entre las dos y las tres de la madrugada y después me iba otra vez a dormir. Lo hacía para mantener mi bienestar espiritual.

—¿Qué tipo de cosas leía?

—En los dos últimos años leí varios libros de Churchill. También leí literatura clásica inglesa y alemana. Goethe y Shakespeare han sido siempre mis favoritos.

—¿Ha leído algo de literatura francesa, a Zola por ejemplo?

—He leído literatura universal y algo de novela francesa en el idioma original. Tenía un profundo conocimiento... no, eso suena pretencioso, más bien, tenía un profundo interés por todo lo espiritual.

»Mi idea respecto a liderar a la juventud se puede ver de dos maneras. La gente puede decir, si lo prefiere, que las Juventudes Hitlerianas eran sólo un derivado de la ideología nazi expresado de tal forma que la juventud

pudiera entenderla; pero desarrollé una idea especial respecto a la educación sobre la que otros antes de mí habían trabajado durante años.

»La idea del autoliderazgo y de la autorresponsabilidad, la idea de un Estado de la juventud dentro de un Estado más amplio no es mía. Tuvo sus inicios en las escuelas de Hermann Lietz, que fundó un sistema escolar nuevo en 1898, formado por diez o doce escuelas. Eran algo así como internados rurales. La primera escuela se creó en Ilsenburg.

»Lietz fue discípulo de Friedrich Fröbel, además de Jean-Jacques Rousseau y de Johann Heinrich Pestalozzi. Su idea era superar los peligros que él veía en los centros industriales, tales como las grandes ciudades, uniendo a la juventud no sólo en las tareas escolares sino también en otras cosas. De modo que, por ejemplo, trabajábamos con los chicos construyendo casas, en talleres de carpintería, de fontanería y cosas de ese tipo. Las escuelas estaban en fincas que tenían sus propios huertos, ganado, etcétera. Y la propia escuela era entonces una imagen en miniatura de un Estado. Cada chico tenía una función dentro de ese Estado en miniatura. Pero también tenían que aprender las lecciones. Lo importante era que trabajaban para la comunidad. Lo puede usted llamar comunismo o socialismo o democracia en el sentido moderno del término. Ocho años antes de ser elaborada por Lietz, la idea fue formulada por Pestalozzi, Rousseau y Fröbel. Pero Lietz la desarrolló y la enunció, y puso en práctica esas teorías.

»Yo mismo estuve en una escuela de ese tipo cuando era niño. No en una de las escuelas de Lietz, pero la dirigía un hombre asociado con Lietz. Aprendí muchas cosas que otros chicos no sabían. Siempre creí que la juventud se tiene que proporcionar su propia formación y sus propios dirigentes, y entonces llegó el Partido Nazi, que me dio la oportunidad de

poner mis ideas en práctica en casa. Desarrollé la idea de un Estado de los jóvenes.

»La mayor limitación de las escuelas de Lietz fue que las ciudades y las industrias ejercían una influencia peligrosa sobre la juventud, bueno, Lietz sencillamente no abordó ese problema. Todos los chicos y las chicas que había en la escuela (era un sistema de coeducación, en el que yo creo firmemente) eran hijos de familias acomodadas. Las propias escuelas eran caras, o sea que la desventaja era que todos eran niños de una única clase social, los hijos de la clase acomodada.

»Por eso, intenté construir algo que uniese a jóvenes de todo tipo. Era un Estado de jóvenes en el que había chicos de clase trabajadora e hijos de familias aristocráticas: los jóvenes descubrirían a los otros jóvenes. Y en los puestos más altos de liderazgo era posible encontrar un representante en cada Ministerio con responsabilidades en la vida de los jóvenes.

»Tuvimos éxito en nuestra lucha por conseguir dieciocho días de vacaciones anuales para cada joven. Sólo podíamos lograr ese tipo de cosas gracias al poder de los jóvenes, en todas las comunidades legislativas en las que alguien estuviese trabajando en problemas de los jóvenes, siempre ese alguien provenía de la propia comunidad de jóvenes. Estas cosas no podrán ser analizadas con precisión en estos tiempos en los que los nazis y el nazismo están siendo criticados, y en los que las Juventudes Nazis son vistas solamente como parte integrante del nazismo. Pero dentro de unos años, cuando el mundo se haya tranquilizado, se reconocerán los aspectos positivos de mi proyecto. Mi proyecto no sobrevivirá como no ha sobrevivido el nazismo, y reconozco que éste está bastante muerto, pero algunas de las cosas de mi proyecto para la juventud serán reconocidas.

»El llevar a cabo mi proyecto significa, de algún modo, la democracia perfecta. Resulta extraño, ¿verdad?

Schirach ha sonreído encantador mientras me hacía esa paradójica pregunta.

—¿Y qué hay respecto del chovinismo racial y nacional?

—El nacionalismo tiene conexiones con mi programa porque es un movimiento juvenil de su tiempo. El nacionalsocialismo era la única posibilidad que ese movimiento tenía de desarrollarse. Pero si quiere entender el sorprendente desarrollo del movimiento juvenil en los últimos diez años tiene que ver y notar el efecto que tuvo en un niño de diez o doce años. A ese niño no le interesaba la política. Había que darle algo útil. La idea de autoliderazgo y autogobierno, es decir la responsabilidad que cualquier niño tenía sobre sí mismo y sobre su pequeña labor, el Estado juvenil que se había construido, todas esas ideas estaban medio desarrolladas, pero eran esenciales. No se puede decir que el movimiento juvenil nazi fuese sólo un apéndice del Partido Nazi.

»Porque si se les hubiera dicho eso, no se lo hubieran creído. Quiero decir, la gente. Les aportaba algo, sobre todo a las clases trabajadoras, o no hubieran aceptado mi proyecto con tanto entusiasmo. Las clases trabajadoras se dieron cuenta de que tenían una posibilidad de ascender en la escala social.

—Me parece algo paradójico.

—Sí, es paradójico que en un Estado totalitario se invente algo que tenga características democráticas.

—¿Cree usted que si Alemania hubiera ganado la guerra, su movimiento juvenil hubiera conseguido que se democratizara el nazismo?

—La idea de que Alemania ganara la guerra es absurda. Yo pensaba que lo máximo que hubiéramos podido conseguir era la paz con el beneplácito de Gran Bretaña y Estados Unidos. Y respecto a la cuestión polaca, habríamos tenido que retirarnos y permitir una solución internacional. En su

momento, pensé que el pacto germanosoviético era muy equívoco. El mundo no debería haberse dejado manipular por el nazismo. En cualquier caso, diez años después de esa guerra o esa paz, hubiera llegado un momento más tranquilo.

—Y su movimiento, las Juventudes Hitlerianas, ¿habría servido para aplacar el nazismo?

—Sí, parte del movimiento juvenil era crítico con el nacionalsocialismo. Hablé con jóvenes que estuvieron en Rusia y me dijeron que la manera en la que estábamos tratando a los rusos en las zonas ocupadas era un error. Decían que no podíamos decir que los rusos eran inferiores a los alemanes. Recuerdo cuántos chicos alemanes me dijeron lo limpias que eran las chicas rusas, tanto físicamente como en sus actitudes mentales. Recuerdo a algunos de mis chicos alemanes enseñándome muchos de los libros de texto de las escuelas rusas, impresos en ruso; tenían incluso poemas[2].

»En el nazismo en su conjunto no había la posibilidad de que tus opiniones encontraran eco en un Parlamento. Los chicos acostumbrados al movimiento juvenil no se podían habituar a esa forma tan severa de nacionalsocialismo. La juventud estaba acostumbrada a vivir en campamentos, a hacer excursiones por el campo, y lo natural para ellos era discutir las cosas que los jóvenes de la generación anterior hubieran acatado sin más. Por supuesto, los chicos y las chicas obedecían pero podían decirle a su joven líder lo que creían que era equivocado. Crecimos como una generación de líderes. Empecé a trabajar en el movimiento juvenil en 1930, hace dieciséis años. Ahora tengo treinta y ocho y entonces tenía veintidós. Trabajaba con chicos de veinte años. Había varios miles de chicas y estábamos acostumbrados a hablar de todo lo que nos concernía. Nunca daba órdenes, excepto cuando era necesario para el funcionamiento de la organización. Era algo parecido al comité directivo de una fábrica. Nos

sentábamos y charlábamos, se expresaban opiniones, pero, al final, el director general anuncia qué se hará esto y de qué modo.

16 de junio de 1946

La defensa de Schirach ha terminado hace poco. Hoy es domingo y hemos tenido nuestra habitual conversación de la tarde. Era evidente que quería evitar hablar de su defensa, con la que no estaba del todo satisfecho, y es significativo que me preguntase si ya había entrevistado a Oswald Pohl, el jefe de los campos de concentración, que ha sido apresado recientemente y encarcelado en la prisión de Núremberg.

Le he dicho que había entrevistado a Pohl varias veces. Schirach me ha preguntado qué opinión me merecía y le he contestado que casi prefería no hacer la descripción de personas que posteriormente quizá se conviertan en acusados, y que fundamentalmente mi opinión de Pohl todavía no había sido contrastada. Schirach se ha dado cuenta de que estaba eludiendo la respuesta, además, darle la vuelta a la pregunta es algo que él hace con frecuencia. Obviamente, quería que yo le preguntase a él lo que pensaba de Pohl. Y así lo he hecho.

—Casi no conocía a Pohl, pero oí hablar de él y quizá a veces le vi en el cuartel general del Führer o en reuniones con mucha gente. Pero un hombre que es capaz de estar al frente de los campos de concentración alemanes, de ser la mano derecha de Himmler sin pensárselo dos veces, lo que le convierte en uno de los peores criminales de nuestro tiempo, ¿qué tipo de hombre puede ser?, ¿habla?, ¿proclama su inocencia como Kaltenbrunner? La verdad es que no puedo entender a ese tipo de gente.

Le he dicho que Pohl adopta la actitud habitual, es decir, que no niega que conociera el exterminio y las atrocidades que se cometían en los campos, pero las explica sencillamente basándose en que cumplía órdenes de Himmler, y se excusa a sí mismo declarando que él no fue personalmente responsable del programa de exterminio, que fue ejecutado por uno de sus ayudantes, Richard Glücks[3]. Schirach ha hecho una mueca y ha dicho: «Horrible».

Desde el punto de vista de Schirach eso significaba preocuparse de Pohl. Aparentemente, ha querido impresionarme por el hecho de estar en contra de gente como Pohl, Kaltenbrunner y los otros agentes o ayudantes de Himmler. Él no quería seguir hablando de ese asunto y le he dicho que me contara cualquier cosa que se le pasase por la cabeza.

A partir de entonces hemos hablado de varios temas, sobre todo del final de la presentación de los sumarios contra los acusados y de las defensas individuales de cada uno de ellos. Le he preguntado su opinión acerca de Bormann, que está siendo juzgado en rebeldía, y de cuya defensa está a cargo el abogado nombrado por el Tribunal, el doctor Friedrich Bergold.

—Estoy totalmente convencido de que Bormann aparecerá, de que los estadounidenses o los rusos lo tienen en custodia y que intentarán sorprender haciéndole aparecer cuando comience el sumario en su contra, para obtener un efecto periodístico. Una vez oí que Bormann se había entregado a los rusos. Bormann está siendo juzgado en rebeldía igual que si estuviese sentado en el banquillo de los acusados. Se fue de Berlín en un tanque. Su secretaria declaró que había visto que su tanque había sido alcanzado por los proyectiles, que habían matado a Bormann. Dudo que se pueda creer la palabra de la secretaria de Bormann respecto a lo que estaba pasando.

Ha seguido describiendo a Bormann hasta donde le conocía.

—Es difícil describir a un personaje así. No había adquirido una gran formación pero era muy capaz para los trabajos técnicos y muy trabajador. Era también muy poco escrupuloso y muy práctico. Que era muy práctico se veía por su manera de hablar y por su aspecto. Era un hombre de poca estatura, de complexión fuerte, bastante gordo y con un carácter de buey. En sus comienzos había sido maestro igual que Streicher, lo que está claro es que ser maestro no es un signo de tener educación.

»Técnica y oficialmente, Bormann era el jefe del Partido. Por otra parte, sin embargo, era en realidad el primer ministro porque todas las órdenes de Hitler pasaban por sus manos. El periodo real de poder de Bormann empezó en 1941, aunque mucho antes de eso, ya en 1937, tenía una gran influencia personal sobre Hitler. Era muy extraño. Sabe, fue jefe de personal a las órdenes de Hess, pero incluso aunque Hess fuese su superior, Bormann estaba mucho más cerca de Hitler en la jerarquía que Hess. Creo que Hess perdió todo su poder porque Bormann se lo quitó, a pesar de que Hess era jefe de Bormann. Virtualmente, Bormann se convirtió en jefe de Hess.

»Bormann entró en la historia del Partido en 1929 cuando llegó a Múnich. Antes de eso había vivido en mi ciudad, Weimar, donde era el chofer de Sauckel, cuando éste se dedicaba a dar discursos propagandísticos y de campaña en Turingia. En aquel tiempo, Bormann trabajó para Sauckel en un puesto muy bajo y de subordinado. En 1929 empezó a trabajar en cuestiones económicas dentro del Partido. Siguió haciendo ese trabajo hasta 1933, cuando Hess le nombró jefe de personal.

Hemos hablado de su reciente defensa. Le he preguntado qué pensaba de los contrainterrogatorios que sobre todo realiza el fiscal estadounidense Dodd. Schirach ha sonreído y me ha dicho:

—A mí no se me dan muy bien los contrainterrogatorios. Me pareció que, respecto a la educación de los jóvenes, estuvo fuera de lugar que me pusieran canciones que los jóvenes cantaban. Por ejemplo, me pusieron una canción que se titulaba *Pon la mano roja en el tejado del claustro*, que es una canción del siglo XVI y que originalmente cantaban los campesinos luteranos que luchaban contra los monasterios y contra los obispos católicos. Es una historia de los luteranos que se levantaron contra los príncipes y que fue escrita en 1525. Se seguirá cantando mientras el idioma alemán siga teniendo vigencia.

»Dodd es el más hábil de los fiscales. Hace un trabajo de investigación, mientras que el juez Jackson es más bien un supervisor y no pregunta por los detalles como hace Dodd. Ésa fue una de las razones por las que el contrainterrogatorio que Jackson le hizo a Göring no funcionó.

»Después de hacer mi declaración frente al Tribunal sobre que Hitler era un millón de veces asesino y mi otra declaración sobre la falacia y la total equivocación que era el antisemitismo, he vuelto a pensar en las ideas que han dirigido los últimos quince o veinte años de mi vida. Al haberme dado cuenta de que la política racial en su totalidad es una de las más grandes amenazas contra la humanidad, ahora también estoy intentando ver de qué modo todos esos hombres estaban equivocados en lo que decían, no sólo respecto a la cuestión judía sino respecto a otras cuestiones también. Sigo pensando sobre ello. Tengo que deliberar e intentar comprender de verdad los errores de nuestro pensamiento.

»Yo trabajaba por el concepto socialista, que sigo manteniendo, pero quiero entender el socialismo de una manera diferente a la que lo hizo la generación anterior. De hecho, creo que no tengo que entender muchas de mis ideas socialistas en esa dirección. Lo que hace falta es resolver los problemas de las clases trabajadoras y trabajar para conseguir el bienestar de los que tienen dificultades y luchan por vivir. Hay una cuestión eterna sobre cómo educar a la juventud para que un chico pobre tenga la

posibilidad de llegar al Gobierno o a otras posiciones elevadas, y creo que merece la pena luchar por ello.

»Ahora, como me ha preguntado usted muchas veces y como he estado pensando durante meses, quiero hablar del principio de liderazgo en el movimiento juvenil. Teníamos una cosa algo distinta a la del Estado. Discutíamos los problemas con libertad y sólo entonces se daban órdenes, que consideraban correctas desde los líderes hasta el último miembro de las Juventudes Nazis. Eso no es lo que se hacía en el Partido o en el Estado. Pero mirando hacia atrás, y viendo adónde hemos llegado, estoy totalmente seguro de que un sistema real de Gobierno debe evitar que un hombre, o veinte o treinta hombres, tengan todo el poder del Estado en sus manos. El poder es lo que trastorna a la gente. Sí, me parece que buscar el poder es un gran peligro y la mayor causa de corrupción para la humanidad.

»Algunos de los acusados dicen que la dictadura puede ser buena si hay un buen dictador. Pero yo digo que un hombre no puede seguir siendo bueno si se convierte en un dictador. El autoritarismo es un sistema que destroza la moral del hombre. Si coges a un santo y le das poder, se convertirá en un Hitler o en un demonio.

¿Piensa Schirach que quizá en su propio caso este fenómeno psicológico se haría realidad?

—En mi caso, mi forma de vida era tan diferente, que eso no me afectó. Sé que ocurrió en otros distritos, en mi forma de vida tuvo que haber algo distinto. Seguramente mis amigos me salvaron de caer en eso. Yo vivía con gente que tenía distintas opiniones, y algunos de ellos no aceptaban mis opiniones nazis. Yo alentaba ese tipo de situaciones. Si alguien decía algo que era una crítica sobre mí o sobre mis ideas, no le consideraba un enemigo.

Le he preguntado sobre el tema, algo delicado, de la deportación de los judíos de Viena. Schirach ha permanecido tan sereno y racional como siempre.

—Durante el caso de Seyss-Inquart, se mostró en la sala la correspondencia entre él y Himmler, respecto a la deportación de los judíos. Eso ocurrió mucho antes de que yo llegara. En un momento dado hubo hasta ciento noventa mil judíos en Viena, pero cuando llegué había sólo unos sesenta mil. Ésos son los hechos sin más. Hitler me dijo que quería echar a los judíos. Admito que cometí lo que se puede llamar un crimen, porque bajo mi égida se deportó a sesenta mil judíos, pero hay que señalar que eso ocurrió después de que se hubiera sacado de Viena a otros ciento treinta mil judíos.

»El problema era que lo que yo pensaba y razonaba no era lo suficientemente profundo. Desde 1938 empecé a pensar que lo mejor era que los judíos se quedaran en Europa, fuera del alcance de Göbbels y sus ataques repentinos. Pensaba que llevar a los judíos a Polonia, donde podían vivir como el resto de los seres humanos, era una buena idea, o por lo menos mejor que tenerlos en Alemania, donde nunca sabrías lo que podría pasar. Cuando Göbbels daba un nuevo discurso, la gente destrozaba las tiendas de los judíos y se los llevaban a toda prisa a los campos de concentración, donde los mataban y todo lo demás. La expulsión de los judíos de Viena hay que recordar que la llevó a cabo la oficina especial de Heydrich, que tenía representantes en Viena. Creo que uno de sus delegados, que se llamaba Alois Brunner, fue juzgado y condenado a muerte por un Tribunal austriaco unas semanas después[4].

»Y ahora viene mi verdadera culpa. En una ocasión pronuncié un discurso estúpido en el que dije: «He enviado a esos judíos hacia el este», lo que parece una confesión pública de que lo estaba haciendo. Es difícil de

explicar. Sin embargo, era parte de una acción iniciada por Himmler, aunque eso no la hace mejor. Si digo que tuve que introducir esa frase en mi discurso para calmar a mis oponentes, no ofrezco una buena imagen del Partido, pero ésa es la verdad. Kaltenbrunner dijo que los nazis del oeste eran menos radicales, pero mi opinión es que los nazis de Austria eran más radicales. En Austria siempre me encontré con críticas que venían de abajo, acusaciones de que no estaba siendo lo suficientemente activo en poner en marcha las ideas nacionalsocialistas.

»Estoy contando la historia completa tal y como es. Si en los próximos años tiene usted la oportunidad de hablar con gente decente de Viena que trabajó en el Partido, se lo confirmarán. Estaba en una difícil situación. Llegué a Austria cuando había grandes dificultades entre los austriacos y los alemanes. Tuve que calmar a la gente a la vez que tuve que calmar al violento Grupo Central del Partido Nazi Austriaco. En 1934 asesinaron al canciller austriaco Engelbert Dollfuss. Eran radicales y anarquistas y lo que siempre subrayaban era mi poca firmeza respecto a la cuestión judía.

»Por eso siempre pensé que la idea de Hitler de sacar a los judíos de Viena era razonable porque ese grupo violento siempre provocaría conflictos. Y en ese discurso al que me refería hace un momento introduje esa frase, que ahora se vuelve en mi contra, para bajarles los humos a esa gente que se dedicaba a gritarme que yo no hacía nada contra los judíos. Si lee todos mis libros y discursos verá que en ningún caso hay nada relacionado con esa cuestión. En los veinte años anteriores a ese discurso nunca hice una declaración de ese tipo. Lamentablemente, en mi contrainterrogatorio no pude insistir en ese punto. Lo único que pude hacer fue declarar que era cierto que algunas canciones como el «Horst Wessel» las cantaban sobre todo los hombres de la SA y no tanto las Juventudes Nazis.

»Intenté ser lo más sincero posible al respecto, porque me preocupaba mucho. La idea de que como consecuencia de la deportación de Viena de cincuenta mil o sesenta mil judíos que llevé a cabo seguramente murió gente, es algo que me resulta horrible. Realmente no tengo sentimiento de culpa por haberlos mandado salir, pero el discurso me identifica con ese sucio y criminal episodio. Ahora diría que, en cualquier caso, y sea cual sea la razón, la deportación de gente es algo terrible y criminal. Pero tiene que recordar que mi reacción a los hechos del 9 y 10 de noviembre de 1938 fue buena. Insto a que se diga a mi favor que mantuve a las Juventudes alejadas de todo ese trabajo sucio. Creo que es algo positivo a mi favor. Les prohibí participar en esas acciones. Yo siempre pensé que lo más crítico fue la promulgación de las leyes contra los judíos, y que no había ninguna posibilidad para los judíos de vivir con seguridad en Alemania después de la promulgación de esas leyes.

—¿Había alguien más que se opusiera al nazismo, aparte de los judíos?

—Sin lugar a dudas. A la mayoría de los que se oponían políticamente al nazismo se les llamaba comunistas y fueron confinados en los campos de concentración de manera indefinida muy al principio, en 1933 y 1934. Es interesante que yo pudiera pasearme tranquilamente por las fábricas en las que los obreros estaban trabajando, y aunque podían odiar lo que yo hacía políticamente, nunca me asaltaron, creo que porque se daban cuenta que yo era esencialmente socialista y siempre vieron que me ocupaba de que los trabajadores tuvieran todo lo que necesitaban. Seguramente, ahora el pueblo austriaco hablará de los movimientos de resistencia o de la oposición clandestina al nazismo. Todo eso son patrañas y fantasías. Yo no tuve dificultades en Viena. No sé las dificultades que se encontraron los hombres de la Gestapo en casos individuales con anarquistas o comunistas, aunque esos individuos seguramente fueron arrestados y juzgados legalmente por

un Tribunal. Pero, políticamente, esos grupos de oposición prácticamente no se notaban en Viena. La gran masa de vieneses y austriacos estaba fervientemente a favor de los nazis y de nuestras políticas.

»Hay una excepción a mi último comentario, respecto a que cuando yo llegué a Viena en 1940 había un fuerte sentimiento político contra el Reich. Creo que parte del éxito en superar esa oposición me corresponde. Me llevaba muy bien con los vieneses y tenía muchos amigos allí. Todo lo ocurrido hubiera sido muy distinto si Hitler me hubiera enviado a mí a Viena al principio, en lugar de mandar a Odilo Globocnik y a Josef Bürckel, y a otros tan horribles como ellos[5].

»Al principio Bürckel no tuvo problemas porque fue el primero en ser nombrado y la gente le acogió bien como representante del nazismo, que ellos aprobaban. Enseguida empezó a ofender a los vieneses. Algunos alemanes, sobre todo en Prusia, hablan de los austriacos de una manera determinada, que enfada mucho a un austriaco y que incluso a mí conseguiría irritarme. El alemán tiene la costumbre de decir: «No es más que un austriaco» en un tono despreciativo.

»Los oficiales y los seguidores de Bürckel hablaban con ese tono y, en general, siempre tenían poco tacto. Y entonces llegó el ataque de Bürckel al cardenal Theodor Innitzer, que fue una estupidez. El palacio de Innitzer fue apedreado y atacado y muchas de sus pinturas y libros religiosos fueron destrozados. Cuando llegué detuve todos esos disparates. El grupo radical del Partido en Austria estaba totalmente en contra del catolicismo. Acabé con las manifestaciones y prohibí las soflamas contra la Iglesia y todas las actividades que pudieran vulnerar los sentimientos del pueblo austriaco.

»Viena es el sitio más complicado desde el punto de vista político, y no es fácil trabajar allí. Pero, a pesar de todo, enseguida me encontré como en casa en ese ambiente. De hecho, me identifiqué tanto con el pueblo

austriaco que mis sentimientos hacia Alemania cambiaron mucho. Austria estaba dividida en varios distritos administrativos, lo que fue uno de los mayores errores políticos de Hitler. Hitler quería evitar el supuesto peligro que podía derivarse de un único distrito administrativo en Austria. Siempre tuvo miedo de que una única institución pudiera adquirir demasiada fuerza. Mi distrito, por ejemplo, terminaba justo a las afueras de Viena. Hitler colaboró con August Eigruber, que era el administrador del Partido en el distrito del Alto Danubio, e intentó que Linz fuese la principal ciudad de Austria. Era absurdo, además, porque Linz no era más que una ciudad de provincias. Hitler gastó millones en edificios y en las Fábricas Hermann Göring de Linz.

»Eigruber estaba aquí en la cárcel de Núremberg, pero le han trasladado y juzgado en otro sitio. Era muy fanático, sobre todo hacia el final, cuando se puso en contra de la gente y ahorcaba a diestro y siniestro por cualquier pequeñez. El conocido campo de concentración de Mauthausen estaba en su distrito. Seguramente, Eigruber ya está muerto. Sólo tenía treinta y nueve años, pero parecía que tenía cincuenta y cinco. Era del tipo Globocnik-Bormann[6].

Schirach se casó en 1932 con la hija de Heinrich Hoffmann, el fotógrafo favorito de Hitler. Su mujer, seis años más joven que él, tenía dieciocho años cuando se casaron.

—La conocía desde que ella tenía dieciséis años. Fue una verdadera historia de amor. Primero la conocí a ella y luego a su padre, que nos presentó formalmente. El profesor Hoffmann se quedó atónito cuando le pedí la mano de su hija. Creo que no sabía que estaba enamorado de ella. Mis padres la conocieron antes de la boda, cuando la llevé a Weimar para presentársela. Eso fue dos años antes de casarnos. Al principio a mi madre no le cayó muy bien, pero después, cuando empezaron a nacer nuestros

hijos, le salió el amor de abuela y entonces mi madre empezó a conocer mejor a mi mujer y a quererla mucho.

Tuvieron cuatro hijos: una niña que tiene trece años y tres chicos de once, ocho y cuatro años.

—Mi madre tenía mucho dinero, pero a pesar de todo yo siempre me he mantenido con mis propios medios y nunca he aceptado un céntimo de mi familia. Cuando era estudiante, trabajaba para un periódico y ganaba dinero. En 1932 ya era el líder de las Juventudes Nazis. Ese mismo año, antes de casarme, era el miembro más joven del Reichstag. Después de 1933, el Reichstag dejó de tener importancia. Por supuesto, fui a sesiones en las que aceptábamos las leyes por unanimidad, y su función era insignificante. De 1932 a 1933, fui miembro de un Parlamento republicano durante un año. Fue un periodo terrible. Los miembros del Reichstag se tiraban tinta los unos a los otros y había discusiones encendidas y debates. No se puede imaginar las cosas que pasaban. Fue una época de antagonismos violentos en la vida política. Ha dicho que en 1943, cuando su esposa y él pasaron unos días en la casa de Hitler en Berchtesgaden, la vida les resultó tan insoportable debido a los horarios de Hitler que se tuvieron que marchar antes de tiempo, poniendo como excusa algo de que tenían que irse a casa por culpa de sus hijos. Ha contado que en aquella época su esposa le comentó que estaba segura de que Hitler estaba loco. Schirach ha descrito la visita como una mezcla de encuentro social y político. Había muchos más invitados. Los invitados tenían que seguir el horario de Hitler respecto a las comidas, que era de lo más errático. Por ejemplo, Hitler a veces desayunaba a las tres de la tarde, comía a las ocho y cenaba alrededor de medianoche. Al día siguiente el horario de las comidas podía ser completamente distinto, dependiendo del capricho de Hitler.

Durante esa visita a Berchtesgaden, Schirach notó que Hitler era impermeable a las influencias externas, incluso en una conversación. Podía ocurrir que el Führer estuviese totalmente callado durante una comida o que hablase sin parar, como en un soliloquio, sin permitir que sus invitados expresasen ningún comentario ni ninguna opinión. A veces, entre plato y plato, Hitler hablaba durante cuarenta y cinco minutos o una hora, como si estuviese hablando en público. Schirach ha dicho que todo el tinglado que rodeó a la visita de dos o tres días fue complicado e insoportable.

Contó que su esposa era poco inhibida y que normalmente expresaba sus opiniones sobre cualquiera con bastante libertad, pero que incluso para ella fue imposible decirle algo a Hitler. Le reconoció a su esposa que se hubiera dado cuenta de la anormalidad y crueldad de Hitler años antes de que él mismo se percatara de ello.

ALBERT SPEER

1905-1981

Albert Speer fue el arquitecto de Hitler y su ministro de Armamento y Munición entre 1942 y 1945. Fue juzgado en Núremberg y declarado culpable de crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad. El 30 de septiembre de 1946 fue sentenciado a veinte años de cárcel en la prisión de Spandau y fue puesto en libertad en 1966.

Sin fecha (¿14 de abril de 1946?)

—Sentí llegar esta guerra. Intenté sin éxito asesinar a Hitler en 1945. No me preocupa nada la jurisdicción del Tribunal como les preocupa a Hess y a los otros [risas]. La historia demostrará que estos juicios eran necesarios.

Siente que es menos culpable que otros, pero que todo el que aceptó un cargo en ese Gobierno es culpable.

—En ese sentido soy culpable. Es un hecho que el Gobierno de Hitler era un Gobierno criminal. También se me hizo tomar parte en la utilización de la mano de obra forzada, aunque Sauckel era quien la suministraba. Yo era arquitecto, pero después de 1942, cuando Hitler me nombró jefe de producción, me empezó a interesar más la fabricación de armamento que la arquitectura.

Cree que uno o dos meses antes del final cayó en desgracia ante Hitler, porque le aconsejó que se rindiera dos meses antes de su suicidio. Hitler quería seguir luchando hasta que cayera el último alemán[1].

JULIUS STREICHER

1885-1946

Julius Streicher fue fundador y director de la revista antisemita *Der Stürmer*. Fue declarado culpable de crímenes contra la humanidad por el Tribunal de Núremberg y ahorcado el 16 de octubre de 1946.

24 de enero de 1946

He entrevistado a Julius Streicher con ayuda de Gilbert, que ha ido traduciendo. El alemán de Streicher es fácil de entender. El miércoles a las dos de la tarde, Streicher ha tenido una taquicardia (con *flúter)* durante el

juicio. Yo le visité el jueves por la mañana con el capitán Horowitz y entonces tenía cien pulsaciones por minuto; dijo que se sentía bien y parecía encontrarse en su estado habitual. Streicher quería a toda costa estar en el juicio ese día, pero Horowitz y yo acordamos que era mejor que no fuera. Entretanto pedimos que nos llevaran un electrocardiógrafo portátil para utilizarlo con Streicher. Eso lo hicimos el jueves por la mañana. Por la tarde nos comunicaron los resultados del electrocardiograma (ECG) que le hicimos y eran normales.

Streicher es un tipo de sesenta y un años, bajo, casi calvo y con nariz aguileña. Aparenta la edad que tiene. Sonríe constantemente y, cuando lo hace, parece que hace una mueca o lanza una mirada de soslayo: tuerce su boca de labios gruesos y contrae sus ojos de rana. Parece la caricatura de un libertino haciéndose pasar por sabio. No hace falta estimularle para que empiece a hablar de su tema único y favorito, el antisemitismo, que ha sido y sigue siendo su única *raison d'être*.

—Sé más sobre los judíos que los propios judíos. He sabido desde el principio que usted es judío (refiriéndose al doctor Gilbert) por su voz. Al principio no estaba seguro, pero entonces uno de los otros (parece ser que otro de los acusados) me lo dijo. Entonces le escuché y lo pude observar en su voz

Todo eso en un tono muy amistoso. Ha dicho que no mezclaba sus sentimientos personales a ese respecto. Había estudiado a los judíos durante los últimos veinte años. Es un observador «científico y psicológico». Los judíos siempre fueron un grupo pequeño; y de algún modo los admira por el hecho de que un grupo así de pequeño siempre llegase a conseguir una posición desde la que dominar el mundo. Por ejemplo, Cristo. Un judío. Y ahora Alemania ha sido vencida. El bolchevismo judío reina en Rusia. Stalin es simplemente una figura decorativa. Los judíos están detrás de él. Y

en Estados Unidos tenemos una democracia judía. Todo eso lo dice con un entusiasmo y una elocuencia automáticas y en un discurso bien ensayado.

Tiene la manía de mirarse las manos con frecuencia, primero la derecha y luego la izquierda, como si se examinase las uñas. Cuando le pregunté por qué lo hacía dio por contestada la cuestión declarando que era «un poco de nerviosismo».

Es realmente un sionista, continuó diciendo. Conoce a hombres como Chaim Weizmann y a otros sionistas y comparte sus opiniones. Los judíos deberían estar en su propio país, no dispersos por todas partes. Preguntado sobre los *Protocolos de los sabios de Sión*[1], contestó que no eran «exactos» pero que cada palabra expresada en ellos era verdadera, y que podía encontrarse en los escritos judíos, además de en el Talmud. Se hace pasar por académico e investigador de los escritos judíos de los que, de hecho, ha acumulado una auténtica biblioteca.

A mí me parece un hombre que probablemente tiene una inteligencia normal, limitada e ignorante en general, obsesionado con un antisemitismo maníaco, que le sirve como válvula de escape de sus conflictos sexuales, puestos en evidencia por su preocupación por la pornografía. La circuncisión es un plan judío diabólico, además de muy lúcido para preservar la pureza racial de la estirpe judía. Cristo, un judío, nació de una madre que era una prostituta judía. ¿Quién se cree la historia de la Inmaculada Concepción?, dice sonriendo o mirando de soslayo. Por supuesto que no podía escribir eso en *Der Stürmer*, y sólo lo menciona aquí para mostrar lo profundamente arraigado que está el problema judío.

Niega ningún tipo de animosidad hacia los judíos. Se considera a sí mismo simplemente como un adalid de la verdad, y ha dedicado toda su vida a ese fin. Dice que puede probar en el Tribunal que no sabía nada de los ataques contra los judíos que ocurrieron en Núremberg en 1938[2], de

hecho acababa de volver de algún lado y le dijeron que los ataques habían empezado la misma noche en que él volvió, lo que demuestra que él no los ordenó. Su chofer puede testificarlo.

Streicher me da la impresión de tener una vieja personalidad psicopática llena de conflictos sexuales y de otro tipo, cuya incapacidad se expresa mediante una preocupación obsesiva que durante los últimos veinte años reemplazó a las carencias que ha tenido en su vida. Dice que se encontró repentinamente con el antisemitismo una tarde hace algunos años, y que a la mañana siguiente se dio cuenta de que el trabajo de su vida sería convertirse en una autoridad en antisemitismo. Cuando apareció Hitler, Streicher encajó en un nicho ya existente.

6 de abril de 1946

Los últimos días, Streicher ha estado enfermo con una ligera infección de vías respiratorias altas y una arritmia cardiaca, probablemente combinada con una fibrilación con *flúter*. Se le hicieron varios electrocardiogramas que confirmaron la impresión clínica, pero no se había producido ningún fallo cardiaco.

Hoy estaba completamente asintomático y era otra vez «el mismo de siempre». Constantemente ha estado pidiendo pequeños favores, tales como paseos más largos, más dulces o chocolate en su dieta, menos ruidos por parte de los centinelas, algo que ha pedido varias veces anteriormente. Siempre me ha dado la impresión de que en realidad no le preocupa demasiado que se le concedan esas peticiones, sino que eso es parte de su naturaleza obsesivo-compulsiva y que además así intenta evitar cualquier

conversación seria sobre su infancia o desarrollo, o acerca de sus actividades reales.

Hemos hablado del tema favorito de Streicher, el «problema judío». Tenía poco nuevo que decir al respecto, pero ha repetido su vieja cantinela más o menos así:

—El problema judío es histórico. Yo me tropecé por casualidad con él y tuve la oportunidad de convertirme en una autoridad en el tema leyendo el Talmud, al que los judíos llaman un libro de tipo cristiano. Eso es falso. Las leyes raciales emanaron directamente del propio Talmud. Me considero un especialista de primera fila y un estudioso de los escritos judíos, sobre todo del Talmud.

La afectación que le caracteriza o esa mirada de soslayo ha pasado por la cara de Streicher, ha sonreído levemente, se ha inclinado hacia delante y ha dicho confidencialmente: «¿Ha pensado usted alguna vez en la circuncisión?». Le he contestado que como médico he realizado muchas circuncisiones de bebés, tanto de niños judíos como de gentiles, y que nunca me he parado mucho a pensar en ello. Ciertamente conozco la circuncisión y la considero un procedimiento quirúrgico. Streicher miraba sus dedos unas cuantas veces mientras yo le decía esas palabras y luego me ha mirado con incredulidad. Ha dicho que la circuncisión era una perversidad judía y que su único objetivo era preservar la pureza racial entre los judíos.

—No tengo objeción alguna al respecto siempre que los judíos no se injieran en nuestros linajes sanguíneos de arios puros, porque nosotros también tenemos que preservar nuestra pureza racial. En cuanto a lo que usted ha dicho de la circuncisión, ésta se practica tanto entre gentiles como entre judíos, sé que eso ocurre y ¿no se da usted cuenta de lo perverso que es?

Ha vuelto a sonreír como un sabio instruyendo a un joven estudiante.

Le he dicho que no lo entendía y que no sabía lo que tenía de perverso. Como de costumbre, Streicher no ha dado una explicación racional sobre lo que él ha denominado un procedimiento perverso, y ha hecho unos comentarios intrascendentes sobre cómo si la circuncisión era judía no debía ser infligida a los no judíos. Estaba claro que consideraba la circuncisión como algo que no tenía ninguna importancia desde el punto de vista médico o quirúrgico, que sólo era una costumbre racial. Le he preguntado si no sabía que en determinadas circunstancias la circuncisión era una operación necesaria para prevenir diversas infecciones y dificultades mecánicas debidas a la fimosis. Le he explicado lo que significa el término «fimosis». Streicher ha respondido:

—Bueno, si se tiene que hacer una operación así, se les debería hacer a los judíos, pero no a los gentiles. Nunca he sabido de ningún ario cuyo linaje fuera puro que necesitase esa operación.

Lo ha dicho con vehemencia y con su repetitiva manera de hablar, que parecía estar imitando un redoble. Sus comentarios y su charla las inyectaba con un bizqueo, con las miradas a la punta de sus dedos y un frecuente mojarse los labios con la lengua.

Intentar aclarar la postura de Streicher respecto a algún tema en particular es muy difícil, porque su capacidad de discutir de una manera lógica es bastante limitada. Hemos hablado un rato de cosas variadas, pero en general yo le daba rienda suelta para que charlase de lo que quisiera. Me ha preguntado si había entrevistado a Ernst Hiemer, que está en esta cárcel como testigo de Streicher. Hiemer fue el redactor jefe de *Der Stürmer* después de la destitución de Holz. Le he contestado que había entrevistado a Hiemer. Le he preguntado a Streicher qué pensaba de ese hombre, y ha dicho:

—Hiemer es un maestro de escuela, un hombre honorable que podía escribir artículos antisemitas de una manera clara y simple para que las personas normales los pudieran leer y creérselos. Era un trabajador valioso y fiel y yo le elegí por sus habilidades simples pero útiles.

Hemos seguido hablando de *Der Stürmer*.

—Mi publicación tenía un buen fin. Algunos esnobs quizá la mirasen por encima del hombro y la llamasen vulgar o incluso pornográfica, pero hasta el final de la guerra conté con el más grande de los respetos por parte de Hitler, y *Der Stürmer* tenía el completo apoyo del Partido. En nuestro momento cumbre teníamos una circulación de un millón y medio de ejemplares. Todo el mundo leía *Der Stürmer*, y debía gustarles, porque si no, no la hubieran comprado. El objetivo de *Der Stürmer* era unir a los alemanes y alertarles de la influencia judía, que podía arruinar nuestra noble cultura.

Le he dicho que hacía un rato había comentado que aunque desde 1940 había caído en desgracia frente a algunos elementos del Partido, siempre había recibido felicitaciones de Hitler y el apoyo del Partido. Le he preguntado qué había pasado en 1940 y por qué había caído en desgracia y fue desterrado de Núremberg en aquel momento.

—Tuve un juicio entonces, que se realizó aquí mismo, en esta prisión. Se suponía que yo había dicho algo sobre el hijo de Göring, que había sido concebido artificialmente o algo así. Pero la verdad es que el juicio fue una farsa. Göring estaba enfadado conmigo e hizo que la llamada Comisión Göring investigase mis actividades como administrador regional del Partido en Franconia. Se me imputaron algunos cargos, que nunca se pudieron comprobar, en el sentido de que yo había comprado valores y bonos ilegalmente, valores sustraídos a accionistas judíos. Es verdad que tuve en mis manos durante un corto periodo de tiempo algunos valores sustraídos a

accionistas judíos, pero los devolví al Estado cuando me enteré de que me habían informado equivocadamente sobre mi derecho a adquirirlos.

»Como resultado del juicio de 1940, me forzaron a abandonar Núremberg y a vivir en mi finca de Fürth. Seguí publicando *Der Stürmer*. Nunca dejé de realizar la supervisión editorial de la publicación, y tenía reuniones diarias o semanales con Holz o Hiemer, o con mis otros ayudantes, de modo que yo revisaba todo lo que se publicaba en *Der Stürmer*. Hitler me prometió protección después de participar en el *putsch* de Múnich en 1923. Estoy muy orgulloso de haber estado junto a Hitler en aquel entonces. A Hitler nunca se le olvidó eso y su fe y confianza en mí permanecieron intactas hasta el final. Yo, por mi parte, nunca rompí mi juramento de lealtad hacia él.

A continuación hemos hablado del problema de la religión. Le he dicho que había oído que no era religioso. ¿Podía Streicher decirme cuál era su verdadera actitud respecto a la religión?

—Es difícil decirlo. Cristo era judío y se supone que Dios creó el universo. Eso está un poco traído por los pelos, porque si Dios creó el universo, ¿quién creó a Dios?

Sonrió con condescendencia, como si se hubiera apuntado un tanto.

Le he preguntado si pensaba alguna otra cosa respecto a la religión.

—Bueno, tengo en mi cabeza muchas más cosas que decir, pero no se las puedo decir, porque quién sabe si usted puede contárselas a los periódicos. Por ejemplo, si le dijera que mi idea sobre la Virgen María y la Inmaculada Concepción es que ambas cosas son ridículas, y que en mi opinión María tuvo que tener relaciones con alguien para concebir a Jesús, usted puede pensar que eso es un insulto hacia la Iglesia. Personalmente, me importa poco si se insulta a la Iglesia o no, pero yo no querría que los periódicos se enterasen de esas cosas porque pueden hacerme más daño que cualquiera de

mis declaraciones antisemitas, que son de sobra conocidas y que fueron publicadas con regularidad en la prensa.

Parecía que habíamos agotado el tema temporalmente y Streicher lo ha abandonado de manera repentina para volver a la cuestión de su higiene personal:

—Como sabe, estuve enfermo ayer y anteayer, pero a pesar de todo hoy tenía una necesidad urgente de darme un baño. Sé que ustedes los médicos quizá dirían que me lo tengo que tomar con tranquilidad debido a mi corazón, pero cogí cuanta agua pude en esta palangana y me lavé por todas partes.

Señaló una palangana de chapa que estaba en el suelo al lado del retrete.

—Me he frotado de arriba abajo con agua fría y jabón. He utilizado este trozo de paño. Me va muy bien lavarme con agua fría y frotarme regularmente. Lo hacía en casa también. A veces, en mitad de la noche, me venía un impulso de tomar un baño frío y frotarme con la esponja, y así lo hacía.

Le he dicho que mi opinión como profesional médico es que debería limitar esos baños fríos y evitar toda actividad agotadora en las próximas semanas debido a su reciente trastorno cardiaco. También le he dicho que había observado que, en el paseo que realizan en el espacio de tiempo que dedican al ejercicio en el patio de la prisión, anda muy deprisa, haciéndole notar que le resultaría más beneficioso andar despacio. Una de las costumbres de Streicher es literalmente recorrer el patio rápidamente medio corriendo medio andando, y así adelanta dos o tres veces a los otros acusados. Streicher ha sonreído y se ha golpeado el pecho diciendo:

—No, mi corazón es fuerte. A veces mi pulso se acelera y lo hace desde hace varios años, pero no es nada. Quizá algo de nerviosismo. No quiero decir que esté nervioso por el juicio o por mi encarcelamiento. He estado en

la cárcel antes y también me han juzgado antes. Es, simplemente, que soy un hombre impetuoso, y, aunque mis nervios son muy estables, tengo tendencia a hacer las cosas deprisa, y ésa es seguramente la explicación de que mi corazón vaya acelerado a veces.

Le he preguntado si tenía alguna sensación de culpabilidad en relación con el exterminio de los judíos. Ha respondido casi riéndose:

—¿Por qué? ¡Yo no tuve nada que ver con eso! Desde 1940 viví como un agricultor en mi finca de Fürth. Hitler debió de decidir exterminar a los judíos en 1941, porque yo no sabía nada de ello. Hitler seguramente sintió que «ellos provocaron la guerra, ahora yo voy a exterminarles». No digo que Hitler estuviera en lo cierto, creo que fue una política incorrecta. Yo estaba a favor de crear un Estado judío independiente en Madagascar o en Palestina o en algún sitio, pero no de exterminarlos. Por otro lado, al exterminar a cuatro millones de judíos (en este juicio hablan de cinco o seis millones, pero eso es pura propaganda, estoy seguro de que no fueron más de cuatro millones y medio) los han convertido en mártires. Por ejemplo, como consecuencia del exterminio de esos judíos, el antisemitismo ha sufrido muchos años de retroceso en algunos países del extranjero donde se habían hecho grandes progresos.

Comentando más cosas sobre el juicio, ha dicho que casi todos los miembros de la acusación rusa y de la británica eran judíos, y que eso se podía hacer extensivo también al personal estadounidense. Le he preguntado si pensaba que el juez Jackson, el jefe de la acusación americana, era judío. Streicher ha sonreído de soslayo:

—¿Se refiere a Jacobson? Puede que se haga llamar Jackson, pero para mí es Jacobson y es judío. Además, es evidente con sólo mirarle. Por un momento pensé que no era judío porque los otros acusados me aseguraron que no lo era. Pero en los últimos meses he observado cómo anda, he

mirado su cara y es un Jacobson, seguramente de ascendencia judío-alemana.

¿Y respecto al señor Dodd? Streicher ha respondido:

—Von Papen dijo que Dodd es un buen católico y la verdad es que no le he prestado demasiada atención. Además, para Jacobson sería bueno tener un ayudante católico porque la acusación insiste en que el nacionalsocialismo persiguió tanto a católicos como a judíos.

Cuando me iba a ir de la celda le he preguntado cómo se encontraba en general y si está durmiendo mejor.

—Mayor, que usted me pregunte eso indica que es un caballero. Si todo el mundo tuviese la conciencia tranquila como yo la tengo, nadie tendría que tomar pastillas para dormir o ir al médico. Mi conciencia está tan limpia como la de un bebé. Si lee los volúmenes de *Der Stürmer* o cualquier otra de las publicaciones de la empresa editorial *Der Stürmer*, de la que yo era presidente, no encontrará ni una palabra relacionada con el exterminio de los judíos. Ya lo verá.

15 de junio de 1946

Streicher, como de costumbre, estaba hablador hoy cuando el señor Triest y yo hemos entrado en su celda. Ha dicho que se encontraba muy bien y que, últimamente, el pulso acelerado o las palpitaciones que ha sufrido en ocasiones anteriores no le han molestado; que no tenía nada de que quejarse, excepto de que su sueño se había visto interrumpido a veces por la falta de consideración mostrada por los centinelas que están en la puerta de su celda.

—No es que quiera quejarme de esos jóvenes, por supuesto, porque yo habría hecho lo mismo a su edad. Son todos jóvenes, tienen veintitantos años o incluso menos. Algunos de ellos dan golpecitos en la puerta y cuando me despierto durante la noche a causa de eso, se ríen. Hace cuatro semanas uno de esos centinelas colgó un monigote en mi habitación a través de la mirilla de la puerta y pensó que era una broma muy graciosa. Eso ha pasado dos veces y no fue el mismo centinela las dos veces. La verdad es que me da lo mismo, no soy del tipo sensible o fácilmente irritable. En general, los centinelas son educados y considerados, pero algunos son molestos. Por ejemplo, esta semana me despertaron dos veces durante la noche por el ruido que hacen en el cambio de guardia. Le mandé una nota al oficial de la prisión como protesta por el incidente, pero estoy seguro de que el guardia sencillamente rompió la nota o se la guardó y no la pasó.

Streicher ha dicho que tenía un favor que pedirme y que si sería tan amable de hacérselo:

—¿Podríamos tener más mermelada, zanahorias, cebollas o alguna otra verdura en nuestra dieta?

Le he contestado que yo tengo muy poco que ver con la dieta o con las raciones aparte de asegurar que contengan suficientes elementos nutritivos. Le he explicado que la ración de los prisioneros de guerra es la prescrita por el cuartel general estadounidense en Fráncfort y la misma en todo el escenario de operaciones. También le he dicho que la ración de los acusados es, de hecho, la de los prisioneros de guerra que realizan trabajos forzados y que es mejor que la que dan en la mayoría de los campos de prisioneros. Streicher ha respondido:

—Sí, claro, no estoy protestando. Tenemos mucha comida. Simplemente pensé que si usted pudiera conseguirnos mermelada, zanahorias y cebollas a

mi organismo le vendría muy bien.

Streicher ha vuelto a pedirme otro favor:

—Si pudiera conseguir la dirección de mi esposa, se lo agradecería. Sé que está en un campo de internamiento estadounidense en Ludwigsburg, cerca de Stuttgart. Hace varias semanas que no he recibido cartas suyas porque sólo puede escribir una vez cada cuatro semanas, creo. Se fue de aquí hace más de cuatro semanas, pero creo que las autoridades norteamericanas no le dejan escribirme. Eso está bien, pero me gustaría poder escribirle yo a ella. A mí, desde esta prisión, me está permitido escribir tan a menudo como quiera.

Le he dicho que intentaría enterarme de dónde reside su esposa en este momento, y le he preguntado qué piensa de lo que ha pasado en el juicio en las últimas semanas.

—Es muy duro para cada uno de los acusados a título individual. Después de todo, acabamos de perder una guerra y poco podemos hacer. Creo que Jodl hizo una buena defensa de sí mismo. Seyss-Inquart se defendió bien, pero lo tiene muy difícil porque se le acusa de muchas cosas. Tiene muchas responsabilidades.

Le he preguntado acerca de su propia defensa y de lo que ha sentido al testificar en el banquillo.

—Lo que más intenté resaltar fue lo mal que me trataron en el campo estadounidense de Freising, pero el fiscal estadounidense y los jueces decidieron que mis comentarios sobre el mal tratamiento que recibí allí había que suprimirlos del acta porque eran irrelevantes. No creo que sea irrelevante, cuando a nosotros los nacionalsocialistas se nos acusa de crímenes de guerra y de asesinar a cinco millones de judíos y a otras personas inocentes como partisanos, rehenes y prisioneros de guerra. Por

tanto, se me debería haber permitido incluir en el acta de este juicio lo mal que me trataron en Freising, recuerde, una vez finalizada la guerra.

Streicher cree que los juicios terminarán en algún momento en agosto. Ha dicho que no le extrañaba la decisión provisional del Tribunal de que se sólo se dejarían dos semanas para la elaboración de los escritos de conclusiones de los abogados defensores.

—Mi opinión ha sido siempre que una defensa larga no sirve para nada. Estoy convencido y siempre lo he estado, desde el principio de este proceso, de que en el análisis final poco importan los argumentos de la defensa, porque los jueces han tomado una decisión previa, y nada que los abogados defensores o los acusados y sus testigos puedan decir modificará las cosas. Éste no es un juicio normal; es un juicio político internacional y, como tal, es muy irregular.

»Es un juicio dentro de una nación, pero es el juicio de los vencedores contra los vencidos. Incluso antes de comenzar el proceso los vencedores, que son nuestros jueces, estaban bastante convencidos de que éramos culpables y de que tenemos que pagar un precio.

—¿Cree que el juicio como tal está siendo llevado de una manera justa?

—Bueno, no puedo expresar mis pensamientos más profundos al respecto en este momento. Hay un intento superficial de justicia. Es difícil decir o expresar lo que uno piensa o siente. Estoy convencido de que algunos de los jueces, como seres humanos, tienen la intención de ser justos, pero dependen de sus propias naciones y de los sentimientos que existen en ellas.

—¿Cree que alguno de los acusados es culpable? ¿Cree que alguno de ellos merece ser castigado?

—Desde el punto de vista germánico, ningún buen alemán diría que alguno de nosotros es culpable. Por un lado están los asesinatos en masa y

está claro que quienquiera que los llevase a cabo es culpable. Pero yo no sé cuál de nosotros veinte puede ser acusado realmente de haber participado en los asesinatos en masa. Hitler los admitió en su último testamento. Decía claramente que había ordenado esos asesinatos en masa. Estoy totalmente seguro de que ninguno de los que nos sentamos en el banquillo de los acusados quería esos asesinatos en masa. El delito que se me imputa de haber agitado al populacho mediante propaganda o mediante mis discursos para que cometiese esas atrocidades es falso. Y luego está la cuestión de la responsabilidad de Kaltenbrunner. Yo no conocía a Kaltenbrunner antes de llegar aquí, pero creo que Hitler dio directamente a Himmler la orden de exterminio. Oí el nombre de Kaltenbrunner por primera vez en esta prisión. Creo que Himmler y Heydrich eran los cabecillas del exterminio.

—¿Cree que Himmler influyó en Hitler respecto a la decisión del exterminio racial?

—No lo sé. Yo no volví a ver a Hitler desde 1938. Estuve en el campo cinco años durante la guerra.

Parecía preocuparle poco y aburrirle bastante esa cuestión. Le he preguntado su opinión sobre los otros acusados. Streicher ha sonreído abiertamente y ha decidido disfrutar de su papel de erudito y comentarista.

—Bueno, déjeme empezar por Ribbentrop. Debo insistir en que a Ribbentrop se le juzga equivocadamente. Ribbentrop no quería una responsabilidad tan grande como la que se vio forzado a aceptar. Ribbentrop no tuvo nada que ver con la cuestión judía. Ribbentrop siempre hablaba de las grandes dificultades que sufría en los círculos de la política exterior, y se oponía por lo tanto a los métodos radicales. Nunca oí ningún comentario de Ribbentrop respecto a los judíos. En mi opinión, está siendo juzgado por equivocación.

»Respecto a Göring, usted sabe que durante muchos años fue mi enemigo. La Comisión Göring investigó mis actividades aquí en Núremberg e incluso me llevó a juicio y fui exiliado de Núremberg y me tuve que ir a vivir a mi finca de Fürth desde 1940 hasta el final de la guerra. Pero lo que Göring dice en este juicio es totalmente cierto y yo tengo que estar de acuerdo con ello. Él era el representante de Hitler, el vicemandatario del Estado y como tal asumía la responsabilidad de lo que el Führer ordenaba. Por supuesto, él no acepta la responsabilidad de los asesinatos en masa porque no tuvo nada que ver con ellos. Pero acepta la responsabilidad de todo lo demás. Todo lo que Göring dice es muy cierto. Por supuesto, en lo que concierne a las pinturas y las colecciones de arte es difícil juzgarle porque es su afición. Como él mismo dice, no hay ninguna otra excusa y era sólo una debilidad.

A continuación, Streicher ha empezado a hablar de Sauckel:

—Sauckel es un hombre honesto y honrado que tuvo la mala suerte de que se le encargara la tarea de traer a los trabajadores extranjeros a Alemania. Él no tenía malas intenciones e intentó cuidar bien a esos trabajadores. El hecho es que si no se hizo así en todas partes no es culpa de Sauckel.

—¿Qué piensa Streicher de la política de traer a Alemania mano de obra esclava?

—Si se está enzarzado en una lucha a vida o muerte y los líderes piensan que pueden ganar la guerra importando mano de obra esclava, entonces es correcto. Por otro lado, pasaron cosas que no eran absolutamente necesarias. Quiero decir, cosas que hicieron los Aliados. Por ejemplo, ciudades históricas como Rothenburg y muchas otras ciudades donde no se fabricaban armas, fueron bombardeadas sin piedad. En Dresde murieron miles de civiles durante los bombardeos. Y cuando Rusia se acercó a

Dresde, salieron de allí ciento veinte mil refugiados. Recuerdo informes que decían que los periódicos estadounidenses e ingleses estaban muy contentos por el hecho de que hubieran muerto tantas personas en Dresde. Hay muchos ejemplos de barbarie y crueldad por parte de los Aliados que le podría contar.

»En relación con Keitel y Jodl y con otros líderes militares, no tienen nada que ver con los asesinatos en masa ni con otras atrocidades. De hecho, nadie en Alemania lo sabía ni se lo creía, y eso es cierto para los acusados y para la población en general. Yo no había oído hablar de Auschwitz hasta ahora, nunca lo había oído antes de este juicio. Es perfectamente comprensible y correcto ser antisemita, pero exterminar a mujeres y niños es tan increíble que resulta difícil de creer. Ninguno de los acusados que estamos aquí quería algo así.

SEGUNDA PARTE

Los testigos

ERICH VON DEM BACH-ZELEWSKI

1899-1972

Erich von dem Bach-Zelewski fue uno de los miembros más eminentes de la SS y de la Policía alemana, general de la SS y, desde 1941, general de la Policía; en 1943, fue nombrado jefe de las unidades antipartisanas en Rusia. El Tribunal de desnazificación de Múnich le sentenció a diez años de «trabajos especiales». En 1962 le volvieron a juzgar en Núremberg y fue condenado a cadena perpetua.

14 de febrero de 1946

Este hombre de cuarenta y siete años, Erich von dem Bach-Zelewski, nació en Berlín en 1899. Es bastante corpulento, alto, tiene unos rasgos normales y ojos de un color gris azulado. Sus maneras son afables pero pomposas y su actitud es de querer ser sincero, algo que repite tan a menudo durante la entrevista que va perdiendo credibilidad.

Enfermedades: Declara que pasó las enfermedades propias de la infancia, pero que siempre ha sido estreñido, incluso de niño; sin embargo, su estreñimiento se agravó en 1918, al ser gaseado en la I Guerra Mundial. En 1942, sufrió una «parálisis de los intestinos» mientras servía en Rusia, que atribuye al clima frío. Tuvo que estar cuatro meses en el hospital y posteriormente necesitó seis meses de convalecencia.

Fue herido levemente en la cabeza y en el hombro derecho; ambas heridas se produjeron durante la I Guerra Mundial y fueron leves. Recibió una pensión vitalicia después de esa guerra como consecuencia del envenenamiento por gas que sufrió en 1918, además de por la parálisis intestinal posterior. Está bastante interesado en su problema intestinal y lo describe con gran detalle, aunque destaca que en este momento no lo tiene y que nunca se ha encontrado mejor en toda su vida que como se encuentra ahora en la cárcel.

Refiere varias operaciones rectales efectuadas para resolver pequeñas úlceras. Calcula que le han realizado operaciones de cirugía rectal menor en al menos doce ocasiones. La última operación fue en enero de 1942 (parece que se le extrajo un fecaloma). Con frecuencia ha ido a balnearios, sobre todo al de Karlsbad, donde le daban masajes, bebía agua mineral y le hacían irrigaciones de colon. Durante toda su vida para él ha sido habitual

autoadministrarse enemas con frecuencia, quizá más de una vez por semana. Desde su cautividad, sin embargo, no ha precisado esa ayuda.

Formación: Acudió a la escuela elemental cuatro años y al *Gymnasium* seis. Hasta ahí llegan sus estudios oficiales. Declara que fue un buen estudiante, pero que nunca quiso seguir estudiando.

Ocupación: «A los quince años, me hice soldado y fui el voluntario más joven de todo el Ejército alemán. Me ascendieron a oficial en 1917. Después de la guerra, me quedé en el Ejército de los cien mil hombres[1]. En 1924, abandoné dicho Ejército porque mis dos hermanas se casaron con judíos y las cosas empezaron a ponerse insoportables para mí. En aquel momento yo era teniente. Me convertí en un marginado de la sociedad porque el sentimiento general del Ejército de los cien mil hombres era antisemita».

—¿Se opuso a los matrimonios de sus hermanas?

—No, al contrario. Les ayudé a las dos y a sus maridos a marcharse a Río de Janeiro en 1934. Mi hermano mayor también emigró a Río.

—Por favor, háble me de su trayectoria profesional y de su vida después de 1924.

—Trabajé para una empresa en Landsberg, cerca del Oder, que compraba tierra para convertirla en granjas. Trabajé en esa empresa durante diez años, hasta 1934.

—¿Qué pasó?

—El dueño también se fue a Río de Janeiro en 1933. Yo estuve en la empresa hasta entonces.

—¿Y después de 1933?

—Yo pertenecía a la SS, y en 1934 me convertí en miembro con jornada completa. En 1934 me nombraron teniente general en Prusia oriental.

—¿Cómo se explica que ascendiese a un puesto tan alto en la SS en tan poco tiempo?

Bach-Zelewski sonríe benignamente y responde, con orgullo aparente:

—Porque era un buen soldado.

»Testifiqué en un juicio que en 1934 yo estaba destinado en Königsberg y que una de mis primeras tareas, que yo decidí iniciar, fue presentar una acusación contra Erich Koch, jefe regional del Partido y alto funcionario de la Administración en Prusia oriental, por delitos de corrupción[2]. Posteriormente, en 1936, fui reprendido por Göring por presentar cargos contra Koch. Y Koch permaneció en su puesto. El caso llegó hasta Hitler y, como Koch era amigo de Göring, el asunto fue olvidado. Pero a mí me trasladaron a Silesia en 1936.

»Koch interpuso una demanda contra mí por ayudar a los judíos en Königsberg. Mandó que se tomaran fotografías de todos los que compraban en las tiendas de los judíos y yo personalmente revoqué esa orden.

—¿En qué consistía su trabajo en Königsberg?

—Estaba a cargo de la unidad de caballería de la SS y de su instrucción.

—¿Y en Silesia?

—Ésa fue para mí la mejor época. En aquel momento Josef Wagner era el administrador regional del Partido. Cuando estalló la guerra, Wagner fue ejecutado por orden de Hitler[3]. Fue porque Wagner y yo habíamos desarrollado nuestra propia ideología política, de manera que hasta el comienzo de la guerra con Rusia ningún judío fue asesinado ni llevado a un gueto.

»En 1941 llegó mi sucesor, un hombre llamado Ernst Schmauser. Desde 1941 estuve en la campaña rusa.

—¿Conocía a Rudolf Mildner?

—No, debió de llegar cuando yo ya no estaba. Me marché de Breslau en abril de 1941.

—¿Sabía algo del campo que había en Auschwitz?

—No, en aquel momento no existía.

»Yo estaba a cargo del problema judío. En la época de Wagner no había campos de concentración. El general Blaskowitz protestó porque mi predecesor había matado a judíos, etcétera. Pero cuando yo llegué al mando ordené que no se persiguiera a los judíos, que no hubiera guetos. Mi predecesor era un hombre llamado Udo von Woyrsch, sobrino del famoso mariscal Von Woyrsch de la I Guerra Mundial, que hace tiempo que murió. El gran mariscal se hubiera avergonzado de lo que hizo su sobrino. Era un criminal. Pero cuando yo llegué, establecí la justicia y el orden.

En este punto, Bach-Zelewski parece un hombre que se ha convencido a sí mismo de su rectitud y está bastante dispuesto a condenar y a culpar a otros.

—Auschwitz era un centro de formación de las tropas. Allí estaban las Fábricas Göring y quizá los obreros de esa fábrica procediesen de los campos de concentración. Puede que hubiese cuarteles alrededor de la fábrica, pero en aquel momento aquello no era un campo de concentración, porque si lo hubiera sido habría sido un campo de exterminio.

—Con eso, ¿insinúa que todos los campos de concentración eran campos de exterminio?

—No, pero sé que Auschwitz se convirtió en un campo de exterminio igual que muchos otros. Pero durante el tiempo que yo estuve en la región no fue así[4].

—¿Cuáles eran sus tareas en el frente ruso?

—Al principio, fui jefe de la Policía y general de la SS del Estado Mayor del general Max von Schlenckendorff en las regiones centrales de Rusia.

Schlenckendorff era el comandante de las tropas de retaguardia. Yo creé todas las comisarías de Policía.

—¿Qué tipo de testimonio ofreció usted aquí, frente al Tribunal de Núremberg?

—Sí, déjeme contarle. Hubo veces que yo me negué a obedecer las órdenes de Himmler. Testifiqué sobre las órdenes que dio Himmler para que se disparase sobre todas las mujeres y los niños de Varsovia. Revoqué las órdenes de Himmler e incluso ejecutaron a un jefe de brigada y a otros miembros del personal a mi cargo por acatar mis órdenes.

—¿Dónde estaba usted cuando ocurrió el incendio del gueto de Varsovia? [5]

—Yo no estaba por allí en aquel momento. Estaba en Kovel, donde fui comandante. Era una especie de comandante en jefe de división. Durante la insurrección de Polonia de 1944 conseguí que el ministro polaco de la guerra firmase la capitulación. Su revista *Barras y Estrellas* sacó un artículo sobre mi actividad humanitaria. Para 1944 ya no quedaba ningún judío en Varsovia. Pero yo había salvado a las mujeres y a los niños que hubieran muerto de acuerdo con las órdenes de Himmler. Hace poco tiempo fui interrogado por los polacos y no me acusaron de ningún crimen.

—¿Ha sido usted interrogado por los rusos?

—Sí efectivamente, y me convertí en testigo de los rusos. Mi actitud se puede ver en los diarios de Sauckel y Frank, en los que cuentan mi desobediencia a Himmler.

—¿Cómo una persona de cualidades tan excelentes como usted puede haber sido general de la SS hasta el final de la guerra?

—Es interesante desde el punto de vista psicológico. Himmler era un hombre muy astuto. No es exactamente como se le describe hoy en día. No cabe duda que pensó que era sensato tener a un hombre como yo que por

origen era medio polaco y por carácter incorruptible. Sospecho que Himmler pensó que yo podía ser útil al reunir esas características.

Bach-Zelewski me ha enseñado tres artículos de periódico, uno en inglés y dos en alemán, que informaban de sus declaraciones en este juicio.

—Usted sabe que Göring fue castigado por llamarme traidor y cerdo a voces frente a todo el Tribunal. Eso fue porque le dije al Tribunal que la guerra contra Rusia fue planeada por Keitel, Göring, etcétera. Todas las brutales atrocidades que se llevaron a cabo contra los civiles fueron intencionadas y también conté eso. También dije que en los territorios en los que estuve al mando, todo fue distinto mientras yo tenía el mando. Cada vez que tomaba una ciudad, mandaba venir al hombre que estuviese a cargo de la sinagoga y le aseguraba que no se le haría ningún daño ni a él ni a los otros judíos. Calculo que debí de salvar las vidas de diez mil judíos, diciéndoles que se escondiesen en las tierras pantanosas del Pripet. Esas zonas pantanosas no son exactamente lo que parece querer decir su nombre. Hay sobre todo bosques y canales. Les dije a los judíos que desde esa zona podrían encontrar un camino para llegar a las líneas rusas.

»Fui el único jefe de la SS en Rusia que no fue asesinado ni se intentó asesinar. Podía ir por todas partes sin necesidad de llevar guardaespaldas.

»Mi mejor testigo es el general Bor-Komorowski[6] y el obispo al que cuidé.

—¿Por qué no hizo usted algo para evitar el incendio del gueto de Varsovia?

—Himmler tenía especialistas en guetos. Yo sólo era especialista en la lucha contra los partisanos.

—¿Ejecutó usted a partisanos u ordenó ejecutarlos?

—No, yo estaba en contra de esas políticas. Frank lo menciona en su diario. Pronuncié un discurso en 1943 que criticaba la política puesta en

marcha contra los partisanos, que fue la que le costó a Frank la cabeza. Dije entonces que no se podía luchar contra los partisanos con armas. Mi consejo fue que se les diera suficiente comida, etcétera.

—Oponiéndose como se opone a todo lo que se aceptaba en la SS, ¿cómo es que Himmler le mantuvo como general de la SS?

—Tiene que mirar la política de Himmler desde un punto de vista amplio. Himmler quería ocupar el lugar de Hitler. Mi nombre, el apellido Bach-Zelewski, tenía mucha fama entre los alemanes. Yo era muy conocido, respetado y querido. Si Himmler me hubiera arrestado, los alemanes habrían sospechado y se habrían preguntado qué es lo que había pasado.

En este punto, Bach-Zelewski parecía estar evaluando el efecto que esas palabras tenían sobre mí. Yo estaba fumando mientras tomaba notas y no hice ningún comentario. Creo que ha pensado que era importante explicarlo un poco más y eso ha sido lo que aceleró su siguiente declaración, que fue más reveladora.

—Yo siempre he jugado con trampa. Jugué a dos cartas distintas. Le dije a Himmler que Hitler estaba tramando algo en contra suya y a Hitler que Himmler estaba en su contra. Finalmente, en 1943, trasladé a mi familia a un sitio cercano a la frontera suiza porque pensé que me arrestarían en cualquier momento.

»Estuve totalmente en contra del intento de asesinato de Hitler del 20 de julio de 1944, porque quienes lo organizaron no eran las personas más adecuadas. Por ejemplo, el asesino de judíos más famoso de Rusia, el general de la SS Arthur Nebe, tomó parte en la conspiración[7]. Creo que la mano del propio Himmler estuvo también en aquello. Para mí, Himmler era peor que Hitler. El intento de asesinato se debería haber llevado a cabo primero contra Himmler.

»En enero y febrero de 1945, me encontraba cerca de Stettin, la ciudad del Oder. Sufrí una intoxicación alimentaria y me estaban tratando en un hospital. Al acabar la guerra, me trasladaron de hospital y me estaba recuperando. Terminé de recuperarme a principios de mayo de 1945. No me arrestaron. De mayo a agosto estuve buscando a Himmler. Al final me entregué voluntariamente en agosto de 1945. Fui de un pueblo a otro buscando a Himmler para matarlo. También quería encontrar a mi familia, que no sabía dónde estaba. No sabía lo que me esperaba en el futuro. En aquel momento estaba claro que como yo era general de la SS me harían prisionero y me ejecutarían inmediatamente.

»Me costó dos meses recorrer a pie los terrenos baldíos de Lüneburg, una zona entre Hannover y Hamburgo, y de allí pasé a la frontera suiza, donde residía mi familia».

—¿Por qué se entregó usted?

—Porque tenía la conciencia clara de que no tenía nada que ocultar.

—Entonces, ¿por qué no se entregó usted en mayo?

—Todo estaba bastante liado y había una gran confusión. Yo no sabía lo que les pasaría a los criminales de guerra. Si le digo la verdad, pensé que los primeros informes que leí en los periódicos acerca de los campos de concentración eran pura propaganda. Hasta después de la guerra no me enteré de que todos los judíos estaban muertos. No quiero decir que no supiera que los judíos estaban siendo exterminados, porque eso lo sabía desde hacía tiempo, muchos años antes del final de la guerra. Pero no sabía que se estaba haciendo a esa escala. No sabía que se haría en esas cantidades.

—¿Vio alguna vez ejecutar a judíos?

—Sí, vi ejecuciones, pero no sólo de judíos, también de otros. Recuerdo que Himmler estuvo presente en una ocasión en la que se ejecutó a ciento

veinte. Y en otra ocasión, en 1941, en Minsk, Himmler me ordenó que fuese allí para ser testigo de la ejecución de veinte judíos.

—¿Cómo se ejecutó a las ciento veinte personas a las que se ha referido?

—Fueron fusilados al modo militar habitual, tres hombres disparaban a la vez. El grupo completo de ciento veinte hombres fue ejecutado por un batallón completo. Hice una descripción detallada en mi informe, porque aportaba una interesante visión del carácter de Himmler.

»Cuando esos ciento veinte iban a ser fusilados, había entre ellos un chico joven judío con apariencia nórdica, rubio con ojos azules. Himmler le hizo salir de la fosa en la que les iban a fusilar y le preguntó si era judío, si todos sus abuelos eran judíos. El chico contestó que hasta donde él sabía toda su familia era judía. Entonces Himmler dijo que no podía ayudarle, y el chico fue ejecutado junto a los demás. Eso revela cómo Himmler intentó salvar la vida del muchacho.

—¿Me está poniendo ese ejemplo como muestra de la nobleza de Himmler?

—No, sólo quiero mostrar que Himmler no era como se dice ahora que era. No era un hombre insensible a la vista de la sangre. Era despiadado como consecuencia de una ideología fanática. Pero sin duda era blando y cobarde.

»Después de la ejecución fuimos a un manicomio a buscar internos que estuviesen muy enfermos. Fue algo nauseabundo. Himmler, Nebe y yo recorrimos la institución, y yo estaba presente cuando Himmler le dijo a Nebe que había que liquidar a los internos de ese centro. Creo que la razón de aquello fue que Himmler quería lanzarme una señal, una indirecta, de que mi hermano pequeño, Victor, que tenía una enfermedad mental, sería liquidado del mismo modo si yo no me mantenía en mi sitio.

»Después de concluir mi trabajo en Varsovia, pasé a ser comandante de la SS en Budapest, pero me relevaron cinco días después porque me negué a liquidar a los judíos de la ciudad.

—¿Por qué se alistó en la SS?

—No voy a decir que lo hiciese por motivos ideológicos. En primer lugar, me creía la leyenda de «la puñalada en la espalda»[8]. Los generales decían que después de la última guerra, Alemania había sido vendida a traición. Por supuesto, ahora ya no me creo eso, pero cuando era un joven teniente, creía que Alemania no había sido vencida en el campo de batalla en la primera guerra, sino que la habían vendido a traición.

»Había otras cosas. Los polacos tenían el corredor. Parte de mi familia vivía en Polonia.

»Otro factor es que el movimiento Ludendorff era más antisemita que el movimiento Hitler. Yo pensaba que Hitler abandonaría la mayoría de sus ideas antisemitas. Me impresionó mucho la victoria nazi en las elecciones de 1933. Había perdido mi trabajo en una empresa judía. Me gustaba la profesión de soldado y hablé con mis cuñados judíos, que estuvieron de acuerdo en que lo mejor para mí sería dejarse llevar por la corriente más que ir en su contra y que sacaría más provecho haciéndome del Partido que oponiéndome a él.

»Una prima de mi esposa estaba casada con un banquero judío de Berlín. Era miembro del Sindicato Nacional de Estudiantes Judíos, y en la última guerra había sido capitán de la reserva. Éramos amigos íntimos. Ese hombre financió la iniciativa del Báltico contra Riga, llevada a cabo por el general Von Goltz. En otras palabras, el banquero judío tenía sentimientos nacionalistas. Me dijo que me uniera a los nazis porque en pocos años las cosas se calmarían y vendrían buenos tiempos para las clases dirigentes.

»Después de eso, mi carrera avanzó muy deprisa y mi ascenso fue muy rápido, demasiado rápido, tanto que no podía marcharme sin poner en peligro a mi familia.

»Incluso hoy, cuando miro hacia atrás, cuando me pregunto qué debería haber hecho, me tengo que responder que fue bueno que unos cuantos tipos decentes como yo tuviéramos influencia en la SS, porque de ese modo evitamos cosas terribles.

Mientras decía esto último, Bach-Zelewski parecía especialmente hipócrita y pagado de sí mismo. Le he preguntado directamente qué es lo que realmente «había evitado».

Ha contestado:

—Sólo en Varsovia salvé al menos a mil personas en 1944. Y ya le he hablado de los por lo menos diez mil judíos que salvé al enviarles a las tierras pantanosas del Pripet.

—He oído decir a muchas de las personas que están en esta prisión que usted era uno de los generales de la SS más severos e influyentes y que muchas de las ejecuciones en masa se realizaron bajo su supervisión directa.

—Sé que algunos de esos tipos en contra de los cuales yo he declarado dirán eso, pero lo único que puedo hacer es testificar la verdad. Salvé mil vidas en Varsovia —me refiero a judíos conocidos— en 1944; y a diez mil judíos enviándoles a las zonas pantanosas.

—Y por tanto, usted cree que le merecía la pena estar en la SS, cuyo jefe era Himmler, porque así salvó, o dice que salvó, a diez mil judíos, cuando está aceptado que la SS exterminó a entre cinco y seis millones de judíos.

—Sí, pero yo era sólo una pequeña pieza, y los diez mil judíos que salvé no dejan de ser diez mil. ¿Qué más podía hacer un hombre solo?

—Bueno, parece que usted acusa a un hombre, a Himmler, de la muerte del resto de los cinco millones de judíos y del asesinato de muchos polacos y rusos inocentes.

—Sí, pero Himmler era un hombre que tenía mucho más poder que yo. Además, nunca he dicho que Himmler fuera el único responsable. El grupo completo, Hitler, Himmler, Göring, Frank, Rosenberg, por mencionar a los que fueron responsables sólo en el este, tienen sangre en sus manos, y yo no.

»La razón por la que Göring me llama traidor es porque yo dije esas cosas en los interrogatorios y frente al Tribunal. Y vuelvo a decir que sé que Himmler personalmente planeó el exterminio sistemático, el asesinato a sangre fría de treinta millones de eslavos. Si yo me hubiera quedado en Silesia, los judíos de allí seguirían vivos.

—¿Por qué no se quedó en Silesia?

—Me ordenaron que me marchara.

—Entonces, ¿qué hizo usted de bueno mientras estuvo allí?

—Le he dicho repetidamente que salvé a miles de mujeres y niños a los que se había ordenado fusilar en Varsovia, que salvé a muchos judíos en Rusia y le podría contar más casos, por ejemplo, cómo salvé Bialystok.

—De modo que usted cree que haber sido un nazi de la SS está justificado en su caso.

—No. Tengo que asumir la responsabilidad de todo lo que he hecho en mi vida. Eso no sirve de excusa para la profunda culpa que siento por haber sido miembro del Partido.

—Sí, pero hace un momento usted ha dicho que mirando hacia atrás, pensaba que era una buena idea que unos cuantos tipos decentes como usted estuviesen en el Partido y en la SS.

—No, lo que quiero decir es que a mí no se me puede comparar con el resto. Lo que quiero decir es que si miro hacia atrás en mi pasado, el destino y la voluntad de Dios me hicieron incorporarme a la SS y al Partido.

—¿Usted cree que fueron el destino y la voluntad de Dios, o cree que fue su propia decisión, que, como me ha dicho hace unos minutos, fue cuidadosamente pensada y discutida con sus cuñados en el momento en que «decidió seguir la corriente»?

—Dios está por encima de todo. No quiero decir que no fuese mi libre albedrío; pero el libre albedrío de las personas está influido por Dios.

—¿Quiere decir que todo lo que pasa en el mundo, bueno o malo, puede ser excusado diciendo que Dios lo quería así?

—Sí, sí, yo creo fervientemente en Dios.

—Entonces, ¿usted cree que Dios quería que cinco o seis millones de judíos muriesen en cámaras de gas y en fosas?

—No, no creo que Dios quisiera eso. Creo que fue el diablo que estaba luchando contra Dios y que temporalmente consiguió dominarle, usando a personas como Himmler y Hitler y a las de la SS, además de buenas influencias como yo y otros pocos dentro de la SS. Creo mucho en Dios, y eso queda demostrado con la manera en que terminó la guerra. Si Alemania hubiera ganado, la victoria se habría debido a la voluntad del diablo.

»Si alguna vez salgo de aquí y quiero ayudar a la gente, escribiré mis experiencias como jefe de la SS y el título de mi libro será *El ángel de Lucifer*.

—¿Quiere decir que en su libro usted sería un ángel?

—No, sólo en comparación. Hitler y Himmler eran ángeles caídos, es decir, eran el diablo. El ángel de Lucifer sería la SS. En la religión católica, el ángel de Lucifer quería ser como Dios y Dios le maldice.

»Mirándolo desde el punto de vista de la religión y sumando todas las vidas que se han perdido en esta guerra, judíos, alemanes, aliados, si ésta es la última guerra, si los Aliados ahora consiguen traer la paz eterna, entonces habrá merecido la pena. Pero si no es la última guerra, no habrá merecido la pena.

Durante todo ese tiempo Bach-Zelewski tenía el aire de un cura o de un maestro de escuela pío y pomposo que tiene una idea más bien trivial pero que cree que es de lo más profunda.

—¿Cree que ésta habrá sido la última guerra?

—Creo que ésta habrá sido la última guerra, porque si no la siguiente será el fin de la humanidad. Si ésta no ha sido la última guerra, casi hubiera preferido que Himmler nos hubiera gaseado a mí y a mi familia hace tiempo.

»Me he arrepentido cientos de veces del paso que di. He visto en mi imaginación a mis hijos gaseados y sacrificados, y he pasado momentos horribles. Ahora mismo estoy casi en el paraíso porque sé que los amables estadounidenses no harán daño a mi familia. En la Biblia sólo hay un hombre dispuesto a ofrecer a su hijo a Dios, y ése es Abraham.

Antecedentes familiares: Su padre falleció a los cincuenta y dos años a consecuencia de un reumatismo cuando el sujeto tenía diez años. Era agente de seguros y tenía un sueldo escaso, de unos cuatrocientos marcos al mes. Siempre vivió en condiciones de pobreza.

Madre: Murió en 1935 a la edad de setenta y un años después de que su hija emigrase a Suramérica. Murió de cáncer.

Hermanos: El sujeto es el quinto de siete hermanos. Tiene cuatro hermanas y dos hermanos: (1) Carola, casada con un maestro, y vive en Prusia oriental; (2) la hermana que está en Río de Janeiro, casada con un judío; (3) otra hermana, también en Río por la misma razón; (4) su hermano

Kurt, también en Río; (5) el sujeto; (6) Eva, casada en Leipzig, cuyo marido es barbero.

—¿Cómo es que su hermana se casó con alguien de clase más baja?

—Siempre fuimos muy pobres, el «von» delante de mi apellido no quiere decir que seamos ricos.

—Y (7) Victor, el hermano menor, cuyo destino fue mencionado anteriormente.

—Después de morir su padre, ¿cómo se ganó la vida su madre?

—Primero la mantuvieron mis hermanas mayores y más tarde yo. Nuestra casa estaba en Berlín, donde mi madre vivió hasta su muerte.

—¿Puede contarme algo sobre su vida familiar y su infancia?

—Desde los seis a los diez años me crió otra familia. Después de eso, de los diez a los quince años, estuve viviendo en el instituto en el que estudiaba. Nunca tuve una verdadera vida familiar. Hasta después de casarme no fundé un hogar con mi esposa y mis hijos.

—¿Por qué creció usted en una familia distinta a la suya y por qué pasó tan poco tiempo con su familia cuando era niño?

En ese punto Bach-Zelewski se ha mostrado totalmente evasivo y ha contestado con generalizaciones que parecían evasivas:

—Éramos muy pobres y mi padre murió cuando yo tenía diez años, y la familia que me crió me quería mucho.

Estado civil: Declara que se casó a los diecisiete años, cuando era teniente, con una chica un año menor que él. Declara que su matrimonio ha sido feliz, aunque por necesidad, en los últimos seis años de la guerra no ha tenido todo el tiempo que le hubiese gustado tener para pasarlo con su esposa y con sus hijos. Tiene seis hijos. La mayor es una chica de veinte años, que se ha casado en Viena hace poco. Los otros hijos son una chica de diecisiete años, otra de doce, otra de siete y dos chicos de ocho y seis años.

Respecto a la personalidad de su mujer, recurre al cliché de que siempre fue discreta y afable, una esposa fiel y una madre devota.

Religión y educación religiosa: En vista de las frecuentes referencias que el sujeto hace a Dios y de su actitud tan pía, le he preguntado sobre su religión y su educación religiosa. Ha contestado:

—Por supuesto durante el tiempo que estuve en la SS, más o menos desde 1930 hasta el final de la guerra en 1945, no pude practicar mi religión. Tengo que admitir que hice algo moralmente no muy bueno, que fue escribir un certificado y presentarlo a la SS cuando me afilié, en el que atestiguaba que había abandonado la Iglesia luterana. Mi esposa es luterana, pero verá que fue un truco porque yo soy católico y aunque no practiqué mi religión durante varios años, en realidad nunca abandoné la Iglesia.

—¿Se volvió usted religioso aquí o antes de llegar aquí?

—Como líder de la SS tuve que negar la religión. Si iba a misa, tenía que hacerlo en secreto, es decir, anónimamente y de paisano. No podía de ningún modo asistir a la iglesia con el uniforme de la SS, que tenía que llevar todo el tiempo porque era general en activo. Por ejemplo, mientras estuve destinado en Breslau no pude ir a la iglesia. He descubierto aquí en esta prisión, gracias al capellán católico, que sigo siendo católico y que oficialmente siempre lo he sido. La Iglesia católica sólo admite que se abandone la Iglesia si uno se lo pide a su sacerdote. Y yo nunca lo he pedido. Esto es confidencial, y sólo se lo cuento a usted. No quiero decirlo en el juicio, pero según la Iglesia, y así me lo dice el capellán católico, yo soy un buen católico. A los ojos del Estado, he abandonado la Iglesia. A los ojos de la Iglesia católica, descubro que no la he dejado.

—Si Alemania hubiera ganado la guerra, ¿estaría usted ahora de nuevo en la Iglesia católica?

—La cuestión es mucho más profunda. Alemania no hubiera podido ganar esta guerra porque estaba coligada con el diablo. Esta guerra no habría terminado sin una revolución.

KURT DALUEGE

1897-1946

Kurt Daluege, coronel de la SS y coronel de la Policía. En 1942 sucedió a Reinhardt Heydrich como protector del Reich en Bohemia y Moravia. Juzgado en Checoslovaquia y condenado a muerte, fue ahorcado en 1946.

26 de enero de 1946

Kurt Daluege, que fue jefe de la Policía regular uniformada de Alemania, está en prisión incomunicada[1]. Es un tipo grande, de cuarenta y tantos años, nariz aguileña, ojos pequeños, sombrío, y con una expresión de

resentimiento en la cara. Es educado y comedido, habla con facilidad pero casi no dice nada que tenga un contenido emocional o que revele hechos objetivos. Tiene una apariencia remilgada y mantiene su celda en un orden gélido, descripción que podría ser aplicada a su cara. Mientras estuve con él, sacudí varias veces mi pipa en su cenicero de cartón para quitar las cenizas, y sin darme cuenta algunas cayeron sobre la mesa, de una manera automática invariablemente las sopló para quitarlas de la mesa. Está escribiendo una especie de relato autobiográfico de sus primeros años para el coronel Schroeder, porque dice que le ha pedido que lo haga. Las hojas que contienen ese material están perfectamente colocadas en su escritorio. Da la impresión de que han sido escritas en una máquina de escribir. Escribe a mano pero cada letra está estampada con una uniformidad y pulcritud maravillosas. El contexto de los primeros años de su vida es el siguiente: creció al aire libre, era miembro de una organización de amantes de la naturaleza llamada Wandervogel en la que le enseñaron a salir de excursión, a valerse por sí mismo en los bosques, a hacer hogueras en las que cocinar al aire libre y, en general, a adquirir cualidades viriles. Dice que hace esa letra tan pulcra porque «no tiene muy buena» caligrafía. Nació en la Alta Silesia (1897). Su padre era un funcionario del Gobierno de poca categoría, que tenía que ver con la valoración de tierras.

Dice todo con el mínimo entusiasmo y una expresión tanto facial como oral carente de sentimientos.

Sí, dice, fue general de la SS durante la guerra, pero fue algo automático, porque como jefe de la Policía ordinaria, le dieron ese cargo. O sea, inquirí —a través del doctor Gilbert, que estaba traduciendo— que la Policía formaba parte de la SS. No, sus policías no eran militares, no eran parte de la SS. Sin embargo, Himmler era su superior. ¿Tenían sus fuerzas de la Policía relación con la Gestapo?

—No, no tenían nada que ver con la Gestapo. Sí, Himmler era el jefe de la Gestapo y él era subordinado de Himmler.

Le he preguntado directamente si su Policía protegía a los judíos y sus propiedades cuando se les atacaba por toda Alemania; ha dicho que él no sabía nada de esos ataques, nadie le habló de ellos. Una vez, sólo una vez, recuerda ahora que se lo digo, fue testigo de la quema de una sinagoga en Múnich, pero pasó tan deprisa que, ¿qué podría haber hecho él?

¿Su relación con Himmler? No se llevaban bien porque Himmler le consideraba un rival. Incluso una vez oyó que Himmler le iba a arrestar. Pero nunca ocurrió. ¿Qué piensa de Himmler? Bueno, no se caían demasiado bien porque eran rivales. Pero Daluege continuó todo el tiempo como jefe de la Policía regular y tuvo muchas reuniones de trabajo con Himmler. No podía, o no quería, emitir una opinión sobre Himmler. Parecía o no tener ganas o no estar dispuesto (probablemente ambas cosas) a hacer comentario alguno sobre Himmler como ser humano, o hacer alguna crítica de las actividades y políticas de Himmler, o decir si estaba de acuerdo con las mismas, si es que lo estaba.

—¿Se siente culpable de algo?

—No.

Él estaba a cargo de las fuerzas policiales de Alemania y todo fue bien hasta donde él sabía.

La impresión general que deja es la de ser un hombre insensible, despiadado, capaz de las mayores crueldades, amoral y sin conciencia.

Dijo que heredó la sífilis de su padre, pero que no se la descubrieron hasta los treinta y seis años. En los últimos diez años ha estado sometido a tratamientos anuales. Su padre vivió hasta los setenta y tres años y tuvo sífilis durante años, pero nunca le afectó a su salud. A Daluege le dijeron que su sífilis era heredada y que no era raro que el tipo de sífilis que él tenía

pasase inadvertida durante años sin dar síntomas. Durante los primeros diez años de su matrimonio no tuvo hijos, y pensó que la sífilis le había dejado estéril. Sin embargo, después de unos años de tratamiento pudo tener hijos. En su mesa tiene una foto de su esposa y de sus cuatro (quizá cinco, no me acuerdo) hijos pequeños. Cuando le pregunté si podía hacer algo por él, me contestó que le gustaría que le volvieran a hacer un análisis de sangre, porque hacía casi un año que le habían hecho el último, que fue negativo. Pero hacía unos años le habían tratado la sífilis con una medicación contra la malaria, y eso podía indicar que en aquel momento había signos en el líquido espinal de que su sistema nervioso estaba afectado. Le exploré las pupilas que parecían reaccionar bien a la refracción, pero no adecuadamente a la luz. No hay signos de una afección mental orgánica. Sistema sensorial, etcétera, intacto. No hay signos de disfunción mental de ningún tipo. Emocionalmente, parece ser insensible, indiferente, no imaginativo y hay signos de un carácter obsesivo (a saber, la molestia que le producen las cenizas en la mesa y la letra tan pulcra, como escrita a máquina). Declara ser un simple funcionario, el hijo de un funcionario; no sabe nada de las atrocidades y todas esas cosas. Está claro que debía de ser el tipo de jefe al que había que informar con todo detalle y de manera obsesiva de todo lo que hacía el personal a su cargo, y de hecho seguramente ejercía un control muy estricto sobre sus subordinados.

Estoy convencido de que es poco probable conseguir una respuesta emocional de este hombre. Se ha ido endureciendo con los años y la coraza que ha usado durante tanto tiempo ha hecho que no quede nada debajo. Después de tener contacto directo con la fuerza, la violencia y de haber dispuesto con tranquilidad de la vida de los demás, cabe cuestionar lo que valora la vida en general, incluida la suya en particular. No hablé con él de ese tema, aunque sería interesante conseguir alguna información al

respecto. Conseguir de él una respuesta entusiasta o que signifique algo es como intentar sacar agua de un pozo que está seco desde hace muchos años.

SEPP DIETRICH

1892-1966

Josef «Sepp» Dietrich, uno de los primeros seguidores de Hitler, fue jefe del regimiento de la Guardia Personal de Hitler, general de la SS, en 1943 y 1944 comandante del Sexto Ejército *Panzer*, y en 1944 fue nombrado coronel de la SS. Fue capturado por los estadounidenses y condenado a cadena perpetua en la prisión de Landsberg para criminales de guerra, de la que salió en libertad en 1955. En 1957

fue juzgado en Múnich por crímenes cometidos durante el Tercer Reich y condenado a dieciocho meses de prisión.

28 de febrero de 1946

Sepp Dietrich es un hombre de cincuenta y cuatro años de complexión robusta, sonrisa burlona y divertida, actitud algo chabacana, simpático y encantado con la compañía que le proporciona la entrevista. Su forma normal de hablar y sus maneras no concuerdan con la idea del alemán ordinario, en el sentido prusiano del término. Da la impresión de ser una persona competente, desenvuelta, con un porte militar mínimo y una actitud impasible, firme y resignada respecto a su situación actual en la cárcel.

No tiene ninguna dolencia en particular aparte de un dolor reumático en el hombro izquierdo, que ha tenido de forma constante desde el invierno de 1941, cuando estaba en el frente ruso.

En la I Guerra Mundial fue herido dos veces. Estuvo tres años en el servicio activo antes de dicha guerra y cuatro años de servicio durante la misma. Tenía veintidós años cuando empezó la guerra.

Se hirió con una bayoneta en la región supraorbitaria izquierda en la I Guerra Mundial, al caerse de un caballo. La herida se le infectó y estuvo cuatro meses en un hospital a consecuencia de esa herida. La segunda vez fue herido por metralla en la pierna derecha. Primero fue suboficial y en 1921 finalmente ascendió a oficial. Estuvo en el Ejército de manera regular desde los diecinueve años. Después de la I Guerra Mundial permaneció en el Ejército de los cien mil hombres.

Nunca estuvo en una academia militar. En 1917 y 1918 estuvo con los *Panzer*, y en la última guerra fue exclusivamente comandante de carros de

combate.

Conoció muy bien al mariscal de campo Erwin Rommel[1].

—Tenía más o menos mi edad. No era exclusivamente un general de *Panzer*.

—¿Era un buen general de blindados?

—Regular.

Está claro que Dietrich habla con poco entusiasmo de Rommel.

—Es difícil cambiar de un cuerpo a otro. Rommel era en realidad general de infantería.

»Rommel era muy nervioso, quería hacerlo todo enseguida y después perdía interés, etcétera. Rommel fue mi superior en Normandía. No puedo decir que Rommel fuera un mal general. Cuando le salían las cosas bien era bueno; pero cuando algo salía mal se deprimía.

Cuando le he preguntado por sus enfermedades previas, ha contestado: «Soy de hierro» y se ha reído.

—He sobrevivido a diez años de guerra y ahora superaré esto. Es verdad, no es bueno para los nervios.

—¿Le dan suficiente de comer?

—Sí, aunque nos tienen poco consentidos. Pero mi familia era de clase trabajadora y nunca me mimaron de pequeño.

Desde el 10 de mayo de 1945, hace diez meses, Dietrich es prisionero de guerra. En esa fecha se rindió con su Ejército cerca del Danubio. Cubrían una línea de frente de doscientos veinte kilómetros, de la que una parte estaba a las orillas del Danubio y otra llegaba más allá. Su Ejército estaba compuesto por dos cuerpos de la SS y otros dos del Ejército. Tenía a sus ordenes a dos generales de la SS y a dos del Ejército.

Pasó tres años en Rusia y un año y medio en el frente occidental. En 1940 estuvo en Francia, Grecia, Rusia y luego volvió a Francia.

—El general Patch del Séptimo Ejército de Estados Unidos era un Rommel rápido, más rápido que Rommel. Yo hablé con Patch.

Matrimonios: Se casó por primera vez a los treinta años, el matrimonio duró diez años y terminó en divorcio.

—No nos llevábamos bien.

No tuvieron hijos. Hace siete años se casó con su esposa actual que tiene ahora treinta y tres años; tiene tres hijos con ella, todos chicos. Tiene cerca una foto de su esposa y de los niños, que me enseña. Es reacio a hablar de su vida matrimonial o de sus encajes sexuales, y no se le fuerza a ello.

Familia: Su padre y su madre murieron en 1942 a los setenta y seis y a los setenta años, respectivamente. El padre era encargado de un almacén y trabajó en una fábrica de quesos. No ganaba demasiado, pero era suficiente para cubrir las necesidades básicas. Tuvieron seis hijos; a dos de los hermanos los mataron en la última guerra.

Madre: Siempre estuvo bien hasta que sufrió un infarto de miocardio en 1942 y falleció. Eran «unos padres muy buenos», pero Sepp tuvo que empezar a trabajar muy pronto debido a las condiciones económicas.

Hermanos: Él es el mayor, hay cinco más. Sus dos hermanas están sanas y casadas.

Antes de morir su padre, no tenía ideas o convicciones políticas.

—Mi padre era muy católico, apolítico.

—¿Usted se considera apolítico?

—Nunca me involucré activamente en la política, nunca di discursos. La política es una prostituta, y es demasiado complicada para mí. No entiendo la política estadounidense ni tampoco la alemana; el único interés que tiene es llegar a saber cómo vivir en las circunstancias más favorables.

»He visto mucho sufrimiento en todos los países de Europa excepto en Noruega. La gente sufrió antes y durante la guerra, y ahora que ha

terminado es peor. Sé que hemos perdido la guerra, pero si Europa es destruida…

—¿Qué es lo que quiere decir exactamente?

—Yo entiendo por política la vida de la gente, la pobreza, la riqueza, la inteligencia, la escasez de inteligencia, la organización de la gente. Ésa es mi opinión. Yo lo pude ver mejor porque estuve en todos los países. Yo no tenía a quince personas para que me llevasen las maletas. Yo vivía en las granjas, incluso en las cunetas, y tuve muchas oportunidades de observar la inteligencia y la forma de comportarse de la gente y familiarizarme con ellos. También en Rusia. Una persona que no conoce Rusia no debería ni siquiera hablar de ese país.

—¿Qué piensa usted de los rusos?

—Tienen montones de niños, son diligentes, ricos, y disponen de una tierra fértil. Su tejido industrial y empresarial es sólo válido para Rusia y no puede ser aplicado en ningún otro lugar. No se puede hacer lo mismo en Estados Unidos o en Alemania. En Alemania, después de un tiempo, podrá haber una democracia, no comunismo; pero en Rusia encaja totalmente.

—¿Y respecto al carácter de los soldados rusos?

—Todos los asiáticos son como perros crueles. A los soldados a mi cargo que fueron capturados, los apalearon a todos hasta la muerte. Los soldados rusos son muy valientes, sólidos y sufridos.

—¿Cree usted que el soldado ruso es básicamente más cruel que el soldado alemán?

—En la manera de pelear, sí. Son personas diferentes, no se pueden comparar con los europeos. Los estadounidenses son como la mayoría de los europeos. Por otro lado, los rusos blancos y los ucranianos son más parecidos a los nuestros.

—¿Ocurrieron cosas más crueles en el frente oriental que en el occidental?

—Sí, ese tipo de crueldades no las ves en el oeste o en el suroeste, ni tampoco en los Balcanes.

—¿Cree usted que podría ser porque los rusos perdieron tierra y población?

—No, había un factor racial.

—¿Cree usted en la filosofía nazi del racismo y la raza superior?

—Se pueden encontrar seres superiores en todo el mundo, no sólo en Alemania, o sea que no creo en ella. En todas las razas se puede encontrar gente buena e inteligente. Mire cómo está el pueblo alemán ahora.

—Sí, y también lo hemos visto antes.

—Sí, nosotros también lo vimos. Nosotros, los que estábamos en el Ejército, no nos dejamos engañar por todo eso.

—Pero ¿no era usted miembro del Partido y trabajaba en él?

—Yo estaba de acuerdo con los objetivos económicos del Partido desde la última guerra, pero no trabajé políticamente con el Partido. Weimar tenía unos dirigentes políticos que no consiguieron nada. Había cuarenta y seis partidos diferentes; no era como en su país, con sólo dos partidos. La República de Weimar tenía muchas buenas ideas, pero nunca pudo ponerlas en práctica. Si hubiéramos tenido movimientos fuertes y unificados, quizá hubiésemos conseguido algo.

—¿Cuándo se hizo usted nazi?

—Me afilié al Partido en 1928.

—¿Por qué?

—Me interesó porque vi que los socialdemócratas y los comunistas no eran para mí. Todos mis familiares estaban en el paro. El pueblo alemán es

difícil de dirigir, necesita mano de hierro. Los alemanes son unos cabezas cuadradas.

—¿Por qué?

—Porque son tozudos intelectual, cultural y prácticamente hablando.

—Entonces, ¿por qué si son tozudos y difíciles de liderar de repente siguieron a Hitler?

—Hitler no era estúpido. Realmente, fueron corriendo detrás de él. Debía de ser el mejor de nuestros líderes de aquel momento o no hubiera tenido tantos seguidores. Mucha de la gente del Partido había pertenecido a otros partidos, como al Partido de los propietarios de viviendas, a los sindicatos, al Partido Socialdemócrata, al Partido Comunista.

—¿Frecuentó mucho a Hitler personalmente?

—Le veía casi sólo por motivos oficiales.

—¿Qué pensaba o piensa de él?

—Algunos dicen que estaba loco. Muchos de los que lo dicen no son alemanes y están intentando sacar algo de provecho. Nadie se podía acercar a Hitler en conversaciones privadas, ni siquiera Göring.

—¿Siempre o sólo durante la guerra?

—Siempre. Estaba por encima de todos. Desde que se convirtió en canciller del Reich se hizo más y más distante, etcétera.

—También he oído lo contrario. Que si alguien tenía un problema podía ver a Hitler.

—No. Era como un padre estricto. No, Hitler ni siquiera le contaba a Göbbels sus problemas.

—¿Podía usted ir a contarle sus problemas a Hitler?

—Durante bastante tiempo sí. Luego, de repente, en 1942 o 1943, ya no se podía llegar hasta Hitler. O se podía llegar, pero para no conseguir nada.

Cuando las cosas se pusieron feas, como ocurrió en Stalingrado, Hitler se volvió muy tozudo y ya no se podía razonar con él.

»Nosotros intentamos ver las cosas desde un punto de vista más humano. Hitler no lo veía así. Luchamos contra un enemigo que era seis veces mayor que nosotros.

—¿Cuándo fue la última vez que vio usted a Hitler?

—El 25 de febrero de 1945.

—¿Cómo estaba?

—Enfermo. Casi totalmente acabado. Después del atentado fue de mal en peor. Para empezar, los últimos veinte años tuvieron que hacerle algún tipo de daño o dejar mella en él. Incluso el toro más fuerte no podría haberlo soportado. Nunca se iba a dormir antes de las cuatro o las cinco de la mañana. Era un trabajador noctámbulo típico. Dormía quizá unas cuatro o cinco horas al día. Eso lo puedes hacer durante un mes, pero no durante años. No éramos tan estúpidos como para no darnos cuenta. Pero no podíamos hacer nada.

—¿Creyó usted que Hitler cometió grandes errores antes de 1940?

—Sí. Comenzar la guerra. Siempre que alguien pierde una guerra los perdedores parecen estúpidos. Teníamos una política exterior pésima, incluso antes de Hitler.

—¿A qué se refiere?

—Coja un mapa. Mire dónde está Alemania, mire los países que la rodean, cuente sus enemigos y sus amigos, y verá lo que quiero decir.

—¿Quiere decir que la política exterior alemana debería haber hecho más amigos?

—Una economía más solidaria debería ser una manera de unir a toda la gente del mundo. Tampoco lo que hacen ahora es forma de hacer las cosas.

—¿Qué quiere decir? Me temo que no le sigo del todo.

—Mire la situación en su conjunto. Yo no conozco al pueblo estadounidense ni al inglés. Mire al este, si los rusos y los chinos se enfrentan a nosotros serían una fuerza que no puede ser vencida. Unas pocas naciones pequeñas en Europa. Mire a los Balcanes y a Grecia y al resto de países pequeños, es lo mismo una y otra vez.

»Si Estados Unidos e Inglaterra nos hubieran ayudado un poco, Hitler no hubiera sido necesario.

—¿Recuerda usted que Estados Unidos estaba inmerso en una depresión?

—Sí, pero antes de eso.

»Al darle la región del Sarre a Francia, el corredor a Polonia, el sur del Tirol a Austria, etcétera, ¿cómo podría haber paz con tanta gente buscando una tierra donde vivir? Hitler tomó los puntos negativos del Tratado de Versalles y los utilizó en su propio beneficio. La gente tenía hambre y hubiera corrido detrás de quien le prometiera comida y ropa.

Dietrich dice que estuvo en el Ejército hasta 1927, cuando le obligaron a abandonarlo y a entrar en el negocio del tabaco. Permaneció en ese negocio hasta 1930. Era oficial de aduanas de un monopolio austriaco de tabaco. Manejaba entre cinco y siete millones de kilos de tabaco y ganaba seiscientos marcos mensuales.

En 1930 volvió a la política en el Partido Nazi, como representante del Reichstag en Suabia. No tuvo un «mandato político» hasta 1933, cuando se le ofreció organizar el regimiento de la Guardia Personal de Hitler de la SS. Tenía un sueldo de 780 marcos o de 1.100 marcos al mes, ya que había que deducir impuestos. Se ríe con la ironía propia de ese humor tan suyo.

Hitler le eligió personalmente para dirigir el regimiento de su Guardia Personal.

—Originalmente, estaba compuesto por setecientos hombres. Al final contaba con 21.000 hombres. De ellos, en 1942 quedaban vivos treinta y

dos. Después de eso del regimiento quedó sólo el nombre, no lo que había sido en realidad. Yo renuncié a dirigir el regimiento de la Guardia Personal en marzo de 1943.

Estuvo en la SS desde el principio: en Polonia, Francia, Grecia, el frente occidental, Rusia y de nuevo en el frente occidental. Se convirtió en comandante del Ejército en septiembre de 1944.

—¿Conocía al general Anton Dostler?[2]

—No.

—¿Ha oído hablar de él?

—Sí.

—¿Qué piensa de su procesamiento?

—Un prisionero es un prisionero y no debería ser fusilado. Hasta donde yo sé, las órdenes de Dostler procedían de otras que llegaban del Alto Mando de la *Wehrmacht*. Por ejemplo, de Normandía, donde fueron fusilados siete canadienses. El coronel Kurt Meyer fue condenado por los fusilamientos[3]. Declaró que él no había dado las órdenes. En mi propio Ejército, en Malmédy, oí, después de ser capturado, que habían fusilado a 164 personas. Yo era general del Sexto Ejército *Panzer*, pero nadie me informó de nada[4].

En todos los ejércitos del frente occidental respetamos la Convención de Ginebra. —¿Y en los del frente oriental? —No, no se respetaba la Convención de Ginebra, pero nosotros tampoco fusilamos a los rusos[5]. ¿De dónde hubiéramos sacado tres millones de prisioneros si hubiéramos fusilado a todos los rusos? ¡Eso es propaganda! No se puede decir nada sin ser malinterpretado, incluso en la mayor de las democracias. ¿Cree usted que es agradable estar en la cárcel después de diez años de guerra por la patria? ¡Si yo fuera Dios, haría las cosas de otra manera! —¿Qué opina usted de la religión? —Nunca he dejado la Iglesia. —¿Conoce al capellán

católico? —Es un tipo muy decente. —¿Qué piensa de los crímenes contra los judíos? —Lo más absurdo que podían haber hecho. Les podían haber dicho a los judíos, si no los querían, que se fueran. Los alemanes les podrían haber dado trescientos o cuatrocientos millones y les podrían haber dejado marcharse a algún sitio. Yo personalmente nunca fui antisemita. En mi infancia vivía al lado de unos judíos y ni siquiera supe que lo eran.

—¿Creyó usted a Streicher a Rosenberg y a los demás?

—¡Nunca leí a Streicher! A Rosenberg no le entendía, demasiado complicado.

—Hitler también estaba en contra de los judíos.

—Raramente habló de ello. En 1943, leí una carta de mi esposa (estaba en Grecia) que decía que estaban concentrando a todos los judíos. Fui a ver a Himmler y le pregunté. Himmler me dijo que no era verdad. Me dijo que los estaba juntando a todos para trabajar porque no eran tan buenos como para no tener que trabajar. Pero eso ya fue en un momento en el que los judíos ya no estaban vivos. Nunca supe tantas cosas como ahora, aquí en la cárcel. Debería hablar con Wilhelm Höttl y con Schellenberg; ellos eran los segundos de a bordo de Himmler.

FRANZ HALDER

1884-1972

Franz Halder, coronel, jefe del Estado Mayor del Ejército de 1938 a 1942; fue destituido del cargo el 24 de septiembre de 1942 a consecuencia de una discusión con Hitler sobre el ataque alemán a Stalingrado. Después del intento de asesinato de Hitler en 1944 fue enviado a un campo de concentración del que fue liberado por los norteamericanos al final de la guerra.

5 de abril de 1946

Hoy la entrevista con Franz Halder ha sido muy corta, y la hemos dedicado a charlar sobre su vida familiar y su experiencia en el campo de concentración en el que fue internado después del intento de asesinato de Hitler del 20 de julio de 1944.

—Desde mi juventud he vivido como un simple soldado. Me casé muy joven, a los veintitrés años. Me había comprometido a los veintiuno. Tuve la suerte de casarme con la mujer que quería. Ahora, al final de mi vida, puedo decir que mi hogar y mi familia han sido lo que me ha dado la fuerza. Mi esposa no era rica; vivíamos con sencillez y éramos muy felices. No participábamos en actos sociales, era algo que no nos gustaba a ninguno de los dos. Tenemos tres hijas y catorce nietos. Cada una de nuestras hijas tiene una hija, y el resto son todo chicos.

En ese punto, Halder se ha emocionado de verdad y ha llorado sin rubor. Después de un rato ha dicho:

—Una de las cosas más hermosas de la vida es ver crecer a tus hijas. Para un padre, tener hijas es la experiencia más bonita. Un científico que escribió sobre la ciencia de la herencia afirmó que las hijas se parecen a los padres; y los hijos, a las madres.

—Creo que eso depende de la situación y de los padres.

—Sí, por supuesto.

Las hijas del general Halder nacieron en 1909, 1913 y 1914. Se casaron por orden cronológico cuando tenían entre diecinueve y veinte años.

Hemos hablado de la personalidad de sus hijas.

—Son bastante distintas. La mayor no se parece ni a mí ni a mi esposa, pero eso es frecuente en el primogénito. La mediana y la pequeña tienen un gran parecido con mi familia. La mediana ha sacado lo mejor de la familia de mi esposa y de la mía; la pequeña casi sólo se parece a la mía.

—¿Cuál de sus hijas es su favorita?

Halder ha sonreído otra vez y se ha emocionado.

—Las quiero a todas ellas, y ellas me quieren a mí. La mayor vive con mi esposa, la pequeña vive en la Alta Baviera, y la mediana vive en Schleswig. Tengo con frecuencia noticias de la mayor y de la pequeña porque donde viven el correo funciona bien, pero en Schleswig el servicio es muy malo. Lo que peor llevo aquí es no poder escribir una carta en condiciones a las personas a las que quiero. Esas cartas estilo telegrama en papel de prisioneros de guerra es lo peor que tengo que soportar. No puedo decir nada de mí mismo en esas cartas. En la cárcel de Hitler podía escribir a mi familia lo que quisiera, aunque no podía escribir ni a mi esposa ni a mi hija mayor, que también estaban en prisión. Hacían eso para hacerme sufrir. Incluso se suponía que yo no tenía que saber que mi mujer estaba en la cárcel.

»Mi esposa estaba en el campo de concentración de Ravensbrück durante dos de los meses que yo estuve allí. Se suponía que yo no sabía que ella estaba allí.

—¿Trataron bien a su esposa en Ravensbrück?

—No la maltrataron, pero eso es lo único que puedo decir.

—¿Cómo era la rutina de Ravensbrück?

—Era una cárcel. Se me permitía salir solo a tomar el aire durante media hora. Estaba en prisión incomunicada y la puerta estaba cerrada. No estaban las cosas abiertas como aquí, donde se me permite andar por ahí, por lo menos por dentro. Después de pasar un tiempo en Ravensbrück, me preguntaron si quería trabajar en algo, por ejemplo hacer listas, etcétera, para pasar el rato. No tenía ninguna otra ventaja. Durante el día se oían los gritos de la gente a la que se apaleaba. Por la noche se oían disparos, fusilaban a la gente. Cuando la ventana de mi celda estaba abierta, ésta se

llenaba del humo procedente del crematorio. Los internos hablaban de una ventana a la otra, y en poco tiempo me enteré de lo que estaba pasando.

—¿Estaba el crematorio cerca de su celda?

—A una distancia como dos veces esta habitación había un muro, y justo detrás del muro estaba el crematorio. Cuando soplaba viento del sur, el humo llegaba a mi celda. Era un humo con grasa, humo con ascuas muy grandes, humo humano. No sé quién inventó los crematorios, si Hitler o Himmler o algún otro criminal, pero lo que sé es que apestan.

Halder describió su estancia de dos meses en Ravensbrück, antes de ser enviado a una cárcel de la RSHA en Berlín, donde estuvo en prisión incomunicada y sin salir al aire libre.

—Eso fue lo peor. No había luz natural en la habitación, y tenía la luz encendida día y noche. Sólo dejaba la celda para los interrogatorios y cuando tenía que ir al baño. No tenía retrete en la habitación. En ese sentido, te podían torturar, porque a veces no te abrían la puerta durante veinticuatro horas y sufrías enormemente si necesitabas ir al baño. Eso lo hacían conscientemente, pero no fui torturado de otro modo.

—¿Quién le interrogaba allí?

—Lo escribí todo para que no se me olvidara nada. Una vez me interrogó Heinrich Müller, el jefe de la Gestapo, y otra vez, un representante de Müller. Todo ese lado oscuro de Kaltenbrunner y Schellenberg yo lo desconocía por completo en aquel momento[1].

—¿Qué tipo de persona era Müller?

—No tenía personalidad. No me impresionó en absoluto.

Halder ha seguido contando que al principio de estar allí, los edificios de la RHSA fueron bombardeados, y él y otros internos tuvieron que pasar unos días sentados en las ruinas del sótano. Entonces le llevaron junto con otros a Flossenbürg, al Alto Palatinado, cerca de la frontera con Bohemia.

Es un campo de concentración similar al de Ravensbrück. Halder ha contado que Ravensbrück parecía ser un campo de concentración en general para mujeres, mientras que Flossenbürg es un campo para hombres. Estuvo allí lo que quedaba de febrero y marzo, y fue liberado por las tropas estadounidenses el 9 de abril de 1945.

—En Flossenbürg se notaban más las cosas; no podías dejar de ver todos los días los cadáveres colgados en el patio. Los ejecutaban completamente desnudos. Los llevaban hasta el patio y yo oía el ruido de los pies descalzos en el suelo del patio, justo fuera de mi ventana. Por las puertas de nuestras celdas pasaban las camillas con los cadáveres. Si por casualidad la mirilla estaba abierta, se veían pasar. En el patio donde dábamos un paseo, tenían las horcas colocadas de tal modo que no te quedaba más remedio que verlas.

»Ahorcaron más o menos a la mitad del grupo con el que yo llegué desde Berlín. Entre ellos, al comandante Wilhelm Canaris y al general Hans Oster[2]. Los ahorcaron en Flossenbürg. Lo supe cuando me sacaron de allí. Fui a Flossenbürg con Canaris y Oster y cuando salí ellos no estaban[3].

En este punto, el señor Triest, el intérprete, ha dicho que había llegado una carta dirigida al general Halder remitida por un oficial llamado Oster. Recuerdo que era un panfleto titulado más o menos *En memoria del Ejército alemán*. Halder ha dicho que podría ser una comunicación del hijo del general Oster, que según lo que sabía Halder era comandante del Ejército.

—¿Qué tipo de hombre era Canaris?

—Resulta muy complicado describirle. Era muy listo y tenía una personalidad difícil de entender. Procedía de una familia griega y tenía muchas características que resultaban extrañas para alguien que había sido educado en los colegios alemanes. Yo no tuve un trato muy estrecho con él;

la razón por la que nos relacionamos fue la enemistad mutua que le teníamos a Hitler. Durante todo el periodo de mi lucha contra Hitler estuvimos juntos. Canaris trabajó con mi predecesor, Ludwig Beck, y después conmigo. Era un hombre muy activo, un almirante.

»Yo conocía al general Oster mejor que a Canaris. Oster y yo crecimos juntos. Era alegre, listo, impulsivo, pero, en mi opinión, algo superficial. Era un hombre decente y se opuso a Hitler.

—¿Por qué ahorcaron a Canaris y a Oster?

—Debían de tener algo muy seguro en su contra. Sé que la Gestapo encontró un diario escrito por Canaris, que era totalmente apolítico, igual que Oster y yo, y luchó contra Hitler sólo por sus ideas utópicas. Ninguno de los oficiales que luchó conmigo en contra de Hitler tenía aspiraciones políticas. Teníamos una forma distinta de entender el mundo. Queríamos liberar al pueblo alemán del régimen de Hitler para que los alemanes pudieran tener un nuevo Gobierno.

»Nadie en Alemania podía liberar al pueblo, excepto los militares. En los últimos años contamos con la ayuda de personas que no eran militares, como el embajador alemán en Roma y el ministro de Finanzas Schacht, aunque ninguno de los dos fue muy activo. De hecho, yo no pude participar muy activamente en 1943 y 1944, porque estaba vigilado de cerca por la Gestapo. Avisé a todo el mundo de que no se pusieran en contacto conmigo, pero de forma indirecta siempre supe lo que estaba pasando.

—¿Conoció los hechos del 20 de julio antes de que ocurrieran?

—No. Sabía que pasaría algo así. No estaba de acuerdo con la idea de un asesinato; no creo que un asesinato político sea una buena base para la reforma. Como las cosas se iban poniendo cada vez más difíciles en 1943 y 1944, miembros civiles empezaron a contactar con el SD, con los sindicatos

y con grupos de resistencia de todo el país. Muchas de esas personas estuvieron en Ravensbrück conmigo y a todos los ahorcaron.

12 de abril de 1946

Hacía un precioso día soleado mientras hemos estado sentados en la celda abierta de Halder, charlando de su reciente estado griposo: «Los últimos días han sido como si estuviese incubando un catarro». Ha dicho que le gustaría poderse cambiar a una celda en la cara sur de la prisión, donde tendría una mejor orientación, en lugar de en la que está, en la cara norte. Ha dicho:

—Es como en la cárcel de Hitler. Allí tenía una celda orientada al norte.

Ha seguido hablando de su historia familiar y de las relaciones internas de la familia.

Hermanos: Halder tenía una hermana, un año mayor que él, que murió de gripe en 1918, cuando tenía treinta y cinco años. Estaba casada y tenía dos hijos, uno de los cuales se mató al caer del caballo hace muchos años; el otro es comandante del Ejército alemán y está en un campo de prisioneros de guerra norteamericano. Halder dice que siempre ha estado en contacto con sus sobrinos, a quienes tenía mucho afecto. Su hermana, hasta su muerte, fue su «mejor amiga». Cuando se ha referido a la personalidad de su hermana ha resultado algo ambiguo:

—Hace tanto tiempo; tenía características de mi padre y de mi madre.

Padre: Era oficial de artillería y murió de diabetes a los sesenta años, en 1912. No hay ningún otro diabético en la familia. El padre padeció la enfermedad desde veinte años antes de su muerte.

—Los médicos decían que mi padre tenía muy buena salud y que la diabetes la tenía por el exceso de trabajo. No sé si médicamente hablando eso es posible o no.

Halder ha seguido contando que su padre fue general de división en el Ministerio de la Guerra.

—Quizá le interese anotar que yo seguí casi exactamente la carrera de mi padre, porque se dice a menudo que los generales en la época de Hitler eran ascendidos muy rápidamente. Yo ascendí a general exactamente a la edad de mi padre, y entre nosotros había una diferencia de treinta años.

—Me figuro que esos ascensos tan rápidos se daban sobre todo en la SS, ¿no?

—Sí, en la SS, pero también en los últimos años de la guerra en todos los otros cuerpos, sobre todo desde que nos echaron a Brauchitsch y a mí; fue entonces cuando empezaron todos los despropósitos[4]. Ahora se puede comprobar que los crímenes empezaron después de la época de Brauchitsch y mía. Hitler era el que mandaba en el Ejército y podía hacer lo que quisiera.

Hemos seguido hablando de la historia de su familia. Su padre era jefe de artillería en el Ministerio de la Guerra de Baviera cuando la artillería empezó a desarrollarse de manera extraordinaria. Halder declaraba con orgullo que su padre fue uno de los pioneros en el uso de las modernas armas de artillería.

Cuando le he preguntado por la personalidad de su padre, ha dicho:

—Era muy alto, grande, un hombre imponente de dos metros de alto, con un carácter optimista y agradable, pero con un concepto muy estricto de la justicia y la rectitud. Era un hombre que nunca hizo nada equivocado. Como yo, nunca tuvo ningún interés en hacer dinero, y sólo se dedicaba a sus tareas militares.

—¿Estaba muy dedicado a sus hijos?

—Sí, pero era tan estricto con sus hijos como lo era consigo mismo. Sin embargo, entendía y toleraba las travesuras de la infancia. Le teníamos un gran respeto y cariño, y nunca nos reprimió en ningún sentido.

—¿Cómo era la relación entre su padre y su madre?

A Halder se le ha quebrado la voz y no podía seguir hablando. Después de un momento, ha contestado:

—Tan bonita como se pueda imaginar.

Abuelo paterno: «Era también militar, pero no lo conocí. Tuvo un accidente, se cayó de un caballo cuando era capitán y murió siendo todavía joven. Mi abuela tenía tres hijos, y mi padre era el del medio. Eran de condición humilde, se podría decir incluso que eran pobres. Mi familia nunca tuvo tierras. La casa de mis padres era lo más sencilla posible, pero a pesar de ello, era cálida, y no dejo de dar gracias a Dios por mi infancia».

A Halder casi se le saltan las lágrimas otra vez y le resulta difícil seguir hablando, porque está muy emocionado. Estas crisis emocionales le duran poco.

Madre: «Murió el día que me trasladaron aquí a Núremberg, el 12 de octubre de 1945. Tenía casi noventa años. Justo antes de morir le dijeron que yo estaba vivo. Ella creía que había muerto en el campo de concentración de Hitler. Eso hizo que su último año de vida fuese difícil. Para cuando me permitieron escribirle, ya estaba muerta.

»En 1944, durante el gran bombardeo de Múnich, mi madre se fue con un primo mío a la alta Baviera. Ese primo estaba casado con una inglesa y estuvieron en Estados Unidos. Ahora tiene setenta años. Le dejó a mi madre una habitación en su piso. No se pudo venir conmigo porque tenía un piso muy pequeño y no tenía sitio. Murió en casa de mi primo en Baviera.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a su madre?

—Fue en julio de 1944, justo dos semanas antes de que Hitler me hiciera prisionero.

—¿Le interesa la música y la poesía?

—Me gustan las dos cosas, pero nunca he tocado un instrumento. En la escuela, y después, prefería los temas científicos. A mi esposa le gusta mucho la música, y a mis hijas también. Mi mujer llenaba la casa con música alegre y con las risas de las niñas. Mi esposa también practicaba muchos deportes, entre ellos, el tenis, para lo que yo nunca tenía tiempo. Sin embargo, yo solía escalar y pasaba mucho tiempo encima de una silla de caballo. Incluso cuando era jefe del Estado Mayor me levantaba a las cuatro y media de la mañana para montar a caballo a las cinco, y luego desayunaba. Quizá por eso tengo buena salud. Me acostumbré a no hacer algunas comidas, porque siempre estaba muy ocupado.

»Desde 1915 la vida en el Estado Mayor fue difícil. Y se hizo peor cuando empezó la guerra en 1939. En mi último año, en 1942, dormía tres horas de media por la noche y una o dos veces por semana trabajaba durante toda la noche sin poder dormir. La razón era que durante el día recibíamos la información que llegaba del frente sobre las tropas. Y después había que reunirse con los jefes de las catorce secciones distintas. Luego, necesitaba unas cuantas horas del día para trabajar yo solo, y eso podía hacerlo sólo a medianoche. Y el teléfono sonaba continuamente. Tienes que aprender a trabajar en un sitio como ése sin destrozarte por completo.

—Cuando Hitler entró en Polonia, ¿le aconsejó usted que no lo hiciera?

—No teníamos la facultad de hacerlo. En primer lugar, yo estaba a las órdenes de Brauchitsch. Hable con él varias veces. Ésa fue la razón por la que Brauchitsch habló muy seriamente con Hitler en el verano de 1939 justo antes del comienzo de la guerra.

—Usted, personalmente, ¿qué pensaba?

—Yo, sinceramente, no creo que Hitler quisiera la guerra. Lo mismo pensaba Brauchitsch, él tampoco creía que Hitler quisiera la guerra. Por supuesto, el decirle esto ahora parece que lo digo por las circunstancias actuales; pero hace un tiempo recibí una carta de una antigua secretaria, en la que dice que mis subordinados hicieron un comentario acerca de que «el general Halder no consideraba seriamente la posibilidad de guerra en aquel momento».

»Puede que sin conocer a Hitler personalmente usted no entienda la opinión de Brauchitsch y mía. Como le dije el otro día, Hitler era un hombre que se guardaba las decisiones hasta el último minuto; cuando decía que teníamos que estar listos para un ataque, de ningún modo había que entenderlo literalmente, podía querer decir que quería amenazar a alguien con un ataque.

»Antes de eso, estaba la cuestión de los Sudetes. En aquella época la formación militar era mala. Cuando terminó la crisis de los Sudetes (1938), la gente hablaba de cosas como la escasa preparación de los militares[5]. Hitler oyó hablar de ello y urgentemente puso en marcha los preparativos de guerra para que en el futuro nadie dudase del potencial de guerra alemán. Durante la crisis de los Sudetes el Ejército no había estado preparado, ¿me explico? La gente que conocía a Hitler nunca tomaba sus amenazas en serio. Por ejemplo, durante la crisis de los Sudetes, Hitler publicó una decisión escrita por la que intentaba resolver el problema de los Sudetes con la fuerza de las armas. Que no la resolvió así es algo bien sabido.

»En noviembre de 1939, Hitler expresó por tres veces, y una de ellas de forma muy clara, que había decidido tomar el poder en Bélgica y en Holanda por la fuerza de las armas. Aun así, dos días antes de la marcha sobre Holanda, había un embajador especial esperando con las maletas

preparadas para ir a la corte de la reina Guillermina y solucionar las cosas por la vía pacífica.

»El 22 de agosto de 1939, en un discurso en el Berghof, Hitler dijo que las negociaciones con Polonia seguían su curso. Por eso pensamos que la cuestión polaca era otro *bluff* más, igual que el asunto checo. El 26 de agosto de 1939, Hitler promulgó la primera orden de alerta. Unas horas después, la orden fue rescindida, y otra vez volvió a decir que las negociaciones con Polonia seguían su curso.

»Con todo eso las razones por las que Brauchitsch y yo pensábamos lo que pensábamos, es decir, que Hitler estaba metido en un juego de chantajes políticos, se hicieron obvias. Hasta este juicio de Núremberg nosotros no hemos sabido que hubo negociaciones con Rusia para ocupar la mitad de Polonia. Brauchitsch y yo no teníamos conexión con la situación política, lo que sabíamos lo sabíamos por Hitler. Teníamos constancia de que la prensa nos engañaba, reconocíamos las mentiras de Göbbels, etcétera. ¡Era imposible!

»Yo tenía un conocido en el Ministerio de Asuntos Exteriores, uno de los secretarios de Estado, que se llamaba Ernst von Weizsaecker. Ribbentrop le había prohibido que tuviese contacto alguno con Brauchitsch o conmigo, pero lo tuvimos de todos modos. Weizsaecker tampoco sabía demasiadas cosas, todo lo hacía Ribbentrop; o sea, que no teníamos una idea muy clara excepto que conocíamos el tipo de juego que Hitler estaba jugando y sabíamos que era peligroso. Por eso yo hablé con Brauchitsch, y Brauchitsch, a su vez, con Hitler, pero no tuvo ningún efecto.

»El 10 de diciembre de 1941, Brauchitsch se jubiló, presumiblemente por una enfermedad grave. Es cierto que tuvo varios infartos, pero le vino muy bien poder utilizar eso como una excusa para jubilarse, porque las diferencias entre Hitler y Brauchitsch eran cada vez más grandes. Creo que

las continuas discusiones y los enfados con Hitler seguramente contribuyeron a los problemas cardiacos de Brauchitsch. No se jubiló, porque cuando uno es mariscal de campo no existe la jubilación, pero dejó de tener obligaciones.

»Más o menos un año después, el 24 de septiembre de 1942, dejé mi trabajo, igual que hizo Brauchitsch, excepto que yo no estaba enfermo y hubiera sido muy improbable que nadie hubiese creído que una persona en perfecto estado de salud de repente se pusiera enferma. No podía hacer otra cosa, pero mi solicitud de jubilación fue rechazada. Respecto a hacerme el enfermo, no podía, yo estaba bien y nadie me hubiera creído. Si quería romper con Hitler, tenía que portarme mal. —¿Tuvo discusiones concretas con Hitler?

—Durante el verano tuvimos discusiones diarias. El punto de desacuerdo final fue la decisión de la ofensiva sobre el Cáucaso y Stalingrado, un error, y Hitler no quiso verlo. Le dije que los rusos tendrían un millón más de hombres en 1942 y un millón más en 1943. Hitler me dijo que yo era un idiota, que los rusos ya estaban prácticamente muertos. Cuando le hablé del potencial armamentístico de Rusia, sobre todo de los tanques, le dio un arrebato de rabia y me amenazó con los puños. »Hitler dio órdenes al frente oriental, que eran contrarias a lo que aconsejaban los militares, lo que provocó el desastre. Entonces acusó al Ejército de la derrota y dijo que estaban cometiendo errores intencionadamente. En ese punto yo me enfurecí, di un golpe en la mesa con los puños, hice una escena, etcétera. Cuando finalmente nos separamos, Hitler mencionó esas escenas y dijo que mis nervios estaban mal y los suyos también y que se pondrían peor si seguíamos trabajando juntos. Pero entre nosotros, doctor, yo provoqué esas discusiones porque en veinte años de trabajo en el Estado Mayor había

servido a muchos oficiales superiores y nunca tuve discusiones, siempre me llevé bien con todos.

RUDOLF HÖSS

1900-1947

Rudolf Höss, teniente coronel de la SS desde 1942, comandante en jefe del campo de concentración de Auschwitz desde 1940 hasta 1943, fue arrestado por la Policía británica en 1946 y trasladado a Polonia. Juzgado por un Tribunal militar polaco, fue ahorcado en Auschwitz el 7 de abril de 1947.

8 de abril de 1946

Rudolf Höss es un hombre de cuarenta y seis años que está en prisión incomunicada en el ala C. Estaba sentado con los dos pies dentro de una

palangana de agua fría, frotándose las manos, que tenía apoyadas en el regazo. Ha dicho que ha tenido unas quemaduras por congelación que le han durado dos semanas y que tener los pies en agua fría le alivia el dolor.

He comentado que por aquí no ha estado haciendo frío, que dónde se ha hecho las quemaduras por congelación.

—He estado en Schleswig-Holstein, descalzo en una celda. Cuando me capturaron los británicos yo estaba desnudo y lo único que hicieron fue echarme unas mantas encima y llevarme a la cárcel. No me dieron ni calcetines ni zapatos». Le pregunté que cuándo le arrestaron.

—El 11 de marzo de 1946.

Le pedí que me contase cómo fue.

—Me había escondido después de que me licenciaran con un nombre falso. Estuve trabajando en una granja de Schleswig-Holstein[1].

Le pregunté cómo se habían enterado las autoridades de dónde estaba. Dijo:

—Por lo que yo sé, interrogaron a mi familia, que vive en Schleswig, y mi hijo mayor, que tiene dieciséis años, debió de darles mi dirección.

—¿Por qué no se entregó antes.

—Yo creía que podría escaparme.

—¿Cuál era su cargo oficial?

—Desde noviembre de 1943 fui jefe de la Oficina Central de Economía y Administración de Berlín. Nuestra oficina en realidad estaba en Oranienburg. Esa oficina anteriormente se llamaba División de Inspección para los Campos de Concentración. Nos encargábamos de la inspección de todos los campos de concentración, incluidos los de Silesia. Los únicos campos que no estaban bajo nuestra supervisión eran los de Rusia y los de Ucrania, que estaban bajo la supervisión de la división policial de la SS. El Gobierno General de Polonia estaba bajo mi supervisión, pero los campos

de concentración más lejanos y los de la propia Rusia estaban bajo la égida de los generales de la SS.

»Yo fui comandante en jefe de Auschwitz durante cuatro años, desde mayo de 1940 hasta el 1 de diciembre de 1943.

Le he preguntado que cuántas personas habían sido ejecutadas en Auschwitz en todo ese tiempo.

—El número exacto es difícil determinarlo. Yo calculo que alrededor de dos millones y medio de judíos.

—¿Sólo judíos?

—Sí.

—¿Mujeres y niños también?

—Sí[2].

—¿Y eso qué le parece?

Höss se queda impávido e indiferente. Le repito la pregunta y añado si a él le parecía bien lo que ocurría en Auschwitz.

—Yo recibía órdenes personales de Himmler.

—¿Protestó usted alguna vez?

—No podía hacerlo. Las razones que me daba Himmler las tenía que aceptar.

—En otras palabras, ¿usted cree que estaba justificado matar a dos millones y medio de hombres, mujeres y niños?

—No es que estuviese justificado, pero Himmler me dijo entonces que si no se exterminaba a los judíos, el pueblo alemán sería exterminado para siempre por los judíos.

—¿Cómo podían los judíos exterminar a los alemanes?

—No lo sé, eso es lo que dijo Himmler. Himmler no me lo explicó.

—¿Usted no tiene opinión propia?

—Sí, pero cuando Himmler nos decía algo, era tan correcto y tan natural que nosotros obedecíamos sin cuestionarle.

—¿Tiene usted algún sentimiento de culpa por todo ello?

—Sí, ahora, naturalmente, me hace pensar que no fue correcto hacerlo.

Historial clínico: Höss ha declarado que nació en Baden-Baden el 25 de noviembre de 1900. El parto fue normal y a término. No sabe nada de su desarrollo. En la infancia, su salud en general fue buena y la única enfermedad específica que recuerda es el sarampión cuando era muy pequeño.

Educación: Asistió a la escuela elemental tres años; y al *Gymnasium*, cinco. Es algo ambiguo al hablar de sus logros y resultados en la escuela.

Trayectoria profesional: A los dieciséis años, en 1916, se alistó como soldado voluntario. Estuvo dos años en los frentes de Irak y Palestina, luchando contra los ingleses. En 1918, cuando cesaron las hostilidades, era sargento de infantería.

Desde 1918 hasta 1921 fue miembro de un *Freikorps*, el llamado *Rossbach Freikorps*, que estuvo destinado en los estados bálticos, en la cuenca del Ruhr y en la Alta Silesia.

—Oficialmente los *Freikorps* no estaban financiados por el Gobierno, pero extraoficialmente los costeaban el Gobierno y la industria. El *Rossbach Freikorps* estaba formado por tres mil hombres. Había muchos *Freikorps*, formados en compañías y en regimientos[3].

Después de 1921, trabajó como aprendiz de agricultor en una finca de Silesia y en Schleswig-Holstein. Estuvo allí hasta 1923, cuando le arrestaron «por el asesinato de un hombre que había entregado a Leo Schlageter a los franceses; Schlageter fue uno de los líderes de la resistencia contra los franceses en 1923».

—¿Usted mató al hombre que entregó a Schlageter?

—Sí, yo fui uno de los cuatro hombres que le apalearon hasta matarle.

—¿Por qué?

—Ese hombre estuvo en el *Rossbach Freikorps* y allí robó dinero para hacer negocios ilegales y luego se largó. En mayo de 1923 reapareció en Mecklemburgo para conseguir gente de mi escuela que trabajase para los franceses. Se llamaba Walter Kadow. Era un maestro alemán de unos veinticinco años que estaba en el paro.

—¿Cuánto tiempo estuvo usted en la cárcel?

—Me condenaron a diez años de trabajos forzados, pero me pusieron en libertad a los cinco años.

—¿Cómo es que no le condenaron a más años si estaba acusado de asesinato?

—El Tribunal no lo consideró asesinato, por lo menos no un simple asesinato. Dispuso que se trataba de una muerte a consecuencia de una disputa. Ocurrió en un restaurante en el que nos habíamos encontrado. Los otros tres hombres recibieron sentencias de doce, diez y ocho años de cárcel. Yo estuve en la prisión de Brandeburgo cerca del río Havel, en las proximidades de Berlín. Salí de la cárcel en 1928. Hubo una amnistía política por la que todos los comunistas o los miembros de los partidos de derechas fueron puestos en libertad. Fue la llamada amnistía de Hindenburg. Mi crimen se consideró un asesinato político.

—Para usted, ¿cuál es la diferencia entre un asesinato político y cualquier otro asesinato?

—Hay una diferencia. Si matas para coger dinero o para robar, es un asesinato sin más, pero si matas por razones políticas, eso es un asesinato político.

—¿Quiere decir que es justo matar a tus oponentes políticos?

—No. Lo que quiero decir es que las emociones que te llevan a hacer ese tipo de cosas son diferentes, es decir, las causas varían.

—Pero en ambos casos es un asesinato.

—Sí.

Entre 1928 y 1934 volvió a trabajar en distintas granjas y fincas de Mecklemburgo, Brandeburgo y otros lugares. Describe sus tareas como, básicamente, las de un «inspector de fincas».

Respecto a su actividad política, ha dicho que desde 1922 había sido nacionalsocialista, pero que no participó en actividades políticas en el periodo comprendido entre 1928 y 1934. Asistía a mítines del Partido, pero nunca tuvo cargo alguno. En 1934 se afilió a la SS, porque el dueño de la finca en la que trabajaba quería poner un establo de la SS y él era «un antiguo militar de caballería». En una ocasión, durante una visita de inspección de Himmler a Stettin,

—Himmler me vio y me preguntó si quería ser supervisor de un campo de concentración. Yo acepté.

—¿Por qué estaba usted en Stettin?

—Había una inspección general de la SS allí y yo había ido dirigiendo un grupo de caballería.

Höss ha dicho que, mientras él fue comandante en jefe de Auschwitz, el jabón no se hacía con grasa humana.

—Cortábamos el pelo a las mujeres una vez que habían sido exterminadas en las cámaras de gas. El pelo se enviaba a las fábricas, en las que lo tejían para convertirlo en accesorios especiales para juntas.

—¿El pelo era también de hombres y de niños?

—No, en 1943 recibí las primeras órdenes para realizar el proceso. Cortábamos el pelo sólo de las mujeres y sólo después de muertas.

—¿Supervisaba usted los asesinatos en las cámaras de gas?

—Sí. Yo era el que supervisaba todo. Yo estaba presente a menudo, no siempre, cuando se utilizaban las cámaras de gas.

—Usted tiene que ser un hombre duro.

—Te haces duro cuando cumples esas órdenes.

—A mí me parece que hay que ser duro de entrada.

—Bueno, no cabe duda de que no puedes tener sentimientos delicados, tanto para fusilar gente como para matarlos en las cámaras de gas.

—¿Se fusilaba también a la gente en Auschwitz?

—A los judíos no, pero los polacos de los movimientos de resistencia eran fusilados. Eso se hizo bajo las órdenes de Rudolf Mildner.

—¿Era usted amigo de Mildner?

—Venía a menudo a Auschwitz

—¿Tenía su Tribunal en Auschwitz?

—Una vez que los polacos eran sentenciados y cuando el administrador regional del Partido firmaba las sentencias de muerte, entonces los traían a Auschwitz para pasar por el Tribunal de Mildner, en el que se les notificaba que estaban condenados a muerte. Venían a ser unos sesenta o setenta hombres cada mes.

—¿Cuántos meses estuvo Mildner allí?

—Mildner llegó en 1941 y se fue en 1943. Calculo que debieron de condenar a muerte a unos mil quinientos hombres en el Tribunal de Mildner.

9 de abril de 1946

Höss estaba sentado en su catre cuando he entrado con el señor Triest, el intérprete. Se ha cuadrado ceremoniosamente y ha seguido de pie hasta que

le he invitado a sentarse. Ha dicho que sus pies doloridos estaban algo mejor, pero que de vez en cuando seguía metiéndolos en una palangana de agua fría para conseguir un alivio temporal.

—Mañana o pasado voy al juicio. Me lo han dicho esta mañana. Voy como testigo de Kaltenbrunner.

Tenía una expresión sombría en la cara, aunque recelosa y vacía. Ha preguntado:

—¿Le he dicho cómo se hacían las cosas en realidad?

Le he contestado que me contase todo lo que se le pasara por la cabeza. Ha dicho:

—El Gobierno General originalmente pensó en Auschwitz como campo de cuarentena para los polacos. En principio, se pensó que los polacos irían a campos de concentración dentro del Reich y que Auschwitz sería un lugar de cuarentena transitorio donde los prisioneros estarían unas semanas para ver si tenían enfermedades contagiosas como tifus o fiebres maculares.

»El sitio exacto en el que estaba el campo era cerca de la ciudad de Auschwitz. Anteriormente había sido un complejo de cuarteles de artillería del Ejército polaco. Me dieron la orden de que los internos tenían que cultivar los campos y cuidar las granjas colindantes. Era un trabajo duro porque el territorio que lo rodeaba se inundaba con frecuencia y era una tierra muy pobre.

»Hasta 1918 Auschwitz fue parte de Austria y Silesia. Entonces pasó a ser polaca. Estaba en la frontera de Galitzia, a sesenta kilómetros de Cracovia, pero Auschwitz no era parte integrante del Gobierno General, se consideraba integrante de la nueva provincia de la Alta Silesia.

»Yo llegué a Auschwitz en mayo de 1940 y llevé conmigo un grupo de treinta internos del campo de concentración de Sachsenhausen, en el que yo

había sido primer ayudante y luego comandante. Cuando llegué, en Auschwitz sólo había un par de cuarteles vacíos.

»Entonces empezaron a llegar internos polacos al campo de concentración que venían de los territorios del Gobierno General y de otras regiones polacas. En aquella época, Auschwitz se convirtió en un campo para gente que había participado en el movimiento de resistencia polaco. El primer año se ejecutó a muy poca gente, sólo a aquellos que habían sido condenados a muerte por la Gestapo y por las unidades de la SS.

—¿Más o menos, cuántos fueron ejecutados?

—No lo sé. Unos pocos cientos o quizá más.

—¿Cómo fueron ejecutados?

—Fueron fusilados.

»El campo estaba destrozado y yo supervisé la reconstrucción de las casas y de los cuarteles y lo preparé para alojar a veinte mil internos, pero en los primeros meses sólo recibimos de dos a tres mil hombres.

»En la primavera de 1941, Himmler vino en visita de inspección. Me ordenó ampliar el campo lo máximo posible y ordenó al administrador regional del Partido, Fritz Bracht, que estaba presente y que era el responsable de la zona, que pusiera a mi disposición todo el territorio, que tenía unas veinte mil *morgen*(5) o lo que es lo mismo, cinco mil hectáreas. Ordenó que se construyeran grandes talleres en el propio campo, por ejemplo, talleres de carpintería y de maquinaria.

»Se me ordenó entonces que desecara las zonas pantanosas, que construyera explotaciones agrícolas modelo y que desarrollase la agricultura al máximo. Se me ordenó levantar un campo de prisioneros de guerra que pudiese alojar a cien mil personas en Birkenau, un lugar a tres kilómetros del campo original. La población de la zona, que comprendía unos siete pueblos, fue evacuada y enviada a la ciudad de Auschwitz. Todos

los que pudieron ser empleados en fábricas o en el ferrocarril se quedaron en Auschwitz, pero el resto, que eran sobre todo agricultores, se fueron a trabajar para el Gobierno General en otros lugares.

»Los cien mil prisioneros de guerra del campo de Birkenau, el campo de prisioneros de guerra, nunca llegaron y posteriormente se descartó ese proyecto.

»En verano de 1941, me llamaron a Berlín para que me reuniera con Himmler. Me dio la orden de construir campos de exterminio. Le puedo casi incluso decir las palabras de Himmler literalmente, que venían a decir lo siguiente: «El Führer ha decretado la Solución Final para el problema judío. Nosotros, la SS, tenemos que ejecutar esos planes. Es un trabajo duro, pero si no se lleva a cabo inmediatamente, en lugar de que nosotros exterminemos a los judíos, los judíos exterminarán a los alemanes en una fecha posterior».

»Ésa fue la explicación de Himmler. A continuación me explicó por qué había seleccionado Auschwitz. Ya existían campos de exterminio en el este, pero no podían realizar una acción de exterminio a gran escala. Himmler no me podía dar un número exacto, pero me dijo que en su momento Eichmann se pondría en contacto conmigo y me diría algo más al respecto. Me mantendría informado sobre cómo se efectuaría el transporte y cuestiones similares.

»Himmler me ordenó que enviase planes precisos de las ideas que se me ocurrieran para llevar a cabo el programa de exterminio en Auschwitz. Se suponía que yo inspeccionaría un campo en el este, llamado Treblinka, para aprender de los errores que se cometían allí.

»Unas semanas después, Eichmann me visitó en Auschwitz y me dijo que los primeros trenes del Gobierno General y de Eslovaquia estaban al llegar. Añadió que esa acción no podía ser retrasada por ninguna circunstancia

para que no surgiesen dificultades técnicas de ningún tipo, porque había que mantener a toda costa los planes de transporte.

»Mientras tanto yo había inspeccionado el campo de exterminio de Treblinka, situado cerca del río Bug, en el territorio del Gobierno General. Treblinka consistía en unos pocos cuarteles y en una vía muerta de tren, que previamente había formado parte de una cantera. Yo inspeccioné las cámaras de exterminio que había allí. Esas cámaras eran de madera y cemento; cada una del tamaño de esta celda [aproximadamente dos metros y medio por tres metros y medio], pero el techo era más bajo que el de esta celda. A los lados de las cámaras de exterminio se situaban los motores encendidos de viejos tanques o de camiones, y los gases que salían de los motores se dirigían a las celdas a través de los tubos de escape y así era cómo exterminaban a la gente.

—¿A cuánta gente de una vez?

—No se lo podría decir exactamente, pero calculé que en cada cámara, que era más o menos del tamaño de esta celda, pero no tan alta, se podía meter a unas doscientas personas de una vez, se les empujaba dentro y quedaban los unos pegados a los otros.

—¿Hombres, mujeres y niños?

—Sí, pero se les llevaba a las celdas por separado, es decir, los hombres eran exterminados en las mismas cámaras, pero a intervalos distintos.

—Usted tiene esta celda para usted solo, doscientas personas aquí estarían literalmente como sardinas en lata.

—Sí, había que empujar la puerta para cerrarla bien y dentro se quedaban unos pegados a otros, de pie.

—¿Cuántas cámaras había en Treblinka?

—Había diez de esas cámaras, cada una de ellas construida con piedra y cemento. No había mirillas, sólo unas puertas grandes cubiertas con

planchas de metal. Las autoridades de Treblinka dejaban durante una hora a las personas que iban a ser exterminadas en esas cámaras con los motores en marcha, y a continuación volvían a abrir las puertas. Para entonces todos estaban muertos. En realidad no sé cuánto tiempo tardaba el gas en matarlos.

—¿Cómo sacaban los cuerpos?

—Los sacaban los otros internos. Al principio los metían en fosas comunes en las canteras, más tarde, cuando yo fui a inspeccionar, acababan de empezar a quemar los cadáveres en las canteras a cielo abierto o en zanjas, y también habían empezado a abrir las fosas comunes y a quemar los cuerpos que habían sido enterrados.

—¿Cuánto tiempo estuvo usted en Treblinka?

—Sólo unas pocas horas, después volví a Auschwitz.

»Entonces fue cuando empezaron a llegar los primeros trenes a Auschwitz.

»Había convertido en cámaras de gas dos granjas viejas que quedaban algo apartadas del campo. Quité los muros que separaban las habitaciones y los que daban al exterior y los recubrí de hormigón para que no hubiera escapes. El primer transporte del Gobierno General llegó allí. Se les mató con el gas Zyklon-B.

—¿Cuánta gente era exterminada a la vez en cada una de las granjas?

Höss ha mirado al suelo, pensando durante un momento. Ha dirigido su mirada del suelo al señor Triest y, finalmente, después de unos treinta segundos de silencio, ha dicho:

—En cada granja se podía gasear a la vez entre mil ochocientas y dos mil personas. Las dos granjas estaban separadas por una distancia de seiscientos a ochocientos metros. Estaban completamente cerradas al exterior por árboles y tapias.

—¿Con qué frecuencia se utilizaban?

—Ocurría así: los trenes no llegaban a diario, aunque a veces llegaban dos o tres trenes al día. Cada tren traía a unas dos mil personas, pero había periodos de entre tres y seis semanas en los que no llegaban transportes.

—¿Cuánto tiempo permanecían esas personas en Auschwitz?

—Nada. Una vía muerta llegaba hasta Birkenau y allí se vaciaban los trenes y se hacía la selección. Se separaba a los que podían trabajar de los que no podían.

—¿Qué criterio de selección utilizaban?

—Bueno, teníamos dos médicos de la SS que se sentaban en una mesa y cuando la gente bajaba de los trenes iban pasando por esos médicos. Esas personas iban completamente vestidas; simplemente pasaban por delante y los médicos juzgaban en función de su aspecto, edad y fortaleza física.

—De un tren de aproximadamente dos mil personas, ¿más o menos cuántos se salvaban para trabajar?

—En todos esos años, yo creo que una media del veinte al treinta por ciento valían para trabajar.

—Y entonces, ¿qué pasaba?

—Los que no valían se iban hacia las granjas, que estaban a una distancia de alrededor de un kilómetro de la vía muerta. Una vez allí se les hacía desnudarse. Al principio se les hacía desnudarse al aire libre, habíamos colocado unas vallas hechas de paja y de ramas de árboles para evitar que los mirones pudieran verlos. Poco después construimos unos cobertizos. Pusimos carteles grandes en los que se leía: «A la desinfección» o «Baños». Eso era para que la gente creyera que sólo iban a darse un baño o a ser desinfectados, y así no tener dificultades técnicas en el proceso de exterminio.

»Los internos que usábamos como intérpretes y como ayudantes en general les decían que tenían que tener cuidado con su ropa, que la dejasen en el suelo bien doblada para poder encontrarla cuando salieran del baño o de la desinfección. Esos internos ayudaban a que la gente se calmase contestando a sus preguntas de una manera tranquilizadora y diciéndoles que en esas casas sólo se iban a bañar.

»Entonces se llevaba a la gente a las cámaras, y los internos que les acompañaban entraban con ellos en las cámaras de exterminio para que estuviesen tranquilos al ver que los ayudantes entraban con ellos. Se hacía de tal modo que todas las cámaras se llenaban de gente a la vez. En el último momento, cuando las cámaras estaban llenas, los internos que trabajaban para nosotros se escabullían, se cerraban las puertas herméticamente y se lanzaba el gas Zyklon-B a través de unas pequeñas aberturas.

—¿Se producían escenas de pánico entre la gente antes de ser asesinada?

—Sí, a veces; pero, en general, todo iba sobre ruedas, cada vez mejor conforme iba pasando el tiempo. Se exterminaba a los hombres en cámaras separadas, y a las mujeres y a los niños juntos en la misma.

—¿A qué edad, por ejemplo, distinguían ustedes entre un niño y un adulto, entre un chico y un hombre, digamos?

—No le puedo decir. Juzgábamos por el aspecto de los chicos. Usted sabe que algunos parecen adultos a los quince años y otros a los diecisiete. Sobre todo juzgábamos en función de la estatura.

—¿Dice usted que todos los que no valían para trabajar eran ejecutados?

—No exactamente, pero se puede considerar que la mayoría de los que fueron exterminados no eran válidos para trabajar.

—¿Por qué?

—Los médicos que inspeccionaban a la gente vestida, cuando salían de los trenes, también estaban presentes cuando los que habían seleccionado para el exterminio se desnudaban, y a menudo comentaban que la rápida selección que hacían en la vía muerta era correcta porque, con pocas excepciones, las personas que habían seleccionado para el exterminio no podrían trabajar demasiado.

—No lo entiendo. ¿Dice usted que los médicos que hacían la selección estaban sentados en la vía muerta y que la gente pasaba delante de ellos completamente vestida?

—Sí, pero lo que quiero decir es que los médicos decían esas cosas después, porque también estaban presentes en el momento en que se desnudaban, justo al lado de las cámaras de gas, al aire libre. Decían que su selección generalmente había sido muy precisa.

—¿Cuánto tiempo tardaba el Zyklon-B en hacer efecto?

—Después de todas las observaciones hechas a lo largo de esos años, creo que dependía del tiempo, del viento, de la temperatura; de hecho, la efectividad del propio gas no era siempre la misma. Normalmente se tardaba de tres a quince minutos en aniquilar a toda esa gente, es decir, en que no quedasen signos de vida. En las granjas no teníamos mirillas, y, a veces, al abrir las puertas después de pasar un considerable periodo de tiempo, todavía había signos de vida. Más tarde, en los crematorios y en las cámaras de gas de nueva construcción, diseñados por mí, teníamos mirillas y podíamos tener la certeza de que todas esas personas estaban muertas.

»A la media hora, se abrían las puertas de las granjas. Había dos puertas, una en cada punta, y se aireaba la habitación. Los trabajadores llevaban caretas antigás y arrastraban los cadáveres fuera de las habitaciones y, al principio, los colocaban en fosas comunes.

»Pensé que los crematorios podrían construirse muy rápidamente y lo que quería era quemar los cuerpos en fosas comunes en el crematorio, pero cuando vi que el crematorio no se podía construir con la rapidez suficiente como para ocuparse del número de personas para exterminar, que no cesaba de aumentar, empezamos a quemar los cuerpos en fosas comunes al aire libre como en Treblinka. Alternábamos capas de madera con capas de cadáveres. Para prender la pira usábamos un fardo de paja empapado en gasolina. Generalmente empezábamos a quemar la pira cuando tenía cinco capas de madera y cinco de cadáveres. Cuando el fuego estaba en su apogeo, se podían lanzar sin más a la pira los cadáveres frescos que llegaban de las cámaras de gas y se quemaban por sí solos.

»En 1942 se terminaron unos crematorios más apropiados, y el proceso en conjunto se pudo empezar a hacer en las nuevas edificaciones. Se construyeron nuevas vías de tren que llegaban hasta los crematorios. Se seleccionaba a la gente como antes, con la excepción de que los que no valían para trabajar iban al crematorio en lugar de marchar hasta las granjas. Era un edificio grande y moderno; había habitaciones para que se desnudasen y las cámaras de gas estaban en el sótano y el crematorio estaba más arriba, pero todo en el mismo edificio. Había cuatro cámaras de gas en los sótanos; dos muy grandes en las que cabían dos mil personas y dos más pequeñas que podían acoger a mil seiscientas personas. Las cámaras de gas se construyeron como una instalación de duchas, con las propias duchas, las tuberías de agua, algunos detalles de fontanería y un moderno sistema de ventilación eléctrica, de modo que después del gaseado la habitación podía ser ventilada mediante los aparatos de ventilación. Los cadáveres eran transportados al crematorio, que estaba encima, mediante montacargas. Había cinco hornos dobles.

»En veinticuatro horas se podía incinerar a dos mil personas en los cinco hornos. Normalmente, conseguíamos incinerar sólo de mil setecientos a mil ochocientos cuerpos. O sea, que siempre íbamos con retraso en la cremación porque como puede ver era mucho más fácil exterminar mediante gas que incinerar, que llevaba mucho más tiempo y más trabajo.

»En la época culminante del proceso, llegaban diariamente dos o tres trenes, cada uno de ellos con alrededor de dos mil personas. Ésos fueron los tiempos más duros porque había que exterminarlos inmediatamente y las instalaciones para la incineración, incluso con los nuevos crematorios, no podían mantener el ritmo del exterminio.

—¿A cuántos mataron de ese modo?

—No le puedo dar un número exacto. En primer lugar todos los archivos relativos a esas personas han sido destruidos. No había registros ni nombres, e incluso se hacía un cálculo aproximado de los números. Alrededor de 1945 Eichmann tuvo que enviarle un informe a Himmler porque Eichmann era el único que tenía que llevar los números para Himmler. Antes de ir a ver a Himmler, Eichmann me dijo que sólo en Auschwitz se había gaseado a dos millones y medio de personas. Es totalmente imposible dar una cifra exacta.

—¿Cree usted que la cifra podría haber sido más alta, quizá hasta de tres o cuatro millones?

—No, yo creo que dos millones y medio es demasiado elevada, pero no tengo pruebas. Ninguna de las personas que fue exterminada estaba registrada, en el campo sólo se registraba a los que iban a trabajar.

—Los que eran seleccionados para trabajar en lugar de para matarlos ¿eran exterminados más tarde si eran judíos?

—No, sólo los que morían de muerte natural, de una enfermedad por ejemplo.

—¿Morían muchos por enfermedades?

—Sí, había epidemias de tifus casi constantemente debido a las masas de gente que había en el campo y a la falta de instalaciones de saneamiento, que no se podían construir tan rápido como llegaba la gente.

—Yo calculo que en todos esos años de epidemias debieron de morir por enfermedad aproximadamente medio millón de personas.

—¿Cuánta gente pasó por Auschwitz?

—Eso es imposible saberlo. No tengo ni idea de cuántas personas pasaron por el campo. Sé que en los años 1943 y 1944 tuvimos a 144.000 internos trabajando en el campo. La mayoría de los que llegaban nuevos y que podían trabajar se los llevaban fuera de Auschwitz y no sé lo que era de ellos.

—He oído decir que se sacaban los dientes de oro de las personas exterminadas.

—Sí, desde principios de 1942, se recibieron órdenes de instancias superiores de extraer todos los dientes de oro, una vez que se sacaban los cuerpos de las cámaras de gas, para enviarlos al departamento de Finanzas. Creo que desde allí se enviaban al tesorero.

—¿Quién extraía los dientes de oro de los muertos?

—Los internos, en su mayoría, dentistas que trabajaban allí. Normalmente, siempre salvábamos de las cámaras de gas a los médicos, dentistas y enfermeras para utilizarlos en puestos técnicos.

—¿Cuántos alemanes había trabajando en Auschwitz?

—¿Quiere decir, incluyendo a los guardianes?

—Sí.

—Bueno, en 1943, alrededor de diciembre cuando me fui, había tres mil quinientos guardianes y alrededor de quinientos hombres como personal

administrativo, y en esos están incluidos los que supervisaban la sección de agricultura, los laboratorios, las cámaras de gas, los crematorios, etcétera.

—¿Cómo podían los alemanes desconocer lo que pasaba si sólo en Auschwitz trabajaban tres mil quinientos alemanes?

—No le puedo contestar a eso porque no cabe duda de que entre muchos sectores de gente se sabía de sobra, pero se tomaron muchas precauciones. Por ejemplo, no salía en los periódicos; siempre usábamos al mismo personal para realizar el transporte; y casi todos los que trabajaban en Auschwitz tenían que hacer una declaración jurada de que no hablarían.

—¿Puede explicarme algo más sobre esos tres mil quinientos alemanes que trabajaban en Auschwitz?

—Hasta 1939, es decir, hasta el comienzo de la guerra, los que trabajaban en los campos de concentración pertenecían a las unidades de la Calavera de la SS. Cuando comenzó la guerra, Eichmann, que era el inspector de los campos de concentración, formó división de combate. Los guardas fueron reemplazados en general por gente de más edad de la SS. En los últimos años, es decir, desde 1941 en adelante, utilizamos muchos de los llamados alemanes étnicos, de Hungría y de Galitzia por ejemplo, que tuvieron que servir allí.

»En 1943 y 1944, las unidades más grandes del Ejército, de la *Luftwaffe* y de la *Kriegsrine* fueron transferidas a la SS para supervisar el trabajo de las fábricas de guerra, de producción de armamento y ese tipo de cosas. Por ejemplo, si había una fábrica de armamento que trabajaba para la *Kriegsrine* y que usaba internos como trabajadores, en ese caso la *Kriegsrine* tenía que suministrar su propio personal de guardia. Lo mismo ocurría para el Ejército y para la *Luftwaffe*, porque no había unidades de guardia suficientes de la SS. El personal de los Ejército de Tierra, Aire y

Mar que fue utilizado como personal de guardia, más tarde fue transferido a la SS.

—¿Qué fue de usted después de diciembre de 1943, cuando dejó Auschwitz?

—Me fui al cuartel general en Oranienburg a trabajar como inspector de los campos de concentración. Auschwitz se había hecho tan grande que tuvo que ser dividido en tres campos, llamados Auschwitz 1, 2 y 3. También eran conocidos como «Auschwitz», «Birkenau», que era Auschwitz 2 y «Monowitz», que era Auschwitz 3. En Monowitz estaban todos los campos de trabajo que pertenecían a Auschwitz. La cifra de 140.000 que le di antes es contando sólo los que trabajaban en Auschwitz y no a los internos de paso, que eran o liquidados o enviados a otros lugares.

»Fui a Oranienburg en diciembre de 1943. Mi supervisor inmediato era el teniente general Richard Glücks. Yo era jefe de la Oficina I, la llamada sección política. Mi trabajo consistía en la supervisión total de todos los campos de concentración, la administración, las liberaciones, los castigos, el exterminio, todo lo que tuviera que ver con la RSHA, los registros de los internos, en una palabra, todo lo que ocurría en los campos de concentración.

—Desde que se fue de Auschwitz hasta el final de la guerra, ¿cuánta gente fue exterminada allí?

—La cantidad de dos millones y medio se refiere hasta 1944.

—¿Hubo algún exterminio en 1945?

—No, a finales de 1944 se detuvo todo el proceso. Fue prohibido por Himmler.

—¿Qué ocurrió con los trenes que llegaron en 1945?

—En 1945 llegaron pocos trenes, y la gente que venía era la que valía para trabajar.

—¿Por qué se detuvo el exterminio?, ¿fue porque ya no había judíos que exterminar?

—En noviembre de 1944 estaba con Eichmann en Budapest y me dijo que había unas negociaciones en marcha de Hitler con representantes de los judíos en Suiza, a través de varios mediadores, y que a partir de entonces el exterminio tendría que detenerse por completo[4].

—¿Cuándo calcula usted que se llevaron a cabo las últimas exterminaciones?

Höss piensa y se frota las manos. Finalmente dice:

—No estoy seguro, pero creo que en octubre de 1944.

—En su opinión, ¿qué tipo de persona era Eichmann?

—Eichmann tendrá treinta y cuatro o treinta y cinco años y es un hombre muy activo e inquieto. Pensaba que esta acción contra los judíos era ineludible y estaba totalmente convencido de lo necesaria y correcta que era, como yo lo estaba.

—¿Conoce usted a Bach-Zelewski?

—Sí, no oficialmente, pero en 1940 y 1941 Bach-Zelewski era el más alto mando de la SS y jefe de la Policía en Austria. Le sucedió Ernst Heinrich Schmauser[5]. Desde entonces no tuve nada más que ver con Bach-Zelewski.

—¿Estaba Bach-Zelewski al tanto del exterminio de los judíos?

—En la época en la que él dejó Silesia, el programa de exterminio en Auschwitz no había empezado, pero en todos los distritos de Rusia existían los que se llamaban *Einsatzkommandos* (comandos de acción) de la Policía de Seguridad. Seguro que allí también se llevó a cabo, porque nunca recibimos judíos de la Rusia ocupada, y sé que, de hecho, los judíos fueron acorralados y exterminados en Rusia por esos comandos.

Estado civil: Höss se casó en 1929. Su esposa tiene ahora treinta y ocho años. Tienen cinco hijos con edades comprendidas entre los dos años y medio y los dieciséis. Ha declarado que durante los cuatro años que estuvo en Auschwitz estaba felizmente casado. Su esposa y sus hijos vivían cerca, en la propia ciudad. No tuvo dificultades conyugales como consecuencia de su trabajo.

El día de la victoria en Europa, Höss se encontraba con teniente general Glücks en Flensburg. Himmler estaba también en Flensburg.

—Himmler nos ordenó que nos hiciésemos pasar por personal del Ejército o de la *Kriegsmarine*. Contacté con un comandante de la *Kriegsmarine*, un conocido comandante de submarinos. Nos proporcionó papeles y nos vestimos de marineros y así conseguimos que los británicos nos licenciaran como marineros en Schleswig-Holstein.

—¿Qué le ocurrió a Glücks?

—Nunca le volví a ver desde Flensburg. Estaba muy enfermo y se fue a un hospital de la *Kriegsmarine*; creo que murió allí. La última vez que vi a Eichmann fue en Oranienburg en abril de 1945, cuando me dijo que le habían ordenado que volviese a Praga. Eso fue en los últimos días de la guerra. Nunca volví a saber de él. Su familia estaba en Praga.

—¿Trabajaba usted cerca de su familia?

—Hasta que me licenciaron, estuve a siete kilómetros de mi familia en un campo de la *Kriegsmarine*. Entonces me fui a una granja cerca de la frontera danesa. Encontré ese trabajo a través de la oficina de empleo. Trabajé allí durante ocho meses antes de que me arrestaran.

—¿Vio a su familia en esos ocho meses?

—No, mi esposa y mi hijo mayor sabían dónde estaba y se comunicaban conmigo, pero no los veía.

—Durante la época en que fue comandante en jefe de Auschwitz, ¿dónde vivía su familia?

—En Auschwitz.

—¿Qué decía o pensaba su esposa de lo que estaba ocurriendo bajo su mandato?

—Mi esposa sólo lo supo alrededor de 1942. Cada vez que alguien de la SS o algún guardián le decía algo o se mencionaba alguna de esas cosas, ella se negaba a creerlo. Yo mismo nunca le decía nada cuando me preguntaba; le contestaba alguna otra cosa. En 1942 escuchó un comentario que hizo el administrador regional del Partido para la Alta Silesia, Bracht, en el que se refirió al programa de exterminio, y entonces se lo creyó. Después de eso me preguntó y se lo conté.

—¿Cómo reaccionó?

—Se disgustó mucho y le pareció cruel y terrible. Yo se lo expliqué del mismo modo que Himmler me lo había explicado a mí. Con esa explicación se quedó satisfecha y no volvimos a hablar de ello. Sin embargo, desde entonces con frecuencia comentó que sería mejor que me dieran un trabajo fuera de Auschwitz.

Los hijos de Höss tienen las edades siguientes: un chico de dieciséis años; una chica de trece; un niño de ocho; una niña de dos y medio. Todos viven y están bien.

—¿No le incomodaba matar a niños que tenían la edad de los suyos?

—No fue fácil para mí ni para los otros militares de la SS, pero nos habían convencido de las órdenes y de la necesidad de cumplirlas.

»Si no me hubieran dado órdenes directas y, además, razones para cumplirlas, habría sido incapaz de hacerlo por propia iniciativa, enviar a la muerte a miles, millones de personas.

—¿Se siente culpable o se considera un soldado que cumplía con su deber?

—Hasta la capitulación de Alemania yo creía que estaba cumpliendo las órdenes correctamente y que actuaba de la forma adecuada. Pero después de la capitulación, cuando leí en los periódicos las informaciones sobre los juicios, etcétera, llegué a la conclusión de que la necesidad de exterminar a los judíos no era tal y como me la habían contado; ahora soy culpable, igual que los otros y tengo que asumir las consecuencias.

—¿Cuál cree que debería ser su castigo?

—La horca.

—¿Cree que hay otros más culpables que usted?

—Hay otros más culpables que yo, sobre todo los que me daban órdenes que eran equivocadas. Y como he visto el juicio de Belsen, el de los hombres de la SS que trabajaron bajo las mismas órdenes que yo, sé que tendré que enfrentarme al mismo castigo.

—¿Conoce a Josef Kramer?[6]

—Sí, le conozco bien. Fue mi primer ayudante en Auschwitz, y después estuvo en otros campos. Durante una temporada fue comandante de Birkenau o Auschwitz 2. Su último trabajo fue como comandante de Belsen.

—¿Qué tipo de persona era Kramer?

—Era un hombre tranquilo y práctico, pero que no tenía muchas miras, le faltaban perspectivas, no era muy activo ni muy flexible y por eso no me servía como ayudante. Le costaba entender las cosas o tener iniciativa propia. Incluso después, cuando estuvo de comandante en Birkenau, ejecutaba las órdenes con precisión, pero no era capaz de adaptarse a las nuevas situaciones o cambiar las órdenes para acomodarlas a circunstancias

concretas. Había que dirigirle todo el tiempo y decirle exactamente cómo hacer las cosas.

—En su opinión, ¿era Kramer un sádico?

—No.

—En su opinión, ¿es usted un sádico?

—No, nunca le pegué a un interno en todo el tiempo que fui comandante. Cada vez que supe que un guardián era culpable de tratar con dureza a alguno de los internos, intenté cambiarlo por otro.

—¿Quién inventó las cámaras de gas?

—Surgieron como consecuencia de la propia situación. Los tribunales traían a mucha gente que había que fusilar. Siempre estuve en contra de usar a los mismos hombres como pelotón de fusilamiento una y otra vez. En aquel periodo, mi jefe de campo, Karl Fritzsch, vino un día y me preguntó que por qué no intentaba ejecutar a la gente con el gas Zyklon-B. Hasta entonces, el Zyklon-B se usaba solamente para desinfectar los barracones que estaban llenos de insectos, de pulgas, etcétera. Lo intenté con gente que estaba condenada a muerte en sus propias celdas, y así es como surgió. Yo no quería más fusilamientos, y en su lugar utilizamos las cámaras de gas.

—¿Cuántos campos de concentración en Alemania o fuera de ella tenían cámaras de gas?

—Mauthausen, Dachau, Auschwitz, y en el este, Treblinka; en Rusia usaban vagones de gas.

—¿Y en Majdanek?

—Tenían cámaras de gas temporales, pero ese campo estaba bajo el mandato de la Policía de Seguridad; de los *Einsatzkommando* y de la Policía de Seguridad. En Lublin había un campo de concentración que estaba bajo nuestra supervisión, pero no era un campo de exterminio. Majdanek estaba cerca de la ciudad de Lublin y allí había un campo de

exterminio bajo las órdenes del teniente general Globocnik, que era el jefe político y de la SS de Lublin.

11 de abril de 1946

Höss estaba sentado en su catre con una expresión de parálisis en la cara y con las manos juntas, haciendo crujir los nudillos de los dedos; hoy tenía los zapatos puestos. Le he preguntado cómo se sentía y ha contestado: «Bien». Y ha contado que los pies le seguían doliendo de vez en cuando, lo que atribuía a las quemaduras por congelación que se hizo hace tres semanas. Cuando le pido que describa en detalle el dolor o la incomodidad, parece incapaz de hacerlo, excepto para decir que es un dolor por debajo de la piel. Se quita los zapatos y le examino los pies, que no tienen nada de anormal, tienen buen color y no presentan ningún trastorno sensorial al rozar con un alfiler, al tacto o a la presión profunda.

Le he preguntado en qué había estado pensando hoy y me ha mirado con su expresión normal de perplejidad y apatía, ha dirigido su mirada al muro y después, con aflicción, hacia el señor Triest, el intérprete, y entonces ha respondido

—No he estado pensando en nada en particular. El psicólogo de la cárcel, el doctor Gilbert me pidió que escribiera una pequeña biografía de mi niñez y lo he estado haciendo.

Tenía a su lado unas cuantas hojas con material escrito a lápiz que acababa de escribir. Me ha preguntado si me gustaría ver lo que ha estado escribiendo, que casi estaba terminado. Le he dicho que sí y le he echado un vistazo rápido. Le he pedido que me contara con sus propias palabras lo que había escrito.

—Lo mismo que le he contado a usted en los últimos días y algo que empezamos a tratar ayer sobre mi padre, mi madre y mis hermanas. Es difícil recordar la propia niñez, y mi infancia fue buena y feliz. Desde muy pronto quise ser soldado e intenté varias veces escaparme de casa para alistarme en el Ejército. Más de una vez me sacaron de los trenes en los que me había escondido y me devolvieron a mi madre.

Antecedentes familiares: «Procedo de una familia acomodada. Mi padre fue oficial del Ejército y luego se dedicó a los negocios. Tengo dos hermanas, que son cuatro y seis años más jóvenes que yo. Mi padre murió en 1914 y mi madre en 1917».

Padre: Murió a los cuarenta y dos años cuando el sujeto tenía catorce. Cuando era oficial del Ejército en África, le hirieron con una flecha envenenada en la región superior del abdomen, según lo que Höss recuerda, y nunca se recuperó completamente de esa herida. También tuvo crisis recurrentes de malaria, que también contrajo en África. Como consecuencia de esas enfermedades se jubiló del Ejército con el grado de comandante y se metió en el mundo de los negocios. Cuál era el negocio exacto al que se dedicó resulta vago pero parece que fue agente de algo. En algún momento su padre fue profesor de una escuela militar de Metz.

Madre: Murió en 1917 a los treinta y nueve años.

—Estaba en el frente en aquel momento. Cuando volví, mis hermanas me dijeron que había muerto de una enfermedad indeterminada. Siempre había estado enferma, nunca tuvo buena salud.

Ha sido incapaz de describir las personalidades de su madre y de su padre excepto para decir:

—Los dos eran muy sosegados, reservados, unos católicos muy religiosos. No recuerdo nada más, sólo que se llevaban bien y que

dedicaban todo su cariño a sus hijos. Mis padres querían que yo fuera sacerdote católico. Por esa razón fui al instituto.

—¿Usted quiso alguna vez ser sacerdote?

—No, yo siempre quise ser militar. En mi infancia quizá dije alguna vez que quería ser misionero en África porque mi padre me habló mucho de la vida de los misioneros allí.

Hermanos: Una hermana nacida en 1904; otra en 1906. Las dos están casadas. La mayor tiene un hijo, la otra tiene dos. La hermana mayor está casada con un carpintero, la más joven con un obrero del cemento. Los dos cuñados tienen negocio propio. Por lo que Höss sabe ninguno de los dos fue miembro del Partido Nazi, ni sus hermanas tampoco. El marido de la hermana mayor nunca estuvo en el Ejército, pero el de la pequeña fue reclutado y herido poco después, por lo que volvió a la vida civil.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a sus hermanas, y con qué frecuencia las ve?

—Desde que me fui de casa a los dieciséis años, he visto a mis hermanas muy pocas veces y he tenido poco contacto con ellas. A veces nos escribimos; una vez al año, en los cumpleaños, pero no con regularidad. La última vez que vi a mi hermana pequeña fue en 1937 y a la mayor la vi por última vez en 1941. La mayor vive en Ludwigshaven y la pequeña en Mannheim.

»En aquella época, en 1941, fui a inspeccionar la fábrica IG Farben en Ludwigshaven y fui un rato a ver a mi hermana.

—¿Sabía alguna de sus dos hermanas a lo que se dedicaba?

—Sí, sabían que estaba en la SS y que estaba a cargo de los campos de concentración, pero por supuesto no tenían ni idea de los detalles de mi trabajo y yo tampoco hablé mucho de ellos.

Adolescencia: «Yo tenía muy poca paciencia en la escuela y era sólo un estudiante mediocre porque siempre estaba pensando en dejar la escuela y alistarme en el Ejército. En 1914, cuando estalló la guerra, mi impulso más fuerte fue de hacerme soldado pero todavía era muy joven. Intenté colarme en el frente metido en los trenes que llevaban a las tropas, pero siempre me cogían y me llevaban de vuelta a casa. En 1916, cuando trabajaba como ayudante en un hospital (todos los chicos de la escuela trabajaban media jornada en los hospitales del Ejército), me encontré con un capitán de caballería que había conocido a mi padre. Había servido en el mismo regimiento que mi padre. Le convencí para que me llevara con él a su escuadrón.

»Al principio del verano, cuando terminó el colegio, hice como que me iba a ver a mis abuelos a la Selva Negra. Eso era lo que yo hacía normalmente en las vacaciones de verano, y por eso mis padres no sospecharon nada. Pero ese año, en lugar de visitar a mis abuelos lo que en realidad hice fue marcharme al destacamento del capitán de caballería. Estaba organizando una unidad que sería enviada a Turquía, la Unidad Asiática. Me entrenaron muy deprisa y dos semanas después salí para Turquía. Hasta que me marché no le escribí a mi madre para que supiera mi paradero, porque pensaba que si sabían que estaba en Alemania me habrían hecho volver.

—¿Por qué se quiso marchar de casa con tanta prisa?

—Vivía bien en casa, pero quería ser soldado, ésa fue la única razón.

—Cuando era pequeño, ¿su padre fue para usted un buen compañero?

—¿Un compañero? ¿A qué se refiere?

—Un amigo, es decir, ¿le resultaba fácil acercarse a él, le trataba con amistad?

—Ahora que lo dice, difícilmente puedo contestar a esa pregunta porque hace mucho tiempo, y además murió cuando yo tenía catorce años. Casi siempre estaba fuera de casa. No, no debería decir casi siempre pero bastante a menudo sí, y cuando estaba en casa era un buen padre, pero estaba, como yo, muy ocupado. No tenía demasiado tiempo para jugar o hacer otras cosas con nosotros, si es a eso a lo que se refiere.

Todos los demás intentos de conseguir una descripción de su padre o de su madre han sido infructuosos. Sin embargo, parece que su madre estaba permanentemente enferma, tenía enfermedades que o fueran desconocidas para Höss o posiblemente fueran psicosomáticas. Es todo tan ambiguo que no se puede llegar a una conclusión. Lo único definitivo que se puede decir respecto a la relación de Höss con su madre es que no era una relación demasiado estrecha y que su muerte le afectó poco y no le sorprendió lo más mínimo, ya que siempre había estado, como dice Höss, «enfermiza y con poca salud».

—Tras mi formación militar, estuve en el frente con los *Freikorps*. ¿Hay algo más que le pueda contar?

—De sus cinco hijos, ¿cuál es su favorito?

—No hay ninguna diferencia, los cinco son iguales.

—¿Les quiere?

—Por supuesto, mi única preocupación en este momento no es mi destino porque ya sé que seré ahorcado, sino el bienestar de mi esposa y de mis hijos.

Esa última muestra de preocupación la hizo con el mismo tono apático y falto de expresividad que antes.

—¿Qué hacía usted respecto a la disciplina de sus hijos?

—Yo hacía poco, era mi esposa quien se ocupaba. Sólo en ocasiones contadas me ocupé de la disciplina, y eso fue con los mayores. Quizá les

pegué flojo dos o tres veces, si se portaban mal. Nunca hubo una ocasión en que tuviera que castigar a mis hijos; nunca fueron malos y siempre se portaron bien. Mi esposa es una madre muy enérgica con la educación de los hijos.

—¿Qué quiere decir con «enérgica»?

—Bueno, les trata con cariño pero durante toda su educación y formación se les ha enseñado a obedecer inmediatamente.

—¿Cuántas personas de servicio tenía usted en su casa de Auschwitz?

—Hasta 1940 sólo tenía una criada, que me proporcionó el Servicio de Trabajo. Esas chicas tenían que servir obligatoriamente en un hogar durante un año y después medio año en una familia con hijos. Era parte de la movilización de la mano de obra. Después de 1940, mientras vivimos en Auschwitz, teníamos dos mujeres internas que trabajaban para nosotros. Esas mujeres pertenecían a sectas religiosas, a los testigos de Jehová. A quienes repartían panfletos o participaban activamente en esa secta se les llevaba a los campos de concentración. Las dos mujeres que trabajaban en mi casa tenían más de cincuenta años. A las mujeres pertenecientes a los testigos de Jehová, cuando estaban bien físicamente, se las mandaba a trabajar en las familias con hijos para que se olvidasen de sus sectas religiosas. Vivían en mi casa y tenían libertad para ir a comprar y para vestirse con ropas civiles. Por supuesto, tenían que estar por la noche en casa y no podían dedicarse a ir por ahí de visita.

—¿Cómo conoció a su mujer?

—Cuando salí de la cárcel en 1928 ingresé en una organización que se llamaba Sindicato de Jóvenes, en el que había gente que quería que la enviasen de la ciudad al campo para aprender agricultura y poder establecerse finalmente como agricultores. Mi esposa también era miembro

de esa organización y la conocí en una finca en la que ella trabajaba, ayudando en la casa del dueño de la finca. Pero nunca fue la criada.

—¿Cuántos años tenía ella y durante cuánto tiempo estuvo saliendo con ella?

—Tenía veinte años cuando la conocí y estuvimos saliendo durante tres meses antes de casarnos.

—¿Han tenido ustedes alguna vez dificultades sexuales?

—Ninguna. Esas cosas siempre se me dieron muy bien. Cuando era joven siempre me fue todo muy bien en ese sentido. Tuve mi primera experiencia sexual a los diecisiete años con una enfermera en un hospital de Damasco. Ella tenía veintitantos años, era algo mayor que yo; y todo fue bien.

—¿Ha tenido alguna experiencia sexual desde mayo de 1945?

—No.

—¿Algún deseo sexual?

—Bueno, no, al principio era por el trabajo tan duro que hacía en la granja, y después porque sabía que la Policía me estaba buscando.

—¿Ha estado nervioso alguna vez?

—Sí, por ejemplo durante el último año que estuve en Auschwitz, en 1942 y 1943. Tenía mucho que hacer. El exterminio era sólo una pequeña parte de mi trabajo. Todas las noches sonaba el teléfono para convocarme en algún sitio. Estaba agotado no sólo por las exterminaciones, sino también por los demás trabajos. Mi esposa se quejaba a menudo de que pasaba muy poco tiempo con mi familia, y de que sólo vivía para mi trabajo. Así seguí hasta 1943 cuando fui a Berlín y me vieron los médicos, que informaron a mis superiores de que había estado trabajando demasiado y estaba agotado. Me dieron entonces seis semanas de vacaciones; fue hacia finales de 1943. Mi esposa no vino conmigo porque estaba en el último mes del embarazo de nuestra hija pequeña y por eso se quedó en nuestra casa de Auschwitz.

—¿Cómo se manifestaba su nerviosismo?

—No lo sé, excepto que mi eficiencia se veía bastante reducida y yo me encontraba algo impaciente y más irritable que de costumbre. Normalmente soy una persona tranquila y serena.

—¿Cómo se encuentra ahora mismo? ¿Nervioso o sereno?

Höss parece pensar por un momento, mira al suelo, me mira a mí y luego a la pared sin pestañear y con los ojos totalmente abiertos.

—Ahora estoy menos nervioso que entonces.

—¿Cómo era su casa de Auschwitz?

—Mi casa estaba situada justo delante del campo de Auschwitz. Antes había sido la casa del administrador del cuartel de artillería polaco. Cuando llegué a Auschwitz, la casa no estaba del todo terminada. La arreglé, hice un jardín alrededor. Tenía diez habitaciones, sin contar los baños y las cocinas, pero eran estancias pequeñas, ni muy grandes ni muy bonitas.

Le pregunté si tenía creencias religiosas.

—Abandoné la Iglesia en 1922; y mi esposa, en 1935.

—¿Por qué abandonó la Iglesia?

—Durante mis experiencias en los frentes de Irak y Palestina, pensé que había mucha hipocresía relacionada con los llamados lugares sagrados y que había cosas que no se hacían correctamente, sobre todo por la Iglesia católica, a la que yo pertenecía. Y eso me hizo desviarme de mi antiguo, rígido y estricto catolicismo.

—¿Qué tipo de hipocresía vio exactamente y, en concreto, qué le pareció equivocado respecto a la religión católica en Palestina y en Irak?

—No sé, de eso hace mucho tiempo y desde entonces he estado tan ocupado que no he tenido tiempo de pensar en la religión, pero todo ese dinero dedicado a la Iglesia, bueno, a mí me pareció una hipocresía.

—¿Ha habido algún cambio en su actitud respecto a la religión desde que fue arrestado?

—Yo no diría que un cambio, pero por primera vez tengo deseos de ver una Biblia porque quiero saber lo que la religión enseña a las personas. Cuando me fui de casa y dejé de estar bajo la influencia de la religión, era demasiado joven e inexperto para entenderla realmente.

—¿Acude usted aquí a los servicios religiosos católicos?

—No.

—¿Tiene ganas de hacerlo? Sabe que si quiere, puede hacerlo.

—Decir que tengo interés por la religión sería excesivo. Pero ahora, desde que sé que mi vida ha terminado, quiero buscar la paz interior. Ahora me gustaría saber si lo que he hecho con mi vida, no sólo en Auschwitz sino antes, no fue erróneo. Quizá lo que hice, y que siempre consideré que era lo correcto, no lo fue porque desde la derrota de Alemania en mayo de 1945 veo que a los ojos de la Iglesia y a los de la cultura e ideología universales todo fue una equivocación.

—¿Qué piensa usted de sus propias actividades? Ha dicho que quería encontrar la paz interior. ¿Se siente perturbado emocionalmente?

—Sólo noto que me duelen los pies y que estoy más preocupado por el bienestar de mi familia que por el mío propio.

—¿El hecho de haber enviado a la muerte al increíble número de dos millones y medio de hombres, mujeres y niños, por no hablar de la supervisión de ese exterminio y de las excursiones que usted hizo a otros campos que supervisó desde 1943, todo eso no le perturba un poco de vez en cuando?

—Pensaba que estaba haciendo lo correcto, obedecía órdenes y ahora, por supuesto, veo que fue innecesario y equivocado. Pero no sé que quiere usted decir con eso de que si me perturban esas cosas, porque yo

personalmente no asesiné a nadie. Yo era sólo el director del programa de exterminio de Auschwitz. Fue Hitler quien a través de Himmler lo ordenó y fue Eichmann quien me daba las órdenes relativas al transporte.

—¿Piensa alguna vez en esas ejecuciones, gaseamientos, quema de cadáveres, en otras palabras, le vienen esos pensamientos a la cabeza alguna vez y de algún modo le atormentan?

—No. No tengo fantasías de ese tipo.

—¿Qué periódicos leía en los últimos diez años?

—Sólo tenía los periódicos del Partido, por ejemplo, *Das Reich*, el periódico político semanal publicado por Göbbels. También leía la información de las circulares y las revistas que sacaba la SS.

—¿Leyó alguna vez *Der Stürmer*? —Alguna vez cayó un ejemplar en mis manos, pero yo lo rechazaba porque era superficial, pornográfico y tenía demasiada propaganda. Tampoco creo que dijera totalmente la verdad. —Ésa es una observación interesante: usted asesinó a dos millones y medio de judíos pero rechazaba *Der Stürmer*. —Sí, todas las personas con algo de sentido común rechazaban *Der Stürmer*. —¿Leyó alguna vez *Völkischer Beobachter*? —Sí, me llegaba también pero le dedicaba menos atención que a los semanarios porque no me interesan demasiado los periódicos diarios. —¿Tiene sueños de algún tipo? —No, de vez en cuando sueño, pero a la mañana siguiente no me acuerdo de lo que he soñado. —¿Tiene pesadillas alguna vez? —Nunca.

—¿Es su esposa buena cocinera? Tiene usted preferencia por algún tipo de comida?

—No, siempre me ha interesado poco la comida, para decepción de mi esposa, que es una buena cocinera. La comida siempre ha tenido un papel secundario en mi vida.

—¿Fue su esposa alguna vez miembro del Partido?

—No. Era miembro de la Organización de Mujeres, pero nunca fue muy activa, tenía mucho trabajo en casa criando a los hijos.

—¿Tuvo secretaria alguna vez?

—No, en los campos de concentración no teníamos secretarias, sólo ayudantes y administrativos militares.

—¿Cuál fue el grado más alto que llegó a conseguir en la SS?

—Teniente coronel.

—¿Tiene algún deporte favorito o algún *hobby*?

—Montar a caballo y cazar, hasta cierto punto, pero tenía poco tiempo para esto último porque estaba siempre muy ocupado y cansado por culpa de mi trabajo.

ALBERT KESSELRING

1885-1960

Albert Kesselring fue general de la *Luftwaffe* y mariscal de campo, y más tarde, comandante supremo de las Fuerzas Armadas alemanas en Italia. En 1947 fue juzgado en Venecia por un Tribunal militar británico que le condenó a muerte, sentencia que fue conmutada posteriormente por la de cadena perpetua. Fue puesto en libertad en 1952.

4 de febrero de 1946

Esta mañana y esta tarde me he entrevistado con Albert Kesselring, que es un hombre canoso y sonriente de sesenta años, cuya postura erguida y cuyo uniforme sin condecoraciones son las únicas reminiscencias del antiguo mariscal. Ha sido agradable y ha cooperado de una manera discreta y contenida. Tiene una sonrisa amplia y unos dientes algo descoloridos. Tiene una vena temporal superficial muy tortuosa en la sien derecha.

A la pregunta de si ha tenido algún tipo de dolencia física o de otro tipo, ha respondido que tenía los dientes algo sueltos, pero que le ha atendido el dentista de la prisión. Hace un año sufrió una fractura de cráneo con parálisis del lado izquierdo de la cara. Preguntado sobre esa parálisis (es la palabra que él utiliza), parece que no sufrió ningún tipo de daño motor de la musculatura facial, pero que tuvo algún tipo de disestesia (seguramente una hiperestesia) del lado izquierdo de la cara y del cuello.

Desde entonces ha tenido periodos transitorios de vértigos y «amnesia», durante los cuales su capacidad de pensar se ve momentáneamente obstaculizada. Esto le ocurre sobre todo cuando algo le afecta emocionalmente, y le dura alrededor de treinta segundos. Cuando mueve la cabeza hacia atrás o la rota hacia la derecha o la izquierda siente un vértigo muy leve. Sólo se puede acostar del lado derecho; si lo hace del izquierdo le molesta la sensibilidad de la piel de la cara. Resultó herido en Italia, cerca de Bolonia, cuando conduciendo su coche pasó cerca de una pieza de artillería. Se dio en la cabeza con el cañón y estuvo inconsciente cuatro horas. Tardó ocho horas en llegar al hospital. Recuerda que después vomitó mucho, y también recuerda alguna hemorragia oral. El único daño en la piel que se produjo fue una pequeña herida en el párpado izquierdo. El accidente ocurrió a finales de octubre de 1944. El 15 de enero de 1945 fue dado de alta y volvió al servicio activo.

Nació en Marktsheft, cerca de Würzburg, el 20 de noviembre de 1885. Fue un bebé «normal», un «niño feliz» con peso normal. Desconoce cómo fue su desarrollo y cuándo empezó a andar, a hablar y a comer solo, pero supone que no hubo nada que destacar. Es el sexto y el pequeño de los hijos que tuvieron sus padres.

Formación: Asistió a la escuela elemental en Wunsiedel durante cuatro años y al *Gymnasium* en Bayreuth durante nueve. Después estuvo en la academia militar de Múnich un año, y a continuación se inscribió en la escuela de artillería de Múnich, en la que estuvo dieciocho meses. Mientras estuvo en la academia militar estudió matemáticas, historia, química e historia militar. En el periodo que pasó en la escuela de artillería estudió historia y economía nacional.

Ha dicho que las academias militares en las que él estuvo no se parecían a la academia militar de West Point, en Estados Unidos. Casi todos los cuerpos del Ejército tenían su propia academia militar. Cree que las academias militares de Baviera tenían un currículo más extenso. Allí los estudios duraban tres años, mientras que en Prusia eran de sólo un año. Uno de los requisitos para entrar en las academias de Baviera era haber terminado el *Gymnasium*. Después de la I Guerra Mundial, las academias del norte adoptaron el sistema bávaro. Había academias en Dresde, Berlín, Múnich y otras grandes ciudades, además de las academias militares de aviación a partir de 1933.

Kesselring ha dicho que primero fue oficial de artillería y luego oficial del Estado Mayor, comandante de artillería y piloto; entonces asumió un papel importante en la *Luftwaffe* y se convirtió en mariscal de campo. Al final de la guerra fue comandante en jefe del frente occidental cuatro semanas. Antes de eso había sido comandante en jefe del Ejército alemán en Italia hasta marzo de 1945. Estuvo en el escenario del Mediterráneo hasta

finales de noviembre de 1941, en Italia, Grecia y en África en diversas ocasiones.

Le he preguntado si se consideraba un general de Hitler o más bien un general de la vieja escuela. Ha respondido que él *no* se consideraba un general de Hitler. Ha mencionado varios nombres a los que llama «generales de Hitler», pero no se ha incluido a sí mismo. Ha sido evasivo respecto a Erhard Milch, diciendo que era un buen técnico de la administración, y no ha mencionado a Jodl ni a Keitel. Sobre el mariscal de campo Walther Model, ha dicho que era un «general de Hitler». En 1919, Kesselring era capitán y en 1923 comandante. No fue herido en la I Guerra Mundial. Nunca fue miembro del Partido Nazi.

—La mezcla del carácter de los alemanes del norte con el de los alemanes del sur consigue unos resultados excelentes.

Le he preguntado cuáles son las diferencias entre los alemanes del norte y los del sur.

—El tipo del norte tiene unos horizontes más extensos, unas perspectivas más amplias, porque la tierra es llana y se puede ver a distancias más lejanas. Es mejor a la hora de organizar cosas que el alemán del sur. El bávaro es más estrecho de miras, tiende a la melancolía; quizá las montañas y el aislamiento tengan algo que ver con eso. Cuanto más llano es el paisaje, más amplios son los horizontes. En Suabia la gente tiene inclinación por el arte y la poesía, y tiene ambiciones.

Le he preguntado: «General, ¿se siente más prusiano o bávaro?». Me ha respondido que se siente un general alemán. Cree que Alemania como Estado es demasiado pequeño para Europa. Él cree que, como en Estados Unidos, puede haber una Europa unida.

—Ya han pasado los tiempos de los coches de caballos. Los aviones sustituyen ahora a los carruajes.

—¿Cree que Alemania debería liderar Europa?

—Ya no. Pasó su momento.

He continuado con ese tema, preguntándole si pensaba que de todos modos, al final, o desde un punto de vista filosófico, ocurriría.

—Bueno, geográfica y mentalmente los alemanes son los representantes de una cultura que en origen simbolizaba a Europa, pero es más importante que todos esos países se unan.

—¿Estaría usted a favor de unos Estados Unidos de Europa, en democracia?

—Sí. Sería mejor llamarlo «Pueblos Unidos de Europa», en vez de «Estados». La personalidad de los pueblos es más importante. Es muy importante que los bávaros sigan siendo bávaros y que los prusianos sigan siendo prusianos.

—¿Que no se mezclen?

—No. Lo que quiero decir es que la personalidad de los pueblos hay que preservarla. Renania es distinta a Pomerania.

—¿Cree que es posible conseguirlo sin una guerra?

—Sí. La guerra sólo es posible cuando se tienen muchos enemigos. Si todos los enemigos se unen y forman un frente único, o si reduces el número de enemigos, no habrá guerras.

Le he pedido que elaborase un poco más esa curiosa panacea respecto a la guerra.

—Bueno, si Inglaterra, Francia, Alemania, España, Italia y Grecia hiciesen un frente común, se enfrentarían a un único frente, el oriental, que sería un único enemigo.

—Por tanto, usted cree que una guerra con Rusia es inevitable.

—He estado en la cárcel durante meses, pero estoy convencido de que Rusia quiere dominar.

—¿A quién, digamos a Europa, a Alemania, al mundo?

—Es imposible dominar el mundo, pero el comunismo se extenderá por todo el mundo. Puedo imaginarme la dominación de Europa por parte de los rusos, con lo que ganaría el bloque europeo y lo añadirían al asiático.

No ha hablado de esas cuestiones de una manera demasiado elaborada o con facilidad. Me ha dado la impresión de ser un poco ambiguo y de estar poco informado sobre los asuntos del mundo, pero tiene opiniones firmes y es bastante conservador, en línea con las bien conocidas ideas nazis.

Costumbres: Dice que dejó de fumar en 1925 porque tenía fuertes dolores de cabeza, que atribuía al tabaco. Durante la I Guerra Mundial llegó a fumar veinte cigarrillos diarios. Un día dejó de fumar y nunca ha vuelto a hacerlo. Bebe muy poco, cuando lo hace. Nunca hubo antecedentes alcohólicos en su familia, aunque no tenían escrúpulos religiosos ni de otro tipo respecto al alcohol ni al tabaco.

—Yo ya no fumo, pero me gusta que la gente lo haga. Es algo muy varonil.

Está seguro de que su opinión respecto a la guerra es la misma que la de otros generales, es decir, que un militar normal es menos entusiasta respecto a la guerra porque conoce su crueldad. Sus opiniones respecto a la imposibilidad de que haya en Europa muchos pequeños estados dice que está basada en sus experiencias pilotando aviones. En los viajes por aire, llegas en un momento a la frontera de un Estado extranjero.

—Hoy en día, en un avión llegas a la frontera de otro país antes de darte cuenta, pero por otro lado, los Estados pequeños no serían autosuficientes.

La última vez que pilotó un avión fue en marzo de 1945. Realizó todos los ejercicios de vuelo a los cincuenta y cinco años. Desde 1934 hacía una media de tres o cuatro vuelos por semana. Ha volado en aviones tipo A y B (bimotores) y también del tipo C (bombarderos pesados) como segundo de

a bordo. Cree que tiene el récord en número de kilómetros recorridos por aire.

—¿Tenía algún tipo de contacto con Milch en su trabajo?

Hasta 1933 Kesselring fue oficial de artillería del aire. En aquella época Milch era secretario de Estado. Tres años después se separaron, Milch se quedó en Berlín y Kesselring se fue al frente.

—Milch estuvo en Noruega una temporada para hacerse con algunas medallas, pero en realidad no era un buen comandante operativo.

Al principio eran muy buenos amigos y camaradas, pero surgieron algunas diferencias. No aclara cuáles fueron esas diferencias, pero siguen siendo buenos amigos. ¿Qué diferencias tuvo con Milch? Ha eludido la respuesta diciendo que fueron razones personales, pero que provocaron que Kesselring fuese retirado del Ministerio del Aire y enviado al frente, algo que agradeció.

—¿Hubo entre ustedes algún sentimiento de rivalidad?

—Bueno, los generales Stumpf, Weber y otros del mismo grupo, al que yo pertenecía, disfrutaban de algunos privilegios, mientras que en aquella época Milch seguía siendo coronel, y podría haberse dado el caso de que estuviera celoso. Milch siempre fue el más veterano de todos ellos en el escalafón, pero le hicieron mariscal de campo cuando era más joven que los demás. Milch es un buen administrador.

Kesselring es mariscal de campo desde 1940. En la *Wehrmacht*, incluida la *Kriegsmarine*, hay veinte mariscales de campo. Es el rango más alto exceptuando el de mariscal del Reich, cargo que posee Göring.

Kesselring dice que su salud en general ha sido siempre excelente, que tenía tanta energía que asustaba a sus subordinados, que eran hombres más jóvenes. Se ríe y dice literalmente: «Destruía a todos los que estaban a mi

alrededor». Con eso quería decir que trabajaba más duro y durante más tiempo que sus asistentes y que los agotaba.

—¿Conoció a Rommel?

—Sí. Era el mejor comandante de tropas rápidas, pero sólo a nivel de Ejército. Por encima de ese nivel, la tarea se le atragantaba. A Rommel se le dio demasiada responsabilidad. Era un buen comandante del Ejército, pero era un poco melancólico, tenía un humor muy cambiante, podía ser de lo más entusiasta y al minuto siguiente estar deprimido.

—¿Estuvo Rommel alguna vez tan deprimido como para tener que ser hospitalizado?

—Sí. Rommel tuvo una crisis depresiva en África y estuvo hospitalizado, sobre todo tenía depresiones. En El Alamein ya no era el Rommel que había sido. A partir de ahí fue demasiado para él.

—¿Hay algo de cierto en la historia de que Hitler ordenó que Rommel fuera ejecutado?

—Creo que es cierta en un noventa y nueve por ciento. Oí que le habían dado a Rommel la posibilidad de suicidarse, y también que su hijo le dijo lo mismo. Se suponía que había estado implicado en el atentado del 20 de julio[1].

Cuando llegó la capitulación, Kesselring dio su palabra de que ninguno de sus oficiales se suicidaría, y «mi honor vale más que ningún guardia». Ha dicho que la manera que tienen de tratar los estadounidenses a los oficiales de alta graduación no es buena, porque les da la impresión a los guardianes de que lo mismo les puede ocurrir a sus jefes.

—No es bueno para los soldados estadounidenses. Siempre he tenido muchos amigos, y ahora a los sesenta años, estoy entre cuatro paredes como un delincuente común.

No hay odio en su voz, pero sí bastante amargura.

—Con frecuencia un líder militar se enfrenta a situaciones que tiene que solventar, pero como es su obligación, ningún Tribunal le puede juzgar.

Le he preguntado acerca de las normas del Káiser respecto a la no violación de los derechos humanos, es decir a que un militar no debería obedecer una orden que va contra los derechos humanos. Le había oído decir eso a Halder. Ha contestado:

—La primera obligación de un militar es obedecer; si no se hace así, es mejor abandonar el Ejército.

Me ha enseñado un libro de Thomas Carlyle en el que se afirma que la obligación de un militar es obedecer en cuerpo y alma. También leyó una cita del jefe de Estado polaco, mariscal Pilsudski, en la que éste declara que la historia de la institución militar era una historia de obediencia. Un soldado que no obedece no es un soldado.

—En el código militar —continúa Kesselring—, ningún soldado debería cometer un crimen. Pero en la guerra, con sangre por todas partes, el militar puede tener que cometerlo. Pero si un oficial lo tolera sabiendo que es erróneo sería improcedente.

—A veces —ha dicho— es necesario dar órdenes estrictas para evitar que las dudas que pueden resultar amenazantes lo sean. De las ejecuciones en masa no se puede hablar.

—Bueno, ¿qué piensa usted de ellas?, ¿o no ha pensado nada al respecto?

—Yo no sé nada. Por supuesto que no son correctas. Las cosas que van en contra de los derechos humanos y que tienen consecuencias negativas, no necesariamente hay que llamarlas delitos. Las guerras tendrían que pelearlas los militares.

—No veo que sus dos afirmaciones estén relacionadas, las cuestiones contra los derechos humanos y que las guerras las tienen que hacer los militares. ¿Quiere decir que los crímenes fueron cometidos por civiles?

—Sí, ningún soldado bajo mi mando cometió crímenes.

—Me han dicho algunos de los otros generales que el Ejército contaba con destacamentos de tropas de la SS y también destacamentos de la Gestapo.

—Quizá, sí, no de la Gestapo, pero sí de la SS.

—¿Estaban bajo su mando como general?

—No exactamente.

—¿Qué quiere decir? Da la impresión de que ese sistema de mando es muy complicado. En otras palabras, usted tenía en su Ejército tropas de la SS, pero tenían un mando autónomo.

—No, en el frente yo era el responsable.

—Es sabido que la SS ha cometido crímenes.

—No la SS bajo mi mando en mi Ejército.

»Además —ha continuado—, se hubieran podido evitar muchas crueldades si no hubiera habido una guerra detrás del frente.

—¿Se refiere a si no hubieran actuado los partisanos, las guerrillas y demás?

—Sí, a menudo los civiles paraban un coche y mataban a los soldados. En otros casos, los soldados eran llevados a un pueblo y allí eran asesinados. Es imposible para un mando militar quedarse sin hacer nada mientras se mata a sus soldados en lugares que no son el campo de batalla.

—¿Hubo represalias en Italia como consecuencia de eso?

—Después de la retirada de mis soldados tuve que dar órdenes estrictas de que no se realizaran saqueos creando así una situación caótica. Si un lado atenta contra los derechos humanos, la otra parte también puede hacerlo.

—Sí, pero ¿hubo alguna represalia real contra la actividad de los partisanos antes o después de la retirada de sus soldados?

—Sí. Unas cuantas[2].

Antecedentes familiares: Su padre murió en 1934, a los ochenta y nueve años, casi ciego pero con un buen estado mental. Había sido maestro de escuela y posteriormente fue nombrado inspector de enseñanza de Bayreuth. Dejó de trabajar a los setenta y tres años pero siguió haciendo calistenia (un tipo de gimnasia). Kesselring cree que se parece a su padre aunque éste era más musculoso.

—¿Estuvo su padre de acuerdo en que fuese a la academia militar?

—Sí, fui con el permiso de mi padre.

—¿Puede describir la personalidad de su padre?

—Introvertido, muy estricto, por lo menos a los niños nos lo parecía, incluso cuando ya éramos mayores. Era presidente de clubes, sindicatos, etcétera. En 1880 se hizo masón. Fue ayudante del gran maestre de una Gran Logia importante. Era muy religioso, luterano. Políticamente era nacional liberal, lo que hoy podría denominarse como una mezcla de ideas democráticas y nacionalistas.

—¿Cree usted que su padre hubiera aceptado el nacionalsocialismo?

—Creo que como masón se hubiera opuesto. Pero dejando a un lado su masonería, como pensaba que cada cual podía pensar lo que quisiera, no creo que se hubiera opuesto al nacionalsocialismo. Mi padre era totalmente alemán, y pertenecer a la masonería no era contrario a ese sentimiento.

—¿Qué tenía Hitler que objetar de los masones?

—Que era una organización internacional. Un primo mío era miembro de una logia en Bayreuth y la gente le miraba con recelo. El comprender a otras naciones no significa estar en contra de tu propio país. Ése es el problema de los alemanes. Sólo son capaces de ver su propio país, solamente las agujas de la torre de la iglesia de su pueblo. ¡Si la juventud

alemana pudiera viajar al extranjero y los jóvenes de otros países pudieran venir a Alemania! Si quieres ser mejor, tienes que aceptar las críticas.

—¿Cuando murió su padre se vio usted afectado anímicamente?

—Sentí la muerte de mi padre profundamente, porque éramos una familia muy unida.

—Pero era muy mayor, ochenta y nueve años es una edad muy avanzada.

—A pesar de todo, usted sabe lo que es.

—Sí.

—Uno de los problemas de los nazis era que los niños eran apartados de sus familias a edades muy tempranas. Sobre todo las niñas. Una de las primeras cosas que hay que hacer es devolver a los niños a sus familias. En especial los que tienen de quince a dieciséis años. No me refiero a que lo malo fuese la influencia del Servicio de Trabajo, sino llevarse a los niños los domingos o por las tardes, en lugar de que pudieran ser educados por sus padres.

—¿Qué opina usted de las ideas de Schirach respecto a la educación de los jóvenes?

—Tenían muchas cosas buenas, pero había algo que no me gustaba: que los educadores eran demasiado jóvenes. No estoy de acuerdo con al menos uno de sus lemas: «los jóvenes tienen que ser educados por los jóvenes».

Madre: «Murió de una enfermedad renal a los cincuenta y cinco años, cuando yo tenía veintiocho. Había estado enferma durante varios años. No hay ningún problema renal hereditario en mi familia».

—¿Cómo era la personalidad de su madre?

—Mi madre era una mujer y una madre ideal. Vivía sólo para su familia. Se podría decir que era una imagen que lo iluminaba todo.

—¿Era ella la figura dominante en su hogar, o daba la impresión de que su padre tenía más poder?

Kesselring se ríe.

—Se podría decir que eran un frente unido contra los niños. La disciplina era tarea de mi padre, y creía que debía pegarnos si nos lo merecíamos. Lo que no ocurría a menudo.

—Como el más pequeño de la familia, ¿diría usted que de algún modo era el favorito?

—Mi hermano y mi hermana dicen que era así, pero en realidad no lo era.

Cuando murió su madre, Kesselring estaba ya casado y vivía en Metz. La madre era muy enfermiza y su fallecimiento era esperado, pero él no estuvo en su lecho de muerte. Tenía la costumbre de volver a casa una o dos veces al año para visitarla. Mientras estuvo destinado en la población cercana de Grafenberg, iba a su casa los fines de semana.

Estado civil: Se casó a los veinticinco años. Su esposa tiene ahora cincuenta y siete años, está viva y sana. Vive con su madre, de ochenta y nueve años, cerca de Telz. Casi todo su dinero fue confiscado y perdió casi todos sus bienes personales mientras estuvo en el campo de Braunschweig. Su esposa vive con algún dinero que él le dio. «Es más pobre que una rata». Su esposa es muy religiosa y proviene de una familia de clérigos. No tienen hijos. En 1912 le hicieron a su esposa una operación en la vagina que no le sirvió de nada. Se le indujo una menopausia artificialmente, mediante electricidad, en 1926, cuando tenía cuarenta años. Dice que tenía leucemia y que le pusieron un tratamiento eléctrico que fue lo que le indujo la menopausia de una manera artificial. Cuando le pregunto que si desde el punto de vista sexual consideraba que su matrimonio fue positivo, dice «sí» con aire distraído.

2 de marzo de 1946

Kesselring ha testificado que había ordenado ejecutar «en el acto» a algunos soldados alemanes por realizar saqueos[3]. ¿Considera que la ejecución era el castigo adecuado al saqueo? Bueno, eso no lo podía «admitir tal cual» pero si un Ejército se empieza a acostumbrar a hacer fechorías, entonces están justificadas las medidas más drásticas. Se hizo en beneficio tanto de la población civil como del Ejército. Tuvo una «bronca bastante fuerte» en el cuartel por esa cuestión. En otras circunstancias, paradójicamente, Kesselring era partidario de los métodos educacionales y eso explicaba algunos castigos más leves.

No sabía nada del traslado de las obras de arte de la abadía italiana de Montecassino[4]. Al contrario, él protegió los tesoros artísticos en cooperación con el general de la SS Karl Wolff, trasladando esos tesoros a lugares seguros[5]. Intentó sacar tesoros artísticos de las zonas de combate, y evitó situar su cuartel general en ciudades con cultura, porque podría ocurrir que el enemigo las bombardease. Más tarde, cuando le capturaron, oyó que se habían sacado los tesoros artísticos de Montecassino. Por lo que él sabía, estaban en el Vaticano. ¿Sabía que algunas de las obras de arte de Montecassino fueron entregadas a Göring? Bueno, había oído algo sobre la estatua de un santo, pero nada más. Por otro lado, la División Hermann Göring estaba localizada en ese sector y Kesselring no estaba seguro de hasta dónde llegaron sus actividades.

En el juicio, sir David Maxwell Fyfe sacó a relucir que Kesselring había admitido en un interrogatorio previo que el verdadero propósito del bombardeo de Rotterdam había sido «mostrar una actitud firme y asegurar una paz inmediata». Admitió eso pero negó que fuese para aterrorizar a la población de Rotterdam. Negó la precisión del interrogatorio diciendo que

él nunca había utilizado la expresión «actitud firme». Al final, Kesselring aceptó haber dicho «medidas severas» cuando se le apuntó esa expresión. Dijo además que él era un soldado, no un político, y que sencillamente estaba cumpliendo las órdenes del general Kurt Student respecto al bombardeo.

Entonces se le leyó la declaración del almirante Raeder en la que decía que «aunque era deseable basar todas las medidas militares en el Derecho Internacional existente, si en un caso concreto se podía obtener una victoria decisiva o conseguir un éxito importante, deberían llevarse a cabo medidas que superasen el Derecho Internacional existente».

Kesselring dijo que no estaba totalmente de acuerdo con ese punto de vista. No era aplicable a Rotterdam. Se le indicó entonces que las negociaciones para la rendición de Rotterdam se habían iniciado a las diez y media de la mañana y que el bombardeo de Kesselring empezó a la una y media o las dos. Kesselring dijo que el general Student ordenó el ataque y que en aquel momento él no sabía nada de la capitulación. Maxwell Fyfe señaló que la comunicación entre las fuerzas terrestres de Student y los bombarderos de Kesselring era excelente y que se podía haber cancelado a través de la radio o mediante señales luminosas, si lo que se pretendía era un ataque para aterrorizar a la población en lugar de uno táctico. Kesselring admitió que las condiciones eran tales que se podría haber cancelado el ataque, pero siguió manteniendo, de manera poco razonable, la idea de que había sido planeado tácticamente porque a él le habían ordenado que lo hiciera, y él no era un político, sino un soldado.

Más tarde se subrayó que el general Student se había disculpado frente a los holandeses por el ataque, ya que había ocurrido cuando la guerra había terminado. Maxwell Fyfe le ha preguntado a Kesselring sobre el ataque a Polonia. Ha dicho que Kesselring ayer insistió en que Varsovia era un

objetivo militar. Si así era, preguntó, ¿por qué otras catorce ciudades y pueblos de Polonia habían sido bombardeados simultáneamente? Serían también objetivos militares, dijo Kesselring. Maxwell Fyfe observó que ese ataque comenzó el 1 de septiembre de 1939 a las cinco de la mañana, por lo que no había habido tiempo de realizar ningún vuelo de reconocimiento sobre Polonia. Cierto, respondió Kesselring, pero tenía suficientes agentes que antes de aquello le habían provisto de información. De hecho, dijo Maxwell Fyfe, ¿no estaba planeado el ataque a Polonia desde abril de 1939? [6]. Kesselring dijo que en abril de 1939 él no sabía nada de eso. Ha admitido que era bastante probable que Göring hubiera estado en sus cuarteles secretos una semana antes de que empezara el ataque a Polonia. Maxwell Fyfe ha dicho que el ataque a las ciudades de Polonia en general había sido un proyecto muy bien planeado para reducir a la resistencia polaca.

Kesselring se ha indignado bastante y ha dicho que si se hacía caso omiso de sus declaraciones como mariscal de campo y militar bajo juramento y no se las creían, ya que era obvio que Maxwell Fyfe no se las creía, no tenía sentido que siguiera declarando. Ha repetido que el ataque que él realizó no era contra las ciudades polacas sino contra objetivos militares, y que como militar tenían que creerle.

El interrogatorio se ha dirigido entonces hacia lo ocurrido con los partisanos durante el mando de Kesselring en Italia. Se ha leído la orden de Keitel del 16 de diciembre de 1942, una copia de la cual se encontró en el cuartel general de Kesselring en Italia. Decía:

> El Führer ha dictaminado que el enemigo utiliza en la guerrilla partisana a comunistas fanáticos que no dudan en cometer todo tipo de atrocidades. Es realmente una cuestión de vida o muerte. Esta lucha no tiene nada que ver con el valor militar o con los principios de la Convención de Ginebra. Si la lucha contra los partisanos en el este y también en los Balcanes no se combate con los medios más brutales, enseguida

llegaremos a un punto en el que las fuerzas disponibles no serán suficientes para controlar la zona. Por lo tanto, no está solamente justificado sino que es obligación de las tropas utilizar todo tipo de medios sin restricción, incluso contra mujeres y niños, siempre que eso asegure el éxito. Cualquier consideración con los partisanos es un crimen contra el pueblo alemán.

Kesselring ha recordado la orden. Entonces se le ha presentado su propia orden del 17 de junio de 1944, en la que se lee:

La situación respecto a los partisanos en la escena italiana, sobre todo en el centro de Italia, se ha deteriorado hasta el punto de que constituye un serio peligro para las tropas, para las vías de abastecimiento, para la industria de la guerra y para el potencial económico. La lucha contra los partisanos se tiene que llevar a cabo con todos los medios a nuestra disposición y con la máxima severidad. Yo protegeré a todo comandante que exceda nuestras limitaciones habituales a la hora de elegir métodos severos contra los partisanos. A este respecto se aplicará el viejo principio de que un error en la elección de los métodos para llevar a cabo las órdenes es mejor que el fracaso o la negligencia a la hora de actuar.

Kesselring ha admitido que emitió esa orden. Además, tres días después había sacado otra considerada como «máximo secreto» que dice:

Es obligación de todas las tropas y de la Policía bajo mi mando adoptar las medidas más severas. Todo acto de violencia cometido por los partisanos ha de ser castigado inmediatamente. Los informes que se envíen tendrán que detallar las represalias llevadas a cabo. Cuando haya pruebas de que existe un número considerable de grupos partisanos en la zona, se procederá a arrestar a un porcentaje de la población masculina, y en el caso de que se cometa un acto de violencia, esos hombres serán ejecutados.

Se le han recordado a Kesselring dos ejemplos de cómo se habían obedecido sus palabras. Un coronel llamado Von Gablentz fue capturado por los rebeldes. Se arrestó a población masculina total de los pueblos cercanos a la carretera en la que ocurrió el incidente. Como represalia por la

captura de su coronel fueron arrestadas quinientas sesenta personas, de las cuales ciento cincuenta eran hombres. Maxwell Fyfe le ha preguntado si poner bajo custodia a cuatrocientas diez mujeres y niños era lo que él quería decir en su orden respecto a «llevar a cabo los pasos necesarios para combatir la lucha de los partisanos». Kesselring ha respondido de manera algo ambigua que aquello fue innecesario.

El otro ejemplo fue lo que ocurrió en el pueblo de Civitella el 18 de junio de 1944. Mataron a dos soldados alemanes y un tercero fue herido en una pelea con partisanos en ese pueblo. Temiendo represalias, los habitantes evacuaron el pueblo, pero cuando los alemanes los descubrieron se planeó una acción de castigo. El 29 de junio, cuando los habitantes volvieron creyéndose seguros, los alemanes llevaron a cabo una represalia bien organizada. Se ejecutó a la población. Ese día mataron a doscientos doce hombres, mujeres y niños. Algunas de las mujeres muertas estaban desnudas. Las edades de los muertos oscilaban entre un año y ochenta y cuatro. Se incendiaron aproximadamente cien casas. Algunas de las víctimas fueron quemadas vivas dentro de sus casas.

Maxwell Fyfe preguntó a Kesselring si las necesidades militares exigían la muerte de bebés de un año y de personas de ochenta y cuatro años. Kesselring dijo: «No».

EWALD VON KLEIST

1881-1954

Ewald von Kleist, mariscal de campo, comandante de tres cuerpos de Ejército *Panzer* durante la invasión de Francia en 1940, dirigió el primer grupo *Panzer* en la Unión Soviética en 1941. Capturado por las fuerzas aliadas en 1945, fue juzgado por crímenes de guerra en Yugoslavia y condenado a quince años de cárcel. Puesto en libertad y entregado a la Unión Soviética, murió en 1954 en un campo de prisioneros cercano a Moscú.

12 de junio de 1946

Este hombre de sesenta y cuatro años, Ewald von Kleist, nació el 8 de agosto de 1881 en Braunfels, provincia de Hesse. Dijo que había residido sólo cuatro semanas en su ciudad natal, tras lo cual vivió en Hannover.

En líneas generales, tuvo una infancia saludable. Pasó el sarampión y la escarlatina y otras enfermedades infantiles de menor consideración. En tres ocasiones sufrió una conmoción cerebral a raíz de otras tantas caídas de un caballo. La primera conmoción tuvo lugar a los veintisiete años. Estuvo dos horas inconsciente y hubo de guardar cama durante seis semanas, en una habitación a oscuras. La última conmoción fue en 1924. A propósito de este suceso contó la siguiente anécdota:

—Hindenburg estaba a punto de ser nombrado presidente de Alemania. Yo guardaba cama; el almirante Alfred von Tirpitz vino a mi casa de visita y me pidió que lo acompañase a la residencia de Hindenburg. Al almirante Tirpitz se le denegó el acceso, porque el hijo de Hindenburg no deseaba que su padre fuese nombrado presidente. Yo tampoco deseaba que Hindenburg fuese nombrado presidente. Le dije a Hindenburg que era un militar de grandísima reputación, pero que si se pasaba a la política, perdería prestigio como estadista y como ser humano.

»Hindenburg tomó parte en la candidatura a la presidencia por primera vez durante la Pascua de 1924. Stresemann visitó a Hindenburg en su residencia de Hannover, llevándole un borrador de un mensaje con motivo de la Pascua militar, que deseaba que Hindenburg firmase y difundiese. Si le refiero toda esta anécdota es sólo para mostrarle qué clase de hombre era el viejo Hindenburg. Cogió el mensaje, lo leyó, lo rasgó y lo tiró a la papelera. Acto seguido, tomó asiento ante su escritorio y redactó su propio mensaje de Pascua. Indicó a Stresemann que, si fuera presidente, nunca se

dejaría manejar como un títere, sino que haría las cosas a su saber y entender.

»En fin, veo que me alejo sobremanera de aquella conmoción cerebral que sufrí durante aquel año. Fue una conmoción ordinaria; caí del caballo y el caballo se me vino encima. Creo que estuve inconsciente durante unos minutos, y se me obligó a guardar cama durante varias semanas. Nunca sufrí ninguna consecuencia grave a raíz de ninguna de mis conmociones».

Le he pedido a Kleist que me hablase más de sí mismo, de sus comienzos en la carrera militar.

—Fui capitán durante la I Guerra Mundial, y tuve un cierto trato con Hindenburg mientras estuve acuartelado en Magdeburgo. Después de la guerra conocí a Hindenburg bastante mejor, pues residía en la misma ciudad que yo, en Hannover.

Kleist estudió en la escuela elemental durante tres años, y luego, durante nueve en un *Gymnasium*. Acto seguido ingresó en el Ejército con el grado equivalente a oficial cadete y estudió en la academia militar.

—Nuestro sistema para llegar a ser oficial era bastante democrático. Fui más o menos nombrado oficial sobre principios democráticos, elegido entre el resto del cuerpo de oficiales cadetes. En la siguiente ocasión que se presentara, que era por lo común el 18 de agosto, o bien con motivo del cumpleaños del Emperador, recibíamos el nombramiento de oficial por grupos. Obtuve el grado de oficial el 18 de agosto de 1901.

»El 5 de febrero de 1938 me retiré del servicio activo a la vez que el general Fritsch. Fui llamado de nuevo a filas cuando estalló la guerra.

—¿Por qué se retiró en 1938?

—Había estado en la reserva durante un año y medio, entre febrero de 1938 y septiembre de 1939, cuando comenzó la guerra con Polonia. Me retiré del Ejército debido a la actitud del Partido Nacionalsocialista con

respecto a la Iglesia y a otras cuestiones religiosas, y porque yo había sido un señalado defensor de la religión.

Ha dicho que era de confesión luterana, «aunque defendí todas las confesiones religiosas y todas las iglesias. Los obispos católicos reunidos en Breslau saben con cuánto ahínco luché por la libertad de culto».

—¿Había hablado alguna vez de todo ese asunto con Hitler?

—No, personalmente no, pero fui un paladín categórico de la religión, e incluso emití una directiva desde mi puesto de mando, indicando que el soldado joven debía asistir a los servicios religiosos y ser practicante de su confesión. Recibí una orden de la OKW para cancelar dicha directiva. Declaré que no estaba dispuesto a hacerlo.

—¿Quién era en aquel entonces el general en jefe de la OKW?

—Esto sucedió en el verano de 1937. Wilhelm Keitel estaba al frente de la OKW. Keitel, por descontado, no tiene ninguna culpa. Actuó así debido a la presión del Partido.

Kleist ha descrito cómo recibió la orden de volver a filas en 1939, con el comienzo de la guerra.

—Me despertó en plena noche, en mi casa, el alcalde del pequeño pueblo en el que residía. Me dijo que había comenzado la movilización de cara a la guerra, me indicó que debía reportarme ante el mando de inmediato. Me presenté, en efecto, ante el mariscal de campo Gerd von Rundstedt, en Silesia. Nuestras formaciones estaban listas entonces para proceder a la invasión de Polonia, lo cual sucedió a finales de agosto de 1939.

Kleist ha señalado que se había casado en 1910. Si mujer había cumplido cincuenta y seis años; fue el día de su cumpleaños cuando tuvo noticias de ella por última vez. Tenía dos hijos, de veintinueve y veinticinco años. El mayor se encontraba en un campo de prisioneros de guerra, en Rusia; el menor seguía estando con su esposa. El hijo menor había sido llamado a

filas como soldado raso, y permaneció en el Ejército una corta temporada, pero contrajo asma y fue dado de baja antes de que terminase la guerra. El hijo mayor era soldado de caballería profesional, con el rango de capitán al final de la guerra. Kleist ha dicho que recibió una postal de su hijo con fecha de 1 de marzo de 1946, diciéndole que estaba vivo y se encontraba bien, y que se le podía escribir a cargo de la Cruz Roja de Moscú, en la URSS.

Ha descrito su matrimonio diciendo que había sido muy feliz. El padre de su esposa era un adinerado industrial de Hannover.

—Las mujeres son una maravilla. Nunca se quejan. Mi esposa por ejemplo ha sufrido agudos dolores de espalda, pero nunca ha molestado a los demás debido a sus problemas. Siempre procura darme ánimos. Nuestra familia está bastante bien de salud, con la excepción del grave asma que padece mi hijo menor.

Le he comentado a Kleist que, según había podido leer, los Kleist se contaban entre las familias de terratenientes más ricas de Alemania. Quise que me corroborase si era cierto. Kleist sonrió y lo desmintió categóricamente.

—No, al contrario. Mi familia inmediata era de pobre extracción. Los Kleist son en general una familia muy numerosa, y tal vez en conjunto sí sean dueños de una porción de tierras seguramente muy considerable. Sin embargo, ningún Kleist es millonario. No hay entre nosotros industriales, ni dueños de grandes fábricas, ni ricos de otra condición. Siempre me ha interesado mucho la historia familiar, al igual que a tantas otras personas, y he rastreado el apellido Kleist hasta 1175. Desde entonces, los Kleist nos hemos extendido mucho. Supongo que ésa es la razón de que mi apellido figure en la lista de los más ricos terratenientes de Alemania. Es verdad que todos los Kleist poseen los mismos antepasados, que siempre nos hemos

tratado unos a otros como parientes que somos, y si un miembro de la familia cayó en la pobreza, recibió de los demás ayuda financiera.

»El grueso de los Kleist era bastante pobre, dueño de pequeñas granjas en Pomerania. Si se cuentan todas esas pequeñas propiedades, serían unas treinta o cuarenta en total. Pero ya ve usted qué razonamiento más ridículo. Sería igual que si en Estados Unidos dijera usted que los Smith son una familia muy adinerada. Sin embargo, por su querencia a la tierra de Pomerania, y también porque eran gentes muy industriosas, así como ahorradoras, mantuvieron la propiedad de sus granjas y compraron las tierras adyacentes a ellas, de modo que pasaron a ser terratenientes. Me gustaría aclarar, aunque sea de manera sucinta, que los Kleist forman un grupo industrioso y ahorrador, orgulloso, aunque pobre, cuyo común motivo de orgullo los ha mantenido unidos por medio de los lazos de sangre. Que yo sepa, sólo hay un millonario en mi familia. Se trata de un ciudadano suizo que se casó con una Kleist, de modo que no puede afirmarse que sea realmente un miembro de la familia consanguínea. Sin embargo, en nuestra familia tenemos dos escritores de fama internacional y un gran catedrático de física.

Hemos comentado su historia familiar.

—Mi padre era filósofo, filólogo y estudioso de las lenguas antiguas. Murió a los setenta y cinco años de edad, en 1923 o 1924. Fue soldado voluntario durante un año en la guerra de 1870, pero contrajo una neumonía y se le dio de baja. Mi padre se mostró muy desdichado cuando yo me hice militar. Por la razón que fuera, no le agradó mi profesión. No sé por qué. Probablemente creyese que yo no tenía vocación de soldado. Yo entré en la artillería de campo, aunque por entonces era muy difícil el ingreso en el cuerpo, ya que eran muchos los aspirantes.

Kleist ha sonreído con sus recuerdos.

—Mi padre tuvo que cursar una solicitud para que me admitieran en el cuerpo. Lo hizo a regañadientes, y escribió así: «Mi hijo quiere ser oficial, pero yo no creo que sea satisfactorio en calidad de soldado y oficial». Recibió una respuesta inesperada, en la que se le dijo: «Por favor, envíe a su hijo inmediatamente».

»Mi padre era un filósofo a la antigua usanza. Era un hombre maravilloso, un idealista opuesto a la guerra. Era una rata de biblioteca sin la menor idea de la política o la economía. Vivía completamente al margen. Supongo que si llegara a expresar alguna postura política, habría sido un liberal nacionalista, es decir, del Partido de Stresemann.

—¿Qué hubiera pensado su padre acerca del Partido Nacionalsocialista si hubiera seguido vivo en enero de 1933?

—En aquel entonces no existía el nacionalsocialismo.

Le dije que era consciente de ello, pero insistí en saber, retrospectiva e hipotéticamente, cuál creía que podría haber sido la opinión de su padre.

—Mi padre era como un filósofo griego. A menudo decía esto en griego: «Un hombre debiera ser nuestro semejante, uno debiera ser nuestro líder». Pero nunca lo dijo en el sentido de lo que sucedió en Alemania con Hitler en el poder. Los griegos también acuñaron el término «tiranía». Se reconocía que había buenos padres y padres malos, aunque los griegos en general odiaban a casi todos los tiranos. También está el conocido verso de Schiller: «A Dionisio, el tirano, acudió el hombre con la daga en la faltriquera». Se me hace muy difícil precisar lo que hubiera pensado mi padre, pero como amaba a los griegos y amaba su filosofía, creo que sin lugar a dudas habría manifestado una condena sin paliativos del nazismo. Habría comprendido que si a un hombre se le otorgan poderes especiales en caso de emergencia, puede ser un acierto, pero no habría visto con buenos ojos lo que Hitler llegó a ser con el tiempo, es decir, un tirano.

—¿Estaba yo entonces en lo cierto al suponer que Kleist consideraba a Hitler un tirano?

—Sí. Hitler se convirtió en un tirano. Fue nombrado canciller por medios democráticos, pero luego se tornó un dictador. Era un tirano en el sentido que le daban los antiguos griegos a la palabra.

—¿Estaba de acuerdo con el punto de vista de los estadounidenses, o quizá con cualquier punto de vista civilizado, de que Hitler fue un asesino?

—Eso es innegable.

—¿Cuándo lo comprendió?

—Yo no supe nada de los asesinatos en masa, las atrocidades, las violaciones del código de conducta militar, etcétera, ni supe nada de las actividades y órdenes asesinas de Hitler, hasta el final de la guerra, cuando fui encarcelado.

—¿No había recibido órdenes directas del jefe de la OKW, de Keitel, que fueron esgrimidas ante el Tribunal como prueba en su contra, órdenes de hecho contrarias al código de la ética militar internacional? Kleist ha bajado la vista al suelo y ha meditado su respuesta.

—Eso es algo bastante complicado. Entiendo a qué se refiere. Es muy complicado. Estoy de acuerdo en que Keitel cometió graves errores en muchas de sus directivas; personalmente no cumplí ninguna, salvo un método honrado de luchar, ajeno a toda directiva que pudiera violar las normas de la decencia humana. Lo hice incluso cuando combatí en Rusia, donde la campaña bélica fue más violenta. Por si fuera poco, aquí estoy en calidad de testigo del Estado Mayor del Ejército, y ése es casi el punto crucial de nuestra defensa. Es algo en lo que la acusación con toda seguridad querrá abundar, y debo pensarlo a fondo, con mucho cuidado, y hablar con Manstein antes de manifestar ninguna opinión oficial sobre las órdenes de Keitel.

Le he dicho que comprendía su postura, pero que como nuestra entrevista era oficiosa, al menos por lo referente al Tribunal, y no iba a estar accesible a la acusación bajo ningún concepto, me preguntaba si no podría decirme qué pensaba acerca del problema de acuerdo con su propia escala de valores. Kleist ha esquivado la pregunta.

—La verdad es que no puedo entrar con mucho detalle en órdenes que podrían interpretarse como constitutivas de delito, porque no soy abogado, y no sabría encontrar las lagunas jurídicas que un abogado sin duda sabría detectar. Si quiere conocer mis propias opiniones a las claras acerca de las órdenes de Keitel, se las explicaré. Eran las órdenes de un estúpido seguidor de Hitler, al que profesaba obediencia ciega. Yo por lo menos les presté muy poca atención, y entiendo que cualquier intento por dar justificación a esas órdenes sería un error por parte de quienes entre nosotros estamos versados en la tradición y la buena conducta militares. Conocía a Keitel bastante bien, y creo que es una persona decente. Lo que sucedió, simplemente, es que Hitler quería contar con un general débil en esa posición de tanto poder, con el fin de tener control absoluto de sus movimientos. Si yo hubiera ocupado el puesto de Keitel bajo el poder de Hitler, no habría durado ni dos semanas.

Hemos vuelto al asunto de la historia familiar de los Keitel, y pasa a describir a su padre con más detalle.

—Mi padre era un hombre bastante afectuoso, aunque estaba siempre enfermo a resultas de una infección pulmonar que contrajo durante la guerra de 1870. Llevó una vida solitaria, lejos de todo contacto con su familia inmediata; como ya dije antes, era una rata de biblioteca perdido siempre no en la realidad, sino en los libros, en las obras de los antiguos griegos, y en su familia. Con franqueza, le absorbían más sus libros que sus hijos. De

niños tan sólo le veíamos a las horas de comer; muy de vez en cuando daba un paseo con nosotros.

—¿Era su padre una persona irritable debido a sus complicaciones pulmonares?

—No, no exactamente, aunque siempre ponía mucho esmero en cuidar de su salud, y estar con los niños le fatigaba y le ponía nervioso. Era un hombre de costumbres sumamente moderadas, que sólo se tomaba un vaso pequeño de cerveza al día, que no fumaba al menos que yo recuerde, aunque también me acuerdo de que me dijo que de joven fumaba uno o dos cigarros puros al día.

—¿Considera que la personalidad de su padre era muy distinta de la suya propia?

—Sí, desde luego. Yo he salido más a mi madre. Mi madre todavía vive, aunque tiene noventa años.

»Es sorprendente, pero a sus noventa años mi madre sigue siendo una buena ama de casa, activa, vivaracha, en plena posesión de todas sus facultades. Por desgracia, hace ya cinco años que no he visto a mi madre. Vivía en una pequeña ciudad cerca de Hamburgo, mientras que mi esposa vivía en Silesia. Durante la guerra, si me tomaba un breve permiso iba como es natural a visitar a mi mujer. Mi madre tuvo la desgracia de romperse la cadera en 1942. Le pusieron un yeso y le insertaron un clavo, y ahora se maneja francamente bien, e incluso puede subir y bajar escaleras. No representa la edad que tiene, con la excepción de las arrugas que le rodean la boca, porque ha perdido toda la dentadura. Tiene una memoria excelente».

El propio Kleist es un hombre de mediana estatura, de tez rojiza, tirando a morena, cabello castaño fino, recio de complexión, alerta, obsequioso, sonriente. No aparenta tener sesenta y cuatro años; más parece un hombre

de cincuenta y pocos. Ha dicho que le interesa sobremanera la «leyenda» que le he comentado al principio, en el sentido de que su familia figura entre los terratenientes más ricos de Alemania.

—Todos mis parientes más cercanos, debo repetírselo, eran pobres. En su mayoría, mis parientes eran funcionarios y oficiales del Ejército. En generaciones anteriores fueron sobre todo granjeros. Recientemente, recibí una carta de una persona que me comentó que había una mujer apellidada Kleist en Washington, D. C., y que me pidió que le escribiera para saber si éramos parientes. Según supe, era una mujer sumamente rica. Es posible que el autor del libro que usted comentó antes conociera a los Kleist de Washington. Sé que con posterioridad ella habló de mí, estando yo en cautividad, de modo que debemos de ser parientes. Quiero enviarle los archivos familiares, etcétera, que estarán mucho mejor en Estados Unidos que aquí, a la vista de que todos nosotros hemos perdido nuestras casas y estamos en bancarrota total.

Kleist tenía una hermana de cincuenta y siete años, casada, cuyo marido aun vive. La hermana tenía un solo hijo, de veinticuatro años de edad, en la actualidad cautivo de los rusos.

—Siempre tuve una excelente relación con mi hermana. Mi madre vivió durante muchos años con esta hermana, a partir de la muerte de mi padre. Mi cuñado ha sido magistrado de distrito desde 1917. Se afilió al Partido Nazi poco después de 1933, no por convicción, sino porque sólo de ese modo podría conservar su puesto oficial. Después de la guerra fue automáticamente detenido, pero de inmediato se le puso en libertad.

»Mi hermana se parece más a mi padre. Es menos activa que mi madre, lleva una vida más recluida. Mi padre tenía un gran cariño por esta hija suya, mientras que el preferido de mi madre era yo. Mi hermana nunca se pudo ocupar de las cosas de su casa; desde que mi madre se fue a vivir con

ella, mi madre se ocupó de todo. Y sigue haciendo todas las tareas domésticas en casa de mi hermana.

—¿Se llevaba bien el marido de su hermana con su suegra?

—Oh, desde luego. Ya lo creo. Los vi cada pocos años durante una breve visita, y nunca encontré ningún rastro de discordancia entre ellos. Tengo la impresión de que mi hermana prefiere que sean los demás quienes se ocupen de su vida, por lo que no es culpa de mi madre que se ocupe de todo en casa de mi hermana —Kleist ha sonreído como si acabara de ocurrírsele algo humorístico—. Por otra parte, sería bastante difícil pararle los pies a mi madre si tomase la determinación de que la cena iba a prepararla ella.

Hemos hablado de los hijos y de la familia del propio Kleist. Le he preguntado a cuál de sus hijos se siente más próximo.

—Mi hijo mayor está extrañamente muy cerca de mí, de manera casi descortés en algunas ocasiones, razón por la cual se ha encontrado con más dificultades en la vida. Por eso mismo, mi hijo mayor me ha causado más motivos de queja que el menor. No obstante, a los dos los quiero por igual, al mayor tanto como al menor.

»Los dos tienen una personalidad muy diferente. El mayor tuvo un desarrollo algo tardío, tuvo que superar muchos temores. Creo que, en lo más profundo de su ser, mi hijo mayor estaba en contra de los líderes y de la autoridad en general. Tiene un alto componente de independencia. Se negaba a dejarse conducir, nunca se prestaba a escuchar con atención las experiencias de sus mayores.

—¿Fue su hijo un buen soldado?

—En cierto modo fue un muy buen soldado, no en tiempos de paz, sino en el combate. No estaba hecho, desde luego, para ser soldado en tiempos de paz, y no hubiera seguido en el Ejército una vez concluida la guerra. Su

educación y adiestramiento eran los de un militar profesional, pero habría abandonado la carrera de las armas. No me cabe duda.

—¿Por qué se hizo su hijo militar de profesión?

—Vivíamos entre soldados porque yo era oficial de profesión, de modo que pareció natural que él eligiese esa misma profesión. Creo que siempre tuvo en mente la idea de utilizar el Ejército como medio para recorrer el mundo. Si lo sé es porque a menudo me dijo que deseaba entrar en el Servicio Secreto, o hacerse agregado militar del servicio diplomático, con el fin de viajar y ver mundo. En la época en que entró en el Ejército tales cosas, por supuesto, aún no existían.

—¿Se considera un padre muy estricto? ¿Cuáles son sus ideas sobre la educación de los hijos?

—Por desgracia —ha dicho Kleist sonriendo—, nunca fui muy estricto. Mi mujer a menudo me dijo que si a mi hijo mayor le hubiera dado una buena tunda de vez en cuando, habría estado mucho mejor situado en la vida. Yo nunca hice uso del castigo corporal con ninguno de mis dos hijos. Mi mujer siempre decía que se me habría partido el corazón si les hubiera pegado. Pero ellos no son desagradecidos, somos una familia muy unida.

»Siempre he dicho que si mis hijos tuvieran que afrontar la vida tras haber perdido a sus padres, tendrían algo sobre lo que reflexionar y rememorar felizmente: habrían tenido unos buenos padres y una buena casa.

—¿Le gustaría ser abuelo?

—Sí, he deseado tener nietos desde hace mucho tiempo. Por desgracia, no ha sido así, debido tanto a la guerra como a que ninguno de mis hijos ha tenido la oportunidad de casarse.

Le he preguntado por qué está en la prisión de Núremberg. ¿Ha sido un arresto automático, está acusado de cometer crímenes de guerra, se ha

presentado voluntario ante las fuerzas de ocupación, se ha requerido su concurso como testigo de cargo del Estado Mayor?

—Estuve internado en Inglaterra, en un campo de prisioneros de guerra, y acudí voluntariamente a la prisión de Núremberg, como testigo de cargo del Ejército. Recientemente fui dado de baja en el Ejército alemán, estando en esta prisión, y se me informó de que estoy en la llamada lista de criminales de guerra con el número 7. No tengo ni la menor idea de cuál pueda ser el crimen de guerra que yo haya cometido. Lo principal es que tengo la conciencia bien limpia. Tenía entendido que iba a regresar a Inglaterra de inmediato. Sé que las autoridades británicas escribieron una carta al Tribunal de Núremberg, en la que se hacía constar que Runstedt, yo y algunos más deberíamos ser devueltos a Inglaterra tras pasar aquí tres o cuatro días. El doctor Hans Laternser, abogado defensor del Estado Mayor, recibió una carta de la secretaría general del Tribunal en la que se afirmaba que si aquí no se requería nuestro concurso, debíamos regresar de inmediato a Inglaterra. ¡No entiendo qué le pasa al tal Laternser! Manstein nos ha asignado a cada uno una determinada sección sobre la cual hemos de trabajar, y cada uno de nosotros ha completado con creces su sección. Todo ese material le fue entregado a Manstein, quien a su vez se lo remitió al doctor Laternser. Lleva ya semanas en sus manos. Ahora nos pasamos el tiempo sentados mano sobre mano, sin hacer nada, con la sola excepción de Manstein, quien en cierto modo ha asumido la responsabilidad de la defensa del Estado Mayor y del Ejército. Sé que la secretaría general del Tribunal advirtió en dos ocasiones a Laternser de que nos estaba reteniendo aquí más tiempo del preciso, y que por tanto deberíamos volver a Inglaterra. A mí se me antoja que Laternser no es capaz de decidirse sobre si yo en particular debo quedarme para testificar personalmente o si sería suficiente con una declaración jurada por mi parte.

Le he preguntado cuál es su opinión sobre Laternser.

—No es un abogado defensor realmente óptimo. Al principio me pareció una verdadera marioneta. Después de la conversación de ayer con él, tengo sin embargo la sensación de que se está poniendo al día y de que va mejorando. Yo de todos modos nunca he entendido a los abogados; supongo que, a la vista de su reputación de abogado defensor bien conocido en Alemania, es pese a todo competente.

—¿Tiene la sensación de que Laternser es muy inteligente?

—No me corresponde a mí juzgar si es inteligente o no. A menudo me he preguntado por el significado de la inteligencia. Francamente, creo que la inteligencia no tiene entidad, sino que es un compuesto de diversas capacidades de adaptación. Creo que los abogados son en general muy listos, pero no de una inteligencia extraordinaria, pues piensan de acuerdo con determinadas líneas prescritas, y no son, por tanto, muy adaptables. Sería una gran ventaja que tuviéramos a un militar alemán como abogado defensor del Estado Mayor, un hombre que, además de su familiaridad con los asuntos militares, fuese también un experto en leyes. Por supuesto que, así de pronto, no se me ocurre ningún individuo en concreto que reúna esos requisitos, ya que la mayor parte de nuestros jueces militares también eran meras marionetas, que habían fracasado como oficiales en el campo de batalla y que, como es natural, fueron asignados al departamento legal del Ejército. Podría darle una docena de nombres, algunos de ellos incluso con el rango de general. De todos modos, por volver a Laternser, yo diría que a la vista de su manifiesta ignorancia en asuntos militares, al principio se vio desbordado y por poco se ahoga con todo el material que Manstein y el resto de los presentes en Núremberg le proporcionamos. Laternser desconocía la diferencia que hay entre el alto mando y un sargento. Fue tan

extraño como si le fuesen a llamar para pronunciar una charla sobre la bomba atómica.

Con cautela, le he preguntado a Kleist cuál era la asignación que le había encomendado Manstein, y cuál es en general la naturaleza del testimonio que va a prestar en defensa del Estado Mayor. Kleist ha esbozado una sonrisa artera y ha respondido como si diera a entender: «¿Verdad que le gustaría a usted saberlo?». En cambio, esto fue lo que ha dicho:

—Respondo a ciertas preguntas que Manstein aún está formulando, y nos dividiremos esas preguntas entre todos nosotros. Algunos de nosotros, como Halder, Brauchitsch, Westphal, Wilhelm List, Wilhelm Ritter von Leeb, Rundstedt, Günther Blumentritt, etcétera, asumirán la responsabilidad de responder a determinadas acusaciones y de explicar determinados aspectos de una situación militar.

Kleist ha vuelto a sonreír de manera caprichosa.

—Me resulta interesante, porque no sé si se da cuenta, pero no todos los generales y mariscales de campo aquí presentes éramos de la misma confesión en lo militar y en lo político. No obstante, en lo que atañe a la preservación del Estado Mayor estamos todos unidos. Es un fenómeno interesante, y es indicativo de la unidad real del espíritu nacional alemán, observar cómo nos mantenemos unidos en esta hora de crisis a pesar de nuestras anteriores diferencias de opinión. Creo que es muestra de nobleza. Nuestro principal esfuerzo consistirá en desmentir que existiera una conspiración. Personalmente, soy un hombre sincero, directo, y le aseguro que la idea de la conspiración es puro *Quatsch*. En cuanto a que existiera una conspiración entre los políticos, eso es harina de otro costal. A ese respecto carezco de una opinión formada, si no es la de asegurarle que, personalmente, me cuesta creerlo.

»Lo más ridículo en la acusación de la conspiración, no sé si se da cuenta, salta a la vista con toda claridad cuando se considera que en 1939 había oficiales que eran simples coroneles, o tenientes coroneles, que en 1945 terminaron como generales. ¿Cómo iba a implicarse ninguno de esos oficiales de escasa graduación en una conspiración para lanzar una guerra ofensiva? Yo sostengo que ninguna dictadura de partido toleraría otra organización que rivalizase con ella, como hubiera sido el caso del Estado Mayor. Por ejemplo, piense en Mussolini y sus Camisas Negras, y la purga que consideró necesaria entre la propia gente de su Ejército. Otro ejemplo: Stalin, que asesinó a Tujachevski y a tantos otros generales sólo para impedir que se hicieran fuertes en exceso y se pudieran volver contra él. Por eso me parece ridícula la acusación.

—¿Tiene la sensación de que las acusaciones que pesan sobre las otras organizaciones, como la SS, el SD o la SA, también carecen de justificación?

—Eso es otra cuestión distinta. En primer lugar, no me interesan en particular esas otras organizaciones. Es la integridad del Ejército y el Estado Mayor, la tradición y columna vertebral de Alemania, lo que es preciso preservar. Pero si insiste en preguntarme acerca de la SS, la SA, etcétera, también debo responderle que no creo que las acusaciones sean completamente justas, pues sin duda había en esas organizaciones algunas personas inofensivas. Mi impresión de la SS y la SA es que eran una especie de sindicatos, y que la gente tenía la obligación de afiliarse a ellas, o lo hacían voluntariamente, por pura conveniencia.

Le comenté que estaba seguro de que algo de verdad había en lo que había dicho, si bien la acusación se había realizado contra la cúpula, y no tenía por objeto enjuiciar a una mecanógrafa, por ejemplo, que fuese casualmente miembro de una de esas organizaciones. Por si fuera poco, le

dije, el Juez Jackson había hecho hincapié, ya en su discurso inaugural sobre el asunto de las diversas organizaciones, en que no era intención de los Aliados enjuiciar a cada uno de los miembros de tales organizaciones, sino que más bien se trataba de juzgar los casos uno por uno, utilizando los criterios relativos a si el individuo implicado había cometido un crimen de guerra o había sido cómplice o parte de algunos de ellos.

—En tal caso debo reconocer que la acusación contra la SS, el SD, la SA y la Gestapo es acertada; los jefes de esas organizaciones eran criminales, y no por cierto dotados del mismo carácter de elevada caballerosidad que tenían los jefes del Estado Mayor, como por otra parte es de sobra conocido. Sin embargo, preferiría no pronunciarme sobre todo esto, y preferiría además que no citase mis palabras. En calidad de ciudadano alemán, tengo la impresión de que esto podría decirlo ante un Tribunal alemán, pero no ante un Tribunal extranjero. En mi respuesta tiene el indicio que necesita. Usted es un psiquiatra, y no tendré que decir gran cosa para que entienda usted cuáles son mis sentimientos. Seguro que sabe interpretar el indicio. Siempre me opuse a Himmler y a Heydrich.

—¿Está dispuesto a decirme algo más sobre Himmler y Heydrich?

—Creo que Heydrich era el peor criminal de todos ellos. Yo lo vi en persona. Tenía una mirada tan cargada de odio que nunca la olvidaré. En Silesia mantuve una dura batalla contra la SS y la SA. En broma, la llamábamos «la Cuarta Guerra de Silesia». Tres de las guerras de Silesia las libró Federico el Grande; la otra la libré yo contra la SS y la SA. Mi principal empeño fue combatir contra los métodos empleados por tales organizaciones de partido, métodos destinados a hacerse con el control y con el poder.

—¿Tiene algunos parientes o amigos íntimos que pertenecieran al Partido Nazi?

—No, sólo un cuñado y un sobrino de edad aún joven.

Le he preguntado por su carrera y su posición en 1933 cuando se produjo el acceso de los nazis al poder.

—Era comandante de división en Silesia. Por aquel entonces yo estaba en contra del Partido Nazi. De hecho, todos nosotros, los viejos generales del Ejército, estábamos contra el Partido Nazi. La única excepción era el general Walter von Reichenau, que estaba a favor. Por otra parte, Hitler accedió al poder de acuerdo con la constitución, pues su partido era el más fuerte. Retrospectivamente, sin embargo, se ve que no fue tan constitucional, porque Hitler no pudo escoger a sus propios ministros, debido a que Hindenburg nombró personalmente a muchos de los ministros que tuvo Hitler en su primer gabinete. Por ejemplo, del antiguo gabinete de Hindenburg procedían Schleicher, Neurath y Von Papen.

25 de junio de 1946

Hoy ha proseguido la entrevista con Kleist. Lo he visto varias veces en el ínterin, entre el 12 de junio y hoy, aunque nunca durante demasiado tiempo. Ha seguido siendo un hombre sano, de aspecto juvenil, a pesar de su edad cronológica. La vida en prisión no le ha afectado de manera especial.

Hemos comenzado a conversar con mayor detalle sobre su carrera militar. Ha dicho que había ingresado en una unidad de caballería y artillería en 1900. Le gusta montar a caballo, y la vida castrense en general le resulta grata.

—Me gustaba mandar a los hombres, que obedecieran mis órdenes.

En 1907 asistió al instituto militar de equitación de Hannover, donde tomó parte en carreras de caballos, torneos de diversos tipos y salto de

obstáculos a caballo.

—Por aquel entonces, los caballos eran toda mi vida. Toda mi pasión estaba en los caballos.

Permaneció en este instituto de equitación durante tres años. En 1910 pasó a ser teniente, tras haber sido primer teniente ya desde 1901. De 1910 a 1913 asistió a la Academia de la Guerra, tras lo cual ingresó en un regimiento de húsares acuartelado en Dánzig. En 1914 fue nombrado capitán de caballería al mando de un escuadrón.

Durante la I Guerra Mundial y hasta 1917 permaneció en el frente como capitán de su escuadrón. En 1917 pasó al Estado Mayor, con una división de caballería de la guardia. En 1918, concluida la guerra, prestó servicio en la cuenca del Ruhr, en Münster, Westfalia, hasta mayo de 1920.

—Ayudé a sofocar la revolución que se produjo entre 1918 y 1919[1].

En 1922 fue ascendido al rango de comandante y regresó a Hannover, donde estuvo al mando de un escuadrón de aquel Ejército compuesto por cien mil efectivos. En 1924 fue transferido a la escuela de equitación en calidad de instructor. En 1924 fue nombrado delegado del Estado Mayor en la Segunda División de Caballería, en Silesia. En 1927 o 1928 ascendió al rango de teniente coronel. En 1931 comandaba el Regimiento Número 9 de Infantería, en Potsdam.

—Pasé a ser comandante de infantería en aquella época, y desde entonces he estado siempre en infantería, aunque prefiero los caballos.

El 1 de enero de 1932 fue ascendido a coronel y asumió el mando de la Segunda División de Caballería en Breslau, como sucesor de Rundstedt.

En octubre de 1932 fue ascendido a mayor general y en 1934 a teniente general. En 1936 fue nombrado general en jefe de todas las fuerzas de Silesia, y ascendió a general de caballería.

Le he preguntado si consideraba que su promoción y ascenso en el escalafón fue rápido o no del todo inusual.

—Yo era un militar competente; no diría que mis promociones fueran inusuales. Merecí con creces cada uno de mis ascensos, al menos según mi estimación. Además, he sido soldado desde 1900, por lo que soy oficial desde hace cuarenta y cinco años.

—Le he preguntado por qué fue convocado al Estado Mayor.

—¿Ha destacado de manera especial en algún campo militar?

—Es difícil decirlo. Fui un buen soldado en el frente, y siempre he sido muy pragmático. Tal vez así se explique mi éxito en la vida militar. Hay demasiados políticos astutos entre nosotros, los militares, y faltan en cambio los soldados sencillos, prácticos, con conocimientos del combate en sí. Por ejemplo, nunca he escrito ningún libro de carácter militar. Alguna vez publiqué tres o cuatro líneas en un periódico de caballería. En lo esencial, he sido un general de primera línea. Me importaba lograr una victoria militar, no la redacción de los tratados teóricos.

Le he comentado a Kleist que el mariscal de campo Leeb me dijo que había escrito un libro sobre el arte de la defensa. Kleist ha señalado que nunca había oído hablar de semejante volumen. Le he dicho que Leeb afirmaba que su libro estaba a la par de un clásico de la literatura militar como Clausewitz.

—¿De veras? —ha dicho Kleist sonriendo—. A decir verdad, yo tampoco he leído nunca a Clausewitz. No sé de Clausewitz lo suficiente para decirle cuáles son sus teorías. Sé que los rusos seguramente han leído mucho a Clausewitz, quizá sea un fallo por mi parte no haberlo leído[2].

Tal como me dijo el otro día, el 5 de febrero de 1938 se retiró del servicio activo a la vez que el coronel Fritsch, pero fue llamado de nuevo a filas a finales de agosto de 1939, para prestar servicio en la guerra contra Polonia.

Fue jefe entonces de un regimiento *Panzer*, compuesto por dos divisiones más las tropas adjuntas, en la *blitzkrieg*, o guerra relámpago, contra Polonia.

—Tuve un gran éxito en esta operación, porque pude emplear tácticas propias de la caballería. En total, estuve en Polonia sólo dieciséis días. Luego abandoné Polonia y tuve una reunión con los rusos, la primera, en términos amistosos. Era la época del Pacto de No Agresión germano-soviético, estaba pendiente el reparto de Polonia entre Rusia y Alemania. La impresión que me causaron los rusos fue la de una tropa sumamente eficaz, de técnicas militares avanzadas, motorizadas en grado altísimo y de conducta muy correcta.

Asumió entonces el mando de los tres cuerpos *Panzer*, conocidos ya como Grupo Kleist.

—Fue en mayo de 1940, y comencé a organizar este pequeño Ejército que llevaba mi nombre en el territorio situado a espaldas de Düsseldorf. Acto seguido avanzamos hacia el oeste, y aunque yo lo diga es verdad que fue mi Ejército el responsable de la rapidísima victoria sobre Francia. Irrumpí en Sedán y en la Línea Maginot, y alcancé la costa de Francia en siete días, cerca de Abbeville. En el transcurso de aquella campaña triunfal tomé las ciudades de Bastogne y Calais; fueron los grupos Kleist los que atacaron Dunkerque desde el oeste. Fue durante el tremendo desastre que allí sufrieron los británicos.

»Debo decir que si los ingleses pudieron escapar a la trampa de Dunkerque, que yo había tendido con infinito cuidado, fue sólo gracias a la ayuda personal de Hitler. Existía un canal de paso entre Arrás y Dunkerque. Yo ya había cruzado ese canal, y mis tropas ocupaban los altos que sobresalen por encima de Flandes. Por tanto, mis grupos de *Panzer* tenían un completo control de Dunkerque y de la zona en la que estaban atrapados los ingleses. La verdad de lo sucedido es que los ingleses nunca habrían

llegado a Dunkerque, porque los tenía a tiro. Hitler ordenó entonces personalmente que retirase mis tropas de esos altos[3].

—¿Por qué Hitler dio esa orden?

—Hitler creyó que era demasiado arriesgado, lo cual fue una soberana tontería. Podríamos haber borrado por completo al Ejército británico, o haber tomado a todo el Ejército cautivo, de no ser por la estúpida orden de Hitler. Buena prueba de ello es que tres días después los ingleses ocuparon aquellos altos y me vi obligado a atacarlos de nuevo para volver a tomarlos. El grueso de las tropas inglesas, sin embargo, ya había llegado a Dunkerque y escapaba en embarcaciones de pequeño calado. Lo más triste de todo es que podría haber capturado a todo el Ejército británico, o a una gran parte del mismo, de manera que la invasión de Inglaterra habría sido entonces facilísima. Capturé en cambio a muchos soldados franceses, incluido el general Henri Giraud.

»En total, procedí a la captura de un millón de prisioneros de guerra en todos los frentes. Creo que lo hice bastante bien. La captura de Giraud fue muy divertida. Un oficial del servicio de inteligencia dijo que la radio inglesa había difundido la noticia de que «el bienamado general francés, el general Giraud, tomaría el mando en el frente francés para restablecer la situación». Bien, lo más gracioso de todo esto es que según leía yo el informe del servicio de inteligencia, se abrió la puerta y entró un apuesto general francés que resultó ser el general Giraud. Había sido muy valiente, aunque estaba un tanto confundido con la situación. Había tomado un vehículo de reconocimiento y se había adentrado en nuestro territorio en busca de sus tropas, pero se encontró con las mías, y fue hecho prisionero por un par de reclutas.

Kleist se ha reído.

—Dije al general Giraud que me preocupaba tener que saludar a un afamado general francés de forma tan vulgar. Mantuvimos una cordial relación, y le aseguro que lo traté con tanto respeto como a cualquier general del Ejército alemán.

»En la segunda parte de la campaña de Francia crucé el frente cerca de Amiens, atravesando la llamada posición Weygand por el río Oise. Volví a cosechar un éxito e hice un número elevadísimo de prisioneros a través de una extensa región. En la tercera parte de la campaña de Francia crucé el Marne por Château-Thierry y seguí avanzando hasta Lyon y la frontera con Suiza. Ya en la última parte de la campaña ocupé la costa del Atlántico, desde el Canal de la Mancha hasta los Pirineos[4].

Comenté que, según me parecía, debió de ser uno de los comandantes del Ejército más activos en Francia. Kleist se mostró ansiosamente de acuerdo.

—Sin pecar de inmodestia, le puedo asegurar que fui no uno de los más activos, sino sin duda el más activo de los comandantes en Francia, y que también acorté la campaña de Francia en varios meses gracias a las acciones de mis *Panzer*. Sabrá usted que se han dicho muchas cosas sobre la falta de valentía que era característica de los soldados franceses. Creo que es una exageración. Lucharon con bravura hasta que la situación se les tornó desesperada debido al poderío de nuestros efectivos alemanes, hasta que se vieron rodeados por completo. Tal vez haya una diferencia entre un soldado francés y otro alemán: el primero se rinde en cuanto se ve rodeado. Más avanzada esta guerra, nosotros, los soldados alemanes, nos vimos en situaciones mucho peores, mucho más desesperadas, y seguimos luchando fieles al auténtico espíritu alemán.

»Otro tanto se puede decir, aunque en un sentido levemente distinto, del espíritu de combate de los rusos. Los rusos son tan primitivos que no se rinden ni siquiera al verse rodeados por una docena de ametralladoras. Yo

diría que existe una clara diferencia entre la valentía alemana y la valentía rusa, en el sentido de que la primera obedece a la lógica y la segunda es brutal. Los franceses, por su parte, carecen de empuje. Es probable que una de las razones de esta flaqueza de los franceses sea que en aquel entonces no tenían nadie en quien creer. Al menos, ésa es la impresión que a mí me quedó, porque durante los meses que pasé en Francia, siempre que entraba en una casa de franceses me llamaba la atención no ver cuadros de los principales estadistas de la nación, de los generales, ni siquiera de Napoleón. Dicho de otro modo, los franceses no consideraban que sus líderes tuvieran una especial importancia. De todos modos, ésa fue la impresión que tuve entonces, pero desconozco si es acertada o no.

—¿Es cierto que los franceses en general saludaron a los alemanes con entusiasmo?

—No, no podría afirmar tal cosa. Sé que hubo muchas historias difundidas por la propaganda, incluso en los noticiarios que se proyectaban antes de las películas, en las que aparecían muchos franceses saludando a los soldados alemanes con alborozo. Yo diría que todo eso no fue sino propaganda ajena a la verdad. Los franceses fueron muy correctos; se comportaron como hubiera hecho yo si sufriese la invasión de un adversario caballeroso. Fueron fríos pero corteses. En las montañas, por supuesto, hubo partisanos, pero nunca me causaron demasiados contratiempos. Creo que fueron más activos mucho después, cuando la invasión de Normandía comenzó en serio.

»Recorrí Francia en coche de manera constante a lo largo de mi estancia, y descubrí que aunque el pueblo francés podía ser muy frío en una determinada localidad durante los primeros dos o tres días, después adoptaba una actitud más amistosa, como cabría esperar que se produjera

entre una nación civilizada y otra que no lo era menos. A su favor, diría que los franceses en general nunca fueron sumisos ni obsequiosos en su actitud.

Después de terminar su misión en la guerra contra Francia y en la ocupación de la costa francesa, fue trasladado a Rumanía el 1 de enero de 1941, en donde comenzó a formar a los soldados rumanos para la guerra contra Rusia. Le comenté que parecería obvio, por lo tanto, que supiera que la guerra contra Rusia estaba planeada ya en un momento tan temprano. ¿Instruyó Kleist a esos soldados rumanos de cara a una guerra contra Rusia?

—Lo que he querido decir es que los formé por si acaso se declaraba la guerra contra Rusia, porque había muchas divisiones del Ejército ruso desplegadas por la frontera con Rumanía.

Por vez primera en nuestras entrevistas, Kleist ha parecido irritado; a partir de ese momento ha optado por elegir sus palabras con más cuidado, hablar con menos libertad.

Le he pedido que continuase con la historia de su carrera militar.

—Desde luego, desde luego; no tengo nada que ocultar. Permanecí en Rumanía hasta comienzos de marzo de 1941, tras lo cual fui a Bulgaria debido a la noticia de que los británicos habían desembarcado en Grecia. No hubo combates en Bulgaria, todo transcurrió en términos muy amistosos. El 6 de abril de 1941 me puse al frente de las tropas que invadirían Grecia y Yugoslavia. En esta guerra de Yugoslavia estuve al mando de dos regimientos; uno se hallaba acuartelado en Rumanía y estaba compuesto sobre todo por rumanos de etnia alemana; el otro era de composición similar, pero en Bulgaria. El 8 de abril reuní a mi Ejército, y el 12 tomamos Belgrado. Hubo una encarnizada batalla en la carretera, cerca de Sofia, y otro conflicto grave contra las tropas yugoslavas en la carretera cercana a Belgrado.

»La toma de Belgrado fue pacífica. Disfrutamos de buen tiempo. Por el camino, abatí unos cuantos ciervos con cazadores yugoslavos que se mostraron simpáticos con el Ejército alemán por oponerse con toda resolución contra la amenaza de los rojos. Abandoné el país poco después para asumir un mando más activo.

»Estuve acuartelado entonces en Silesia, con mi propio personal y mi propio Grupo de Ejército, hasta mediados de junio. Fui asignado entonces al Grupo de Ejércitos Sur, a las órdenes del mariscal Rundstedt, en la campaña de Rusia. Fui el experto en *Panzer* de Rundstedt, estuve al mando de varias unidades de tanques. En aquel año, entre mis demás éxitos estuvo la captura de Rostov, que se encuentra cerca de la gran curva de arco que traza el Dniéper, hacia el norte de Crimea.

»En 1942 llegué más lejos que cualquier otro comandante alemán en nuestro avance hacia el corazón de Rusia. Alcancé el Cáucaso, donde me llegué a encontrar más cerca de China que de Berlín. Llegué luego al mar Caspio, dejando Stalingrado muy a mi espalda. Los rusos se acercaron hasta 60 kilómetros de Rostov, y hubo un momento en que mi única comunicación con la retaguardia pasaba por Rostov. Mi cuartel general se hallaba entonces a 650 kilómetros de Rostov. En enero o febrero de 1943 recibí la orden de retirarme. Estaba al frente del Grupo de Ejércitos, como sucesor del mariscal de campo List. Rundstedt ya no estaba en Rusia, sino que comandaba el frente de Francia.

»Los rusos eran cinco veces más numerosos que nosotros, los alemanes, pobres pero valerosos. Y también gozaban de una amplia superioridad en armamento. Mi comandante inmediato era Hitler en persona. Por desgracia, el consejo de Hitler en aquellos momentos críticos siempre dejó mucho que desear.

—¿Ha logrado proceder a la retirada con bien para la mayoría de su ejército?

—En realidad, tenía dos ejércitos bajo mi mando cuando llegó la orden de batirnos en retirada. Conseguí devolver uno a la retaguardia pasando por Rostov. El otro, que dejé al mando de uno de mis generales de mayor confianza, mantuvo la línea del frente sin movimiento hasta casi el final del verano de 1943. Luego se batió en retirada y sufrió numerosas bajas, pero sin llegar a diezmarse. Fue posible porque los rusos siempre se hallaron a su espalda, al norte de Crimea. Los rusos de nuevo avanzaron por el norte de Crimea contra el Grupo de Ejércitos que estaba al mando de Manstein, el cual se vio obligado a batirse en retirada. Crimea entonces se desgajó del todo, porque Hitler no accedió a acordar una retirada de nuestras tropas con tiempo suficiente. En invierno y primavera de 1943 y 1944, lentamente procedí a la retirada hasta el río que marcaba la frontera de Besarabia y Rumanía. Crimea quedó atrás, desgajada del frente que controlábamos, y sometida a un cerco por parte de los rusos. El 1 de abril de 1944 regresé a Alemania.

Le he preguntado a Kleist qué fue lo que ocasionó su retirada en aquel entonces.

—El 1 de diciembre de 1943 dije a Hitler que renunciase al mando supremo del Ejército. El 29 de marzo de 1944 de nuevo tuve una seria discusión con Hitler. Tuve la impresión de que eran más las personas que rodeaban a Hitler, y no el propio Hitler, quienes insistieron en que yo era un subordinado molesto. Cuando me despedí de él, Hitler en persona me dijo que no tenía nada que reprocharme como militar. Me dijo muchas cosas amistosas. Dijo que contaba con muy pocas personas que fuesen capaces de encabezar una guerra de maniobras. Me aconsejó que me tomase un descanso, porque había trabajado muy duro durante mucho tiempo, y me

dio a entender que pronto me volvería a llamar al servicio. Creo que la verdadera razón de que volviese a casa en aquel entonces no fue otra que el haberle dicho a Hitler con toda franqueza cuáles eran mis opiniones.

—¿Qué pensaba del Hitler de los últimos años?

—Creo que Hitler era más bien un problema para un psiquiatra, no para un general.

—A lo largo de sus contactos personales con Hitler, ¿fue consciente de alguna anormalidad?

—No. Ya conocía su talante vocinglero, su costumbre de golpear la mesa con los puños, sus pataletas temperamentales y todo lo demás. Él era el jefe del Estado, de modo que no me cabía más remedio que aceptarlo como tal. Pensé que los rasgos que acabo de mencionar formaban parte de su temperamento como persona, y que por tanto no eran dignos de mención. Yo soy un hombre también muy temperamental, diría incluso que el doble que Hitler. Cuando Hitler me gritaba, yo gritaba al doble de volumen. No soy un psiquiatra, nunca llegué a entender que Hitler realmente tuviera un carácter anormal. Si uno lo acorralaba, se sosegaba bastante e incluso guardaba silencio. Si se le hablaba durante dos horas y uno pensaba que por fin lo había convencido de algo, acto seguido empezaba por donde había empezado uno, como si jamás le hubiera dicho ni una sola palabra.

»No deja de tener su interés, pero fue una tragedia. Cuando uno recibe una orden militar, ha de obedecerla. Ésa es la gran diferencia entre el orden militar y el orden político. Se puede sabotear una orden política, pero desobedecer una orden militar equivale a la traición.

Le pregunté a Kleist quiénes eran los culpables de las complicaciones creadas por los nazis.

—La verdad es que no sabría decirlo. Diga lo que diga, será mera suposición. Por ejemplo, de junio de 1942 hasta finales de 1944 estuve en el

frente todos los días. Tomaba un avión para visitar a Hitler tal vez por espacio de una hora, cosa que hice en muchas ocasiones, pero nunca me quedé el tiempo suficiente para hacerme una idea clara de lo que estaba ocurriendo. Si hoy tuviera que emitir un veredicto, diría que los culpables fueron Hitler, Heydrich e Himmler, y, según he sabido estando aquí, también Bormann. Hitler tuvo desde el principio una gran suspicacia hacia los generales, una suspicacia que fue en aumento con el paso del tiempo.

—¿Tenía la impresión de que los líderes políticos, como Göring, Göbbels y Ribbentrop, así como algunos más, eran también culpables?

—A mi juicio, Ribbentrop nunca tuvo nada que decir, su influencia fue muy escasa. En lo tocante a Göring, hoy se sienta en el banquillo de los acusados, de modo que me resulta muy difícil decir nada en contra de un hombre para el cual se solicita la pena de muerte. Por otra parte, Göring se encontraba maniatado bajo el poder hipnótico de Hitler, de modo que su influencia también fue escasa. Göbbels era el más inteligente de todos, pero su nefasta influencia, por desgracia, sólo pude comprenderla una vez terminada la guerra.

Le he preguntado a Kleist cuál era su opinión en lo tocante a la persecución de las iglesias, el exterminio de los judíos, la matanza de los partisanos y otras atrocidades cometidas por los nazis.

—Lo que más me afecta es la persecución de las iglesias. De hecho, cuando me retiré del servicio activo, el 5 de febrero de 1938, fue en parte porque había luchado a favor de las iglesias y me oponía a la actitud nacionalsocialista sobre este particular. En cuanto a los judíos... Sólo puedo decir que algunos de mis mejores amigos eran judíos. Creo que eso expresa muy resumidamente cómo me siento al respecto. Crecí en una pequeña localidad del norte de Frisia, donde vivíamos en una pequeña casa de dos familias. Era una especie de dúplex. Nuestros vecinos eran una familia

judía, muy respetable y honorable. El cabeza de esta familia era un anciano maestro judío, y era rabino, o predicador. Tenía dos hijos que tenían más o menos de la misma edad que mi hermana y yo. Durante toda mi infancia compartí juegos con esos niños, éramos como miembros de una misma familia. Cuando llegaba la Pascua judía, visitábamos a nuestros vecinos judíos y merendábamos con ellos *matzos* y pan de azúcar.

»Nuestro otro vecino era un judío, un tratante de ganado. Yo montaba sus caballos por los prados. Así fue como aprendí a montar. Podría ponerle innumerables ejemplos de nuestros amigos y vecinos judíos.

»Los vecinos de mis suegros, en Hannover, eran unos banqueros judíos que se apellidaban Meyer. Entre mis suegros y la familia Meyer el contacto era constante. Hasta 1928 mantuve una relación amistosa, íntima incluso, vecinal, con los Meyer. Después de 1928 ya no residí en Hannover, de modo que mi relación con ellos terminó de manera natural.

»Todo lo que le he dicho a este respecto define mi actitud hacia las iglesias y los judíos. Hay malos cristianos y malos judíos, por supuesto. Cuando ingresé en esta prisión, le dije a Rundstedt que Núremberg me ha supuesto la segunda gran humillación de mi vida. La primera fue cuando se proclamaron las leyes de Núremberg y me vi obligado a prestarles toda mi atención[5].

—¿Había tomado parte alguna vez en alguna manifestación pública contra las leyes de Núremberg?

—No tuve ninguna oportunidad. Fui invitado a Núremberg en aquel entonces debido a una exhibición militar. Los invitados del estamento militar, yo entre ellos, recibimos la orden de asistir a una sesión del Reichstag celebrada en un teatro de Núremberg durante el Día del Partido. Permanecí sentado, boquiabierto, y escuché la proclamación de las leyes de

Núremberg. No pude manifestarme en contra de esas leyes, pues formaba parte del público.

»En Silesia, cuando alguien me pidió ayuda, sobre todo si se trataba de judíos, siempre hice cuanto estuvo en mi mano para ayudarle. En Breslau, un abogado que representaba a los judíos de la ciudad vino a verme a menudo solicitándome ayuda.

—¿Tenía conocimiento de los asesinatos en masa de los judíos, que tuvieron lugar desde 1941 hasta el final de la guerra?

—No. He declarado bajo juramento que no tuve ninguna noticia a ese respecto. En el invierno de 1941-1942 oí rumores en el frente, en el sentido de que los judíos estaban siendo deportados para acomodarlos en alguna otra parte. Luego tuve noticias de un pogromo perpetrado en Lemberg, ochocientos kilómetros por detrás de la línea del frente en que me encontraba. Se me informó por entonces de que los rusos o los polacos habían sido responsables de tal atrocidad. Luego tuve noticia de que se estaba asesinando en masa a los judíos en Besarabia, a un millar de kilómetros de donde yo me encontraba. Nunca había estado allí. Se nos dijo que los rumanos lo habían hecho, y desde luego que lo creí hasta el momento de llegar a esta prisión.

»En 1944 se produjo una masacre de judíos en Kishinev, y de nuevo se me dijo que había sido cosa de los rumanos. Me fijé en que una determinada parte de la ciudad de Kishinev estaba destruida. Pregunté a los rumanos qué había ocurrido allí, y me dijeron que esa parte destruida constaba de casas de judíos a las que los propios judíos habían pegado fuego. Debo confesar que no lo creí, me pareció demasiado ridículo. Ahora bien, nunca tuve noticias fiables acerca de que los alemanes fueran responsables de tales atrocidades.

»En enero de 1943, cuando me hice cargo del Grupo de Ejércitos, me llegó noticia de que se estaba asesinando a los judíos en mi territorio. Llamé inmediatamente al alto mando de la SS y al jefe de la Policía, un tal Gerret Korsemann, quien por cierto no estaba bajo mi mando[6]. Le dije lo que había llegado a mi conocimiento. Le dije que no estaba dispuesto a tolerar ninguna acción contra los judíos. Él me aseguró que no había tomado medidas contra los judíos, y que no tenía órdenes de hacerlo.

—¿Y fue así, de hecho?

—En aquel entonces no supe nada más del caso. Ahora, en los documentos rusos se dice que los judíos fueron asesinados en masa en una región que habría estado entonces bajo el mando de Korsemann, en mi territorio. Sólo que esos documentos no están fechados. No creo que, a partir de entonces, ningún judío fuese asesinado en mi zona.

—¿Se sintió emocionalmente molesto sobre estas cosas en la época en que oyó los rumores?

—¿Cómo iba a estarlo? Sólo ahora he tenido conocimiento de todo ello. Por entonces, para mí no pasaban de ser rumores. Obvio es decir que cuando tuve noticia de tales rumores, me sentí indignado, pero entonces se me aseguró que sólo eran rumores, o bien que aquellas bestialidades eran obras de personas no alemanas. Así que me tranquilicé.

—¿Ha oído hablar de Auschwitz alguna vez?

—No. Sólo supe de Auschwitz después de terminar la guerra. De todos los campos de concentración, sólo sabía que existieran Dachau y Oranienburg. Tal vez parezca que pretendo ocultar algo, pero podría afirmarlo bajo juramento. En los campos de concentración hubo amigos y familiares míos.

—¿Por qué?

—Por motivos políticos, no sé exactamente la razón. Algunos quizá hicieran comentarios críticos sobre el régimen, y fueron condenados a periodos de internamiento de seis semanas. Dos primos míos fueron asesinados más adelante debido a su complicidad en el atentado del 20 de julio de 1944.

Hemos comentado muchas otras cosas, incluida su personal visión el mundo.

—Yo soy religioso, cristiano. Creo que soy un hombre de comportamiento recto, decente; pienso que nunca quise ser injusto con nadie. Entiendo que uno ha de tener la mejor opinión de los demás mientras no se demuestre lo contrario.

—¿Qué piensa del principio de liderazgo?

—El otro día le hablé de ello. Por educación y por tradición, soy partidario de la monarquía constitucional. Quiero decir que preferiría una Monarquía como la que existe en Inglaterra. Mi principal razón para respaldar esta creencia es que en caso de la muerte del líder de la nación no se produce ninguna inquietud, y es su hijo mayor, o un pariente cercano, quien ocupa el trono.

»También estoy a favor del principio de liderazgo, en virtud del cual el pueblo elige a su líder, pero no estoy a favor de la dictadura. Hitler gozó del favor del pueblo hasta el fin, pero había destruido al pueblo y a todos nosotros, y había aniquilado toda forma de libertad de expresión, de prensa, de radio, de vida en general. De hecho, eran los obreros los que más creían en Hitler. Los llamados burgueses siempre concitaron el odio de Hitler y de la prensa nazi, y tampoco tenían la confianza de los obreros. El 20 de julio de 1944 yo estaba en mi casa. Vi cómo se congregaron los obreros para defender a Hitler, cómo sembraron la sospecha en toda la burguesía, incluidas las personas como yo.

»El programa social del NSDAP tenía algunos puntos positivos, y su intención era honrada. El 1 de diciembre de 1943, Hitler dijo que cuando se ganara la guerra la situación de los obreros dentro del Estado mejoraría notablemente por primera vez en la historia. Recuerdo las propias palabras de Hitler: «El obrero alemán no ha cometido un error al confiar en mí». Yo tengo claro que mi clase social, la clase media, habría desaparecido tanto si Hitler ganaba la guerra como si la perdía. »La economía planificada se ha implantado ahora en Alemania por decisión de las potencias ocupantes. Es algo que se hace en todos los países, con la sola excepción de Estados Unidos. Tarde o temprano, su país también optará por esa planificación. Por ejemplo, ahí tiene las cuestiones del trigo, el oro, la plata. Si Estados Unidos pretende vender cien kilos de trigo por cinco marcos, y Rusia puede vender la misma cantidad de trigo por sólo tres, bien se ve que no existe la economía libre. Bastarían unos cuantos ejemplos de este estilo, porque todo el mercado de valores se vendría abajo.

ERICH VON MANSTEIN

1887-1973

Erich von Manstein, mariscal de campo, era militar de profesión y un hábil estratega. Una discusión con Hitler debido a la estrategia bélica en el frente oriental y a su propio puesto de mando desembocó en su destitución en marzo de 1944. Fue condenado en 1949, por un Tribunal militar británico, a dieciocho años de cárcel; se le conmutó la pena por doce años. Fue puesto en libertad en mayo de 1953.

14 de junio de 1946

A sus cincuenta y ocho años, Erich von Manstein ha sido entrevistado ya en anteriores ocasiones. Nació en Berlín el 24 de noviembre de 1887. Afirmó que no se había criado en la ciudad, porque su padre era oficial y la familia lo siguió por diversas guarniciones en otras tantas partes de Alemania. Pasó de hecho su infancia en varias guarniciones, allí donde su padre estuviera acuartelado.

Es un hombre alto, de más de metro ochenta de estatura, bien desarrollado y bien nutrido. Lleva un parche negro sobre el ojo derecho, en el cual se le operó de cataratas hace ya algunos años. Ha sido el principal organizador de la defensa del Estado Mayor, el espíritu motor tras los restantes mariscales de campo y generales encarcelados en Núremberg. Fue Manstein quien asignó a cada uno de los oficiales sus diversas funciones en los preparativos de la defensa del Estado Mayor.

Su historia carece de acontecimientos señalados. De niño, a menudo padeció de enfermedades de garganta y de amigdalitis. Se le extirparon las amígdalas hace tres años, aunque ya se le habían «recortado» con anterioridad. De niño tuvo el sarampión, y a los diecinueve años padeció un ataque grave de escarlatina que no le dejó secuelas.

A los cuarenta y cinco años, hace unos trece, comenzó a tener problemas de vista en ambos ojos. El derecho estaba en peores condiciones que el izquierdo; en 1944, un oftalmólogo de Breslau le extirpó el cristalino del ojo derecho. Ya no podría leer con el derecho, si no era con unas lentes muy gruesas. El izquierdo lo tiene algo mejor, aunque también se le nubla la vista. Su oftalmólogo le aconsejó no operarse el ojo izquierdo, ya que en tal caso tendría que llevar gafas constantemente.

Hace unos doce años comenzó a padecer neuralgias en el cuello. Esta afección ha ido a peor, y los dolores son más frecuentes cada vez, sobre

todo con el mal tiempo, o después de una infección de garganta. En líneas generales, ha afirmado que a día de hoy goza de buena salud.

Su educación comenzó cuando tenía seis años, en Estrasburgo, Alsacia. Su padre estaba por entonces acuartelado en la guarnición alemana de la ciudad. Asistió al *Gymnasium* desde 1896 hasta 1900, cuando ingresó en el cuerpo de cadetes de Lübeck. A la sazón se le trasladó a Lichterfelde, cerca de Berlín, donde se graduó a los diecinueve años, en 1906. Ingresó en el Ejército siendo cadete.

En 1907 fue nombrado teniente del Tercer Regimiento de la Guardia. En 1914 estaba en el frente, con esa misma unidad, y sufrió graves heridas en el hombro y la rodilla derechos. Sufrió un corte en el nervio ciático, que si bien con cierta debilidad en la pierna se le curó de manera satisfactoria. El hombro izquierdo no le quedó permanentemente afectado. A resultas de estas heridas pasó seis meses en el hospital. En 1915 fue trasladado a un regimiento del Ejército. En 1916 pasó a formar parte del Estado Mayor como capitán de campo, y prestó servicio en Polonia, Serbia y Francia. Llegó a ser el primer oficial del Estado Mayor en la frontera con Polonia. También estuvo al frente de algunas tropas en el Ejército de los cien mil efectivos. En 1928 fue nombrado coronel al servicio del Ministerio de la Guerra, en Berlín, donde permaneció hasta 1932.

En el otoño de 1932 se hallaba acuartelado en Pomerania. En 1934 regresó a Berlín en condición de jefe de personal del Distrito Militar III (3ª División). El comandante de la unidad era el mariscal de campo Erwin von Witzleben, que posteriormente tuvo relación con el atentado del 20 de julio de 1944.

—Witzleben era amigo mío, y era un perfecto caballero. Tenía criterio, sabía discernir no entre las masas, sino entre los oficiales. Era un hombre muy cortés y muy afectuoso, listo, aunque no ambicioso, ni especialmente

diligente. No llegaría yo al extremo de señalar que fuera perezoso, pero es cierto que no le agradaba en demasía el trabajo duro. Era un militar competente por lo que se refiere a su capacidad y a su carácter.

Le he preguntado a Manstein si le ha sorprendido que Witzleben fuese cómplice en el atentado el 20 de julio de 1944.

—Yo no vi con buenos ojos ese atentado, porque cuando se está enzarzado en una guerra uno no puede asumir la responsabilidad de desencadenar una revolución en el interior del país. Sin embargo, en julio de 1944 Witzleben estaba sin destino. Había estado enfermo, se le dio de baja. Tenía unos sesenta años entonces. Había sido comandante del Ejército en el frente oeste durante la campaña contra Francia y había prestado excelentes servicios. Tuvo que abandonar el Ejército en 1942 o 1943 debido a su delicada salud.

El siguiente puesto que ocupó Manstein fue el de jefe de la sección de operaciones del Estado Mayor general en 1935. Werner von Fritsch era comandante en jefe, y el general Ludwig Beck estaba al mando del propio Estado Mayor.

—El más listo de los dos era Beck; el que tenía una personalidad más fuerte era Fritsch. Esos hombres eran los dos mejores oficiales que teníamos. Entre mis superiores, eran los mejores, sin duda. No sabría decir qué comportamiento habría tenido en la guerra, pero en tiempo de paz eran sin duda los mejores.

Manstein ha relatado la jubilación de Beck en 1938, porque no está a favor de la invasión de Checoslovaquia. Fritsch fue apartado de su puesto en febrero de 1938, también por diferencias ideológicas con Hitler, y su participación en la guerra contra Polonia fue voluntaria. Manstein no ha hecho ningún comentario sobre si la muerte de Fritsch, acaecida en Polonia, fue un accidente, un suicidio u otra cosa.

»Fritsch, Beck y yo tuvimos que abandonar nuestros puestos en el alto mando en febrero de 1938.

En 1932, Manstein había ascendido al rango de coronel. Después fue nombrado general de división, y el 1 de abril de 1938 pasó a ser teniente general. Cuando comenzó la guerra en 1939 estaba al frente de una división acantonada en Silesia. Por entonces, Manstein era jefe del Estado Mayor de Runsdtedt, comandante del Grupo de Ejércitos Sur en Polonia. Terminada la guerra en Polonia, el alto mando de ese Grupo de Ejércitos fue trasladado al frente oeste, y Rundstedt pasó a comandar las fuerzas acuarteladas en las fronteras de Bélgica y Luxemburgo. Manstein fue jefe de Estado Mayor de Rundstedt hasta febrero de 1940.

En 1940, Manstein comandaba un cuerpo de Ejército. En junio ascendió al rango de general de infantería. Estuvo en Francia hasta marzo de 1941, tras lo cual comandó un cuerpo *Panzer* que se acababa de formar en Alemania. Aunque Manstein no era una autoridad en guerra blindada, considera que llegó a ser un experto durante la campaña de Rusia.

Al comienzo de la guerra contra Rusia se encontraba en el frente norte, al mando del señalado cuerpo *Panzer*. Fueron sus hombres los que iniciaron el ataque en Prusia oriental. Permaneció en ese puesto hasta septiembre de 1941 cuando asumió el mando del undécimo Ejército en Ucrania, sustituyendo al anterior comandante en jefe de ese Ejército, Schobert, que había muerto en combate. Manstein permaneció en ese puesto hasta noviembre de 1942, momento en el cual se le encomendó el mando del Grupo de Ejércitos del Don.

—Yo estaba al mando del Grupo de Ejércitos del Don. En febrero de 1942 fui de nuevo ascendido a coronel tras haber conquistado Crimea. El 1 de julio de 1942 pasé a ser mariscal de campo, tras encabezar las fuerzas que conquistaron Sebastopol. Fue una batalla muy difícil, debido a la

tremenda resistencia de los rusos y al terreno rocoso en que se alza Sebastopol como una fortaleza natural.

En noviembre, el Grupo de Ejércitos del Don experimentó varios cambios y pasó a ser llamado Grupo de Ejércitos Sur. Este reacomodo se llevó a efecto después de que el 6º Ejército alemán, a las órdenes de Friedrich Paulus, fuese rodeado en la batalla de Stalingrado.

—Yo era el oficial con el mando supremo en Rusia. Mi nuevo Ejército, llamado Grupo de Ejércitos Sur, constaba del 6º Ejército de Paulus, que ya estaba parcialmente rodeado, más dos ejércitos rumanos y un pequeño Ejército acorazado. Paulus era mi subordinado, aunque yo tuve muy escaso contacto con él. En realidad, Paulus recibía órdenes directas de Hitler, que fue quien le aconsejó que no se batiera en retirada.

Le he preguntado a Manstein si era posible en aquel momento que el Ejército de Paulus se hubiese retirado, y ha respondido:

—En los primeros días sí habría sido posible. Sin embargo, tras quedar rodeado el riesgo fue elevadísimo, sobre todo por ser invierno.

¿Creía Manstein que la orden de combatir hasta el último hombre, dada por Hitler a Paulus, fue una orden temeraria y absurda? A Manstein se le ha endurecido el gesto y me ha fulminado con su único ojo descubierto, aunque ha respondido de manera firme, con voz monótona:

—No. Si el Ejército de Paulus hubiese capitulado antes del fin, los rusos habrían contado con la ventaja de las fuerzas que se retiraban para atacar a Paulus y atacar la frontera sur, donde yo sólo contaba con los dos ejércitos rumanos. Así pues, la resistencia del Sexto Ejército alemán, hasta la muerte del último de sus hombres, era necesaria.

—¿Quiere decir que ha sido necesaria, a pesar de que ha costado tantas vidas, como ya testimoniara Paulus ante este mismo Tribunal, pocos meses antes?

Ha contestado con la misma monótona frialdad:

—Sí. Las bajas se hubieran producido de todos modos. Y el avance de los rusos en aquel momento habría entrañado la derrota en la guerra, el absoluto aplastamiento de Alemania.

»Traté entonces de dar alivio al 6º Ejército, del cual era comandante supremo, por encima de Paulus, mediante contraataques diversos. Pero no fue posible. Di por fin la orden de que el 6º Ejército rompiera el cerco, pero Paulus dijo entonces que era demasiado tarde, que era inviable. Hitler no quiso que el 6º Ejército rompiera el cerco, sino que luchase hasta el último hombre. Creo que fue Hitler quien dijo que si el 6º Ejército hubiera tratado de romper el cerco, su destrucción habría sido inevitable.

—¿Y estaba de acuerdo?

—Bueno, tal vez una parte de los efectivos del 6º Ejército habría podido escapar, aunque sin armas, claro está; por lo tanto, eso fue lo que yo quise ordenar con el fin de salvar vidas. De todos modos, también podría haberse dado el caso de que perecieran por el frío, aun cuando hubieran escapado de la trampa en que estaban atrapados.

—¿Qué clase de hombre es Paulus a su juicio?

—Un hombre muy inteligente, aunque tal vez le faltase fuerza de carácter.

—¿Siempre ha tenido esa opinión acerca de él?

—Sí. En el momento en que se dio cuenta del peligro que corría, su deber habría sido asumir la responsabilidad sobre sus propios hombros, y tratar de romper el cerco por la retaguardia.

—¿Se había rendido Paulus a esa opción?

—No. Al contrario, fue a ver a Hitler y le pidió permiso para tratar de romper el cerco por la retaguardia, pero Hitler le indicó que debía permanecer en Stalingrado hasta su aniquilación. La crítica que le hago a

Paulus es sencilla: no tendría que haber pedido permiso a Hitler. Tendría que haberlo hecho por su cuenta. Por eso digo que seguramente le faltaba fuerza de carácter, porque para tomar una decisión como ésa en plena guerra se necesita una fuerte personalidad.

Me ha parecido que Manstein más o menos se contradecía. ¿No acababa de decir que Paulus debió haberse quedado allí y haber luchado hasta el final? Ahora parece dar a entender que Paulus debería haber roto el cerco antes incluso de verse rodeado por completo, sin preguntar nada a sus superiores. ¿Qué es lo que quiere decir Manstein?

—Lo que quise decir es que Paulus debiera haber roto el cerco antes de verse rodeado del todo. Quiero decir que cuando se vio rodeado, no debió capitular, sino que debió haber luchado hasta el fin. En ese sentido estoy plenamente de acuerdo con Hitler.

—¿Capituló Paulus al final?

—No. Su Ejército fue vencido en el transcurso de una batalla. Unos noventa mil hombres fueron hechos prisioneros. Nuestra estimación es que sólo veinte o veinticinco mil de ellos siguieron con vida.

—Paulus ha dicho ante el Tribunal que, debido a las órdenes de Hitler, cien mil hombres murieron de frío o en combate, pues tuvieron que luchar hasta el final.

—Según mis cálculos, en el Ejército de Paulus debía de haber unos doscientos mil hombres. Supongo que unos cien mil habían muerto debido al frío o a las heridas en combate[1].

—Esa tremenda pérdida de vidas, ¿no le había deprimido en su momento?

—Por descontado. En calidad de mando supremo, con la responsabilidad de cien mil personas, la carga espiritual que hube de soportar fue muy grande. Pero a Paulus le culpo en cierta medida, por no haber asumido

alguna responsabilidad y no haber roto el cerco por retaguardia cuando aún tuvo tiempo, en contra de lo que Hitler deseaba. Por otra parte, estoy de acuerdo con Hitler en que, cuando Paulus se vio rodeado, lo más aconsejable era que defendiera cada palmo de terreno y que luchase como luchó, sin importar la pérdida de vidas, ya que su capitulación habría entrañado la derrota de Alemania en aquel preciso instante.

Manstein ha dicho que en marzo de 1944 fue llamado a Alemania y se le indicó que se retirase a su casa en Silesia. Le he preguntado cuál fue la razón. Ha respondido de manera un tanto enigmática.

—Oficialmente, lo desconozco. Supongo que fue debido a la controversia en torno al liderazgo que se desató entre Hitler y yo. Mantuve con Hitler una pugna constante por el liderazgo, desde el momento en que asumí el mando de mi Grupo de Ejércitos, hasta el final. El jefe del Estado Mayor, el general Kurt Zeitzler, me dijo que las órdenes en aquella época las dictaban sobre todo Himmler y Göring.

Le he reseñado que, según tenía entendido, el propio Hitler había emitido la mayoría de las órdenes tocantes a la estrategia militar en aquel entonces, y ha respondido:

—Sí, pero tuve muchas polémicas militares con Hitler, y tuve la impresión de que estaba indudablemente influido por Göring Himmler, que lo habían predispuesto en mi contra.

—¿Qué sensación general tiene a propósito de Hitler?

—Tenía una personalidad extraordinaria. Era un hombre de una inteligencia excepcional, y de una fuerza de voluntad fuera de lo común.

—Esa fuerza de voluntad, ¿era tendente al bien o tendente al mal?

—Eso es difícil de precisar. Siempre imponía su voluntad. Supongo que se podrá decir que su fuerza de voluntad estuvo igualmente al servicio de causas buenas y de causas malas.

En la actualidad, ¿qué piensa Manstein de Hitler?

—Aparentemente, con el paso del tiempo Hitler dejó de tener ningún escrúpulo moral. Sin embargo, esto es algo que comprendí más adelante, aunque en su momento no me hice a la idea.

—¿Cuándo empezó a creer que Hitler carecía de escrúpulos morales?

—Cuando terminó la guerra. Cuando tuve noticia de todo lo que había ocurrido. Mi primera visión de la total falta de moralidad por parte de Hitler fue su conducta tras el 20 de julio de 1944, con los subsiguientes juicios, ahorcamientos, etcétera. Y también después, cuando tuve conocimiento de la aniquilación de los judíos.

Esas aniquilaciones de judíos habían comenzado antes. ¿Quiere dar a entender que con anterioridad no tuvo conocimiento de todo eso?

—Sé que comenzó mucho antes, posiblemente en 1940 o 1941, pero no lo supe entonces con seguridad. Yo era un militar, estaba pendiente de ganar una guerra.

—¿No sabe nada de las grandes acciones tomadas contra los judíos ya en noviembre de 1938? Ha respondido sin demasiado sentimiento. —Sí, cómo no. Todos consideramos que fue algo muy desafortunado, pero lo vimos como una parte de un movimiento revolucionario. —¿No tiene idea del número de campos de concentración existentes en Alemania? —En tiempos de paz tuve conocimiento de Oranienburg y Dachau. Recuerdo que un joven del Estado Mayor visitó Oranienburg y luego me contó que había unos doscientos o trescientos hombres internados, pero que los internos eran en su mayoría criminales de profesión, a los que se había sumado una pequeña parte de presos políticos. Este oficial que estaba a mis órdenes también me dijo que a los internos se les trataba correctamente. Aquello fue en 1939, quizá antes. A lo largo de la guerra, no obstante, estuve en todo momento en

el frente, y nunca volví a saber nada de los campos de concentración, de las atrocidades ni de asuntos que no me concernían.

Le he señalado que debía de haber estado al corriente de los *Einsatzcommandos* y los *Einsatzgruppen* que intervinieron en Crimea. Manstein parece incomodarse ligeramente, aunque ha conservado la frialdad y la aparente indiferencia.

—El *Einsatzgruppe* de Ohlendorf se hallaba en mi región. Eso lo supe sólo cuando llegué aquí. En calidad de mariscal de campo al frente de todas las actividades de la región que me fue asignada, como es natural tuve noticia de que esos comandos operaban en la zona. Pero se nos dijo entonces que esas formaciones de la SS tenían funciones estrictamente policiales. Hicieran lo que hiciesen, yo nunca lo supe. También estuvieron activos en los territorios controlados por otros ejércitos.

Si no lo he entendido mal, entonces Manstein debe estar al tanto de sus actividades.

—Bueno, es posible que ocasionalmente —ha respondido Manstein— alguien me contase que estaba sucediendo algo que no podía ser bueno; es posible que fuera en torno a septiembre, cuando yo llegué, pero es que mi misión era la de un comandante de Ejército, por lo que pasé la mayor parte del tiempo en el frente. Nunca vi en persona, nunca oí de manera fidedigna nada acerca de los asesinatos en masa de los judíos a que procedieron los *Einsatzkommandos*. Tales organizaciones no se hallaban sujetas a mi control; en realidad, nada podía hacer yo a ese respecto.

ERHARD MILCH

1892-1972

Mariscal de campo y jefe de armamento de la *Luftwaffe*, Erhard Milch fue juzgado en 1947 por el Tribunal militar de Núremberg y sentenciado a cadena perpetua. En 1951, la sentencia le fue conmutada a quince años de cárcel. Amnistiado posteriormente, fue puesto en libertad el 4 de junio de 1954.

22 de enero de 1946

Dilatada conversación con Erhard Milch, mariscal de campo de la *Luftwaffe*, adjunto a Göring en la construcción de esa máquina bélica. Es un

hombre astuto, napoleónico, de corta estatura, muy afable, aunque infernalmente envenenado en su afabilidad. Como es natural, se desencadenará una guerra entre Rusia y Estados Unidos. Inglaterra ya no es una gran potencia. Las atrocidades de los Aliados fueron tan terribles como las de los alemanes. Cuando fue capturado, él mismo recibió una paliza a manos de un general británico. Era inconcebible, dijo, que un mariscal de campo pudiera recibir una paliza. ¿Por qué se le dio una paliza?, le he preguntado. Porque los ingleses acababan de capturar un campo de concentración alemán y se le obligó a recorrerlo entero para ser testigo de aquellos horrores. Se le acusó de haber dicho: «Los rusos no son seres humanos». Niega haber dicho una sola palabra en ese sentido. Nunca supo nada de todo eso. Había oído hablar de los campos de concentración, pero nunca tuvo el menor interés por ellos, nunca había visitado uno con anterioridad.

Nunca leyó los relatos de las atrocidades en la prensa extranjera, ni escuchó la radio extranjera. Era algo contrario a la ley vigente en Alemania, ya que escuchar emisoras extranjeras estaba expresamente prohibido. En su condición de mariscal de campo, tuvo que dar ejemplo a sus hombres, de modo que nunca vulneró esa ley.

¿El maltrato de los judíos? No supo nada al respecto hasta que terminó la guerra. Las órdenes las tenían que haber dado los «estúpidos» al mando, esto es, Hitler e Himmler, y algunos más que ahora, oportunamente, están muertos. Göring, al fin y al cabo adjunto al mando y segundo de Hitler, ¿tuvo conocimiento de todo eso? Milch no ha sabido precisarlo. Rara vez hablaba con Göring, ya que no se llevaban nada bien. Pero Göring es un hombre que «vive y deja vivir», no tiene prejuicios raciales, juzga a los demás según sus propios métodos.

El Estado Mayor alemán y él no tenían nada que ver entre sí. Además, ¿no son igual de punibles los crímenes de guerra de los Aliados? Por ejemplo, y en su caso, ¡dar una paliza a un mariscal de campo! Es contrario a la Convención de Ginebra. Y acababa de leer en el periódico que Robert Patterson, nuestro secretario de Guerra adjunto, había llegado a Europa y había dicho que los prisioneros de guerra alemanes reciben trato de acuerdo con la Convención de Ginebra. En ningún caso, en ninguno, es así. Milch incluso se ha mostrado muy vociferante a ese respecto. Ha tenido conocimiento de que algunos soldados, suboficiales y oficiales alemanes, están siendo trasladados a Bélgica y a Francia y subastados allí por tres, cuatro y cinco marcos cada uno, para trabajar como esclavos. Es indiscutible; se lo ha oído decir a un oficial estadounidense. Y en el campo de reeducación para nazis creado en Garmisch-Partenkirchen y administrado por el Ejército estadounidense, los métodos de reeducación de los nazis consisten en darles palizas y en dejarlos morir de hambre. Lo sabe a ciencia cierta porque le preguntó a un oficial estadounidense si era verdad, y el oficial estadounidense le dijo que sí, y que él mismo sentía una gran vergüenza.

Milch tiene la sensación de no haber hecho nada malo. Muy al contrario, se considera un pionero de la aviación y un benefactor de la humanidad en general. Tiene cincuenta y cuatro años, dos hijos vivos y dos nietos de una hija casada. El marido de su hija era oficial de la *Luftwaffe*, hoy prisionero de guerra en Canadá. Milch aparenta unos cuarenta y está fuerte como un roble. Ha sido, según dice, piloto durante treinta y un años. Fue jefe máximo de la Lufthansa, y también de la *Luftwaffe*. Tiene la esperanza de que, cuando terminen los juicios, pueda ser representante en Alemania de la Pan American, porque en esas líneas aéreas tiene a un antiguo compañero.

¿No era Milch un nazi? Pues claro, ¿y qué? Había que ser nazi. Tendría que ponerse fin a la persecución de los nazis; en el fondo, es lo mismo que perseguir a los republicanos, los demócratas, los socialistas o los católicos. Había oído hablar de la persecución de los judíos, pero eso nunca fue asunto suyo, etcétera.

28 de febrero de 1946

Hoy, Milch estaba trabajando con unas notas cuando he entrado en su celda. Ha sonreído agradablemente y me ha invitado a sentarme ante la mesa. He tomado asiento en el camastro, le he dicho que no se moviera de su sitio.

Le he comentado que, según había sabido gracias a otros internos de la prisión, de no haber sido por él, por Milch, la *Luftwaffe* nunca hubiera tenido tan gran desarrollo como tuvo. Milch ha respondido sin definirse.

—No lo sé. Yo no diría que fue para tanto. O no exactamente.

Pasó a explicar cómo durante sus años de experiencia llegó a saberlo todo sobre el transporte aéreo, ya que había sido director de aviación civil durante varios años, antes de la guerra.

En la I Guerra Mundial fue capitán de la *Luftwaffe*, aunque en un principio había sido comandante de artillería. A partir de 1920, cuando se licenció de la *Luftwaffe*, se ocupó sobre todo de la aeronáutica civil y de la aviación comercial. En 1933, nada más comenzar el régimen de Hitler, pasó a ser inspector general de la *Luftwaffe*. Le he preguntado por sus relaciones con Göring. Tuve muy poca relación con él. Él estaba más en contacto con Hitler que yo. Yo esencialmente soy un empresario. No estuve de acuerdo con muchas de las ideas de Göring. Pero Göring era esencialmente la figura

principal, y si el edificio de la *Luftwaffe* hay que acreditárselo a algún individuo, el que se lleva la palma es Göring, no yo.

Le he preguntado en qué estaba trabajando.

—Es probable que tenga que prestar testimonio pronto en el caso de Göring. No sé qué se me pedirá que diga, pero responderé a lo que se me pregunte.

Ha dicho que la esencia de su testimonio iba a consistir en desmantelar la acusación de que Göring o él hubiesen planeado una guerra de agresión al construir una nutrida *Luftwaffe*.

—Eso no es acorde con la realidad de los hechos. Cuando Alemania abandonó la Convención de Desarme en 1933, decidimos que el rearme se llevaría a cabo en pie de igualdad con nuestros estados vecinos. En lo tocante a la *Luftwaffe*, mi responsabilidad consistió en construir a partir de la nada un sistema de defensa aérea. Nuestras actividades eran conocidas tanto por los ingleses como por los franceses, los belgas y los suecos, ya que visitaron Alemania y yo personalmente visité sus industrias aéreas. No había secretos.

He dicho que, en mi opinión, hubo muchísimos secretos en Alemania durante el tiempo de Hitler en el poder, ya que nadie parecía saber qué estaba haciendo o qué había hecho incluso su vecino. Por ejemplo, le he dicho, nadie, con la excepción de Himmler y Ohlendorf, parecían estar al corriente de los asesinatos en masa de los judíos. Milch se ha puesto serio, pero sin perder la compostura.

—Eso es cierto, y válido en mi caso. Por parte de Hitler se instauró una política según la cual nadie debía interesarse por los asuntos de ningún otro, además de limitarse a su propio campo de actividad.

Le pregunté a Milch cuál iba a ser la línea directriz de su testimonio, caso de que no tuviera objeción en contármelo.

—En absoluto. Lo principal de cuanto voy a decir es que yo ni esperaba ni deseaba que se declarase la guerra. En lo que a Göring se refiere, sólo puedo expresar mis impresiones. Y es cierto en el caso de la guerra de Polonia, al igual que lo es en el caso de la guerra de Rusia. Una cosa sí diré: traté de disuadir a Hitler de que emprendiera la guerra en dos frentes. Creo que Göring también lo intentó, pero sin conseguirlo.

Estaba repasando algunas de sus notas, tratando evidentemente de encontrar algo en concreto. Le he preguntado qué buscaba.

—Hay otra cosa que me gustaría explicar ante el Tribunal, y es mi firma en una carta a la SS, relativa a los experimentos médicos. La fiscalía posee una carta del general Wolff, de la SS, dirigida a mí, en la que se habla de los experimentos médicos que se realizaron para la fuerza aérea. Hay indicios de que esos experimentos fueron criminales. Quiero señalar que yo no supe nada de todo eso, y que meramente firmé una nota de cortesía dirigida a Wolff, el adjunto a Himmler, en la cual expresé mi aprobación debido a que el inspector médico me había asegurado que no había nada reprobable en tales experimentos. A Göring le asesoré yo al respecto, pero no estaba más informado que yo. Göring no tenía por Himmler más aprecio del que le tenía yo, aun cuando teníamos que ser corteses con él. A día de hoy sigo sin saber qué sucedió a raíz de tales experimentos, pero tengo entendido que se perpetraron hechos criminales.

Al hablar de esta última cuestión, Milch parecía personalmente preocupado. Se ha negado a dar ninguna explicación acerca de los experimentos, ni acerca de nada relacionado con ellos, con la sola excepción de que Göring y él no estaban al corriente; sólo habían recibido una carta de Wolff, el adjunto de Himmler, en lo tocante a los experimentos. Sabía que se habían realizado sobre «criminales», dijo, aunque su propio inspector médico le certificó que todo «estaba en orden».

Dejamos esta cuestión. Le he preguntado si su función oficial en calidad de mariscal de campo de la *Luftwaffe* tenía algo que ver con algún otro de los acusados.

—Sí, pero sólo ligeramente. Con Speer, el ministro de Armamento, como es natural, y sobre todo en los últimos años de la guerra, tuve mayor contacto.

—¿Qué opinión le merecía Speer?

—Personalmente, sé muy poca cosa acerca de él. Creo que fue honrado. Sé que a finales de 1944 me dijo que no deberíamos seguir al pie de la letra las ideas de Hitler, su política de tierra quemada. Speer, al igual que yo mismo, tenía especial interés en salvar todo lo posible, para que el pueblo alemán después de la derrota pudiera tener algo a lo que recurrir. Con esto me refiero a los almacenes de alimentos, a las casas y al intento por impedir la destrucción de las fábricas en las que se pudieran producir bienes necesarios para el pueblo alemán.

Le he preguntado qué opinaba del principio del Führer.

—Es falso.

Ésa ha sido toda su respuesta.

—¿Y el concepto de «espacio vital»?

—Bueno, el pueblo alemán en efecto necesitaba más sitio. Pero Hitler lo exageró, como hacía con todo.

—Y en cuanto a la ideología de la raza suprema, ¿cuál es su opinión?

—Eso es ridículo. Nunca he suscrito ninguna teoría racista.

Le he preguntado si alguna vez hizo algo para impedir su implantación en la Alemania nazi.

—¿Qué podría haber hecho uno? Nada.

A su juicio, ¿tenían Hitler o el nacionalsocialismo alguna verdadera preocupación por el pueblo, a despecho de los eslóganes sobre el *Volk*?

—En un principio, cuando Hitler llegó al poder, pensé que era un hombre considerado, interesado por el bienestar del pueblo, y que aspiraba a crear una Alemania más grande por razones nacionalistas, con las cuales estaba de acuerdo. Pero muy pronto resultó evidente que a Hitler no le importaba nada, salvo amasar más y más victorias personales.

Le he hecho las preguntas de turno acerca de por qué no dimitió si había visto a Hitler tal como en realidad era. Su respuesta ha sido la estereotipada:

—No era posible dimitir en plena guerra. Antes, nunca tuve certeza de que se propusiera llegar a la guerra.

—¿Y los campos de concentración? —le he preguntado.

—Ya le dije, la primera vez que nos vimos, que un general británico me dio una paliza por negar todo conocimiento acerca de un pequeño campo que me llevó a visitar. Le repito que sólo tenía conocimiento de que existieran dos campos, Oranienburg y Dachau, y ninguno más. El SD sí estaba al corriente de todo eso. Pero se mantenía muy al margen del alemán medio y, desde luego, de las personas como yo, que no teníamos nada que ver con esas cuestiones[1]. Una vez visité Dachau sólo por ver qué clase de cosas sucedían allí, porque me habían llegado ciertos rumores. Fue en 1935, creo yo, pero todo lo que vi estaba en orden.

Le he preguntado qué opinaba personalmente de Hitler.

—Lo traté sólo muy por encima. Cuando lo vi, siempre estuvo correcto. Pero más adelante se volvió imposible de trato, imposible de abordar por nadie. Personalmente, creo que él fue la mayor tragedia que sufrió Alemania.

Por lo que respecta al nacionalsocialismo, Milch ha señalado:

—Nunca voté a favor del Partido Nazi, nunca aprobé su ideario. Se me invitó a construir la fuerza aérea con un propósito claramente defensivo, y eso hice. Nunca vi con buenos ojos las teorías racistas ni toda la

parafernalia del nazismo. No existía libertad personal. Todo el mundo se sentía espiado. No era posible escuchar emisiones radiofónicas del enemigo. No existía la prensa libre. No es de extrañar que las cosas siguieran el curso que siguieron y sólo un grupo muy reducido de personas estuvieran al corriente.

He tratado de sonsacarle algo más sobre la personalidad de Göring y sus relaciones con él.

—No aprobé todo lo que hizo.

No he logrado que dijera nada más.

13 de marzo de 1946

Milch ha estado dos días en el banquillo durante el procesamiento de Göring. Presentó una imagen de Alemania como un país que en 1939 no estaba preparado para la guerra desde el punto de vista de la fuerza aérea. De hecho, mientras prestó testimonio dijo poca cosa sobre la personalidad de Göring. El contrainterrogatorio, dirigido por el juez Jackson, dio escasos resultados, salvo el reconocimiento de que había recibido de Hitler un regalo de doscientos cincuenta mil marcos en metálico en 1942, con ocasión de su quincuagésimo cumpleaños.

Le pregunté a Milch por ese regalo. Lo comentó con ecuanimidad.

—¿Qué tiene de malo ese regalo? Fue un regalo de cumpleaños, no un soborno.

Siguió comentando que otros habían recibido regalos similares, algunos incluso de mayor cuantía, y que en cierto modo era injusto que Jackson lo hubiera sacado a relucir, porque podría dársele al pueblo alemán una

impresión errónea sobre su persona, en el sentido de que se había enriquecido personalmente con la guerra.

—Y ésa no es la verdad. En la empresa privada, a la que renuncié cuando entré en el Ejército en 1933, podría haber ganado mil veces más de lo que gané. La impresión que se podría causar en el pueblo alemán es falsa.

Le he preguntado qué había querido decir al tratar de convencer al Tribunal de que Alemania no estaba preparada para la guerra en 1939. Le he recordado que Jackson le había preguntado cuánto tiempo le costó a Alemania la conquista de Polonia y la expulsión de las tropas inglesas fuera del continente europeo y la conquista de Francia. Las respuestas que dio Milch habían sido éstas: dieciocho días, seis semanas y dos meses, respectivamente. Más adelante, cuando Jackson presionó a Milch a responder cómo una nación que no estaba preparada para la guerra pudo desatar una *blitzkrieg*, Milch enmendó lo que había dicho antes en el sentido de que Alemania podía afrontar una guerra contra Polonia, pero no contra el mundo entero.

Entornando ligeramente los ojos, Milch me ha dicho:

—El juez Jackson es muy listo. Pero nunca me mostré en desacuerdo con ninguna de las palabras que dijo. Dije que Alemania se estaba rearmando. El único punto de discrepancia fue la medida en que lo estaba haciendo.

Le he señalado que ése era un punto crucial.

¿Y la afirmación de Milch, en el sentido de que Polonia y Francia estaban mejor preparadas para la guerra que Alemania, ya que Alemania sólo había dispuesto de cinco años para hacerlo?

—Los hechos hablan por sí mismos. Con eso quise decir exactamente lo que dije. Que Alemania venció a esos países gracias a una mejor planificación, no a que estuviera mejor preparada.

En el transcurso de su contrainterrogatorio, Jackson había señalado un interrogatorio anterior, en el que Milch respondió que había aconsejado a Hitler que se deshiciera de Ribbentrop, pues de lo contrario tendría problemas con Inglaterra.

—¿Es preciso comentar algo más sobre ese estúpido? No es un ministro de Asuntos Exteriores, sino un ciego partidario de Hitler. Además, es personalmente desagradable y vanidoso.

—¿Y la declaración que obtuvo Jackson, en el sentido de que todo el mundo tenía miedo de Himmler y la SS, desde el mariscal del Reich hasta el último soldado?

—Tal como dije en la sala, es verdad. Y podría decir mucho más. Himmler era el hombre más temido de Alemania; lo temía incluso el más leal de los ciudadanos alemanes. Aquél era un mal sistema, soy el primero en reconocerlo. ¿Pero qué iba yo a hacer al respecto?

En el transcurso de su contrainterrogatorio, al que fue sometido por Jackson, a Milch se le recordó que después de marzo de 1943 empezó a considerar a Hitler como una persona «anormal». En calidad de psiquiatra, me interesa ese aspecto, y se lo he dicho. ¿Podía añadir algo más?

—A medida que pasaba el tiempo, Hitler era cada vez más ególatra. No cabe la menor duda de que padecía alguna anomalía mental.

Si el Tribunal había recibido la impresión, como señaló Jackson con gran inteligencia, de que Göring, por ser el número dos, mantuvo intacta su fidelidad a un Hitler mentalmente trastocado, acierta de lleno. En la sala, no me mostré en desacuerdo. Milch ha estado a punto de soltar una carcajada.

—Es sorprendente lo poco que discrepo de su señoría, el juez Jackson. Yo quería que salieran a la luz las cosas que pensaba sobre Hitler, pero no hubo lugar para ello hasta que el señor Jackson las recordó de los interrogatorios anteriores.

Le he preguntado a Milch por qué había prestado testimonio a favor de Göring si estaba en realidad tan en contra de él, como bien saltaba a la vista.

—En primer lugar, no soy contrario a Göring salvo en ciertos detalles. Göring fue uno de los primeros nazis y uno de los más fanáticos. Con eso nunca pude estar de acuerdo. Yo sólo ingresé en el Partido después de que accediera al poder, como ya señaló Jackson, en 1933. Pronto estuve al frente de todo lo relacionado con la aviación. Mis intenciones eran las de construir una fuerza aérea industrial, no una máquina de guerra. Estaba convencido de que necesitábamos alcanzar la paridad aérea con otras naciones en lo tocante a bombarderos, cazas, etcétera. En 1938 vi la dirección que Hitler había tomado, y, como se dijo en la sala, era de sobra sabida. Entonces ya era imposible renunciar al puesto.

Jackson había insinuado que el padre de Milch, o al menos el marido de su madre, era judío. Göring había tomado medidas para «arianizar» a Milch en cierto modo. Jackson se había referido al «presunto padre» de Milch como si hubiera sido judío. Milch ha dicho que ése era un asunto que ya quedó aclarado en 1933. Ante el Tribunal estuvo más bien misterioso.

—¿Cuál era la verdad del caso? —he preguntado a Milch.

—En marzo de 1933 solicité mi admisión en el Partido Nacionalsocialista, creo recordar. Hubo ciertas dudas acerca del padre de mi padre, porque no se pudieron encontrar sus papeles. Por eso tuve que hacer una declaración jurada, que firmó Göring, señalando que era alemán por los cuatro costados. Por lo que yo sé, mi padre no era judío, al contrario de lo que señaló Jackson. Es posible que fuese parcialmente judío, pero no me avergüenzo de eso.

Le he dicho que había oído el rumor de que alguna vez declaró haber nacido fuera del matrimonio, y que el marido de su madre no era en realidad su padre.

—Eso no es cierto. Se lo aseguro.

Cuando le he preguntado por más detalles acerca de su historia familiar, se mostró evasivo. Me interesaba más, en cambio, conocer su posición sobre el contrainterrogatorio.

He pasado a comentar la pregunta de Jackson, sobre si Milch había tomado medidas para acelerar la procuración de los prisioneros de guerra rusos, de los campos, de cara a su empleo como mano de obra. También le he preguntado por sus declaraciones, obtenidas de las actas de las reuniones del Comité Central de Planificación, del cual era miembro, en el sentido de que habría que aportar mano de obra rusa para el trabajo en las minas y de que las mujeres rusas debieran aprovecharse en las labores agrarias. Milch se ha mostrado tan evasivo como lo estuvo ante el Tribunal. Ha parecido incluso más incómodo de lo que ya había aparentado estar ante el Tribunal, dos días antes, y dijo que «al calor de la guerra se dijeron muchas cosas, no todas ellas calculadas para repetirse más adelante ante ustedes».

Le he preguntado a Milch si tenía la impresión de haber cometido un error moral o ético por haber sugerido el empleo de la mano de obra rusa.

—No. Si nosotros hubiéramos cedido territorios ante los rusos, ellos habrían hecho lo mismo. Además, los rusos tenían abundante mano de obra, que en nuestro caso escaseaba.

Le he dicho que desde el punto de vista de la moral eso equivalía a eludir la pregunta, pero me interesaba tan sólo su actitud, y me quedó claro que no se arrepentía de nada en lo tocante a sus actos. Ha vuelto a decir que el general británico lo había golpeado en la cabeza al poco de capturarlo, y que lo había llevado a inspeccionar el campo de concentración; a resultas de la paliza, tenía algunas lagunas de memoria, y no sabría decir en realidad si algunas de las cosas que se le acusaba de haber dicho las había dicho o no en realidad.

Le he preguntado: ¿y la declaración que se dice que hizo en lo tocante al traslado de jóvenes franceses para trabajar en Alemania, de modo que en caso de un ataque de los Aliados en el continente esos franceses no pudieran actuar como partisanos? Milch ha dicho que se hacía a la idea de que la interpretación que se había dado a sus palabras en lo tocante a la limpieza en Francia, y en Italia también, de todo elemento partisano, o de todo posible partisano, era que estaba a favor del trabajo forzoso.

—¡No podría haber nada más lejos de la verdad! Pero nuestra patria se encontraba bajo la amenaza de la derrota debido a esas bandas de maquis y a otros grupos incontrolados. ¿Qué otra cosa iba a hacer un alemán leal, ansioso de que su patria se alzara con la victoria?

No he respondido a esa pregunta retórica y cínica. Le he preguntado en cambio si tenía algo más que añadir en lo tocante a su papel en el fomento de la esclavitud.

—No fue fomento de la esclavitud. Ni muchísimo menos. Fue una medida estratégica de política económica. Además, no todo lo que se afirma que he dicho se puede interpretar literalmente. Gran parte ni siquiera se puso en práctica. Si se hubiera llevado a la práctica, tal vez hablaríamos de una historia completamente distinta y, para empezar, no me vería sentado aquí, en una celda.

He hecho un refrito de la cita de Jackson, en el sentido de que él, Milch, iba a encargarse de que los capataces alemanes agredieran físicamente a los trabajadores extranjeros y esclavizados que emitieran una sola protesta. Al parecer, Milch había contestado que no estaba dispuesto a tolerar que ningún extranjero le dijera a un capataz alemán: «Te voy a cortar el cuello». He pasado entonces a las citas de Jackson, según las cuales Milch había dicho que personalmente ordenó la ejecución de dos pilotos rusos que habían intentado escapar, y que decretó que fueran ahorcados o muertos de

un disparo, como de hecho hicieron la SS al día siguiente. Se llevó a cabo la ejecución en la fábrica, donde otros presos pudieran verla. Milch lo había negado. Lo ha vuelto a negar, aunque con tan poca vehemencia como ante el Tribunal. Le he dicho que parecía inverosímil que tales cosas aparecieran en las actas de una reunión de los alemanes si no eran verdad. Milch ha dicho que las actas podían falsificarse.

Milch pareció pálido, agotado. Fue curioso, porque el día anterior, ante el Tribunal, no se puso de ese modo. Se lo comenté.

—Yo no quise testificar. Göring insistió. Pensé que podría testificar acerca de Göring y que con eso habría terminado mi comparecencia. En cambio, sacan a relucir todas esas cosas que se supone que he hecho yo. Probablemente, todo ello carece de fundamento. Las cosas que se sacan de contexto suenan mucho peores de lo que fueron. Además, es que estábamos en guerra.

Sin embargo, Milch parecía preocupado y hostigado. Ha sido la primera vez que vi a este hombre de corta estatura, sólido, que aparenta mucho menos de los cincuenta y seis años que tiene, alterado en todos los sentidos. Al despedirnos, le he dicho que su testimonio sobre Göring, a mi juicio, había servido para incriminarlo.

—No —ha contestado—. Que me juzguen. Es mucho lo que tengo que decir sobre los Aliados. Tengo algunos muy buenos amigos entre los ingleses y los estadounidenses, y entre los empresarios franceses. No he hecho nada de lo que haya de avergonzarme.

Fue muy cierto esto último, no parecía avergonzarse. Tan sólo parecía preocupado por su inmunidad ante un juicio en calidad de criminal de guerra.

RUDOLF MILDNER

1902-?

Rudolf Mildner fue uno de los altos mandos de la Gestapo, jefe de la Gestapo en Chemnitz y Katowice, en Polonia, responsable por tanto de enviar a miles de judíos a su muerte en Auschwitz, campo que estaba en territorio perteneciente a Katowice. En septiembre de 1943, Mildner fue nombrado comandante de la Sipo y el SD en Dinamarca, justo antes de que los nazis comenzaran la «acción» de deportación de

los judíos de ese país. Testificó a cargo de la acusación en Núremberg y permaneció en custodia hasta 1949.

24 de enero de 1946

Entrevisté a Rudolf Mildner con la ayuda de Gilbert, que ofició de traductor. Mildner fue jefe de la Policía de Katowice[1]. Hace un par de días fue oficialmente interrogado, se vino abajo y estuvo deprimido después, cuando algunos de sus subordinados dieron testimonio de los muchos polacos cuya ejecución sumaria había ordenado él. No quiso probar bocado, vomitó a veces, lloró y dio otras muestras de padecer una depresión reactiva con agitación intensa. El interrogatorio transcurrió en torno al papel que había desempeñado Mildner en las ejecuciones de Auschwitz mientras fue miembro presidente del Tribunal que sentenció a muerte, dice, a quinientos o seiscientos polacos.

La noche de ayer estuvo más amistoso, tratable, moderado e incluso obsequioso. Nos dijo que fue jefe de Policía, aunque en realidad fue un títere en Silesia; nos dijo que pese a haber estado en los tribunales y haber sentenciado a los polacos condenados, los juicios fueron mera formalidad; dijo que tanto las sentencias como las condenas estaban amañadas, dictadas de antemano, sin que se le consultara por parte del administrador del distrito nombrado por el Partido. Al igual que otros oficiales, se limitó a obedecer órdenes.

Es un hombre corpulento, de cuarenta y tres años, con calvicie incipiente. Podría ser un Policía normal y corriente en cualquier parte del mundo.

Dijo que el número de polacos que había ejecutado por fechorías de poca monta, como meros robos, no llegaba a quinientos o seiscientos. Se

autoexculpó de toda responsabilidad en el asunto, indicando que la orden la recibió del administrador regional del Partido Nazi, Fritz Bracht. Por si fuera poco, añadió:

—Suponga que ustedes los estadounidenses estuvieran en Alemania luchando contra los rusos, y que algunos alemanes les sabotearan, o disparasen contra sus soldados, o robasen. Los habrían ahorcado. Con toda la razón. Por eso, para mantener el orden e impedir los sabotajes, los alemanes tuvieron que hacer eso mismo en Polonia y en Silesia.

Visto a día de hoy, estaba con los ojos rojos, ostentaba una expresión facial suplicante, comentó que siempre había sido una persona sana, amiga de los deportes, y que no entendía los síntomas que presentaba. Al preguntársele si no pensaba que pudiera ser resultado de algún trastorno emocional, se mostró de acuerdo. También los atribuyó al interrogatorio, que dijo que había sido breve, aunque dirigido solamente a que precisara las fechas y el número de las personas ejecutadas, sin entrar en las razones ni en las circunstancias.

Nació en Silesia el 10 de julio de 1902. Vivió allí hasta los catorce años. Por lo que alcanza a saber, su nacimiento fue normal; empezó a caminar y a hablar a la edad correspondiente. La única enfermedad infantil que recuerda haber sufrido es el sarampión y algún resfriado ocasional. Hasta el día de ayer, había gozado siempre de un apetito excelente. Durante su infancia, las circunstancias económicas de su familia siempre fueron satisfactorias; gozó de una buena casa y de suficientes alimentos, ropas y comodidades similares. Nunca tuvo caprichos alimenticios ni problemas similares.

Asistió a la escuela elemental hasta los nueve años. Quería hacerse médico, pero leyó *Robinson Crusoe* a esa edad y decidió hacerse marino. En 1914, cuando tenía doce años, estalló la I Guerra Mundial y quiso alistarse en la Marina. De hecho, se alistó en la Marina austriaca cuando

tenía catorce años, y prestó servicio hasta el 1 de noviembre de 1918, cuando terminó la guerra, por espacio de dos años. Estuvo acuartelado en el Adriático y no participó en ninguna batalla, porque las aguas del Adriático siempre estuvieron ocupadas por submarinos alemanes y austriacos. La edad habitual para alistarse en la Marina era de diecisiete años, «pero yo era bastante alto, robusto, aparentaba más edad». Fue admitido a filas aunque se supiera su corta edad.

Asistió a una escuela para suboficiales durante un tiempo (en la Marina austriaca), pero en 1918, con el final de la guerra, abandonó sus planes originales, consistentes en permanecer diez años en la Marina austriaca para ingresar luego en las Líneas Lloyd de Austria y examinarse de marino mercante.

En 1918 fue a Hamburgo y a Bremen en busca de empleo. Sin embargo, en aquel entonces había más de sesenta mil marinos en paro en ambas ciudades, por lo que no encontró trabajo. En compañía de algunos amigos se alistó en un regimiento de infantería alemán, en el que permaneció hasta el 19 de julio de 1919. En agosto de ese año fue a Berlín, y en compañía de algunos amigos viajó a Letonia. Allí había ejércitos antibolcheviques de procedencia alemana, rusa y letona. Se hizo miembro de un Ejército antibolchevique ruso.

—La previsión era que nos asentásemos, y que a cada hombre se le cedieran unas 24 hectáreas de terreno. Llevábamos uniformes en parte rusos y en parte alemanes, pero con insignias rusas.

Estuvo allí hasta diciembre de 1919. No participó en batallas, sólo hizo ejercicios de adiestramiento con el regimiento al que pertenecía.

—Todas las tropas rusas y alemanas recibieron la orden de abandonar Letonia y regresar a Alemania por entonces.

En 1920 desempeñó algunos puestos de trabajo de corta duración en Checoslovaquia. Aprendió inglés y francés asistiendo a clases particulares, así como otras asignaturas elementales, a la vez que trabajaba como obrero o agricultor contratado.

Regresó entonces a Alemania y de nuevo volvió a la Marina, porque Alemania tenía entonces una pequeña flota mercante. Firmó en un barco en calidad de pescador hasta septiembre de 1921, y luego fue marino y estuvo en Noruega y en Suramérica, en Valparaíso y otros puertos. Nunca padeció mareos, siempre disfrutó de su trabajo en el mar.

Luego viajó desde Norfolk, estado de Virginia, a Amberes, a bordo de un vapor de 8.500 toneladas. La travesía duró diecinueve días.

—Todos los demás marinos se pusieron fatal, pero yo nunca me mareé en un barco. Tampoco me he mareado nunca en avión, y he viajado mucho en aviones.

»En 1922 vi con toda claridad que nunca llegaría a ser oficial, pues para eso tendría que pasar doce meses a bordo de uno de los buques escuela de tres mástiles, y Alemania sólo tenía dos navíos de tales características. En esos barcos sólo se admitía el ingreso de los hijos y sobrinos de los capitanes, o de personas con influencia, pero no el de alguien tan normal como yo.

»Me marché por lo tanto a Salzburgo, en donde tenía familia, y el 1 de julio de 1923 ingresé en la Policía austriaca.

Estuvo dos años en la escuela de Policía, primero en Salzburgo y después en Viena, tras ocho meses de trabajo en prácticas. Dice haber estudiado las leyes penales y criminales, las leyes estatales, la historia de la constitución de Austria y toda suerte de leyes de tráfico y comercio. Al cabo de esos dos años fue contratado como funcionario policial con plaza de por vida, y

destinado a Salzburgo hasta 1935, aunque pasó breves temporadas en Viena.

—Entretanto, hice un curso de nueve meses para altos oficiales de la Policía. Recibí clases privadas en varias asignaturas elementales, y en 1927 estudié casi todo lo que se aprende en un *Gymnasium*.

En 1930 hizo el examen de graduado de enseñanza secundaria y pasó a estudiar derecho en la Universidad de Innsbruck. En 1934 obtuvo el título de doctor en jurisprudencia y pasó a ser instructor de las fuerzas policiales. Trabajó con ahínco, día y noche. No se tomó vacaciones, aprendió con facilidad, dormía poco, pero se alimentaba bien y no perdió peso.

En el otoño de 1934 se hizo miembro de la Policía Criminal, y luego fue miembro de «la suprema administración de la ley». ¿Qué es eso?

—En la Policía austriaca había varios departamentos: Policía Estatal, Policía Criminal, etcétera. Yo estuve en el Departamento de Tráfico y Ley Administrativa.

Tenía un buen amigo cuya carrera imitó a conciencia. Los dos estuvieron en el Departamento 6 de la fuerza policial. Aspiraban a que el Departamento 6 se hiciera cargo del 8. Parece ser que el Departamento 6 era «un grupo sencillo de oficiales de Policía», mientras el 8 era «un grupo académico». Tanto Mildner como su amigo habrían estudiado medicina, dice, si no se les hubieran prometido puestos de más rango en el Departamento 8. Cuando años antes comentó la posibilidad de estudiar medicina con los jefes de la Policía, éstos le respondieron que debería seguir dentro del cuerpo policial; que le iba a resultar más barato y que, además, tendría una plaza permanente en el Departamento 8. Cuando su amigo y él fueron trasladados al Departamento 8, la vida política había cambiado notablemente en Austria. Hasta 1933, dijo Mildner, Austria fue un país libre y democrático. Después de esa fecha fueron proscritas las

actividades de los nacionalsocialistas y los comunistas, y se instauró la dictadura del Partido Socialista Cristiano al mando de Dollfuss[2]. En febrero de 1934 se produjo una revuelta de la guardia nacional. En junio o julio llegó la insurrección nazi.

Los mandos que habían prometido a Mildner y a su amigo una plaza segura en el Departamento 8 se jubilaron o bien fueron trasladados.

—El director de la Policía de Salzburgo nos odiaba; no quería tener ningún trato con estudiantes a tiempo parcial, como éramos mi amigo y yo.

Tras una disputa excepcionalmente desagradable, Mildner y su amigo abandonaron la fuerza policial y se marcharon a Baviera.

—Yo no sabía qué quería hacer. Me proponía o bien comenzar un negocio o irme con mi cuñado a Potsdam, pero en Baviera los dos fuimos arrestados bajo sospecha de ser agentes de espionaje al servicio de Schuschnigg[3].

Al cabo de tres días en comisaría fueron puestos en libertad con la aprobación de Heydrich, que era jefe de la Policía de Seguridad en Berlín. Ambos amigos viajaron a Múnich. En aquel entonces había unos cuarenta y cinco mil austriacos en Alemania, refugiados nazis huidos de Austria. Se creó en Múnich un departamento especial para atender a estas personas. La mayoría, al decir de Mildner, eran en realidad asesinos y ladrones que se camuflaron en Alemania como refugiados nazis. Heydrich ordenó que Mildner y su amigo fuesen contratados por esa agencia muniquesa para la atención a los austriacos emigrados. ¿Era ya entonces miembro del Partido Nazi?

—Todavía no. Mi amigo y yo éramos miembros de la guardia nacional austriaca. Eso fue el 21 de junio de 1935.

Su cometido consistía en supervisar a todos los refugiados austriacos y verificar cuáles tenían antecedentes criminales. Los delincuentes habrían de

ser detenidos y entregados a los tribunales.

—Mi amigo [Pifrader][4] fue a Berlín en 1936 para trabajar en un departamento similar. Yo me quedé en Múnich hasta el 13 de marzo de 1938.

Mildner fue después destinado a Viena por orden de Heydrich, en el momento en que se produjo la ocupación de Austria. En mayo, Mildner recibió un documento en el que se le nombraba, a partir de enero de 1938, asesor administrativo de la administración interna.

En marzo de 1939 fue destinado a Praga. Recibió las órdenes pertinentes mientras estaba de vacaciones en un balneario de la frontera austro-suiza. No le agradó la idea de tener que prestar servicio en la Policía de Seguridad de aquella ciudad, porque conocía Praga y la ciudad le gustaba.

—Mientras estaba en Múnich traté de desligarme del trabajo policial. Traté de aprobar el examen de asesor. No quería seguir en la Policía. Apelé al Ministerio de Justicia, a Berlín, pero se me denegó la solicitud. Quería hacerme asesor legal de las industrias. Pero según la ley alemana, tendría que aprobar un examen de asesor antes de poder dedicarme a ello.

Más adelante tuvo conocimiento de que las peticiones que había extendido a Heydrich para que se le liberase de su cometido habían sido denegadas, y se le ordenó seguir en la Policía Estatal. Sólo estuvo dos días en Praga. Conocía al pueblo checo de sus experiencias marineras. Sabía que se declararían batallas terribles, porque los checos eran un pueblo muy amante de la libertad. Logró que se le diera otro destino en Linz.

—El 1 de agosto de 1939 mi esposa enfermó tras dar a luz a nuestra segunda hija. Me llevé a la otra, a mi hija mayor, que tenía veintidós meses, y fui en coche y en canoa de vacaciones. Pasamos juntos cuatro semanas mientras mi esposa estaba en el hospital. El 25 de agosto me llamaron a Salzburgo en calidad de representante del jefe de la Policía Estatal.

Permaneció en Salzburgo hasta el 10 de diciembre, cuando fue nombrado jefe de la Policía Estatal en Chemnitz, Sajonia. Ante el estallido de la guerra afirma que redactó dos solicitudes a Heydrich, pidiéndole que se le permitiera ingresar en la *Kriegsmarine*. Dice que albergó la esperanza de que Heydrich lo liberase de sus obligaciones. Nunca trató personalmente a Heydrich, nunca solicitó su nombramiento en la Policía Estatal, pues «se le obligó a ello». Heydrich se negó a permitir su marcha. En Chemnitz su misión consistía en formar un destacamento de la Policía Estatal para Schleswig-Holstein. Se enteró «con el tiempo justo para no ocuparme de ello». Presuntamente se le destinó a Oslo, en Noruega, como comandante de la Policía Estatal de la ciudad. Pudo impedir que se materializase el destino gracias a ciertos amigos de Berlín. Después se le convocó para un destino en el norte de Noruega, pero también pudo abortar el nombramiento.

En febrero de 1941 fue a Berlín con un amigo a resolver unos asuntos. Allí recibió la noticia de su traslado a Katowice.

—No conocía la región, pero el Este en su totalidad era poco o nada auspicioso.

—¿Por qué?

—Nadie quería irse al Este. Por la naturaleza de los deberes policiales, la escasez de cultura, el polvo del carbón, las condiciones generales.

Cuando recibió la noticia se tornó «muy excitado; hasta mis amigos me dijeron que nunca me habían visto tan alterado, tan molesto». Decidió de inmediato contactar con Heydrich en persona, pero sus amistades le aconsejaron que desistiera. Sus amistades le comunicaron que Heydrich lo metería en la cárcel si se negaba a ir a Katowice. Mildner informó a Heinrich Müller, que era su jefe inmediato, y le habló de su desagrado ante

su destino en el Este. Sin embargo, no había nada que hacer, porque Heydrich ya había firmado la orden.

—Estuve en Katowice desde marzo de 1941 hasta el 10 de septiembre de 1943. De allí fui a Dinamarca en calidad de jefe del SD y de la Policía de Seguridad. Sólo pasé tres meses en Dinamarca. Tras mi marcha creo que empeoraron las condiciones en Dinamarca.

En diciembre de 1943 dejó Dinamarca para convertirse en inspector del SD y de la Policía de Seguridad en Kassel. Allí estuvo cuarenta y ocho horas, pues recibió una orden escrita desde Berlín, en la cual se le indicaba que el jefe del SD en Berlín había encontrado otro destino para él, con lo que debía poner fin a su gira de inspección. Su sucesor tardó mucho tiempo en llegar a Kassel, de modo que allí estuvo hasta marzo de 1944. Durante los tres meses siguientes estuvo en Berlín, en la RSHA. Luego fue a Viena como representante de la Policía de Seguridad y el SD. Aquello fue el 1 de diciembre de 1944. Su superior directo era Huber[5].

La diferencia entre la Policía de Seguridad y el SD, según Mildner, consistía en que la primera estaba a cargo de jefes de la Policía Criminal y la Gestapo, mientras el segundo formaba parte de la organización del Partido.

Sin embargo, en la cúspide de la organización, en Berlín, se encontraba Himmler, comandante en jefe de todas las fuerzas policiales, y Kaltenbrunner, quien sucedió a Heydrich como jefe de la Policía de Seguridad y el SD. Mildner conocía a Kaltenbrunner de sus tiempos en Linz. No es que conozca muy bien a Kaltenbrunner, aunque sabe que en Austria se le tenía en muy alta consideración.

—Sé que Kaltenbrunner no era feliz en Berlín, porque es un austriaco típico de los pies a la cabeza. Estoy seguro de que Kaltenbrunner no haría un mal uso del SD ni de la Gestapo, como hicieron Himmler y Heydrich. A

Kaltenbrunner le encantan las mujeres y el vino. No le gusta la actividad policial más de lo que me pueda gustar a mí.

»Después de la guerra, Kaltenbrunner habría reorganizado la Policía de Seguridad, aunque no como mera herramienta de Himmler o Heydrich. Entre el 80 y el 85 por ciento de los miembros de la Gestapo no eran voluntarios. Cuando Hitler llegó al poder en 1933 escogió a los mejores expertos de la Policía Criminal y los convirtió en agentes de la Gestapo. Lo mismo sucedió en Austria. Nadie pudo negarse a esa imposición.

Mildner permaneció en Viena hasta la llegada de los rusos. Hitler había dado orden, por medio de Schirach, administrador regional del Partido, de que se defendiera la ciudad. Ello supuso que Mildner debería permanecer en Viena. Disponía de seis mil personas a su mando, incluidos mil novecientos censores de correo y oficiales de aduana.

—Fui responsable de todos esos hombres, fueron para mí momentos difíciles.

Unos ocho días antes de que Viena quedase cercada, Schirach abandonó la ciudad, de modo que Mildner dio libertad a sus hombres. Se quedó hasta la voladura de los puentes sobre el Danubio. Sólo entonces emprendió la retirada a territorio no ocupado por los rusos.

—Habría tomado a todas las fuerzas policiales, las habría puesto bajo mi mando y habría tratado de impedir la voladura de los puentes. Habría entregado de buena gana la ciudad a los estadounidenses. Fui a Salzburgo a ver a Kaltenbrunner, quien me dio permiso para retirarme a las montañas, pues sabía qué era lo que había que esperar, y yo no deseaba permanecer en territorio ruso.

Del 1 al 28 de mayo estuvo esquiando en Austria. Lo hizo con su verdadero nombre, con su chofer oficial. Fue apresado el 28 de mayo. Cuando regresó a la cabaña en que se alojaba, lo estaban esperando cinco

estadounidenses que apresaron a Mildner y a su chofer. Sus captores lo trataron con suma cortesía, señala.

Estado civil: Casado en 1928, su esposa tiene cuarenta años. Se conocían desde 1923. Tres hijas, de ocho, seis y tres años. Su esposa padeció difteria en 1943, enfermedad que le dejó secuelas en el corazón. Sus hijas se encuentran bien. Dos de ellas padecieron ataques leves de escarlatina. Su vida conyugal ha sido feliz, con la excepción de la natural inquietud causada por sus muchos destinos y cambios de puesto, aparte de que la guerra causó entre ambos prolongadas separaciones que de otro modo no se hubiera producido. Se puso lloroso al hablar de su mujer y sus hijas. No se volvió a comentar este asunto a lo largo de la entrevista.

Familia: Su madre falleció en 1924 a los cincuenta y seis años de edad, de neumonía. Su padre falleció en 1933, a los sesenta y uno, tras caer de un andamio en el que trabajaba como carpintero. **No tiene hermanos:** La historia familiar no queda aclarada en esta entrevista, al margen de señalar que sus padres eran «muy buenos».

12 de febrero de 1946

En lo tocante a su depresión ha mejorado algo; tiene mejor apetito, aunque sigue estando taciturno. Hoy me pidió permiso para hablarme de Dinamarca, pues ha estado pensando acerca de aquello y cree que, si le escucho, «tal vez me quite un peso de encima, al menos a ese respecto».

El 10 de septiembre de 1943 recibió una llamada telefónica de la Oficina I de la RSHA, en Berlín, para que procediera a la creación de una oficina de la Policía de Seguridad en Dinamarca. Fue convocado a Berlín para recibir

las instrucciones pertinentes. Se dirigió a Hamburgo para recabar el concurso de setenta y cinco hombres de la Gestapo.

El 9 de abril de 1940 Dinamarca fue ocupada por las tropas alemanas. El antiguo embajador alemán tuvo una reunión con el Rey de Dinamarca, al cual se le aseguró que no se producirían ataques contra territorio inglés, por mar ni por aire, lanzados desde Dinamarca. Alemania no iba a atacar a Dinamarca. El comandante militar quedó al frente de todo el territorio danés, incluidos los asuntos económicos y civiles. Werner Best tuvo un gran conflicto con Heydrich y con Müller, y ésa fue la razón de que a él se le asignara un puesto en el extranjero[6].

Tal era la situación hasta junio o agosto de 1943. Entretanto, los daneses llevaron a cabo determinadas acciones de sabotaje. El castigo de esos daneses quedó en manos de los oficiales daneses y, al mismo tiempo, de la Policía militar alemana.

En verano de 1943 los sabotajes habían aumentado de manera desmedida, y se declararon huelgas. El comandante militar para Dinamarca decretó el estado de excepción. La razón por la que se pidió el concurso de la Policía de Seguridad alemana, según Mildner, no fue otra que combatir contra las organizaciones clandestinas, los huelguistas y los saboteadores de los grupos ilegales.

Mildner ha parecido quedar satisfecho a este respecto. Le he preguntado si no tenía la impresión de que los daneses habían hecho gala de un comportamiento admirable por plantar resistencia a los nazis, pero pareció que la pregunta le desconcertara.

—No. Fue un error. Si no hubieran hecho todo lo que hicieron, yo no habría tenido que detener a bastantes personas, y tampoco se habrían producido los posteriores arrestos en masa, la toma de rehenes, etcétera.

Su afán por «bloquear» toda cuestión que tenga que ver con los valores, cuando por otra parte trató de no ir a Praga debido a que los checos, según ha dicho, eran un pueblo «muy amante de la libertad», por lo cual sin duda plantaría cara, es algo que habrá que rastrear más adelante.

—El 17 de septiembre de 1943 llegué a Dinamarca. Llevaba conmigo la orden, emitida por Müller, de arrestar a Niels Bohr, un famoso especialista en física atómica. Era judío, o medio judío. Ésa era la razón de la orden.

Mildner ha comentado que siempre supuso que su trabajo iba a ser diferente, pues había conocido a muchos daneses a lo largo de los quince años anteriores, incluidas chicas de Dinamarca. Ha dicho que desconocía cuáles eran las condiciones reales en Dinamarca.

—Sabía que podía encontrarme alguna resistencia, pero no deseaba mezclarme en los asuntos de Dinamarca más de lo estrictamente necesario. Bohr era un ciudadano danés, a mí no me gustó la orden que me había dado Müller. No estuve mucho tiempo en Dinamarca, aunque durante ese tiempo recibí una orden de Himmler por medio de Best. Ya había creado una oficina central de la Policía de Seguridad en Dinamarca, en las cinco ciudades principales. El telegrama indicaba que «la evacuación de los judíos de Dinamarca ha de empezar de inmediato». Había seis mil judíos en Dinamarca.

Estos judíos, ha dicho Mildner, eran descendientes de personas que habían emigrado desde Portugal en los siglos XV y XVI y que llevaban cientos de años en Dinamarca.

—Me sentí muy angustiado. Fui a ver a Best y le pregunté por qué era preciso evacuar a los judíos. No habían causado ningún contratiempo. Eran ciudadanos daneses y Dinamarca era un Estado soberano. Ribbentrop tenía miedo de que se le reprochase no haber tomado ninguna acción directa contra los judíos de Dinamarca.

—Dicho de otro modo, Ribbentrop se había adelantado a los deseos de Hitler en este particular.

—Eso fue lo que dijo Best. Puedo afirmar que la razón de que se deportase a los judíos de Dinamarca fue cosa de Ribbentrop. Que posteriormente lo ordenase Hitler, eso ya no lo sé.

—¿Conoce algún documento en este sentido?

—No. A mí me lo dijo Best. Todos estábamos angustiados por la nueva situación. Best fue el mejor de mis compañeros de trabajo.

»De inmediato envié un telegrama a Müller avisándole de que la deportación de los judíos de Dinamarca provocaría muchos recelos. Primero, porque los judíos eran políticamente neutrales, y en modo alguno habían resultado una amenaza. Segundo, porque la deportación tendría graves consecuencias en las relaciones germano-danesas, ya que los agricultores daneses enviaban alimentos a Alemania y la industria danesa también trabajaba para Alemania. Además, había que tener en cuenta las repercusiones que tendría entre los escandinavos y los estadounidenses. Añadí que todo el pueblo de Dinamarca se oponía a tal medida. En mi telegrama, dije que sólo daría por resultado más sabotajes, más intranquilidad. Solicité que la orden de la deportación quedara aplazada.

En muy pocos días llegó la respuesta de Himmler por medio de Best: le indicó que cumpliese a rajatabla la orden recibida.

—Desesperado, fui al aeropuerto y tomé un avión a Berlín. Quería ver a Kaltenbrunner. De hecho, estuve con Müller. Volví a explicarle todos los recelos que me causaba la orden, aunque tuve que omitir las razones humanitarias; tuve que emplear otros argumentos.

Müller llamó a su secretaria y, en presencia de Mildner, dictó un telegrama a Himmler. Escribió todo lo que Mildner le había comunicado.

—Volví a Dinamarca, aunque Müller me había advertido de que el telegrama iba a servir de muy poca cosa. Aún tenía alguna esperanza. Paul Kanstein fue nombrado enlace entre Best y el Gobierno danés. Kanstein conocía bien Dinamarca. Tenía buenas relaciones de amistad con todos los ministros daneses. Se convocó una reunión con Kanstein, Best y conmigo. Decidimos que era preferible dar aviso a todos los judíos. Si iba a ser preciso llevar la orden a cabo, yo no tenía el menor interés de que ningún judío cayera en nuestras manos. A los pocos días llegó un nuevo telegrama de Himmler: había que proceder a la deportación inmediata de los judíos. Llegó un representante de Eichmann con dos barcos y un destacamento desde Oslo, consistente en un batallón de la Policía Ordinaria. Una noche, creo que el 1 de octubre, comenzaron las detenciones. Pasé aquella noche con Kanstein. En total, detuvieron a unos cuatrocientos o quinientos judíos. Fueron internados en un barco, y creo que viajaron por Oslo a Stettin, y de allí a Theresienstadt (en Checoslovaquia). Los demás judíos, los que recibieron el aviso, fueron escondidos gracias a sus compatriotas daneses, y de noche huyeron a Suecia. Hubo un tráfico muy intenso. Era posible cruzar el estrecho en un bote de remos; sólo son tres kilómetros. En eso consistió toda la operación de deportación[7].

»Hubo una gran conmoción en el cuartel general del Führer. Hitler e Himmler estaban enfurecidos, y dieron orden de confiscar todo el capital judío.

—¿Le culparon a él de lo ocurrido?

—No lo sé. Pero Himmler estaba furioso conmigo, y Eichmann también estaba colérico conmigo y con Best. Supusieron correctamente que alguien había dado aviso a los judíos. Por consiguiente, toda la acción se fue al traste.

—¿Considera insignificante que cuatrocientos o quinientos judíos fueran deportados de sus casas?

—No, pero piense en lo que podría haber sido.

»Además, yo no procedí a la detención de Niels Bohr, pues no deseaba detener a los científicos daneses. Bohr huyó a Suecia. Eso sucedió mucho después de que fueran deportados los judíos. Desde Suecia, Bohr viajó a Inglaterra, donde fue recibido por Churchill. Radio Londres anunció que Bohr había decidido compartir sus descubrimientos científicos con los Aliados.

»Se recibió entonces un telegrama de Himmler, después de la visita de Bohr a Churchill, en el que se anunció que el responsable oficial de la huida de Bohr iba a tener que dar explicaciones de inmediato. Desde Berlín, Müller dio la orden de confiscar todas las propiedades del Instituto de Física de Copenhague. Escribí indicando que enviasen expertos desde Berlín, cosa que hicieron más adelante.

»Estuve a punto de firmar un acuerdo con la Policía danesa en lo referente al incremento de los sabotajes y los asesinatos de alemanes por parte de los ciudadanos daneses. Descarrilaban muchos trenes. Los oficiales y los simples reclutas alemanes eran asesinados por la espalda incluso a plena luz del día. Había explosiones de dinamita en las fábricas que manufacturaban productos para Alemania. Hubo muchos muertos y heridos. En los restaurantes que frecuentaban los alemanes, por lo común con chicas danesas, estallaban bombas de relojería. Todos los días se producían explosiones en las fábricas.

»La Policía danesa no participaba en ninguna clase de acciones contra esas personas. Estaba todo en manos de la comisión militar. Las acciones que se tomaran dependían sólo de la Policía Secreta y de la Policía Militar

alemanas. Los detenidos eran entregados al Ejército y juzgados sumariamente por un Tribunal militar.

»Hice un pacto con la Policía danesa para que ayudara en la toma de acciones contra los saboteadores. Todo el que fuera detenido por la Policía danesa podría ser juzgado por los propios tribunales daneses. Había varios partidos políticos aún intactos, que no habían sido prohibidos, al contrario que en Noruega, y la Policía estuvo de acuerdo con mi propuesta. Si Alemania ganaba la guerra, se concedería una amnistía a los presos políticos, que seguirían estando presos, ya que en Dinamarca no existe la pena de muerte. Si ganaban los Aliados, serían puestos en libertad y quedarían como héroes.

El general Hermann von Hannekan, comandante en jefe del Ejército en Dinamarca tenía que dar, según Mildner, su visto bueno a este pacto. Su Tribunal marcial tendría que renunciar a enjuiciar a los saboteadores a los que detuviera la Policía danesa.

—Recibí permiso de Hannekan, pero aún necesitaba la aprobación de Himmler. Eso aún estaba en el aire cuando se produjo una novedad en el panorama. Hasta ese momento, no hubo un alto comisario de la SS ni de la Policía en Dinamarca. Yo estaba directamente bajo el mando de Best. Tras la deportación de los judíos y el incremento de los actos de sabotaje, llegó un telegrama de Himmler a Best en el que ordenaba lo siguiente: «Para impedir el asesinato y el sabotaje por parte de los daneses, actúe de inmediato con acciones de contrasabotaje». Best me llamó, me entregó el telegrama, se mostró alterado, temeroso de que tuviéramos que capturar rehenes y ajusticiarlos, como ya se hacía en Noruega y en Francia. Con eso, Himmler iba a destruir todos mis planes de colaboración amistosa con las autoridades danesas. Entre mis planes era importante la captura de los saboteadores, el apartarlos del público en general. Himmler iba a destruir

todo atisbo de cooperación con la Policía danesa. De inmediato envié un telegrama a Müller explicándole el contenido del telegrama de Himmler.

»En ese telegrama añadí que era imposible ejecutar la orden con los efectivos de que disponía, que la cooperación entre las fuerzas policiales alemanas y danesas iba a ser mera ilusión y, sobre todo, muy negativa para el buen nombre de la Policía Secreta alemana en Dinamarca. La cooperación entre mis hombres y los oficiales daneses era excelente en aquellos momentos.

»Indiqué a Müller que sería inútil recurrir al contrasabotaje, que equivalía al asesinato.

—¿A qué se refiere al hablar de contrasabotaje?

—Se lo explicaré en un momento. Es muy interesante. Siempre que se asesinase a un danés o a un alemán, a personas que hicieran negocios con Alemania, habría que asesinar a un danés señalado. Al principio, de manera oficiosa. Con el tiempo, se hizo de un modo oficial. Si una fábrica danesa que trabajaba para Alemania estallaba debido a un acto de sabotaje, había que destruir del modo que fuera otra fábrica que sólo trabajara para los daneses.

—Una idea demencial.

—Sí. Fue idea de Hitler, no de Himmler. Lo puedo demostrar. Y si fuera el caso, el trabajo de la Policía de Seguridad en Dinamarca quedó inconcluso. Inservible. Se produciría una actividad asesina constante, continuos atentados contra los negocios, dejando por los suelos el buen nombre del Reich.

»Müller estuvo de acuerdo en que no podríamos utilizar a los oficiales daneses para los actos de contrasabotaje, y accedió a enviar un destacamento desde Berlín. Creo que fue una de aquellas ideas espontáneas

que se le ocurrían a Himmler. Dio una orden que hubo que ejecutar de inmediato. Pensé que Himmler tal vez se olvidara.

—Creo haber entendido, según ha dicho, que había sido orden de Hitler.

—No. La idea fundamental del contrasabotaje sí fue de Hitler. Eso quise decir.

»No hice nada. Sabía que Günther Pancke iba a venir a Copenhague para ser mi inmediato superior, y decidí esperar hasta que llegara, para pedirle entonces que fuese al cuartel general y tratara de convencer a Himmler de que desestimara el plan. No hice nada. Pancke llegó a mediados de octubre, y fue nombrado el más alto jefe de la Policía y la SS en Dinamarca.

»Le asesoré sobre la situación. A Best le daba miedo, porque aún no habíamos hecho nada en cuanto al contrasabotaje. Pedí a Pancke que fuese a ver a Himmler, estuvo de acuerdo y viajó a mediados de noviembre. Se reunieron en Prusia oriental, en Ratisbona. Pancke dijo que Himmler estaba furioso conmigo, y exigió inmediatas acciones de contrasabotaje, que habría que llevar a cabo con el personal que puso a nuestra disposición. Aplacé toda intervención. Aún quedaba una ligera esperanza de que cambiasen las cosas.

»Se había creado un Tribunal policial de la SS para juzgar los crímenes cometidos en Dinamarca por ciudadanos alemanes, pero Pancke se opuso a mi plan de ceder a la Policía danesa el juicio de los sabotajes cometidos por daneses y las acciones pertinentes, pues estaba ansioso por ampliar el poder de ese Tribunal policial de la SS. Mientras se hallaban en Berlín, Kaltenbrunner y Müller accedieron a considerar mi plan. Pancke, agente de Himmler, lo suspendió e indujo a Himmler a ponerse en contra. El Tribunal policial de la SS sólo entró en vigor después de que yo abandonase Dinamarca, el 1 de enero de 1944.

»Quisiera añadir tan sólo algo acerca de la persecución de los judíos. A diario recibíamos cartas de los ciudadanos daneses, protestando por las acciones emprendidas contra los judíos y contra los huelguistas. Un día llegó a Pancke un telegrama en el que se ordenaba proceder a la detención del ministro danés de Economía junto con toda su familia. Yo ni siquiera sabía quién era ni dónde se encontraba. Escribí a Himmler por medio de Müller, lo cual dio por resultado un nuevo telegrama, de Himmler a Best, para que se ejecutaran las órdenes en Dinamarca. Supe que el danés se encontraba en el propio Ministerio de Economía; había declarado que si eran deportados los judíos se iba a declarar una huelga general. Envié un telegrama para decir que, si lo detenía, tendríamos que detener a todos los ciudadanos daneses, pues sus opiniones eran las mismas que propugnaba todo el pueblo de Dinamarca. Estas cosas suceden con bastante frecuencia.

»Un día recibí la orden de proceder a la detención del cónsul italiano en Copenhague, porque era contrario a Mussolini. Cuando llegué al consulado, el cónsul se encontraba en Suecia con todas sus pertenencias.

Mildner se ha reído al relatar esta anécdota.

—Hitler sentía un intenso desagrado hacia los daneses, por las razones que siguen: el Rey de Dinamarca había recibido una felicitación de Hitler por su cumpleaños, y le había contestado de manera bastante críptica: «Muchas gracias». Se comentaba que Hitler había tenido un acceso de ira al leer la respuesta. Desde entonces, Hitler aborrecía a Dinamarca.

El Rey de Dinamarca nunca fue detenido durante el tiempo que pasó Mildner en el país. Asimismo, no estaba prohibido escuchar las emisoras de radio extranjeras, ni fue confiscado el capital de propiedad judía hasta enero de 1944.

—¿Qué fue de las pertenencias de los cuatrocientos o quinientos judíos deportados mientras él estaba allí?

—No lo sé.

—Dicho de otro modo, mientras estuvo en Dinamarca, ¿no existían leyes relativas a la confiscación de las propiedades judías?

—Más o menos.

Cuando se proclamó el estado de excepción en Dinamarca, siguió diciendo Mildner, el Ejército danés, compuesto por tres mil efectivos, fue recluido por los alemanes en Dinamarca. Best y Mildner, según dijo, intentaron que se procediese a la liberación del Ejército.

—Himmler tuvo entonces la idea demencial de tomar el Ejército danés y obligarlo a formar parte de la SS. Best se pronunció en contra de la idea.

»Los sabotajes empezaron a ser más frecuentes; aumentó el número de soldados y oficiales alemanes asesinados por la espalda. El Ejército informaba a diario de estos sucesos, de modo que Hitler, Ribbentrop, Jodl, Keitel y los demás tenían que estar perfectamente al corriente.

»Todavía no se había puesto en práctica el contrasabotaje. Una noche, un oficial alemán fue acribillado por la espalda y el Ejército exigió represalias, pero Best trató de imponer multas en metálico. A Pancke le dio miedo la posible reacción de Himmler y me ordenó que asesinara de inmediato a varios daneses. Le dije que no sabía a quién, que no podíamos echarnos a la calle a asesinar impunemente a ciudadanos daneses. Me ordenó que tomase prisioneros políticos. Tres presos, comunistas, habrían de ser juzgados ante un Tribunal militar y asesinados como si hubieran intentado darse a la fuga. Todo estaba amañado de antemano. Había que informar a Himmler de que los tres daneses fueron abatidos cuando huían.

—¿Qué opinión tiene sobre la personalidad o el carácter de Himmler?

—Yo no le conocí personalmente. Sé que en Austria quince muchachas alemanas habían tenido relaciones sexuales con obreros del Este, y que

Himmler ordenó que las chicas fueran condenadas a ocho años y medio en campos de concentración.

—¿Qué fue de los obreros?

—Supongo que fueron ejecutados. En Cracovia, un oficial de la Policía Criminal con más de cincuenta años de edad estrechó una vez la mano de un judío. Himmler tuvo conocimiento y ordenó que su subalterno pasara dos años en Dachau. Esto sucedió en plena batalla de Stalingrado. Demuestra que incluso entonces Himmler tenía tiempo para pensar en cosas tan ridículas.

»Pancke se encargó de la ejecución de los tres daneses para apaciguar a Hitler y a Himmler cuando tuvieran noticia de la muerte del oficial alemán. Los tres fueron acribillados. Salió en la prensa al día siguiente. Himmler se enteró de todo.

»Se dio cuenta de que lo querían engañar. «¿Cómo lo habéis hecho?», preguntó por telegrama. Al día siguiente, Pancke recibió una orden directa de Himmler: era personalmente responsable del programa de contrasabotaje, que era preciso poner en práctica sin dilación. Y Pancke debía remitirle un listado de bajas.

»Cuando tuvo lugar el siguiente sabotaje, Pancke escogió dos nombres de una lista en la que figuraban los nombres y las profesiones de los elegidos. No había comunistas. Los primeros que eligió Pancke fueron un escritor y un sacerdote que también era escritor. Los dos habían de ser asesinados de inmediato. De Berlín llegaron cuatro hombres, posiblemente un quinto. Eran del brazo armado de la SS.

—¿Cuál era la personalidad de Pancke?

—Era una herramienta impotente en manos de Himmler, del cual tenía pánico, y que lo trataba a patadas. Himmler insultaba a Pancke como si

fuera un escolar. Pancke tendría cuarenta y ocho o cincuenta años, procedía del norte de Alemania.

»Pancke me dio la orden de hacer estallar un museo de Copenhague en donde se concentraban los estudiantes, y de hacer lo mismo en otros lugares. La rechacé, le dije que necesitaba para eso una orden escrita de Himmler. Pancke montó en cólera, pero no se hizo lo que deseaba hacer. Le pongo otro ejemplo: la Policía estatal estaba alojada a nuestro cargo. Ocupaban, por ejemplo, las oficinas de Best, las mías, las de Pancke, las del comisario de la Policía Ordinaria y las de su personal. Cerca de ese alojamiento se encontraba un gran hotel para turistas. Pancke ordenó la voladura del hotel como acto de contrasabotaje. Le pregunté por qué. La razón que adujo fue que en ese hotel su secretario una vez no logró que le sirvieran la cena después de las siete de la tarde. Estaba en vigor una estricta orden policial para que los restaurantes no atendieran a nadie después de las siete.

»En Copenhague estaba un colega de Best llamado Paul Barandon. Pancke me pidió que pusiera un explosivo en su mesa de trabajo o incluso en su casa. Barandon era alemán. Pancke y Barandon habían prestado servicio durante la I Guerra en el mismo regimiento; habían tenido una disputa años antes, y para Pancke bastaba con esa excusa. No se llevó a cabo.

»Los sabotajes fueron en aumento. El 18 de diciembre me tomé un permiso del que tenía que regresar en principio el 5 de enero. Cuando llegué a mi casa, recibí un telegrama para personarme en Copenhague el 29 de diciembre. Me llegó de Pancke por medio de su adjunto. Después, éste me explicó la razón. Best, Pancke, Hannekan y Kaltenbrunner habían sido convocados a almorzar en el cuartel general de Hitler el 30 de diciembre. Fui a Berlín e informé a Müller el 28 y el 29 de diciembre de que, debido a

que yo no había ejecutado las órdenes de contrasabotaje, esos hombres iban a recibir una reprimenda de Hitler. «Camarada Mildner», me dijo Müller: «ándese con cuidado, Himmler está muy enojado con usted».

»Volví en avión a Copenhague con cierta idea de lo que me estaría esperando. El 1 de enero, Best me convocó a su casa y después de la cena, estando solos Best y su esposa y yo en el salón de fumar, me habló de la visita que había hecho al cuartel general de Hitler. Best y Pancke fueron recibidos en Ratisbona, se llevaron una tremenda regañina y señalaron que Hitler les iba a dar una buena azotaina si yo no llevaba a la práctica, de inmediato, el programa de contrasabotaje. Al mismo tiempo, Kaltenbrunner, Best y Pancke recibieron la orden de que Mildner desapareciera de inmediato. Best y Kaltenbrunner trataron de sacar la cara por mí, cosa que no hizo Pancke. Müller me lo dijo más adelante. En tiempos de Heydrich, sin duda alguna yo habría terminado ante un Tribunal de la SS. Pancke recibió una muy seria reprimenda por parte de Himmler, quien lo puso tres meses a prueba. Si no se llevaban a efecto sus órdenes en ese plazo, Himmler prometió a Pancke que tomaría acciones disciplinarias.

»En el almuerzo con Hitler estuvieron presentes Hannekan, Best, Pancke, Jodl, Kaltenbrunner, Keitel e Himmler. Ribbentrop al parecer estaba enfermo. Tardaron tres horas en almorzar, pero no porque fuera una comida complicada. Hitler explicó cuáles eran sus planes para Dinamarca. Afirmó que sólo podía garantizarse la paz en el país mediante acciones de contrasabotaje intensivo. Dicho de otro modo, asesinatos a sangre fría y bombas en todas partes. Y no tenía por qué ser un secreto. Si un danés que trabajaba para los nazis era asesinado, o si una fábrica danesa que trabajase para Alemania volaba por los aires, en ese mismo día una fabrica danesa debía ser volada o un danés de renombre debía ser asesinado, y el asunto debía salir en los periódicos del día siguiente. Un destacado científico danés

fue asesinado por hombres desconocidos, o una fábrica había volado por los aires: eso era lo que debían decir los periódicos, con un punto de sátira e ironía. Dicho de otro modo, ya no tenía por qué ser un secreto. Era preferible que los daneses se enterasen.

—¿Terrorismo puro y duro?

—Sí. Hitler explicó con toda tranquilidad que deseaba que se hiciera todo eso. No deja de tener interés, creo yo, que nadie objetase nada. Era su ley, era su genio el que hablaba.

»Fui relevado de mi puesto el 31 de diciembre. Mi sucesor, Otto Bovensiepen, asumió mis responsabilidades el 5 de enero. Yo volví a Kassel.

14 de febrero de 1946

Mildner terminó de contar sus historias de Dinamarca anteayer, tras una dilatada sesión, y aún hoy ha continuado con ello. Parecía menos inclinado a hablar, pero en cuanto se abordó el asunto de Katowice se disparó como un gramófono. Apenas le he interrumpido; le he dejado contar la historia a su manera, como le viniera en gana. Su depresión, su falta de apetito, así como sus vómitos matinales, han mejorado ligeramente. Parece más animado, aunque también más reservado que el pasado martes.

—Estuve en Kassel sólo durante una temporada muy corta, como inspector del SD y la SS. Lo que sucedió allí no tiene ninguna importancia.

—¿Y Katowice?

—A eso iba. Estuve tres meses en Berlín. A mediados de junio de 1944 llegué a Viena, donde permanecí hasta el final de la guerra. Quería darle cierta información de fondo sobre Silesia.

»Tras la guerra de Polonia, Silesia quedó dividida en dos distritos: uno, la Baja Silesia, cuya capital era Breslau, y dos, la Alta Silesia, cuya capital era Katowice. El Reich se anexionó algunas zonas de Silesia y de Polonia. Toda la población del distrito llegaba a cuatro millones y medio de personas. Antes de 1918, la Alta Silesia era parcialmente alemana y parcialmente, en menor medida, rusa. La mayor parte pertenecía a Austria. Los habitantes eran en su mayoría alemanes o de raigambre alemana, así como alemanes polacos y polacos puros. Existían dos grupos: una minoría polaca con ciudadanía alemana antes de 1939, que ya vivía en territorio del Reich, y un segundo grupo que era mayoritariamente alemán antes de 1921, pero que ese año pasó a ser de ciudadanía polaca.

»En el propio distrito había una tremenda abundancia de carbón, antracita de la más dura, y valiosa, que se estimaba en millones y millones. Había allí más carbón que en la cuenca de Ruhr, en Renania y Westfalia. A lo largo de la guerra, la región produjo más carbón que toda la región carbonífera occidental. Y allí donde hay carbón, proliferan otras industrias. Había tremendas industrias de guerra, e industrias privadas; un factor adicional es que esa región nunca fue bombardeada, Debido a los bombardeos aéreos en el oeste, buena parte de la industria se desplazó a este territorio. I. G. Farbes construyó fábricas gigantescas en Auschwitz. Las manufacturas de goma sintética, de fuel y de otros productos químicos mixtos se realizaban allí. Había refinerías de petróleo de Rumanía. Zinc, hierro y acerías. Fábricas de tanques, de submarinos.

»Así pues, como la Alta Silesia no corría peligro de sufrir ataques aéreos, pronto se convirtió en la región industrial más importante del Reich. Por el este, tenía frontera con Polonia. Por el sur, con Eslovaquia. Por el suroeste, con el protectorado de Moravia. Por el oeste, con la Baja Silesia y los Sudetes.

»En este territorio se había detectado una tasa altísima de crímenes políticos y comunes antes de 1914. En primer lugar, era una región con una densidad de población muy alta; en segundo lugar, se daba una insólita mezcla de pueblos distintos. Y confluían las tres fronteras de Rusia, Austria y Alemania. Sólo siete kilómetros y medio al este de Katowice estaba el punto de confluencia de las tres fronteras. Segmentos enteros de la población vivían del contrabando, a raíz de lo cual menudeaban las disputas. Existía una posibilidad al alcance de cualquiera, cambiarse de país para escapar a la acusación por delitos cometidos en otro. Quien hubiera delinquido en Austria podía largarse a Rusia o Alemania y viceversa. El crimen fue en aumento. La alta traición era moneda corriente, de los rusos contra la Administración rusa, de los alemanes contra Alemania, de los austriacos contra Austria. En 1920 o 1921 hubo tres revueltas de los polacos contra su Gobierno. Se produjeron sobre todo en territorio alemán. Muchos miles de alemanes fueron asesinados por los polacos. En 1939, cuando las tropas alemanas ocuparon el territorio, comenzó un movimiento clandestino de resistencia y una intensa actividad política debida a grupos de ciudadanos bilingües. Gran parte del pueblo polaco se organizó de manera ilegal para procurarse armas y explosivos. Hubo muchos asesinatos.

»Ésa era la situación existente cuando yo llegué a Katowice el primero de marzo de 1941.

—Su superior inmediato era el administrador regional del Partido, Bracht, en la Alta Silesia. Tenía «todo el poder del Partido en sus manos». Por lo tocante a la Policía de Seguridad, tenía dos superiores, ambos acuartelados en Breslau. Bach-Zelewski era jefe de la SS y de la Policía en la Alta y la Baja Silesia. Sustituyó a Schmauser en mayo o junio de 1941[8].

Mildner se presentó ante Bracht, explicándole que no conocía el territorio debido a que nunca había estado antes allí.

—Me habló de la situación, me dijo que la Alta Silesia era la provincia más importante del Reich, de la cual podía depender la victoria o la derrota en la guerra. Bracht le dijo que estaba dispuesto a gobernar con mano de hierro para garantizar la seguridad en la zona.

»Me dijo que le daba miedo que los polacos estuvieran preparando una revuelta. Los polacos trabajaban con todos los medios y organizaciones a su alcance, con bombas de relojería, tanto en Breslau como en Berlín. Habían pegado fuego a una estación de ferrocarril en Berlín. Mantenían círculos de espías por todo el Reich. Bombas de relojería. Vías férreas dinamitadas. Depósitos de agua envenenada. Asesinatos de policías alemanes. Tiroteos contra soldados rasos. Bandas compuestas por ochenta hombres que robaban granjas a punta de pistola y se ocultaban en los bosques. Al mismo tiempo, surgieron bandas criminales que robaban en las casas particulares. Los robos se producían a diario. Los polacos elegidos alcaldes eran asesinados. La Policía tuvo más de cien bajas durante el tiempo que yo estuve allí. En Cracovia y en Varsovia, las cosas aún estaban peor. Se asaltaban los trenes a plena luz del día, se asesinaba a todos los alemanes que encontrasen. Había revueltas abiertas en todo el territorio polaco. En Varsovia y en los demás distritos.

»No había personal militar en la Alta Silesia. Sólo la Policía Ordinaria, dividida entre las ciudades y la Policía Estatal. Un total de doscientos cincuenta hombres para toda la zona de Katowice. El miedo a las revueltas era constante; no se podía contar con que la población ayudase en modo alguno. La población polaca no entregaba a los criminales polacos a las fuerzas alemanas. La población alemana temía las represalias, porque los criminales estaban perfectamente organizados.

»Además, en todo momento estaba presente el miedo de que Alemania perdiera la guerra, con lo que el territorio volvería a ser polaco, y los polacos tomarían represalias tan terribles como en 1920 y 1921.

»El 1 de junio de 1942, el administrador del distrito a cargo del Partido decretó el estado de excepción. El ministro de Justicia, Otto Thierack, y el ministro del Interior, Frick, acordaron con Himmler y Heydrich el establecimiento de un Tribunal militar para celebrar juicios sumarísimos a petición de Bracht. El presidente de ese Tribunal militar iba a ser el jefe de la Policía Estatal, es decir, yo. El segundo miembro del Tribunal había de ser el jefe de la Policía Criminal. Además, habría otro miembro. Ante este Tribunal se iban a juzgar todos los crímenes políticos y comunes cometidos contra los intereses de Alemania.

OTTO OHLENDORF

1907-1951

Otto Ohlendorf había sido miembro del Partido Nacionalsocialista desde 1925, jefe de los servicios de seguridad de la Oficina Central de Seguridad del Reich durante la II Guerra Mundial, comandante del *Einsatzgruppe* D en el frente oriental y teniente general de la SS desde noviembre de 1944. Condenado a muerte en abril de 1948 durante una vista en Núremberg, fue ajusticiado en la horca el 8 de junio de 1951.

1 de marzo de 1946

Otto Ohlendorf nació en Hannover en febrero de 1907. En realidad, ha dicho que nació en Hoheneggelsen, localidad cercana a Hannover. Allí residió hasta 1927. Aparenta más edad que los treinta y nueve años que tiene; tiene un aspecto demacrado, fantasmagórico. Es de corta estatura, encorvado, carente de afecto. Tiende a hablar con precisión, aunque su talante es el de un hombre que cuenta con que se le insulte en cualquier momento, y que está por ello a la defensiva.

Asistió a la escuela elemental durante tres años; luego, al *Gymnasium* de Hildesheim. Fueron nueve años de *Gymnasium*, pues repitió dos cursos. En uno no aprobó las asignaturas, en el otro no terminó adrede, debido a sus actividades políticas. Fue en 1925.

—¿Cuándo se hizo miembro del Partido Nazi?

—En 1925.

—¿Por qué no terminó sus estudios?

—Porque hablé en demasiados mítines públicos, en muchos pueblos.

Tenía dieciocho años y hablaba en público de cuestiones relacionadas con el SD, y en especial contra un partido escindido en Hannover, los güelfos. Había dos facciones en los güelfos, una monárquica y otra republicana. Ohlendorf estaba en contra de ambas, porque estaba «contra la destrucción y división de Prusia».

—¿Conoció a Hitler en 1925?

—No.

—¿Hablaba del antisemitismo a los dieciocho años?

—Eran cuestiones de política general. Entre ellas, el antisemitismo.

—A los dieciocho años, ¿cuál era su punto de vista sobre la cuestión judía?

—Mi visión era muy general; lo que más me importaba era suprimir las luchas de clase y las cuestiones sociales. Estuve en las Juventudes Bismarckianas. Todos esos partidos representaban una determinada clase. El NSDAP representaba a la totalidad del pueblo, al margen de las clases sociales.

—¿Incluidos los judíos?

—Ellos formaban parte de otros partidos.

—Entonces, ¿cómo afirma que el NSDAP representaba a la totalidad del pueblo?

—Quise decir que representaba a todas las clases sociales.

—¿Cuándo tuvo por primera vez sentimientos antisemitas?

—Se remontan a la época del Partido Nacional del Pueblo Alemán. Era antisemita. El líder era Alfred Hugenberg, que en 1933 fue ministro de Economía y Agricultura[1].

—¿El antisemitismo de Hugenberg era del mismo tipo que el de Hitler?

—No sabría decirlo.

—¿Abogaba Hugenberg por la aniquilación de los judíos?

—Lo dudo. Eso no formó parte del programa de Hitler hasta 1942.

—¿1942?

—Fue entonces cuando Hitler dio las órdenes.

—¿Cumplió usted las órdenes?

—Desconocía por entonces la orden general. Sólo llegué a saberla estando aquí. Estoy convencido de que Hitler no podría haber encontrado el respaldo del pueblo, ni de los propios miembros del Partido, para desarrollar esa idea.

»Después de 1925, por volver a donde estábamos, se prescindió del antisemitismo. Se hizo hincapié, eso sí, en las diferencias justas entre las distintas nacionalidades.

—¿Cuándo revivió la idea del antisemitismo?

—En 1942 y 1943.

—¿No era usted quien había testificado en lo referente al asesinato de 90.000 judíos?

—Sí.

—¿Y no hubo antisemitismo en Alemania antes de 1942 o 1943?

—Las persecuciones de 1938 no fueron antisemitas. Eran muy numerosos los judíos que gozaban de una situación más favorable de lo que debían, al menos según el porcentaje de población que representaban. Esas situaciones, o puestos en la sociedad, debían haber pertenecido a los alemanes. Así se explica la acciones de Göbbels en 1938 contra los judíos.

—Por consiguiente, ¿todos los judíos fueron desposeídos?

—No. Ésa fue la acción de noviembre de 1938 contra los judíos, decretada por Göbbels sin el consentimiento de Hitler. Fue una represalia por el asesinato de un miembro del Partido Nazi, cometido por el judío Herschel Grynszpan.

—¿Usted cree que así fue?

—No. Göbbels sólo buscaba una excusa[2].

—¿Conoció personalmente a Göbbels?

—Sí.

—¿Qué clase de persona era?

—Lo vi en varias ocasiones. Era inteligente, fanático. Como tenía una deformidad en el pie, tal vez tuviera cierto complejo de inferioridad debido a su apariencia física. Por eso sabía que nunca alcanzaría el liderazgo. No tenía escrúpulos en sus labores de propaganda. Yo siempre me opuse a Göbbels. Siempre he intentado que la gente disponga de una amplia educación, mientras que Göbbels prefería darles conocimientos sólo para el

momento. Göbbels consideraba a los seres humanos meros objetos de uso en sus propósitos políticos del momento.

—¿Llegó a hacer algo en concreto en contra de Göbbels?

—Mis informes en el SD siempre hicieron referencia a esas realidades.

—¿Alguna cosa más referente a Göbbels?

—Siempre tuve la sensación de que Göbbels no respetaba al pueblo en su totalidad. Era temerario incluso en sus contactos en su propio despacho, no tenía la menor consideración por nadie. Lo único que le importaba era gobernar. Había adoptado su forma de Gobierno de la jerarquía católica. Por lo que alcanzo a saber, Göbbels se educó en un colegio católico, estudió incluso en un claustro.

—Parecía haberse vuelto furibundamente en contra de los católicos.

—Sí, pero no por eso dejó de mantener los métodos de Gobierno más autoritarios. Göbbels tenía fe única y exclusivamente en sí mismo.

Formación: Ohlendorf por fin terminó los estudios en el *Gymnasium* y estudió Jurisprudencia y Económicas en las universidades de Leipzig y Gotinga. Pasó un año en Italia, donde estudió el fascismo, en 1931. Fue en un intercambio universitario.

—A mi regreso, era un fanático antifascista. Entonces pasé a los tribunales en octubre de 1933, y luego me hice profesor ayudante en el Instituto de Economía Mundial de la Universidad de Kiel.

—¿Aún pertenecía al NSDAP?

—Sí.

—¿Cómo era posible que perteneciera a un partido fascista y que fuera un fanático antifascista?

—Es lamentable que piense usted que son lo mismo. Hay una inmensa diferencia. El fascismo es puramente un principio de Estado. En 1932, Mussolini dijo: «Lo primero es el Estado, y del Estado se desprenden los

derechos y el destino del pueblo. Los seres humanos van en segundo lugar». En el nacionalsocialismo era exactamente al revés. El pueblo y los seres humanos eran lo primero, el Estado iba en segundo lugar.

—¿Eso es lo que cree?

—Lo creía. Lo malo es que Hitler odiaba demasiado al Estado, por eso el Gobierno nunca funcionó.

—¿Cree que Hitler realmente tenía aprecio por el pueblo?

—Desde luego. El defecto que yo le encuentro a Hitler es que se olvidó de su fundamento original, de su aprecio por el pueblo, y buscó el aprecio de otras naciones desencadenando la guerra.

—¿Cree que Hitler de veras apreciaba al pueblo, si ordenó la aniquilación de millones de judíos?

—Entre 1933 y 1939, Hitler hizo cosas tremendas por el pueblo alemán.

—¿Cree que Hitler tenía aprecio por el pueblo en general, o sólo por el concepto de *Volk*?

—No podría responder a eso en términos generales.

—Pues sea tan concreto como prefiera.

—Bien, tenía aprecio por el pueblo alemán.

—¿Y por algún otro pueblo?

—No lo sé.

—¿Cree que Hitler tenía aprecio por el pueblo, cuando ordenó el asesinato de hombres, mujeres y niños, al margen de su raza, color de piel o religión, a sangre fría, no en una batalla contra una ciudad o en un bombardeo aéreo, sino en zanjas, y en fosas comunes, como sin duda sabe mejor que yo?

—No puedo responder a esa pregunta ni en términos generales ni en concreto, pues desconozco las razones psicológicas que llevaron a Hitler a eso.

—¿Qué opinión tiene de sí mismo?

—Desde un punto de vista estrictamente alemán, no se puede generalizar. Desconozco el número de personas que fueron asesinadas por su raza o por su religión. No murieron así muchos alemanes. Hitler estaba convencido de que se hizo por el bien del pueblo alemán.

—¿Cómo es posible que Hitler amase al pueblo y que ordenase disparar contra otros?

—Hitler lo hizo por su pueblo. Hitler nunca creyó que las cosas fueran a terminar como terminaron.

—¿Qué opina al respecto?

—Hitler no esperaba que se desencadenase una guerra mundial.

—Pues el mundo entero esperaba la guerra.

—No creo que se pueda contestar con simpleza a esas preguntas.

—¿Qué piensa al respecto?

—Nunca he dicho que fuera un hombre maravilloso. Habíamos empezado por intentar definir el fascismo y el nazismo.

—Tal como habían sido las cosas, ¿había alguna diferencia?

—En Alemania, el jefe del Estado adoptó posturas imperialistas. El exterminio de los judíos se remonta a las campañas de Streicher, Göbbels y Ley, quienes continuamente hicieron hincapié en que los judíos eran enemigos del pueblo alemán.

—¿Cómo interpreta que un niño judío de seis meses de edad debiera ser asesinado? ¿Era un enemigo?

—En el niño vemos al adulto. Yo entiendo el problema de otro modo.

—¿Cómo?

—En 1933 y 1934 veía la cuestión judía de esta manera: demos a los judíos una región en la que puedan tener su hogar, permitámosles ser minorías en otros países. No sucedió nada en particular. Y entonces se

produjeron las acciones de Göbbels en 1938. Hasta 1938 no existía ningún plan para excluir a los judíos de la vida económica. Los expertos en economía nunca dieron su visto bueno.

—¿Qué testimonio prestó ante el Tribunal?

—Describí cómo recibía un *Einsatzgruppe* las órdenes para liquidar a los judíos en Rusia. No se trataba de una orden antisemita. Los judíos de Rusia, según se decía, eran los principales propagadores de la ideología bolchevique. En contra de mi voluntad se me encomendó la dirección de un *Einsatzgruppe* en Rusia. Eran quinientos hombres. En su mayoría, de la Policía Ordinaria y del brazo armado de la SS. La región abarcaba Odesa y desde Nikolaiev hasta Rostov, así como Crimea.

—¿Sabía cuál había de ser su cometido?

—Sí, sabía cuáles eran las órdenes. Los *Einsatzkommandos* al mando de los coroneles generales ejecutaban las órdenes.

—¿Y usted era teniente general al mando del *Einsatzgruppe*?

—No. Yo por entonces sólo era brigadier general. Eso fue en 1941 y 1942.

—¿Qué fue lo que hizo su *Einsatzgruppe*?

—Se fusiló a los judíos a la manera militar, en un lugar cerrado. Los pelotones de fusilamiento eran de quince hombres. Una bala por cada judío. Dicho de otra manera, un pelotón de fusilamiento de quince hombres ejecutaba a quince judíos.

—¿Fue supervisor o testigo de las ejecuciones?

—Estuve presente en dos ocasiones, durante lapsos muy cortos.

—¿Las víctimas fueron hombres, mujeres y niños?

—Sí.

—¿Se disparó contra los niños?

—Sí.

—¿Estaba Uman en su territorio?

—No. Uman está en Ucrania[3].

¿Cuántos judíos fueron asesinados por su grupo?

—Noventa mil según se informó en su día. Yo calculo que sólo se ajustició a unos sesenta o setenta mil.

—¿Se redactó algún tipo de registro?

—Sin nombres individuales.

—¿De dónde procedían esos judíos?

—De diversas localidades de Rusia.

—¿Tuvo la sensación de estar haciendo lo que debía hacer?

—Yo personalmente no tuve que hacerlo.

—¿No dirigió esas operaciones?

—Sí, pero las órdenes se daban a los líderes de los *Einsatzkommandos*. Yo sólo tenía que ocuparme de que se hiciera de la forma más humanitaria posible.

—¿Volvería a hacerlo otra vez?

—Yo no hice nada.

—¿Volvería a obedecer esa orden, o a dirigir esas operaciones?

—No creo que ésa sea una pregunta acertada. Creo que puede ahorrársela. Bastante he sufrido, durante años. Muchas personas tuvieron que cumplir órdenes con las que no estaban de acuerdo, órdenes que repudiaban. Yo rechacé la orden dos veces, pero tuve que cumplirla a la tercera. Era una orden directa de Heydrich.

—¿Tuvo problemas de apetito, o para conciliar el sueño?

—Por supuesto. Y tuve que prestar auxilio a personas que sufrieron crisis nerviosas.

—¿Muchas?

—Unas cuantas.

—¿Algún sádico entre los ejecutores a sus órdenes?

—No. Esas personas recibieron la orden de hacer lo que hicieron, no habían sido seleccionadas. Recibieron la orden y la cumplieron.

En este punto, Ohlendorf se muestra tenebroso en sus recuerdos. Ha puesto el peso de los asesinatos en masa sobre los hombros de Heydrich. No siente más remordimiento que el puramente nominal. Parece un espectro quemado; y su conciencia, si así se puede llamar, está limpia como una patena, e igual de vacía. Muestra un ápice de afecto, nada llamativo. Su actitud es la de «¿por qué se me culpa? Yo no hice nada».

—Aquellos judíos se ponían en pie, eran formados y se les fusiló a la manera estrictamente militar. Me encargué de que no se produjeran atrocidades, ni tratos brutales.

—¿Había un límite de edad?

—No había límite de edad —se ha parado a pensar un instante—. Gracias a Dios —ha continuado—, se ajustició a muy pocos niños.

—¿Cuántos?

—No lo sé. No creo que llegasen a un millar.

—¿Y se exterminó a noventa mil personas, de las cuales sólo mil eran niños?

—El trato que dieron los Aliados a los alemanes fue como mínimo tan nefasto como el ajusticiamiento de aquellos judíos. El bombardeo de las ciudades llenas de hombres, mujeres y niños, que ardieron por las bombas con fósforo... Esas cosas las hicieron los Aliados.

—¿Ha oído hablar de Coventry?

—Son cosas que hicieron ambos bandos. No pretendo invocar excusas, me limito a consignar los hechos.

—¿Qué opinión le merecen las leyes racistas de los nazis?

—Eran correctas. Es lo mismo que piensan los sionistas. Se trata de diferenciar a los alemanes del pueblo judío. Absolutamente correcto.

—¿Y las leyes de Núremberg? ¿Qué piensa de ellas?

—No recuerdo las leyes de Núremberg.

—En el momento en que se aprobaron las leyes de Núremberg, ¿opuso alguna objeción?

—No.

—¿Qué opina sobre el principio del Führer?

—Me opongo a todo principio del Führer si conduce a la dictadura. Ahora bien, el principio del Führer también podría permitir a una persona de buen talante convertirse en el líder, y eso sería bueno.

—En líneas generales, ¿aprueba el principio del Führer, sí o no?

—En primer lugar, habría que aclarar qué se entiende por principio del Führer. Tal como se manipuló en el Reich, me opongo.

—¿Qué opinión le merece el principio del *Volk* y de la raza dominante?

—Los pueblos son distintos entre sí, lo cual va en contra del principio nacional.

Le digo que no le entiendo.

—El principio nacional se basa en las nacionalidades individuales y en las capacidades que posean esas nacionalidades.

—¿Por ejemplo?

—Quiero decir que cada nacionalidad tiene algunas características que le son privativas.

—Entonces, ¿por qué asesinó a noventa mil judíos?

—En primer lugar, yo no los asesiné. De eso se ocuparon los pelotones de fusilamiento. En segundo lugar, nunca lo vi con buenos ojos.

—En tal caso, ¿por qué siguió adelante con ese cometido?

—¿Qué otra cosa podía hacer?

—Si condenaba ese cometido, podría haber protestado y haberse negado a cumplirlo, me parece a mí.

—¿Adónde podría haber huido si hubiera desertado? Estaba obligado bajo juramento a Hitler.

—¿Bajo juramento para cometer asesinatos en masa?

—Bajo juramento.

—¿De qué? ¿Qué estipulaba ese juramento?

—No podría haberlo impedido ni siquiera quitándome la vida. Todo habría seguido su curso de acuerdo con el plan previsto. Las órdenes eran impartidas a los *Einsatzkommandos* en Berlín antes de que se sumaran a mi grupo.

—¿Tenía mayor poder el jefe del comando que el jefe del grupo? ¿Es eso lo que quiere decir?

—No. Yo también recibía órdenes de Berlín.

—Y después de ese episodio del *Einsatzkommando*, en 1941 y 1942, ¿fue nombrado teniente general, cuando su rango era de brigadier general?

—Así es.

—De modo que su trayectoria no quedó perjudicada en modo alguno por el trastorno emocional que le supuso el fusilamiento de los judíos.

—Ya le he dicho que me sentí trastornado. Pero eso no tuvo incidencia en mi eficacia. Seguí desarrollando mi actividad en otros campos.

—¿Cuánto tiempo pasó en Rusia?

—Un año.

—¿Cuánto tiempo llevó asesinar a noventa mil personas?

—Un año.

—¿Cuál fue el número máximo de asesinados al día?

—Cuatro o cinco mil en un solo día.

—¿Sabían los judíos que iban a ser asesinados?

—Unos diez minutos antes del fusilamiento.

—¿No se produjeron desórdenes?

—No.

—¿Cómo se procedía a la ejecución de niños pequeños que ni siquiera podían estar de pie?

—No lo sé. No vi ninguno.

—¿Ni siquiera en los informes?

—Sólo los números... Le dije que pasé muchas noches sin poder dormir, le he explicado la alteración interna sufrí.

—Sin embargo, siguió trabajando para los nazis e incluso alcanzó el rango de teniente general.

Ohlendorf no responde a esta pregunta; se limita a permanecer sentado, con los labios apretados y actitud un tanto hostil. Ninguna de las preguntas le ha sido formulada de manera hostil.

—¿Estaba su esposa al corriente del cometido del *Einsatzgruppe*?

—No.

—¿La ha visto desde 1941 y 1942?

—Sí, la he visto, pero nunca le he hablado de todo eso. No me parecía conversación adecuada para una mujer.

—Sin embargo, ¿es correcto asesinar a mujeres, y no lo es hablarles de los asesinatos?

—En primer lugar, yo no maté a ninguna mujer. Me limité a supervisar.

—En general, ¿diría que es una persona emotiva, o más bien fría?

—Emotiva.

—¿Pensó alguna vez en sus propios hijos desde la posición en que se hallaba?

—Ésa fue mi primera reacción.

—Pero no bastó para impedirle hacer lo que hizo.

—No pude impedirlo.

—¿No se sintió enfermo, no tuvo ganas de huir?

—No habría importado. Por el hecho de estar presente donde estuve, creí que podría impedir que se cometieran actos inhumanos.

—¿Qué quiere decir?

—Si habla usted con quienes estuvieron en Uman y en otros lugares semejantes, reconocerá que es preferible que las buenas personas estén presentes para evitar las malas ejecuciones.

—¿Quién es responsable de esos crímenes?

—El Führer y Himmler.

Padre: Murió a avanzada edad en 1943, a los ochenta y cuatro años. Era agricultor.

Madre: Setenta y dos años de edad, goza de buena salud.

—Mi padre era un hombre muy emotivo, sincero, honrado. Políticamente pertenecía al Partido del Pueblo Alemán, era liberal.

—¿Era antisemita?

—No.

—¿Cree que su padre hubiera llevado a cabo esas mismas órdenes?

—No lo sé.

—¿Tenía una fuerte personalidad?

—Sí.

—¿Cree usted que tiene una fuerte personalidad?

—Sí.

—En tal caso, sin duda debe aborrecer a los judíos.

—No. Nos criamos bajo una estricta disciplina, estábamos acostumbrados a cumplir las órdenes. Mis emociones humanas eran las mismas que las de los demás.

—¿Qué tal se llevaba con su padre?

—Durante muchos años no nos llevamos nada bien, pero en sus últimos años de vida tuvimos buenas relaciones. Mis actividades políticas de juventud estaban en conflicto con los ideales de mi padre.

—¿Qué clase de personalidad es la de su madre?

—Es una buena ama de casa, una mujer franca.

—Desde el punto de vista de la personalidad, ¿a cuál de los dos se parece más?

—A mi padre.

—¿En qué?

—En sus inclinaciones científicas. Yo quise ser profesor de filosofía, de sociología y de economía nacional.

—¿Qué grado de educación tenían sus padres?

—Muy bajo. Pero mi padre leía mucho.

Hermanos: Es el menor de cuatro hijos. Tiene un hermano de cincuenta años, farmacéutico, que no participó en la guerra; está casado, tiene tres hijos, se opone al Partido Nazi. Es «liberal y teósofo». Tiene inclinaciones religiosas a la manera de Steiner». No es antisemita, «propugna una religiosidad antroposófica»[4].

—De pequeño, ¿tuvo algún amigo judío?

—No. No tuve ocasión. No había judíos en el pueblo en que nací.

—¿Cuándo conoció por primera vez a un judío?

—No lo recuerdo. Por mi pueblo pasaban algunos comerciantes judíos.

—¿Era su padre contrario a los judíos?

—No.

—¿Y su madre?

—No.

Otro hermano, de cuarenta y nueve años, agricultor, asistió a la escuela pública e hizo estudios de agronomía. Fue soldado raso en la I Guerra

Mundial. No tenía ningún interés por la política, aunque se hizo miembro del Partido Nazi en 1933. Está soltero, su madre es la que vive con él.

—Tuvo mala suerte con algunas mujeres, y nunca se llegó a casar.

Su hermana, de cuarenta y siete años, está soltera; tiene un negocio de venta de textiles al por mayor. Nunca se casó.

—Es posible que fuese miembro del Partido después de 1933, pero nunca tuvo ninguna actividad política.

—¿A qué hermano se siente más unido emocionalmente?

—Casi todos mis contactos los he tenido con mi hermano mayor. Tuve con él bastantes charlas filosóficas sobre antroposofía. Tenemos una buena relación de familia.

—¿Alguna razón por la cual la hermana no se haya casado?

—Podría decirse que es por pertenecer a la generación de la guerra.

Ohlendorf aborrece hablar de su familia o sus hermanos, pero logramos conversar unos minutos más sobre estas cuestiones. Creo que todo se reduce a una mínima relación emocional entre él y cualquiera de los miembros de su familia, así como a una hostilidad notable entre su padre y él. No parece que exista ninguna relación de afecto entre Ohlendorf y la madre, aunque tampoco es tan acusada la hostilidad que pueda tener hacia ella. Ha dicho que la madre tenía debilidad por el hijo mayor.

Estado civil: Casado desde hace doce años. Su esposa tiene treinta y nueve. Se conocían desde siete años antes de casarse. Afirma que ha sido un matrimonio feliz, que nunca se han separado.

Hijos: Cinco. Una niña de nueve años, un chico de siete, un chico de cinco, un chico de dos y medio y una niña nacida en mayo de 1945.

Religión: Protestante. Abandonó la Iglesia en 1942. Su esposa también abandonó la Iglesia ese año. A partir de mayo de 1945, todos ellos han vuelto a ser practicantes. ¿Por qué abandonó la Iglesia?

—Porque no estaba de acuerdo con los dogmas de la Iglesia.

—¿Por ejemplo?

—Entendía que entraban en conflicto abierto con el Estado.

—¿Conoce a Bach-Zelewski?

—Lo vi dos veces en Berlín, y lo he visto desde que estoy en prisión.

—¿Qué opinión tiene de él?

—Aquí está irreconocible. Era un hombre muy egocéntrico, siempre empeñado en seguir adelante sin pararse a considerar a los demás.

Eso fue todo lo que Ohlendorf estuvo dispuesto a decir acerca de Bach-Zelewski.

—¿Qué piensa de los planes para el futuro de Alemania?

—Yo despolitizaría Alemania. Intensificaría la agricultura. Crearía dos millones de puestos de trabajo. Entre dos y tres millones en el medio rural. Formaría grupos voluntarios de personas unidas por los mismos intereses. La propia juventud se opone a todo el estilo militarista de la educación. Yo me opuse a la politización, y entendí que Ley y Göbbels eran contrarios al nacionalsocialismo.

OSWALD POHL

1892-1951

Oswald Pohl, jefe de la Oficina Central de Economía y Administración de la SS, fue juzgado por un Tribunal militar estadounidense en 1947 y condenado a la horca. Fue ajusticiado el 8 de junio de 1951.

4 de junio de 1946

Este hombre de cincuenta y cuatro años fue detenido por las autoridades británicas el 27 de mayo de 1946, tras haberse ocultado en el norte de Alemania al final de la guerra. Era un individuo grandullón y robusto,

desaseado, con una barba de dos o tres días, vestido de manera andrajosa. Presentaba abrasiones superficiales, leves, en la mejilla izquierda. Dice que son resultado de la paliza que le dieron los soldados británicos —«unos doce»— en la cárcel a la que fue conducido al ser hecho prisionero.

Hablaba con suavidad y tenía un aspecto pasivo.

—No tengo nada en contra de los hombres que me agredieron, porque sin duda hay rufianes de todas las nacionalidades, y los ingleses no van a ser una excepción.

Insistió en que sin lugar a dudas debido a su puesto de gran relevancia, a las órdenes de Himmler, el Tribunal lo declararía culpable. Preguntó si se le permitiría disponer de un abogado defensor, porque su intención era demostrar su inocencia y establecer que nunca había actuado de manera contraria al honor. Su talante era cortés, deferente, obsequioso.

Dijo que estuvo al frente de todos los problemas económicos y administrativos de la SS. Fue jefe de la WVHA (Oficina Central de Economía y Administración de la SS) de los campos de concentración y de las fábricas dedicadas a la producción de guerra. Eran unas treinta fábricas a cargo de la SS, explicó; por ejemplo, las Fábricas de Equipamiento Alemán de Dachau y Oranienburg, y las Fábricas de Piedra y Tierra de Oranienburg. En esas fábricas se producía armamento[1].

Pohl nació en Duisburgo, en Renania, el 30 de junio de 1892. Por lo que alcanzaba a saber, su nacimiento fue completamente normal, al igual que su desarrollo. No tuvo enfermedades graves, salvo una difteria sin complicaciones cuando era niño, y algunas infecciones de garganta.

Le pregunté si había tenido mucho contacto directo con Himmler.

—Sí, al principio —respondió— lo veía constantemente; después, al ser ascendido a mi puesto de importancia, lo veía cada dos o tres meses. Sólo hablaba con Himmler de asuntos económicos: provisiones, ropa y

problemas que surgían en torno a las fábricas, el trabajo en los campos de concentración, etcétera.

—¿Ha llegado a conocer al doctor Emil Puhl, vicepresidente del Reichsbank, a fin de tomar las disposiciones necesarias para el depósito del oro sacado de los campos de concentración en el Reichsbak?

—Tuve algunas reuniones ocasionales con Puhl para tratar asuntos oficiales relativos al depósito del oro en el Reichsbank. La más importante se produjo cuando Puhl me ayudó a disponer de fondos extranjeros para la adquisición de tierras en el Este.

Pohl asistió a la escuela elemental durante siete años y al *Gymnasium* otros siete. Fue un «buen estudiante» y se licenció a los veinte años. Se alistó de inmediato en la Marina, donde fue pagador. Estuvo en la Marina hasta el 31 de enero de 1934.

Al dejar la Marina tras veintitrés años de servicio ingreso en la SS. Se le encargó la organización de la sección económica y administrativa de la SS. Ocupó este puesto de gran importancia hasta el final de la guerra.

Se ha casado dos veces. Su primera unión terminó en divorcio en 1936, tras dieciocho años de matrimonio, «por incompatibilidad». Tuvo tres hijos con su primera esposa, que era tres años más joven que él. En 1942 se casó con una joven viuda, catorce años más joven, que tenía tres hijos. Con ella ha tenido otro hijo.

5 de junio de 1946

Hoy Pohl se ha presentado bien arreglado, aseado. Vestía las mismas ropas andrajosas, pero se había afeitado, y las huellas de la abrasión facial, tan visibles ayer mismo, apenas se le notaban. Tiene una cara cuadrada,

recia, de rasgos amplios, regulares; cabello gris, escaso, algo calvo, y padece una ligera mal oclusión dental.

Le he preguntado qué tal le había ido ayer en el interrogatorio. Ha respondido que había durado tres horas y que fue un tanto agotador, pero que se le trató con la debida cortesía por parte de sus muy numerosos interrogadores. Le habían hecho ver varios documentos y le habían formulado muchas preguntas detalladas, a las que tuvo dificultad en responder de inmediato, «porque tras doce años al servicio de la SS no se puede recordar todo». Ha dicho que había tomado la resolución de decir toda la verdad sin ocultar ningún hecho.

Continuamos hablando de su historia personal. Durante el año que ha pasado escondido, ha estado en contacto con sus dos hijas y su nuera. Ha vivido periódicamente con ésta, aunque durante la mayor parte del tiempo ha sido aparcero en una granja que era propiedad de un antiguo amigo de la actual esposa de Pohl.

Al terminar la guerra en mayo de 1945, Pohl estuvo con su familia en Halfing, cerca de Rosenheim, en Baviera.

—Utilicé un nombre falso, tenía documentos de identidad falsificados, que obtuve de mis amigos en un pueblo del norte de Alemania. Camino de Baviera, desde el norte, viajé a pie de una aldea a otra. Cada vez que entraba en una ciudad, me presentaba ante la Policía local, y de ese modo conseguía papeles con mi nombre falso. Me resultó francamente fácil desplazarme de este modo.

—¿No le había reconocido nadie a lo largo de todo ese año?

—Mis hijos y mi nuera. Viví con mi nuera y con sus padres, que se apellidan Westphal. Desconozco si se les ha detenido o no. Mi hijo fue capitán de la SS. Ahora se encuentra internado en un campo francés para prisioneros de guerra.

—¿Cómo se las ingenió para no ser detenido durante más de un año?

—Las autoridades registraron varias veces la casa de mi nuera, pero siempre lo supe con antelación, de modo que en esas ocasiones nunca estaba presente en la casa. Además, estaba contratado para trabajar en una granja, en la que pasaba gran parte del tiempo. Seguramente, en esos registros de casa de mi nuera las autoridades encontraron alguna pista, quizá alguna cosa que me olvidé, y así me localizaron en la granja.

Ha dicho que su esposa vivía en Halfing y que no la había visto desde el 13 de mayo de 1945. Unas cuatro semanas antes de ser capturado, le escribió por primera vez. Duda que esa carta haya conducido a su detención, porque empleó un nombre y una dirección falsas.

Ha descrito a grandes rasgos sus actividades en la Marina.

—Fui oficial administrativo, o pagador, en las unidades de la costa y de alta mar, desde el 1 de abril de 1912 hasta el 31 de enero de 1934. Comencé siendo candidato a pagador, puesto equivalente al de marino raso, salvo que para llegar a ser candidato a pagador era preciso haber cursado al menos el último año en el *Gymnasium*. En 1920 y 1921, en mis ratos libres, asistí a algunos cursos sobre materias comerciales en la Universidad de Kiel. Cuando dejé la Marina, en 1934, ostentaba el rango de capitán.

Le he pedido que hiciera un breve esbozo de su trayectoria en la SS.

—Fui jefe administrativo de la SS. Estaba al frente de la WVHA.

—¿Comenzó siendo jefe de esa sección, o hubo de ascender en el escalafón antes de ocupar el puesto?

—Comencé siendo el jefe. Me invitó Himmler en concreto a encargarme de construir la administración y la economía de la SS.

—¿Cómo había trabado conocimiento con Himmler?

—En mayo de 1933, Hitler realizó una visita al acuartelamiento de la Marina en Kiel. Himmler lo acompañaba. La verdad es que es una curiosa

historia. Unos seis meses antes de que tuviera lugar esa visita yo había escrito una carta a Hitler referente a su lugarteniente, Heydrich, que después fue nombrado jefe de la RSHA. En mi carta, le dije a Hitler que corrían rumores en los círculos de la Marina relativos a que Heydrich fue expulsado de la Marina debido a sus líos de faldas y a otros rasgos lamentables de su carácter. Le comenté que eso me había causado una gran desazón, porque el personal de la Marina se burlaba de mí; al parecer, yo había dicho que sólo quienes no eran capaces de hacer carrera en la Marina se sumaban a la SS. Cuando escribí la carta, Heydrich ya era un personaje muy destacado de la SS. De ese modo, Hitler y Himmler se fijaron en mí.

—¿En qué sentido se burlaba el personal de la Marina?

—Me tomaban el pelo por decir que si un hombre no era capaz de llegar a nada en la Marina, se pasaría a los nazis. Escribí a Hitler para decirle que si todo lo que se rumoreaba sobre Heydrich era verdad, entonces no lograba entender cómo se le permitía que llevase el uniforme de la SS.

—¿En qué consistían los rumores que corrían sobre Heydrich en círculos de la Marina?

—Rumores normales: que se había visto obligado a renunciar a su puesto en la Marina debido a su mal carácter, que había tenido líos con mujeres, que había tenido una conducta inmoral y muchas otras historias que ya no recuerdo.

Le he comentado que no terminaba de tener muy claro... ¿por qué había escrito a Hitler una carta de esas características?

—Le dije por escrito que si todo lo que se decía de Heydrich era verdad, no se le tendría que permitir llevar el uniforme de la SS, ya que de acuerdo con los rumores había sido expulsado deshonrosamente de la Marina. En mi carta, dije que, a mi juicio, la SS era una organización honorable e importantísima, tanto como la Marina, de modo que si un hombre no estaba

en condiciones de llevar el uniforme de la Marina, tampoco lo tendría que estar para llevar el uniforme de la SS.

—¿Qué sucedió a resultas de esa carta?

—A raíz de mi carta, Himmler me interpeló en Kiel y me dijo que lo que se decía en la Marina acerca de Heydrich no era cierto, pues él había investigado personalmente los rumores. Himmler despachó los rumores, tachándolos de acusaciones ya conocidas: quien no podía seguir adelante en la Marina, se sumaba al Partido.

—¿Era cierto que Heydrich se había despedido de la Marina?

—Sí. Yo personalmente desconozco si lo hizo por su propia voluntad o si se vio obligado a renunciar.

—¿Qué opinión tenía de Heydrich?

Ha respondido con evasivas.

—En la Marina, nunca llegué a conocerlo. Más adelante, en la SS, era uno de los líderes. Tuve frecuentes contactos oficiales con él, pero acerca de su naturaleza personal o su comportamiento no tengo elementos de juicio. Creo que todo lo que hizo le vino ordenado desde arriba.

Pohl se hizo miembro del Partido Nazi en agosto de 1926, cuando aún estaba en la Marina. Dijo que en calidad de oficial no habría dispuesto de permiso para ser miembro de un partido político, pero que su puesto de pagador correspondía al de «funcionario de la Marina», no al de oficial.

—Por consiguiente, pude hacerme militante del Partido. Después, en 1933, los pagadores pasaron a ser oficiales administrativos, por lo que no tenían permiso para dedicarse a actividades políticas. Ahora bien, yo entonces era funcionario, no oficial, por lo que pude hacerme miembro del Partido.

—¿Renunció a su condición de militante del Partido cuando fue nombrado oficial?

—No. Todo aquello sucedió más o menos en la fecha en que me pasé a la SS. De haberme quedado otros seis meses en la Marina, me habría visto obligado a renunciar a mi militancia en el Partido.

»Después, Himmler me habló a propósito de mi carta y de sus investigaciones sobre Heydrich. Le dije que estaba de acuerdo con él. Himmler me aconsejó que ingresara en su aparato en calidad de administrativo, me dio tiempo para pensarlo. Fue en mayo de 1933. Himmler pronto se mostró muy insistente, y me escribió una carta tras otra, apremiándome para que asumiera la organización administrativa de la SS. En diciembre de 1933 y en enero de 1934 me invitó a Berlín y a Múnich y me mostró todo el montaje administrativo de la SS, comentándome los muchos y muy complejos problemas que estaban por resolver. Sólo en febrero de 1934, cuando por fin comprendí la magnitud del trabajo que me esperaba, acepté.

—¿Qué le había mostrado Himmler?

—Sobre todo, me mostró los cuarteles generales de la SS en Berlín y en Múnich y me describió en qué consistiría mi trabajo.

—¿Le mostró Himmler alguno de los campos de concentración de aquel entonces?

—No, no. Ni siquiera hablamos de eso.

—¿Estaba al tanto de la existencia de los campos de concentración ya entonces?

Vaciló, bajó la vista al suelo, permaneció inexpresivo durante unos momentos, me pidió que le repitiera la pregunta, y al final dijo «No»[2].

En febrero de 1934 comenzó «la organización y construcción» de la SS.

—Cuando ocupé mi puesto, la SS era una organización relativamente pequeña, como un sindicato, con algunos grupos en determinadas ciudades y pueblos de gran tamaño. Comencé por la introducción de mandos

administrativos en varias ciudades clave, y seleccioné al personal más apto para desarrollar el trabajo. Inauguré los centros de formación en los que se adiestraba a esos cuadros administrativos por espacio de unas semanas antes de que ocupasen sus puestos en las sucursales abiertas por toda Alemania. Logré una sólida administración de la SS, con cuentas saneadas e impolutas, igual que las secciones financieras.

Le he pedido a Pohl que me relatase, si así lo deseaba, los momentos culminantes de su carrera a partir de 1934.

—Cuando ingresé en la SS, en 1934, sólo existía la SS en general. El brazo armado de la SS todavía no existía. El puesto para el que fui nombrado no disponía de independencia o no al menos en la medida en que fue independiente más adelante. Al principio, mi puesto formaba parte de la oficina principal de la SS, y era conocido como sección administrativa. En 1935 y 1936 cambiaron las cosas al crearse el servicio de tropas de la SS, que fue el predecesor del brazo armado de la SS y constaba sólo de dos pequeñas unidades, como compañías del Ejército, acuarteladas sobre todo en Stuttgart y en Múnich. Tenían financiación directa del Reich. Fue entonces cuando se amplió mi campo de trabajo y mi oficina adquirió mayor independencia. En mis directrices administrativas, como es natural, tuve que respetar a los líderes del Reich, porque el presupuesto de esas compañías de la SS lo cubrían por entero el Gobierno. La cosa no iba a terminar con esas dos compañías, sino que iría en aumento, aunque a trancas y barrancas.

»Entre 1934 y 1936, la oficina administrativa bajo mi jurisdicción fue apartada de la oficina principal de la SS, para pasar a ser una oficina independiente llamada Oficina para Presupuestos y Construcción.

»A partir de aquellas unidades de las tropas generales de la SS, por fin se creó el brazo armado de la SS en 1939. Entre 1934 y 1939, todas las

operaciones se incluían en el presupuesto del Reich y estaban al margen del Partido, de modo que en 1939 todos los gastos de la SS en general los cubría el Reich. Las SS en general siguieron recibiendo financiación del Partido, y en todo momento siguieron siendo una organización del Partido[3].

»Hasta 1939 sólo tuve el cargo de teniente en la SS en general. En 1939 fui ascendido al rango de general del brazo armado de la SS. Comencé a recibir mi paga del Reich, no del Partido. Asimismo, más o menos en 1939 la Oficina para Presupuestos y Construcción experimentó una revisión y pasó a ser la Oficina Principal de Economía y Administración de la SS, de la cual fui jefe hasta la capitulación con que terminó la guerra.

Ha continuado su descripción de los intrincados entresijos de la organización de la SS, en cuya cúspide estuvo en todo momento. Como es natural, con el paso del tiempo el presupuesto del Reich pasó a ser muchísimo mayor.

—Mis principales relaciones profesionales, fuera de la SS, son las que tuve con el ministro del Tesoro, Schwartz, y con el ministro de Finanzas, el conde Lutz Schwerin von Krosigk. Tuve muy poco trato con el Ministerio de Economía. En un periodo de diez años vi a Funk dos veces, y a Puhl, representante del Reichsbank de Funk, no más de dos o tres.

Le he preguntado por la naturaleza de su trato con Funk y Puhl, y dio una respuesta críptica.

—Con Funk hablaba de cuestiones de economía general, sobre todo centradas en la región oriental. En cuanto a Puhl, dispuse el depósito en el Reichsbank de los objetos valiosos confiscados en los campos de concentración. Tal como le dije ayer, Puhl también me ayudó a disponer de fondos de países extranjeros para la adquisición de tierras en el este, alimentos en Hungría y Rumanía, etcétera.

—¿De dónde procedían esos fondos extranjeros que Puhl le otorgó para la SS?

Pohl se ha mostrado extrañado ante mi pregunta.

—Como es natural, del Reichsbank. Era la única organización que disponía de chelines austriacos, francos franceses, pengös húngaros y otras divisas extranjeras.

—¿Qué clase de objetos de valor dispuso usted que se depositaran en el Reichsbank mediante sus negociaciones con Puhl?

—Sobre todo, objetos de valor que fueron de los judíos —ha respondido con absoluta despreocupación—. Había anillos u objetos de oro que llegaban desde los campos de concentración a mis oficinas de Berlín. Mi responsabilidad consistía en entregárselos al Reichsbank.

—¿Había sólo anillos u otros objetos de oro?

—Cualquier cosa que fuera de oro, desde monedas, relojes, anillos, hasta algunos pequeños lingotes.

—¿Hubo algunos otros tipos de objetos de oro tomados de las víctimas de los campos de concentración y depositados en el Reichsbank por la SS?

—Nada más.

He dicho que había tenido conocimiento de otras historias, y que de hecho había visto poco antes, en el Tribunal, una película que se pasó durante la vista del acusado Funk, en la cual aparecían otros artículos de oro al margen de los mencionados.

—¿Eran artículos extraídos de los judíos que fueron exterminados en las cámaras de gas y en las fosas comunes de los campos de concentración?

—Sí.

—Entre los artículos de cuyo depósito se encargó, ¿había dientes de oro, o piezas de dentadura?

La expresión bovina de Pohl no se alteró ni lo más mínimo al contestar:

—Supongo que parte de los lingotes de oro que recibí eran piezas dentales de oro fundido[4].

He comentado que esta cuestión no parecía haberle alterado ni mucho ni poco. Probablemente se sintiera concernido e invitado a dar cierta muestra de emoción, con lo que ha hecho un intento por manifestar su condena sobre tales artículos de oro. Ha hablado en un tono de voz algo más alto, con cierta gesticulación, que me pareció teatral.

—¿Qué iba a hacer yo? Nunca ordené que se tomaran esos artículos. No era mi responsabilidad. Yo no indiqué que se enviaran a mis oficinas. Estaban allí, mi cometido consistía en depositarlos en el Reichsbank, de modo que lo hice. Nunca inspeccioné personalmente las piezas dentales de oro, pues estaba muy ocupado con otros asuntos. ¿O es que piensa que bajaba yo al sótano a descargar los camiones y abrir los sacos para verificar su contenido? ¡Yo era un ejecutivo sumamente atareado! Disponía de un experto al cargo de esos artículos; mejor dicho, de varios expertos que fueron cambiando con el tiempo. Por lo común, el experto era un hombre del Grupo A o del B, que formaban parte de la oficina principal de la SS.

—¿Recibió su oficina directrices acerca de cómo hacerse con ese oro de las víctimas de los campos de concentración?

—Nunca. Ninguna. De hecho, a mí me sorprendió la primera vez que vi llegar los artículos de oro. Toda esa cuestión la discutieron Funk, Himmler y Schwerin von Krosigk, quienes dispusieron que los artículos pasaran por mi oficina para su cuantificación antes de ser depositados en el Reichsbank. Yo lo supe más tarde. Por lo que a mí se refiere, fue una sorpresa.

—Cuando llegaban esos sacos llenos de artículos de oro, ¿se interesó alguna vez por saber de dónde procedían, o por orden de quién? —Pohl se ha parado a pensar unos instantes y ha respondido como si hablase de acciones bursátiles.

—La verdad es que no recuerdo cuándo llegaron por primera vez. Supongo que el primer envío lo acompañó un hombre del propio campo de concentración, pero personalmente no me tomé la molestia de averiguar detalles como ése, ya que tenía cosas más importantes que hacer, y no descargar un camión o inspeccionar el contenido de los sacos. De eso se ocupaban mis expertos. También es posible que el individuo que trajera los artículos de oro nunca me llegara a ver en persona. En mi oficina de Berlín trabajaban unas mil cuatrocientas o mil quinientas personas. Por todo el Reich había más de trescientas sucursales. Cuando llegaban los envíos de oro de los campos de concentración, el oficial del día me informaba. Debe usted representarse todo aquello como era en realidad. Tenía cinco o seis generales que trabajaban a mis órdenes. Yo nunca llevé en persona los artículos de oro al Reichsbank.

He insistido:

—¿No se le ocurrió nunca que era oro manchado de sangre humana?

—Que provenía de los judíos exterminados es algo que supe yo y que sabía todo el mundo. Pero yo no lo toqué. Me limité a enviarlo a Himmler por medio de mi oficina, según acuerdo con Funk y Schwerin von Krosigk, hasta su depósito en el Reichsbank.

—¿Puso alguna vez alguna objeción a todo ese asunto?

—No. Nunca me pidieron mi opinión. Además, de nada habría servido expresar una protesta. Por ejemplo, protesté contra toda la responsabilidad sobre los campos de concentración cuando los campos quedaron bajo mi autoridad en 1942. Dije que sólo era un oficial administrativo, que no tenía ningún interés en estar al frente de todos los campos de concentración. Se hizo caso omiso de mi protesta y se me encomendó la responsabilidad de los campos de concentración precisamente porque había administrado con eficacia la mano de obra que trabajaba en las fábricas de los campos.

Acepté esa responsabilidad; en cuanto a las medidas tomadas contra los judíos, nunca tuve nada que ver con ellas. Esas órdenes las impartía la RSHA. Himmler daba las órdenes a Kaltenbrunner, quien las transmitía a Müller y a la Gestapo. Este último regía todo el programa de exterminio. Así se transmitían las órdenes de Himmler. Yo no participé en el asesinato de los judíos.

Le he comentado que, sin embargo, sí estuvo al frente de todos los campos de concentración.

—En efecto, pero los campos no tenían nada que ver. Himmler eligió determinados campos y, junto con Kaltenbrunner y Müller, ordenó a los comandantes de los campos que llevaran a cabo el programa de exterminio. Esto es algo que se hizo según la cadena de mando que le acabo de describir.

»Quiero hacer hincapié en que la orden se transmitía de Himmler a Kaltenbrunner, de éste a Müller y de éste a Glücks, quien era uno de mis generales subordinados, a través del cual pasaba al mando de cada uno de los campos de concentración, que habían sido seleccionados por Himmler para llevar a cabo el exterminio. De lo contrario, Himmler habría tenido que darme a mí las órdenes, ya que técnicamente era yo quien estaba al frente de los campos de concentración. Lo que trato de poner de relieve es que si bien soy responsable de los campos, y el programa de exterminio se llevó a cabo en los campos, no soy responsable del programa de exterminio en sí, porque las órdenes no pasaron nunca por mí, sino que se transmitieron por la cadena de individuos que acabo de reseñar.

»Eran once los campos de concentración principales que estaban bajo mi mando[5]. De esos once campos, los internos eran enviados a los llamados campos de trabajo. Ése era mi trabajo. No tuve nada que ver con la solución final al problema de los judíos. Eso es algo que hizo el personal de los

campos, así como sus comandantes. Como es natural, el centro de todas las órdenes destinadas al exterminio de los judíos no era otro que Müller, de la Gestapo, quien recibía sus órdenes de Kaltenbrunner, que a su vez llevaba a efecto los planes diseñados por Himmler.

»Müller fue el sucesor de Theodor Eicke, que había estado al cargo de los campos de concentración durante diez años[6]. Glücks siguió al frente del Grupo D, que formaba parte de mi oficina, aunque era específicamente la oficina de los campos de concentración. De todo el exterminio hablaron mucho Glücks y Müller, quienes mantenían reuniones secretas todas las semanas».

La oficina de los campos de concentración, al frente de la cual estaba Müller, ¿no formaba parte de la gran oficina de administración que encabezaba el propio Pohl?

—Sí, pero ya le he dicho que Glücks no recibió de mí órdenes relativas al programa de exterminio. Era Müller quien se las daba directamente.

Le he comentado que me daba la impresión de que, en calidad de jefe de Glücks, Pohl era responsable de lo que hubiera hecho éste.

—Bien, todo esto eran deberes especiales que Himmler encomendó a Glücks. Lo mismo cabe decir de Hans Kammler, que también era uno de mis subordinados, aunque al mismo tiempo estaba al frente de las armas de represalia, un cometido especial en relación directa con Speer, el ministro de Municiones. Cuando hablo de armas de represalia me refiero a las V-1, las V-2 y otras[7]. Esto tampoco tuvo nada que ver conmigo, aunque Kammler estaba a mis órdenes.

»Le puedo dar otro ejemplo. El primer teniente August Frank también era uno de mis subordinados, pero como se encargaba de un cometido especial informaba personalmente a Hitler[8]. Estaba al frente de la remodelación de la totalidad de la *Wehrmacht*, un trabajo descomunal en el Ejército, la

Kriegsmarine, la *Luftwaffe* y el Ministerio de Trabajo. Yo no tuve nada que ver con eso. A propósito, durante este último año he tenido tan poco contacto con el mundo que no sé si Frank está vivo o muerto, si ha sido capturado o no. Ya ve usted: Glücks, Kammler y Frank, que eran oficiales subordinados de mi oficina, tenían cometidos especiales en los que yo nunca tuve nada que decir.

—¿Conoció a Eichmann, uno de los más destacados organizadores del programa de exterminio?

—Sólo de vista. Estaba a las órdenes de Müller, en la Gestapo. No tenía nada que ver con mi oficina.

En calidad de ser humano, ¿veía Pohl con buenos ojos el programa de exterminio que llevaron a cabo los nazis? Ha respondido sin demasiado sentimiento, aunque con cierto afán por demostrar rectitud.

—Siempre me pareció, como hombre, que sería algo nauseabundo.

—¿Desea hacer algún otro comentario acerca de su actitud sobre el programa de exterminio?

—¿Qué puedo decir a ese respecto? Si en 1934 hubiera sabido lo que ahora sé, me habría quedado en la Marina. Nunca supe que todo esto iba a suceder, nunca supe que Alemania iba a perder la guerra, que iba a quedar sepultada en ruinas.

Le comenté que Höss, el comandante de Auschwitz, me había dicho que «personalmente despreciaba» el programa de exterminio que ejecutó gaseando e incinerando a dos millones y medio de hombres, mujeres y niños judíos. Höss me había dicho que nunca pudo permitir que en el asunto se inmiscuyeran los sentimientos humanos, pues le había convencido Himmler de la necesidad de exterminar a los judíos; además, había recibido una orden de un superior, por lo que sus actos eran acordes con el código militar. Le he preguntado a Pohl si ésa era más o menos su postura.

—No. Y ésa es una de las razones por las que no participé en los pogromos contra los judíos en noviembre de 1938. Nunca estuve convencido de que fuera necesario llegar a tales extremos. Creí que existían distintas maneras legales de resolver la cuestión judía.

»Conozco a muchos matrimonios mixtos, entre judíos y arios. Muchas de esas personas eran amigas mías. Antes de que nos casáramos, mi esposa trabajó para una famosa banca de Berlín, Jacob Goldschmidt, una empresa judía. Algunos de los mejores amigos de mi esposa eran judíos. Creo que es prueba suficiente de cuáles son mis sentimientos. De hecho, la mejor amiga de mi esposa es totalmente judía, o al menos a medias. Creo que ahora vive en Inglaterra.

He comentado que me parecía de importancia secundaria que algunos de sus mejores amigos fueran judíos, pues había oído eso mismo de muchos nazis alemanes que a pesar de todo prestaron su apoyo a la destrucción primero económica, luego física de los judíos. A Pohl no pareció impresionarle mi objeción.

—Si fuera de veras un antisemita, habría aborrecido a los judíos. Pero nunca los odié. Lo único que hice fue cumplir órdenes. Tengo limpia la conciencia. Nunca ordené la muerte de un judío, nunca maté personalmente a uno. He explicado que el programa de exterminio no formaba parte de mi área de mando, que se me escapaba de las manos.

—¿Y esa judía, o medio judía, amiga de su esposa, que ahora reside en Inglaterra?

—Yo no llegué a conocerla. Se marchó a Inglaterra al poco de que Hitler ascendiera al poder. Fue antes de que yo conociera a mi esposa. Mi esposa tenía otra amiga cuyo padre también era judío. Por lo que alcanzo a saber, seguía en Hamburgo en 1944.

—¿Había salvado Pohl personalmente a esa mujer del exterminio?

—Ah, perdón, no era su padre quien era judío, sino su abuelo. Sí, testimonié en su defensa. Me encargué de que no le pasara nada.

—Así pues, si una mujer tenía un abuelo judío, era altamente probable que fuera ejecutada, ¿no?

—Bueno, yo no iría al extremo de hablar de ejecución... Eso dependería de otros factores. Esa clase de personas de sangre judía fueron perseguidas, perdieron sus viviendas, no pudieron trabajar a cargo del Estado, fueron etiquetadas como judías.

—¿Estaban obligadas esas personas a llevar la estrella de David en amarillo sobre el pecho?

—Después de un año determinado, todos los judíos tuvieron que cumplir esa obligación para ser correctamente identificados.

—¿Estaría dispuesto a hablarme más de la amiga de su esposa, la del abuelo judío?

—Sus padres iban a ser evacuados a un campo de concentración, en donde supongo que iban a ser exterminados. Eran personas decentes. Me ocupé personalmente del asunto, de que siguieran en Hamburgo. Les conseguí documentación falsa. ¿Le parece que eso es propio de un antisemita? En otra ocasión escribí a Himmler para obtener el permiso necesario para que una persona de raza mixta se casara con una muchacha alemana.

Ha parecido prescindir bruscamente de este tema.

—¿Consiguió que Himmler otorgase el permiso para que el hombre «de raza mixta» se casara con la muchacha aria?

—No. Lo intenté durante casi un año, pero no lo conseguí. Me indicaron que tendría que esperar al término de la guerra. Puedo aportar testigos que lo demuestren, y eso que al hombre ni siquiera lo conocía personalmente. A

pesar de ello, lo intenté. ¿No le demuestra eso que mis creencias personales nunca estuvieron de acuerdo con el ideario oficial del Partido?

Anteriormente había comentado que, a su juicio, existían «diferentes soluciones legales» a la cuestión racial. ¿A qué se refería? Pohl ha sonreído.

—Es sencillo —ha dicho—. Tan sencillo que apenas requiere explicación. Yo hubiera dejado a todos los judíos en Alemania, aunque otorgándoles estatus de extranjeros, sujetos a la Ley de Extranjería, e impidiéndoles como es natural desarrollar trabajos como el de médico o abogado. Ahora bien, ¿ejecutarlos? En cierto modo, toda influencia judía habría quedado suprimida del modo en que le indico, y no habría existido necesidad de cometer atrocidades. Siempre que en nuestro círculo se hablaba de esta cuestión, yo proponía mi solución, a lo que Himmler me decía siempre lo mismo: «Pohl, es usted demasiado blando». Por lo tanto, hice todo lo posible por mantenerme completamente al margen de la solución final al problema judío.

—¿Hasta qué fecha ocupó su cargo?

—Hasta el final, hasta la capitulación.

—En tal caso, ¿a qué se refería al decir que había hecho todo lo posible por mantenerse al margen de la solución final al problema judío? ¿No estaba metido hasta el cuello?

—Si lo hubiera deseado, podría haber participado activamente. Podría haber desempeñado el cargo de Glücks, por ejemplo. Cuando en 1942 envié a Glücks a ver a Himmler, pues éste me había pedido un hombre capaz de llevar a cabo la solución final al problema judío, exigí a Himmler que no fuese yo quien se ocupara del asunto. Accedí a enviarle a uno de mis subordinados, a Glücks. Estipulé que yo siguiera exclusivamente al frente de la administración de los propios campos de concentración y del trabajo de los internos, sin ninguna relación con el programa de exterminio.

He señalado que quizá no ocupara el lugar de Glücks porque desempeñaba una posición más alta que Glücks, que a fin de cuentas era uno de sus subordinados. Pohl ha titubeado, pero sin arredrarse.

—Al decir que podría haber ocupado el lugar de Glücks, quiero decir que podría haber pedido a Himmler que me encomendase el programa de exterminio. Así, Glücks podría haberse salvado. Pero fui yo quien personalmente envió a Glücks a presencia de Himmler para esta finalidad, y él hizo el trabajo, de modo que yo seguí haciendo lo mismo de siempre.

Le he preguntado a Pohl si se consideraba en cierto modo responsable o culpable en calidad de cómplice o participante directo en el asesinato de cinco millones de judíos en los campos de concentración, y de los muchísimos miles de internos no judíos que perecieron debido a las enfermedades, la desatención, el hambre, las palizas, los ahorcamientos o los fusilamientos. Para entonces, Pohl parecía tenso y ansioso, sin ápice de su compostura y pragmatismo, propia de un hombre de negocios que hablase de acciones bursátiles. Está claro que sigue sin ser capaz de comprender su propia importancia en el mundo criminal de los nazis, pero empieza a tener al menos algún atisbo sobre la visión que de sus actividades tenía un individuo.

—De ninguna manera —ha respondido— soy responsable ni culpable del asesinato de cinco millones de judíos ni de las muertes de otras personas en los campos de concentración[9]. En cuanto al asesinato de cinco millones de judíos, no tengo absolutamente nada que ver. El hecho de que yo estuviera al frente de la administración de todos los campos de concentración de Alemania a partir de 1942 y hasta el final es algo ajeno a este asunto. Le he explicado en reiteradas ocasiones que envié a Glücks, uno de mis subordinados, para que asumiera el mando de ese programa. Me mantuve al margen de todo ello. En cuanto a las demás personas que

murieron en los campos de concentración, o que fueron castigadas por su mal comportamiento, o que pudieran haber sido ejecutadas debido al sistema de rehenes, al sistema de represalias, tampoco es de mi incumbencia ni de mi responsabilidad, pues recibí la orden del administrador local del Partido, de un funcionario de la Policía o de Himmler y la Gestapo, y siempre entendí que era una mala política. Yo sólo fui un administrador.

»Ahora empiezo a pensar que todo este asunto fue cosa de Himmler y de la Gestapo. Reconozco que ocupé un cargo de la mayor relevancia en la SS, pero sólo era uno de los trece jefes de las oficinas principales. Además de mí, había hombres como Kaltenbrunner, Daluege, que fue el sucesor de Heydrich, y Hans Jüttner, que estaban en la oficina principal, en la cúpula, al frente de los guardianes de los campos de concentración. Esos guardianes, por ejemplo, estaban bajo mi mando, pero era Jüttner quien tenía el poder de cambiarlos. Estaba también Gottlob Berger, quien se hallaba al frente del reclutamiento de la SS. Su oficina era aún más grande que la mía. Y luego estaba el principal jefe de personal, Maximilian von Herff.

Le he dicho que no iba a cuestionar su apreciación; y que, si no había sido el número dos o el número tres de Himmler, habría sido al menos el número trece, ya que sólo había trece jefes de las oficinas principales. Sin embargo, he insistido en que mi pregunta era más bien si se sentía responsable en cierto modo por el asesinato de cinco millones de judíos y por el resto de las atrocidades que se habían cometido a lo largo de tantos años en los campos de concentración al frente de los cuales estuvo.

—Sólo puedo ser responsable de las órdenes que di. No puedo ser responsable de los actos de Himmler.

Le he preguntado si estaba al corriente de los asesinatos de los judíos.

—Mucho más adelante, posiblemente en 1942, y eso que empezaron a perpetrarse mucho antes.

Le he preguntado en qué momento pudo haber tenido conocimiento.

—Más o menos cuando le indico, tal vez pocos meses antes. Yo no tuve nada que ver. Con anterioridad, no supe absolutamente nada.

Le he dicho que desde 1942 hasta 1945, un periodo de al menos tres años, había estado al frente de los campos de concentración en los que se llevó a cabo el exterminio en masa de millones de hombres, mujeres y niños: ¿no tuvo tiempo suficiente para pensar a lo largo de esos tres años o más?

—Estábamos en guerra. No podría haber seguido siendo un oficial administrativo si me hubiera dejado llevar emocionalmente por mis sentimientos.

¿Piensa acaso que una persona normal y responsable, como el estadounidense medio, el francés, el ruso, el alemán medios, habría sido capaz de llevar a cabo todo aquello? Ha respondido con una típica evasiva.

—Esas preguntas son muy difíciles de responder. Lo decente suele ser algo muy difícil de precisar. A menudo me lo he preguntado. A fin de cuentas, el programa de exterminio nunca fue un secreto de Himmler. Funk y Schwerin von Krosigk estaban al tanto.

—¿Por qué no intentaron impedirlo?

—He respondido que habían tenido muy poca relación con el propio Pohl, a pesar de lo cual a Funk se le estaba juzgando y estaba en juego su vida.

—Sí, esos hombres del estilo de Funk estaban en el Gobierno. Eran las personas que podrían haberlo impedido. Siempre pregunté a un hombre que estaba muy cerca de Himmler por qué precisamente quienes más próximos a él estaban no se lo impidieron. ¿De veras cree usted que las cosas

hubieran sido diferentes si yo hubiese dimitido? El trabajo principal era la administración del brazo armado de la SS.

He añadido que también parecía haber sido la administración de los campos de concentración.

—No —ha repuesto—, eso dependía de Glücks. Aunque era mi subordinado, y tenía que informarme como hacen todos los subordinados, yo me especialicé en la mano de obra en los campos de concentración.

Le he comentado que, según creía haber entendido por sus propias palabras, a partir de 1942 los campos de concentración estuvieron bajo su jurisdicción.

—Sí, pero era Glücks quien lo hacía. Él era mi subordinado, él se encargaba de supervisar los campos.

Ha contestado que ahí estaba el quid de la cuestión, que Glücks era su subordinado y que de todo lo que hiciera tenía que dar cuenta a Pohl.

—En determinadas cosas era mi subordinado, pero Himmler y Glücks tenían conversaciones en privado.

Le he dicho que no me impresionaba mucho, porque en toda organización de gran tamaño hay reuniones entre el jefe y determinados subordinados.

—Yo no podía hablar con Glücks de las cosas. Por lo tanto, sólo hablaba de medidas políticas con Himmler. Me refiero a medidas sobre la mano de obra.

Le he preguntado si la situación de la mano de obra en los campos de concentración era estrictamente honrosa.

—Era importante para el desarrollo de la guerra. Era importante, y no era ni mucho menos algo cruel asegurarse de que los internos de los campos no se dividieran, sino que se emplearan sistemáticamente en las industrias de armamento.

Le he preguntado si esos obreros no eran más bien meros esclavos. Pohl se ha mostrado tan inexpresivo como siempre y ha contestado con indiferencia.

—No. Dije que tenía entendido, a tenor de mis conversaciones con otros prisioneros como él, así como gracias a las pruebas que en el juicio había exhibido el Tribunal, que si los internos no trabajaban lo suficiente se les dejaba morir de hambre, o se les mataba a palos, o se les exterminaba. —Pohl ha respondido sin demasiada convicción.

—Bueno... En general por lo que alcanzo a saber, y tenga en cuenta que no lo sé todo, ya que los comandantes de cada campo de concentración eran los responsables de las condiciones de sus propios campos, y en el caso de las fábricas que contaban con mano de obra de los campos de concentración era el dueño de la misma o el capataz el responsable, en fin, en la medida en que sé, esos obreros vivían las mismas condiciones de trabajo que cualquier alemán, incluidos las primas[10].

—¿Qué primas?

—A todos los obreros de Alemania se les daban cupones, incentivos en compensación por trabajar con ahínco o en horas extraordinarias. Con esos cupones se podía comprar tabaco, pan, mantequilla, té, etcétera. Los internos de los campos de concentración recibían esos incentivos al igual que los demás obreros de Alemania. Eso es algo de lo que soy responsable. Yo instituí ese mecanismo, a pesar de muchas protestas de quienes no estaban de acuerdo con este sistema.

Le he pedido que me hablase más de las condiciones ideales de la mano de obra en los campos de concentración, ya que me parecía interesante, en parte por lo mucho que divergía con lo que sabía o creía saber al respecto.

—Claro está —ha dicho Pohl—, aquí debo repetir que en determinados casos la responsabilidad en el tratamiento de esas personas recae sobre las

propias fábricas. Esas fábricas eran responsables del tratamiento que se daba a sus obreros. En unas fábricas no se cumplían las reglas que yo había estipulado. Pero en la treintena de fábricas que estaban directamente bajo mis órdenes, sí se cumplían a rajatabla mis reglas.

Le he dicho que había visitado un campo cerca de Landsberg pocos días después del final de la guerra, el año anterior. En el campo había unos cuatrocientos obreros rusos. El lugar fue evacuado inmediatamente tras la liberación, pero las condiciones eran indescriptiblemente miserables. Los obreros dormían en planchas de madera estrecha, sin ropa de cama, y las pulgas y los piojos estaban tan a la vista que no era posible entrar en el barracón por claro peligro de contraer tifus. Había tenido ocasión de hablar con varios de los que fueron internos en ese campo, y me dijeron que existía desde hace años, que la tasa de mortandad era terrible, que las raciones de comida eran ínfimas, que todas las noches, al regresar del trabajo, se les encerraba en los barracones hasta la mañana siguiente, cuando se les llamaba para volver al trabajo. Una de las reglas del campo consistía en que los propios internos retirasen los cuerpos de quienes habían muerto a lo largo de la noche y los presentaran al pasar lista por la mañana, tras lo cual se disponía de los cadáveres. Le he preguntado si había tenido algo que ver con campos de trabajo como ése; había varios en los alrededores de Landsberg. Pohl no se ha alterado en modo alguno por mi descripción.

—Sí —ha dicho—, ahora entenderá lo que quería decirle, el trabajo tan duro que tuve por delante, lo desagradable que era. No tuve nada que ver con los campos de Landsberg, aunque es cierto que existían esos lugares. En la mayor parte de los casos, cuando a lo largo de mis viajes topaba con uno de esos campos, procuré que se corrigieran las cosas. Pero en muchos casos no estaban bajo mi jurisdicción, pues era responsabilidad de la propia

fábrica; en segundo lugar, yo no era más que un hombre, así que ¿qué podría haber hecho?

He dicho que me daba la impresión de que empezaba a adoptar un punto de vista muy técnico en sus respuestas, que meramente esquivaba los hechos que se le ponían ante sus propios ojos, procurando dar una imagen ilusoria de las deleitosas, ideales condiciones en que vivían los obreros de los campos de concentración. Pohl ha bajado la vista al suelo.

—No intento ponerme técnico sobre todo esto. Sé que las condiciones no eran las ideales. Estábamos en guerra, no se puede ser demasiado sensible en esa situación. Todo lo que intenté para mejorar las condiciones, incluso cuando lo envolvía como algo económicamente ventajoso, y no esgrimiendo razones humanitarias, lo recibía Himmler diciendo que yo era demasiado blando. Creo sin embargo que debería usted saber que hubo varios grupos, como por ejemplo las fábricas de armamento, que dependían de Speer.

»Siempre que esas fábricas necesitaban mano de obra, la recibían por medio de Sauckel o de Speer. Yo poco tuve que decir, al margen de proporcionársela. Todas las semanas, los funcionarios tomaban las solicitudes de Sauckel y de Speer y me las remitían. Yo nada podía hacer a ese respecto, salvo aprobarlas y remitirlas a mi subordinado, Glücks, que tenía su cuartel general en Oranienburg. A menudo tuve reuniones con Glücks, Sauckel, Speer y otros, en las que comentamos si podríamos proporcionar las altísimas cantidades de obreros de los campos de concentración que nos eran solicitados. Siempre que teníamos personas suficientes en los campos de concentración, aprobaba las solicitudes, aunque era Glücks quien escogía de qué campo iba a proceder la mano de obra. Además, antes de que se entregase a los internos a una determinada fábrica, un representante del campo visitaba las fábricas con el fin de

determinar si reunían las siguientes condiciones: primero, que el alojamiento fuera suficiente. Los alojamientos de los obreros de los campos de Landsberg a los que usted se refirió eran obviamente insuficientes, e incluso había algunos francamente malos. En segundo lugar, que la alimentación fuera decente. En tercer lugar, que dispusieran de atenciones médicas.

»Estas cuestiones surgían continuamente; era preciso que las hablasen el representante del campo y el de la fábrica. La norma era que sólo cuando se garantizase lo que le he señalado, el comandante del campo de concentración podía entregar a los obreros a la fábrica que los solicitaba.

»Lo mismo cabe decirse de la situación de los guardias. En los últimos años, los comandantes de los campos utilizaban sólo una guardia esquelética, pues tenían un personal insuficiente a su mando. Las propias fábricas tenían que aportar al resto de los guardias. Ésas fueron regulaciones que yo puse en práctica. Si esas regulaciones se hubieran mantenido a rajatabla, y si todo el procedimiento hubiera funcionado de acuerdo con mis directrices, los contratiempos y las pésimas condiciones que se vieron más adelante nunca hubieran llegado a darse.

—¿Ha presenciado alguna vez esos contratiempos, esas deplorables condiciones?

—Sí —ha respondido—, por desgracia sí tuve que presenciarlo. Por ejemplo, en Württemberg encontré un inmenso campo de trabajo en el que miles de internos vivían en condiciones absolutamente deplorables. Me alarmó mucho. Al regresar a Berlín di la orden de que esos internos fueran devueltos a sus respectivos campos de concentración para que recibiesen atención médica. Insistí en que sólo cuando mejorasen las condiciones en las fábricas podría procederse al envío de los internos.

»Siempre que viajaba y pasaba cerca de un campo, lo visitaba. Nunca dejé de hacerlo. Pero existían varios centenares de campos de trabajo, y no pude visitarlos todos. Le puedo hablar de la fábrica de aviones que estaba al norte de Oranienburg; sé por experiencia propia que allí estaba todo en orden. En otra fábrica de Silesia había trescientos o cuatrocientos obreros traídos de los campos de concentración, y allí estaba todo en perfecto orden. Lo único que pude criticar en aquel campo fue la cantina, y ordené que se introdujeran las correspondientes mejoras para que los prisioneros pudieran comprar cigarrillos, etcétera, artículos de los que se habían visto privados hasta el momento de mi visita.

—¿Qué se hacía del interno que no trabajara lo suficiente?

—Se le privaba de raciones adicionales. El buen obrero recibía incentivos; los que trabajaban poco, no.

—¿Se apaleó a los internos alguna vez hasta matarlos?

Ha respondido automáticamente:

—No, eso estaba expresamente prohibido. Siempre que tuve conocimiento de un caso en el que un interno muriese apaleado, y en efecto sucedía, no lo voy a negar, si tal cosa llegaba a mi conocimiento tomaba las medidas precisas para que quienes le hubiesen propinado la paliza se fuesen al otro mundo.

»Espero que más adelante mi asesor legal pueda echar una mano, espero demostrar cómo traté a esos violadores de las normas. Incluso investigué informes anónimos de los propios internos. Recuerdo un caso en concreto en el que había sucedido una cosa así. Recibí un informe de un campo de Stutthof, un campo de concentración cercano a Dánzig, en Prusia oriental, en el que un interno fue atado y apaleado hasta morir. Al principio no me lo creí. Anteriormente, cuando los campos de concentración estaban bajo la dirección de Eicke, tuvimos noticias de que esa clase de cosas sucedían a

todas horas, porque Eicke era un hombre duro y despiadado. Por consiguiente, envié a mi asesor legal a Stutthof para que investigara el suceso personalmente. A su regreso, me dijo que en efecto había ocurrido lo que sabíamos. Me sentí indignado. Al culpable lo llevé a juicio. Eso sucedió en 1934.

»En todos los casos de los que tuve conocimiento, procedí de manera directa contra los culpables. Sin embargo, tiene usted que considerar que en muchos de los campos de trabajo ya no había guardias de la SS, sino civiles que ejercían de guardias, y no estaba en mi mano castigar a los civiles.

Le he preguntado si había querido decir que los guardias de la SS eran mejores, más amables que los civiles que hacían las veces de guardias en los campos. Pohl respondió enfáticamente:

—¡Ah, sí! No quiero decir que los guardias de la SS fueran perfectos, sobre todo porque comprenderá usted que los guardias de la SS que quedaron en los campos no eran precisamente los mejores. Los guardias originales de la SS habían tenido que viajar al frente hacía ya bastante tiempo.

»Por ejemplo, en 1944 emití una orden relativa a los incentivos y a los artículos adicionales que se iban a dar a los internos, esto es, a los buenos obreros. Imprimí un folleto sobre los incentivos especiales para los prisioneros. Eso nunca había existido hasta entonces.

He supuesto que a eso se había referido antes, al hablar de condiciones económicamente ventajosas y no a un acto humanitario.

—No, eso fue un acto humanitario. Interiormente, estaba convencido de que era preciso tratar con decencia a los internos. Yo mismo tuve internos (no muchos, algunos) a los que había hecho traer de los campos de concentración porque me parecieron hombres buenos y buenos trabajadores. Posteriormente, esos hombres trabajaron a mis órdenes. Fui el

único que hizo una cosa así. El gerente de una fábrica de piezas de madera para aviones era un antiguo interno de un campo de concentración al que yo había liberado, y al que después pagué un salario de mil marcos mensuales. En Dachau, asimismo, otros ex internos tuvieron puestos similares. Lo hice con entera libertad. Y son hechos que puedo demostrar. Puedo demostrar cuánto me dediqué a pensar en la cuestión de los internos. Personalmente, actué de forma humanitaria. Que los campos de concentración fueran humanitarios o no, es otra historia, pero eso no es culpa mía.

»Había un capataz excelente en una fundición de hierro cercana a Oranienburg. Hablé con él y le dije que lo sacaría del campo de concentración. Sigue vivo, puede confirmarle esta historia. Escribí personalmente a Kaltenbrunner para que aprobase su puesta en libertad. Kaltenbrunner me respondió que era imposible ponerlo en libertad, porque el hombre había sido comunista. Creo que esto ilustra lo difícil que era hacer cualquier cosa. Y podría citarle varios ejemplos.

Le pregunté si el hombre al que trató de ayudar fue liberado del campo de concentración.

—No, lo impidió Kaltenbrunner. Ayudé a muchos internos por razones humanitarias, y no obtuve provecho personal al hacerlo.

»Tenía en mi casa a cinco internos. Yo soy quien le planteó a Himmler la cuestión de los Testigos de Jehová. Desempeñé un papel crucial en el decreto de que los miembros de esta secta, todos los cuales estaban en los campos de concentración por el hecho de ser pacifistas, fueran contratados como criados en muchas casas. En mi casa di trabajo a cinco. Eran cuatro mujeres y un hombre. ¿Habría hecho eso si pensara que eran mala gente? Mi propia esposa daba a nuestros hijos al cuidado de esas internas. Eran mujeres de mediana edad, o ya mayores, que probablemente habrían muerto en los campos de concentración. En mi casa recibían un salario regular, y

hasta el momento de la capitulación se quedaron con nosotros. »Mejor ejemplo de mis sentimientos respecto a esos internos no le podría dar. Puede preguntarles cómo los trató Pohl. Con seguridad, no puede usted pensar que por una parte asesiné a los internos y, por otra, los tenía en mi propia casa y los trataba de la mejor de las maneras posibles. He respondido que, por desgracia, eso podía imaginármelo perfectamente, porque el célebre Höss, comandante en Auschwitz, que había ordenado el exterminio de dos millones y medio de judíos y de otras personas, también me dijo que tenía en su casa a varios criados que eran Testigos de Jehová. Por lo tanto, Höss había asesinado a los internos a la vez que tenía a algunos trabajando en su casa. Le he señalado que eso no demostraba nada.

—¡Es espeluznante! Yo nunca podría haber hecho lo que hizo Höss.

Le he señalado que era interesante oírle calificar los actos de Höss como algo «espeluznante», porque Auschwitz era meramente uno de los muchos campos de concentración que administraba Pohl. Ha respondido de manera poco convincente:

—En 1942, cuando se puso en marcha el programa de exterminio en Auschwitz, fue cuando yo tuve conocimiento de su existencia.

Le he preguntado si alguna vez hizo algo al respecto.

—¿Y qué iba a hacer yo? Si hubiera encontrado una manera de impedirlo, sin duda lo habría hecho.

WALTER SCHELLENBERG

1910-1952

Walter Schellenberg fue jefe del Grupo IVE (servicios de contraespionaje) desde 1939, así como jefe de la Oficina VI (servicios secretos de inteligencia) de la RSHA a partir de 1942; fue nombrado jefe de la inteligencia conjunta de la SS y del Ejército en 1944. Después de la guerra, Schellenberg fue juzgado por un Tribunal militar estadounidense posterior a Núremberg. Fue declarado culpable de complicidad en el

asesinato de prisioneros de guerra rusos. Condenado el 2 de abril de 1949 a seis años de cárcel, fue puesto en libertad en diciembre de 1950.

12 de marzo de 1946

Walter Schellenberg tiene treinta y seis años de edad; es de complexión delgada, asténico, estatura mediana, talante reservado, sonrisa fina, algunas cicatrices cerca del mentón.

Ocupación: «Al principio estaba al frente del contraespionaje, después del Servicio Secreto de inteligencia, Oficina VI y Oficina Militar (inteligencia militar). La última de estas organizaciones formaba parte de la RSHA. El departamento de contraespionaje dependía del sistema policial»[1].

No está muy seguro de su condición de prisionero de guerra o de simple testigo. En calidad de miembro de la RSHA, según entiende, está sujeto a una detención automática. También sostiene que, según cree, debido a las «tareas especiales» de la Oficina VI y la Oficina Militar, esas organizaciones tal vez no se consideren en los juicios como parte de la RSHA.

—¿Cuál era su trabajo en la RSHA?

—En la práctica, nuestra función consistía en recopilar noticias, militares, económicas y técnicas, de los países extranjeros. No teníamos nada que ver con la Gestapo, dirigida por Müller.

—¿Tuvo alguna relación con Himmler?

—Recibía órdenes de Kaltenbrunner, director de la RSHA, pero en determinados casos de importancia tenía el derecho de solicitar una reunión directa con Himmler, sin tener que pasar a través de Kaltenbrunner.

»Ese derecho siempre me fue disputado, aunque sostuve mis privilegios. Veía a Himmler cada cuatro o cinco semanas para informarle acerca de mis trabajos.

Desarrollo inicial: Nacido en Saarbrücken el 16 de enero de 1910, vivió allí hasta licenciarse en el *Gymnasium* en 1928. Estudió entonces en las universidades de Marburgo y Bonn, donde estudió jurisprudencia hasta licenciarse en 1933. Entonces realizó su examen de leyes, pero practicó la abogacía sólo durante tres meses, a finales de 1936.

—¿Cuándo tuvo sus primeras relaciones con el Partido Nazi?

—En 1933. Andaba escaso de dinero, y ese año se aprobó una ley según la cual uno podía disponer de apoyo financiero sólo si pertenecía a la organización nazi. Yo necesitaba ese apoyo del Estado.

—¿Para qué?

—Para mi actividad en los tribunales. Cada dos meses debía presentar un certificado. Si me mostraba perezoso o indiferente podría quedarme sin ese apoyo. En aquel entonces aprendía Derecho ejerciendo una pasantía.

Enfermedades: Sarampión durante un corto periodo, a los seis años; dos ataques de pleuresía a los ocho o nueve años.

—De niño estaba enfermo casi siempre, con infecciones, catarros y diarreas. En general, era débil y enfermizo. Así fui hasta los catorce o quince años, en que mi salud mejoró mucho. En 1940 volví a estar enfermo en África, un «envenenamiento del hígado», y pasé cuatro meses en un hospital.

A pesar de sus muchas dolencias de niño, progresó adecuadamente en la escuela gracias a su rápida capacidad de aprendizaje. Era siempre el primero o el segundo de la clase, dice. En la actualidad, siempre ha sido muy delgado, aunque de mediana estatura.

—¿De qué modo terminó por dedicarse a una ocupación como el espionaje?

—Fue todo cuestión de azar o mero accidente, al menos según lo entiendo ahora retrospectivamente.

Ha alzado ambas manos y ha sonreído al decirlo.

—En mayo de 1933 pasé a ser miembro de la SS en general, porque tenía que ser miembro de una organización activa: tenía que presentar un certificado de que había emprendido actividades serias.

—¿Qué tiempo dedicaba a la SS por entonces?

—Los martes y los jueves por la tarde, y los fines de semana. Estábamos en los campamentos de la SS. Era una tarea difícil, siempre intentaba hacer lo mínimo indispensable. Prefería trabajar en las oficinas y cosas así. Solicité un trabajo como profesor de historia para las juventudes de la SS.

—¿No podría haber elegido una organización menos nociva que la SS?

—Retrospectivamente creo que sí, pero en aquel momento yo era completamente apolítico. Había que elegir entre la SS y la SA. Éramos cinco amigos, y tuvimos que decidir en qué organización inscribirnos. Optamos por la SS, porque la SA nos parecía que nos llevaría más trabajo. Luego descubrimos que era justo a la inversa, que la SS tenía un programa de trabajo más intensivo.

—¿Disfrutó con esos trabajos?

—No. Por eso me dediqué a cuestiones más intelectuales, como fue dar conferencias sobre temas de historia.

»Una noche, mientras daba una charla, estaban entre el público dos profesores de la Universidad de Bonn. Eran miembros del mismo grupo de la SS que yo. Me avisaron que no tenía ningún sentido que impartiera charlas a la SS, y que en realidad mi sitio estaba en el SD. Por medio de esos profesores cursé una solicitud; ellos también eran miembros del SD.

Lo más probable es que los profesores estuvieran infiltrados en la SS para recabar miembros posibles para el SD.

»Los profesores me dijeron que el SD tenía por misión el control de toda la información relativa a la vida socioeconómica y a los desarrollos políticos en Alemania. Con mi pertenencia doble, a la SS y el SD, podría ahorrarme todo el trabajo en la SS; para el SD, me bastaría con escribir un artículo cada pocas semanas.

—¿Qué clase de artículo?

—Acerca de las nuevas regulaciones y las leyes civiles (resultado de las leyes de la herencia sanitaria), un nuevo conjunto de leyes que promulgaban que había que poner coto a enfermedades como la esquizofrenia, mediante la esterilización o la castración de tales enfermos.

—¿Qué piensa de esas leyes?

—Yo no tuve nada que ver con ellas, salvo que se me encargó la realización de un programa de propaganda nacional para determinar la reacción de los ciudadanos ante tales leyes. La opinión se escindió en dos grupos.

»En el primero estaban quienes tenían familiares afectados por tales enfermedades; al segundo sólo le interesaban las leyes. En el primero, unos pensaban que era buena idea, que se iban a ahorrar preocupaciones. Otros, en especial en Renania, estaban en contra por motivos de religión[2].

—Y ¿cuál era su opinión personal?

—Yo carecía de una opinión formada. La cuestión me interesaba muy poco. Un día opinaba como uno de los grupos, al siguiente como el otro. Escribí artículos que no eran favorables a uno ni a otro, pues tenían que ser objetivos.

—¿Y a día de hoy sigue sin saber qué opina?

—Hoy creo que se trata de una franca violación de los derechos humanos.

—¿No se lo parecía entonces?

—Entonces yo no tenía una opinión formada.

—¿Y sobre la castración y esterilización de los enemigos políticos?

—Ésa no era la cuestión. Sólo se trataba de juzgar la reacción del público mediante meras pruebas.

—Se sabe que los enemigos políticos del nazismo y los judíos fueron castrados.

—Por entonces no se dieron tales casos. Ni siquiera se habló de tal opción.

—Pero ahora lo sabe.

—Sí. En abril de 1945 tuve conocimiento de ello, cuando estaba en Estocolmo, durante una conversación.

Schellenberg ha hecho la afirmación precedente con una amplia sonrisa, que bien podría tenerse por una actitud de «no cuento con que me crea, pero ésa es mi respuesta». Le he comentado que me parecía difícil creer su postura a la vista de la intimidad que había mantenido con todo lo que se ventilaba en el círculo más próximo a Himmler. Me ha contestado que lo lamentaba. Le he apuntado que desde un punto de vista estrictamente psicológico no parecía que lo lamentase. Ha añadido que estaba, como es natural, en contra de tales medidas, esto es, la esterilización y la castración. Sin embargo, lo ha dicho sin demasiadas preocupaciones, sin apenas reacción afectiva.

Le he repetido que me costaba trabajo creerlo a la vista de su estrecha relación con Himmler, Kaltenbrunner y los demás.

—Mi trabajo —ha señalado— era tan distinto que eso es comprensible. Si conociera usted mis sentimientos personales sobre Himmler y

Kaltenbrunner, o más bien los sentimientos que existían entre nosotros, se daría cuenta de cuánto me alegró ver concluido mi trabajo con ellos.

—¿Qué sentimientos tenía hacia ellos?

—No confiaba en ellos y ellos no confiaban en mí, con la salvedad de que Himmler pensó que yo me ponía más de su parte que de parte de Kaltenbrunner, en especial cuando usé mi método del horóscopo para convencerle de ello.

Ha explicado que le había revelado a Himmler su horóscopo y había predicho determinados acontecimientos. Himmler se inclinaba a creer eso del horóscopo, porque «era débil de carácter y más bien supersticioso»[3].

Sin embargo, en todo el mundo se tenía conocimiento de las castraciones y esterilizaciones y prácticas similares en los campos de concentración antes incluso de que terminase la guerra. Mucho antes, a decir verdad.

—Yo no escuchaba, adrede, las noticias del extranjero; si lo hubiera hecho, habría influido en mi trabajo.

—¿Cuál sería su reacción si fuese un psiquiatra y recibiera semejante respuesta a su pregunta?

—Es difícil saberlo si el psiquiatra tiene prejuicios.

—¿A qué prejuicios se refiere?

—Bueno, usted es estadounidense, y ha estado sujeto a una determinada propaganda.

—Eso es cierto, pero ¿podría ampliar su explicación?

—En mi caso, aunque tenía cierta idea de lo que estaba ocurriendo, preferí no verlo.

—Eso me resulta más fácil de creer.

—Tiene que ponerse en el lugar de un alemán, en el que cientos de personas celosas, tanto otros alemanes como extranjeros, lo estaban amenazando. Ésa fue una de las razones por las cuales todo lo que me

costara un trabajo excesivo era... en fin, había que dejarlo a un lado. Dejaba de tener ninguna relación si no era indispensable.

»En época muy temprana me di cuenta de que muchas de las cosas propias del sistema eran una vulneración de los derechos humanos. Por esa razón traté de hacer mi trabajo de tal modo que Alemania no se inmiscuyera.

—¿Qué quiere decir?

—Deseaba que la guerra terminase pronto y se procediera a una reforma en profundidad del régimen.

—¿Cuándo?

—A partir de 1940. Mi primera gran decepción fue que Alemania no firmase la paz con Francia en 1940, después de la caída de Francia. Lo que firmamos fue un mero armisticio... el Gobierno de Vichy.

—¿Qué quiere decir?

—Habría que haber procedido a la firma de un verdadero tratado de paz con Francia y luego con todo Occidente. La paz con el Gobierno de Vichy.

—¿Qué fue lo que hizo para propiciar un fin rápido de la guerra, como acababa de señalar?

—Procuré que el servicio de la Policía Secreta cayera en mis manos.

—¿El Servicio Secreto alemán en el extranjero?

—Sí. Para hacerme con los informes que pudiera mostrar objetivamente al Gobierno y hacerles ver que las cosas no podían seguir como estaban.

—Los *Einsatzgruppen*... ¿ante qué oficina eran responsables?

—Ante las Oficinas III y IV. Yo no tenía nada que ver.

—¿Ante qué oficina era responsable el coronel Skorzeny, si es que lo era ante alguna?

—Ante la Oficina VI, pero yo tuve muy poca relación con él, pues ocupaba un puesto independiente tras el incidente de Mussolini[4].

—¿Tuvo la Oficina VI algo que ver con las atrocidades?

—Nada que ver. En los primeros tiempos empezamos a trabar contacto con los ingleses y los estadounidenses, y con el Vaticano también. En repetidas ocasiones traté de convocar conversaciones políticas, de crear un terreno común para el establecimiento de relaciones de paz.

—Pero siempre con la idea de ampliar la Alemania nazi.

—Ésa seguía siendo mi idea en 1941, pero ya no lo era en 1942. Era todo sumamente difícil de hacer con Hitler, de modo que renuncié.

—Pero siguió trabajando para Hitler y el régimen nazi hasta el final de la guerra.

—Sí. Pero tramé conspiraciones. Lo saben varias personas, tanto suecas como suizas.

—¿Nazis?

—No, al contrario.

En el verano de 1942, Schellenberg intentó «poner a Himmler de mi parte». Trató de convencer a Himmler de la valía de sus contactos y de lo aconsejable que era el derrocar a Hitler y que Himmler ocupara su lugar[5].

Así pues, ¿era ante todo un hombre de Himmler, no de Hitler?

—No, no podría decirse eso exactamente. Yo tenía que trabajar con la realidad.

»Mi plan consistía en trabajar con Himmler contra Hitler, pero era tan sólo un medio para alcanzar un fin.

—¿Creía o cree aún que Himmler habría sido una gran mejora respecto a Hitler?

—Creo que, sujeto a mi influencia, Himmler habría cambiado del todo la política exterior.

—¿Tenía, por consiguiente, una gran influencia sobre Himmler?

—En una determinada época no, pero a partir de 1943 mi influencia sobre Himmler en toda la esfera de la política exterior era cada vez más grande.

»La única dificultad con Himmler es que era de un hombre de naturaleza subrepticia. Nunca estuve seguro de si al día siguiente iba a verme encarcelado o iba a seguir con vida. Pero extraje fuerzas renovadas de mi firme idea de que Alemania... de que mi deber era salvar a Alemania del caos.

»Ésa fue la razón de que en 1943 contactase con los estadounidenses en Estocolmo, incumpliendo órdenes estrictas de Hitler. Abraham Steve Hewitt era asesor de Roosevelt en Estocolmo. Hewitt estaba casado con una Vanderbilt[6].

—¿De qué naturaleza fue su contacto con Hewitt?

—Se trataba de abrir las fronteras al Occidente y, a su debido tiempo, de que Himmler se hiciera con el poder en Alemania, con lo que llegaría la creación de una alianza occidental contra Rusia.

—¿Qué resultados tuvo su encuentro con Hewitt en noviembre de 1943?

—Informé a Himmler al respecto, y él lo habló con Kaltenbrunner, quien influyó sobre su parecer en sentido contrario. A partir de entonces tuve serias dificultades.

—¿Estuvo usted convencido de que los Aliados occidentales se unirían con Alemania y en contra de Rusia?

—Desde luego. Hewitt había dejado la cuestión abierta; me dijo que debía consultarlo con Roosevelt.

—¿Cree que Estados Unidos iba a conspirar contra Rusia, su aliado, cuando actuaba de común acuerdo y se hallaba en medio de una guerra que iba librando con bien?

—Existía la posibilidad. Desde luego, ello traería consigo un cambio de Gobierno en Alemania y la paz en Occidente.

—¿Qué quiere decir?

—Alemania habría tenido que soportar entonces el peso de la guerra contra Rusia, habría tenido que volver a sus fronteras de antes de la guerra.

—Sí, pero lo que usted pedía era una alianza contra Rusia...

—No una alianza activa, tan sólo pasiva. Para poner fin a los combates en el frente occidental.

—De ese modo, ¿Alemania podría haber derrotado a Rusia?

—Bueno, no derrotar a Rusia necesariamente, pero con un cambio en el Gobierno de Alemania se habría puesto fin a la guerra.

—Con Himmler al timón del nuevo Gobierno alemán... ¿Estaba también a favor de que Alemania se retirase a sus fronteras y de poner fin a la guerra contra Rusia?

—Himmler detestaba a Rusia, pero yo le había convencido de que era imposible derrotar a Rusia.

—¿Se convenció Himmler de esto?

—Al principio, Himmler me odió por decírselo, pero empezó a pensarlo a fondo debido a las pruebas documentales que aporté.

—Parece pura fantasía.

—Sí, pero así fue. En 1943 comencé a usar la astrología con Himmler. La necesitaba como instrumento para incrementar la influencia que ejercía sobre Himmler, porque él creía en la astrología. En mi horóscopo de Hitler predije el atentado contra su persona para febrero de 1944; como sabrá usted, en realidad se produjo el 20 de julio de 1944. Cuando se produjo el atentado, Himmler quedó plenamente convencido. El propio Himmler desempeñó un pequeño papel en la preparación del atentado, pero quedó

convencido. También predije que Hitler no sobreviviría a abril de 1945. Cuando Hitler se quitó la vida, Himmler quedó más convencido que nunca.

—Ya era un poco tarde para nada, ¿no?

—Pero no demasiado. A propósito, dije a Himmler que él estaba llamado a ser el sucesor de Hitler: un reformista. Y que él mismo debía rebajarse.

—¿Himmler un reformista? ¿El hombre que decretó el asesinato de cinco millones de judíos y que, según Bach-Zelewski, deseaba el exterminio de treinta millones de eslavos?

—Himmler creía que sobrevendría el caos, y yo fortalecí esta creencia. Lo utilicé como herramienta política de cara a mis propios propósitos políticos. Le dije que tenía que poner remedio a todas las maldades, que tenía que poner en libertad a los presos políticos, a los judíos.

—¿A qué judíos?

Höttl había dicho que, según le comunicó Eichmann en agosto de 1944, entre cuatro y cinco millones de judíos habían sido asesinados. Eso no lo sabía. En octubre de 1944 tuve una conversación con Jean-Marie Musy, ex presidente de Suiza, estando Himmler presente, y luego Himmler y Musy conversaron a solas[7]. Más adelante tuve conocimiento de que Himmler había dado órdenes positivas sobre el trato debido a los judíos, demostrando que mis ideas habían arraigado en su sensibilidad.

—Parece peculiar cuando menos, porque cuando las tropas aliadas entraron en Alemania, se procedió a la quema de los campos de concentración y se quemó vivos a los internos, o se les fusiló.

—Lo sé. Se me permitió facilitar la salida de 1.200 judíos a Suiza. La operación comenzó en enero de 1945. Cada quince días, un tren con 1.200 judíos gozaría de permiso para salir de Alemania con rumbo a Suiza. Sólo salió uno de estos convoyes, porque Kaltenbrunner habló ex profeso con Hitler y se detuvo toda la operación[8].

—¿Era Kaltenbrunner, a su juicio, peor aún que Himmler?

—Sí. Sobre todo en la última fase de la guerra. Kaltenbrunner ejercía una mayor influencia sobre Hitler; en la práctica, Kaltenbrunner era mucho peor que Himmler.

»Lo mismo cabe señalar sobre la evacuación de los campos. Tendrían que haberse entregado a los Aliados tal como estaban. Hablé con Musy sobre ese respecto. Himmler se mostró de acuerdo. Esas instrucciones las trastocó la influencia de Kaltenbrunner sobre Hitler.

»Musy envió un telegrama de Suiza a Washington para que los campos fueran entregados intactos cuando fueran capturados. Kaltenbrunner dio órdenes en sentido contrario, con el respaldo de Hitler. Kaltenbrunner afirma que no tuvo nada que ver.

—Testifiqué bajo juramento ante el Tribunal sobre este respecto.

»Una prueba más de que todo esto es cierto: Himmler, cuando Hitler aún estaba vivo, pidió la capitulación ante las potencias occidentales.

—¿Eso es un rumor o un hecho comprobado?

—Es una realidad. Yo mismo llevé la oferta de Himmler al conde Folke Bernadotte, a Estocolmo, y el presidente Roosevelt rechazó la oferta[9].

—¿Habría supuesto la rendición incondicional?

—Ante las potencias occidentales sí, claro, pero no ante Rusia. La iniciativa se debió a mi influencia.

—Pero Rusia era una de las naciones aliadas.

—Ése fue el extremo hasta el que pude influir en Himmler, quien era tan cobarde que rechazó toda actuación, o le dio miedo actuar, debido a Kaltenbrunner e Hitler. No fue culpa mía.

»Se dará cuenta de hasta qué punto ejercía mi influencia sobre Himmler. Himmler nada menos afirmó que estaba dispuesto a recibir al representante sionista que llegara desde Suecia.

—¿Después de la liquidación de los judíos?

—Yo siempre supuse que los judíos en su mayor parte seguían estando vivos.

—¿Hasta cuándo supuso tal cosa?

—Hasta el 20 de abril de 1945.

—Para entonces habían muerto cinco millones de judíos.

—Yo no tuve nada que ver con todo eso.

—Parece una historia de misterio.

—Siempre pensé que los judíos estaban vivos en los campos de concentración.

—Ahora bien, sabía que estaban internos en los campos de concentración.

—Lo sabía; en consecuencia, trabajé por la liberación de los judíos de los campos de concentración.

—Lo que cuenta suena un poco como los cuentos de hadas de los hermanos Grimm.

—Se lo he demostrado.

—¿De veras?

—Sí. Bueno, soy consciente de que no he podido convencerle, pero eso no me importa, pues le estoy diciendo la verdad.

—Desde luego, me interesa desde el punto de vista psicológico y me interesa en cuanto relato de ficción. ¿No le parece lógico?

—La única manera que tengo de explicarlo es que Himmler tenía dos o tres almas distintas. Eso se ha visto en los juicios.

—¿Y por aquel entonces sólo había visto usted el lado positivo de Himmler?

—No, no sólo el lado positivo. Pero sí vi en todo momento la posibilidad de utilizar ese lado positivo para que Himmler siguiera las líneas que yo

deseaba que siguiera. Nunca tuve a Himmler en mucha estima. Personalmente, quiero decir. Me pareció, cada vez más, que Himmler tenía una personalidad desequilibrada. Mi propia vida corría peligro. En más de una ocasión pensé marcharme de Alemania antes de 1944, pero estaba convencido de que tenía que permanecer en mi puesto y hacer todo lo que pudiera.

—No entiendo exactamente de qué modo ayudó, ni a qué, teniendo en cuenta las atrocidades que se cometieron mientras usted se hallaba tan cerca de Himmler. Ahora, todos los nazis coinciden en señalar que fue Himmler quien ordenó las carnicerías y las atrocidades.

—Logré realizar muchos actos humanitarios.

—Me gustaría conocer alguno.

—Por ejemplo, en contra de la tremenda resistencia de Hitler y de Kaltenbrunner, y al principio también de Himmler, logré salvar a nueve mil noruegos y daneses a los que había liberado yo de los campos de concentración.

—Se me ocurre que ese acto podría haber sido algo puramente diplomático para complacer a Bernadotte cuando Alemania ya estaba perdiendo la guerra.

—No. De ser así, no habría resultado tan difícil de conseguir. También logré la liberación de muchos individuos de los campos de concentración.

—En tal caso, ¿ejercía una gran influencia en los campos de concentración?

—No tenía ningún poder sobre los campos de concentración. Eso era asunto de otro departamento. Pero siempre encontré buenas razones para cursar las solicitudes, fingiendo que se trataba de algo que competía al Servicio Secreto.

Al margen de los noruegos y daneses que acaba de mencionar, ¿cuántas personas pudo liberar de los campos de concentración?

—Más o menos un centenar, junto con sus familiares.

—¿Personas culpables o inocentes?

—Inocentes.

—En tal caso, ¿sabía que había inocentes internos en los campos de concentración?

—Sólo tuve conocimiento de esos casos. A los demás no les presté demasiada atención.

—¿Tal vez no le importaba demasiado?

—Tengo que reconocer que no me importaba, pues a diario estaba demasiado atareado por mi trabajo. Pero no se me puede acusar de haber tenido nada que ver con ello.

»Saber y creer son dos cosas muy diferentes. Supe que muchos inocentes estaban internos en los campos, y que realizaban trabajos forzosos, pero en eso tan sólo veía otros de los aspectos negativos de todo el sistema, es decir, otra razón para combatir contra el sistema.

—¿Qué opina de Bach-Zelewski?

—Es un personaje muy complejo. Muchos de mis enemigos personales me consideran una persona fría, de las que actúan de acuerdo con determinada idea previa, una persona calculadora.

—¿Y usted cree que no lo es?

—No, desde luego que no, en el sentido en que lo dicen mis enemigos. Mis enemigos desconocen mi vida emocional interior. De todos modos, por volver a Bach-Zelewski... creo que Bach-Zelewski tiene esa clase de personalidad que le impide distinguir entre la verdad y la mentira. Se implica a tal punto en las cosas que no sabe distinguir. Se convence y cree que ha ido tan lejos que ha de morir por la causa. Originalmente, ésa no era

la verdad, pero él se convence de que lo es, y se muestra dispuesto a morir por ella.

—Supongo que no desea morir, sino seguir vivo.

—Sí. Esto se lo digo a modo de confidencia.

13 de marzo de 1946

Esta tarde, Schellenberg me recibió con su aplomo de costumbre. Parecía contento de mantener otra entrevista.

Familia. Padre: «Ayer recibí la primera noticia de que sigue vivo. Había pasado más de un año desde la última vez que supe de él». Tiene ochenta años. Era fabricante de pianos. La empresa la había fundado el bisabuelo de Schellenberg. Parece ser que las aptitudes musicales son algo natural en la familia.

—Yo tocaba el chelo. Mi padre toca el piano y el violín. Mi abuelo tocaba el violín y el órgano. Empecé a dar clases de chelo cuando tenía ocho años.

Pasó a decir que su compositor favorito era Edvard Grieg. Dejó la práctica del chelo cuando a los veintitrés años se cayó de un caballo y se fracturó varios huesos en ambas manos. Me mostró las cicatrices y las deformidades de ambas manos. Dice que le basta con tocar el chelo durante cinco o diez minutos para que se le acalambren ambas manos, de modo que le resultó imposible seguir tocando. Comentó que sus otras composiciones preferidas eran la Tercera y la Novena Sinfonías de Beethoven y algo de Mozart, aunque entiende que «éste es más difícil de apreciar y de entender que Beethoven. Mi hermana siempre dice que la única música verdadera es la de Mozart».

Al preguntársele si le gusta algún compositor ruso, responde que no sabe mucho de ellos, pero que le gusta *El paseo en trineo* de Mussorgski. Preguntó si Chaikovski era polaco o ruso. Parecía perplejo. Dijo no conocer ninguna de sus composiciones.

—He oído hablar de un nuevo compositor ruso, he leído algo sobre él desde que estoy en la cárcel.

No recordaba su nombre, pero cuando le dije que podría ser Dmitri Shostakóvich, dijo que sí.

También habló de Paul Hindemith, quien según dijo había sido discípulo de Chaikovski, según tenía entendido. Hindemith era «difícil de apreciar», porque su música era «átona». Nunca ha oído nada de Stravinski, ya que estuvo prohibido durante el régimen de Hitler. Cree que antes de 1933 oyó algo de Alexandr Borodín, pero no en tiempos de Hitler.

—Mi hermana toca a Rachmaninov, pero también estuvo proscrito durante la guerra.

—¿Y antes de la guerra?

—No recuerdo haber oído sus obras en ningún concierto.

Le pregunté por qué se fue Hindemith de Alemania; respondió que no lo sabía.

—¿Qué opinión le merece la supresión de determinados músicos, o de sus obras, debido a razones políticas, nacionalistas o raciales?

—Me parece que es un síntoma de debilidad.

Sin embargo, él formaba parte de la organización de Himmler que decretó la supresión.

—Sí, pero en los primeros tiempos yo carecía del desarrollo mental adecuado para la política. Posteriormente traté de desarrollarme en ese sentido. Quería utilizar mis propias capacidades en mi trabajo, y desarrollar nuevas líneas.

—¿Qué clase de líneas?

—Las necesarias para poner fin del todo al régimen. Llegué al extremo de hablar con Himmler sobre el asesinato de Hitler.

—¿Era Himmler un liberal, o al menos más liberal que Hitler?

—Creo que Himmler sabía que no era liberal, pero se consideraba propenso a facilitar un sistema provisional.

—¿Qué idea tenía sobre el sistema definitivo que debiera prevalecer en Alemania?

—En época muy temprana comprendí que nuestro sistema no era nada más que mera subsistencia latente de una revolución interior que había sido sofocada ya desde el principio. Precisamente por ello deseaban que se desencadenase la guerra. A mi juicio, una guerra entre Inglaterra y Alemania era una guerra fratricida. Interiormente, yo admiraba al Gobierno inglés y su sistema político.

»Hoy debo decir, después de todo lo que he visto, que me alegro de que Inglaterra haya ganado la guerra, porque el sistema corrupto de Alemania y su falsa selección de las personas al frente del Gobierno nunca habría sido capaz de dar al continente lo que el continente necesitaba. Esto se lo dije a un amigo sueco ya en 1944, y él se lo dijo al embajador inglés en Suecia.

—¿Qué hacía en Suecia en 1944?

—Traté de buscar un camino hacia la paz bajo mi propia responsabilidad.

—¿Estaba informado Himmler?

—No pude comunicárselo a Himmler, porque era una persona demasiado falsa, con demasiados dobleces.

«El embajador inglés dijo que las negociaciones con el sistema de Gobierno alemán eran en ese punto imposibles», y sugirió a Schellenberg que «se deshiciera de Hitler».

—Pero no me atreví a dar ese último paso debido a mi familia, que seguía estando en Alemania. No me atreví a sacarla del país. Por lo tanto, traté de agitar a Himmler contra Hitler usando la astrología.

»Es interesante que en marzo de 1945 Kaltenbrunner informase a Himmler de que yo había llevado a mi esposa a Suiza. Esto no es cierto, por descontado, pero Himmler ordenó que se investigara.

—¿Confiaba Himmler en alguien en particular?

—En nadie. Ésa era la mayor dificultad de la posición en que me encontraba. Cualquier día podría haberme pasado algo. A finales de abril de 1945, después de que yo mantuviera una reunión con el líder sionista en Suecia, Himmler me dijo que lamentaba mucho todo lo que había hecho en su vida, que lamentaba su comportamiento rastrero con otras personas, y se excusó por ello. Me dijo, y cito de memoria sus propias palabras, lo siguiente: «Si al menos le hubiera hecho caso a usted, Schellenberg, en 1943, aún habría tiempo de hacer algo por el pueblo alemán». Siempre tuve la impresión de que Himmler se encontraba completamente bajo la influencia de Hitler. Himmler era una persona muy fácil de sugestionar; fácilmente tuvo que hallarse a merced de la influencia de Hitler. Himmler conspiró conmigo demasiado para que fuese cierto que Hitler se hallaba bajo la influencia de Himmler. Éste y yo tramamos demasiadas conjuras contra Hitler para que pudiera ser cierto. A finales de 1943, Himmler de hecho habló conmigo sobre la posibilidad de asesinar a Hitler. Ése era el peligro que yo corría en mi situación. Resultó mucho más evidente después del atentado del 20 de julio de 1944, cuando Kaltenbrunner empezó a trabajar cada vez más estrechamente con Hitler. Kaltenbrunner conspiraba contra Himmler.

Al preguntársele por la personalidad de Himmler, Schellenberg responde así:

—De puertas afuera parecía un director de colegio, y sus horizontes en política exterior no llegaban mucho más allá. Por ello, en materia de asuntos exteriores tuve una notable facilidad para convencerle. En lo tocante a otras cuestiones, Himmler era una esfinge, era difícil de entender. Era un cobarde, nunca supo qué es la valentía.

—¿Por ejemplo?

—Trataba de rehuir todas las complicaciones. Cuando yo tuve ciertas complicaciones con Ribbentrop, Himmler nunca defendió mi postura.

»Esa cobardía es la razón de que Himmler se mostrase de acuerdo con todo lo que Hitler, poderoso y sugestivo, le dijo en todo momento.

—¿De quién partió la idea de ejecutar a cinco millones de judíos?

—Tuvo que ser de Hitler, porque Himmler no tenía la valentía de un soldado, la elemental capacidad de tomar una decisión valiente.

—Así pues, en su opinión, ¿la decisión de asesinar a cinco millones de judíos, de exterminar a una raza, había sido un acto de valentía?

—No quiero decir que fuera algo correcto. Lo que quiero decir es que para eso hace falta no tanto valentía sino determinación.

—En calidad de psiquiatra, me parece que más bien se necesita sadismo, no valentía ni determinación.

—Es posible que Himmler fuera un sádico, pero Hitler lo era mucho más. Hitler era el demonio de toda esa cuestión, mucho más sádico que Himmler.

—Sádico no es sólo quien se dedica a partirle los huesos a un bebé y lo disfruta, sino también quien ordena que se cometa esa barbaridad, o quien sabe que se comete y no se inmuta.

—Si ésa es su definición de sádico, de acuerdo, Himmler era un sádico.

—¿Cree usted que tenga alguna tendencia sádica?

—Me sentí hondamente conmovido cuando Himmler tuvo una reunión con el líder sionista llegado de Suecia en 1945. Hasta ese momento estuve

convencido de que los judíos se encontraban en los campos de concentración o en campos industriales.

—¿Tuvo alguna noticia de que hubiera prácticas sádicas en los campos de concentración?

—No.

—¿Estuvo alguna vez en un campo de concentración?

—Una vez inspeccioné uno, pero no vi nada raro. Desconozco si me lo mostraron todo, pero lo que vi estaba en orden.

—¿De qué campo se trata?

—Oranienburg.

—¿Qué observó allí?

—Vi las instalaciones médicas, que eran desde luego mejores que en las instituciones de caridad. Fue en 1943.

—¿Cómo es que visitó Oranienburg?

—Me pidió que fuera otro alto cargo.

—¿Cuántas personas estaban internas en Oranienburg?

—Durante mi visita, se me dijo que ocho mil internos.

—Bastante pequeño en comparación con Dachau.

—Desconozco cuántos internos había en esos campos, tanto entonces como después. Le cito la cantidad de la que me hablaron.

»Por volver un momento al asunto de las tendencias sádicas, ¿no existen tendencias sádicas en todas las guerras?

—Desde luego, pero, por ejemplo...

—Por ejemplo, en una sola noche, en Dresde, ¿no murieron calcinadas sesenta mil personas?[10] También sé del caso de una pariente mía que estaba embarazada y que huía por una carretera cuando fue acribillada desde un avión en vuelo rasante.

—¿De qué nación era el avión?

—No lo sé.

—¿No podría haber sido alemán?

—Lo dudo mucho.

»Sé por experiencia propia en las carreteras de campo que los aviones ingleses y estadounidenses bajan en vuelo rasante y disparan contra todos los agricultores y refugiados que transiten por las carreteras.

—Supongo que hubo pilotos irresponsables en ambos bandos.

—Sí.

Ha esbozado una amplia sonrisa.

En cambio, en el bando aliado no hubo nadie que asesinara a hombres, mujeres y niños alineados ante las fosas comunes, o en cámaras de gas, en hornos crematorios, de un modo organizado.

—A mi juicio, toda la guerra aérea es una muestra de sadismo.

—¿Y ése es el aspecto en el que quiere insistir, que así se explican las atrocidades de los alemanes, el asesinato de cinco millones de judíos, la muerte en las cámaras de gas, el fusilamiento de rehenes, las demás cosas que han salido a colación ante el Tribunal?

—No. Pero ¿qué iba a hacer yo? ¿Qué pudo hacer a ese respecto el pueblo alemán? Desde luego, se sabía que sucedían cosas muy malas en esos campos. El que viviera cerca tenía que saberlo a la fuerza, tal como lo sabía yo. ¿Y qué? Despreciábamos todo lo que sucedía en los campos, pero ¿qué íbamos a hacer? Yo podría haber huido al extranjero, como ya le dije ayer, pero pensé que era mejor seguir en mi puesto e intentar que se produjera un cambio de Gobierno. A la vista de la situación política de hoy en día, creo que mi trabajo fue más acertado que si me hubiera ido al extranjero a escribir artículos acerca de lo que sucedía. Lo señalo por todas las personas que hoy regresan a Alemania y dicen que trabajaron por todos los medios a su alcance contra Hitler. De todos los que abandonaron

Alemania, ¿cuántos pueden afirmar que salvaron a un solo judío de los campos de concentración? Ni uno.

—¿Eso hizo alguna vez?

—Muchas veces.

—¿Por ejemplo?

—La familia Notebaum. Y la familia Rosenbaum, en 1944.

—¿De qué modo les ayudó?

—Siempre fingía que se trataba de personas de peso político, y que por razones políticas era conveniente liberarlas.

—¿Qué hizo de ellas?

—Enviarlas a Suiza.

»Ya muy hacia el final, más o menos el 28 de abril de 1945, salvé en el campo de Ravensbrück a dos mil francesas, dos mil polacas y dos mil judías de una muerte segura. Me encargué de que se les evacuase a Suecia por medio de la Cruz Roja a finales de abril de 1945. En el campo se tenía la orden de fusilar a todas las internas en el momento en que se hundiera la línea del frente.

—¿Quién dio esa orden?

—Kaltenbrunner[11]. Y la decisión de enviar coches suecos para la evacuación de las mujeres fue debida exclusivamente a mi responsabilidad y mi instigación.

—¿Tiene alguna prueba?

—Se halla en poder del Tribunal.

Padre: «Libre de toda convicción política, siempre se ganó bien la vida. Antes de la I Guerra Mundial fue un hombre muy rico. Se le cerraron las fábricas que tenía en Saarbrücken, pero aún tenía otras en funcionamiento en Luxemburgo y en Tréveris (a orillas del Mosela). Durante los últimos

años residió en Luxemburgo, pero al final de la guerra fue evacuado a Alemania». El padre ahora vive con una de las hijas.

Madre: Murió en 1941 a los sesenta y un años de edad debido a un cáncer de hígado, había pasado dos años enferma. Murió tras una segunda operación infructuosa. ¿Personalidad de la madre?

—Una persona muy buena, muy querida. Quizá una madre demasiado buena.

—¿Qué quiere decir?

—Siempre defendió a sus hijos, mientras que mi padre era muy estricto. Es posible que ella se preocupara demasiado por nosotros. Yo era el hijo predilecto de mi madre, el menor. Es posible que fuera porque mi hermano era seis años mayor, de modo que esa diferencia de edad predispuso a mi madre en mi favor.

—¿Por qué?

—Supongo que seis años es mucha diferencia cuando uno es niño. Tal vez por esa razón yo fuera el favorito —ríe—. Además, mi padre siempre me dijo que nunca contaron con tenerme.

—¿Era también el hijo favorito de su padre?

—Sí, aunque no esperaban ya otro hijo cuando yo nací.

¿Personalidad del padre?

—Muy estricto, muy severo. Mi padre era un hombre muy emotivo, que vivía sólo para la música y para su profesión.

—¿Por ejemplo?

—Era un hombre idealista, y por tanto no era un buen empresario. No sabía especular. Tenía demasiada confianza en las personas.

—¿Entiende que la confianza en las personas es una de sus propias debilidades?

—No. Yo tengo un enfoque más realista.

—¿Qué pensaba su padre de sus actividades?

—Yo al principio quise estudiar Medicina, pero mi padre se opuso. Él quiso que fuera abogado. En cuanto a mis actividades en el Partido, no tenía ni la más remota idea de qué se trataba.

—¿Cree que a día de hoy tendrá una opinión formada?

—Sabe que estuve contratado por los servicios secretos, pero nada más. Mi padre tenía la impresión de que me había dado una educación profesional, y de que yo tenía edad suficiente para salir adelante en la vida.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

—Cuando murió mi madre, en 1941.

—¿Y por qué no lo había visto desde entonces?

—No pude salir de Berlín, estaba demasiado atareado.

—¿Con qué frecuencia vio a su madre antes de que muriese?

—En 1937, en 1938 y en 1940. En 1940 pasé dos semanas en Luxemburgo.

Hermanos: Tres hermanos y tres hermanas. 1: hermana de cincuenta años, casada, con gemelos de once años.

—Se casó tarde, a los veintiocho. Tuvo hijos bastantes años más tarde. Su marido está muy enfermo, dolencias de corazón. Era director de banco, y luego funcionario del municipio de Saarbrücken. Ha sido incapaz de trabajar durante los últimos dos años.

Ella ha sido evacuada a una población más pequeña. Hace poco lo ha sabido por medio de su esposa, que está en contacto con esta hermana.

¿Personalidad de la hermana mayor?

—Muy sensible. Inclinaciones artísticas. Muchas jaquecas hasta que nacieron sus hijos. Desde entonces se encuentra mejor. Es con la que mejor me llevo, era su hermano favorito. También me llevo bien con mi cuñado.

2: hermano de cuarenta y ocho años, estuvo en la I Guerra Mundial, sufrió los efectos de los gases, tiene problemas estomacales desde entonces. Se casó hace dos o tres años, no tiene hijos. Empleado en la empresa de su padre. ¿Personalidad del hermano?

—Un tipo tranquilo, contento consigo mismo, introvertido. Me llevo bien con él. Siempre me protegía porque yo era el menor y él era fuerte. Me saca dos cabezas, es mucho más fuerte que yo. Un buen deportista.

Ese hermano nunca fue miembro del Partido Nazi, y Schellenberg insiste en ello. Sin embargo, se le indujo a formar parte del brazo armado de la SS ya al final de la guerra. Estuvo en el frente occidental. Aún no se tienen noticias de él.

3: hermana de cuarenta y seis años, de buena salud, soltera, vive con el padre. A finales de 1941 estaba en Estados Unidos, donde había pasado catorce años. Fue deportada debido a su nacionalidad alemana. Había trabajado como institutriz en casa de un millonario durante seis años, ayudando a educar a sus hijos. Toca el piano perfectamente, habla inglés con soltura.

Dejó su trabajo de institutriz porque los niños habían crecido. Después trabajó en el consulado alemán de Nueva York hasta el estallido de la guerra. Allí era la secretaria jefa.

Se muestra reacio a dar más información sobre la personalidad de esta hermana, salvo que era una mujer competente y animosa. No sabe si era o no miembro del Partido Nazi.

4: hermano de cuarenta y cuatro años, vivo, aunque con una salud delicada.

—Creemos que puede haber heredado algún trastorno hepático de nuestra madre. Está casado, tiene cuatro hijos.

»Estaba al frente de la empresa paterna en Saarbrücken.

Se le indujo a prestar servicio en la *Luftwaffe* mientras durase la guerra. Regresó a su casa hace unas semanas, ésa era la última noticia que se había recibido. Fue «mero soldado raso» en la *Luftwaffe*. Sólo tenía educación secundaria; «odiaba ser soldado, nunca se preocupó por ascender».

Schellenberg no había visto a su hermano desde el comienzo de la guerra. Cree que fue parte del personal de tierra.

—Nunca tuve mucho trato con él. Era un hombre muy terco. Siempre quiso hacer las cosas a su aire.

Por lo que alcanza a saber, nunca fue miembro del Partido.

5: hermana de cuarenta y un años, goza de buena salud, casada, con cuatro hijos, su marido acaba de regresar de prestar servicio militar. Se casó siendo muy joven.

—Era muy fantasiosa, muy temperamental, muy despierta.

Nunca la vio a lo largo de la guerra. Fue evacuada de Saarbrücken cuando estallaron las hostilidades.

—¿Cómo es que nunca vio a los miembros de su familia a lo largo de la guerra?

—El único permiso que obtuve lo empleé para ver a mi madre, y aún me costó muchísimo. Además, tenía a mi joven esposa y a mis hijos. Después de la muerte de mi madre, sólo me importaba mi propia familia.

6: hermano de cuarenta y un años, buena salud, soltero.

—Siempre fue una especie de aventurero que nunca quiso atarse a nada.

Estuvo doce años en Estados Unidos, hasta 1939. Es agricultor, tenía un invernadero y cultivaba rosas en Providence, estado de Rhode Island.

—¿Por qué regresó a Alemania?

—Cada vez ganaba menos, deseaba cambiar de aire.

—¿Qué hizo a su regreso?

—Fue representante de Coca-Cola en parte de Alemania. Luego tuvo que entrar en la *Wehrmacht*. Lo vi sólo una vez. Estaba en una unidad de transporte motorizado, posiblemente de la *Luftwaffe*. Ahora está en casa.

Estado civil: casado en 1940. Cuatro hijos: un chico de cinco años y tres hijas, de cuatro y tres años, la pequeña de siete meses. El chico tuvo fuertes dolores de cabeza, pero está curado. Los cuatro viven y están bien. Su esposa es católica, como él. La conoció seis meses antes de casarse. Sólo tiene educación superior, después estudió en una academia de arte, pero nunca ha pintado de manera profesional. Hace retratos por hobby. Cuando se casó, él era jefe de la Oficina IVE en la RSHA (contraespionaje).

Tiene una fotografía de su esposa sobre la mesa de su celda. Es una muchacha rubia y guapa, la fotografía es de estudio. Al lado hay una instantánea de la mujer con los hijos, en la cual apenas se parece al retrato de estudio, de mayor tamaño. Se disculpó por su apariencia «desaliñada» en la instantánea, dijo que acababa de tener a su hija pequeña cuando se hizo la fotografía, y que estaba «exhausta». No logra dar mucho material con carga emocional en lo tocante a su matrimonio, salvo para señalar que su matrimonio ha sido feliz.

Cuando se le pide un breve esbozo de su carrera, aporta lo siguiente: 1936: examen de Estado para la práctica de la abogacía; 1937: llegada a Berlín, donde trabaja para la sección de Finanzas y Personal del SD; 1939: comienza a trabajar en el contraespionaje, en la Oficina IV, como asesor administrativo, funcionario del Estado; 1941: en julio es nombrado jefe del SD (Oficina IV). El último rango de Schellenberg en la SS fue el de mayor general, aunque al principio era tan sólo coronel.

—Siempre quise ascender en el escalafón civil del funcionariado, pero me ascendieron en la SS.

En su trabajo vestía sobre todo ropa de civil. —Wilhelm Höttl era empleado de la Oficina VI, bajo mi supervisión. Era el representante del sureste de Europa, jefe por tanto de departamento. Cuando se le pregunta por su impresión de Höttl, responde: —Höttl es un hombre muy inteligente y muy industrioso en su trabajo. No me cabe duda de que a su debido tiempo hubiera llegado al Ministerio de Exteriores. —¿Hubo alguna diferencia de parecer entre Höttl y usted? —En los asuntos oficiales y en el trato personal, ninguna. Sin embargo, Höttl era demasiado manirroto, y gastaba en demasía, tanto legal como ilegalmente. Siempre tuve que tenerlo sujeto a estricta vigilancia. —¿Es a su juicio un hombre de confianza? Schellenberg se paró a pensar antes de responder. «Sí, pero a Höttl hay que tenerlo siempre bajo una muy atenta supervisión».

—¿Qué quiere decir?

Schellenberg sonrió y alzó ambas manos para gesticular como si dijera: «¿Quién sabe?».

Volviendo a su matrimonio, Schellenberg comenta que la madre de su esposa era polaca. Sobre esa base, Himmler no vio con buenos ojos su boda. Su familia se vino a vivir a Silesia. Schellenberg había conocido a su futura esposa en una fiesta, en Berlín. Himmler por fin dio su consentimiento a la boda, tras mucha insistencia por parte de Schellenberg.

Vio a su mujer por última vez en marzo de 1945, cuando se marchó a Suecia. Había hecho varios viajes de Alemania a Suecia.

—Mi idea era cerrar un acuerdo de paz con el Gobierno sueco para impedir que se produjeran más acciones en Dinamarca y en Noruega.

»Tuve éxito en mi empeño. Después, Dinamarca fue ocupada por los británicos y ya no pude regresar a Alemania.

Posteriormente, se puso en contacto con un agregado militar de la embajada estadounidense en Suecia y fue conducido a Fráncfort en

compañía del conde Bernadotte.

Éste permaneció dos días en Fráncfort, tiempo suficiente para entregar a Schellenberg a las autoridades, y entonces regresó a Suecia. Fue en junio de 1945. El último viaje de Schellenberg a Suecia comenzó el 2 de mayo de 1945.

PAUL O. SCHMIDT

Nacido en 1899

Paul O. Schmidt fue el intérprete de Hitler.

13 de marzo de 1946

El intérprete de Hitler, Paul O. Schmidt, estuvo presente en la inmensa mayoría de conferencias y reuniones internacionales al más alto nivel, en calidad de asistente personal de Hitler, con el rango de embajador en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Es de mediana edad, tiene cierta

hinchazón bajo los ojos, pero por lo demás tiene aspecto de estar bien alimentado y suele estar de buen ánimo, incluso parlanchín.

Llegó a la prisión de Núremberg hace una semana, tras haber estado hospitalizado a raíz de una nefritis. Me mostró una copia de su solicitud, de su puño y letra, para ser liberado de la comisaría en que se encontraba, con fecha de febrero de 1946, en Alaska House, Centro de Interrogatorios de Oberursel.

Estuvo tres meses hospitalizado en Fráncfort debido a la nefritis. De ese periodo, pasó un mes en cama. Fue ingresado.

—Me entregué voluntariamente a las tropas norteamericanas en Salzburgo el 22 de mayo de 1945.

Enfermedades: Nefritis, que comenzó en noviembre de 1945 y aún no ha sanado del todo. Con anterioridad, nunca había padecido un ataque de nefritis.

Historia personal: Dijo que durante veintidós años, desde 1923 hasta 1945, estuvo contratado por Asuntos Exteriores en calidad de intérprete para conferencias internacionales.

Era miembro del Partido Nazi desde 1943. Dice que nunca quiso darse de alta voluntariamente en el Partido, que lo hizo bajo presión.

—Se daba por supuesto que me inscribiría; el director de personal de Asuntos Exteriores me lo comentó en varias ocasiones. Mi intención era mantenerme al margen del Partido al menos hasta 1940, para poder explicárselo a mi hijo, que ahora tiene dieciocho años. Ya se hará usted cargo de cuál era mi opinión sobre los nazis.

—¿Merecían los nazis su desaprobación?

—Sí. Toda mi educación y mi procedencia eran contrarias al nacionalsocialismo. Yo era liberal. El primer superior que tuve en Asuntos

Exteriores fue Stresemann. Comencé a trabajar como intérprete de conferencias en 1924.

Le comenté que a menudo había visto fotografías en las que aparecía junto a Hitler. Dijo que tales fotos eran frecuentes, incluso numerosas.

—¿Era usted amigo de Hitler?

—Al principio, él pensó que yo no servía para nada, pues alguien le dijo que había estado trabajando en Ginebra. Comencé a trabajar con Hitler en 1935, y le agradó mi manera de hacer las cosas.

—¿Recibió alguna compensación a cambio?

—No. Como es lógico, fui objeto de las promociones habituales. Yo era secretario de embajada, y luego fui ascendido a canciller. Aún recibí otro ascenso después de la Conferencia de Múnich. Y otro tras el armisticio firmado con Francia.

Afirma que habla francés con la misma fluidez que el inglés, y el español no tan bien, aunque con soltura suficiente.

—Una vez traduje al español para Serrano Suñer. También traduje para Sumner Welles. Él sabía algo de alemán, pero quiso contar con un traductor profesional para estar seguro.

»He sido llamado como testigo de la defensa de Ribbentrop, según me ha dicho su abogado. Lo más probable es que tenga que prestar testimonio la semana que viene. En mi opinión, mi presencia no es necesaria. Mi deber era redactar las actas de todas las reuniones. Todos esos documentos se hallan en poder de los estadounidenses, al menos los de las reuniones que tuvieron lugar durante la guerra. En cierta ocasión traduje una reunión entre el rey Leopoldo III de Bélgica y Hitler. Sobre eso ya me han interrogado las autoridades belgas y estadounidenses. Ese informe estuvo en manos de los estadounidenses y fue empleado en la polémica del Gobierno belga contra el rey Leopoldo.

En lo tocante a su actitud hacia los nazis, para los que había trabajado desde que se hicieron con el poder hasta el fin de la guerra, señala: «Siempre fui de una opinión fundamentalmente distinta. Era miembro del Ministerio de Asuntos Exteriores, como casi todos nosotros, aunque no Ribbentrop. Me refiero a los funcionarios de antes. Sabíamos que el compromiso no era un término que figurase en el vocabulario de Hitler.

»Nunca pude estar de acuerdo prácticamente con nada. Me refiero al asunto racial, a los asuntos sangrientos, a los asuntos de tierras. La vida habría sido más fácil caso de estar de acuerdo. Tal como fueron las cosas, esa gente nos robó nuestro propio país. A un amigo inglés le dije en 1933 que «tiene gracia, pero soy un extranjero en mi propio país». Ahora no creo que tenga ninguna gracia.

—¿Por qué no se marchó de Alemania?

—Bueno, yo era funcionario del Ministerio de Exteriores hasta que llegó Ribbentrop. Antes de Ribbentrop, el titular era Neurath. Tenía que trabajar, carecía de otra fuente de ingresos. Ahora a veces me digo que ojalá me hubiera marchado a tiempo.

Le pregunté si ese mismo punto de vista no podría aplicarse a Ribbentrop e incluso a Göring en el momento presente.

—Bueno —dijo—, Göring era piloto en Suecia, Ribbentrop se había dedicado al negocio de los licores. De haberlo deseado, podrían haber abandonado Alemania con mucha más facilidad que casi nadie. Yo en realidad dependía de mi puesto de trabajo.

He mantenido varias entrevistas con este ex embajador del Ministerio de Asuntos Exteriores, que fue intérprete oficial de Hitler y de otros nazis destacados en el Gobierno a partir de 1933. Habla un buen inglés, tiene un excelente acento anglo-estadounidense, aunque su vocabulario no sea extraordinario. Es brillante, pero no resulta impresionante en el plano

intelectual; es propenso a decir perogrulladas con aire de aforismo, que no tienen nada de especial, pero que obviamente cree que lo distinguen por su perspicacia.

Su actitud general es que siempre fue adversario ideológico del nacionalsocialismo, desde el principio mismo, pero que en su condición de funcionario público, «un mero intérprete», permaneció en el Ministerio de Exteriores después del ascenso de Hitler al poder. El hecho de que ascendiera en el escalafón hasta ser nombrado embajador es algo que tiende a pasar más o menos por alto; le resta importancia y señala que por pura casualidad le cayó a Hitler en gracia, y que por eso fue ascendido, tal como habría sucedido de cualquier otro modo por sus muchos años de servicio.

Tiene cuarenta y siete años, nació el 23 de junio de 1899 en Berlín, donde creció y estudió. Asistió a la escuela elemental durante cuatro años y luego estuvo en una escuela en la que pudo especializarse en lenguas modernas en vez de estudiar en el *Gymnasium*, donde los estudios se centraban más en lenguas clásicas.

En 1917 fue llamado a filas e ingresó en calidad de soldado de infantería. En noviembre de 1918 resultó herido por una granada estadounidense que le desgarró el muslo derecho. Sucedió diez días antes de que se firmara el armisticio. Estuvo hospitalizado hasta enero de 1919. Se recuperó plenamente.

Con posterioridad estudió en la Universidad de Berlín desde 1919 hasta 1923. Se licenció en inglés y francés, también cursó estudios de español y de filosofía. Se doctoró en 1923. Escribió una tesis sobre la lectura y la crítica literaria en torno a Oliver Goldsmith, escritor inglés.

Inmediatamente después de terminar sus estudios universitarios, en 1923, ingresó en el Ministerio de Exteriores.

—Invitaron a unos cuantos estudiantes, y yo fui seleccionado entre otros quince o veinte jóvenes. Fui enviado a La Haya en calidad de intérprete a prueba.

Acto seguido, pasó de una conferencia internacional a otra en condición de intérprete. En 1924 estuvo en la Conferencia de Londres sobre indemnizaciones de guerra, donde se trató la cuestión del Ruhr y el Plan Dawes. En 1925 estuvo en la Conferencia de Locarno. De 1926 a 1933 fue miembro de la delegación alemana en la Sociedad de Naciones, en Ginebra, donde hizo de intérprete en varias asambleas generales, reuniones especiales del consejo y sesiones de la Comisión de Economía. También fue el intérprete oficial de Alemania en la conferencia sobre la economía mundial celebrada en Ginebra en 1927 y de nuevo en Londres en 1933.

Estuvo presente en la Conferencia de Desarme de Ginebra, entre 1929 y 1933, que según su parecer «comenzó y no terminó jamás». Alemania se retiró de dicha conferencia, porque, según dice, «obtuvimos igualdad de derechos sobre el papel, pero Hitler decidió que en realidad nunca tendríamos plena igualdad de derechos, de modo que en 1933 ordenó la retirada unilateral».

En ese punto ha sonreído.

—Cuando en 1933 nos retiramos de la Sociedad de Naciones comenté que estábamos echando por la borda nuestros instrumentos de navegación diplomática, y que en cambio instalamos unas cuantas bandas de viento en los camarotes. Por extraño que fuese, a los pasajeros pareció agradarles el cambio. Tocaban y cantaban himnos patrióticos al compás de esas bandas de pueblo, sin darse cuenta del peligro que corrían los barcos.

Schmidt se ha mostrado complacido con su comentario alegórico.

Entre otras reuniones, fue intérprete de Hjalmar Schacht en 1929, en una reunión del Comité de la Juventud. En aquel entonces, Schacht era

presidente del Reichsbank, contratado por el Gobierno como experto económico y financiero. De ahí pasó a la Conferencia de La Haya en 1929 y a la posterior reunión de la misma en enero de 1930. En esta última se decidió la evacuación del territorio alemán ocupado por las potencias extranjeras.

—Mi anterior jefe, Stresemann, marcó lo que considero todo un récord para un ministro al forzar la retirada de un Ejército extranjero sin hacer uso de un Ejército propio. Justo lo contrario de lo que hicieron Hitler y Ribbentrop, que emplearon su Ejército y terminaron por ver Alemania ocupada por los ejércitos aliados.

»Hubo muchas conferencias con el Canciller Brüning durante la crisis de 1931 y la posterior depresión en Estados Unidos y Europa. Ramsay MacDonald, primer ministro de Inglaterra, presidió una reunión de las seis potencias en 1931. Fue allí donde conocí a Andrew Mellon, antiguo secretario del Tesoro, que me impresionó por ser un hombre excelente. Me gustaba mucho su cabeza cincelada de manera impresionante.

Schmidt ha continuado desgranando sus recuerdos y ha comentado que conoció a Cordell Hull en la Conferencia sobre Economía Mundial de 1933.

—Hull me impresionó por ser un ministro de Exteriores singularmente carente de elasticidad. Era muy terco. A ese respecto estoy muy de acuerdo con Sumner Welles.

Hemos hablado de su historia familiar. Su padre murió en 1930, a los setenta años de edad, a raíz de una peritonitis. Era funcionario de ferrocarriles en Berlín, tras haber comenzado su carrera como oficinista y haberla terminado como jefe local de la administración ferroviaria de Berlín.

—Durante toda su vida, mi padre fue un hombre de sólidos principios. Comenzó su carrera en el Ejército, fue sargento durante doce años, lo cual

no es del todo insólito en Alemania, y luego obtuvo un puesto de trabajo en la administración civil. Así comenzó su trabajo en los ferrocarriles.

»Algunos de los principios de mi padre a mí no me gustaban. Por ejemplo, fue demasiado estricto conmigo hasta que tuve unos dieciséis años, y sólo entonces se ablandó un poco. No sé por qué, me regaló una pipa cuando cumplí dieciséis años. Ese día también vino a verme mi tío, quien me regaló una pipa y me aconsejó que no se lo dijera a mi padre. Pero a mi tío le dije que mi padre me había regalado otra. Mi padre era muy estricto en la obediencia de las órdenes, resultado de su influencia militar. Nunca hablé con él de política. Era un conservador, estaba suscrito al *Berliner Local-Anzeiger*.

Le he preguntado si su padre recurría al castigo corporal.

—Me azotaba cuando creía que me lo merecía, pero nunca llegó a ningún extremo.

La madre de Schmidt tenía setenta años y vivía como refugiada en la zona estadounidense después de que su casa de Berlín resultara destruida en los bombardeos. Era considerablemente más joven que su padre, y siempre gozó de buena salud. Vivía con una antigua enfermera que había sido la nodriza del hijo de Schmidt. Esta enfermera había invitado a Schmidt y a su madre a irse a vivir con ella cuando surgiera la necesidad.

—Mi madre carece por completo de interés por la política, sólo le preocupa su familia.

—Ninguno de los padres tenía ninguna habilidad especial en el conocimiento de lenguas extranjeras. Su padre hablaba polaco porque procedía de la región oriental de Alemania cercana a Posen. Schmidt dijo, sin embargo, que no tenía parientes polacos ni eslavos.

Le he preguntado qué opinaba de la afirmación de Bach-Zelewski ante el Tribunal, en el sentido de que Himmler deseaba que se procediera al

exterminio de treinta millones de eslavos. Schmidt respondió al punto y con toda convicción.

—Creo que es verdad. Himmler odiaba a los polacos y a los eslavos. Y era muy capaz no sólo de hacer semejante afirmación, sino también de llevarla a la práctica, siempre y cuando gozara de la debida oportunidad.

Ha descrito la personalidad de su madre en términos generales.

—La típica ama de casa, buena cocinera, cuyo interés se concentraba en mí por ser yo su único hijo.

Le he preguntado si entendía que su madre quizá fuera posesiva en sus actitudes hacia él.

—No lo creo —ha respondido—, pues de lo contrario lo habría notado cuando me casé a los veinticuatro años. Imagino que una madre posesiva habría puesto objeciones al matrimonio de su único hijo.

Schmidt se casó en 1925, a los veinticuatro años de edad. Su mujer tenia más o menos la misma edad. Su único hijo nació en 1926. Schmidt creía que el chico servía como intérprete en un campo de prisioneros de guerra de los británicos.

—Creo que es libre, porque se gana un salario. Me resulta sorprendente que pueda ser intérprete. Quizá tenga una facilidad especial para las lenguas. Recuerdo que, de pequeño, tenía una habilidad extraordinaria para reproducir la fonética de los discos ingleses y estadounidenses que oíamos muy a menudo en el gramófono. Por ejemplo, había una canción titulada «Aleluya». Mi hijo, de muy pequeño, sabía pronunciar la palabra perfectamente. Es una palabra sumamente difícil para un alemán, porque contiene sonidos que no existen en nuestro idioma.

La mujer de Schmidt, la última vez en que tuvo noticias de ella, se encontraba en Berlín y estaba bien de salud, viviendo con una hermana porque su casa había sido destruida por las bombas.

—Conocí a mi mujer cuando los dos éramos estudiantes en la Universidad de Berlín. Ella se especializó en literatura inglesa y alemana. Durante la I Guerra Mundial fue profesora de idiomas en una escuela elemental.

Ha dicho que su matrimonio había sido «feliz».

No ha tenido enfermedades dignas de mención. Hace unos diez años tuvo una leve contusión cerebral a resultas de un accidente de automóvil, que le dejó incapacitado durante dos meses. La única enfermedad de importancia fue su nefritis, en noviembre de 1945, mientras era prisionero en Oberursel. Se le declaró a raíz de un resfriamiento «o quizá porque odio la comida muy especiada, a la que no estaba acostumbrado». En general, ha gozado de buena salud. Los recientes análisis de orina no han revelado la presencia de albúmina, piedras u otros síntomas de nefritis.

Ha descrito la personalidad de su mujer en términos halagüeños, caballerescos.

—Posee las mejores cualidades que uno pueda imaginar. Es muy inteligente, tiene un elevado criterio moral, en el mejor sentido de la palabra. Por eso puso reparos al nacionalsocialismo desde el principio. Se mostró muy en contra. No le gustaron nunca mis contactos con el nacionalsocialismo, que por otra parte eran necesarios, claro está, en mi trabajo. Cuando comenzaron los bombardeos de Berlín decidió que prefería quedarse en Berlín antes que aceptar favores del Partido o del Ministerio de Exteriores. La mayoría de las esposas y los familiares de los funcionaros del Ministerio fueron evacuados al lago Constanza, en la frontera con Suiza.

Su hijo fue reclutado por la *Luftwaffe* en octubre de 1944. Quería ser piloto, y de hecho llegó a ser piloto de vuelos sin motor. De pronto, y sin previo aviso, muchos miembros de la *Luftwaffe* fueron transferidos a la infantería.

—Un día, ya en 1945, mi hijo apareció en Berlín. Iba de camino al frente de Rusia. Fue auxiliar de una batería antiaérea. Sirvió en el frente cerca de Stettin. La última vez que supe de él fue en Navidad, cuando escribió desde el campo de prisioneros de los británicos. Creo que mi esposa ha tenido noticias de él. Por lo visto, no ha obtenido permiso para regresar a Berlín.

Comentamos su trayectoria posterior a 1933.

—Al principio no hice nada, pero permanecí en el Ministerio de Exteriores como secretario de legación. Empecé a trabajar personalmente para Hitler en 1935. Antes, entre 1933 y 1935, trabajé en la sección del Ministerio de Exteriores dedicada a la industria privada, los cárteles, por ejemplo de las industrias químicas y farmacéuticas.

»En 1935, cuando sir John Simon y Anthony Eden visitaron Berlín, Neurath me llamó para que hiciera de intérprete. Me dijeron entonces que Hitler se había interesado por mis trabajos anteriores. Cuando alguien le dijo que había trabajado en Ginebra, en la Sociedad de Naciones, Hitler comentó: «Entonces, no creo que sirva de nada».

»Tras la reunión matinal de 1935 con Simon y Eden, Hitler se mostró más suave y muy elogioso conmigo. Me dijo que le gustó mi manera de trabajar, que deseaba contar conmigo personalmente. A partir de ese momento estuve presente en todas sus reuniones o contactos con dignatarios extranjeros. Hitler no hablaba inglés ni francés. Con el tiempo, Göring y Ribbentrop siguieron su ejemplo. El último me llevó a Londres en 1935 para participar en las negociaciones sobre los acuerdos navales en que estaban implicadas Gran Bretaña y Alemania. Por entonces se negoció una proporción en la construcción naval: cien navíos británicos por cada treinta y cinco alemanes. Se nos había condenado por violar el Tratado de Versalles sólo seis semanas antes, y fue notorio que Gran Bretaña accediera a sentarse en una mesa de negociación con nosotros. Ése fue uno de los mayores

ánimos que recibió Hitler de los partidarios de la política de apaciguamiento.

»En aquella época, estaba en el poder en Gran Bretaña el Gobierno de Stanley Baldwin. Sir Samuel Hoare era el titular de Asuntos Exteriores. El experto alemán en materia naval que estuvo en la conferencia fue el almirante Schuster, que ahora se encuentra bajo custodia de los estadounidenses. Esta conferencia fue uno de los pasos más firmes que se dieron en la política de apaciguamiento. A Hitler sin lugar a dudas le dio ánimos, porque la reunión tuvo lugar muy poco después de la violación de los acuerdos de desarme de Versalles por parte de Alemania.

Le he preguntado a Schmidt por su opinión o punto de vista sobre tales acontecimientos.

—No estuve nunca a favor del rearme ni de la vulneración de los tratados. Creía que con un poco más de paciencia podríamos haber alcanzado plena igualdad en el armamento. Con Brüning, con Neurath, habíamos recibido garantías de recibir plena igualdad de derechos en un sistema de seguridad internacional. Ésa era la gran idea de Francia, la seguridad. Los franceses querían garantías por parte de Gran Bretaña y de Estados Unidos, en el sentido de que le prestarían apoyo en caso de cualquier complicación con Alemania.

»Por lo tanto, me opuse a esos métodos que vulneraban los tratados. Me opuse tanto privada como personalmente. Pude probar los aspectos más siniestros del militarismo cuando fui teniente en la I Guerra Mundial. No creo en el valor educativo del adiestramiento militar. Pensaba que el adiestramiento militar que se practicaba en Alemania o en cualquier otro lugar era en esencia negativo. Me desagradaba el sistema de castas, los abusones. Desde este punto de vista en general estuve siempre en contra de la reimplantación del servicio militar obligatorio. El servicio militar volvió

a ser obligatorio en Alemania en 1936. Fue una decisión unilateral de Alemania que violó de nuevo los términos pactados en el Tratado de Versalles.

La conversación ha pasado entonces a tocar algunas de sus impresiones sobre las principales personalidades internacionales a las que había conocido.

—A Anthony Eden lo llegué a conocer bastante bien en Ginebra. Aunque quizá no se distinga por tener el peso de un estadista de primera categoría, es un excelente ministro de Exteriores. Siempre admiré su manera de lograr el ensamblaje de las cuarenta y dos naciones en la reunión para la aprobación de sanciones en tiempos de la guerra de Abisinia[1]. Fue una obra maestra de política de Estado, pues resultó sumamente difícil unir a los miembros de la Liga. Yugoslavia tuvo que sacrificar la totalidad de su comercio exterior. Tuve esperanzas de que Eden lograse poner a Italia de rodillas. Como es natural, pensé que semejante ejemplo serviría como advertencia de gran utilidad para mi propio país.

»Eden y la Sociedad de Naciones estuvieron a punto de lograr un gran éxito. Si se hubieran aprobado las sanciones orales, la guerra de Abisinia no habría durado ni una semana más. Eso fue lo que Mussolini nos dijo en Múnich. Afirmó con toda claridad que si se hubiesen aplicado las sanciones sobre la importación de petróleo, la guerra de Abisinia no podría haber salido con bien. Sin embargo, a Eden le impidió el éxito el francés Pierre Laval, que tenía ciertas inclinaciones fascistas. Es irónico, pero Francia fue el país que no estuvo de acuerdo con las sanciones sobre la importación de petróleo.

»La Liga no cosechó el fracaso que a menudo se invoca. Estuvo a punto te cosechar un gran éxito, todo dependía del petróleo. De haber salido bien aquella iniciativa, la guerra tendría que haberse evitado. Las sanciones

sobre la importación de petróleo habrían prestado un gran servicio a la paz, habrían sido un claro aviso para quienes después crearon serias complicaciones.

»Sir John Simon, que era experto internacional en legislación, estaba contratado como asesor del consorcio alemán Siemens en un caso de arbitrio privado. Entre la Siemens y la Compañía Internacional de Teléfonos y Telégrafos, estadounidense, se desató una disputa de envergadura internacional por la distribución de la telefonía automática en el mercado mundial. Se formó un comité de arbitrio privado. Simon, consejero de Siemens, recibió unos honorarios de diez mil guineas.

»Fue un acuerdo privado que nada tuvo que ver con la política. Simon era un hombre brillante, aunque no estuvo a la altura en aquella ocasión. Perdió el caso porque por entonces estaba muy ocupado en asuntos políticos. Esa fue la primera impresión que tuve de los procedimientos legales anglosajones, los contrainterrogatorios, etcétera.

»Hice de intérprete para Hitler, Göring, Göbbels y muchos más. Una vez fui el intérprete de Göbbels ante la Sociedad de Naciones. Convocó una rueda de prensa en la que tuvo que responder a las preguntas; también pronunció un discurso sobre los objetivos de Alemania. Fue el típico discurso de la Sociedad de Naciones, empleando viejos tópicos.

»Estuve presente en varias entrevistas de Göbbels. Superficialmente parecía un hombre inteligente, rápido, refinado. Podría haber sido un hombre de letras o un catedrático de historia. Eso era lo más pasmoso cuando uno lo trataba en privado. El propio Hitler también impresionó a muchos de sus visitantes extranjeros. Era un anfitrión con encanto, muy considerado, y Göbbels estaba cortado por el mismo patrón. Göbbels se comportaba y hablaba como si fuese un ministro del gabinete de cualquier país democrático de Occidente. A mí me desagradaban los discursos

públicos de Göbbels, nunca los escuchaba. Por esa razón me desagradaban los dos, Hitler y Göbbels, por sus altisonantes discursos públicos, por los gritos de la muchedumbre. Apagaba la radio cuando emitían esos discursos. Nunca fui a ninguno de aquellos grandes mítines de masas. A menudo comenté que un hombre al que se contrata como operario para un espectáculo no suele ir como testigo a presenciar otro. Es demasiado espantoso.

»Eso me llevó a darme cuenta de la diferencia escandalosa entre las actuaciones en público y las charlas privadas. Por ejemplo, Göring causaba una excelente impresión. Debo decir que le tomé bastante aprecio. Los «hombres fuertes» estaban de moda. Göring tenía sus debilidades; era en múltiples aspectos como un niño pequeño. Pero era un ser humano. A Hitler no se le podría clasificar como un ser humano. Era demasiado altivo, desde el principio, y nunca cambió ni un ápice.

Schmidt ha dicho que vio a Hitler por última vez en febrero de 1945, cuando fue a visitarlo el Gobierno títere que había puesto en Hungría.

—Participé como secretario en aquella reunión y redacté las actas. El representante húngaro era Salasay. Hitler parecía algo alterado tras la explosión del 20 de julio de 1944; tenía rígido el brazo derecho. Por lo demás, estuvo exactamente igual que siempre. La finalidad de la reunión fue dar ánimos al nuevo Gobierno de Hungría, darles respaldo e instrucciones acerca de lo que debían hacer. La situación de Hungría en aquellos momentos era desesperada, la mayor parte del país estaba ocupada por los rusos. Por entonces, Hitler afirmó que iba a iniciar una nueva ofensiva para liberar a Hungría de los rusos. Era pura fantasía, pero también era lo único que podía decir en aquellas circunstancias.

»Antes solía analizar los discursos de Hitler. Siempre me preguntaba qué podía haber dicho Hitler. En la mayoría de las situaciones, su única

alternativa habría sido el silencio. ¿Qué otra cosa podría haber dicho? Por eso, muchos de sus discursos carecían por completo de sentido. Si deseaba pronunciar un discurso, se veía obligado a decir lo que decía.

Le he preguntado a Schmidt si había tenido algún contacto con Himmler, y qué impresión le había causado.

—Lo traté oficialmente una sola vez, cuando fui su traductor. Tuvo una reunión con el mariscal Antonescu, y discutimos sobre distintos métodos policiales. No me formé una impresión personal de Himmler. Por lo que a mí respecta, era una figura siempre en segundo plano. Yo estaba en el grupo que aparecía en primer plano.

—¿Ha conocido a Bormann?

—Sí, era un hombre de aspecto siniestro. Creo que era el verdadero espíritu del mal entre bastidores, pero no tengo conocimiento personal de sus actividades. Bormann fue el sucesor de Hess. Era el verdadero segundo de a bordo, aunque nunca se le diera ese nombre. Era el cabecilla del aparato del Partido. Bormann era el primer hombre del Partido después de Hitler.

»En septiembre de 1938 hubo una reunión en Berchtesgaden entre Hitler y Chamberlain. Hitler expresó la aspiración alemana de apropiarse del territorio de los Sudetes. Chamberlain no estuvo de acuerdo, no hubo representantes de Checoslovaquia en la reunión. A los checos ni siquiera se les invitó, y menos aún se les informó. Uno de los Aliados firmó la entrega de un territorio que pertenecía a otro. A Hitler le resultó un gran espaldarazo. Se había dado cuenta de la fragilidad de la situación entre los Aliados, Francia era aliada de Checoslovaquia, pero también cedió el territorio de Checoslovaquia por medio de su primer ministro, Daladier.

»Siete días después, tal vez diez, del encuentro de Berchtesgaden, hubo otra reunión en Bad Godesberg. Chamberlain y Hitler se vieron sin que

estuviera presente ningún tercero, con la sola excepción de mí. La famosa Conferencia de Múnich del 29 y 30 de septiembre de 1938 tuvo lugar dos semanas después de Bad Godesberg. Las partes reunidas se basaron en la proposición de Mussolini a los franceses. Mussolini había redactado el borrador inicial del acuerdo de Múnich. Veía las cosas de manera más realista que los míos, eso siempre fue así. Los pueblos mediterráneos son más realistas que los pueblos del norte. Que la guerra se evitara en 1938 fue un logro tanto de Mussolini como de Chamberlain. Nosotros los alemanes no tuvimos nada que ver. Hitler estaba más que dispuesto para entrar en guerra.

»En Berchtesgaden, la situación era muy tensa. El ambiente mejoró un tanto en la reunión de Godesberg. En Múnich, de nuevo los sentimientos y las relaciones personales estuvieron dominados por la tensión. Sin embargo, cuando se alcanzó el acuerdo y se cerró entre Gran Bretaña y Alemania el famoso pacto de «no más guerras», el ambiente mejoró de manera sustancial. Me pareció que Chamberlain quedó muy satisfecho de que Hitler firmase el documento que había mecanografiado y había traído desde Inglaterra. Chamberlain recibió una calurosa acogida en Múnich: en Múnich, él fue el verdadero ídolo del pueblo alemán, no Hitler. Las masas regalaron flores a Chamberlain. Se les veía a todos en la cara que agradecían a Chamberlain que hubiera salvado la paz en Europa a pesar de Hitler.

»A Hitler le desagradó profundamente todo ese espectáculo. Temía dar la impresión de que el pueblo alemán era pacifista, lo cual, evidentemente, sería imperdonable a ojos de los nazis. Por lo tanto, los nazis no disfrutaron en modo alguno con todo el montaje de Múnich.

»Sobre cuestiones de detalle, cuando Chamberlain planteó repetidamente la cuestión de la propiedad de las tierras de Checoslovaquia y los acuerdos

financieros que sería preciso cerrar, Hitler se puso nervioso. Sin embargo, fueron episodios relativamente infrecuentes. El pacto de Múnich estaba ya acordado antes incluso de que se firmase en realidad. Era prácticamente una certeza en lo tocante a lo que abarcaría. No había motivo para que Hitler se alterase. Hitler siempre se alteraba sobre cuestiones menores, de detalle, y no sobre los puntos fundamentales. Esta vez se alteró sobre todo por la cuestión de los Sudetes.

»En enero de 1939 hubo una entrevista con el coronel Beck, el ministro polaco de Asuntos Exteriores. Hitler insinuó que algo habría que hacer respecto a Dánzig. Beck aparcó con desdén las propuestas de Hitler en lo relativo a una devolución de Dánzig a Alemania. Beck no hablaba el mismo lenguaje que nosotros. Dijo que Dánzig siempre había formado parte de Polonia, y que sería muy difícil influir en la opinión pública de Polonia para que aceptase ningún cambio.

»Tanto Beck como todo el Gobierno polaco eran fascistas. En principio tendrían que haber estado en buenas relaciones de amistad con nosotros aunque sólo fuese por razones ideológicas. A Pilsudski se le tenía en gran consideración en Alemania. Desde luego, a Hitler no tendría que haberle resultado nada difícil aliarse con Polonia por razones ideológicas.

»La idea de Hitler consistía en recuperar el territorio alemán e incorporar la ciudad de Dánzig al Reich. Le creaba resentimiento la reticencia de Polonia a la hora de entregar estos territorios. A pesar de sus inclinaciones fascistas, Beck se negaba a contemplar una solución de tal índole.

Le he preguntado qué clase de hombre parecía ser Beck.

—Era un individuo de aspecto siniestro, de unos cuarenta y cinco años. Se le tenía en gran estima en los círculos nazis. Creía en una política de «mano de hierro», cosa que se apreciaba mucho en Alemania.

Le he preguntado por Francisco Franco, el dictador español: ¿había llegado a conocerlo?

—Hubo un encuentro entre Franco y Hitler en Hendaya en octubre de 1940. Franco y Hitler conversaron durante mucho rato. Entre otras cuestiones, se abordó entre líneas el tema de Gibraltar. Nuestra idea era conquistar Gibraltar. Se estaban adiestrando ya tropas especiales para el asalto a fortalezas. Cerca de Lieja, en Bélgica, se entrenaban los especialistas en el ataque a enclaves fortificados. Se habían ideado nuevos métodos de ataque, siempre pensando en un asalto a Gibraltar. Como es natural, era necesario contar con el consentimiento de Franco. Tal como dije, éste fue uno de los temas que se trataron entre líneas. La reunión no salió nada bien.

»En primer lugar, Franco se mostró vacilante, inseguro; es un hombre de carácter débil. Obviamente, trataba de ganar tiempo. Nosotros queríamos que se precipitaran las cosas, como de costumbre. Habíamos pensado que lograr el consentimiento de Franco para el ataque a Gibraltar sería cosa de una tarde, y que con eso sería suficiente, pero no fue así. Hitler y Franco se despidieron sin llegar a ninguna conclusión. Hitler quedó decepcionado, al igual que Franco.

Le he preguntado a Schmidt en qué sentido quiso ganar tiempo Franco.

—Era demasiado cauto. Creía que aún no había llegado la hora de la verdad. Franco no quería enemistarse demasiado con los británicos. De hecho, dijo que debido a la longitud de la costa española, podría verse en serios apuros.

»El cuñado de Franco viajó poco después a Berlín. Me refiero a Ramón Serrano Suñer. Le ofrecimos grandes tajadas del Imperio Británico. Pero Franco exigía una garantía por escrito. De camino a Hendaya nos reunimos con Laval, y a la vuelta de Hendaya nos reunimos con el mariscal Pétain.

Hitler dijo que si se llegaban a conocer esas negociaciones secretas, el imperio colonial francés, así como la flota francesa, se pondrían sin ninguna duda de parte de De Gaulle. Por eso no los veía Franco con buenos ojos. Nos despedimos decepcionados, con una gran desconfianza mutua, sobre todo en lo tocante a la cesión del imperio colonial francés en África. Serrano Suñer había dispuesto que España se quedara con grandes tajadas de las colonias francesas en África, a cambio de lo cual nosotros queríamos bases para nuestros submarinos en Fernando Poo y en África Central. Serrano Suñer también aparcó nuestras propuestas, basándose en que eran territorios españoles desde muy antiguo.

—¿Qué clase de hombre era Serrano Suñer?

—Era sumamente inteligente, un fascista de pies a cabeza. Tengo entendido que fue ministro de la Policía en España. En Alemania no era muy popular. Era mucho más inteligente que nuestro ministro de Exteriores, Ribbentrop. Serrano Suñer había tenido problemas con su cuñado, Franco, por lo que dimitió de su puesto; al parecer, había dado su respaldo al ala extremista de la Falange en un momento en el que Franco hizo ciertas concesiones a las potencias occidentales. Serrano Suñer era demasiado germanófilo en aquella época, en 1943 o 1944. Fue la época en la que Franco envió al general Beigbeder a Estados Unidos diciendo que se trataba de un viaje particular. Franco aspiraba a estar en buenas relaciones con Gran Bretaña, adonde envió en calidad de embajador al duque de Alba. Las relaciones entre Alemania y España eran evidentemente tensas, al parecer sobre la base de las persecuciones religiosas desencadenadas en Alemania. Sin embargo, hasta que pareció indudable que los Aliados iban a ganar la guerra y que Alemania empezaba a perder, Franco mantuvo excelentes relaciones con Hitler, sin que las persecuciones religiosas parecieran importarle lo más mínimo.

Le he pedido a Schmidt que me hable más de su ex jefe, Ribbentrop.

—Ese hombre siempre insistía en hablar alemán, aun cuando hablaba inglés bastante bien. Lo hacía porque imitaba a Hitler hasta los más mínimos detalles. Decía que su razón para hablar exclusivamente en alemán y no en inglés durante las reuniones con los representantes de otros países era que deseaba concentrarse en lo que se estaba diciendo, sin perderse en sutilezas lingüísticas. Ribbentrop imitaba a Hitler en todo, incluso en el diseño de su gorra. Originalmente vestía una gorra de plato elegante, pero pronto imitó la gorra de jefe de estación que prefería Hitler. Vestía siempre de uniforme. Se inventó un uniforme especial del Ministerio de Exteriores, negro, con chaqueta cruzada. Los funcionarios de Exteriores parecíamos un remedo de almirantes. Siempre que íbamos a Italia nos llamaban así, los *ammiragli*. Tengo un amigo entre el personal de la acusación que es alemán y que estuvo en el Ministerio de Exteriores. Tuvo una trifulca con Ribbentrop y se le destinó a Japón. Siempre se mantuvo en relaciones amistosas con el otro bando. Ahora forma parte, en Núremberg, de la legación británica. Ha estado ausente de Alemania desde que se declaró la guerra a Rusia. Supimos con varios meses de antelación que Hitler había preparado la guerra contra Rusia, que iba a ser inminente.

—¿Con cuánta antelación lo supo?

—Unos tres o cuatro meses. No lo supimos de manera oficial, Ribbentrop nunca nos lo dijo. De hecho, Ribbentrop y Hitler creían que no lo sabíamos, pero teníamos nuestros propios informadores.

He comentado que Ribbentrop había afirmado que nunca estuvo al tanto de las atrocidades y de los campos de exterminio. ¿Creía Schmidt que era cierto?

—Hasta cierto punto podría ser verdad. De haberlo sabido, podría haber puesto objeciones por razones de Derecho Internacional. Pero es

incuestionable que le habían llegado rumores sobre el exterminio y las atrocidades. Lo que sucede es que a Ribbentrop no le interesaban tales asuntos. Le interesaba de manera casi exclusiva, diría yo, su propia ascendencia personal sobre Hitler. Pasaba horas y días enteros redactando cartas de protesta sobre las injerencias de Göbbels en sus asuntos, meramente porque estaba celoso y aspiraba a mantener su prestigio. Ribbentrop tenía un afán anormal de prestigio, de ocupar una posición destacada. Deseaba tener una influencia personal y una buena relación con Hitler. Detestaba que alguien estuviera más cerca de Hitler que él. En este sentido era como Himmler, quien estoy convencido de que deseaba el poder militar. Ribbentrop quería satisfacer su propia vanidad. Es un hombre muy superficial.

Le he preguntado a Schmidt por sus impresiones acerca de la esposa de Ribbentrop.

—Desempeñó un papel muy importante al empujarle a donde llegó. Yo siempre la rehuía. Ella sospechaba de todos por no tener el debido respeto a su marido. Socialmente era muy ambiciosa. Procedía de la familia Henkell, los fabricantes de champán. Era más inteligente que su esposo. Por ejemplo, siempre manifestó puntos de vista más inteligentes sobre el modo en que los ingleses se resistirían a la invasión. Sobre ese asunto siempre tuvo mucha más sensatez que su marido. Decía que los ingleses lucharían hasta el último hombre. Ribbentrop, en cambio, siempre decía que Inglaterra estaba al borde del hundimiento total. Su deseo de complacer a Hitler lo impulsaba a decir esas cosas de manera inconsciente, aun cuando Hitler no estuviera delante.

—¿Tuvo usted algún contacto con Funk, el ministro de Economía?

—Tuve escasos contactos, sólo en algunas conversaciones de índole económica con dignatarios extranjeros. Además, Funk es un hombre

razonable, tranquilo, tan adormilado como se le ve ante el Tribunal. Así como carece de principios, no es un criminal. Es una suerte de hombre inteligente, de clase media, sin demasiados principios. Obvio es decir que nunca tuve ningún trato con él mientras estuvo en el Ministerio de Propaganda. No es difícil imaginárselo como director del *Börsen-Zeitung*, periódico de derechas. Sabíamos relativamente poco de cuestiones que han salido a la luz desde el comienzo de los juicios, de modo que no sé gran cosa sobre lo que haya ocurrido ante el Tribunal. Sé que Funk toca bien el piano, que es ese tipo de hombre que se levanta al poco de la medianoche, y que es la vida de las fiestas a las que asiste.

—¿Tiene alguna impresión sobre Sauckel?

—Ese hombre, el responsable de la mano de obra esclavizada en Alemania, no cuenta con mi simpatía. Me repugna la sola idea de lo que hizo. A fin de cuentas, existen ciertos límites sobre lo que se puede hacer con los extranjeros en el terreno de los campos de trabajos forzados. En primer lugar, toda la idea es absolutamente improductiva. Hacen falta tres o cuatro hombres para vigilar a un condenado a trabajos forzados. Sauckel es merecedor del castigo más severo. Y ya se ve que no había personas de carácter fuerte alrededor de Hitler. Sólo eran debiluchos, como Ribbentrop, Funk, etcétera. Hitler quería tener un público callado. El propio Göring, que aparentemente es un hombre fuerte, era en realidad como un niño, un debilucho de quien se sabía que era adicto a las drogas.

»Recuerdo una vez en la residencia de Göring, en Karin Hall. Estaba casualmente sentado junto al representante de Japón, Yosuke Matsuoka[2]. Me dijo: «¿Sabe usted que Göring está loco?». Añadió que Göring había estado ingresado en una clínica, en Suecia, para controlar su drogadicción. «Pero da lo mismo», añadió Matsuoka. «De mí también dicen que estoy loco». Matsuoka era un hombre sumamente inteligente. Representó a Japón

en el conflicto de Manchuria. Cuando lo felicité por ello, dijo taimadamente: «En Ginebra no tuve tanto éxito, ya que Japón tuvo que abandonar la Sociedad de Naciones».

»Me encontraba en Ginebra cuando Japón abandonó la Sociedad. No fue una salida impresionante, ya que estaba calculada de antemano. La salida de los japoneses de la Sociedad se produjo a la hora del almuerzo. No tuvo ningún efecto teatral».

Le he preguntado por sus sentimientos acerca de Rusia.

—Soy por naturaleza antirruso —ha respondido Schmidt—. Como la mayoría de los alemanes. Admiro sus hazañas en el terreno de la industria. Estuve en Moscú. Yo no sería partidario de implantar el sistema ruso en las naciones occidentales. No es que condene ese sistema, al contrario; reconozco los buenos resultados que ha dado en el entorno adecuado. Pero para ser comunista es preciso ser un fanático. Y me despiertan bastantes sospechas todos los sistemas que exijan el fanatismo. Estoy convencido de que el mundo sería un lugar mejor si la gente se diera por satisfecha con tener lo suficiente para comer y un trabajo que les distraiga.

»Si ese problema se resolviese, se acabarían los ismos. Por lo tanto, el problema económico es la cuestión fundamental. Resuelto el problema económico, los extremistas no podrían alterar la paz del mundo. El extremismo sólo brota a resultas de la depresión económica. El sistema ruso exige a un tipo de hombre muy distinto. No me despierta ninguna simpatía. Yo me considero capitalista. El comunismo y el nacionalsocialismo no tienen nada que ver, de ninguna manera, aunque brotan de las mismas fuentes. Si uno respeta al individuo, todo está en orden. Por otra parte, si al individuo se le considera un simple grano de arena, el sistema no sirve. No estoy a favor de tal sistema. En ese sentido, soy un individualista.

»Conocí a Mólotov cuando visité Rusia. Me recordó a mi antiguo profesor de matemáticas. Es uno de esos hombres que siempre han de poner los puntos sobre las íes. Muy meticuloso. Es un experto en temas legales, con una formidable capacidad de trabajo, bastante terco. Pero no creo que tenga una gran imaginación. Al igual que todos los rusos, obedecerá las órdenes de Stalin sin flaquear. No estuvo presente en aquella reunión, pero nuestros agentes de Moscú informaron de que Mólotov no le dirigió la palabra a Ribbentrop en la conferencia. Al contrario, fue Stalin, igual que Hitler, quien llevó el peso de la conversación. No me entienda mal: Stalin era infinitamente más sabio y más equilibrado que Hitler.

»Conocí al representante soviético en Ginebra, Maxim Litvinov. Era un embajador muy inteligente[3]. Creo que había sido agente de seguros en Londres antes de dedicarse a la diplomacia. Era un diplomático de Corte empresarial. Hablaba inglés bastante bien, aunque con un marcado acento ruso. Está casado con una inglesa. Es un polemista excelente en la mesa de negociaciones.

»En 1927 estábamos en relaciones excelente con las delegaciones soviéticas, porque se oponían, al igual que nosotros, al Tratado de Versalles. Existía un acuerdo tácito para trabajar en común. Una vez me llamaron para hacer de intérprete, pero no fue necesario, porque las lenguas oficiales de la Sociedad de Naciones eran el francés y el inglés.

Pasamos a hablar de Schacht.

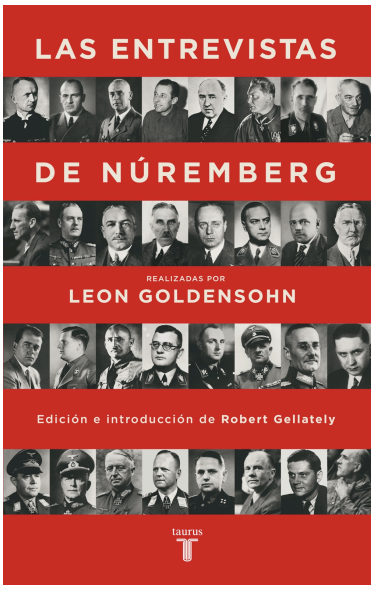
—Es un individuo muy inteligente, aunque sólo busca los efectos a corto plazo. Si se tiene en consideración su política financiera y su prohibición de los préstamos de capital extranjero, la verdad es que olvidó el dinero que podría entrar en Alemania en préstamos a corto plazo. Su principal defecto era su falta de previsión. Entendía que los préstamos de capital extranjero eran negativos y olvidó las desventajas de los préstamos a corto plazo.

Schacht era un hombre expeditivo. No era una persona sobresaliente, capaz de soportar mucha presión y de optar por una política razonable durante demasiado tiempo.

»Sin embargo, Schacht era muchísimo más razonable que los nazis. Era una persona fundamentalmente dinámica, adaptable. Por lo tanto, al principio era bastante lógico que se dejara atraer por las ideas dinámicas y dramáticas, a corto plazo, de los nazis. Ya he dicho que tiene inteligencia, aunque no es un hombre de principios, si bien creo que él se considera un hombre de principios. Sin embargo, es razonable suponer que más adelante tuvo sus diferencias con los nazis. Era demasiado inteligente para dejarse llevar a los extremos que ellos buscaban en su demencia.

«Nuestra política exterior era improvisada. Igual que la política financiera de Schacht, carecía de visión de futuro. Los nazis no paraban de hablar de un Reich de mil años, ¡pero no podían planificar los cinco minutos siguientes!»

Un documento único: la transcripción de las conversaciones que mantuvo Leon Goldensohn, psiquiatra del Ejército Estadounidense, con los principales encausados en el proceso de Núremberg.



En 1946, con los juicios de Núremberg en marcha, el psiquiatra del ejército estadounidense Leon Goldensohn recibió el encargo de entrevistar a dos docenas de líderes alemanes encausados, así como a numerosos testigos de la defensa y de la acusación. El contenido de estas conversaciones no se ha desvelado hasta ahora, más de cincuenta años después

Robert Gellately —uno de los principales historiadores especializados en la Alemania nazi— nos ofrece en este libro treinta y tres de estas entrevistas (cuidadosamente transcritas, editadas y anotadas) con soldados y algunos de los oficiales nazis de mayor graduación encarcelados en Núremberg, entre

los que se encuentran Hans Frank, Hermann Göring, Ernest Kaltenbrunner y Joachim von Ribbentrop.

Como entrevistador, Goldensohn era especialmente astuto y, en cada una de las conversaciones, logró extraer las motivaciones y la desviación moral que llevó a estos hombres a planear y cometer tan diabólicos crímenes. Nos presenta a unos soldados y oficiales que se debaten entre la admisión y la negación de los hechos, bien acusando a sus superiores o considerando que actuaron correctamente en todo momento.

Gracias a la información biográfica y las notas con las que Gellately ha completado cada entrevista, esta obra aporta información imprescindible para comprender la mentalidad y la misión de una ideología enloquecida.

Leon Goldensohn era médico y psiquiatra. Ingresó en el ejército de Estados Unidos en 1943 y enseguida le destinaron a Francia y Alemania. Llegó a Núremberg seis semanas antes de los juicios y se quedó allí hasta julio del mismo año. Falleció en 1961.

Título original: *The Nuremberg Interviews*

Primera edición con esta encuadernación: octubre de 2025

© 2004, Eli Goldensohn, por las entrevistas
© 2004, Robert Gellately, por la introducción
© 2014, 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2004, Teresa Carretero, Amado Diéguez Rodríguez y Miguel Martínez-Lage, por la traducción

Diseño de la cubierta: © Pep Carrió y Sonia Sánchez

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-306-2374-7

Compuesto en: www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks

Facebook: taurusedítorual
X: @ taurusedítorial
Instagram: @penguinlibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

[1] Citado en el excelente estudio de Arieh J. Kochavi, *Prelude to Nuremberg; Allied War Crimes Policy and the Question of Punishment*, Chapel Hill, 1998, p. 36. Véase también Richard Overy, *Interrogations: The Nazi Elite in Allied Hands, 1945*, Nueva York, 2001, pp. 8 y 9. *[Interrogatorios: el Tercer Reich en el banquillo*, Tusquets, 2003.]

[2] Este documento, junto con muchos otros, ha sido publicado en una obra muy útil: Michael R. Marrus, *The Nuremberg Trial 1945-1946: A Documentary History*, Boston, 1997, pp. 20-22.

[3] Kochavi, *Prelude to Nuremberg*, pp. 73-74.

[4] Véase Winston Churchill, *The Second World War; Closing the Ring*, Cambridge (Masachussets), 1951, pp. 373-374. *[La II Guerra Mundial*, Barcelona, Orbis, 1985.]

[5] Según Elliot Roosevelt, su padre, Franklin D. Roosevelt, mencionó la cifra 49.500 aquella noche. Citado en Michael Beschloss, *The Conquerors: Roosevelt, Truman and the Destruction of Hitler's Germany, 1941-1945*, Nueva York, 2002, p. 27.

[6] Churchill, *Closing the Ring*, p. 374.

[7] Con buen criterio, algunas partes de los memorandos de Morgenthau y Stimson aparecen reproducidas en Marrus, *Nuremberg Trial*, pp. 24-27.

[8] Citado en su totalidad en Kochavi, *Prelude to Nuremberg*, p. 88.

[9] Kochavi, *Prelude to Nuremberg*, p. 91.

[10] Kochavi, *Prelude to Nuremberg*, p. 65.

[11] Véase Gerd R. Ueberschär, «Die sowjetischen Prozesse gegen deutsche Kriegsgefangene 1943-1952», en Gerd R. Ueberschär (ed.), *Der Nationalsozialismus vor Gericht: Die alliierten Prozesse gegen Kriegsverbrecher und Soldaten 1943-1952*, Fráncfort, 2000, p. 245.

[12] La postura estadounidense sobre la culpabilidad criminal de las organizaciones nazis fue presentada ante el Tribunal el 28 de febrero de 1946 y más tarde se publicó de forma independiente. Véase Robert H. Jackson, *The Nürnberg Case*, Nueva York, 1947, pp. 95-119.

[13] Véase Bradley F. Smith, *Reaching Judgment at Nuremberg*, Nueva York, 1977, p. 27.

[14] Overy, *Interrogations*, p. 8.

[15] Véase Beschloss, *The Conquerors*, p. 246.

[16] Si se desea consultar el borrador del memorándum de Cordell Hull, Henry Stimson y James Forestal (del 11 de noviembre de 1944) y el memorándum de Henry Stimson, de Edward R. Stettinius hijo, el nuevo secretario de Estado, y de Francis Biddle, el fiscal general de Estados Unidos (22 de enero de 1945), véase Marrus, *The Nuremberg Trial*, pp. 28-32.

[17] El texto de este acuerdo y del estatuto está publicado en *Nazi Conspiracy and Aggression*, Washington, 1946, 1: 1-12.

[18] Véase Richard Overy, *Russia's War*, Nueva York, 1998, p. 288, donde aparece una relación muy útil, y en especial la Tabla 3, donde figuran las cifras de muertos aproximadas.

[19] El juez soviético, mayor Iona T. Nikitchenko, citado en Overy, *Interrogations*, p. 18.

[20] Véase Telford Taylor, *Anatomy of the Nuremberg Trials: A Personal Memoir*, Boston, 1992, p. 64. Taylor fue miembro del equipo de la acusación durante el proceso.

[21] La totalidad de los cargos y otros documentos importantes han sido reimpresos en la serie *Nazi Conspiracy and Aggression*, Washington, 1946; véase 1: 15.

[22] Para consultar un excelente relato de los orígenes del concepto de «genocidio» y, en particular, al papel de Raphael Lempkin, a quien corresponde la invención del término y un esfuerzo incansable porque las Naciones Unidas lo adoptaran a partir de 1945, véase Samantha Power, *A Problem from Hell: America and the Age of Genocide*, Nueva York, 2002, pp. 1-60.

[23] Para leer un análisis muy provechoso de los términos, véase Omer Bartov, «Antisemitism, the Holocaust, and Reinterpretations of National Socialism», en Michael Berenbaum y Abraham J. Peck (eds.), *The Holocaust and History: The Known, the Unknown, the Disputed, and the Reexamined*, Bloomington, 1998, pp. 75-98. Este volumen contiene muchos otros ensayos muy provechosos.

[24] Resulta muy interesante que los historiadores hayan adoptado una u otra de estas dos posturas, que en los años sesenta y posteriormente llegaron a ser conocidas como el debate entre «intencionalistas» y «funcionalistas» o «estructuralistas». Se ocupa de ello Michael Biddiss en «Nuremberg Trials», en I. C. B. Dear (ed.), *The Oxford Companion to World War II*, Oxford, 1995, pp. 824-828.

[25] Marrus, *Nuremberg Trials*, p. v.

[26] Hay ejemplares de estos volúmenes en muchas bibliotecas de Norteamérica. Yo he recurrido a la edición alemana, que, por regla general, es más fiel. Continúa imprimiéndose todavía y puede encontrarse alguna edición en rústica. Se publicó una reproducción fotográfica de los volúmenes originales como un *Sonderausgabe*, de KOMET MA-Service und Verlagsgesellschaft GmbH, Frechen, y llevaba por título *Der Prozess gegen die Hauptkriegsverbrecher vor dem internationalen Militärgerichtshof*, Núremberg, 1946-1947. En la primera mitad de la serie, la edición inglesa publica los testimonios e interrogatorios en inglés. Por desgracia, sin embargo, la otra mitad de la serie sólo está disponible en alemán. No obstante, se ha publicado una selección de documentos en inglés dentro de una serie de volúmenes independiente titulada *Nazi Conspiracy and Aggression*, Washington, 1946. Ocho volúmenes de esta serie, además de una edición en inglés del proceso de Núremberg —esto es, el testimonio y los interrogatorios de los principales criminales de guerra— pueden encontrarse en Internet. Las trascripciones del proceso pueden encontrarse buscando, en la red, «The Avalon Project at the Yale Law School». También se pueden encontrar buscando «The Nizkor Project». En ambos sitios pueden consultarse otros muchos documentos reveladores y vínculos muy aprovechables.

[27] Véase Robert E. Conot, *Justice in Nuremberg*, Nueva York, 1983, p. 19.

[28] Overy, *Interrogations*, pp. 16-17.

[29] Véase Overy, *Interrogations*, que también ofrece una magnífica descripción de las condiciones en que se encontraban los prisioneros. Si se desea saber más detalles, véase Ulrich Schlie (ed.), *Albert Speer: «Alles, was ich weiss»: Aus unbekannten Geheimdienstprotokollen vom Sommer 1945*, Múnich, 1999. Este volumen incluye también un artículo del doctor Karl Brandt dedicado a las mujeres que rodeaban a Hitler. Para consultar una descripción general véase Joseph E. Persico, *Nuremberg: Infamy on Trial*, Nueva York, 1994. Aunque, en líneas generales, esta obra está bien documentada, no menciona al doctor Leon Goldensohn y es poco probable que el autor tuviera conocimiento de las entrevistas.

[30] G. M. Gilbert recuerda esta expresión en la introducción a Florence R. Miale y Michael Selzer, *The Nuremberg Mind: The Psychology of the Nazi Leaders*, Nueva York, 1975, p. xii. Los autores estudian los resultados de los tests de Rorschach que el doctor Gilbert hizo a los nazis.

[31] Persico, *Nuremberg*, p. 91.

[32] Persico, *Nuremberg*, p. 103.

[33] Véase el artículo del periodista Arkadi Poltorak reimpreso en Steffen Radlmaier, *Der Nürnberger Lernprozess: Von Kriegsverbrechern und Starreportern*, Fráncfort, 2001, pp. 125-126.

[34] Douglas M. Kelley, *22 Cells in Nuremberg: A Psychiatrist Examines the Nazi Criminals*, Nueva York, 1947.

[35] G. M. Gilbert, *Nuremberg Diary*, Nueva York, 1947.

[36] Recientemente, uno de los médicos de la prisión de Núremberg publicó una interesante memoria del proceso con nuevos detalles, en particular sobre las ejecuciones. Véase Roy A. Martin, *Inside Nürnberg: Military Justice for Nazi War Criminals*, Shippensburg (Pennsylvania), 2000.

[37] Véase Gitta Sereny, *Albert Speer: His Battle with Truth*, Nueva York, 1995.

[38] Albert Speer, *Spandau: The Secret Diaries*, Nueva York, 1977, pp. 2-3. *[Diario de Spandau*, Barcelona, Mundo Actual de Ediciones, 1976.]

[39] Recurro a un amplio número de referencias y fuentes, pero las siguientes me parecen particularmente provechosas: Robert Wistrich (ed.), *Who's Who in Nazi Germany*, Nueva York, 1982; Israel Gutman y otros (eds.), *Enzyklopädie des Holocaust*, 4 vols., Múnich, 1995. A la par que esta enciclopedia, se publicó una en inglés. Asimismo, también es útil Erich Stockhorst (ed.), *5000 Köpfe: Wer war was im 3. Reich, Sonderausgabe*, Kiel, 2000.

[40] Su discurso de apertura y muchos otros documentos importantes están publicados en Jackson, *Nürnberg*; véase p. 54 para las cifras exactas y p. 97 para la cifra de cinco millones.

[41] Declaración de Wilhelm Höttl (26 de noviembre de 1945), Documento PS-2738. Véase *Der Prozess gegen die Hauptkriegsverbrecher vor dem internationalen Militär-gerichtshof*, Núremberg, 1946-1947, 31, pp. 85-87.

[42] He calculado las cifras basándome en las diferencias de población judía entre 1939 y 1945 en todos los estados afectados por el Holocausto. La cifra se basa en Raul Hilberg, *The Destruction of the European Jews* (ed. Rev.), 3 vols., Nueva York, 1985; en esto, véase 3: 1048, Tabla 11-1, «Jewish Population Loss».

[43] Hilberg, *Destruction of the European Jews*, 3: 894, demuestra que aproximadamente un millón de judíos perdieron la vida en Auschwitz. Hilberg calcula que otras 250.000 personas, en su mayoría polacos, y muchos gitanos también murieron en Auschwitz. Existe un acuerdo general en Franciszek Piper, «Auschwitz Concentration Camp: How It Was Used in the Nazi System of Terror and Genocide and in the Economy of the Third Reich», en Berenbaum y Peck (eds.), *Holocaust and History*, pp. 327-386. Las cifras de víctimas de Auschwitz que ofrece Piper son las siguientes: en torno a un millón de judíos; entre 140.000 y 150.000 polacos; 20.000 gitanos; 15.000 prisioneros de guerra soviéticos; y entre 10.000 y 25,000 ciudadanos de otras nacionalidades.

[44] Véase la descripción de un miembro del Equipo Ejecutivo de Crímenes de Guerra Británico que tenía la labor (entre otras) de oír evidencias contradictorias concernientes a las acciones criminales de diversas organizaciones, incluida la Gestapo: Airey Neave, *On Trial at Nuremberg*, Boston, 1978.

[45] Para leer una introducción, véase Robert Gellately, «The Third Reich, the Holocaust, and Visions of Serial Genocide», en Robert Gellately y Ben Kiernan (eds.), *The Specter of Genocide: Mass Murder in Historical Perspective*, Cambridge, 2003, pp. 241-264.

[46] Véase Conot, *Nuremberg*, p. 233.

[47] Los *Einsatzgruppen* fueron creados en 1938, tras la anexión de Austria, como unidades especiales de Policía. Seis de esas unidades, cada una de ellas compuesta por comandos más pequeños (de entre 120 y 150 miembros), se emplearon en septiembre de 1939 en la invasión de Polonia. Los miembros de los *Einsatzgruppen* procedían de la SS, el SD o la Sipo. Sin embargo, fue durante la invasión de la Unión Soviética, que comenzó el 22 de junio de 1941, cuando los *Einsatzgruppen* estuvieron más activos y se convirtieron en auténticos escuadrones de la muerte. Existían cuatro grupos (A, B, C y D), compuestos por personal similar, es decir, de la RSHA, pero a los que se sumaban hombres de otros cuerpos policiales. Cada *Einsatzgruppe* estaba dividido en varios «comandos especiales». Los *Einsatzgruppen* variaban de tamaño, y contaban con entre 600 y 1.000 hombres. Todos ellos estaban comandados por oficiales con educación superior. Algunos cálculos sugieren que en los cuatro *Einsatzgruppen* sirvieron en torno a 6.000 hombres, aunque los comandos eran en general pequeños. Operaban próximos al frente, siguiendo el avance de las tropas alemanas en la Unión Soviética. Uno estaba destinado en el norte, en Lituania, Estonia y Letonia (al principio lo mandaba Franz Walter Stahlecker); otro en el centro, en la Rusia Blanca (éste era comandado por Arthur Nebe); otro en el sur, en Ucrania (lo mandaba Otto Rasch); y un cuarto en el sudoeste, en el sur de Ucrania y en el Cáucaso (liderado por Otto Ohlendorf). Los líderes de los *Einsatzgruppen* fueron juzgados en el caso número nueve de los juicios de Núremberg, que tuvo lugar en 1949; cuatro de ellos fueron sentenciados a muerte. El cometido principal de los *Einsatzgruppen* consistía en asesinar, tras la línea de frente, a judíos y a otros ciudadanos definidos como enemigos y «amenazas para la seguridad». Los *Einsatzgruppen* también deportaron a muchos judíos a los campos de exterminio.

Resulta muy difícil calcular el número total de asesinatos cometidos por los *Einsatzgruppen*. Muchos (no todos) los documentos que registran su actividad se han conservado. Estos documentos demuestran que, como mínimo, y ni siquiera durante todo su periodo operativo, estos grupos actuaron como sigue: el Einsatzgruppe A fusiló a 240.410 personas; el Einsatzgruppe B fusiló a 71.555 personas; el Einsatzgruppe C fusiló a 105.988 personas; y el Einsatzgruppe D fusiló a 91.678 personas. Sus víctimas fueron, en su abrumadora mayoría, judíos.

Para consultar un relato completo de las operaciones de los *Einsatzgruppen*, véase Helmut Krausnick y Hans-Heinrich Wilhelm, *Die Truppe des Weltanschauungskrieges: die Einsatzgruppen der Sicherheits-polizei und des SD 1938-1942*, Stuttgart, 1981; véanse también las pp. 618 y 619.

[48] Para el papel de muchos batallones de la Policía regular y uniformada, muchos de ellos compuestos por alemanes que no pertenecían al Partido, véanse los escalofriantes estudios de Christopher R. Browning, *Ordinary Men: Reserve Police Battalion 101 and the Final Solution in Poland*, Nueva York, 1992, y de Daniel Jonah Goldhagen, *Hitler's Willing Executioners: Ordinary Germans and the Holocaust*, Nueva York, 1996. *[Los verdugos voluntarios de Hitler*, Madrid, Taurus, 1998.]

[49] El relato se encuentra en Conot, *Nuremberg*, p. 233.

[50] El examen fue llevado a cabo por el doctor Gilbert. Puede consultarse en Gilbert, *Diary*, p. 34.

[51] Albert Speer, *Inside the Third Reich: Memoirs*, Nueva York, 1970, p. 509. *[Memorias*, Barcelona, El Acantilado, 2002.]

[52] Para información útil y una enumeración muy detallada de los acusados, cargos y sentencias de los doce juicios que siguieron, véase Whitney R. Harris, *Tyranny on Trial: The Trial of the Major German War Criminals at the End of World War II at Nuremberg, Germany, 1945-1946*, ed. rev., Dallas, 1999, pp. 550-558.

[53] Para leer un estudio general, con estadísticas sobre el número y tipo de juicios durante la posguerra, véase Adalbert Rückerl, *The Investigation of Nazi Crimes 1945-1978: A Documentation*, Hamden (Connecticut), 1980.

[54] Norbert Frei, *Adenauer's Germany and the Nazi Past: The Politics of Amnesty and Integration*, Nueva York, 2002, ofrece una descripción interesante.

[55] Siete sondeos de opinión efectuados en la zona estadounidense entre octubre de 1945 y agosto de 1946 descubrieron que el 79 por ciento de los ciudadanos consideraban que los juicios

transcurrían «de manera justa» y que tan sólo el 4 por ciento pensaban que no eran justos. Una clara mayoría (el 75 por ciento en los sondeos desarrollados entre diciembre de 1945 y marzo de 1946) consideraba que los encausados eran culpables, pero esa cifra descendió al 52 por ciento en agosto de 1946. Véase Anna J. Merritt y Richard L. Merritt (eds.), *Public Opinion in Occupied Germany: The OMGUS Surveys, 1945-1949*, Chicago, 1970, pp. 33-35.

[56] Para consultar una breve introducción, véase Harris, *Tyranny on Trial*, pp. 571-594. Si se desea conocer más información sobre el Tribunal Penal Internacional —cambia diariamente— y en qué se diferencia de los tribunales estadounidenses, basta con buscar en Internet «International Criminal Court».

[57] Para leer una clara descripción de las posturas legales y filosóficas y de la actitud del Gobierno estadounidense, véase William J. Bosch, *Judgment on Nuremberg: American Attitudes Toward the Major German War-Crime Trials*, Chapel Hill, 1970.

KARL DÖNITZ

[1] Francis Beverly Biddle (1886-1968) fue fiscal general de Estados Unidos entre 1941 y 1945. Fue el presidente Harry S. Truman quien le nombró juez del Tribunal de Núremberg.

[2] El general Lucius Clay (1897-1978) era subordinado del general Dwight Eisenhower y el miembro estadounidense de la Comisión de Control Aliada. Tras la victoria aliada fue designado gobernador militar de la zona estadounidense de la Alemania ocupada.

[3] La acusación afirmaba que no sólo podía imputarse a algunos dirigentes, sino también a ciertas organizaciones (como el Partido Nazi, la Gestapo y la SS). Estas organizaciones también serían acusadas de intervenir en una conspiración criminal, por lo cual habría sido necesario imputar a los «individuos representativos» y no a todos sus miembros. Si una organización era juzgada y condenada, entonces, cada uno de sus miembros podía ser acusado por intervenir en una conjura criminal y ser juzgado de manera sumaria por los Aliados. Sin embargo, es importante señalar que, contrariamente a lo que dijeron algunos acusados, el Artículo 10 de lo que habría de convertirse en los Estatutos del Tribunal Militar Internacional no se limitaba a declarar criminales a ciertas organizaciones nazis; la decisión se dejaba en manos del Tribunal. Además, todos los miembros de esas organizaciones a las que el Tribunal declaraba culpable no eran considerados culpables de manera automática, sino que tenían derecho a juicio. La postura estadounidense sobre la culpabilidad de las organizaciones nazis fue presentada ante el Tribunal el 28 de febrero de 1946 y, posteriormente, publicada por separado. Véase Robert H. Jackson, *The Nürnberg Case*, Nueva York, 1947, pp. 95-119.

[4] Heinrich Himmler (1900-1945) fue el máximo dirigente de la SS, creador del sistema de campos de concentración y uno de los principales impulsores y perpetradores del asesinato en masa

de los judíos. Se suicidó en mayo de 1945, poco después de ser capturado por los británicos. Para consultar una introducción general a Himmler y un retrato de los dirigentes nazis, incluidos la mayoría de los que fueron juzgados en Núremberg, véase el todavía útil Joachim C. Fest, *The Face of the Third Reich: Portraits of the Nazi Leadership*, Nueva York, 1970; y, en esta obra, las pp. 111-124.

[5] El gran almirante Erich Raeder (1876-1960) fue el comandante en Jefe de la Marina alemana hasta 1943, año en que fue reemplazado por Dönitz. Raeder fue juzgado por crímenes de guerra en Núremberg y declarado culpable de los tres primeros cargos de la acusación, pero no de crímenes contra la humanidad. Fue sentenciado a cadena perpetua, pero en 1955 fue puesto en libertad por razones de salud.

[6] El «último testamento» de Hitler consistía en las declaraciones que dictó la noche del 29 de abril de 1945, el día previo a su muerte. Véase Adolf Hitler, «My Private Will and Testament» y «My Political Testament», en Jeremy Noakes (ed.), *Nazism 1919-1945*, Exeter, 1998, 4: 667-671.

[7] Martin Bormann (1900-1945) fue nombrado jefe de la Cancillería del Partido tras el vuelo de Hess al Reino Unido en 1941. Muchos historiadores sugieren que, actuando entre bastidores y de forma más o menos anónima, Bormann se convirtió en el segundo hombre más poderoso del Tercer Reich después de Hitler.

[8] Los jefes de grupo eran los guardianes vecinales del Partido, los encargados de informar a sus superiores. Para conocer con detalle esta cuestión, véase Michael H. Kater, *The Nazi Party: A Social Profile of Members and Leaders, 1919-1945*, Cambridge (Massachusetts), 1983. También existe un estudio reciente sobre la base social del Partido Nazi: Carl-Wilhelm Reibel, *Das Fundament der Diktatur: Die NSDAP-Ortsgruppen 1932-1945*, Paderborn, 2002.

[9] Dönitz se refiere a los sucesos que acaecieron en Alemania el 9 de noviembre de 1938, que llegaron a conocerse como «la Noche de los Cristales Rotos». Para leer una breve descripción de lo que ocurrió y más referencias bibliográficas, véase Robert Gellately, *Backing Hitler: Consent and Coercion in Nazi Germany*, Oxford, 2001, pp. 121-150.

[10] Para consultar una breve descripción de los campos, incluidas estadísticas, véase Gellately, *Backing Hitler*, pp. 51-69. El último censo de los campos de concentración alemanes (15 de enero de 1945) revela que en los mismos había 511.537 hombres y 202.674 mujeres; véase p. 243.

[11] Ernest Bevin (1881-1951) fue un dirigente laborista. En 1945 fue nombrado secretario de Estado para Asuntos Exteriores en el seno del nuevo gabinete del primer ministro Clement Attlee (1883-1967).

[12] W. Rogge aparece descrito en los documentos del Tribunal en un solo lugar como capitán de la Marina encargado de un campo de posguerra para oficiales navales. Sin embargo, en el índice onomástico de esos mismos documentos aparece como vicealmirante retirado.

[13] Dönitz se refiere a un campo de internamiento custodiado por los estadounidenses en Mondorf-les-Bains, Luxemburgo.

[14] Dönitz obtuvo una puntuación de 138, muy por encima de la media, en el test de coeficiente intelectual efectuado por el doctor Gilbert. Para los resultados del examen realizado a Dönitz y a los

demás acusados, véase G. M. Gilbert, *Nuremberg Diary*, Nueva York, 1947, p. 34.

[15] Clement Attlee derrotó a Winston Churchill en las elecciones de 1945 y, como primer ministro, se encargó de formar el primer Gobierno laborista.

HANS FRANK

[1] Entre otras cosas, en el verano de 1942, en diversas conferencias pronunciadas en varias universidades, Frank apelaba a la vuelta de algún tipo de Ley constitucional. Hitler no tardó en relevarle de sus cargos en el Partido Nazi y le prohibió hablar en público dentro de Alemania. No obstante, conservó el puesto de gobernador general de Polonia.

[2] Es probable que este libro sea *Im Angesicht des Galgens: Deutung Hitlers und seiner Zeit auf Grund eigener Erlebnisse und Erkenntnisse*, Múnich, 1953.

[3] Un dato que no es más que una ligera exageración a propósito de la enorme inflación que sufrió Alemania durante y después de la I Guerra Mundial, sobre todo en el año 1923. El clásico de la historiografía sobre la época es la obra de Gerald D. Feldman, *The Great Disorder: Politics, Economics, and Society in the German Inflation of 1914-1924*, Nueva York, 1993.

[4] Frank se refiere a Towia Axelrod, Eugene Leviné y Max Levien. Según los historiadores, ninguno de esos hombres ayudó a Kart Eisner en la revuelta de noviembre. Para tener más detalles, véase Allan Mitchell, *Revolution in Bavaria 1918-1919: The Eisner Regime and the Soviet Republic*, Princeton, 1965, especialmente, p. 193, n. 80.

[5] Anton Drexler (1884-1942) fue uno de los cofundadores del Partido Nazi.

[6] Joseph Göbbels (1897-1945) consiguió infame celebridad como ministro de Propaganda del Reich e Instrucción Pública. Desempeñó un papel fundamental en el Tercer Reich y, tras un periodo caído en desgracia, volvió a la cresta de la ola en la última parte de la guerra. Estuvo al lado de Hitler hasta el final y se suicidó el 1 de mayo de 1945. Compiló un diario exhaustivo, cuya parte correspondiente al último periodo, la mayoría de la cual fue encontrada en Moscú hace pocos años, está en proceso de publicación. Este diario representa una fuente muy importante para la historia del Tercer Reich. De momento han aparecido veintidós volúmenes, editados, en alemán, por Elke Fröhlich. Para leer una breve introducción a la figura de Göbbels, véase Fest, *Face of the Third Reich*, pp. 83-97.

[7] Véase Feldman, *Great Disorder*.

[8] Oswald Spengler (1880-1936), historiador y filósofo alemán, conocido sobre todo por su obra *La decadencia de Occidente* (1918-1922).

[9] Frank debe de referirse a la época en que fue ministro de Justicia de Baviera (1933).

WILHELM FRICK

[1] Algunas figuras eminentes de la revolución de Baviera eran judíos, pero la participación de los judíos se ha exagerado mucho. Para tener más detalles, véase Mitchell, *Revolution in Bavaria*.

[2] Para consultar una historia exhaustiva del Partido Nacionalsocialista, véase Kater, *The Nazi Party*. Para referencias detalladas de todos los partidos citados, véase Thomas Childers, *The Nazi Voter: The Social Foundations of Fascism in Germany, 1919-1933*, Chapel Hill, 1983.

[3] En 1924 y en 1929, respectivamente, los banqueros estadounidenses Charles C. Dawes y Owen D. Young elaboraron sendos planes para posibilitar que Alemania pagase las indemnizaciones establecidas por el Tratado de Versalles al término de la I Guerra Mundial.

[4] Harold L. Ickes (1874-1952) fue secretario del Interior de Estados Unidos entre 1933 y 1946.

[5] Frick se refiere al *Reichsgesetzblatt*.

[6] Sobre el incendio del Reichstag el 27 de febrero de 1933 y sus consecuencias, véase Gellately, *Backing Hitler*, pp. 12-13.

[7] Reinhard Heydrich (1904-1942) fue el influyente fundador del SD y uno de los máximos responsables de la creación de la Gestapo y del resto del sistema policial nazi. Murió en Checoslovaquia el 4 de junio de 1942 a consecuencia de las heridas sufridas en un atentado. Para leer una breve introducción, véase Fest, *Face of the Third Reich*, pp. 98-110.

[8] Karl Hermann Frank (1898-1946) consiguió que Hitler modificara sus órdenes de represalia por el atentado de Reinhard Heydrich (27 de mayo de 1942). Pero el pueblo de Lidice no se libró. Fue arrasado por completo y todos sus habitantes, asesinados (192 hombres y 71 mujeres) o enviados a campos de concentración (otras 198 mujeres). Los niños (98) fueron enviados a «colegios especiales».

HANS FRITZSCHE

[1] Véase la Introducción y confróntese Raul Hilberg, *The Destruction of the European Jews* (ed. rev.), Nueva York, 1985, 3: 1048. Yehuda Bauer, *A History of the Holocaust*, Nueva York, 1982, p. 335, afirma que «el total de judíos asesinados» ascendía a 5.820.960. Franciszek Piper, «Auschwitz Concentration Camp: How It Was Used in the Nazi System of Terror and Genocide and in the Economy of the Third Reich», en Michael Berenbaum y Abraham J. Peck (eds.), *The Holocaust and History: The Known, the Unknown, the Disputed, and the Reexamined*, Bloomington, 1998, pp. 327-386 (véase también nota 43, pp. 552 y 553 de esta obra), calcula que en Auschwitz perdieron la vida alrededor de un millón de judíos, amén de 140.000 o 150.000 polacos, 20.000 gitanos, 15.000 prisioneros de guerra soviéticos y entre 10.000 y 25.000 personas de diversas nacionalidades.

[2] Para consultar un breve relato de la posguerra y de los diversos desplazamientos de población, véase Philipp Ther y Ana Siljak (eds.), *Redrawing Nations: Ethnic Cleansing in East-Central Europe, 1944-1948*, Lanham (Maryland), 2001.

[3] Muchos consideran a Adolf Eichmann (1906-1962) el artífice de la «solución final». Estaba a cargo de la Oficina IV B4 del RSHA, y por tanto, era responsable del *reasentamiento* de los judíos. Después de la guerra huyó a Suramérica. Fue capturado por el Servicio Secreto israelí en Argentina en el año 1960. Fue juzgado y ejecutado en Jerusalén en 1962. Hilberg, *Destruction of the European Jews* continúa siendo la mejor obra sobre Eichmann y el proceso.

[4] Una reciente valoración de lo que supuso el Tratado de Versalles es Manfred F. Boemeke, Gerald D. Feldman y Elisabeth Glaser (eds.), *The Treaty of Versailles: A Reassessment After 75 Years*, Cambridge, 1998. Véase también Margaret MacMillian, *Paris 1919: Six Months that Changed the World*, Nueva York, 2001.

[5] En realidad, el trato brutal fue planeado de antemano. En marzo de 1941 y de nuevo en julio del mismo año, Hitler afirmó que en la próxima guerra en el Este, Rusia sería «completamente destruida». Insistía en que era necesario librar una lucha a vida o muerte en la que Alemania tenía que rechazar la idea de que el adversario era un camarada de armas. «Nosotros no vamos a la guerra para preservar a nuestros enemigos». Para leer una introducción a las órdenes criminales dadas a propósito del tratamiento de los prisioneros de guerra en el frente oriental, véase Hans-Adolf Jacobson, «The *Kommissarbefehl* and Mass Execution of Soviet Russian Prisoners of War», en Helmut Krausnick y otros, *Anatomy of the SS State*, Londres, 1968, pp. 505-535.

[6] Para tener más detalles sobre el decreto «noche y niebla», véase Gellately, *Backing Hitler*, pp. 225-226. Los tribunales especiales avalados por esta Ley comenzaron a dictar sus sentencias sobre ciudadanos extranjeros en febrero de 1942. Aunque muchos de los acusados eran ejecutados, su destino, por orden expresa de Hitler, se les ocultaba a familiares y amigos —de ahí el nombre que se le daba al decreto—.

[7] Considerado por muchos como el político más brillante de la República de Weimar durante la gran inflación de 1923, Gustav Stresemann (1878-1929) fue canciller entre el 13 de agosto y el 28 de noviembre de 1923. Heinrich Brüning (1885-1970) ocupó el cargo de canciller desde el 29 de marzo de 1930 hasta el 30 de mayo de 1932, precedió en la cancillería a Franz von Papen.

[8] En *Russia's War*, Harmondsworth, 1998, Richard Overy ofrece una explicación de por qué Rusia ganó la guerra.

[9] Kurt Dittmar (1891-1959) fue un comentarista muy conocido de la radio alemana especializado en cuestiones militares.

[10] Un submarino alemán hundió al *Athenia*, un buque de pasajeros británico, en 1939, el primer día de la guerra. Perecieron muchas personas, incluidos alrededor de un centenar de estadounidenses. A muchos, el suceso les recordó lo ocurrido con el *Lusitania* en la I Guerra Mundial. Los alemanes negaron su responsabilidad en el hundimiento del *Athenia* y Göbbels llegó a declarar que los propios británicos habían sido sus autores, con la intención de arrastrar a Estados Unidos a la guerra. Para

consultar un breve relato del incidente, véase Robert E. Conot, *Justice in Nuremberg*, Nueva York, 1983, pp. 418-419.

[11] Estos «protocolos» eran una bien conocida falsificación que se retrotraía a la Europa del siglo XIX. Si se desea conocer más detalles de los mismos y del contexto en que surgieron, véase George L. Mosse, *Toward the Final Solution: A History of European Racism*, Nueva York, 1978, pp. 117-120.

[12] Para leer una excelente descripción de los muchos y diversos institutos de investigación sobre la Europa oriental que existían en la Alemania nazi, véase Michael Burleigh, *Germany Turns Eastward: A Study of* Ostforschung *in the Third Reich*, Cambridge, 1988.

WALTHER FUNK

[1] Gregor Strasser (1892-1934) fue uno de los líderes del Partido Nazi en sus inicios. A consecuencia de su ruptura con Hitler, fue asesinado el 20 de junio de 1934, en la Noche de los Cuchillos Largos.

[2] En las elecciones al Parlamento alemán celebradas el 5 de marzo de 1933, los nazis obtuvieron el 43,9 por ciento de los votos y 288 escaños de un total de 647. Su socio de coalición, el Partido Nacional del Pueblo Alemán (DNVP), obtuvo el ocho por ciento de los votos y otros 52 escaños, lo que confirió a Hitler la mayoría en la cámara. En conjunto, de un total de 39,3 millones de votantes, más de 20,3 millones de ciudadanos optaron por los dos partidos mencionados.

[3] Muchos documentos del Tribunal de Núremberg mencionan a George S. Messersmith, embajador estadounidense en Berlín y Viena.

[4] Otto Dietrich (1897-1952) fue Jefe de Prensa del Reich durante la mayor parte de la época nazi. Existe en inglés un antiguo pero valioso estudio sobre la prensa en la Alemania nazi: Oron J. Hale, *The Captive Press in the Third Reich*, Princeton, 1964.

[5] Hans Bernd Gisevius (1904-1974) se unió a la Gestapo con entusiasmo y rapidez en 1933, pero acabó por distanciarse del régimen y participó en la Resistencia.

[6] Para consultar un interesante relato de las persecuciones de preguerra y de la Noche de los Cristales Rotos, véase Saul Friedländer, *Nazi Germany and the Jews*, vol. 1: *The Years of Persecution, 1933-1939*, Nueva York, 1997.

[7] Esta reunión tuvo lugar el 12 de noviembre de 1938. Fue presidida por Hermann Göring y tenía el propósito de tratar del pogromo del 9 de noviembre de 1938. Para leer un texto introductor y referencias a la bibliografía existente sobre los apoyos recibidos por Hitler, véase Gellately, *Backing Hitler*, pp. 126-132.

[8] En el otoño de 1944, el secretario del Tesoro del Gobierno estadounidense, Henry Morgenthau, hijo, elaboró un plan que tenía por objetivo evitar que Alemania iniciase otra guerra. Había que devolverla a la condición de comunidad rural premoderna, dividiendo el país y destruyendo su

economía. Se opusieron al plan el secretario de Guerra, Henry Stimson, y también el presidente Roosevelt y Winston Churchill.

[9] Es probable que esta reunión fuera una congregación de industriales que tuvo lugar el 20 de febrero de 1933. Para consultar un relato completo de lo sucedido y de las relaciones entre el nazismo y la gran empresa, véase Henry Ashby Turner Jr., *German Big Business and the Rise of Hitler*, Nueva York, 1985; aquí, véanse las pp. 328-333.

[10] Heinrich Hoffmann (1885-1957) era el fotógrafo oficial de Hitler.

[11] *El crepúsculo de los dioses* es la ópera final de la tetralogía wagneriana *El anillo del nibelungo*.

HERMANN GÖRING

[1] Edward Frederick Lindley Wood, primer conde de Halifax (18811959), fue ministro de Exteriores en el gabinete de Neville Chamberlain y embajador en Estados Unidos entre 1941 y 1946.

[2] Aunque es cierto que muchos judíos alemanes pertenecían a la elite de clase media de la sociedad y la cultura de la Alemania de 1933, Göring exagera su papel. Para leer una descripción más pormenorizada, y con referencias bibliográficas muy útiles, véase Friedländer, *Nazi Germany and the Jews*.

[3] Mosse, *Toward the Final Solution*, es, todavía hoy, un provechoso estudio sobre Houston Stewart Chamberlain y su papel como base ideológica del Tercer Reich.

[4] En 1941, y como comandante en Jefe del Grupo de Ejércitos Sur (Ucrania) desde el mes de junio, Rundstedt hizo avanzar rápidamente a sus ejércitos hacia Crimea y la cuenca del Donets y tomó Rostov antes de retirarse, contraviniendo las órdenes de Hitler.

[5] Un historiador afirma que el mariscal de campo Günther Hans von Kluge (1882-1944) «se esforzó cuanto pudo por aplicar las órdenes de Hitler al pie de la letra» en la ofensiva contra la Unión Soviética de junio de 1941. Véase Barry A. Leach, *German Strategy Against Russia 1939-1941*, Oxford, 1973, p. 226. Por otra parte, Kluge mantuvo una postura ambigua en el seno del grupo de militares que conspiraron contra Hitler y, como Rommel, se opuso al asesinato del dictador. Peter Hoffmann, *The History of the German Resistance 1933-1945*, Cambridge (Massachusetts), 1977, ofrece un relato pormenorizado de esta cuestión.

[6] Karl Brandt (1904-1948) fue médico de Hitler e impulsó personalmente el programa de eutanasia iniciado en 1939. En el juicio de la «eutanasia» que tuvo lugar en Núremberg, fue sentenciado a muerte y, posteriormente, ejecutado. Para conocer más detalles y referencias a la vasta bibliografía existente sobre el tema, véase Michael Burleigh, *Death and Deliverance: «Euthanasia» in Germany 1900-1945*, Cambridge, 1994.

[7] Sobre la utilización que Hitler hizo de las amnistías, véase Gellately, *Backing Hitler*, pp. 39, 88 y 196.

[8] Göring se refiere a Adolf Eichmann (1906-1962), cuya relevancia en realidad sólo salió a la luz tiempo más tarde, sobre todo, en el juicio contra él que se celebró en Jerusalén en 1961.

[9] El famoso discurso de Posen (4 de octubre de 1943) aparece reimpreso en J. Noakes y G. Pridham, *Nazism: A Documentary Reader*, Exeter, 1988, 3: 1199 y 1200.

[10] Birger Dahlerus era amigo de Göring. En los documentos del proceso aparece descrito como un ciudadano particular que quería intervenir en las negociaciones del conflicto anglo-alemán poco después del estallido de la guerra. En realidad, Göring trató de utilizar a Dahlerus a finales de septiembre de 1939 para conseguir que los británicos aceptasen que Alemania tenía las manos libres en Polonia y que podría resolver «la cuestión judía» como le pareciese más conveniente. En un principio, Dahlerus creyó que le utilizaban como agente de la paz, pero, finalmente, se dio cuenta de que Göring y, hasta cierto punto, también Hitler le habían embaucado. Véase Richard Overy, *Göring: The «Iron Man»*, Londres, 1984, p. 93.

[11] APC, compuesto farmacéutico a base de aspirina, cafeína y fenacetina.

[12] Véase el debate en profundidad acerca de las relaciones del arte y la política en el régimen hitleriano en Jonathan Petropoulos, *Art as Politics in the Third Reich*, Chapel Hill, 1996.

[13] Para conocer el ambiente en que se inscribió el proceso de decisión de estas leyes, véase Ian Kershaw, *Hitler 1889-1936: Hubris*, Londres, 1998, pp. 568-569. *[Hitler 1889-1936*, Barcelona, Península, 1999.]

[14] Eduardo, duque de Windsor (1894-1972), abdicó del Trono británico en 1936 para casarse con Wallis Simpson. En un principio, residieron en París. Luego, cuando Francia cayó en 1940, se dirigieron a Madrid. Zarparon hacia las Bahamas el 1 de agosto de 1940, sin saber que los alemanes conspiraban a su alrededor. Los rumores que hablan de que el duque miraba con buenos ojos a Hitler y al Tercer Reich no se han disipado.

RUDOLF HESS

[1] Para conocer más detalles sobre la situación que desembocó en el vuelo de Hess hasta Escocia el 10 de mayo de 1941 y la airada reacción de Hitler, véase Ian Kershaw, *Hitler 1936-1945: Nemesis*, Nueva York, 2000, pp. 369-381. *[Hitler: 1936-1945*, Barcelona, Península, 2000.] Kershaw demuestra convincentemente que no existen evidencias de que Hitler conociera de antemano la «misión» de Hess. Es evidente que al lugarteniente del Führer se le metió en la cabeza que podría llegar a algún tipo de pacto con los británicos antes de que los alemanes iniciasen la Operación Barbarroja, el ataque a la Unión Soviética planeado poco antes y llevado a cabo el 22 de junio de 1941.

[1] Para conocer más detalles sobre la Policía Criminal (*Kripo*), que en 1936 finalmente fue centralizada con la creación de la Oficina de Policía Criminal del Reich (RKPA), véase Gellately, *Backing Hitler*, pp. 34-50.

[2] Sobre la famosa «purga» de la Policía en 1933 y la creación de la Gestapo, véase Robert Gellately, *The Gestapo and German Society: Enforcing Racial Policy, 1933-1945*, Oxford, 1990, especialmente las pp. 50-57. Véase también George C. Browder, *Foundations of the Nazi Police State: The Formation of the Sipo and SD*, Lexington (Kentucky), 1990.

[3] Para consultar una excelente descripción de la RSHA (con completos croquis que describen su organización) y una biografía de Kaltenbrunner, véase Peter R. Black, *Ernst Kaltenbrunner: Ideological Soldier of the Third Reich*, Princeton, 1984. El pormenorizado estudio de Michael Wildt, *Generation des Unbedingten: Das Führungs-korps des Reichssicherheitshauptamtes*, Hamburg, 2002. ofrece una historia muy completa de este organismo.

[4] Heinrich Müller (n. 1901) era el famoso jefe de la Gestapo y del departamento que, dentro de la RSHA, llegó a ser conocido como Oficina IV. Desempeñó un papel fundamental en la creación de la Gestapo y en sus operaciones. Desapareció en 1945. En Gellately, *Gestapo and German Society*, pp. 55-56, puede consultarse un relato introductorio de su trayectoria.

[5] Para leer un análisis del Partido Nazi desde un punto de vista sociológico, véase Kater, *Nazi Party*.

[6] Todavía hoy, algunos continúan arguyendo que Hitler y la Alemania nazi llevaron a cabo una «guerra preventiva» para contrarrestar el ataque que Stalin y los soviéticos estaban a punto de lanzar. Para consultar una sólida refutación, véase Gabriel Gorodetsky, *Grand Delusion: Stalin and the German Invasion of Russia*, New Haven (Connecticut), 1999. En *Russia's War*, Richard Overy ofrece una descripción muy precisa de las disposiciones y preparativos militares que efectuaron ambos bandos.

[7] Las Convenciones de La Haya (1899 y 1907), así como otros tratados internacionales como la Convención de Ginebra (1929), intentaron elaborar las leyes de la guerra.

[8] El 5 de marzo de 1946, en el Westminster College de Fulton, Missouri, Churchill, en un discurso fundacional en la evolución de la Guerra Fría, lanzó la siguiente advertencia: «un telón de acero ha caído sobre el continente europeo». Se refería al dominio que la Unión Soviética estaba ejerciendo sobre los que habrían de convertirse en los países del bloque soviético.

[9] Wilhelm Canaris (1887-1945) fue el máximo responsable del *Abwehr*, servicio de inteligencia del Ejército alemán. Sus reservas y dudas sobre Hitler le llevaron a participar en algunas actividades de la resistencia. Fue arrestado y torturado a raíz del *Attentat* del 20 de julio de 1944 y, finalmente, ejecutado en la horca el 9 de abril de 1945. Para conocer más detalles sobre su trayectoria, véase Hoffmann, *History of the German Resistance*.

Wilhelm Keitel

[1] Walter von Brauchitsch (1881-1948) fue comandante en Jefe del Ejército de Tierra alemán entre 1938 y 1941. Hitler lo nombró para este cargo en sustitución de Werner von Fritsch (1880-1939). Brauchitsch fue relevado del mando el 9 de diciembre de 1941. La destitución de Brauchitsch y Fritsch, y también la del mariscal Werner von Blomberg (1878-1946), fueron golpes de autoridad de Hitler que demostraban quién estaba en realidad al mando. Blomberg fue comandante en Jefe de la Fuerza Armada hasta 1938 y ministro de la Guerra entre 1935 y 1938, año en que se vio obligado a dimitir de ambos cargos a raíz de un escándalo orquestado.

[2] La anexión alemana de Austria tuvo lugar el 12 de marzo de 1938. La mayoría de los austriacos respondieron con entusiasmo y euforia. Véase Evan Burr Bukey, *Hitler's Austria: Popular Sentiment in the Nazi Era*, Chapel Hill, 2000, p. 33.

Constantin von Neurath

[1] Neurath se refiere a William E. Dodd y Martha Dodd (eds.), *Ambassador Dodd's Diary, 1933-1938*, Londres, 1941.

[2] Sobre las elecciones del 5 de marzo de 1933 al Parlamento alemán, véase la nota 2 del capítulo dedicado a Walther Funk.

[3] La Conferencia de Múnich (29 y 30 de septiembre de 1938) fue el punto culminante de la polícita de apaciguamiento que Gran Bretaña y Francia mantuvieron con Alemania. Resultado de esa política fue la cesión de Checoslovaquia a cambio de mantener la paz. Finalmente, esta política no consiguió aplacar a Hitler, que se decidió en favor de la guerra.

[4] Hans Heinrich Lammers (1872-1962) fue jefe de la Cancillería del Reich durante todo el régimen nazi. Fue imputado en uno de los juicios que se celebraron en Núremberg tras el proceso que nos ocupa en este libro (el llamado caso Wilhelmstrasse, que tuvo lugar en 1949) y sentenciado a veinte años de prisión, aunque recuperó la libertad en 1954.

Franz von Papen

[1] Para conocer cómo Von Papen ayudó a Hitler a llegar al poder, véase Turner, *German Big Business*, pp. 322-329.

[2] Hitler llegó al poder como parte de una coalición de Gobierno. Véase la nota 2 del capítulo dedicado a Funk.

[3] Se refiere al asesinato de, entre otros, Ernst Roehm (1887-1934) en la «Noche de los Cuchillos Largos», el 30 de junio de 1934. Para obtener una breve introducción y las referencias literarias correspondientes véase Gellately, *Backing Hitler*, pp. 38-39.

JOACHIM VON RIBBENTROP

[1] Para conocer el análisis de cómo los nazis describieron la influencia judía en Estados Unidos durante la era Roosevelt, véase Dan Diner, *America in the Eyes of the Germans: An Essay on Anti-Americanism*, Princeton, 1996, sobre todo las pp. 79-103, «Uncle Sam as Uncle Shylock».

[2] Este extenso y revelador diario está publicado por: Werner Präg and Wolfgang Jacobmeyer (eds.), *Das Diensttagebuch des deutschen Generalgouverneurs in Polen 1939-1945*, Stuttgart, 1975.

[3] El Pacto Nazi-Soviético se firmó el 23 de agosto de 1939.

[4] El *Lend-lease* fue un programa militar y económico estadounidense introducido por Franklin D Roosevelt en 1941 para ayudar a los países que estaban en guerra contra los poderes del Eje. Para agosto de 1945, cuando la guerra había terminado, Estados Unidos había enviado ayuda material por valor de 48 billones de dólares. Casi todo el dinero prestado a países como la Gran Bretaña fue devuelto. La Unión Soviética también devolvió parte de lo que debía, quizá menos de un tercio del total.

[5] Lásar Kaganóvich era judío y un partidario leal de Stalin, y fue miembro del Politburó y del Comité Central. Una relato ruso reciente se encuentra en: Dmitri Volkogonov, *Stalin, Triumph and Tragedy*, Nueva York, 1991.

[6] Para conseguir una visión general de Majdanek (Lublin) —creado en 1941— y del resto de los campos, véase Hilberg, *Destruction of the European Jews*.

[7] Werner Best (1903-1989) fue uno de los líderes más influyentes de la Gestapo y el director del departamento encargado de la administración y la Ley desde 1935. Desde septiembre de 1939 fue el jefe de la Oficina II de la RHSA (Oficina Central de Seguridad del Reich), y en 1940 fue ascendido a un puesto más alto en la administración de la Francia ocupada. Desde noviembre de 1942 se convirtió en el plenipotenciario del Reich en Dinamarca y jugó un importante papel en la protección de los judíos daneses. A pesar de todo fue condenado a muerte en Copenhague en 1949, pero fue amnistiado y puesto en libertad en 1951. Testificó en Núremberg pero no fue juzgado allí.

ALFRED ROSENBERG

[1] Véase la nota 11 del capítulo de Fritzsche.

[2] En la bibliografía relativa a la persecución de los judíos, no hay pruebas de una propuesta inglesa de ese tipo en 1936. Algunos de los destinos mencionados en el texto han sido verificados mediante un trabajo de investigación, sobre todo el de Madagascar, pero otros como Alaska, Uganda, y la Guyana pudieron mencionarse de vez en cuando entre los altos funcionarios nazis, pero no parecen haberse tomado demasiado en serio. El relato al uso sobre las persecuciones, que incluye la deportación forzada a zonas específicas dentro y fuera de Europa, es el de Hilberg, *Destruction of the European Jews*.

[3] En las elecciones de la República de Weimar se utilizó la representación proporcional, pero los nazis, el Partido más fuerte, no ganaron la mayoría. Véase la nota 2 del capítulo de Funk.

[4] Respecto a la crisis y colapso de la República de Weimar y cómo eso hizo posible a Hitler, véase Gellately, *Backing Hitler*, pp. 9-33.

[5] William Averell Harriman (1891-1986) fue un colaborador directo del New Deal (Nuevo Trato). Fue embajador estadounidense en Rusia (19431946) y también administrador del *lend-lease*. James Michael Curley fue el colorista irlandés-estadounidense alcalde intermitente de Boston entre 1914 y 1950.

[6] Todo lo relativo a las transferencias forzadas de población y a la «limpieza étnica» de los alemanes realizada en la posguerra por Polonia, Checoslovaquia y otras zonas recién liberadas de la Europa oriental, se encuentra en Philipp Ther and Ana Siljak (eds.), *Redrawing Nations: Ethnic Cleansing in East-Central Europe, 1944-1948*, Lanham, 2001, p. 2. Alrededor de un millón y medio de personas perdieron la vida cuando unos 12 millones de alemanes fueron sacados de esa zona.

[7] En 1919 el general Tasker Bliss (1853-1930) estaba en Europa como representante militar del Consejo Supremo de Guerra. Fue el representante del presidente Woodrow Wilson en la Conferencia de Paz de París. Jan Smuts (1870-1950) fue un afrikáner que formó parte del gabinete de Guerra británico (1917-1918) y colaboró en la planificación de la Liga de Naciones. Una revisión reciente se encuentra en MacMillan, *Paris 1919*.

FRITZ SAUCKEL

[1] Para obtener información general y estadísticas precisas véase Ulrich Herbert, *Hitler's Foreign Workers: Enforced Foreign Labor in Germany Under the Third Reich*, Cambridge, 1997.

[2] Las *Gustloffwerke* eran fábricas que producían distintos tipos de armas para la Alemania militar. En varias de ellas, por ejemplo en la situada cerca del campo de concentración de Buchenwald, se utilizaba mano de obra esclava.

[3] Presumiblemente, se refiere a John Llewellyn Lewis (1880-1969), el líder estadounidense del trabajo que entre otras cosas dirigió el sindicato de mineros y la federación americana del trabajo.

[4] Para saber más sobre Kuhn, véase Sander A. Diamond, *The Nazi Movement in the United States, 1924-1941*, Ithaca, 1974.

HJALMAR SCHACHT

[1] Los intentos de autoprotección de los judíos en la Alemania nazi están descritos en Friedländer, *Nazi Germany and the Jews*.

[2] El colapso de la bolsa de Estados Unidos comenzó en octubre de 1929 y fue el anuncio de la Gran Depresión. Los efectos se reflejaron casi inmediatamente en Alemania, donde las acciones cayeron y el desempleo subió de manera dramática. Sobre la crisis y el final de la República de Weimar, véase Gellately, *Backing Hitler*, pp. 9-33.

[3] El 31 de julio de 1932 el Partido Nazi ganó un 37,4 por ciento de los votos y 230 del total de 608 escaños en las elecciones al Reichstag. En las elecciones del 6 de noviembre de 1932, ganaron el 33,1 por ciento de los votos y 196 escaños de un total de 584.

[4] En las elecciones del 5 de marzo de 1933, los nazis ganaron el 43,9 por ciento de los votos y 288 escaños del total de 647 del Reichstag.

[5] Neurath fue destituido el 4 de febrero de 1938. El mismo día se anunció la «retirada» del comandante en Jefe del Ejército el general Werner von Fritsch y su colega el ministro de la Guerra Werner von Blomberg. Dieciséis generales de alto rango se jubilaron en aquel momento y 44 fueron trasladados para que no hubiera elementos potenciales de poca confianza. Para obtener una breve descripción y una introducción al problema véase Gordon A. Craig, *Germany 1866-1945*, Oxford, 1978, p. 700.

[6] Una breve descripción del castigo posterior al intento de asesinato llevado a cabo por la Operación Tormenta está en Gellately, *Backing Hitler*, pp. 225-226. Los alemanes en general no estuvieron de acuerdo con el intento de asesinar a Hitler. El mariscal de campo Erwin von Witzleben (1911-1944) fue ejecutado por su participación en el intento de golpe de Estado.

[7] El embajador Hemmen estuvo a cargo del Departamento de Economía en la Comisión del Armisticio que trabajó con Francia después de su derrota en 1940.

[8] Para conocer la importancia de la Ley para la Restauración de un Funcionariado Profesional, 7 de abril de 1933, véase especialmente Friedländer, *Nazi Germany and the Jews*.

[9] Para obtener una excelente descripción sobre los programas de esterilización y eutanasia, véase Henry Friedländer, *The Origins of Genocide: From Euthanasia to the Final Solution*, Chapel Hill, 1995.

[10] Georges Clemenceau (1841-1929) era un veterano estadista francés, conocido por su papel en la gestación del Tratado de Versalles (1919).

BALDUR VON SCHIRACH

[1] Una descripción innovadora está en Lewis H. Siegelbaum, *Stakhanovism and the Politics of Productivity in the USSR, 1935-1941*, Cambridge, 1988.

[2] Parece que se refiere a los textos usados en las escuelas alemanas, que los chicos alemanes se sorprendieron al verlos en lengua rusa.

[3] Richard Glücks (1889-1945) era uno de los jefes de personal de Theodor Eicke (1892-1943) en 1936, y sucedió a Eicke como inspector de los campos de concentración después de estallar la II Guerra Mundial. Glücks contribuyó a la creación del sistema de campos de concentración, incluyendo Auschwitz, mientras trabajaba a las órdenes de Oswald Pohl. Parece que se suicidó en 1945.

[4] De hecho, Alois Brunner (nacido en 1912 y uno de los colaboradores de Eichmann) se las arregló para escapar de la Justicia y según una investigación reciente, del año 2000, continúa viviendo en Siria. Véase Georg M. Hafner y Esther Schapira, *Die Akte Alois Brunner*, Fráncfort, 2000.

[5] Josef Bürckel (1894-1944) era el jefe del Partido Nazi (*Gauleiter*) en Austria durante una temporada después de su unión con Alemania en 1938. Odilo Globocnik (1904-1945) fue, entre otras cosas, el organizador de los campos de la muerte denominados Action Rinhard. Respecto a esto último, véase Yitzhak Arad, *Belzec, Sobibor, Treblinka: The Operation Reinhard Death Camps*,Bloomingdale, 1987.

[6] Para tener información general véase Gordon J. Horwitz, *In the Shadow of Death: Living Outside the Gates of Mauthausen*, Nueva York, 1990.

ALBERT SPEER

[1] Es evidente que Speer no quería ser entrevistado por Goldensohn, pero al final el antiguo arquitecto de Hitler demostró ser el más hablador de todos los que fueron juzgados en Núremberg. Publicó dos largos e importantes diarios que se citan en mi introducción a este libro. Han sido objeto de muchos estudios. El último y más concienzudo el de Gitta Sereny, *Albert Speer: His Battle with Truth*, Nueva York, 1995.

JULIUS STREICHER

[1] Véase la nota 11 del capítulo de Fritzsche.

[2] Respecto al pogromo del 9 de noviembre de 1938, véase la nota 9 del capítulo de Dönitz.

ERICH VON DEM BACH-ZELEWSKI

[1] El tamaño limitado del Ejército fue impuesto por el Tratado de Versalles; véase Boemeke, Feldman, y Glaser (eds.), *Treaty of Versailles*.

[2] Erich Koch (1896-1986) fue juzgado en Polonia después de la guerra y condenado a muerte en 1959, pero la ejecución no se llevó a cabo.

[3] Josef Wagner fue en un momento dado el líder de distrito del Partido Nazi en el sur de Westfalia, región a la que se añadió Silesia en 1934. En 1940 fue destituido por sus simpatías hacia el catolicismo, apreciación que más que venir del propio Hitler vino a través de las intrigas internas del Partido y las luchas por el poder. Véase Dietrich Orlow, *The History of the Nazi Party, 1933-1945*, Pittsburgh, 1973, p. 270. Hitler envió el caso de Wagner a las altas instancias del Partido, que con gran consternación de Hitler exculparon a Wagner y lo restablecieron como miembro del Partido. Véase Donald M. McKale, *The Nazi Party Courts: Hitler's Management of Conflict in His Movement, 1921-1945*, Lawrence, 1974, pp. 178-179.

[4] Respecto a Auschwitz, véase Franciszek Piper, «Auschwitz Concentration Camp: How It Was Used in the Nazi System of Terror and Genocide and in the Economy of the Third Reich», en Berenbaum y Peck (eds.), *Holocaust and History*, pp. 327-386. Para leer un relato detallado de temas específicos véase Yisrael Gutman y Michael Benenbaum (eds.), *The Anatomy of the Auschwitz Death Camp*, Washington, 1994.

[5] Los judíos del gueto de Varsovia iniciaron un levantamiento el 19 de abril de 1943, que finalmente costó la vida de aproximadamente 14.000 personas; otras 7.000 fueron deportadas a Treblinka o a Majdanek. Por parte alemana hubo unos 400 muertos y 1.000 heridos. Una descripción breve, general y fiable se puede encontrar en Doris L. Bergen, *War and Genocide: A Concise History of the Holocaust*, Nueva York, 2003.

[6] El general Bor-Komorowski es mencionado en los documentos del proceso en el contexto de la rebelión de Varsovia de julio 1944, que le fue ordenado reprimir a Bach-Zelewski. Para consultar una breve descripción de lo que ocurrió, incluyendo la muerte de aproximadamente unos 225.000 civiles en la fallida rebelión véase Overy, *Russia's War*, pp. 246-247.

[7] Arthur Nebe (1894-1945) fue un general de la SS y jefe de la Policía criminal. Cometió verdaderas infamias como jefe del *Einsatzgruppe* B. También se dice que en principio estuvo implicado en el plan para asesinar a Hitler del 20 de julio de 1944, pero que luego desapareció. La historia completa está contada en Hoffmann, *The History of the German Resistance*.

[8] El significado de la «puñalada en la espalda de 1918» se discute en Michael Burleigh, *El Tercer Reich*, Madrid, Taurus, 2002.

KURT DALUEGE

[1] Una descripción detallada de Daluege, de la Policía uniformada, y referencias más amplias se pueden encontrar en Gellately, *Backing Hitler*.

SEPP DIETRICH

[1] Erwin Rommel (1891-1944), mariscal de campo del Ejército alemán, ganó la fama como jefe del *Afrika Korps*, y fue conocido como el Zorro del Desierto. No estuvo implicado directamente en el plan para asesinar a Hitler (del 20 de julio de 1944) pero se creyó que había estado implicado y eligió la opción que le fue presentada de suicidarse en lugar de ser arrestado y juzgado por un Tribunal popular.

[2] El general Anton Dostler fue uno de los comandantes del 63º Destacamento en Italia. En marzo de 1945 ordenó la ejecución de 15 soldados estadounidenses que habían sido capturados. Según los documentos de Núremberg fue juzgado y declarado culpable por un Tribunal en la posguerra pero no todavía no he podido confirmar el veredicto. Evidentemente, Dostler se acostumbró a utilizar métodos brutales en el frente oriental, como por ejemplo después de un ataque en Járkov el 15 de noviembre de 1941, cuando su división tomó 500 rehenes. De ellos, al menos 70 fueron ahorcados públicamente después como represalia por el sabotaje soviético. Respecto a esta historia véase Bernd Boll y Hans Safrian, «On the Way to Stalingrad: The 6th Army in 1941-1942», en Hannes Heer and Klaus Naumann (eds.), *War of Extermination: The German Military in World War II, 1941-1944*, Nueva York, 2000, pp. 237-271; aquí véase la 262.

[3] Kurt Meyer fue un general de las Waffen-SS que fue condenado a muerte por un Tribunal canadiense en 1945, por ordenar la ejecución de 20 prisioneros de guerra canadienses después del comienzo de la invasión aliada. A finales de 1951 Canadá lo envió a Gran Bretaña y después de una petición especial del canciller Konrad Adenauer, fue finalmente puesto en libertad. Sobre este caso y su contexto véase Norbert Frei, *Adenauer's Germany and the Nazi Past: The Politics of Amnesty and Integration*, Nueva York, 2002, pp. 223, 387.

[4] La masacre de Malmédy tuvo lugar cerca de Baugnez, en Bélgica, el 17 de diciembre de 1944. La sexta división *Panzer* de la SS, bajo las órdenes de Dietrich, llevó a cabo una ejecución en masa de prisioneros de guerra estadounidenses en la que murieron 86 soldados y sobrevivieron 43. Éste fue el incidente más importante de este tipo pero no el único. Aunque los alemanes que lo perpetraron fueron encontrados, juzgados y condenados a muerte, ninguna de las sentencias se llevó a cabo jamás. Véase I. C. B. Dear, ed., *The Oxford Companion to World War II*, Oxford, 1995, p. 713.

[5] Basado en registros alemanes, por lo menos 3,3 millones de prisioneros de guerra soviéticos murieron en cautividad, muchos de ellos fusilados sin razón y otros murieron de hambre. Detalles en

Gellately, *Backing Hitler*, p. 225.

FRANZ HALDER

[1] Halder fue considerado como participante en un golpe contra Hitler ya en 1938. Para conocer esos planes y otros posteriores, véase Hoffmann, *History of the German Resistance*.

[2] El gran almirante Wilhelm Canaris (1887-1945) fue el jefe de la inteligencia militar, y Hans Oster (1888-1945) fue su jefe de personal. Ambos estuvieron implicados en el intento de asesinato de Hitler y ambos fueron ejecutados. Para conocer más detalles véase Hoffmann, *History of the German Resistance*.

[3] Para obtener una visión global de la resistencia en general y de esas ejecuciones en particular véase Hoffmann, *History of the German Resistance*.

[4] Walter von Brauchitsch (1881-1948) fue comandante en Jefe del Ejército alemán de 1938 a 1941, y nombrado por Hitler para reemplazar a Werner von Fritsch (1880-1939). Brauchitsch fue destituido por Hitler el 9 de diciembre de 1941. Hitler demostró quién era el jefe con los ceses de líderes militares como Brauchitsch y Fritsch, además del mariscal de campo Werner von Blomberg (1878-1946). Este último fue ministro del *Reichswehr* y (desde 1935) ministro de la Guerra y comandante en Jefe de la *Wehrmacht* hasta 1938. Le obligaron a dejar su puesto como consecuencia de un escándalo orquestado en 1938. Halder fue destituido el 24 de septiembre de 1942.

[5] La crisis que casi desembocó en una guerra en 1938 tuvo que ver con la región de los Sudetes en Checoslovaquia. La crisis terminó gracias al apaciguamiento que consiguieron los británicos y los franceses en la Conferencia de Múnich el 29-30 de septiembre de 1938.

RUDOLF HÖSS

[1] Una autobiografía suya publicada recientemente es Rudolf Höss, *Death Dealer: The Memories of the SS Kommandant at Auschwitz*, editada por Steven Paskuly, Nueva York, 1996. El editor hace numerosas correcciones a la autobiografía, especialmente en lo relativo a los detalles técnicos de la construcción y las operaciones de Auschwitz.

[2] El número exacto de muertos se ha discutido mucho. Según el trabajo de campo Hilberg,*DestructionoftheEuropeanJews*,3: 894, aproximadamente un millón de judíos perdieron la vida en Auschwitz. Calcula que otras 250.000 personas, casi todas ellas polacas, también murieron allí, así como un número similar de gitanos. Existe un acuerdo general en Piper, «Auschwitz», donde se calcula que alrededor de un millón de judíos perdieron la vida en ese campo; entre 140.000 y

150.000 polacos; 20.000 gitanos; 15.000 prisioneros de guerra soviéticos; y entre 10.000 y 25.000 personas de otras nacionalidades

[3] Para un análisis y un excelente esquema de las organizaciones paramilitares, véase James M. Diehl, *Para-Military Politics in Weimar Germany*, Bloomington, 1977.

[4] Respecto a la compleja historia de los intentos de los líderes nazis por secuestrar a judíos para pedir rescates, véase Yehuda Bauer, *Jews for Sale*?, New Haven, 1994.

[5] Ernst Heinrich Schmauser (nacido en 1890) fue un alto cargo de la SS y jefe de la Policía en la Alta Silesia desde el 1 de mayo de 1941 hasta 1945. Auschwitz estaba bajo su jurisdicción. Algunos comentarios breves se pueden encontrar en Hilberg, *Destruction of the European Jews*, 2: 524.

[6] Josef Kramer (1907-1945) fue un *Kommandant* de Auschwitz-Birkenau infame y más tarde el terror de Bergen-Belsen. Fue juzgado y ejecutado por un Tribunal militar británico en 1945. Una descripción global de Kramer y de otros jefes de campos de concentración se puede encontrar en Tom Segev, *Soldiers of Evil: The Commandants of the Nazi Concentration Camps*, Nueva York, 1987.

ALBERT KESSELRING

[1] El lugar que el mariscal de campo Erwin Rommel tuvo en el contexto general del plan para intentar derrocar a Hitler se describe en Hoffmann, *History of the German Resistance*.

[2] Una descripción reciente, que incluye las atrocidades concretas que se cometieron contra los civiles en Italia y en otros lugares se encuentra en Hannes Heer y Klaus Naumann (eds.), *War of Extermination: The German Military in World War II, 1941-1944*, Nueva York, 2000.

[3] La disciplina militar alemana fue brutal en la II Guerra Mundial. En aquellos años, los tribunales militares condenaron a muerte a entre 13.000 y 15.000 soldados alemanes y alrededor del 85 por ciento de los veredictos se llevaron a cabo. Para más información acerca de la justicia militar y de la bibliografía relacionada, véase Gellately, *Backing Hitler*, 86.

[4] El saqueo de la abadía de Montecassino, incluyendo el papel que tuvo Kesselring en dicho saqueo, se discute en Lynn H. Nicholas, *The Rape of Europa*, Nueva York, 1994, pp. 238 y ss.

[5] Karl Wolff (nacido en 1900), fue un jefe clave de la SS y desde 1933 a 1943 fue el adjunto de Himmler y jugó un papel importante en Italia cuando el poder de Mussolini empezó a declinar a partir de 1943.

[6] Una descripción fácil de leer y fiable sobre estos sucesos y sobre la historia militar de la II Guerra Mundial se puede encontrar en Gerhard L. Weinberg, *A World at Arms: A Global History of World War II*, Cambridge, 1994.

EWALD VON KLEIST

[1] Sobre la revolución, véase Craig, *Germany*, pp. 396-433.

[2] Karl von Clausewitz (1780-1831) fue un militar prusiano de fama mundial, autor del tratado *Sobre la guerra* (1833).

[3] La decisión de aplazar el ataque de los tanques en Dunkerque, el 24 de mayo de 1940, la tomó Hitler personalmente, aunque lo hizo de manera expresa por consejo de Rundstedt. Según Ian Kershaw, se cometió un error militar de bulto, aunque fue de Rundstedt y no de Hitler. Éste no deseaba que los británicos mantuvieran intacto su prestigio, de modo que la decisión de aplazar el ataque de los tanques y permitir la huida de los británicos no se tomó gracias a la magnanimidad de Hitler. Al contrario, Hitler deseaba asestar un «golpe definitivo» y así obligar a los británicos a aceptar la paz en los términos que él impusiera, si bien prestó atención a Rundstedt, su general de confianza. Véase Kershaw, *Hitler*, vol. 2, pp. 295-296.

[4] Para leer una relación exhaustiva, véase Ernest R. May, *Strange Victory: Hitler's Conquest of France*, Nueva York, 2001.

[5] Las leyes promulgadas en la concentración del Partido Nazi en Núremberg, en septiembre de 1935, cobraron triste fama por sentar en lo esencial las bases de un sistema de segregación vigente para todos los judíos de Alemania, y supusieron un paso de gran importancia en su persecución y hostigamiento. Para consultar una relación, véase Gellately, *Gestapo and German Society*.

[6] El papel de los altos oficiales de la SS y los líderes políticos como Gerret Korsemann (1895-1958) se puede estudiar en Ruth Bettina Birn, *Die Höheren SS- und Polizeiführer: Himmlers Vertreter im Reich und in den besetzten Gebieten*, Düsseldorf, 1986.

ERICH VON MANSTEIN

[1] Según recientes estimaciones, el total de las pérdidas de los ejércitos del Eje en Stalingrado, incluido el intento fallido por parte de Manstein para proceder al rescate de las tropas sitiadas, sobrepasa «el medio millón de vidas». Sobre esta historia sobrecogedora, véase Antony Beevor, *Stalingrad: The Fateful Siege, 1942-1943*, Nueva York, 1999; traducción española en Crítica, 2001, p. 398.

ERHARD MILCH

[1] Para leer una relación del conocimiento público extenso y del apoyo del público a los campos de concentración en la Alemania Nazi en esta época, véase Gellately, *No sólo Hitler*, pp. 51-69.

RUDOLF MILDNER

[1] Según el testimonio del propio Mildner en Núremberg, trabajó para la Gestapo durante diez años. Llegó a Dinamarca para trabajar como jefe de la «Policía de Seguridad y el SD» (desde el 20 de septiembre de 1943) en el momento en que se preparaba una «acción» para deportar a los judíos de Dinamarca. Calificó el plan como algo inviable por motivos técnicos, en lo que coincidió con el ministro plenipotenciario del Reich en Dinamarca, Werner Best. Al mismo tiempo, Ribbentrop consideró que dicha acción podría provocar «inquietud social» en Dinamarca. No obstante, Hitler insistió expresamente en que se llevara a cabo la deportación. Sin embargo, Best y otros dejaron bien claro que las deportaciones estaban a punto de producirse. La alarma creció entre los judíos, que intentaron huir; algunos daneses les ayudaron en su empeño y de ese modo se salvaron.

[2] En febrero de 1934 los socialistas (no los nazis) hicieron una intentona fallida por derrocar al canciller austriaco, Engelbert Dollfuss. Los nazis intentaron hacerse con el poder en Viena en julio de 1934, y asesinaron a Dollfuss, pero no lograron coronar con éxito su intento. Véase Bukey, *Hitler's Austria*, p. 14.

[3] El canciller Kurt von Schuschnigg sucedió a Dollfuss, aunque pronto se vio aislado y apartado del poder, cuando Hitler decidió la anexión de Austria en marzo de 1938.

[4] Es probable que esto haga referencia a otro austriaco que fue miembro de la SS, el doctor Humbert Achamer-Pifrader (1900-1945), un hombre que con el tiempo iba a ser uno de los líderes del Einsatzgruppe A. Fue asesinado en 1945. Para consultar una versión más completa, véase Helmut Krausnick y Hans Heinrich Wilhelm, *Die Truppe des Weltanschauungskrieges: Die Einsatzgruppen der Sicherheitspolizei und des SD, 1938-1942*, Stuttgart, 1981.

[5] Franz Josef Huber (nacido en 1902) era un Policía de a pie en la República de Weimar, al igual que Heinrich Müller, y al igual que éste siguió al servicio de la nueva Gestapo, en cuyo escalafón fue ascendiendo. Huber llegó a ser jefe de la Gestapo en Viena. Para leer una breve relación de los hechos, véase Gellately, *Gestapo and German Society*, pp. 56-57.

[6] Werner Best tuvo este conflicto con Heydrich a comienzos del verano de 1939, sobre todo porque Heydrich no estaba de acuerdo con las ideas de Best sobre las cuestiones de personal y de organización dentro del SD. En contra de lo que se suele suponer, cuando Heydrich procedió sin más al despido de Best, no se libró así de los «últimos estorbos» a su política de «destrucción en masa» de los judíos, ya que Best distaba mucho de ser tal obstáculo; de hecho, no sólo estaba en lo esencial de acuerdo con tal política, sino que formuló muchos de sus aspectos y le dio justificación ideológica.

Véase Ulrich Herbert, *Best: Biographische Studien über Radikalismus, Weltanschauung und Vernunft 1903-1989*, Berlín, 1996, pp. 228-229.

[7] Conviene precisar que los alemanes al mando de la ocupación en Dinamarca, y en particular Werner Best, no cambiaron de «sensibilidad», sino que siguieron siendo fieles a la idea de expulsar a todos los judíos de Europa, ya fuera mediante asesinatos en masa o por medio de las deportaciones. Cuando en septiembre de 1943 se dieron cuenta de que la orden de Hitler para proceder a la deportación de los judíos de Dinamarca no era viable, se contentaron con dar a esa acción inmediata un aire de evidencia, con la esperanza de que los propios judíos se dieran a la fuga y los propios daneses les ayudaran. El efecto final de todo ello, desde el punto de vista de los nazis, fue que Dinamarca quedó «libre de judíos». Best nunca tuvo ni el más mínimo interés en «rescatar» a los judíos; al contrario, adoptó el único enfoque políticamente viable en esos momentos. Para consultar una relación muy convincente sobre esos cerca de 7.900 judíos, y varios centenares de familiares no judíos, véase Herbert, *Best*, pp. 366-373.

[8] Ernst Heinrich Schmauser (nacido en 1890) fue uno de los líderes de la SS, y desde el 1 de mayo de 1941 hasta 1945 fue el alto comisario de la SS y jefe de la Policía en Breslau. El campo de Auschwitz se hallaba en su jurisdicción.

OTTO OHLENDORF

[1] Alfred Hugenberg (1865-1951) era un magnate de la prensa, cabecilla del Partido Nacional del Pueblo Alemán (DNVP), y socio de la coalición de Hitler después de las elecciones de marzo de 1933. Hugenberg fue rápidamente apartado del poder, y su partido fue disuelto en junio de 1933.

[2] El acontecimiento a que se refiere fue el pogromo del 9 de noviembre de 1938.

[3] Uman estaba en la zona en la que operaba Ohlendorf. Allí fueron asesinadas unas 24.000 personas.

[4] Se hace referencia a Rudolf Steiner (1861-1925), científico, filósofo y educador austriaco, fundador de un movimiento espiritual llamado antroposofía.

OSWALD POHL

[1] Sobre los aspectos económicos de los campos de concentración y la bibliografía sobre esta temática, véase el reciente estudio de Michael Thad Allen, *The Business of Genocide: The SS, Slave Labor, and the Concentration Camps*, Chapel Hill, 2002.

[2] Sobre la extensísima publicidad que rodeó los campos de concentración en Alemania, véase Gellately, *No sólo Hitler*.

[3] Para leer una breve relación de la SS, véase en especial George H. Stein, *The Waffen SS: Hitler's Elite Guard at War*, Ithaca, 1966.

[4] Sobre la historia de este oro y su papel en la guerra, incluido en especial el reciente intento por obtener compensaciones por parte del actual Gobierno alemán, véase la notable relación de Stuart E. Eizenstat, *Imperfect Justice: Looted Assets, Slave Labor, and the Unfinished Business of World War II*, Nueva York, 2003.

[5] Para consultar una visión general del sistema de los campos de concentración en los años de la guerra y el desarrollo de los muchos cientos de campos en la Alemania nazi, véase Gellately, *No sólo Hitler*, pp. 204223.

[6] Theodor Eicke (1892-1943) es históricamente famoso por su papel clave en la creación del sistema de los campos de concentración nazis desde el momento en que fue nombrado *Kommandant* de Dachau, in 1933. Llegó a ser inspector de los campos de concentración. Para leer una relación del funcionamiento interno de los campos y el papel de Eicke, véase Eugen Kogon, *The Theory and Practice of Hell* (numerosas ediciones; publicado originalmente en alemán en 1945).

[7] Allen, en *Business of Genocide*, se ocupa por extenso de Kammler y estos programas.

[8] August Frank (1898-1984) fue nombrado jefe de la oficina administrativa de la SS en 1939. En 1942 era uno de los líderes del brazo armado de la SS, el WVHA. Fue a la sazón ayudante de Oswald Pohl en la WVHA, aunque aparece sólo de manera muy fugaz en los documentos de Núremberg. En uno de los juicios posteriores a los de Núremberg (caso cuatro), fue sin embargo condenado a cadena perpetua, aunque se le conmutó la pena a quince años de cárcel en 1951. Fue liberado de la cárcel en 1954.

[9] Sobre las cifras exactas de judíos asesinados, véase mi introducción a este volumen y la bibliografía más importante, citada en el capítulo sobre Fritzsche, nota 1.

[10] Allen, *Business of Genocide*, y Gellately, *No sólo Hitler*, muestran con detalle que la afirmación de Pohl era una mentira en toda regla.

WALTER SCHELLENBERG

[1] Para consultar un organigrama oficial de la RSHA en 1944, con sus diez ramas, véase Black, *Kaltenbrunner*, pp. 297-299. Schellenberg estaba al frente de la Oficina VI, servicios de inteligencia en el extranjero o *SD-Ausland*, así como de la inteligencia militar, u Oficina Militar.

[2] Sobre las reacciones y situación del programa de esterilización, implantado en 1933 y que dio lugar a la esterilización obligatoria de 400.000 personas, véase Gellately, *No sólo Hitler*, p. 93.

[3] Hay mucha información de utilidad sobre Himmler en Richard Breitman, *The Architect of Genocide: Himmler and the Final Solution*, Hannover, 1991.

[4] Otto Skorzeny (1908-1975) trabajó para la Oficina VI de la RSHA (bajo el mando de Schellenberg) y estuvo al frente del Departamento S, o de sabotajes. Entre otras hazañas, Skorzeny se convirtió en un héroe de leyenda en Alemania por encabezar el osado intento de rescate del dictador italiano, Benito Mussolini, en septiembre de 1943, que culminó con éxito. Durante la ofensiva de las Ardenas, en 1944, Skorzeny estuvo al frente de una brigada de dos mil hombres disfrazados de soldados estadounidenses, y sembró el caos tras las líneas enemigas. Fue exonerado de cargos ante un Tribunal estadounidense en 1947. Véase Black, *Kaltenbrunner*, pp. 210-211.

[5] Sobre los esfuerzos de Schellenberg por lograr la paz, véase Black, *Kaltenbrunner*, pp. 220-221.

[6] Abraham Steven Hewitt era un agente de la OSS en Estocolmo, y tuvo contactos con diversas personas del círculo de Himmler, incluido Schellenberg. Éste parecía pensar que Hewitt había recibido un encargo especial del Presidente Roosevelt. Schellenberg, con cautela, invitó a Hewitt — quien a su vez informó al jefe de la OSS, el general William J. Donovan, sobre estas tentativas de paz — a visitar Alemania, aunque todo aquello quedó en nada. Hewitt expresó exigencias muy amplias sobre lo que los alemanes tendrían que cumplir para ganarse el apoyo de los Estados Unidos de cara a una posible paz, exigencias que jamás podrían haberse aceptado. Para leer una detallada historia, véase Yehuda Bauer, *Jews for Sale*?, 1994, pp. 104-105. Véase también Wildt, *Generation des Unbedingten*, pp. 718-719.

[7] Schellenberg al parecer facilitó un encuentro entre Himmler y JeanMarie Musy, quien es descrito por un historiador del encuentro como «un estadista suizo y conservador». Véase Black, *Kaltenbrunner*, pp. 228-229.

[8] Musy se reunió con Himmler el 3 de noviembre de 1944 y el 1 de enero de 1945, e intentó negociar un rescate, en virtud del cual a los alemanes se les pagaría una determinada cantidad por cada judío, o por cada contingente de judíos que fueran liberados de los campos de concentración. Musy (ex presidente de Suiza y ex simpatizante de los nazis) accedió a pagar mil dólares por cada uno de los 1.200 judíos que fueron puestos en libertad, aunque Himmler insinuó que podría proceder a la liberación de muchos más. La noticia de la liberación de estos 1.200 judíos fue publicada por la prensa. Kaltenbrunner no accedió a cerrar el trato y le puso fin, además de informar a Hitler a comienzos de 1945. Hitler ordenó que se dejara en suspenso el programa. Véanse Black, *Kaltenbrunner*, pp. 229-230, y Bauer, *Jews for Sale*?, pp. 225-230.

[9] El conde Folke Bernadotte era un funcionario de la Cruz Roja sueca que, entre otras cosas, intentó rescatar a los judíos de los campos de concentración mediante sus negociaciones con Schellenberg, Kaltenbrunner y Himmler a partir de finales de 1944 y hasta 1945. La Cruz Roja sueca consiguió rescatar a unas 7.500 mujeres de Ravensbrück, incluidas algunas de Francia, Suecia y Polonia. Véase Bauer, *Jews for Sale*?, pp. 246-247.

[10] El bombardeo de Dresde en febrero de 1945 ha sido motivo de grandes controversias. Perdieron la vida unas 50.000 personas a resultas del bombardeo aliado.

[11] La orden de evacuar todos los campos y cárceles, y/o de asesinar a los prisioneros que no pudieran viajar, condujo a nuevos asesinatos en masa. Para consultar una introducción y la bibliografía correspondiente, véase Gellately, *No sólo Hitler*, pp. 242-252.

PAUL O. SCHMIDT

[1] Con esto hace referencia a la invasión de Etiopía por parte de Italia y la guerra posterior. La invasión comenzó en octubre de 1935, y desembocó en la ocupación italiana de Addis-Abeba, que concluyó con la anexión completa del país en mayo de 1936. Los etíopes prosiguieron la lucha fuera de la capital.

[2] A Yosuke Matsuoka se le ha descrito como «el ministro japonés de Exteriores que se comportaba como un halcón». Sobre el contexto de sus reuniones con Hitler en abril de 1941, véase Kershaw, *Hitler*, 2: 363-264.

[3] Maxim Litvinov (1876-1951), comisario de asuntos exteriores de la URSS, fue apartado del cargo en vísperas del Pacto Nazi-Soviético de 1939 y nombrado embajador en Estados Unidos (1941-1943).

(1) En el párrafo anterior y en los siguientes hay cierta confusión.

La llamada por los Aliados «Ofensiva Rundstedt» no era la de Rusia, como parecen sugerir la redacción del texto y la nota 4, sino la de las Ardenas, de diciembre de 1944. Es posible que el autor se confunda por lo que Göring dice al final de su comentario al referirse al «plan contra Rusia».

En el párrafo siguiente, Goldensohn se refiere a la Ofensiva Rundstedt (la de 1944 en las Ardenas), y Göring vuelve a hablar de la campaña de Rusia de 1941. *(N. del T.)*

(2) La batalla de las Ardenas fue en diciembre de 1944 y Kluge se suicidó en agosto de 1944. Como está el texto, parece que Kluge cometió el error en las Ardenas, cuando el error que Göring le atribuye fue en Normandía, en el mes de julio. *(N. del T.)*

(3) ¡Bobadas! En alemán en el original. *(N. del T.)*

(4) Hasta 1864 los ducados de Schleswig-Holstein estuvieron vinculados a Dinamarca. En aquel año pasaron a depender de Prusia y posteriormente de Alemania. *N de la T.*

(5) Antigua unidad de medida alemana. (*N. de la T.*)

Índice

Las entrevistas de Núremberg

Glosario

Introducción Núremberg: Voces Del Pasado. Por Robert Gellately

Las Entrevistas Denúremberg, Su Obtención Y Conservación. Por Eli Goldensohn

Primera Parte. Los Acusados

- Karl Dönitz
- Hans Frank
- Wilhelm Frick
- Hans Fritzsche
- Walther Funk
- Hermann Göring
- Rudolf Hess
- Alfred Jodl
- Ernst Kaltenbrunner
- Wilhelm Keitel
- Constantin Von Neurath

- Franz Von Papen
- Joachim Von Ribbentrop
- Alfred Rosenberg
- Fritz Sauckel
- Hjalmar Schacht
- Baldur Von Schirach
- Albert Speer
- Julius Streicher

Segunda Parte. Los Testigos

- Erich Von Dem Bach-Zelewski
- Kurt Daluege
- Sepp Dietrich
- Franz Halder
- Rudolf Höss
- Albert Kesselring
- Ewald Von Kleist
- Erich Vonmanstein
- Erhardmilch
- Rudolfmildner
- Otto Ohlendorf
- Oswald Pohl

Walter Schellenberg

Paul O. Schmidt

Sobre este libro

Sobre Leon Goldensohn

Créditos

Notas

1. Las entrevistas de Núremberg
2. Glosario
3. Introducción Núremberg: Voces Del Pasado. Por Robert Gellately
4. Las Entrevistas Denúremberg, Su Obtención Y Conservación. Por Eli Goldensohn
5. Primera Parte. Los Acusados
    1. Karl Dönitz
    2. Hans Frank
    3. Wilhelm Frick
    4. Hans Fritzsche
    5. Walther Funk
    6. Hermann Göring
    7. Rudolf Hess
    8. Alfred Jodl
    9. Ernst Kaltenbrunner
    10. Wilhelm Keitel
    11. Constantin Von Neurath
    12. Franz Von Papen
    13. Joachim Von Ribbentrop
    14. Alfred Rosenberg
    15. Fritz Sauckel
    16. Hjalmar Schacht
    17. Baldur Von Schirach
    18. Albert Speer
    19. Julius Streicher
6. Segunda Parte. Los Testigos
    1. Erich Von Dem Bach-Zelewski
    2. Kurt Daluege
    3. Sepp Dietrich
    4. Franz Halder
    5. Rudolf Höss
    6. Albert Kesselring
    7. Ewald Von Kleist
    8. Erich Vonmanstein
    9. Erhardmilch
    10. Rudolfmildner

    11. Otto Ohlendorf
    12. Oswald Pohl
    13. Walter Schellenberg
    14. Paul O. Schmidt
7. Sobre este libro
8. Sobre Leon Goldensohn
9. Créditos
10. Notas